

OBRAS AUTOBIOGRAFICAS DE RUBEN DARIO

Poesías

Cuentos

Ensayos autobiográficos

**Estudios y notas de
Gustavo Adolfo Montalván Ramírez**

MANAGUA, NICARAGUA, C. A. (2008)

Gustavo Adolfo Montalván Ramírez

3 de Junio, de 2008.

En mis cumpleaños (64)

Managua, Nicaragua, C

POESIAS AUTOBIOGRAFICAS

El estudio de las poesías autobiográficas, las iniciamos a partir de los primeros años del siglo XXI. Los estudiosos de poesías de Rubén Darío, nunca antes habían fijado en su atención a las poesías que comprenden alguna faceta autobiográfica del poeta modernista. Solamente se había observado en el amplio horizonte de la literatura universal de Rubén Darío, el engranaje para la integración de compendios de los libros de poesías más conocidos de su producción en idioma español.

Hoy nos vemos en la necesidad de aportar a la cultura universal de las letras castellanas, un primer intento de compendiar las poesías autobiográficas de Rubén Darío, sobre todo cuando nuestro buen amigo, don Jesús de Santiago y Blanco, presidente propietario de **Editorial Hispamer**, en Managua, Nicaragua, nos ha solicitado un compendio de las obras autobiográficas de Darío.

Don Jesús de Santiago y Blanco, de nacionalidad española y residente en Nicaragua desde hace muchos años, se ha preocupado por atender las demandas de los estudiantes nicaragüenses, sobre todo en las lecturas de obras escogidas y especializadas en literatura dariana que se exigen en los colegios y casas de estudios de la educación superior en Nicaragua; de tal manera que año con año, las vitrinas de la red de librerías **Hispamer** situadas en los campus de las diferentes instituciones educativas y comerciales del país, otorgan a los ojos curiosos de literatura dariana, nuevos títulos que se suman a la dilatada lista de obras de Rubén Darío.

Y es que don Jesús de Santiago y Blanco, se ha sentido comprometido hasta los tuétanos a raíz de la muerte de don Pablo Antonio Cuadra Cardenal (1912 2002), quien hasta la hora de su verdad cuando entregó su alma al Creador, era el rector de las letras castellanas en Nicaragua, y que un poco tiempo antes había propuesto un Plan de rescate o fomento de las obras de Rubén Darío, para que **Hispamer S. A.**, o sea, la palabra de compromiso de don Jesús de Santiago y Blanco, se juramentó y se juramentara por escrito a esa demanda de don Pablo.

La palabra del Cid de la literatura, en este caso don Jesús de Santiago y Blanco, se ha hecho efectiva hasta llevar al más allá, el pedido que le hiciera don Pablo Antonio Cuadra, para que se

consumiera en el país toda la literatura de Rubén Darío que hasta la fecha no se ha podido cumplir.

Esta es la razón fundamental para que ahora entreguemos con suma satisfacción, una de estas obras de alta calidad y excelencia como es la de Don Rubén Darío, con el título de **Escritos autobiográficos** (Poesías, Cuentos, Ensayos y Cartas autobiográficas).

Motivados por la investigación y estudio acerca de la vida y obra de Rubén Darío, hemos llegado a la conclusión en que podemos definir un nuevo orden de los géneros autobiográficos, que el poeta cultivó durante su agitada y cambiante vida, en su carácter pública y privada, personal y representativa.

Este nuevo orden genérico contempla la enumeración y exposición, de cada uno de los poemas conocidos y desconocidos, que contienen rasgos destacables o característicos de su propia vida, por lo que los identificamos como *poemas autobiográficos*.

Asimismo se identifican y clasifican sus cuentos que reflejan algunos aspectos importantes de su curiosa e interesante vida, que nos llevan a determinar lo que llamamos aquí *cuentos autobiográficos*.

Finalmente tenemos un tercer género que cae en el campo literario de su producción, y que se clasifican como un conjunto de verdaderos *ensayos autobiográficos*.

Lo que los críticos de Rubén Darío han llamado novelas inconclusas, tales como **La isla de oro** y, **El oro de Mallorca**, se integran al campo de ensayos autobiográficos, donde adquieren una fisonomía particular y de apropiada definición genérica.

Iniciemos pues, con la primera entrega de las tres diferentes secciones de este deslindamiento literario, que confirman el gusto apreciativo y estético que tuvo Darío por estos géneros autobiográficos que le son característicos.

Poesías Autobiográficas

Graciela Gliemmo, publicó en **El País Cultural**, de España, un ensayo crítico periodístico, el 21 de marzo de 1997, donde enfocaba las distintas obras autobiográficas de Rubén Darío, “*y de muchos de sus poemas, que muestran la doble construcción de un yo que recuerda para ser recordado,*

en una lucha sostenida contra la fatal fugacidad de las cosas y el ininterrumpido transcurrir de los años”.

En Nicaragua, en ese mismo año de 1997, se publica la reproducción de **Autobiografía** de Rubén Darío, por Ediciones Distribuidora Cultural, con un estudio preliminar y guía de trabajo del Lic. Roberto Aguilar Leal, donde se lee que en **Cantos de Vida y Esperanza** (1905), “...*abundan los poemas que rescatan con nostalgia los paisajes de la tierra natal... o aquellos que valoran su trayectoria espiritual... pero el mejor ejemplo de autobiografía espiritual es el poema inicial del libro “Yo soy aquel que ayer no más decía...”*”.

LA PRIMERA SORPRESA

Elegante es la distinción del talento que el mismo poeta apreciaba para sí mismo, su físico y su numen ante las sociedades del mundo, en dos continentes (El Viejo y el Nuevo Mundo). Porque Darío, sabiendo ya desde muy joven, que tenía las dotes de genio, sobresalía entre los amigos intelectuales en Centroamérica, América del Sur, El Caribe, España y Francia, y aún en 1914, en Nueva York, cuando los grandes diarios norteamericanos le salvaron aplausos. Su fenómeno lo pudo observar detenidamente en su soledad. Ejemplo de esta sobreestimación lo leemos en su poema inédito casi narcisista, y con tomas bíblicas:

YO SOY RUBEN DARIO

*Yo soy, el que soy... y será
por divina voluntad
el que abra tu corazón,
al misterio del amor...
y así tu idea al volar,
formándose cual mariposa,
siempre bella y luminosa,
a mí... podrás retornar...
yo soy para ti el camino
que señala tu destino...
soy un poeta peregrino...
anhelando descansar.*

Rubén Darío.

Comentario: Es una estancia de doce versos octosílabos, que conforma un poema autobiográfico en el arte amatorio. El hombre es eje de la mujer, en este caso, donde la fuerza magnética predomina entre dos seres que funcionan alrededor del amor, mientras el alma peregrina del poeta sigue errante.

Y es que Darío jugó con sus versos como jugar con las perlas, pues al poner el título de “*Yo soy*”, escribe su nombre inmediatamente “*Rubén Darío*”, costumbre que adquirió casi siempre, que al enlazarlos se compone la expresión de “*Yo soy Rubén Darío*”. Al respecto, debo algo más que decir; solamente recuerdo las palabras sabias y sinceras que una vez me dijo, tomándonos una taza de café, en su casa de habitación, mi amigo dariólogo el doctor Gilberto Bergman Padilla “...*ve Gustavo, si uno mismo no se alaba en esta vida, ¿quién jodido lo va a uno alabar!?*”, lo cual cabe en estas circunstancias de las expresiones y pensamientos de Darío.

METEMPSICOSIS

Darío aprovecha estos temas silenciosos que no son aptos para cualquier persona, y deja correr la pluma al capricho del verso o de la prosa. Aquí tenemos su famoso poema que incluye como segundo, en el **Canto errante**, (1907), y que no ha sido estudiado de manera formal, es decir, a profundidad:

“*INTENSIDAD*”, es el antetítulo, o la palabra que se presta a:

METEMPSICOSIS

*Yo fui soldado que durmió en el lecho
de Cleopatra la reina. Su blancura
y su mirada astral y omnipotente.
Eso fue todo.*

*¡O mirada! ¡Oh blancura y oh aquel lecho
en que estaba radiante la blancura!
¡Oh la rosa marmórea omnipotente!
Eso fue todo.*

Y crujió su espinazo por mi brazo;

*y yo, liberto, hice olvidado a Antonio.
(¡Oh el lecho y la mirada y la blancura!)
Eso fue todo.*

*Yo, Rufo Galo, fui soldado, y sangre
tuve de Galia, y la imperial becerra
me dio un minuto audaz de su capricho.
Eso fue todo.*

*¿Por qué en aquel espasmo las tenazas
de mis dedos de bronce no apretaron
el cuello de la blanca reina en broma?
Eso fue todo.*

*Yo fui llevado a Egipto. La cadena
tuve al pescuezo. Fui comido un día
por los perros. Mi nombre, Rufo Galo.
Eso fue todo.*

Rubén Darío

(1893)

Comentario: Poema lírico-épico formado por seis cuartetos, de pie quebrado, los cuales integran 24 versos. Los primeros tres versos de cada estrofa son versos endecasílabos, con una cola en cada una de ellas, de un verso pentasílabo.

La rima es una novedad en la poesía castellana, pues en los primeros dos cuartetos, se riman las mismas palabras finales, siguiendo el mismo orden de los versos correspondientes, del primer cuarteto con el segundo. O sea que existe un mismo eco, entre ambos cuartetos.

¿Acaso no existe un eco en las resonancias de las almas reencarnadas a través de los tiempos? En este sentido, para los creyentes en las “*Re-encarnaciones*”, desde el punto de vista de las ciencias ocultas, en acaso un átomo de materia galáctica procedente de las estrellas se ha incorporado a nuestro cuerpo, y que en el caso presente de “*Metempsícosis*” es la narración lírico-épica del referido fenómeno humano.

Si el poema “*Metempsícosis*” es el primero de **El Canto errante**, (1907), ya Darío se inclinaba hacia estos senderos desde antes de **Prosas profanas** (1896), cuando leemos:

“¿Hay en mi sangre alguna gota de sangre de África, o de indio chorotega o nagrandano? Pudiera ser, a despecho de mis manos de marqués; mas he aquí que veréis en mis versos princesas, reyes, cosas imperiales, visiones de países lejanos o imposibles: ¡qué queréis!, yo detesto la vida y el tiempo en que me tocó nacer; y a un presidente de República no podré saludarle en el idioma en que te cantaré a ti, ¡oh Halagabal!, de cuya corte —oro, seda, mármol— me acuerdo en sueños...”

De allí que el poeta-autor aparezca contando su versión que fue un soldado de la Galia antigua romana, y que por haberse acostado y disfrutado del placer de la carne con la reina Cleopatra, fue llevado preso a Egipto, donde fue comido por los perros.

*“Mi nombre, Rufo Galo.
Eso fue todo.”*

Termina diciendo el autor-poeta.

En el grandioso poema que tiene que ver con la *psiquis*, los otros cuatro cuartetos, todos sus versos integrantes no llevan rima de ninguna clase; son versos libres pero que encajan en la misma métrica, en que se mide todo el poema de “*Metempsícosis*”.

Otro recurso curioso que emplea el poeta-autor, es la repetición de una misma palabra a la largo de todo el poema. Por ejemplo: “*soldado*” se repite dos veces. La palabra “*mirada*” se repite tres veces. El pasado del verbo “*tener*”, “*tuve*”, se dice dos veces. El nombre de “*Rufo Galo*”, se menciona dos veces. Mientras que las palabras “*lecho*” y “*mirada*”, tres veces son mencionadas cada una. Mientras que “*blancura*” cuatro veces.

Hay una repetición muy digna de verse detenidamente, que es la que dice:

“¡O mirada! ¡Oh blancura y oh aquel lecho”

Al revés y con permutación el recurso sintáctico:

(¡Oh el lecho y la mirada y la blancura!)

Pero hay más repeticiones asombrosas, y que son repeticiones intencionadas que producen su propio efecto, para la musicalidad del poema. Siguen: el pasado del verbo “ir”, “fui” de primera persona del singular, es mencionado cuatro veces. Pero lo excepcional es la repetición o letanía de la frase “*Eso fue todo*”, que está en cada uno de los seis cuartetos.

Los estudiantes de literatura no deben entender o interpretar que las repeticiones de palabras en un mismo poema, significan pobreza del idioma, por el autor, sino que las repeticiones se ven comúnmente, como un recurso estilístico y de elegancia en las figuras de construcción, gramatical y literaria. Como tampoco vayamos a creer que todo el material divulgado de Rubén Darío, ha sido superado, pues veremos en adelante que tenemos litigios en cuanto al fechaje de poemas y prosas de su cosecha para largo rato, además de otros aspectos de poesías y prosas inéditas que van apareciendo en el transcurso del tiempo.

Ahora lo más importante es destacar a la personaje en la historia del Egipto Antiguo, de Cleopatra VII Filopátor, quien nace en Alejandría, entre el 70 y 69 años antes de Cristo, y muere a la edad de 39 años o los 40, el 12 de Agosto del 30 antes de Cristo, picada por una áspid o envenenada.

Su reinado en Egipto ocurre cuando asciende al trono a la muerte de su padre, Ptolomeo XII, a la edad de apenas 18 años, siendo obligada a casarse con su hermano Ptolomeo XIII. A la muerte prematura de éste, se casa con su hermano menor Ptolomeo XIV, y a la muerte de éste, gobierna como co-regente de su hijo Ptolomeo XV Cesarión.

Hijos de Cleopatra: Del emperador romano, Julio César, tuvo a Ptolomeo XV Cesarión. De Marco Antonio: Alexander Helios, Cleopatra Selene y Ptolomeo Filadelfo. El intrépido Darío se le quiso ir arriba como “*Rufo Galo*”.

“AL VUELO DE HORTENSIA”

EL DULCE RECUERDO DEL CIRCO CODONA

Estamos frente al problema que tenemos varios caminos que recorrer, que son diferentes puntos de vista sobre un mismo tema, para que apreciemos

los distintos ángulos y quede atrapado para la historia, el pasaje del circo **CODONA** en Nicaragua, allá por los años de 1880.

Ustedes, mis queridos amigos lectores, ya deben de saber que antes que el poeta niño se enamorase de su prima Isabel (*Inés* en unos de sus cuentos), se había *enamorado* (más bien diríamos que perdiendo “*el juicio*”), de una niña encantadora con piel de porcelana, o tan tersa como las ninfas que aparecían en las verdes praderas que bordeaban el Olimpo griego, de nombre Hortensia Buislay. Es claro que su apellido la delataba como una fémina norteamericana.

¿De cuántos años tendría el adolescente poeta niño por este tiempo del “*Circo Buislay*”? Bueno, en su Autobiografía Darío, lo sugiere cuando va a cumplir los trece años de edad. ¿Sería acaso el año de 1879, cuando está por terminar el período de gobierno del doctor Pedro Joaquín Chamorro Alfaro (1875 – 1879)?

De ser así, esto ocurriría en la ciudad de León, mas que el “*Circo Buislay*”, es un circo ambulante que anda de visita por varios lugares de Nicaragua, pues como lo dice Darío, y lo asegura también la maestra Josefa Toledo de Aguerri en su obra **Enciclopedia Nicaragüense**, compendio de la **Revista Femenina Ilustrada**, cuando ella era una niña de 7 o 9 años de edad (1873 ó 1875), y asistía a la escuela elemental de primaria, de doña Paulina de la Vega, en la ciudad de Masaya, la niña Toledo dice que tuvo conocimiento del “*Circo Wisllay*”, el cual sería el mismo que vio y asistió luego Dariíto, pero en el año de 1882, cuando ha cumplido los quince años de edad, bajo la administración de Joaquín Zavala (1879 – 1884).

Sin embargo, tenemos ligeras sospechas de que ambos personajes se equivocaban de la fecha exacta en que tuvieron la presencia del referido circo, porque como veremos, el relato de Darío asegura en su **Autobiografía** que eso ocurriría antes de cumplir los trece años, no especificando tampoco si asistió al circo en la ciudad de León o en Managua.

En el Capítulo VII de **Autobiografía**, de Rubén Darío, se lee: “*Florida estaba mi adolescencia. Ya tenía yo escritos muchos versos de amor y ya había sufrido, apasionado precoz, más de un dolor y una desilusión a causa de nuestra inevitable y divina enemiga: pero nunca había sentido una erótica llama igual a la que despertó en mis sentidos e imaginación de niño, una apenas púber saltimbanqui norteamericana, que daba saltos prodigiosos en un circo ambulante. No he olvidado su nombre, Hortensia Buislay.*”

Como no siempre conseguía lo necesario para penetrar en el circo, me hice amigo de los músicos y entraba a veces, ya con un gran rollo de papeles, ya con la caja de un violín; pero mi gloria mayor fue conocer al payaso, a quien hice repetidos ruegos para ser admitido en la farándula. Mi inutilidad fue reconocida. Así, pues, tuve que resignarme a ver partir a la tentadora, que me había presentado la más hermosa visión de inocente voluptuosidad en mis tiempos de fogosa primavera.”

Después de leer esto, nos imaginamos que a Rubén se le iban los ojos tras el físico maravilloso de aquel arcángel volador en el trapecio de vistosos colores allá en las alturas. Es el tiempo del período de miel y mirra, que en la adolescencia, se notan los iniciales versos de amor con expresiones circenses. La primera publicación que se tenga noticia acerca del poemita escrito en décima clásica española, “*Al vuelo de Hortensia*”, fue en el libro de Francisco Baltodano titulado **Motivos de recordar**, editado en Managua, en el año 1923 (pp. 46 – 9), donde se cuenta la anécdota de 1882, narrada por don Alonso Irías, al referirse a la partida de Hortensia Buislay.

También en el periódico **El Centro Americano**, publicó el 25 de febrero de 1882, una crónica con la guía “*La Compañía del Sr. Aguilera, en el Circo Codona*”, donde se reporta que hubo una fiestecita de despedida al Circo Codona, en que la niña Buislay fue la principal heroína de la fiesta, según lo comenta también el escritor nicaragüense Ernesto Mejía Sánchez. Y ahora tenemos con ustedes:

AL VUELO DE HORTENSIA

*Pues yo estaba enamorado
de una chica encantadora,
tan hermosa como Flora
y hermana del Niño Alado,
de su mirar hechizado
y su voz que es dulce son,
una ferviente pasión
inspiró en el alma mía;
pero ahora, en este día,
“huyó de mí la ilusión”.*

Febrero de 1882.

Dice, el doctor Francisco Baltodano, en su libro **Motivos de recordar**: aconteció un día de tantos que llegó a la ciudad de León en el año de 1880, y se instaló en el barrio de la **Estación del Ferrocarril**, según los cronistas, un circo que se llamó **CODONA**, y que entre los trabajadores había una niña muy linda, trapecista que se llamaba Hortensia Buislay. Darío les platicó, a un grupo de amigos leoneses, hablando de asuntos de literatura y anécdotas risibles y nostálgicas, sobre su enamoramiento de la cirquera Hortensia Buislay.

Todas las noches, después que Darío la miró por primera vez, visitaba el circo haciéndose pasar por músico, pues solicitaba algún instrumento a ellos para dejarlo pasar a ver las funciones. Emocionado contaba el poeta que una vez, armado de valor y decididamente, se fue a entrevistar con el dueño del circo, sincerándose que le diera trabajo en el circo para irse con todos ellos, como enamorado de Hortensia, pero con tal mala fortuna el contrato se terminó en las presentaciones de la ciudad de León, y el circo que era errante levantó carpas y ya no amaneció en su local.

“Melancólica sinfonía” fue el título del Prólogo de Rubén Darío para el libro de poesías de su amigo, el español Don Gregorio Martínez Sierra, **Teatro de ensueño**, editado por la revista Renacimiento, de Madrid, 1911, (pp. 9 – 15), con ilustraciones líricas de Juan Ramón Jiménez (Tercera edición).

En dicho prólogo, Darío trae a su memoria aquellos dulces recuerdos de adolescencia y juventud, y de la primera con goces sensuales, el poeta dice: *“... o bien en León de Nicaragua, cuando con mis catorce años encendidos quise irme en seguimiento de Hortensia Buislay, la niña ágil, errante silfo del salto, que mostró a mis ojos asombrados por primera vez el divino misterio de los muslos femeninos, redondeos de vida,, bajo el rosa de la malla, haciendo por su iniciación danzar de gozo al sátiro que habita los jardines de mi alma. Seguramente fue “por el sendero florido”, pues esas sospechas de recuerdos trascienden al corazón de las rosas.”*

De esta época de los quince años, es su famoso poema de autorretrato:

INGRATITUD

*Allá va, -siempre afligido,
aunque aparenta la calma-;
las tempestades de su alma
condensa en hondo gemido.*

*Su valiente inspiración
ofrenda a la Humanidad,
en sus cantos, la verdad,
la gloria y la redención.*

*Con un libro entre sus manos,
con un mundo en su cabeza,
la frente a inclinar empieza
cansada de esfuerzos vanos.*

*Por unas joyas Colón
legó su soñada tierra;
para el numen que él encierra
sólo encuentra admiración.*

*Busca su planta otro suelo;
aquella atmósfera quiere,
donde el talento no muere
sin espaciarse en su cielo.*

*Pero en vano; que fatal
el mundo al talento humilla,
que ya sea en una buhardilla,
ya sea en un hospital.*

*Melancólico y sombrío
alla vá. ¿Sabéis quién es?
Oíd si lo ignoráis, pues:
el poeta Rubén Darío.*

(Sin fecha.) Es probable Junio de 1882.

Esta copia del poema “*Ingratitud*” lo escribe Edelberto Torres, en **La dramática vida de Rubén Darío**, empleando la palabra “*buhardilla*”, pero que Ernesto Mejía Sánchez lo escribe con “*bohardilla*”¹, que es la “*bohardilla romántica*” que supuestamente instrumentaliza Rubén, queda interpretado por el crítico Raimundo Lida²: “*En los versos de INGRATITUD preludian toscamente los himnos amargos y desesperados de El velo de la reina Mab*”.

Observemos también que Edelberto Torres, no tiene guiones en el primero y segundo verso, pero sí lo llevan en la edición de Alfonso Méndez Plancarte. Mientras que en el último verso, Edelberto Torres escribe:

El poeta Rubén Darío.

Pero Méndez Plancarte, lo reproduce así:

El vate Rubén Darío.

ABROJOS

En **Abrojos** encontramos algunas bujías encendidas que nos indican el resplandor para la selección de poemas autobiográficos:

XVIII

*Cantaba como un canario
mi amada alegre y gentil,
y danzaba al son del piano,
del oboe y del violín.
Y era el ruido estrepitoso
de su rítmico reír,
eco de áureas campanillas,
són de lira de marfil,
sacudidas en el aire
por un loco serafín.
Y eran su canto, su baile,
y sus carcajadas mil,*

¹ También así escrito en **Rubén Darío. Poesías completas**, en la edición del Centenario Alfonso Méndez Plancarte y Antonio Oliver Belmás. (P.14).

² Introducción a los **Cuentos Completos de Rubén Darío**, recopilados por Ernesto Mejía Sánchez, asevera Lida.

*puñaladas en el pecho,
puñaladas para mí,
de las cuales llevo adentro
la imborrable cicatriz.*

(1886.)

En **Abrojos**:

IX

*Primero, una mirada;
luego, el toque de fuego
de las manos; y luego,
la sangre acelerada
y el beso que subyuga.
Después, noche y placer; después, la fuga
de aquel malsín cobarde
que otra víctima elige.
Bien haces en llorar, pero ¡ya es tarde!...
¡Ya ves! ¿No te lo dije?*

En **Abrojos**:

XIV

*Yo era un joven de espíritu inocente.
Un día con amor la dije así:
Escucha: el primer beso que yo he dado,
es aquel que te di...
Ella, entonces, lloraba amargamente.
Y yo dije: “¡Es amor!”
sin saber que aquel ángel desgraciado
lloraba de vergüenza y de dolor.*

XXIV

1

*Viejo alegre, viejo alegre,
no persigas a mi novia;
no son pájaros de invierno
los amantes de las rosas.*

2

Viejo alegre, viejo alegre,

*me quitaste a mi adorada;
¡cual te engríes en la boda
retinéndote las canas!*

3

*Viejo alegre, ríe, ríe,
pues volvió tu primavera;
tanto, que hoy ha amanecido
retoñando tu cabeza.*

XXXII

*¡Advierte si fue profundo
un amor tan desgraciado,
que tuve odio a un hombre honrado
y celos de un moribundo!*

En esta parte, cuando Itaspes/Darío nos habla de sus cuarenta y tantos años, debe recordarse que escribe **El oro de Mallorca** en 1913, cuando él tiene 46 años, y un año más a **La vida de Rubén Darío escrita por él mismo** (1912), y “*que desde su infancia está lleno de una fatal timidez*”, esa afirmación no es tan valedera. Debemos recordar muchas situaciones en que el poeta superó la timidez, y que entre ellas podemos traer a colación por ejemplo, el consejo que le dicta a un joven, en el “*Abrojo LV*” del año 1886, en Chile, que dice:

LV

*Joven, acérquese acá:
¿Estima usted su pellejo?
Pues, escúcheme un consejo,
que me lo agradecerá:*

*—Arroje esa timidez
al cajón de ropa sucia,
y por un poco de argucia
dé usted toda su honradez.*

*Salude a cualquier pelmazo
de valer, y al saludar,
acostúmbrese a doblar
con frecuencia el espinazo.*

*Diga usted sin ton ni són,
y mil veces, si es preciso,
al feo, que es un Narciso,
y al zopenco, un Salomón;*

*Que el que tenga el juicio leso
o sea mal encarado,
téngalo usted de contado
que no se enoja por eso.*

*Al torpe déjele hablar,
sus torpezas disimule,
y adule, adule y adule
sin cansarse de adular.*

*Como algo no le acomode,
chitón y tragar saliva,
y en el pantano en que viva
arrástrese, aunque se enlode.*

*Y con que befe al que baje,
y con que al que suba inciense,
el día en que menos piense
será usted un personaje.*

LVII

*No quiero verte madre,
dulce morena.
Muy cerca de tu casa
tienes acequia,
y es bien sabido
que no nadan los hombres
recién nacidos.*

COMENTEMOS EL “ABROJO LVII”

En Darío es importante leer historias de sus libros, de sus poesías, de sus cuentos, de sus intentos de novela, o historias de sus crónicas, con lo cual se le investiga mejor y se aclaran muchos conceptos y estilos.

“Si Pedro no hubiese publicado el libro, los Abrojos no habrían sido conocidos. Yo no quería que vieses la luz del público por más de una razón. El libro adolece de defectos, y aún entonces, no estaba yo satisfecho de él. Como primer libro, como tarjeta de entrada a la vida literaria de Santiago, no era muy a propósito. Ante todo, hay en él un escepticismo y una negra desolación, que si es cierto que eran verdaderos, eran obra del momento. Dudar de Dios, de la virtud, del bien, cuando aún se está en la aurora, no. Si lo que creemos puro lo encontramos manchado, si la mano que juzgamos amistosa nos hiere o nos enloda; si enamorados de la luz, de lo santo, de lo ideal, nos encontramos frente a la cloaca; si las miserias sociales nos producen el terror de la vergüenza; si el hermano calumnia al hermano, si el hijo insulta al padre, si la madre vende a la hija, si la garra triunfa sobre el ala, si las estrellas tiemblan arriba por el infierno de abajo... ¡truenos de Dios!, ahí estáis para purificarlo todo, para despertar a los aletargados, para anunciar los rayos de la justicia”³

Traemos todo esto a colación, para interpretar el espíritu que dominaba en el joven Darío, de la serie de ilusiones desvanecidas, en sus recuerdos de infancia y adolescencia, ligados al vacío dejado por la ausencia y desconocimiento de su madre.

Veamos el abrojo

LVII

*No quiero verte madre,
dulce morena.
Muy cerca de tu casa
tienes acequia,
y es bien sabido
que no nadan los hombres
recién nacidos.*

Comentario: Bécquer alternó versos endecasílabos con heptasílabos en Silva. Aquí Rubén alterna o intercala 7 versos; tres de ellos de siete sílabas con cuatro pentasílabas, con versos libres.

Darío pareció recordar aquella dama vestida de negro que se le presentó de sorpresa y ya no quiere verla de nuevo; tal parece,

³ Diego Manuel Sequeira.

debemos imaginar que ella, le ha escrito o enviado razones por medio de alguien, que ella quiere verlo de nuevo. O hasta ahora Darío quiere desahogar sus penas de niño que no tuvo madre verdadera que lo criara.

El “*Abrojo XI*”, aprecia aquella visión de infancia que al pequeño niño una vecina le presentó a su verdadera madre, en la ciudad de León. Para los lectores del periódico de La Epoca, de Santiago de Chile, no comprendieron a cabalidad el giro de aquella composición poética “*muy rara*” del poeta centroamericano. Pero los jóvenes intelectuales chilenos estuvieron de acuerdo, en que las quejas de aquellos dolores, en las “*doloras*” poéticas, tenían un gran significado en la época romántica.

Veamos el contenido del “*Abrojo XI*”:

XI

*Lloraba en mis brazos vestida de negro,
se oía el latido de su corazón,
cubríanle el cuello los rizos castaños
y toda temblaba de miedo y amor.
¿Quién tuvo la culpa? La noche callada.
Ya iba a despedirme. Cuando dije «¡Adiós!»,
Ella, sollozando, se abrazó a mi pecho
bajo aquel ramaje del almendro en flor.
Velaron las nubes la pida luna...
Después, tristemente lloramos los dos.*

Comentario: A estas conjeturas debemos añadir lo que nos dice el noble investigador leonés, José Jirón Terán: “*Dijimos en una ocasión que Darío estuvo en constante comunicación, con su madre, le escribía, le enviaba sus libros y ella hasta podía regalar los hijos espirituales de su querido hijo, lo prueban los hechos siguientes...*”, Poema inédito en Nicaragua hasta esa fecha “*A mi madre*”⁴

Volviendo al “*Abrojo LVII*”, el poeta a su madre la recuerda “*dulce morena*”, su físico, como se le presentó en la única ocasión en una “*rara visión*”. El poeta, cuando la insinúa: “*Muy cerca de tu casa tienes acequia*” parece decir un modismo, intencional, indirecto, de

⁴ **La Prensa Literaria. Diario La Prensa.** Sábado 30 de octubre de 1976. Managua, Nicaragua.

comentarios negativos a su persona, en la ciudad de León, donde ella vivió antes, de los conflictos aún latentes, que no se han cerrado heridas, o no han sido olvidados los desamores. No hay que interpretar a Darío de manera literal, en sentido recto, sino en metáforas que denotan “*las miserias sociales que nos producen el terror de la vergüenza*”, del vecindario que vive en acechanzas donde se comenta el abandono y el adulterio.

Termina el abrojo lanzando saetas al centro de su propia vida: “*y es bien sabido que no nadan los hombres recién nacidos*”. Es lo más probable que Darío hubo explicado en privado, las razones de este abrojo, a sus amigos, Pedro y Manuel. Lo duro que fue la orfandad en Bécquer y en él.

Analicemos el *abrojo LVII* de Rubén Darío, en función de la preceptiva literaria intentando llegar a una conclusión:

Está escrito este abrojo con una expresión retórica en su naturaleza y contenido muy serio, con intención de reproche moral y sutil y una bien calculada indiferencia.

Dicho abrojo está dividido por tres fases o pausas que pertenecen a una sola estrofa⁵. La primera frase compuesta de dos versos, es una declaración negativa con suave reconocimiento, amable, amoroso; es un piropo que se agrega después del anuncio despreciativo, que reza:

*“No quiero verte madre,
dulce morena.”*

La segunda fase es de carácter demostrativo. Aquí la palabra “*acequia*”, adquiere un significado diferente al sentido lato, literal.

Aquí la expresión:

*“Muy cerca de tu casa
tienes acequia,*

⁵ Se dice en preceptiva literaria, que el término “*estrofa*” se indica para aquella parte de una composición poética. En ella no existe regla fija para la rima ni para el número de versos, por lo que hay una variedad de estrofas. Estas se clasifican según estén compuestas por versos isosilábicos –de igual número de sílabas–, o anisosilábicos –con diferente número de sílabas.

Sabemos por el diccionario que “*acequia*” se define principalmente por una zanja o canal por donde se conducen las aguas para regar, y otros usos, verbi gracia: aguas negras, cloacas, etc.

El **Diccionario Enciclopédico Harvard**, nos señala cuatro ejemplos literarios de españoles clásicos:

El de B. Gómez de Cibdareal, Diego Gracián, Quevedo y Valera, en los cuales va la palabra “*acequia*”, respectivamente:

“gente desaguando las acequias”

“... un gran río saca arroyos y acequias”

“Las ranas en las acequias”

“Las orillas de las acequias están cubiertas...”

Sobre el particular, Darío emplea el término “*acequia*” en singular a la mitad de una cláusula larga. Después de anotar “*acequia*”, hay una coma, y por lo tanto denota que el pensamiento sigue, pues no ha finalizado la expresión.

El abrojo tiene una naturaleza lírica como las rimas, donde el pensamiento cabal o completo se le denomina cláusula, y en este caso de la poesía escrita en heptasílabo seguido de un pentasílabo, que termina en coma.

La tercera fase y final, completa el pensamiento:

*“Y es bien sabido
que no nadan los hombres
recién nacidos”.*

Donde ya se relaciona el “*no nadan*” en los depósitos de aguas o acequias, los hombres recién nacidos, que es donde termina el desarrollo del tropo, que consiste en una metáfora a través de una alegoría, de una representación simbólica o de figura del pensamiento.

En este *abrojo LVII*, hay un sentido recto y otro figurado, a fin de dar a entender una cosa diciendo otra diferente.

Aquí Darío ha dictado una crítica blanda, embalsamada con un ropaje fino alegórico, con objeto de censurar aquel viejo precedente que dejó marcada su vida de hijo huérfano, abandonado por el amor maternal, del mal proceder de su madre, siendo un recién nacido.

Hace uso Darío de metáforas convertidas en alegorías de sentido moral, a la par del sentido corriente y lógico cuando estamos presenciando la advertencia o reproche al peligro que corren los recién nacidos al dejarlos en un estanque de agua.

Pero la alegoría se refiere al hecho ocurrido al inicio de su propia vida.

Veamos la siguiente curiosidad del *Abrojo LVII*, en su primera fase:

*“No quiero verte madre,
dulce morena”.*

Lo sorprendente es el piropo enseguida al rechazo, la calificación dichosa frente a la intención negativa. Golpea inmediatamente lo contradictorio, y queda planteado el abrojo legítimo.

Pero, ¿hasta dónde llega el verdadero significado de “*dulce*”; qué grado sentimental posee la expresión completa “*dulce morena*”?

Si seguimos las huellas inmediatas del autor, al tratar las **Rimas** de Gustavo Adolfo Bécquer, los **Abrojos** de Darío llevan relaciones como en una partida de ajedrez, que en determinada posición, se establece una pausa de análisis o comentarios a determinada variante.

Así llegamos a la variante “*dulce*” que si nos preguntamos en qué tono lo expresó o escribió el autor, éste parece respondernos enseguida, en el *abrojo LVIII*:

LVIII

*¿Que por qué así? No es muy dulce
la palabra, lo confieso.*

*Mas, de esa extraña amargura
la explicación está en esto:
después de llorar mil lágrimas
ásperas como el ajeno,
me alborotó el corazón
la tempestad de mis nervios.
Siguió la risa al gemido,
y a la iracundia el bostezo,
y a la palabra el insulto,
y a la mirada el incendio;
por la puerta de la boca
lanzó su llama el cerebro,
y en aquella noche oscura,
y en aquel fondo tan negro,
con la tempestad del alma
relampagueó el pensamiento,
y les salieron espinas
a las flores de mis versos.*

Comentario: Vemos la explicación implícita de que “*dulce*” es “*amargura*”, “*no es muy dulce la palabra, lo confieso*”, dice Darío, por lo que sufrirá largo tiempo al recordar a su madre y su mal proceder; y si decimos: “*dulce morena*”, descubrimos en el fondo una entonación irónica, donde el “*flirt*” o el piropo se convierte en una intención disimulada, tal vez con la fina ironía de la cierta sonrisa del famoso cuadro de **Mona Lisa**.

En fin, el *abrojo LVII*, es la censura, la crítica blanda de un hijo a su madre, en palabras alegóricas que involucra un pensamiento moral.

Como diría Darío en el *abrojo LVIII*, que es donde surge:

*“Y en aquel fondo tan negro,
con la tempestad del alma
relampagueó el pensamiento,
y les salieron espinas
a las flores de mis versos.”*

Dejamos sentado que el *Abrojo LVII*, tiene relación con el *abrojo LVIII*, y éste es subsecuente del anterior, no sin antes haber pasado por el "*Abrojo XI*".

POEMAS AUTOBIOGRAFICOS CONTRADICTORIOS

Se ha criticado a veces que Darío presenta en sus producciones poéticas, algunas posiciones contradictorias en los sucesos de su vida. A continuación presentamos dos poemas que revelan este tipo de fuerzas contradictorias en el amor.

Miremos primero el titulado:

¡REGRESO!

*Tengo en mi mente tu imagen,
Como tantas veces tuve
Tu presencia y compañía!
Tus pesares, tu alegría,
Pero más que nada tuve
Tu conciencia amada mía!*

*El amor es como un brote
Que renueva un corte cruel
En el árbol de la vida!
Dale aliento con su soplo:
¡Vuelve pronto vida mía!*

Rubén Darío.

(Poema inédito)

Comentario: a qué dichosa mujer se lo ha dedicado? El autor no lo explica, ni lo anuncia ni se sabe; solamente debemos suponer que bien pudiera ser un poema alegórico que al sentirse muy enfermo el poeta, en su convalecencia quiere volver a la vida, luego de toparse con la muerte.

Ahora veremos el sentido contrario, el del rechazo a la carga de conciencia:

A VECES...

*A veces, reflexivo, pienso
en los giros ruinosos del vivir.
¡A veces pesa el existir!
Mas, también siento muy ligera
la carga que lleva la conciencia,
pues, si una vez, tu fiel presencia
tuvo para mí significado,
hoy, que no estás a mi lado,
reverentemente te devuelvo
a tu pasado.*

Rubén Darío.

Comentario: Poema inédito, contenido en un manuscrito de Darío, que me fuera proporcionado para su transcripción, por mi amigo Marvin Sequeira Mejicano. Se trata de una décima curiosa, que no es clásica en su forma, sino que está compuesta en versos polimétricos (9,11,9,9,10,9,10,9,10 y 5).

Estas posiciones contradictorias, nos obligan a pensar que algunas veces las poesías de Rubén Darío, presentan dualidades, que es un tema abordado por muchos biógrafos y críticos del famoso vate. Sobre el particular debemos añadir que, la escritora inglesa Jane Austen, en su novela de alto vuelo **Orgullo y Prejuicio**, establece alguna iluminación conceptual de la ironía, en la vida de las personas.

Uno de sus personajes, creemos recordar, no exactamente por su nombre, en uno de los diálogos familiares, dice que la ironía es la crítica que se hace hacia alguna persona, pero que se advierte la sonrisa en los labios al mismo tiempo. Sin embargo, dice la escritora en boca de otro, las ironías no ciertamente se manifiesta de esa manera, sino que son el conjunto de las contradicciones que reflejan los hechos de las personas...

Ahora miremos el poema:

TU INFIEL PROCEDER

Rubén Darío

*Tu infiel proceder, puso en mis manos,
El puñal del odio, que de insanos
Deseos de venganza, va adornado!
Sus rubiés son de sangre,
Mas no de la sangre, de tu pecho traidor,
Sino de mi propio rumor,
Hacia mi propia conciencia,
Hacia mi sutil esencia,
Hacia un vasto temor.
Su hoja está bruñida,
Mas no de la pátina del inexorable tiempo,
Sino de opaco devenir que ya siento,
Entre mis entrañas su girar de iras,
De dolor y de impaciencia.*

Rubén Darío

Comentario: Curiosamente se trata de un poema inédito de Darío, compuesto por catorce versos polimétricos (10, 10, 10, 8, 13, 9, 8, 8, 8, 6, 14, 12, 11 y 8), donde posiblemente se encuentra escondido un regio soneto.

“*Cuando pensaba en el inevitable fin...*”, que lo asedió durante toda su vida, Darío vació sus temores en versos autobiográficos. Aquí le vemos en su alta preocupación de su existencia a la espera de la reina invisible, en el poema inédito titulado:

CALLA CORAZON

*Calla corazón, no me delates
De esta angustia del vivir
Siempre esperando, a la
Fría y silente... la inviolada,
La divina entre divinas
La muerte alada,
Cuya victoria en la pro genie
Humana, deja huella
Imborrable... perfumada...*

*No me delates, corazón
Calla y escucha, los
Pasos primorosos de la amada!*

Rubén Darío.

Febrero 2, 1902.

Comentario: Aquí el poeta indica que es el corazón quien lo delata de estar vivo. Algo de esto, el poeta recibe influencia de Edgar Allan Poe, cuando éste narra el cuento de “*El caso del señor Valdemar*”. Trata de la angustia del vivir... para luego morir. Es un poema lírico, del enamoramiento de la prole humana con la esperada de siempre, la amada, la divina muerte! La estrofa se integra con versos polimétricos, de 3, 5, 6, 8, 9 y 10 sílabas.

En este campo autobiográfico de la prosa modernista de Rubén Darío, podemos auxiliarnos de sus versos autobiográficos titulados “*Cayendo que levantando*”, que debieron ser producidos por su autor alrededor de los cuarenta años, para encontrar una mejor explicación acerca de cómo pensaba los problemas de su vida en el trajinar de una existencia errabunda, “*con las alternativas de comodidad y pobreza*” de lo cual él nos habla. Leamos el poema inédito:

CAYENDO QUE LEVANTANDO

*Cayendo que levantando,
por esta senda penosa,
con la fuerza ya menguada,
por tanta vida azarosa,
todavía siento en ella
tu firme y profunda huella,
que acompañó mi camino,
que señaló mi destino,
y que colmó mis afanes.
¡Qué delirios! ¡Qué desmanes!
Cuánta paciencia tuvo
del vivir la prenda mía,
¡Cómo llenó tu alegría,
esas horas... esos días!
Hoy que vuelvo a mirar
con mi mente tal recuerdo,
temo, no durar mucho...*

¡Estar cuerdo!

Rubén Darío.

(Sin fecha).

DE MI VIVIR...

*De mi vivir, las cenizas
van quedando ya esparcidas,
ufanas, esfuerzos y poesías
en modo son convertidas:
penas, amores, sonrisas
nuevas, canciones y besos
y todas aquellas delicias
con oraciones y rezos
forman una alegoría...
¡De la triste vida mía!*

Rubén Darío.

(Poema inédito).

Comentario: Este poema es una décima formada por versos con medida de octosílabos.

LA NOSTALGIA

*Conocí a Ifigenia cuando apenas
Tenía quince años no cumplidos.
Yo al mirarla, sentí que por mis venas
Lava...corría, un surco encendido.
Nos amamos los dos..., pero de modo
Que son el alma ardiente y agitada
Con sólo vernos... nos dijimos todo
Sin que nuestras bocas trémulas dijéranse
nada.
Hoy escucho tu adiós tan presuroso...
¡Oh, qué negros destinos... es pavoroso!*

Comentario: A la vista del manuscrito y de su correspondiente transcripción literal, de la edición de CIRA, lo transcribimos arriba de acuerdo a la estructura de versos que debería tomar, según la métrica empleada por su autor, resultando de una décima cuyos versos riman en consonante, de la siguiente manera:

ABABCDCDEE

Todos los versos son endecasílabos, exceptuando el verso octavo (8) que es de 15 sílabas.

Los críticos e historiadores de la literatura universal, aseguran que la nostalgia es un estado anímico que significó durante la época del simbolismo, una cierta forma sentimental de consistencia vaga para el espíritu y sentimientos poéticos.

El nombre de Ifigenia de este poema, no evoca a la hija del griego Agamenón, que fue salvada por Artemisa cuando iba a ser sacrificada por su padre.

“*La Nostalgia*” de Rubén Darío, pertenece a la vida privada del poeta. Si bien es cierto que Darío pone en sus versos que conoció a Ifigenia cuando aún ella no había cumplido los quince años, debemos suponer dos probabilidades:

- 1.- Que Darío la haya conocido mucho antes de 1912.
- 2.- Que la haya conocido en París.

Siendo de alguna manera, Ifigenia es una joven totalmente desconocida en la biografía y autobiografía del prestigiado poeta. Revisando su calendario de giras, por este tiempo, a comienzos de 1912, Darío residía en París, dirigiendo las revistas de los hermanos Alfredo y Armando Guido. En marzo le organizan ellos un banquete de despedida, y a los días siguientes va en recorrido de propaganda por España y América.

Sea como fuere, el poema en referencia es una décima de arte mayor, en que la personaje mencionada es una jovencita con la cual mantuvo amores confidenciales. Se registra este poema en **Documenta**

rubendariana. Rubén Darío. Nuevos poemas inéditos, con la presentación y transcripción de Jorge Eduardo Arellano⁶.

VA LLEGANDO...

*Va llegando silencioso,
El olvido y tendámonos,
Va orillando los recuerdos,
Hacia el último rincón
De mi triste corazón,
De mi conciencia juiciosa!
Mas, qué cosa tan curiosa
Es revivir la pasión,
Ese fuego que en su día,
Fue quemando la alegría,
Y la razón de existir...
Alguna vez, desesperado,
Por no tenerte a mi lado
Quise casi enajenado,
Poner fin a mi existencia!
¡Qué dichoso! Tu presencia...
Incluso hoy, es ausencia!*

Rubén Darío.

LOS ROSTROS FALSOS

*He visto los falsos rostros
de mil semblantes, los
he visto mudar tantos
disfraces, y tal doblez,
que ya no quiero mirar.
He visto un rostro tan brillante,
que a pesar de la fealdad*

⁶ Managua, Museo y Archivo Rubén Darío. Fondo Editorial CIRA, junio, 2004.

*que le cubría, aparté mi rencor
para ver cuán hermoso era
pero, qué tristeza, qué congoja!
Qué triste destino se me antoja,
qué feroz egoísmo de la suerte,
ese rostro divino era,
¡el rostro de la muerte!*

Rubén Darío.

PARCA

*Fría, austera, inexorable,
Soberana de las flores,
Dueña y señora de vidas,
Término de los dolores!
Eres la Muerte señora;
Quiero pedir como gracia
Un señalado favor:
Déjame sin frenos amarte,
Que al momento señalado,
Sin temores, muy sereno,
Dejaré ante tí rendido
¡ni recibo, en tu seno!*

Rubén Darío.

LA CENSURA

*Se me censura muy fuerte
que me gusta tanto el vino,
sin saber que el numen vierte
su ambrosía en el camino.
Triste y fatal destino
espera a aquel que ferviente
con perverso desatino
su dulce e inmaculada suerte!*

Rubén Darío.

Ahora bien, si incluimos como poesía autobiográfica, la siguiente titulada “*Marina*”, es porque el mismo Rubén se encargó de conferirle esa categoría, cuando escribe en **Historia de mis libros**: “...en “*Marina*”, una amarga y verdadera página de mi vivir...”

MARINA

(En **Prosas profanas**)

Como al fletar mi barca con destino a Citeres
saludara a las olas, contestaron las olas
con un saludo alegre de voces de mujeres.
Y los faros celestes prendían sus farolas,
mientras temblaba el suave crepúsculo violeta.
*“Adiós –dije-, países que me fuisteis esquivos;
adiós, peñascos enemigos del poeta;
adiós, costas en donde se secaron las viñas,
y cayeron los Términos en los bosques de olivos.
Parto para una tierra de rosas y de niñas,
para una isla melodiosa
donde más de una musa me ofrecerá una rosa”.*
Mi barca era la misma que condujo a Gautier
y que Verlaine un día para Chipre fletó,
y provenía de
el divino astillero del divino Watteau.
Y era un celeste mar de ensueño,
y la luna empezaba en su rueda de oro
a hilar los mil hilos de su manto sedoso.
Saludaba mi paso de las brisas el coro
y a dos carrillos daba redondez a las velas.
En mi alma cantaban celestes Filomelas,
cuando oí que en la playa sonaba como un grito.
Volví la vista y vi que era una ilusión
que dejara olvidada mi antiguo corazón.
Entonces, fijo del azur en lo infinito,
para olvidar del todo las amarguras viejas,
como Ulises un día, me tapé las orejas.
Y les dije a las brisas: *“Soplad, soplad más fuerte;
soplad hacia las costas de la isla de la Vida”.*
Y en la playa quedaba desolada y perdida

una ilusión que aullaba como un perro a la Muerte.

(1898).

I

YO SOY AQUEL QUE AYER NO MAS DECIA

*Yo soy aquel que ayer no más decía
el verso azul y la canción profana,
en cuya noche un ruiseñor había
que era alondra de luz por la mañana.*

*El dueño fui de mi jardín de sueño,
lleno de rosas y de cisnes vagos;
el dueño de las tórtolas, el dueño
de góndolas y liras en los lagos;*

*y muy siglo diez y ocho⁷ y muy antiguo
y muy moderno; audaz, cosmopolita;
con Hugo fuerte y con Verlaine ambiguo⁸,
y una sed de ilusiones infinita.*

*Yo supe de⁹ dolor desde mi infancia,
mi juventud...¹⁰ ¿fue juventud la mía?
Sus rosas aún me dejan su fragancia...,¹¹
una fragancia de melancolía...*

⁷ Aquí no hay coma, sin embargo en la edición de Alfonso Méndez Plancarte la tiene y es error (P. 627). Está correcto en la Edición de Ernesto Mejía Sánchez y en la Edición del Centenario (1905 – 2005), del Instituto Nicaragüense de Cultura.

⁸ Véase la nota 4 en la Edición del Centenario del Instituto Nicaragüense de Cultura, Edición y Notas de Pablo Kraudy y Jorge Eduardo Arellano. donde se agota en explicaciones magníficas de las dos personalidades de Hugo por un lado, y Verlaine por el otro. (Pp. 4 – 5).

⁹ “Yo supe del dolor...” está mal escrito en la Edición del Centenario (1905 – 2005), del Instituto Nicaragüense de Cultura, Edición y Notas de Pablo Kraudy y Jorge Eduardo Arellano. Debe escribir dicha expresión: “Yo supe de dolor...” (P. 31)

¹⁰ La grafía de “mi Juventud...” está mal escrita en la Edición del Centenario (1905 – 2005), del Instituto Nicaragüense de Cultura, Edición y Notas de Pablo Kraudy y Jorge Eduardo Arellano, pues debe escribirse “mi juventud...” (P. 31) tal como está enseguida en el mismo verso: “¿fue juventud la mía?”

¹¹ Hay puntos suspensivos al final de este verso como está en la edición de Antonio Oliver Belmás, Editorial Porrúa, Num. 42, Décimo Novena Edición, 1999. (P. 113), y la de Ernesto Mejía Sánchez, **Rubén Darío, Poesía**, tercera edición, 1994. (P. 243), que preferimos. Aún más, nos quedamos con el signo de la coma que vemos en Antonio Oliver Belmás, y que no la tiene Ernesto Mejía Sánchez. No preferimos en este caso la versión de Alfonso Méndez Plancarte y la del Centenario (1905 – 2005), donde no hay puntos suspensivos.

*Potro sin freno se lanzó mi instinto,
mi juventud montó potro sin freno;
iba embriagada y con puñal al cinto;
si no cayó, fue porque Dios es bueno.*

*En mi jardín se vio una estatua bella;
se juzgó mármol y era carne viva;
un¹² alma joven habitaba en ella,
sentimental, sensible, sensitiva.*

*Y tímida ante el mundo, de manera
que encerrada en silencio no salía,
sino cuando en la dulce primavera
era la hora de la melodía...*

*Hora de ocaso y de discreto beso;
hora crepuscular y de retiro;
hora de madrigal y de embeleso,
de “te adoro”, de “¡ay!” y de suspiro.*

*Y entonces era en la dulzaina un juego
de misteriosas gamas cristalinas,
un renovar de notas del Pan griego
y un desgranar de músicas latinas,*

*con aire tal y con ardor tan vivo,
que a la estatua nacían de repente
en el muslo viril, patas de chivo,¹³
y dos cuernos de sátiro en la frente.*

*Como la Galatea gongorina
me encantó la marquesa verleniana,
y así juntaba a la pasión divina
una sensual hiperestesia humana;*

todo ansia, todo ardor, sensación pura

¹² En la Edición del Centenario (1905 – 2005) de **Cantos de Vida y Esperanza**, se lee “*un alma joven...*” que está bien. Lo incorrecto es “*una alma joven...*”, como está en las ediciones de Alfonso Méndez Plancarte, la de Ernesto Mejía Sánchez, y la de Antonio Oliver Belmás. (P. 31)

¹³ Somos los únicos que hemos puesto entre comas, “*patas de chivo*”, pues si no se ponen, no habría pausa alguna que responda al verdadero ritmo del verso. Las pausas evitan también que el verso ruede a lo prosaico.

*y vigor natural; y sin falsía,
y sin comedia y sin literatura...:¹⁴
Si¹⁵ hay un alma¹⁶ sincera, ésa¹⁷ es la mía.*

*La torre de marfil tentó mi anhelo;
quise encerrarme dentro de mí mismo,
y tuve hambre de espacio y sed de cielo
desde las sombras de mi propio abismo.*

*Como la esponja que la sal satura
en el jugo del mar, fue el dulce y tierno
corazón mío, henchido de amargura
por el mundo, la carne y el infierno.¹⁸*

*Mas, por gracia de Dios, en mi conciencia
el Bien supo elegir la mejor parte;
y si hubo áspera hiel en mi existencia,
melificó toda acritud el Arte.*

*Mi intelecto libré de pensar bajo,
bañó el agua castalia el alma¹⁹ mía,
peregrinó mi corazón y trajo
de la sagrada selva la armonía.*

*¡Oh, la selva sagrada! ¡Oh, la profunda
emanación del corazón divino*

¹⁴ En la edición de Antonio Oliver Belmás, Editorial Porrúa, solamente se colocan los puntos suspensivos, sin agregar los dos puntos finales. Mientras que en la edición de **Alma española** se ponen los puntos suspensivos con una coma agregada, tal como se observa en la edición del Centenario de **Cantos de Vida y Esperanza** (1905 – 2005).

¹⁵ En las reglas de puntuación gramatical, se pone letra mayúscula al comenzar después de dos puntos.

¹⁶ Las ediciones de Alfonso Méndez Plancarte, y la del Centenario de **Cantos de Vida y Esperanza** (1905 – 2005), escriben: “*un alma*”, que es la forma correcta en su escritura, y en su pronunciación. En la ediciones de Antonio Oliver Belmás y Ernesto Mejía Sánchez escriben: “*una alma*”, que es incorrecto puesto que se elimina la “a” final de “*una*”, en su escritura y pronunciación.

¹⁷ Pronombre demostrativo que se acentúa en todo caso. En la edición de Ernesto Mejía Sánchez lo presenta, lo mismo que en la edición de Antonio Oliver Belmás. No lo tienen en la edición de Alfonso Méndez Plancarte ni en la edición del Centenario de **Cantos de Vida y Esperanza** (1905 – 2005).

¹⁸ Recomendamos ver la Nota 19 de la Edición del Centenario de **Cantos de vida y Esperanza** (1905 – 2005), donde leemos buenas orientaciones.

¹⁹ Aquí se confirma la indiferencia en “*una alma*” con el artículo indeterminado “*una*” en femenino, y “*el alma*” con el artículo determinado en masculino “*el*” que se antepone al “*alma*” que es un vocablo femenino.

*de la sagrada selva! ¡Oh, la fecunda
fuente cuyo virtud vence al destino!*

*Bosque ideal que lo real complica,
allí el cuerpo arde y vive y Psiquis vuela;
mientras abajo el sátiro fornicar,
ebria de azul deslíe Filomela.*

*Perla de ensueño y música amorosa
en la cúpula en flor del laurel verde,
Hipsipila sutil liba en la rosa,
y la boca del fauno el pezón muerde.*

*Allí va el dios en celo tras la hembra,
y la caña de Pan se alza del lodo;
la eterna vida sus semillas siembra,
y brota la armonía del gran Todo.*

*El alma que entra allí debe ir desnuda,
temblando de deseo y fiebre santa,
sobre cardo heridor y espina aguda:
así sueña, así vibra y así canta.*

*Vida, luz y verdad, tal triple llama
produce la interior llama infinita.
El Arte puro como Cristo exclama:
¡Ego sum lux et veritas et vita!*

*Y la vida es misterio, la luz ciega
y la verdad inaccesible asombra;
la adusta perfección jamás se entrega,
y el secreto ideal duerme en la sombra.*

*Por eso ser sincero es ser potente;
de desnuda que está, brilla la estrella;
el agua dice el alma de la fuente
en la voz de cristal que fluye de ella.*

*Tal fué mi intento, hacer del alma pura
mía, una estrella, una fuente sonora,
con el horro de la literatura
y loco de crepúsculo y de aurora.*

*Del crepúsculo azul que da la pauta
que los celestes éxtasis inspira,
bruma y tono menor ¡toda la flauta!,
y Aurora, hija del Sol ¡toda la lira!*

*Pasó una piedra que lanzó una honda;
pasó una flecha que aguzó un violento.
La piedra de la honda fué a la onda,
y la flecha del odio fuése al viento.*

*La virtud está en ser tranquilo y fuerte;
con el fuego interior todo se abrasa;
si triunfa del rencor y de la muerte,
y hacia Belén... ¡la caravana pasa!*

[Paris, 1904]

EPÍSTOLA

A la señora de Leopoldo Lugones

I

*Madame Lugones, J'ai commencé ces vers
en écoutant la voix d'un carillon d'Anvers...
¡Así empecé, en francés, pensando en Rodenbach
cuando hice hacia el Brasil una fuga... de Bach!*

*En Río de Janeiro iba yo a proseguir,
poniendo en cada verso el oro y el zafir
y la esmeralda de esos pájaros-moscas
que melifican entre las áureas siestas foscas
que temen los que temen el cruel vómito negro.
Ya no existe allá fiebre amarilla. ¡Me alegro!
Et pour cause. Yo pan-americanicé
con un vago temor y con muy poca fe
en la tierra de los diamantes y la dicha
tropical. Me encantó ver la vera machicha,
mas encontré también un gran núcleo cordial
de almas llenas de amor, de ensueños, de ideal.
Y si había un calor atroz, también había
todas las consecuencias y ventajas del día,*

*en panorama igual al de los cuadros y hasta
igual al que pudiera imaginarse... Basta.
Mi ditirambo brasileño es ditirambo
que aprobaría su marido. Arcades ambo.*

II

*Mas el calor de ese Brasil maravilloso,
tan fecundo, tan grande, tan rico, tan hermoso,
a pesar de Tijuca y del cielo opulento,
a pesar de ese foco vivaz de pensamiento,
a pesar de Nabuco, embajador, y de
los delegados panamericanos que
hicieron posible por hacer cosas buenas,
saboreé lo ácido del saco de mis penas;
quiero decir que me enfermé. La neurastenia
es un dón que me vino con mi obra primigenia.
¡Y he vivido tan mal, y tan bien, cómo y tanto!
¡Y tan buen comedor guardo bajo mi manto!
¡Y tan buen bebedor tengo bajo mi capa!
¡Y he gustado bocados de cardenal y papa!...
Y he exprimido la ubre cerebral tantas veces,
que estoy grave. Esto es mucho ruido y pocas nueces,
según dicen doctores de una sapiencia suma.
Mis dolencias se van en ilusión y espuma.
Me recetan que no haga nada ni piense nada,
que me retire al campo a ver la madrugada
con las alondras y con Garcilaso, y con
el sport. ¡Bravo! Sí. Bien. Muy bien. ¿Y La Nación?
¿Y mi trabajo diario y preciso y fatal?
¿No se sabe que soy cónsul como Stendhal?
Es preciso que el médico que eso recete, dé
también libro de cheques para el Crédit Lyonnais,
y envíe un automóvil devorador del viento,
en el cual se pasee mi egregio aburrimiento,
harto de profilaxis, de ciencia y de verdad.*

III

*En fin, convaleciente, llegué a nuestra ciudad
de Buenos Aires, no sin haber escuchado
a míster Root a bordo del Charleston sagrado;
mas mi convalecencia duró poco. ¿Qué digo?
Mi emoción, mi entusiasmo y mi recuerdo amigo,
y el banquete de La Nación, que fue estupendo,*

*y mis viejas seringas con su pánico estruendo,
y ese fervor porteño, ese perpetuo arder,
y el milagro de gracia que brota en la mujer
argentina, y mis ansias de gozar de esa tierra,
me pusieron de nuevo con mis nervios en guerra.
Y me volví a París. Me volví al enemigo
terrible, centro de la neurosis, ombligo
de la locura, foco de todo surmenage
donde hago buenamente mi papel de sauvage
encerrado en mi celda de la rue Marivaux,
confiando sólo en mí y resguardando el yo.
¡Y si lo resguardara, señora, si no fuera
lo que llaman los parisienses una pera!
A mi rincón me llegan a buscar las intrigas,
las pequeñas miserias, las traiciones amigas,
y las ingratitudes. Mi maldita visión
sentimental del mundo me aprieta el corazón,
y así cualquier tunante me explotará a su gusto.
Soy así. Se me puede burlar con calma. Es justo.
Por eso los astutos, los listos, dicen que
no conozco el valor del dinero. ¡Lo sé!
Que ando, nefelibata, por las nubes... Entiendo.
Que no soy hombre práctico en la vida... ¡Estupendo!
Sí, lo confieso: soy inútil. No trabajo
por arrancar a otro su pitanza; no bajo
a hacer la vida sórdida de ciertos previsores.
Y no ahorro ni en seda, ni en champaña, ni en flores.
No combino sutiles pequeñeces, ni quiero
quitarle de la boca su pan al compañero.
Me complace en los cuellos blancos ver los diamantes.
Gusto de gentes de maneras elegantes
y de finas palabras y de nobles ideas.
Las gentes sin higiene ni urbanidad, de feas
trazas, avaros, torpes, o malignos y rudos,
mantienen, lo confieso, mis entusiasmos mudos.
No conozco el valor del oro... ¿Saben esos
que tal dicen lo amargo del jugo de mis sesos,
del sudor de mi alma, de mi sangre y mi tinta,
del pensamiento en obra y de la idea encinta?
¿He nacido yo acaso hijo de millonario?
¿He tenido yo Cirineo en mi Calvario?*

*Tal continué en París lo empezado en Anvers.
Hoy, heme aquí en Mallorca, la terra dels foners,
como dice Mossen Cinto, el gran Catalán.
Y desde aquí, señora, mis versos a ti van,
olorosos a sal marina y azahares,
al suave aliento de las islas Baleares.
Hay un mar tan azul como el Partenopeo.
Y el azul celestial, vasto como un deseo,
su techo cristalino bruñe con sol de oro.
Aquí todo es alegre, fino, sano y sonoro.
Barcas de pescadores sobre la mar tranquila
descubro desde la terraza de mi villa,
que se alza entre las flores de su jardín fragante,
con un monte detrás y con la mar delante.*

V

*A veces me dirijo al mercado, que está
en la Plaza Mayor. (¿Qué Coppée, no es verdá?)
Me rozo con un núcleo cesposo de muchedumbre
que viene por la carne, la fruta y la legumbre.
Las mallorquinas usan una modesta falda,
pañuelo en la cabeza y la trenza a la espalda.
Esto, las que yo he visto, al pasar, por supuesto.
Y las que no la lleven no se enojen por esto.
He visto unas payesas con sus negros corpiños,
con cuerpos de odaliscas y con ojos de niños;
y un velo que les cae por la espalda y el cuello,
dejando al aire libre lo obscuro del cabello.
Sobre la falda clara, un delantal vistoso.
Y saludan con un bon dia tengui gracioso,
entre los cestos llenos de patatas y coles,
pimientos de corales, tomates de arreboles,
sonrosadas cebollas, melones y sandías,
que hablan de las Arabias y las Andalucías.
Calabazas y nabos para ofrecer asuntos
a Madame Noailles y Francis Jammes juntos.
A veces me detengo en la plaza de abastos
como si respirase soplos de vientos vastos,
como si se me entrase con el respiro el mundo.
Estoy ante la casa en que nació Raimundo
Lulio. Y en ese instante mi recuerdo me cuenta
las cosas que le dijo la Rosa a la Pimienta...
¡Oh, cómo yo diría el sublime destierro*

*y la lucha y la gloria del mallorquín de hierro!
¡Oh, cómo cantaría en un carmen sonoro
la vida, el alma, el numen, del mallorquín de oro!
De los hondos espíritus es de mis preferidos.
Sus robles filosóficos están llenos de nidos
de ruiseñor. Es otro y es hermano del Dante.
¡Cuántas veces pensara su verbo de diamante
delante la Sorbona viaja del París sabio!
¡Cuántas veces he visto su infolio y su astrolabio
en una bruma vaga de ensueño, y cuántas veces
le oí hablar a los árabes cual Antonio a los peces,
en un imaginar de pretéritas cosas
que, por ser tan antiguas, se sienten tan hermosas!*

VI

Hice una pausa.

*El tiempo se ha puesto malo. El mar
a la furia del aire no cesa de bramar.
El temporal no deja que entren los vapores. Y
Un yatch de lujo busca refugio en Porto-Pi.
Porto-Pi es una rada cercana y pintoresca.
Vista linda: aguas bellas, luz dulce y tierra fresca.
¡Ah, señora, si fuese posible a algunos el
dejar su Babilonia, su Tiro, su Babel,
para poder venir a hacer su vida entera
en esa luminosa y espléndida ribera!
Hay no lejos de aquí un archiduque austriaco
que las pomas de Ceres y las uvas de Baco
cultiva, en un retiro archiducal y egregio.
Hospeda como un monje —y el hospedaje es regio—.
Sobre las rocas se alza la mansión señorial
y la isla le brinda ambiente imperial.
Es un pariente de Jean Orth. Es un atrida
que aquí ha encontrado el cierto secreto de su vida.
Es un cuerdo. Aplaudamos al príncipe discreto
que aprovecha a la orilla del mar ese secreto.
La isla es florida y llena de encanto en todas partes.
Hay un aire propicio para todas las artes.
En Pollensa ha pintado Santiago Rusiñol
cosas de flor de luz y de seda de sol.
Y hay villa de retiro espiritual famosa:
la literata Sand escribió en Valldemosa*

*un libro. Ignoro si vino aquí con Musset,
y si la vampiresa sufrió o gozó, no sé.
¿Por qué mi vida errante no me trajo a estas sanas
costas antes de que las prematuras canas
de alma y cabeza hicieran de mí la mezclanza
formada de tristeza, de vida y esperanza?
¡Oh, qué buen mallorquín me sentiría ahora!
¡Oh, cómo gustaría sal de mar, miel de aurora,
al sentir como en un caracol en mi cráneo
el divino y eterno rumor mediterráneo!
Hay en mí un griego antiguo que aquí descansó un día,
después de que le dejaron loco de melodía
las sirenas rosadas que atraieron su barca.
Cuanto mi ser respira, cuanto mi vista abarca,
es recordado por mis íntimos sentidos;
los aromas, las luces, los ecos, los ruidos,
como en ondas atávicas me traen añoranzas
que forman mis ensueños, mis vidas y esperanzas.
Mas, ¿dónde está aquel templo de mármol, y la gruta
donde mordí aquel seno dulce como una fruta?
¿Dónde los hombres ágiles que las piedras redondas
recogían para los cueros de sus hondas?...
Calma, calma. Esto es mucha poesía, señora.
Ahora hay comerciantes muy modernos. Ahora
mandan barcos prosaicos la dorada Valencia,
Marsella, Barcelona y Génova. La ciencia
comercial es hoy fuerte y lo acapara todo.
Entretanto, respiro mi salitre y mi yodo
brindados por las brisas de aqueste golfo inmenso,
y a un tiempo, como Kant y como el asno, pienso.
Es lo mejor.*

VII

Y aquí mi epístola concluye.

*Hay un ansia de tiempo que de mi pluma fluye
a veces, como hay veces de enorme economía.
«Si hay, he dicho, señora, alma clara, es la mía».
Mírame transparentemente, con tu marido,
y guárdame lo que tú puedas del olvido.*

Anvers-Buenos Aires-París
Palma de Mallorca, MCMVI

“PUESTO QUE TU ME DICES...”

Puesto que tú me dices que eres mi hijo, ¡hijo mío!
y tienes fe en mis lirios, confianza en mis rosas,
voy a cofiarte ideas, voy a decirte cosas,
y amarás grandemente a tu Rubén Darío.
Tú comprendes mis versos e interpretas mis prosas
y las aguas que corren en mi profundo río,
y, así, cuando te hable de las Musas hermosas,
séme profundamente y eternamente mío.

Algo de la ilusión, algo del pensamiento,
algo del corazón (hágate palpar)
de las cosas que son, de las cosas que siento;

lo que he visto en la tierra, lo que he oído en el mar,
lo que puedo ofrecer, lo que brinde mi aliento
y lo que en mi palabra tepueda yo ofrendar.

Rubén Darío

(París, 1907.)

Comentario: “*¡Bárbaro! El poema...*” yo le dije así a mis amigos los doctores Manuel Elvir Maldonado y José Ramón Ubau Fonte, en estos días darianos de inicios del 2009.

Vemos repeticiones de palabras en el poema, y que ello no quiere decir que Darío no tenga recursos o falta de vocabulario. No, antes bien, traen las repeticiones, ciertas notas musicales y rítmicas que balancean la armonía del poema en este soneto, que dedica Rubén a su hijo Rubén Darío Contreras quien ha llegado a París a conocerle. Del encuentro, el padre Darío, se muestra sensibilizado ante su príncipe heredero, hijo de Rafaelita Contreras.

También el poeta repite adjetivos calificativos como de costumbre en sus faenas poéticas. Estos son: “*grandemente*”, “*profundamente*” y “*eternamente*”. Gabriel García Márquez no gusta de las terminaciones en “*mente*”, y se ha declarado enemigo de ellas. Tal cosa o costumbre prohibida, la transmite en sus Talleres periodísticos y de redacción, en

Colombia. Nosotros seguimos sin embargo a don Rubén Darío, Padre del modernismo y de la prosa que va en García Márquez.

EL CASO DE LA INVESTIGADORA NORTEAMERICANA SEÑORA E. U. I.

A lo largo y ancho del mundo, la naturaleza de los críticos no cambian. Unos se creen con más derechos que otros en materia investigativa alrededor de un tema, o de la vida y obra de algún personaje de la vida real. De los dos bandos, se agrupan en diversas partes del mundo, los críticos y los investigadores que siguen paso a paso, las huellas del genio de Rubén Darío. Todos, o la mayoría de ellos, lo hacen con la sana y buena intención. Sin embargo, la vanidad, la jactancia y el orgullo de la inteligencia en cada cabeza, refleja más de algunas veces, la superioridad de unos sobre la inferioridad de otros a simple vista, o por los juicios críticos que aparecen de vez en cuando en los periódicos o revistas literarias. Tal fenómeno lo vemos en España, en Argentina, en Chile, en Centro América, o en cualquier parte del planeta Tierra, sea cual sea la época tocada.

Nos vamos a referir al caso de la señora E. U. I., de nacionalidad norteamericana, quien fue una prominente investigadora de la Vida y Obra de Rubén Darío en la década de los años 60', y que tuvo la iniciativa de viajar por varias partes del mundo, siguiendo las huellas de Rubén Darío, y sobre todo, haciendo rastreo de variantes en los poemas del gran poeta del Modernismo.

La señora E. U. I., respondía al nombre de Evelyn Uhrhan de Irving, y era profesora del North Central College, Naperville, Illinois, de los Estados Unidos de América. Como ella, son muchos los estudiosos y los profesionales lingüistas norteamericanos, que se entregan a la aventura de investigar la Vida y la Obra de Rubén Darío. Otros son, destacados estudiantes o profesionales que presentan su monografía o tesis doctoral, en materia de Lengua Hispanoamericana en Universidades Norteamericanas, sobre el mismo personaje que señalamos anteriormente.

Aquí viene el asunto controversial y crítico. En "*Nuevas Notas Bibliográficas y Textuales*", que agregara Antonio Oliver Belmás para **Poesías Completas de Rubén Darío**, de Alfonso Méndez Plancarte, en 1967, Editorial Aguilar, España, se dice en la Sección "*Hacia el alba de oro*", en la (Pág. 1245), "*Nota 52*":

“Problema de delicado tacto, pues puede resultar, en otro caso, un “damero maldito”. Sobre todo si se vuelve a las versiones primeras ya corregidas por el poeta. Lo que se consigue con esto es empeorar a R. D.” (Léase el R. D. como Rubén Darío).

¿Cómo imaginar que se puede “empeorar” a Rubén Darío, haciendo unas investigaciones concienzudas alrededor de sus variantes poemáticas? Lo peor del asunto, es que quien lo afirmaba era nada menos que uno de los más distinguidos críticos, analistas, e investigadores, además de archivero de los documentos gigantescos de Rubén Darío, en compañía de su esposa doña Carmen Conde, ambos españoles.

Por aquella época, de los años 60’, estaba realizando tremenda labor de análisis, el matrimonio Belmás-Conde, y el primero de éstos, otorgando diplomas de doctorado en asuntos de lenguas hispánicas y poesía modernista de Rubén Darío. Más aún, el señor Antonio Oliver Belmás, se valía de los mismos documentos entregados por la señora E. U. I., para que los analizara personalmente. De algunos de ellos, decía luego Belmás: *“Otras anotaciones de la doctora E. U. I., son de evidente interés. Así la composición titulada: “Alaba los ojos negros de Julia”, que apareció en **El Cojo Ilustrado**, 1901, vol. X, pág. 571, con el título “Los ojos negros de Julia”.*

“Según refirió a E. U. I., en Guatemala en 1960, la hija de Julia Contreras de Trigueros, y sobrina de Rafaela Contreras de Darío, este poema fue escrito para su madre Julia Contreras de Trigueros, hermana de Rafaela y cuñada de R. D. ...”

Aquí vemos que la investigación que no empeora para nada lo dicho por E. U. I., en asuntos de R. D., y dicho o escrito por Antonio Oliver Belmás. Más bien, va informando Belmás elementos nuevos y verídicos de la señora E. U. I., para sus *“Nuevas Notas Bibliográficas y Textuales”*.

Traemos a colación estas aseveraciones críticas que nos sirven para demostrar hasta qué punto llegan algunos críticos, en tratar de minimizar o prejuiciar algunas investigaciones de esforzados talentos, que no logran o no han logrado los mismos autores famosos que tienen todo a su alcance, o que habiendo llegado a la cima de la gloria, obstaculizan los criterios formales de nuevos valores que se abren camino en las regiones del conocimiento de las fuentes.

**LLEGADA A CORINTO
EN LA TARDE EN LEON**

Según en los “*Apuntes*” de Juan Ramón Avilés, transcritos por el doctor Carlos Tünnermann Bernheim, “*Muchos años después, recuerda doña Fidelina la participación de su esposo Francisco Castro y de ella en los festejos del recibimiento apoteósico de Darío en 1907. Ella acompañó a Darío, junto con doña Casimira de Debayle, en el carruaje que Rubén abordó al llegar a la estación del tren en León. En la sucesión de banquetes y festejos, no podía faltar la fiesta en honor de Darío organizada por Francisco Castro, entonces Ministro de Hacienda del Presidente Zelaya y su esposa Fidelina. Rubén no pudo asistir por encontrarse indispuesto.*”

23 DE NOVIEMBRE DE 1907 EN MANAGUA

Después de ese extenso recorrido, llega a Managua por la noche agotado y se hospeda en la casa de su amigo Manuel Maldonado, con quien se queda conversando hasta la medianoche.

Entre las conversaciones amenas de los dos intelectuales, hubo un momento en que Maldonado muestra una foto de su esposa, por lo cual Rubén tomando una pluma al instante, escribe al reverso:

DEDICANDO UN RETRATO

*Por la dama que da flores de la vida
al compañero que es por ella consagrado,
estos versos de paz y esta estrofa florida,
deja Rubén Darío a Manuel Maldonado.*

Rubén Darío

(Managua, 1907)

Vamos a ilustrar a nuestros queridos lectores haciendo una alusión de cuando Manuel Maldonado tenía más de cincuenta años²⁰, y fuera entrevistado por otro distinguido poeta nicaragüense, el señor Salvador Ruiz Morales, que se firmaba en sus escritos como “*Pedro Roa*”, fundador

²⁰ Manuel Maldonado (nace en Mosonte, Nueva Segovia, 1864 – muere en Masaya, 1945).

de la revista **Los Domingos**, y que circulaba desde hacía siete años, en la ciudad de Managua, este órgano informativo intelectual.

Al tratar el tema de los Diarios y Revistas de la Capital, para la tercera década del siglo XX, el doctor Jerónimo Aguilar dice a la letra en sus **Apuntes para una Antología**: *“El entusiasmo literario trajo como una consecuencia la publicación de varias revistas, siendo las mejores: **Los Domingos**, bajo la dirección de un amable y atildado escritor: Salvador Ruiz Morales...”*

En esta entrevista curiosa, habla Manuel Maldonado cuando en un principio oía y leía comentarios de las cosas producidas por Rubén, pero que no le gustaba ni le entendía.

Escribe “*Pedro Roa*”, en un fragmento de la entrevista con Manuel:

“El doctor Manuel Maldonado se confesó que escribió versos desde que tenía doce años. Del poeta de quien gustó en sus inicios y fue peón, fue de Contreras de México. Un caso raro, fue con Darío, a quien no se lo tragaba, porque se le hacía difícil comprender, y su acercamiento a su persona se hizo más tarde, con el tiempo.

–“yo creo, dijo Maldonado- que antes era yo un espíritu de biblioteca, de esos tardíos en comprender las excelencias del retoño; algo así como el de Séneca, como el de Lulio, o como el poco atrevido espíritu de Jacopone de Todi.

Pero resulta que cuando lo comprendí, ya no pude desprenderme de su mina tenebrosa, de aquella hecatombe de diamantes, de aquel Vesubio de armonías, que ha podido mostrarme una larga revelación de las cosas; revelaciones apocalípticas que tal vez no las tuvo ni el mismo iluminado de Patmos. Darío era un poeta profético y abstruso...”

Regias las palabras descriptivas de don Manuel Maldonado, en esta entrevista que apareció en **Revista Femenina Ilustrada**, de doña Josefa Toledo de Aguerri, para el año de 1932, en la ciudad de Managua.

Pero queremos criticar al mismo tiempo al señor Maldonado, que siendo luego un eterno amigo de Darío y quien además fuera el fundador y presidente de la organización de intelectuales nicaragüenses para levantar un monumento en el Parque Rubén Darío, no haya escrito alguna reseña biográfica o tal vez un libro sobre Darío, como lo hizo Vargas Vila, porque

estamos seguros que Maldonado conoció mejor a Darío, que el colombiano José María Vargas Vila.

Lo que escribió Manuel Maldonado, entre algunas de sus obras se cuentan, por ejemplo: **Canto a Bolívar** (1926); de este mismo año son aniversarios inmortales (ante el cerebro de Rubén Darío Aniversario, 1926); **El supremo diálogo y otros poemas**, (1944); **Lira y tribuna** (1949); cantos extensos como **Prometeo encadenado**, y **María Magdalena**.

24 DE NOVIEMBRE

Al día siguiente se alistan para ir a la visita protocolaria con el presidente José Santos Zelaya, que lo ha declarado huésped de honor de la nación.

El doctor Maldonado hace entrega a nombre de Darío, de una simbólica pulsera (brazalete de piedras preciosas en “*Acróstico lapidario*”), con su autógrafo y elegantes frases para la esposa del presidente, doña Blanca Cousin de Zelaya. Aquí es lógico preguntarse por qué no fue el propio Darío en entregar el “*Acróstico para doña Blanca de Zelaya*”, y que al contrario, semanas más tarde, es la misma doña Blanca quien impone una medalla de oro en el pecho de Darío. Ese mismo día, 24 de noviembre de 1907, Rubén hace entrega de un soneto dedicado

A MANUEL MALDONADO

*Manuel: el resplandor de tu palabra
ha iluminado la montaña oscura,
en donde, hace ya tiempo, mi figura
vaga entre el cisne, el sátiro y la cabra.*

*Sea arado de oro aquel que abra
el surco en la divina agricultura,
y que pueda extraer de tierra impura
el mármol blanco que el artista labra.*

*Y puesto que eres lengua de mi tierra,
la cual se agita con rumor de palma,
y es tu cráneo depósito que encierra*

ese gran fluido propulsor de tu alma,

*sé como Castelar, cuyo rotundo
verbo aumentó la rotación del mundo.*

(Managua, Nicaragua,
24 de noviembre de 1907.)

FESTEJOS EN UN HERMOSO RECORRIDO

Está primero el de Masaya. El 6 de diciembre se realizan paseos y una elegante recepción.

GRATITUD A MASAYA

En un paseo a tal pueblo de Nicaragua

*Por doquiera donde vaya,
el recuerdo irá conmigo
del corazón de Masaya,
tan hidalgo y tan amigo.*

*Son retorno y despedida
juntos en este momento;
mas de Masaya florida
el nombre en mi pensamiento
irá por toda la vida.*

*A esta región hechicera
no quiero decir adiós.
¡Que la vea antes que muera,
que esté siempre en primavera
y que la bendiga Dios!*

Rubén Darío

(Diciembre 7 de 1907.)

Comentario: Por esta misma fecha, vuelto a la ciudad de Managua, el famoso vate se hospeda en casa de Félix Pedro Zelaya, ministro del gobierno del general Zelaya. Eran los días festivos de la Purísima Concepción de María, y el ambiente era de un suave frescor.

La capital Managua, era también la preferida por los visitantes extranjeros, y el número de sus habitantes conformaba una sociedad

cerrada, compactada en la que todo el mundo se conocía en su diario acontecer. Lo más atractivo de la ciudad era la brisa que llegaba del lago, y los jóvenes enamorados se refugiaban bajo los árboles a contar sus penas y las hojas de margaritas.

Cuenta don Hernán Rosales, autor del libro **Nicaragua, película de una vida**, México, 1950 (pp. 171 – 172), que había “*un momento conmovedor y magnético*”, cuando se paseaba don Rubén Darío, vestido todo de blanco en el Parque Central, en las noches de concierto que ofrecía al público, la **Banda de los Supremos Poderes**. Pero lo más curioso de este paseo a la vista, era que el famoso visitante caminaba en unión de su maestro cuando era niño, el doctor Felipe Ibarra, en compañía también del respetable doctor Modesto Barrios, quien fuera su protector en tiempos de adolescencia. A ellos le hacían “*cola como pajes de corte*”, un grupito de jóvenes intelectuales a la espera de una señal del maestro.

En otro regio recorrido en tren engalanado y enflorado, partieron todos a Carazo, cruzando por lindos pueblos de Jinotepe y Diriamba. De vuelta se detuvieron en San Marcos; luego un banquete en la *Quinta Saratoga*, donde se respira a todo pulmón el aire fresco de la exuberante naturaleza, y se divisa un paisaje espléndido hacia la laguna de Apoyo y el fondo geográfico de la campiña hasta el lago Cocibolca.

Entre las delicadas atenciones que hicieron las damitas elegantes y jovencitas sensibles al arte y la poesía, se escucharon las palabras del Inspector de Instrucción Pública, señor Alejandro Bermúdez. Por su parte, los escolares de Granada, hicieron sus presentes en centenares de ramos que decoraron el tren que conducía a Rubén y comitiva, quienes quedaron maravillados del encanto acogedor.

17 DE DICIEMBRE

En otro encuentro de Darío con intelectuales nicaragüenses, en la ciudad de León, escucha un elocuente discurso del poeta Santiago Argüello (1871 – 1940), quien entre otras palabras dice una preciosa quintilla:

UNA FLOR A ARGUELLO

*“El señor de la Victoria
Por fin a su Patria llega;
,ás tarde dirà la Historia*

*Que él dejó a su Patria ciega
Con el fulgor de su gloria.”*

Santiago Argüello.

*Ninguna frase mejor,
que la que ahora interpreta
el que es su mejor poeta,
lleno de gloria y de honor.*

Rubén Darío

(León, 17 de diciembre de 1907.)

Comentario: antes de la llegada de Rubén a Nicaragua, Santiago Argüello (de 36), había publicado los poemarios: **Primeras ráfagas** (1897); **De tierra cálida** (1900); **El poema de la locura** (1904), y tenía en preparación **Ojo y alma** (1908). Luego vendrían: **Canto a la misión divina de la Francia** (1919); **Elogio lírico de España** (1922); **El alma adolorida de la patria** (1923) y **Poesías escogidas y poesías nuevas** (1935). Su drama **Ocaso**, fue estrenada en León, por la compañía dramática dirigida por el notable Enrique Leal, según Jerónimo Aguilar.

Tuvo Argüello entre sus altas dotes literarias, la vocación de Maestro, habiéndose desempeñado varias veces como director del **Instituto Nacional de León**, del **Instituto Nacional de Managua**, del **Colegio de Varones de Managua**, “...difundiendo o esparciendo la luz en sus alumnos, con sus conferencias e inspiraciones felices de alta trascendencia educativa.”, según la escritora Josefa Toledo de Aguerri, en **Revista Femenina Ilustrada**.

21 DE DICIEMBRE DE 1907

EN CASA DEL DR. LUIS H. DEBAYLE

(BRINDIS)

*Esta casa de gracia y de gloria me augura,
en tan dulces momentos, que son de Epifanía,
como el amanecer de un encantado día
que iniciase las horas de una dicha futura.*

*Aquí un verbo ha brotado que anima y que perdura;
aquí se ha consagrado a la eterna Harmonía,
por las rosas de idea que han dado al alma mía,
en sus pétalos frescos, la fragancia más pura.*

*Suaves reminiscencias de los primeros años
me brindaron consuelos en países extraños,
y hoy sé, por el Destino prodigioso y fatal,
que si es amarga y dura la sal de que habla el Dante,
no hay miel tan deleitosa, tan fina y tan fragante,
como la miel divina de la tierra natal.*

*Y para Casimira
el oro de la lira,
y las flores de lis
que junten la fragancia
de Nicaragua y Francia,
por su adorado Luis.*

Rubén Darío

(León de Nicaragua, 21 de diciembre de 1907.)

Comentario:

VELADA CULTURAL EN EL TEATRO MUNICIPAL DE LA CIUDAD DE LEÓN

Era domingo por la noche, del 22 de diciembre de 1907, y toda la intelectualidad de la ciudad de León, se encuentra inquieta y abarrotando el edificio del Teatro Municipal. El teatro con su público estaba espléndido donde se apreciaba el derroche de arte en el decorado, donde cada cabeza se creía poeta o poetisa, artista o cantante, dramático o músico, corriendo un solo rumor de impaciencia y de expectación.

El programa se abrió con el uso de la palabra, después de una salva de aplausos al aparecer en el escenario por primera vez don Rubén Darío, en traje oscuro. La muchedumbre no cesaba de aplaudir, pero fue llamada al intervenir frente a todos con alta voz el Síndico Municipal, doctor Salomón

Selva, quien agradeció a todos los asistentes por la debida compostura y el orden que debía prevalecer para realce del invitado de honor, haciendo la salvedad que toda la ciudad de León se mostraba contenta por el regreso de tan magno hijo y coterráneo; el doctor Luis H. Debayle intervino enseguida con palabras vibrantes, firmes y recias en sus espinelas poéticas dedicadas a su amigo del alma; irrumpió de inmediato el acorde musical de la orquesta local.

Otra salva de aplausos se hizo sonar en el acústico Teatro Municipal, cuando el poeta se dignó a hacer uso de la palabra con su discurso en tan baja voz que todo el mundo tuvo que callar el rumoreo, porque casi no se oía nada al fondo opuesto al escenario. Al finalizar sus palabras se anunció que el doctor Antonio Medrano leería en su propia voz el poema titulado “*Retorno*”, que el poeta había elaborado con anticipación para no improvisar nada. A continuación el poema:

A LA HORA DEL GRAN “*RETORNO*”

RETORNO

*El retorno a la tierra natal ha sido tan
sentimental, y tan mental, y tan divino,
que aún las gotas del alba cristalinas están
en el jazmín de ensueño, de fragancia y de trino.
Por el Anfión antiguo y el prodigio del canto
se levanta una gracia de prodigio y encanto
que une carne y espíritu, como en el pan y el vino.
En el lugar en donde tuve la luz y el bien,
¿qué otra cosa podría sino besar el manto
a mi Roma, mi Atenas o mi Jerusalén?
Exprimidos de idea, y de orgullo y cariño,
de esencia de recuerdo, de arte de corazón,
concreto ahora todos mis ensueños de niño
sobre la crín anciana de mi amado León.
Bendito el dromedario que a través del desierto
condujera al Rey Mago, de aureolada sien,
y que se dirigía por el camino cierto
en que el astro de oro conducía a Belén.
Amapolas de sangre y azucenas de nieve
he mirado no lejos del divino laurel,*

*y he sabido que el vino de nuestra vida breve
precipita hondamente la ponzoña y la hiel.
Mas sabe el optimista, religioso y pagano,
que por César y Orfeo nuestro planeta gira,
y que hay sobre la tierra que llevar en la mano,
dominadora siempre, o la espada, o la lira.
El paso es misterioso. Los mágicos diamantes
de la corona o las sandalias de los pies
fueron de los maestros que se elevaron antes,
y serán de los genios que triunfarán después.
Parece que Mercurio llevara el caduceo
de manera triunfal en mi dulce país,
y que brotara pura, hecha por mi deseo,
en cada piedra una mágica flor de lis.
Por atavismo griego o por fenicia influencia,
siempre he sentido en mí ansia de navegar,
y Jasón me ha legado su sublime experiencia
y el sentir en mi vida los misterios del mar.
¡Oh, cuántas veces, cuántas oí los sonos
de las sirenas líricas en los clásicos mares!
¡Y cuántas he mirado tropeles de tritones
y cortejos de ninfas ceñidas de azahares!
Cuando Pan vino a América, en tiempos fabulosos
en que había gigantes y conquistaban Pan
y Baco tierra incógnita, y tigres y molosos
custodiaban los templos sagrados de Copán,
se celebraban cultos de estrellas y de abismos;
se tenía una sacra visión de Dios. Y era
ya la vital conciencia que hay en nosotros mismos
de la magnificencia de nuestra Primavera.
Los atlántidas fueron huéspedes nuestros. Suma
revelación un tiempo tuvo el gran Moctezuma,
y Hugo vio en Momotombo órgano de verdad.
A través de las páginas fatales de la historia,
nuestra tierra está hecha de vigor y de gloria,
nuestra tierra está hecha para la Humanidad.
Pueblo vibrante, fuerte, apasionado, altivo;
pueblo que tiene la conciencia de ser vivo,
y que reuniendo sus energías en haz
portentoso, a la Patria vigoroso demuestra
que puede bravamente presentar en su diestra
el acero de guerra o el olivo de paz.*

*Cuando Dante llevaba a la Sorbona ciencia
y su maravilloso corazón florentino,
creo que concretaba el alma de Florencia,
y su ciudad estaba en el libro divino.
Si pequeña es la Patria, uno grande la sueña.
Mis ilusiones, y mis deseos, y mis
esperanzas, me dicen que no hay patria pequeña.
Y León es hoy a mí como Roma o París.
Quisiera ser ahora como el Ulises griego
que domaba los arcos, y los barcos y los
destinos. Quiero ahora deciros ¡hasta luego!
¡Porque no me resuelvo a deciros adiós!*

Rubén Darío.

Comentario: El Teatro completo volvió a tronar de punta a punta. Era difícil controlar la euforia convulsionada de alegría, y de admiración para el personaje invitado de la noche. Continuó en el uso de la palabra el doctor Francisco Paniagua Prado, para enaltecer la figura del gran patriota que regresaba después de quince años de ausencia....; se le concedió la palabra de acuerdo al programa de la noche, a doña Margarita de Alonso, en representación de la mujer; después intervino el poeta Santiago Argüello recitando versos de **Luz y Sombra**, finalizando el acto la señorita Pepa Gil, en representación del **Teatro Municipal**, como responsable de los festonados palcos, para agradecer el arte en decoración de doña Fidelina Castro, noble amiga de las artes y de don Rubén Darío. El cierre terminó con un brindis y el agradecimiento que hiciera nuevamente a la fina concurrencia, el señor Darío. Impactado de todas estas emociones, el homenajeado ya no hallaba qué palabras decir a cada una de sus amistades, sobre todo a sus lindas amigas de infancia.

La más novedosa noticia dada en estos días de festejos del Aniversario 18 de enero del 2009, de Rubén, lo leímos en la entrega de un artículo de colaboración para **La Prensa Literaria**, de Managua, por el doctor Carlos Tünnermann Bernheim, cuando relata:

*“En diciembre de 1907, Darío había dedicado a doña Fidelina otro breve poema, no incluido en las **Poesías Completas de Rubén Darío** compiladas por Alfonso Méndez Plancarte, y que transcribimos a continuación, tomándolo de una copia que guardaba Juan Ramón Avilés:*

“A Fidelina Castro

*Que es hecha como un astro
De oro, luz y marfil
Y que lleva consigo
Las espigas del trigo
Y las rosas de Abril”.*

Comentario: Son seis versos heptasílabos de arte menor; riman en consonante los versos pareados 1 y 2; el 3 y el 6; dejando pareados los versos 4 y 5.

Debió haberlos escrito el poeta, al día siguiente, o después del acto cultural, que tuviera lugar en el Teatro Municipal de León, como un reconocimiento de su persona a su amiga Fidelina Santiago.

Breve reseña biográfica de Antonio Medrano

Según la escritora de Josefa Toledo de Aguerri, el doctor Antonio Medrano fue un conocido escritor con mucho conocimiento en literatura nicaragüense, y que se afanó con talento y energía, en las tareas de difusión intelectual, de periodismo, de asociación y de cátedra.

Como poeta y escritor tenía gran renombre en todos los países de habla castellana; como orador, como jurisconsulto, como hombre de carácter y político liberal honrado, gozaba en Nicaragua de merecidos prestigios. Fue diputado por León pero con palabra desapasionada y segura, inspirado en elevados principios e ideales patrióticos, que servía de luz y cauce a las más encontradas discusiones de la Cámara de Diputados.

Fue fundador y director de la Revista **Alba**, que se distinguía entre las mejores del país.

Semanas después, el poeta escribió un

MADRIGAL EN EL ABANICO DE DOÑA FIDELINA CASTRO

*Fidelina
diamantina,
dulce y fina,
mira la
hora inquieta*

*que interpreta
al poeta
que se va...*

(León, 1908.)

Comentario: Los versos 1, 2 y 3 van con rima consonante; el 4 con el 8; y los versos 5, 6 y 7. Este poema debió haberse escrito y dedicado lo más probable que en el mes de marzo, y que por lo fechado, fue en la ciudad de León, tal vez un día o días antes de partir Rubén a veranear a la isla del Cardón, frente a las playas del Puerto de Corinto. Es una despedida sentimental y personal del poeta para su amiga de adolescencia.

Una de las primeras versiones de este madrigal fue publicado en el Diario **La Noticia** de Managua (19 de diciembre de 1948), con un comentario del doctor Diego Manuel Sequeira, y fue aludido en una anécdota por doña Margarita Debayle de Pallais.

Esta versión aparece en **Poesías completas de Rubén Darío**, de Alfonso Méndez Plancarte (1967), pero con la salvedad que en vez de escribir “hora”, el editor puso “hoja”, todo lo cual sería un error de imprenta. En estos días en que se celebra el cumpleaños de Rubén Darío, 18 de enero de 2009, al par del VI Simposium Dariano en la ciudad de León, **La Prensa Literaria**, de Managua, Nicaragua, en su edición del 24 de enero de 2009, apareció el abanico de doña Fidelina Santiago Castro, entre los objetos, tarjetas y versos del archivo que obsequiera doña Fidelina, amiga entrañable del poeta, a Juan Ramón Avilés, quien fuera director del **Diario La Noticia**, y amigo inolvidable del mismo Darío.

El doctor Carlos Tünnermann Bernheim, crítico y autor de varias obras dedicadas a Rubén Darío, hizo el artículo que publica **La Prensa Literaria**, que dice en una de sus partes interesantes:

“El abanico se encuentra sumamente deteriorado por el tiempo, pero aún pueden leerse, en las pequeñas varitas de madera, algunos de los versos del madrigal y la firma Rubén Darío. El madrigal dice así:

*“Fidelina
diamantina,
dulce y fina,
mira la*

*hoja inquieta
que interpreta
al poeta
que se va”.*

Comenta al respecto el doctor Tunnermann:

“En su biografía de Darío, el profesor Edelberto Torres reproduce el precioso madrigal, pero con algunos cambios: “oye”, en lugar de “mira” y “nota” en lugar de “hoja”. Notamos aquí que estos cambios son caprichosos, e incorrectos. Veremos a continuación los antecedentes e incidentes que hubo en la vida entre estos tres personajes: Francisco Castro, Fidelina Santiago y Rubén Darío:

“CARTA ABIERTA”

A FIDELINA SANTIAGO

(León, marzo de 1884),

Es un singular poema escrito en silva, cada una con un par de versos pareados más cuatro que riman (*c,c; a,b,b,a*). Es en el fondo una carta ficticia, que un enamorado está pidiéndole perdón a su amada, luego de reflexionar frente al error cometido.

Es Fidelina Santiago, la hija de don Emilio Santiago de Vicente y doña María Marrero, propietarios del **Hotel Progreso**, de la ciudad de Chinandega, donde va a hospedarse el poeta-niño, en compañía de Francisco Castro quien le pidió ir allá para convencer a su novia Narcisa Mayorga, de *que no se casase con el pretendiente rico, que a la postre la obtuvo*, según comentario de Jaime Torres Bodet²¹. Fidelina (*según parece, el poeta trató de enamorarla*), -comenta Bodet,- vendrá a convertirse en la esposa de su amigo Francisco Castro, quien ha roto compromiso matrimonial con su antigua novia, Narcisa Mayorga, también de Chinandega, según Bodet, pero que Diego Manuel Sequeira destaca que ella residía en la ciudad de León, y era el sitio del **Hotel Progreso**.

El poeta parece suplantar al novio maltrecho, redactando y haciendo circular una:

²¹ En **Rubén Darío, Abismo y Cima**, p. 296, nota 10

CARTA ABIERTA

A Fidelina Santiago

Amada mía: Lo que escribo ahora
es súplica que implora,
no palabra que exige; es lo que siente
un alma ingenua: Amor es quien la guía.
Sabrás, amada mía,
que una alma enamorada nunca miente.

Pues la cruel decepción un tiempo quiso
no guiarme al paraíso,
sino a la senda amarga de un infierno;
pues cometí un error, tengo disculpa:
no fue mía la culpa
para guardar este dolor interno.

Quien da un paso, olvidado de sí mismo,
y cae en un abismo
cuya entrada la ocultan bellas flores,
víctima de la suerte y de su engaño,
no es culpable del daño
si se dejó atraer por sus primores.

Yo, arrastrado por ciego desvarío,
dejé, tierno amor mío,
la dulce miel por el amargo absinto,
sin comprender, en un amor errado,
y por mi fe engañado,
que el amor verdadero es muy distinto.

Pasó el tiempo, y después que hube encontrado
en mi espíritu helado,
por un día de error, mil de castigo,
castigo cruel que todavía siento,
hondo remordimiento

que llevo, a mi pesar, siempre conmigo;

después que, lejos, mi exaltada mente,
del corazón doliente
traía los recuerdos de amargura,
tu imagen misteriosa aparecía
en la memoria mía
como rayo de aurora en noche oscura.

Te vi fiel y divina más que nunca:
si el desconsuelo trunca
toda dicha, volví a sentir anhelo;
y con sólo pensar en ti gozaba,
y la esperanza estaba
dominando al dolor y al desconsuelo.

Como aquel que se olvida de un ensueño,
tu semblante halagüeño
borrar me hacía mi pasado triste;
y vi que eras un ángel, todo encanto...
¡No te quisiera tanto
si tú no hubieras sido como fuiste!

Vuelto ya de mi ensueño o mi locura,
solo con mi amargura,
creyéndome tal vez aborrecido,
pedíle a Dios resignación, consuelo;
y así; de cara al cielo,
pensando en Dios y en ti, lloré afligido.

Tuve un alivio. Yo pensé y me dije:
La pena que me aflige,
pueden sus labios de ternura llenos
calmar; palabras de divinos labios
perdonan los agravios,
y el perdón es venganza de los buenos.

Al fin te he vuelto a ver; aquí me tienes:

reproches y desdenes,
perdón, benignidad, todo lo acato;
si odio me das, será bien recibido;
si perdón, bendecido;
que es tu deseo, para mí, mandato.

Tú eres el juez, yo soy el delincuente;
sé inflexible, sé ardiente:
está ante ti mi voluntad suspensa...
¿Querrás abrir en mi alma nueva herida?
Los ángeles, mi vida,
no devuelven ofensa por ofensa.

Yo en un tiempo creí que el amor era
galana primavera:
todo flores, todo aves, todo mieles;
probé las mieles y encontré amargura,
en las aves, tristura,
y en las flores, espinas muy crueles.

Hoy creo en el amor cándido y puro
que ameniza el obscuro
páramo de esta vida triste y larga;
pero no en el amor mudable y lleno
de arteria y veneno,
que presto se convierte en ruda carga.

No creo en el amor que es farsa loca,
que corre y se desboca
con impura ansiedad y sin cautela;
no creo en el amor que no es sentido
en ese amor fingido
de románticos héroes de novela.

Yo detesto ese amor de formas raras,
Cupido de cien caras
que asesta a un tiempo mismo cien saetas;
que canta el himno del placer en coro

y motiva el desdoro:
yo detesto el amor de las coquetas.

Yo creo que el cariño verdadero
es ideal y sincero
(pero no ideal como en aquellos días);
que deben ser pensadas las pasiones:
que no es con ilusiones
con lo que arde el hogar todos los días.

El amor debe ser para las almas
Ideal: las dulces calmas
del sentimiento, el corazón exige;
mas, por su parte, la cabeza impone
y en sus leyes dispone,
que haber sustenta y reflexión dirige.

Pues bien: con un amor como el que digo,
te amo, desde que testigo
fui de que hay almas nobles en la tierra;
desde que en ti miré mucho del cielo
que calma el hondo duelo
de los que vamos con el mundo en guerra.

Luz de mi alma: el perdón ahora guardo;
el perdón, aunque tardo,
curará las heridas de mi pecho...
Yo, humilde, a lo que ordenes me acomodo:
al fin; lo espero todo.
¡Lo que tú hagas, mi bien, será bien hecho!

(León, marzo de 1884.)²²

Comentario: Pero toda esta trama y todo lo encubierto con todas sus especulaciones alrededor de Fidelina Santiago, se viene a resolver en una

²² Declaración de amor publicada en **El Ferro-Carril**, de Managua, el 31 de marzo de 1884.

carta verdadera, suscrita por el mismo Darío. Cuenta Diego Manuel Sequeira la siguiente anécdota:

*“A fines de mes de marzo, se dio en León, en los amplios salones del **Hotel Español**, de don Emilio Santiago, un gran baile en honor del licenciado Vicente Navas, quien regresaba de San José de Costa Rica, a donde había ido en misión diplomática del gobierno de Nicaragua. Entre el enjambre de bellas damitas que concurrieron a esa fiesta sobresalía por su donaire, su gracia y su hermosura, Fidelina Santiago. Era la preferida de los jóvenes porque siempre encontraban en ella buena disposición, cariño y entusiasmo para organizar sus inocentes distracciones. Por su parte, Fidelina parecía ser más solícita con Rubén que con sus otros compañeros, lo cual no dejaba de producir cierto desasosiego entre ellos; desasosiego que se convirtió, aquella noche, cólera o rabia al ver que Fidelina, después de haberse negado a bailar con ellos, so pretexto de prohibición paternal, bailaba con Rubén, quien se había permitido llegar tarde a la fiesta. Al terminar la danza se produjo, en la calle, después de algunas palabras acaloradas, una riña en la cual el poeta llevó la peor parte”.*

Al parecer, días después, el asunto fue trascendiendo en comentarios calientes por los últimos acontecimientos, entre el círculo de jóvenes, y las publicaciones de periódicos de poesías sociales y los chismes crecieron, a tal grado, que fue necesario escribir otra carta verdadera y encubierta:

A FIDELINA SANTIAGO

León, 5 de abril, 1884

Señorita:

*Sin interés ninguno, es mi deber dar a usted una necesaria explicación. Ayer supe de oídas, y aún yo presencié algo de la creencia que usted tiene de ser (dedicado) para su persona un soneto publicado en **El Ferro-Carril** número último. Con perdón suyo, creo que está completamente equivocada. Dicho soneto, fue escrito en San Salvador para una Señorita de allá; y Alejandro Salinas, a quien dediqué la composición, lo trajo en sus papeles y se lo dio a Jesús H. (ernández) Somoza para su publicación. El estar dicho soneto con el título “A Mi Filis”, no es tampoco razón para creer que sea para usted, porque cualquiera sabe que ni usted es mía, ni se llama Filis, ni me ha querido nunca; advirtiéndole que con ese nombre llaman todos los que han escrito, escriben y escribirán en verso, a toda mujer a quien cantan o hacen versos. No se me da nada de que haya*

algunas personas que lleguen a atizar más el asunto y poner las cosas de otra manera; lo que sí se me da, es que usted y Emilia (Santiago) crean que yo sea capaz de hacer una cosa que aunque no es un insulto es una burla; y yo, señorita, no me burlo de los que no se burlan de mí; no ofendo a nadie sin motivo. No deja de ser gracioso el acontecimiento en cuestión, por eso de pagar justos por pecadores, de sufrir inocentemente quien como yo no ha tenido la menor intención de producir tamaña falta. Me extraña que me juzguen sin conocimiento de causa. Me extraña que se crea aludida en una cosa que nada tiene que ver con usted. Y no me extraña que hayan mal intencionados que hagan ver cosas de otra manera que como son.

Basta, pues, para satisfacción suya y absolución mía, esta carta que va escrita con la mayor sinceridad del mundo.

Quedo de usted atento y seguro servidor y amigo.

Rubén Darío

Posdata: *Hay otra prueba en mi favor: ¿No le parece a usted que sería una estupidez publicar un soneto así como ese, junto con una composición tan clara..., tan clara..., tan clara... como la “Carta Abierta”?*²³

Sobre este incidente, Darío lo mal ubica como un asunto ocurrido a su retorno de Chile, en 1889, lo que en verdad ocurrió en 1884, como lo hemos visto anteriormente. En el Capítulo XVIII, lo inicia diciendo el poeta laureado:

“Me encuentro de vuelta de Chile, en la ciudad de León, de Nicaragua.

Estoy de nuevo en la casa de mis primeros años. Otros devaneos han ocupado mi corazón y mi cabeza. Hay un apasionamiento súbito por cierta bella persona que me hace sufrir con la sabida felinidad femenina y hay una amiga inteligente, graciosa, aficionada a la literatura; que hace lo posible por ayudarme en mi amorosa empresa; y lo hace de tal manera, que cuando, por fin, he perdido mi última esperanza con la otra, entregada desdichadamente a un rival más feliz, me encuentro enloquecido por mi antecesora. Esta inesperada revolución amorosa se prolonga en la ciudad de Chinandega, en donde, ¡desventurado de mí! Iba a casarse el ídolo de mis recientes anhelos. Y allí nuevas complicaciones sentimentales me aguardaban, con otra joven, casi una niña; y quiénsabe en qué hubiera

²³ Ver **Rubén Darío criollo**, de Diego Manuel Sequeira.

parado todo eso, si por segunda vez amigos míos entre ellos el coronel Ortiz, hoy general, y que ha sido vicepresidente de la República, no me facturan apresuradamente para El Salvador. Lo que provocó tal medida fue que una fiesta dada por el novio de aquella a quien yo adoraba, y a la cual no sé por qué ni cómo, fui invitado, con el aguijón de los excitantes del diablo, y a pedido de no sé quién, empecé a improvisar versos en los cuales decía horrores del novio, de la familia de la novia, ¡qué sé yo de quien más! Y fui sacado de allí más que de prisa...”

Los lectores pueden hacer las conjeturas que crean conveniente sobre este caso.

En 1908, en su retorno, Rubén Darío, compuso un poemita de abanico a Fidelina Santiago quien ya era la esposa de su amigo Francisco Castro. Ambos desposados fueron siempre admiradores del poeta Darío.

El poemita decía:

*“Fidelina
diamantina
dulce y fina,
mira la
hoja inquieta
que interpreta
al poeta
que se va...”*

Componemos la palabra “*hoja*”, por la que creemos verdadera: “*hora*”. El poeta se despedía de sus amigos.

El deseo de aventura en asuntos del amor, como lo fue la costumbre de Casanova, aquí no cabe en Darío, porque ése no fue su objetivo; pero sí fue un verdadero picaflor, y eficiente provocador en excelencia. Por más que se hizo el monje, hasta el extremo de lanzar la piedra y esconder la mano, fue un eterno enamorado de las lindas jovencitas, y en esto no hay pecado mortal. Caso concreto, cuando Rubén conoce a la jovencita Fidelina, ella que se encontraba distraída, él la tomó y le dio un beso en la mano, porque en ese momento ella “*era la flor del instante*”.

Esta dulce escena la cuenta la misma Fidelina, en datos confidenciales a su excelente amigo don Juan Ramón Avilés, quien escribe en sus “*Apuntes*” de la siguiente manera:

“Siendo (ella) adolescente, un día se encontraba en la puerta del hotel de su padre, un poco distraída cuando, de pronto, sintió que alguien le da un beso en la mano. Era el joven poeta Rubén Darío, quien llegó a caballo desde León y se hospedó en el hotel de la familia Santiago. Rubén le refirió que llegaba a Chinandega como un don Quijote a “enderezar entuertos”, pues su misión era tratar de convencer a la señorita Narcisa Mayorga que volviera a arreglarse con su novio Francisco Castro, quien años después sería el esposo de doña Fidelina. Meses después, Rubén regresó al hotel pero entró por el patio de atrás, por lo que Fidelina le reconvino y lo calificó de “intruso”. La respuesta de Rubén fue: “Pero tu mamá me quiere”. Durante esa nueva visita, un día Fidelina estaba lavando una ropa y el joven Rubén se le acercó y le dijo: “Quiero que me laves el alma”.

Sucedió, entonces, que por alguna causa, don Emilio castigó duramente a Fidelina encerrándola en el cuarto con un jarro de agua y pan, y sin silla donde sentarse. Pasó el huésped Rubén Darío y, al verla por la ventana le dijo: “Adiós, Carlota Corday”.

Demos la vuelta a la página, y vayamos ahora con el siguiente poema dedicado:

A MARIA CASTRO

*Eco, por segunda vez,
es
mensajero que adivina
divina,
los que mi voz extasiada,
hada,
dejaría a tus encantos
cantos.*

*Pediría al picaflor
flor,
lo que por flor de mujeres
eres;
a la inglesa Rosalinda
linda,
su encanto en la selva rara,
para
que tu casi infancia encante,*

*cante,
y borde de primorosas
rosas
lo que la vida te amaga,
maga.*

*Jasónidas de Jasón
son
los que somos sus marinos
y nos
vamos siempre al ideal,
al
ideal de la Harmonía,
y a
dar a ojos de universos
versos,
y a encantos alabastrinos
trinos.*

*Por ti, ideal Odisea
sea,
si ya el amor te convida,
vida.*

*Por ti, brillan las estrellas.
Ellas
de tu corazón sabrán,
y han
de darte, en luces, regalos;
y a los
esplendores de su llama,
ama.*

*Con tu cabeza risueña
sueña,
y ten por divisa un astro:
Castro.*

Rubén Darío

(León, 1908.)

LAS PRIMERAS REPRODUCCIONES DEL POEMA “RETORNO”

Carlos A. Bravo, era un joven reportero del **Diario de Granada**, que había sido destacado a cubrir el evento de la Velada Cultural que se le homenajeaba a Darío, en la ciudad de León. El escribe su reportaje y lo publica el **Diario de Granada**, el 27 de diciembre de 1907.

El 5 de enero de 1908, el **Diario de Granada**, “*reproduce fragmentos del poema “El retorno”, con introducción muy seguro de Carlos A. Bravo...*” –afirma Fidel Coloma González. Ver **El viaje a Nicaragua...**, edición de Fidel Coloma González, (p. 80)

Esta misma situación pero con muchos años distantes, fue revelada en un escrito de Eduardo Avilés Ramírez, para el Número 2, en el **Boletín del Seminario Archivo Rubén Darío**,(Madrid, 1959).

Además de la importancia por el contenido del escrito, es la retentiva magistral de quien lo compone, que siendo un niño de apenas diez años de edad, en 1907, lo recuerda como su ayer en 1959, diciendo cosas que entran en detalles importantes, y que corroboran algunas revelaciones de testigos presenciales de aquella inolvidable Velada Cultural en el Teatro Municipal de la ciudad de León.

Era el momento en que, como nos dice en su inicio el narrador: “*Cuando, cargado de laureles y un poco abotagado por el alcohol y un poco fatigado por la gloria, el Hijo Pródigo regresó a Nicaragua en 1907, el que estas líneas escribe tenía diez años...*”

Por ejemplo, cuando Avilés Ramírez nos dice que: “*El teatro estaba engalanado con palmas, flores y bombillos eléctricos...*”, el escenario lucía lleno de plantas y de gentes de la sociedad leonesa, que nos sugieren a mujeres bien arregladas a la moda del mariñaque y exhalando perfumes de París..., del fondo del escenario apareció la figura del tanto esperado, del poeta homenajeado, “*en medio de un trueno ensordecedor de aplausos...*”, el personaje “*de barbiche recortada...*”, vestido de traje oscuro, “*pantalón a rayas a la americana negra, sobre camisa, cuello y corbata blancos...*”,

con cara seria y el semblante “*como si la gloria lo hubiera fatigado, y por las libaciones...*” de los días anteriores...

La narración reconstructiva que hace Eduardo Avilés Ramírez, es magistral, enriquecedora de ideas e imaginaciones y muy sugerente, pues nos sigue diciendo de manera dramática:

“Después de oírse sus primeras palabras: “Un amigomío, el Rector de la Universidad de Salamanca, don Miguel de Unamuno..., de inmediato bajó el tono de la voz..., nadie logró oír más..., el martirio iba a durar todo el tiempo.

“En mitad del silencio angustioso que reinaba en la sala (del teatro), el doctor Luis H. Debayle, que estaba a dos pasos de él, se atrevió a interrumpir su murmullo (del poeta) y a decirle: “Más alto, Rubén, más alto!” El poeta alzó entonces la voz... para dejarla caer momentos después, ya esta vez sin esperanzas auditivas... Sólo se le veía mover los labios...

Aquí se introduce la voz para comentar, Jaime Torres Bodet, en **Rubén Darío, Cima y Abismo** (p. 213): “*Lástima que el público no escuchara entonces esa pieza magnífica...*”, y lástima decimos nosotros, que el profesor Fidel Coloma no menciona el escrito de Eduardo Avilés Ramírez..., pues solamente hace mención de ligeros trazos de Carlos A. Bravo...

Sigue la narración de Avilés Ramírez, y nos llena del mayor encanto, y pena para los finos oídos del homenajeado: “*Pero ¡oh maravilla!... como era sorda, doña Bernarda no oía a Rubén ni se daba cuenta de que nadie lo estaba oyendo; pero, creyendo que lo que iba leyendo (su hijo adoptivo) era un prodigio, puesto que salía de sus labios inmortales, con frecuencia estallaba en aplausos, que sonaban solitarios y cómicos, de una dolorosa comicidad, en medio del silencio angustioso que nos poseía...*” (p. 213)

EL POETA SE HA ENTREGADO A LA MEDITACION EN UNO DE ESOS DIAS...

Rubén está recordando aquel poema que hiciera con fecha de Enero 6, de 1906, que decía:

ADIOS

*En una ocasión te dije,
que si Dios así lo quería,
así como fuiste mía
¡Tu corazón otros elige!
¿Recuerdas? Yo te lo dije
y te reíste por cierto.
Hoy, te recuerdo este acierto
¿Por qué insistes en volver?
¡Adiós, y déjame ser
de tu vida, un bello recuerdo!
Esto no quiere decir
que no agradezca lo bello
de todo tales momentos,
Mas, de nuevo: no puede ser!*

Rubén Darío

En ese entonces, el poeta había recibido una carta de Rosario Murillo, su esposa por la fuerza, quien le anunciaba su deseo de viajar a Europa en busca de reconciliación, y ella efectivamente lo hace y llega a París a finales de 1906.

Por esa época, son también los siguientes poemas de Darío, que se refieren a su suerte derivada por la separación de cuerpos del referido matrimonio.

NO ME LLAMES...

*No me llames traidor,
no me llames infiel,
pues se me eriza mi piel,
y, se aumenta el dolor;
el dolor de ser vivo
y saber que el olvido,
como sombra silente,
cubrirá nuestra frente...
¡Y las rimas también!*

*No me llames traidor,
pues me abrasa el dolor;
No me llames infiel,
Pues muy pronto el olvido*

¡cubrirá nuestra piel!

Rubén Darío

Tenemos a continuación otro poema de la misma estirpe que el anterior, con lenguaje violento no apto para publicarse, pero que habiendo quedado huella de su firma manuscrita, dichos versos quedaron salvados para esta ocasión...

TU INFIEL PROCEDER

Rubén Darío

*Tu infiel proceder, puso en mis manos,
el puñal del odio, que de insanos
deseos de venganza, va adornado!
Sus rubíes son de sangre,
mas no de la sangre, de tu pecho traidor,
sino de mi propio rumor,
hacia mi propia conciencia,
hacia mi sutil esencia,
hacia mi vasto temor.
Su hoja está bruñida,
mas no de la pátina del inexorable tiempo,
sino de opaco devenir que ya siento,
entre mis entrañas su girar de iras,
de dolor y de impaciencia.*

Rubén Darío

Comentario: Semejante poema, no existe, ni tiene paralelo en asuntos de odio y venganza en la mente de un poeta famoso que busca la inmortalidad. A través de la estética y de la ética, se ve en el transfondo, el sufrimiento moral de quien padece una vieja tortura, o de una mala acción, de parte de un ser que fuera muy querido por el autor del poema. Casi pierde el estribo y la vida, alcanzando la etapa del odio, hasta llegar al borde de la sinrazón y del suicidio.

No queremos invocar el nombre de la persona aquí oculta por el poeta, pero ya todos los lectores se deben haber imaginado, de quién se está refiriendo don Rubén al quejarse de su mucho dolor..., pues solamente él,

sabía el juego de su propio ajedrez. Para ello compuso poemas muy personales, como este otro titulado:

LA RUPTURA

*He roto con mi pasado,
he dejado ya mi ayer;
conocí todo pecado,
y, todo cuanto había de ver.
No quiero pensar en futuro,
ni imaginar el mañana,
pues según le pintan, es duro,
mal redoblar de campana.
Ya por fin he decidido,
no ver los pasos perdidos
en que se agitó mi vida;
sólo sé, y, a ti te digo:
Es digna de ser vivida!*

Rubén Darío

A este rosario de poemas muy íntimos, se agrega este otro, que nos ayuda a comprender el estado depresivo que a veces acosaba “*al eterno otro*” de Rubén Darío.

VA LLEGANDO...

*Va llegando silencioso,
el olvido y tendámonos;
va orillando los recuerdos,
hacia el último rincón
de mi triste corazón,
De mi conciencia juiciosa!
Más, qué cosa tan curiosa
es revivir la pasión,
ese fuego que en su día,
fue quemando la alegría,
y la razón de existir.
Alguna vez, desesperado,
por no tenerte a mi lado,
quise casi enajenado,
¡Poner fin a mi existencia!*

*¡Qué dichoso! Tu presencia,
incluso hoy, es ausencia!*

Rubén Darío

RUBEN DARIO INICIADO MASON

El día viernes por la noche del 24 de enero, de 1908, se inicia Darío como aprendiz en masonería, en la Logia Progreso No. 16 de Managua, seis días después de su cumpleaños de 40 años, del 18 de Enero. Momentos antes, en horas de la tarde, se anunciaba que reunida la directiva de la Logia No. 1, de Managua, Darío lograba por unanimidad el ingreso con bolas blancas y no hubo ninguna bola negra, que le negara por su conducta de hombre bohemio empecinado, amigo del vino, el whisky y el champán rosado y de los dorados faisanes de *la bonne cuisine*, teniendo solamente a su favor la grandeza de su espíritu como paladín de la literatura y la poesía hispanoamericana, conocido ampliamente en Francia, Italia, Inglaterra, Alemania y España.

Al respecto podemos informar, que el 14 de diciembre de 1899, la Logia Progreso N°. 16 de Oriente de Managua (actualmente es la Logia 1), fue fundada, por el doctor Rafael Reyes, antiguo amigo de Rubén Darío, cuando vivió en El Salvador, en dos ocasiones. Pero desde el año de 1881, las ideas sociales del polaco José Leonard habían sembrado la semilla fundadora de la masonería en Nicaragua, y que para el año de 1908, Manuel Maldonado fue quien animó y apadrinó a su amigo Rubén a inscribirse como aprendiz de la masonería, que era una institución que trabaja por el perfeccionamiento moral e intelectual de la humanidad.

Una de las primeras personalidades en hacerse presente al acto de investidura como nuevo masón Darío, fue su viejo amigo el políglota polaco José Leonard, propagandista de la masonería en toda Centroamérica, pero ahora, tullido y enfermo se hacía presente conducido en una silla de manos, para no perderse de la magna ocasión en que su discípulo, quedara registrado en la historia de la masonería en su propia tierra natal.

Fueron dignatarios de la solicitud del poeta, los señores: Profesor Federico López (Venerable Maestro); el gramático Rafael Fonseca Garay (Primer Vigilante) y el panameño Contador, Dionisio Martínez Sanz (Segundo Vigilante), quien comentó en alguna ocasión, que Darío tenía

deseos de ingresar a la francmasonería pero que no se sentía con fuerzas para solicitarlo.

Así que Darío a los 41 años fue miembro de la Logia No. 1, en Managua, la noche del 24 de enero de 1908 en presencia de distinguidos masones centroamericanos, que se dejaron venir a Managua, para dar el mayor realce a la ceremonia del nuevo aprendiz en medio de una ovación de jefes de Estado Centroamericanos, hombres de letras, diplomáticos y representantes de grandes Logias de otros países, cuyos datos se encuentran en el libro **Montañas que arden**, del Segundo Vigilante, Dionisio Martínez Sáenz.²⁴

Entre otras personalidades asistentes, estuvieron, de Guatemala, el eminente sabio y político don Juan Ponciano, además del candidato a la presidencia de la República, general don José León Castillo; por El Salvador, el doctor don Fernando Cornejo, y Dionisio Martínez Sanz, autor del artículo “*Rubén Darío y su iniciación en la francmasonería*”; por Honduras, el expresidente doctor Policarpo Bonilla; de Costa Rica, los señores don Virgilio Salazar, y don Juan Bautista Jiménez; de España, el doctor Vicente Piners Rubí, don Vicente Rodríguez y los profesores don José Robles, don José Blen y don José Gómez.

Entre los representantes extranjeros, el norteamericano Nicolás Delaney; el francés Fernando Levy; el polaco José Leonard; los ingleses Carlos Harding y Carlos Overed, además de los alemanes Ricardo Susmann y Francisco Brockmann.

Por su parte, el poeta de Masaya, don Manuel Maldonado, miembro del Congreso de la República, amigo masón de Darío, llevó la palabra de apertura, apadrinando la incorporación de su nuevo discípulo, y allí vino la respuesta en versos de Darío:

*Manuel: el resplandor de tus palabras
ha iluminado la montaña oscura
en donde, hace ya tiempo, mi figura
vaga entre el cisne, el sátiro y la cabra.*

El biógrafo de Darío, el profesor Edelberto Torres lo registra en su **Dramática vida de Rubén Darío**, mencionando entre los presidentes de Nicaragua como masones, Máximo Jerez, Joaquín Zavala, Evaristo Carazo,

²⁴ Todavía no hemos encontrado el artículo que escribiera don Dionisio Martínez Sanz titulado “*El busto de José Leonard*”.

Adán Cárdenas, José Madrid, José Dolores Estrada, Carlos Solórzano, Anastasio Somoza García, René Schick Gutiérrez.

REVISTAS: LA PATRIA Y LA TARDE

Está circulando revista **La Patria**, publicación quincenal de Literatura, Ciencias y Artes, en sus números 8 y 9, dedicados exclusivamente a Darío, (del 31 de Diciembre de 1907, y del 15 de Enero de 1908), dirigida por Félix Quiñones, quien además era su administrador; los redactores son: Mariano Barreto, Félix Medina (1857 – 1943), Juan de Dios Vanegas (1873 – 1964), Juan Carrillo Salazar (1874 – 1933).

La Patria (1895 – 1922) promovía a todos los poetas, escritores y profesionales de la ciudad de León...

Félix Medina, escribía en varios periódicos con seudónimos diferentes “*Gavroche*”, “*Melitón González*”, “*El Padre Cobos*”..., y no se sabe aún, cuál fue el motivo de su revanchismo gratuito que guardó siempre contra Darío. Al respecto, dice el escritor Fidel Coloma González: “*Félix Medina (Gavroche), mostró un raro empecinamiento en el ataque (contra Darío). Semejante inquina no puede atribuirse más que a odios políticos. ...La mala intención era evidente.*”

Era claro que la noche estaba oscura. Todo lanzamiento crítico era contra Darío y su movimiento literario del Modernismo, pero el asunto no parecía acabar, sino que tomaba vuelos más elevados.

Pero el asunto de la inquina, la traía Medina contra Darío, desde antes de su llegada a Nicaragua. Por ejemplo, en **La Tarde**, del 5 de octubre de 1907, en la página 1, venía el artículo de “*El nuevo gongorismo. Diálogo entre Gavroche y el padre Cobos*”.

La Tarde, fue un diario informativo, de credo liberal, redactado por el doctor Felipe Avilés, según el periodista Francisco Huezo, quien además asegura que circuló por un tiempo paralelo a **La Democracia**.

Los hermanos Adán y Adolfo Vivas, en unión de Hernán Guzmán, habían fundado en Managua, La Democracia, diario político, que vio la luz después de la guerra de 1896, y era defensor del gobierno del General Zelaya.

Pero **La Tarde**, que circulaba también en Managua, allá por los años de 1906, 1907 y 1908, en tiempos del “*Retorno*”, era uno de los platos favoritos que consumían los lectores, que deseaban orientarse en asuntos intelectuales de esa época.

La Tarde, 10 de octubre de 1907. Félix Medina, escribiendo bajo el seudónimo de “*Melitón González*” reproduce un artículo tomado de la revista **Blanco y Negro** de Madrid, titulado “*Alma – Noria*”, que era una de las innumerables burlas que provocó el Modernismo en España. Medina le hace una introducción a dicho artículo, y no bastándole, reproduce una larga lista de 102 versos paródicos, que quieren poner en ridículo el estilo de los modernistas.”, señala Fidel Coloma en “*Introducción a El Viaje a Nicaragua...*” (P. 47)

El 10 de enero de 1908, en el periódico **La Tarde**, en la página 2, se publica “*Rubén Darío. Su última composición*”, donde se analizaba su poema “*Retorno*”, que había sido recitado por su autor, el 22 de Diciembre de 1907, en la ciudad de León. La nueva crítica la firmaba “Juan Chapín, seudónimo, muy seguramente, de Félix Medina”, dice Coloma. Esto era parte de las incomprensiones y burlas de “*ciertos críticos de su tiempo*”, acerca de cómo reaccionaron ellos frente al movimiento modernista.

Y es que ni la rima, ni los símbolos, ni las imágenes, son del agrado de los gramáticos criollos, que virulentan al soberbio visitante. El escritor Fidel Coloma, no sale de su asombro al indagar acerca del ambiente que dominaba en los periódicos y revistas, a la llegada de Darío a Nicaragua. Se hacía patente por todos lados, la fusilería literaria llena de encono, entre los bandos en acción, en contra y a favor, del hijo pródigo, o del superhijo o del superpatriota, que regresaba a la Madre Patria después de quince años de ausencia...

En esta guerrilla de escopetas vociferantes, el destacado crítico Coloma, logra descubrir “*la controversia política que se oculta tras las máscaras literarias*”, y no se hizo esperar el arribo del ilustre visitante, sino que la tempestad de opiniones entre liberales y conservadores, desataron el pugilato por el dominio y la razón, entre decadentes y gramáticos.

Hasta la sotana del cura, que sería luego Monseñor José Antonio Lezcano y Ortega, salió bailando, al firmarse con el seudónimo de Fray Patricio Cortés, y del más “*Tranquilino*” de todos, del doctor Modesto Barrios, viejo protector de Darío, participaron de la contienda. “*Era una crítica sañuda, -dice Fidel Coloma- enconada que nos sorprende por su violencia. Tal vez fueran esos los modos de la época.*”

Concluye el editor de **El Viaje a Nicaragua e Intermezzo tropical**, Fidel Coloma, al analizar los hechos que acaecieron por aquella época, de la enconada lucha ideológica y de resentimientos políticos y sociales, entre la opinión pública, los políticos y los intelectuales, y por qué no decirlo, entre las féminas de León, Granada, Masaya y Managua, a favor y en contra de Darío o de doña Rosario Murillo.

La hoguera elevaba las llamas... El Congreso Nacional de Nicaragua, bajo el gobierno liberal del general José Santos Zelaya, somete a discusión la iniciativa de Ley del divorcio, el 22 de Enero de 1908, y queda aprobada por mayoría con un margen de dos votos a favor. Desde entonces se la conocerá como "*Ley Darío*", la cual se creaba en esa instancia para facilitar el divorcio que solicitaba el poeta ilustre a doña Rosario Murillo su legítima esposa, pero la disolución de aquel vínculo legal no se hizo efectiva debido al rechazo que hiciera en su alegato la esposa.

Frente a este pugilato novelesco, los bandos se replegaban.

*"Ahora se explica uno –dice Coloma- la dureza del ataque contra los gramáticos y contra Enrique Guzmán, que pone Darío en su **Viaje...** (Cap. V). Aunque, en este caso, es injusto con Guzmán, pues el ilustre crítico vuelve a su patria, después de largo exilio, el 12 de febrero de 1908. O sea, no había participado en la anterior controversia. Y no hacía falta, porque con críticos como Fletes Bolaños y Félix Medina..."*

LOS ATAQUES DE GUZMAN... VENIAN DESDE EL SALVADOR

Aquí disentimos del profesor Fidel Coloma González, pues Enrique Guzmán seguía siendo el acérrimo crítico de Darío, que lo fue hasta su muerte. Desde su mismo exilio, Guzmán no perdió pie para tomar impulso y lanzar sus pedradas contra la vitrina de Darío..., y lo vamos a demostrar enseguida... y tuvo razón Darío de exponerle en su **Viaje a Nicaragua...**

Enrique Guzmán (Selva), no quiso ser inferior a quien despreciaba en vida, a Rubén Darío, y en esto pareció seguir el consejo del irónico y blasfemo Charles Baudelaire, al suplicar a Dios, le inspire tanto para demostrar talento superior de quienes en la vida él desprecia. Estas injurias soterradas en el pensamiento de Baudelaire, corren también en el cerebro de Guzmán.

En su escrito para la revista **Gente Nueva**, de El Salvador, Guzmán aparenta ser una paloma blanca pero que reviste la fuerza y la astucia del gavilán. Apela a su *“ignorancia e inferioridad”* sobre asuntos de poesía, para restar méritos al poeta que sabe escribir versos..., al modernista *“que ahora le llaman un portalira”*.

Leyendo el pequeño poema en prosa, el *“Número 10. A la una de la madrugada”*, de Charles Baudelaire, viene a colación por lo escrito por Guzmán, en su artículo-ensayo *“¡Quién supiera escribir en versos!”*, con la intención que fuera interpretado por sus lectores, como una fina ironía y sátira contra su adversario eterno Rubén Darío, de quien de esta manera se mofa de él, y de los críticos que aprueban toda la poesía que viene escribiendo y publicando, el jefe del Modernismo.

Baudelaire dice: *“¡Almas de quienes he querido, almas de quienes he cantado, fortalecedme, sostenedme, alejad de mí la mentira y los vapores corruptores del mundo, y tú, Señor y Diosmío, concédeme la gracia de producir algunos versos hermosos que me demuestren que no soy el último de los hombres, que no soy inferior a los que desprecio.”*

Veamos ahora lo que dice en su versión, Enrique Guzmán, parodiando al poeta francés: *“Nunca, como ahora, he lamentado el no haber nacido poeta.”*

Esto merece nuestro comentario: ¡Fue irónico Guzmán al hacer esta petición de deseo personal, elevando la súplica profana al dios Apolo!

Confesaba Guzmán humildemente: *“¿Sobre qué escribir en una publicación puramente literaria (Revista Gente Nueva), yo que tengo tan pocas letras como el escudero Sancho?”*

Y agregaba como zorro al acecho: *“Soy bastante perezoso, y esta circunstancia es la causa principal de que lamente hoy no ser un favorito de las Piérides, y ni siquiera un conocido de esas nueve señoras... Si lo fuese, saldría del compromiso componiendo... un soneto, verbigracia.”*

¡Catorce rengloncitos! Miren ustedes qué faena!” (aquí Guzmán se ríe por dentro, ironizando y satirizando el poder creativo de los que escriben sonetos de catorce versos... porque él como miembro de la Real Academia de la Lengua Española, correspondiente por Nicaragua, no da curso ni aprobación de los versos en forma de soneto, aparentemente).

Enseguida, Guzmán se descubre la ignorancia del valor importante y creativo del soneto, y saca a relucir la supuesta inferioridad del género literario del soneto, aduciendo: *“Me imagino que los sonetos se han de escribir burla burlando, con la facilidad con que enhebramos una aguja o le sacamos punta a un lápiz.”*

Pero aquella suspicacia y agudeza de su crítica irónica, Guzmán la eleva al cuadrado para tratar de restarle méritos al poeta que escribe versos, pues enseguida advierte: *“Pero en prosa ¿qué puede decir uno en cuatro renglones de once sílabas cada renglón?”*

Con esto Guzmán no le está dando importancia a catorce versos de once sílabas, porque en ellos no se dice nada... pero en esta queja de Guzmán la inicia con la advertencia: *“Pero en prosa...”*, aquí se está refiriendo a la moda que impuso Darío de llamar *“prosa”* a sus versos en **Prosas profanas y otros poemas**, que fue difícil entender en el mismo Buenos Aires, calmándose los nervios los críticos y los lectores poco a poco en aquella época de 1896.

Fijémonos bien que en todo el escrito de Guzmán, nunca menciona a Darío, sino que lo va simbolizando con referencias en lenguaje modernista, que no son del agrado de Guzmán, y afina más su mortal dardo:

“Se entiende, cuatro renglones que tengan miga.”

Con sus ideas irónicas, Guzmán desconcierta a sus lectores muchas veces, pero va actuando con mucha suspicacia con un claro procedimiento de decir las cosas, transfiriendo contradictoriamente las mismas ideas. Ahora eleva a un grado de superioridad, el mismo valor del soneto, al distinguir, que se hace necesario un ingenio mayor, y añade:

“A mi modo de ver, no es empresa ésta para cualquier *“Currinche”*; creo que tuvo sobrada razón Alejandro Dumas hijo, al estampar la siguiente sentencia: *“Lo que hay más difícil de escribir, es una frase corta que merezca vivir eternamente”*”.

Esto lo sabía bien Darío quien leyera a los dos Dumas, al padre y al hijo, todas sus obras, antes de viajar a Chile.

Vuelve de nuevo a su humildad aparente Guzmán, y emplaza:

“No pretendería yo tanto; pero sí que mi soneto en vil prosa, pudiera, por algún concepto, interesar a los lectores de **Gente Nueva**”.

“Inútil pensar en ello. No saldré del paso con catorce renglones, porque el divino Acersécomes dispuso que yo no fuese lo que ahora en modernista se llama un portalira, y lo que hace veinte siglos llamaba el napolitano Horacio musarum sacerdos”.

Esto lo escribió Enrique Guzmán en revista **Gente Nueva**, en San Salvador, 1907, bajo el seudónimo (*“El Moro Muza Enrique Guzmán”*), reproducida en **Revista Femenina Ilustrada** de doña Josefa Toledo de Aguerri. (Pp. 101 – 103)

OTRAS MEDITACIONES DEL POETA

Está recordando el poeta, en una de sus profundas meditaciones, su carta que había enviado a su amigo del alma, el doctor Luis H. Debayle, la que decía:

París, 28 de febrero, 1906.

Mi querido Luis:

En tu inmenso dolor, te he enviado a través del tiempo y la distancia, mi fraternal recuerdo.

Tu amigo de la infancia y de siempre.

Rubén Darío.

En efecto, en la ciudad de León, Nicaragua, se había publicado, en la Tipografía del señor Justo Hernández Somoza, 1906, (p.75), un **Recordatorio en Homenaje a doña Salvadora Pallais de Debayle**, fallecida a comienzos de 1906. El fraternal recuerdo de Darío, iba dirigido en poema necrológico:

AL DR. DEBAYLE

*Columna trunca, antiguo frontispicio,
donde labrar una bella inscripción
que diga al par el beso gentilicio
y lo que las perlas de nuestra alma son.*

*Toda palabra y toda melodía,
sería ahora poca para dar
la suma enorme de la ofrenda mía,
de quien es viejo y triste de pensar.*

*Yo recuerdo a tu madre cuando un día
vio en mi mirada algo de inmensidad,
y fue gentil para la vida mía
ungiendo mi alma en óleo de bondad.*

*Siento que son, estos ritmos escritos,
acaso escasos para mi canción.
¡Alguien dirá que son bruguets marchitos,
mas los revivo con mi corazón!*

Rubén Darío²⁵

Comentario: Este fraternal recuerdo, era una muestra del cariño que guardaba Darío, para su viejo amigo de infancia en la ciudad de León, donde ahora nuevamente se acogía, por aquellos días...

²⁵ Ver **Poesías completas de Rubén Darío**, de Alfonso Méndez Plancarte, 1967, (p. 1024)

Ahora la situación era diferente. El poeta había conversado con sus amigos íntimos, que él tenía deseos de lograr el nombramiento de Ministro (cargo de Embajador en la actualidad) de Nicaragua en España. Sin embargo, el ambiente de intrigas rodeaba al presidente Zelaya, y los círculos políticos y sociales eran sumamente cerrados, pues a cualquiera se le serruchaba el piso, y Darío no era la excepción del caso, sobre todo que lo acechaban ojos, oídos y lenguas para retractarlo, y en señalarle o decirle al presidente Zelaya, que el poeta era muy adicto a la bebida del aguardiente o del vino.

Sin embargo, el doctor Manuel Maldonado, el doctor Luis H. Debayle y el profesor Francisco Castro, que ya se iniciaba en los servicios de Instrucción Pública, se empeñan en solicitarle personalmente al presidente Zelaya, a que nombre al poeta y le haga reconocimiento como nuevo ministro de su gobierno.

Aquí viene el cuento palaciego que hiciera el profesor Edelberto Torres Espinosa en su **Dramática vida de Rubén Darío**, de los datos confidenciales suministrado por el doctor Manuel Maldonado. El presidente les advirtió seriamente a estos tres caballeros: *“Bueno, ustedes me responden por las cosas inconvenientes que haga Rubén.”*

Acto seguido, el mandatario se dispuso a firmar el nombramiento para Rubén, que un poco renuente, redujo a solamente un mil pesetas mensuales, asignados para el pago a dicho cargo el día 21 de diciembre, fecha que fue celebrado con un banquete amistoso para el poeta en casa de habitación del doctor Debayle, en la ciudad de León.

Luego de recibir esta buena noticia, está contento y regocijado el poeta, y los cuatro mosqueteros se cruzaron brindis a diestra y siniestra toda la tarde y noche, del 21 de diciembre...

2 DE FEBRERO DE 1908

EN EL COLEGIO NORMAL DE SEÑORITAS DE MANAGUA

En esta ocasión tuvo Darío la satisfacción de leer su poema *“Salutación a la señora Blanca de Zelaya”*, (2 de febrero de 1908)

título con el que apareció titulado en **Laurel...**²⁶ Para la edición de **El viaje a Nicaragua...**, ocupa en el orden de Intermezzo tropical, como:

A DOÑA BLANCA DE ZELAYA

*Señora: de las Blancas que tenemos noticia
la primera sería Diana la Cazadora,
a menos que no fuese la Diosa de Justicia,
o la que nos anuncia la entrada de la Aurora.*

*Después hay muchas Blancas entre la negra historia,
que astros de venturanza para los pueblos son,
ya perlas de consuelo, o diamante de gloria;
por ejemplo: la dulce Blanca de Borbón.*

*En un fondo de azul como una estrella, brilla
siendo como la reina de las flores de lis,
la prestigiosa doña Blanca de Castilla,
decoro de las reinas y madre de San Luis.*

*En un ambiente de bazar y fragancia,
otra blancura viene que prestigia y que da
a la maravillosa doña Blanca de Francia,
la música de triunfo que por sus nupcias va.*

*Y en lo que el coronista preciosamente narra
entre lujos de justa y reflejos de lid,
nos aparece doña Blanca de Navarra,
orgullosa, preclara y biznieta del Cid.*

*Mas ante este desfile que de la gloria arranca,
entre tantas blancuras siendo una regia flor,
por sencilla, por pura, por garrida y por blanca,
Blanca de Nicaragua nos será la mejor.*

Rubén Darío

²⁶ (pp. 337 – 338).

Comentario: En el periódico **La Tarde** (Enero 17, 1908), Darío ya había publicado un artículo titulado “*Doña Blanca de Zelaya*”, que de acuerdo al profesor Fidel Coloma González, “*expresa su admiración por la dama y por el general Zelaya.*” ²⁷

De este artículo de Darío, él mismo saca algunas ideas y palabras de reconocimiento para la esposa del presidente de Nicaragua, y lo señala en su libro **El Viaje a Nicaragua e Intermezzo Tropical**, en sus últimas páginas. Aquí el contenido:

*“En cuanto a doña Blanca de Zelaya, que ha causado siempre la más grata impresión, diré que es belga de origen, que es muy bella, y que ha hecho mucha caridad en Nicaragua. Ella me condecoró, en un acto público, con una medalla de oro. Yo le he escrito unos versos y le he regalado un brazalete de que han hablado los diarios. Los versos pueden leerse en el **Intermezzo tropical**, entre los que escribiera durante mi viaje. Y brazalete acróstico se componía de piedras que correspondían a las letras del nombre del esposo presidencial:*

La J es el Jacinto.
La S es la *sardoine*.
La A es la amatista.
La N es la *nefrita*.
La T es el topacio.
La O es el ópalo.
La S es la *sardonix*.

La Z es el zafiro.
La E es la esmeralda.
La L es el lapislázuli.
La A es la aguamarina.
La Y es el imán.
La A es la amatista.

Rubén Darío

Enlazemos que ese mismo día, Darío dirige una cartita a su ex anfitriona:

²⁷ **El viaje a Nicaragua...**, Nota 12, (p. 79)

CARTA A CANDELARIA MAYORGA DE ZELAYA

(Managua, 2 de febrero, 1908)

Rubén Darío

Tiene el honor y el placer de enviar a doña Candelaria de Zelaya, con una usual felicitación el día de su Santo, la manifestación de una gratitud y un afecto que perdurarán durante toda su vida, quedando con la esperanza que los dos “populachos” (ya sabe usted cuanto le quiere mi hermana), puedan en unión de mi incomparable Félix Pedro estar en Madrid lo más pronto posible para hacerle los honores de nuestra España, que Ramoncito ayudará a mostrar.²⁸

Se agrega en la “Nota”, al pie de esta carta, que doña Candelaria Mayorga de Zelaya era madre de Félix Pedro, en cuya casa de Managua estuvo hospedado Darío, en el mes de diciembre de 1907, y que la mención “Ramoncito”, no se ha podido identificar. (p. 268). Nosotros podemos aclarar al respecto que “Ramoncito” es “Romancito”, pues el poeta Román Mayorga Rivas, es el mismo Ramón Mayorga Rivas, quien a su vez es sobrino de doña Candelaria Mayorga ya viuda de Zelaya.

BREVE RESEÑA BIOGRAFICA DE FELIX PEDRO ZELAYA

Según la **Revista Femenina Ilustrada** de doña Josefa Toledo de Aguerri, el señor Félix Pedro Zelaya era un probo periodista, militar de ocasión y hombre enérgico bajo como funcionario público bajo la administración del general José Santos Zelaya R.

En su juventud, Félix Pedro Zelaya R., como hijo del pueblo, se ganó la vida a base de trabajos tipográficos en las imprentas de Jesús Hernández Somoza, de quien una vez el poeta Manuel Maldonado dijo: “...mientras

²⁸ Estas palabras fueron suscritas en una tarjeta con datación masónica: “Kalendas, 1908”, que según el investigador Jorge Eduardo Arellano, autor de “Notas” a **Cartas desconocidas de Rubén Darío**, compiladas por José Jirón Terán, la insertó Octavio Rivas Ortiz en su artículo “La elegancia de Rubén Darío”, publicado en **Antología de Oro** (Managua, Editorial Nicaragüense, 1966, p. 49).

con la esponja absorbía la tinta para dejar limpio el tipo, con el cerebro, esa otra esponja divina absorbía la idea para dejar brillante el espíritu.”

Ya en la imprenta, el señor Zelaya R., se transformó en periodista al conjuro mágico de las letras de plomo, y del taller, pasó a la redacción de **La Centella**, periódico doctrinario, político, combativo, y más tarde, pasó a **El Centinela**, otra hoja informativa partidaria en donde puso su inteligencia al servicio de su causa. Bajo el pseudónimo RIENZI, continuó demostrando su entusiasmo por el diarismo nacional ya en época de poderío y de fortuna.

Como militar, se puede decir que don Félix Pedro perteneció a uno de los partidos históricos del país, habiendo dado su contingente de sangre en “*La Barranca*”, y en haber alcanzado el grado de Coronel, en el escalafón militar.

Como funcionario público, se destacó con puestos importantes de Tesorero Municipal, Administrador de Rentas, Jefe Político de Managua y de Chinandega, Diputado a la Asamblea Constituyente y a la Asamblea Nacional de Nicaragua, hasta llegar a Ministro de Hacienda y Crédito Público, desempeñándose con buen acierto en los acuerdos fiscales.

Pero no olvidando su antigua clase de obrero, fue uno de los fundadores de la Sociedad y Escuela de Artesanos de Managua. Doña Josefa Toledo de Aguerri, lo distingue con palabras de oro: “*La memoria de este distinguido hombre público, es una enseñanza para los que tienen fe en la fuerza de los humildes.*” (P. 235)

Debemos agregar aún más, acerca de la actividad que tuviera Félix Pedro en la Prensa Nacional, según detalles del escritor que recordara aquella época, don Francisco Huezo.

En el año 1887, se llamó **El Centinela**, un periódico que salió cada diez días en Managua, y que era redactado por don Rafael J. Murillo, Procurador Judicial. En 1889, Félix Pedro quien era tipógrafo de la Imprenta Nacional, ocupó el cargo de redactor de la propaganda obrero-liberal en el periódico **El Artesano**. De aquí saltaría a otros puestos más elevados en el gobierno del general Zelaya.²⁹

²⁹ **Revista Femenina Ilustrada**. Josefa Toledo de Aguerri. Ver en el texto de “*La Prensa Nacional*”, por Francisco Huezo. (P. 216).

CARTA DE DARIO A MANUEL MALDONADO

León, 8 de febrero, 1908.

Mi querido Manuel³⁰:

Hablé con Santiago³¹ para la cuestión Trébol. Me dijo que hablaría contigo por teléfono.

De mí, te diré que me encuentro muy molesto por manifestaciones semejantes a las que te dije, de la casa de Félix Pedro. Quisiera que hablaras con Alberto para ver cómo se evita eso. En verdad mis nervios no son para ciertas cosas y yo no debí haber pasado del umbral de la puerta. Si esto continúa, no sabré qué hacer, pues esas “cosas” me causan insomnios dañosos para mi salud. Repito que no tengo fuerzas ni nervios para tal asunto. La cosa no pasa por ahora de golpes en los muros.

A otra cosa. Procura destruir el efecto de la babosada. Luis hará lo mismo cuando vaya a Managua.

Me voy al campo a pasar una temporada de no pensar, y a cazar, y a andar cabalgando.

Un abrazo de tu amigo

Rubén

El original autógrafo pertenece a Silvio Bermúdez Cuadra, vecino de Granada, Nicaragua. Apareció de manera facsimilar reproducido en **El Mundo**.³²

José Jirón Terán explica el contenido de lo aseverado en la carta, que refiere en clave a una experiencia teosófica de Darío, y que ya el 24 de enero de 1908, o sea, a quince días anteriores, había tenido lugar, con gran

³⁰ Manuel Maldonado (Mosonte, Nueva Segovia, 1864 – Masaya, 1945). Político liberal y zelayista, médico de profesión, orador y poeta. Autor de **Canto a Bolívar** (1926). Uno de los ocho fundadores de la Academia Nicaragüense de la Lengua. **El supremo diálogo y otros poemas** (1944). **María Magdalena** (1948); **Lira y Tribuna** (1949).

³¹ Se refiere a Santiago Argüello (1871 – 1940), quien no pudo asistir a la esa sesión de carácter masónica.

³² (Granada, Año II, No. 444, sábado 11 de julio, 1970, p. 5).

pompa, la iniciación masónica de Darío, en la Logia Progreso No. 1, de Managua.

Al respecto debemos dar otra explicación referente a lo dicho por Darío:

“De mí, te diré que me encuentro muy molesto por manifestaciones semejantes a las que te dije, de la casa de Félix Pedro.”

Primero, que da por un hecho, que se trata de lo que allí conversaron en la Logia, que al parecer era propiedad de Félix Pedro Zelaya, y no se refiere a la casa de habitación del mismo Félix Pedro, porque de lo contrario hubiese dicho:

“...En casa de Félix Pedro...”
donde pasó unos días hospedado, atendido por la señora madre de Félix Pedro, doña Candelaria Mayorga.

Ahora bien, las “cosas” referidas por Darío, son aquellos espíritus llamados en las sesiones teosóficas, para que revelen misterios o dudas acerca de la vida terrenal.

CARTA A FABIO FIALLO³³

León, Nicaragua, 11 de febrero, 1908

Mi muy querido Fabio:

Bien sabe Dios que hubiera querido escribirte largas cartas, desde mi llegada a estas tierras; pero bien sabe también las agitaciones en que he vivido, la continuidad de fiestas abrumadoras, y, después de todo, la inevitable mala salud.

Grandemente te agradecí el cumplimiento de mi encargo para París. Ya sabía yo que tú eras así.

³³ Fabio Fiallo fue un noble intelectual, y amigo íntimo de Darío. (Nació en Santo Domingo, República Dominicana, 1866 – Muere en la Habana, 1942); de larga vida, tuvo varias facetas como poeta, periodista, cuentista, educador y diplomático. Entre sus principales obras se cuentan: **Primavera sentimental** (1902), de inclinación becqueriana; **Cantaba el ruiseñor** (1910), segundo poemario; **Canciones de la tarde** (1920), que trae un prólogo de Darío; **Canto a la bandera** (1925); **La canción de una vida** (1926); **El balcón de psiquis** (1935); **Antología de sus mejores versos** (1938). Rubén Darío lo recuerda en su ensayo “*Letras dominicanas*”, en **Letras** (París, Hermanos Garnier, 1911, pp. 71 – 78), a quien se lo dedica.

Sabrás que, como lo esperábamos, fui nombrado Ministro en España. Pero todavía creo que pasaré aquí algunos días, antes de ir a ocupar mi puesto. Antes, iré a Méjico. Y no sé si tomo el vapor en Veracruz, o vaya a embarcarme en New York.

Rufino³⁴ está publicando en la revista de Carrillo unos apuntes íntimos, en los cuales no hay ninguna prudencia ni consideración. Yo, que lo quiero, le aconsejé que dejase eso para su Póstuma. No me ha hecho caso. ¿Creerá que se ha muerto? Lástima de hermoso talento. Yo le he guardado siempre toda clase de consideraciones. El pasa sobre todo. Quizá sean los malos consejeros.

Mucho te encargo des mis recuerdos al señor Velásquez³⁵. Como te digo, haré todo lo posible por pasar por New York, para verte. Hasta pronto, pues, y recibe un abrazo de tu amigo

Rubén Darío

Comentario: Esta es la primera carta, de un total de catorce, de Darío a Fabio Fiallo. Por lo que se desprende de la carta, Darío tenía mucha seguridad, desde que arrancó de París con destino a Nicaragua, que sería nombrado Ministro Embajador en España, y este propósito lo hizo saber a su amigo Fabio Fiallo junto al señor Velásquez, cuando almorzaron los tres en el Hotel Astoria, en lo que sería la tercera visita del poeta a la ciudad de New York.

EN LA ISLA DE “EL CARDON”

Poco antes de embarcar de regreso a Europa, Rubén Darío pasó unos días de temporada veraniega en la casa de retiro, de la familia Debayle, en la isla de “*El Cardón*”, frente al Puerto de Corinto.

De acuerdo a las confidencias de doña Fidelina Santiago, a su amigo Juan Ramón Avilés, éste periodista asienta: “*Y en la Semana Santa de marzo de 1908 coincidieron en la Isla del Cardón, frente a Corinto, invitados por el doctor Luis H. Debayle y su esposa doña*

³⁴ Se refiere al escritor venezolano Rufino Blanco Fombona, quien está escribiendo por ese tiempo en la revista del guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, que vive en París.

³⁵ Se trata de otro amigo dominicano, el señor Federico Velásquez y Hernández, a quien conoció junto a Fabio Fiallo en New York, cuando almorzaron los tres en el Hotel Astoria, en su tercera visita de Rubén Darío a la gran ciudad norteamericana, en su viaje a Nicaragua (octubre de 1907).

Casimira Sacasa, varios matrimonios leoneses que compartieron la Semana Santa con Darío (Francisco Castro y doña Fidelina, Narciso Lacayo y su esposa, y otros)”.

La mente del poeta está muy lúcida, estimulada y motivada por el entorno tropical y el paisaje marino en la Isla de “*El Cardón*”. Es muy probable que esto haya asentado a favor de la buena salud del poeta, y se haya recuperado de la agitación de aquellos días, de continuados festejos de uno y otro lugar de Nicaragua.

Viene por ello un alarde de poesía continua, que se desprende de la imaginación del laureado poeta nicaragüense, y que van extrayéndose como cuentas de perlas del mar. A la cadena de poesías de este momento crucial en la Isla del Cardón, debemos añadir el que se titula:

PARA UNA MARGARITA

(En el álbum de Margarita de Lacayo)

Desfile de las margaritas;
las del azul son infinitas
y brillan nocturnas y bellas,
esas margaritas benditas
son las encantadas estrellas.

Llenas de místico bláncor
y acariciadas siempre por
dulces dedos de enamorados,
revelan la magia de amor
las margaritas de los prados.

En el hechizo de su Oriente,
sobre su nido opalescente,
también por la magia de amar,
sueñan como una flor viviente
las margaritas de la mar.

Y tú, llena de brillo y fragancia,

mientras néctar Juvencia te escancia,
a tus blancas tocayas imitas;
como aquella princesa de Francia,
Margarita de las margaritas.

Rubén Darío

Comentario: Elegante poema, de Darío en El Cardón (1908). Es el tiempo de la Semana Santa. El poema contiene cuatro estrofas, y cada una de ellas trae cinco versos eneasílabos, dejando un resultado de 20 versos que riman en consonante en sus combinaciones, en el orden: *a,a,b,a,b*.

Aunque hemos entregado aquí, este regio poema “*A Margarita de Lacayo*”, no sabemos si ello fue antes o fue después, del otro poema titulado “*Margarita está linda la mar...*”, dedicado a la hija menor del doctor Debayle.

Vayamos ahora a presentar el titulado:

BERTA

Improvisación

*Una puerta esta abierta
por un ángel que pasó;
se volvió a abrir esa puerta
y fue Berta la que entró.*

*Si en la vida hay una hada
que nos dice la verdad,
deja esa puerta cerrada
por toda la eternidad.*

*Que vaya en el alba pura
aquella puerta a cerrar;
¡que olvide la cerradura
y eche la llave en el mar!*

Rubén Darío

(El Cardón, 1908.)

Comentario: Parece que los presentes amigos de Darío, en casa de verano del doctor Debayle, entre uno de sus descansos hicieron juegos de salón, y desafiaron al poeta a escribir un poema, pero con la condición que fuera dominado por la palabra “*puerta*” y dedicado a “*Berta*”, tal como sucedió en aquella ocasión, en que unos amigos del poeta lo invitaron a improvisar un poema que rimara con la palabra “*patio*”, en la ciudad de Managua. Aunque Darío, no era del agrado para escribir de manera improvisada, aceptó esta ocasión para festejar a sus amistades en la Isla del Cardón.

Sirvan estas anécdotas para introducción a las poesías de calidad que distinguió Darío, escritas en León, o en la Isla del Cardón, para incorporarlas a la sección de *Intermezzo tropical*.

I

MEDIODIA

Midi, roi des étés, *como cantaba el criollo*
francés. Un mediodía
ardiente. La isla quema. Arde el escollo;
y el azul fuego envía.

Es la isla del Cardón, en Nicaragua.
Pienso en Grecia, en Moréas o en Zacinto.
Pues al brillo del cielo y al cariño del agua
se alza enfrente una tropical Corinto.

Penachos verdes de palmeras. Lejos,
ruda de antigüedad, grave de mito,
la tribu en roca de volcanes viejos,
que, como todo, aguarda su instante de infinito.

Un ave de rapiña pasa a pescar, y torna
con un pez en las garras.
Y sopla un vaho de horno que abochorna

y tuesta en oro las cigarras.

Rubén Darío

II

VESPERAL

*Ha pasado la siesta
y la hora del poniente se avecina,
y hay ya frescor en esta
costa, que el sol del Trópico calcina.
Hay un suave alentar de aura marina,
y el Occidente finge una floresta
que una llama de púrpura ilumina.*

*Sobre la arena dejan los cangrejos
la ilegible escritura de sus huellas.
Conchas color de rosa y de reflejos
áureos, caracolillos y fragmentos de estrellas
de mar forman alfombra
sonante al paso en la armoniosa orilla.
Y cuando Venus brilla,
dulce, imperial amor de la divina tarde,
creo que en la onda suena,
o son de lira, o canto de sirena.
Y en mi alma otro lucero como el de Venus arde.*

Rubén Darío

Comentario:

Viene ahora:

III

CANCION OTOÑAL

En Occidente húndese

*el sol crepuscular;
vestido de oro y púrpura
mañana volverá.
En la vida hay crepúsculos
que nos hacen llorar,
porque hay soles que pártense
y no vuelven jamás.*

Coro

Vuela la mágica ilusión
en un ocaso de pasión,
y la acompaña una canción
del corazón.

*Este era un rey de Cólquida,
o quizá de Thulé,
un rey de ensueños líricos
que sonrió una vez.
De su sonrisa hermética
jamás se supo bien
si fue doliente y pálida
o si fue de placer.*

Coro

Vuela la mágica ilusión
en un ocaso de pasión,
y la acompaña una canción
del corazón.

*La tarde melancólica
solloza sobre el mar.
Brilla en el cielo véspero
en su divina paz.
Y hay en el aire trémulo
ansias de suspirar
porque pasa con Céfiro*

como el alma otoñal.

Coro

Vuela la mágica ilusión
en un ocaso de pasión,
y la acompaña una canción
del corazón.

Rubén Darío

IV

RAZA

*Hisopos y espadas
han sido precisos,
unos regando el agua
y otras vertiendo el vino
de la sangre. Nutrieron
de tal modo a la raza los siglos.*

*Juntos alientan vástagos
de beatos e hijos
de encomenderos, con
los que tienen el signo
de descender de esclavos africanos,
o de soberbios indios,
como el gran Nicaraó, que un puente de canoas
brindó alcacique amigo
para pasar el lago
de Managua. Eso es épico y es lírico.*

Rubén Darío

Comentario:

EL TEMA DE LA RAZA RESULTA EPICO Y LIRICO

Hemos mencionado el poema “*Raza*”, que corresponde al número “IV. Poema del Otoño y otros poemas.”

Darío hace prevalecer en toda su obra poética, el tema del otoño, como argumento lírico en sus poesías, y que biológicamente el otoño, es simbólico natural y antesala de la vejez; en esta antesala se despide la vida, de toda esperanza... y de las ilusiones...

La raza precolombina también tuvo su “*otoño*”, a la llegada de los conquistadores españoles en América, y vendrá un proceso de sometimiento violento de los pueblos indígenas a la cruz y la Corona, al hisopo y a la espada. Por tales razones, el poema “*Raza*” goza del crédito simbólico que le imprime aquí Darío. Leamos del poema manuscrito:

IV. RAZA

Al poeta Abundio Gabán Toledo

*Hisopos y espadas
han sido precisos,
unos regando el agua
y otras vertiendo el vino
de la sangre. Nutrieron
de tal modo a la raza de siglos.*

*Juntos alientan vástagos
de beatos e hijos
de encomenderos, con
los que tienen el signo
de descender de esclavos africanos,
o de soberbios indios,
como el gran Nicarao, que un puente de canoas
brindó al cacique amigo
para pasar el lago
de Managua. Esto es épico y es lírico.*

(1907)

Rubén Darío

Comentario: Era muy usual que en sus manuscritos de versos, al principio y al final, Darío ponía su hermosa firma. Esto lo he visto en más de doscientos manuscritos. Y así terminaba el poema soneto, en una sola cara.

Hemos leído este manuscrito de manera conjunta, mi amigo Marvin Sequeira Mejicano, y el suscrito quien les habla o escribe. He observado, y ya se lo he contado a mi amigo, que dicho poema trae tres novedades, que alteran o cambian la concepción tradicional del poema “*Raza*”, en los libros que lo exponen. Veamos:

La primera novedad, es la dedicatoria al señor Abundio Gabán Toledo, que es muy probable tenga nacionalidad española, y que también le dedica en otro manuscrito Darío, al mismo Gabán Toledo, el poema “*Lo fatal*”, que a su vez es otra novedad, pues dicho poema, se sabe tradicionalmente que va dedicado al señor René Pérez, compuesto el año 1904 o 1905.

La otra novedad que pude captar, es el verso 6 que dice:

“de tal modo a la raza de siglos.”

Que cambia el anterior que conocemos y que dice:

“de tal modo a la raza los siglos.”

Vemos la diferencia que “*de*”, es una preposición, y “*los*” es un artículo.

Finalmente, la tercera novedad en el verso 16, que dice:

“de Managua. Esto es épico y es lírico.”

Que anteriormente lo conocíamos como:

“de Managua. Eso es épico y es lírico.”

“*Esto*”, es un pronombre demostrativo cercano.

“*Eso*”, es un pronombre demostrativo que está más distanciado...en el tiempo, en este caso.

Debemos adicionar la observación que el manuscrito que aquí hemos expuesto, no trae fecha, que sí la muestran las ediciones tradicionales.

Prosigamos con:

CANCION

*Niñas que dais al viento,
al cielo y a la mar
la mirada, el acento
y el olor de azahar
que de vuestros cabellos
bellos,
amamos respirar;*

*damas de sol y ensueño,
de luz y de ilusión,
que anima el Dios risueño
dueño del corazón,
por vuestros ojos cálidos,
pálidos
los soñadores son.*

*Obras de arte del sacro
artista universal,
tan bello simulacro
dé su gracia fatal
y en tal estatua vibre,
libre,
la psique de cristal.*

*Pues sois de la existencia
la dicha en lo fugaz,
y vuestra dulce ciencia
suele ser eficaz;
quémese uno en tal fuego;
luego,
puede dormirse en paz.*

Comentario: Poema de cuatro estrofas; cada estrofa se compone de siete versos heptasílabos, menos el sexto, que viene a ser de dos sílabas. La rima de estos versos tienen la siguiente configuración: *ababcca*. Es una rima consonante. El ritmo es prodigioso y simula una canción como respondiendo a su título.

Como ilustración para nuestros lectores, podemos informar que fue incluida en **Canciones de Rubén Darío**, en el **Cuaderno No.12** que editaba el Ministerio de Instrucción Pública de Nicaragua, en el año 1943, Editorial Atlántida, cuando era ministro de este ramo administrativo el doctor Mariano Fiallos Gil, y actuaba como ministro de Hacienda, el antiguo maestro, don J. Ramón Sevilla.

En su interior, el **Cuaderno No. 12**, traía opiniones valiosas e instructivas de los estudios pedagógicos sobre Rubén Darío, y la importancia de los valores culturales y educativos. Estas opiniones las firmaban don Emilio Alvarez, como representante de la **Universidad de Granada**; don José H. Montalván, de la **Universidad de León**; el Presbítero, Monseñor Marco Antonio García, como director del **Colegio Rubén Darío**, de la ciudad de Managua.

Pero la principal fuente bibliográfica era la pluma del compendiador de **Canciones de Rubén Darío**, el doctor Gustavo Alemán Bolaños. Como nota orientadora y subtítulo a la vez, se decía que eran *“Las más inspiradas del Poeta, que figuran en sus famosos libros.”*

La *“Nota Introductoria”* a manera de carta de recomendación, decía:

“Señoras y señores, niños nicaragüenses:

Cuando cansados de la luchas de la vida; cuando hambrientos de paz; cuando atribulados o tristes busquéis un poco de soledad y un remanso, os aconsejo que leáis a Rubén Darío.

El os enseñará a olvidar el dolor, emanando la belleza pura, la belleza grata...

No; no dejéis al odio que dispare su flecha; llevad a los altares de la paz, miel y rosas. Paz a la inmensa América!

Paz en nombre de Dios!”

Aunque no aparecía la firma del respetable sabio, el doctor Gustavo alemán Bolaños era el responsable de estas palabras.

Otra Nota de colofón importante decía:

“Para la clase de Literatura de Universidades, Institutos y Colegios. Managua, Nicaragua, 1943. Editorial Atlántida. Selecciones por Gustavo Alemán Bolaños. Septiembre 24, de 1943.”

Pero volviendo al lugar de los hechos, en la Isla de “*El Cardón*”, uno de esos días, llega a Darío una carta de una amiga suya en Buenos Aires, y motivado por esta entrega vía correo, el doctor Debayle da pie a escribir una nota y pasarla:

A RUBEN

De Luis H. Debayle

*Has apurado Rubén,
la célica medicina,
esperanza, amor y bien;
es una poción divina,
peregrina,*

*superior a toda ciencia
que te puedan dar los sabios;
ella ha vertido en tus labios
el elíxir de Juvencia.*

*Lo que ya está borrado,
Y el porvenir que obscuro era
es presente iluminado
por alba de primavera,
verdadera.*

*Brille tu genio fecundo,
ostente sus ricas galas:
¡Alondra, tiende tus alas
sobre la aurora del mundo!*

Luis H. Debayle

Contesta a esta nota, Darío sentado desde su sillón de madera, siguiendo el juego iniciado por el anfitrión.

**RESPUESTA AL
DOCTOR DEBAYLE**

*Nunca ha existido
crisostómico parlante,
que aplicara semejante
medicina del amor.*

*Y por
virtud tan linda y leal
de tal ciencia peregrina,
diamantina,*

*La alondra alzará su vuelo,
pues le señalas abiertas
tú las puertas
de la esperanza y del cielo.*

*¡Ay, hermano, soberano
que te vas por todas partes,
de las ciencias y las artes,
¡el corazón en la mano!*

*¡Que en los dos
se cristalice un poema
hecho de aurora suprema
y de voluntad de Dios.*

Rubén Darío³⁶

³⁶ Ver en **Poesías completas de Rubén Darío**. (p. 1025 – 1026).

Comentario: Si comparamos las dos últimas estrofas de este poema, con el “*Poema del Otoño*”, veremos que del primero Darío tomó impulso e inspiración para dar curso al segundo. Las ideas y las palabras efectivas, ya se dan inicio, en la Isla de “*El Cardón*” para el logro o composición de “*Poema del Otoño*”.

Entre las palabras efectivas e imágenes seleccionadas por Darío, son: “*Tú*”, “*hermano*”, “*...el corazón en la mano*”, “*la barba... en la mano*”.

*“¡Que en los dos
se cristalice un poema
hecho de aurora suprema
y de voluntad de Dios.”*

Al leer esta nota de respuesta, el doctor Debayle se pone de pie incorporándose de su hamaca, y viendo hacia la mar infinita, replica al instante de manera improvisada:

*Milagro de sentimiento
nació, brotó, voló
en el acto, y yo
me he quedado estupefacto
del portento.
¡Oh!, divina inspiración
que hace estallar al instante,
en fulgores de brillante
tu sensible corazón.*

Luis H. Debayle

Comentario: Estas palabras en versos y estrofas del doctor Debayle, no aparecen en **Poesías completas de Rubén Darío**, edición del Centenario de 1967, de Alfonso Méndez Plancarte, sino que son recogidas en **Anécdotas de Rubén Darío**.³⁷

³⁷ Publicaciones en **Memoria del doctor Debayle**, por su amistad con Darío, y para la Instrucción Pública de Nicaragua. Aquí se incluyen selecciones del **Anecdotario del Poeta y**

EL SOL TROPICAL SOBRE EL MAR

El ardiente sol tropical que dominaba el paisaje desde la isla de “*El Cardón*”, sobre el espejo de la mar, robustecía el pensamiento iluminado del poeta Darío. Rodeado de la familia del doctor Luis H. Debayle, de su esposa y sus hijas, el poeta mira y chinea en sus brazos a una linda niña de ocho años, cuyo nombre le inspira para producir el legendario:

VIII

A MARGARITA DEBAYLE

*Margarita, está linda la mar,
Y el viento lleva esencia sutil de azahar;
Yo siento
En el alma una alondra cantar:
Tu acento.
Margarita, te voy a contar
Un cuento.*

*Este era un rey que tenía
Un palacio de diamantes,
Una tienda hecha del día
Y un rebaño de elefantes,
Un kiosko de malaquita,
Un gran manto de tisú,
Y una gentil princesita,
Tan bonita,
Margarita,
Tan bonita como tú.*

*Una tarde la princesa
Vio una estrella aparecer;
La princesa era traviesa*

chispazos líricos del mismo, por Gustavo Alemán Bolaños. Cuaderno No. 4, para la Clase de Literatura de Institutos y Colegios. Managua, Nicaragua, (1943). Editorial Atlántida.

Y la quiso ir a coger.

*La quería para hacerla
Decorar un prendedor,
Con un verso y una perla,
Y una pluma y una flor.*

*Las princesas primorosas
Se parecen mucho a ti:
Cortan lirios, cortan rosas,
Cortan astros. Son así.*

*Pues se fue la niña bella,
Bajo el cielo y sobre el mar,
A cortar la blanca estrella
Que la hacía suspirar.*

*Y siguió camino arriba,
Por la luna y más allá;
Mas lo malo es que ella iba
Sin permiso del papá.*

*Cuando estuvo ya de vuelta
De los parques del Señor,
Se miraba toda envuelta
En un dulce resplandor.*

*Y el rey dijo: “¿Que te has hecho?
Te he buscado y no te hallé;
Y ¿qué tienes en el pecho,
Que encendido se te ve?”*

*La princesa no mentía.
Y así, dijo la verdad:
“Fui a cortar la estrella mía
A la azul inmensidad.”*

Y el rey clama: “¿No te he dicho

Que el azul no hay que tocar?
¡Qué locura! ¡Qué capricho!
El Señor se va a enojar.”

Y dice ella: “No hubo intento;
Yo me fui no sé por qué;
Por las olas y en el viento
Fui a la estrella y la corté.”

Y el papá dice enojado:
-“Un castigo has de tener:
Vuelve al cielo, y lo robado
Vas ahora a devolver.”

*La princesa se entristece
Por su dulce flor de luz,
Cuando entonces aparece
Sonriendo el Buen Jesús.*

Y así dice: “En mis campiñas
Esa rosa le ofrecí:
Son mis flores de las niñas
Que al soñar piensan en mí.”

*Viste el rey ropas brillantes,
Y luego hace desfilar
Cuatrocientos elefantes
A la orilla de la mar.*

*La princesita está bella,
Pues ya tiene el prendedor
En que lucen, con la estrella,
Verso, perla, pluma y flor.*

*

*Margarita, está linda la mar,
Y el viento*

*Lleva esencia sutil de azahar:
Tu aliento.*

*Ya que lejos de mí vas a estar,
Guarda, niña, un gentil pensamiento
Al que un día te quiso contar
Un cuento.*

Rubén Darío

(Bahía de Corinto, Nicaragua, Isla del Cardón, marzo 20 de 1908.)

Ese día, la familia Debayle debió haber aguantado toda la alegría de aquel regio poema, dicho y escrito por Rubén Darío. Los familiares y amigos, debieron ver de noche las estrellas y señalar con los dedos de las manos, la estrella “robada” por Salvadorita Debayle. Todavía al día siguiente estaban felices y contentos por “*Margarita, está linda la mar...*”

El carísimo escritor español, Antonio Oliver Belmás, confirma lo dicho por Alfonso Méndez Plancarte, que el poema “*A Margarita Debayle*”, se publicó inicialmente en el **Diario de Granada**, No. 526, bajo el título “*Cielo y Mar*”.

“En 1963, -dice Oliver Belmás- con ocasión de la recepción de despedida que en mi honor y en el de mi esposa (Carmen Conde), ofreció la Embajada de España en Managua, Margarita Debayle recitó su propio poema, con verdadero acierto. No olvidaré nunca esa tarde”.³⁸

Pero el poeta, hondamente regocijado por él mismo, y por el padre de familia, su amigo el doctor Debayle, había “*alguien*”, que aún no había recibido otra bendición poemática, y así vino

A MARIITA DEBAYLE

*Mariíta, ¿hay quien te cante,
Diamante?*

³⁸ **Poesías completas de Rubén Darío**. Alfonso Méndez Plancarte, 1967. Ver en “*Nuevas Notas Bibliográficas y Textuales*”, de Antonio Oliver Belmás, (p. 1241).

*¿Y quien sueña con tu falda,
Esmeralda?
¿Y quién te juzgue preciosa
Rosa?*

*Tú, siendo tan primorosa,
deberías de poner
en pulsera de mujer:
Diamante, Esmeralda, Rosa.*

(Marzo, 21 de 1908)

LOS CANTARES DE “EL CARDON”

Uno de esos días, a fines de marzo de 1908, el sol calentaba la playa, pero ahí estaban juntos el doctor Debayle y Darío, mojándose los pies y dándose de zambullidas a veces en el agua de mar salada...

Vuelve el galeno a improvisar y dar más cuerda al pensamiento...

*Es la hora crepuscular,
el cielo de ópalo viste,
la blanca estrella está triste
y está más triste la mar.*

*La tarde, después del día,
hora de reminiscencia,
hora grave de conciencia,
hora de melancolía.*

*Pálida y silente calma
de la gran Naturaleza.
Más triste y pñalida que esa
es ¡ay!, la tarde del alma.*

Luis H. Debayle

Comentario:El poeta había sido “*tocado*”, estimulado en su “yo”, por los versos de Debayle. Y Darío le contesta con lo que se conoce como:

CANTARES DE “EL CARDON”

*Mi nombre miré en la arena
y no lo quise borrar,
para dejarles mis penas
a las espumas del mar.*

*

*No me repitas que existe
el remedio de la mar;
la princesa estaba triste
no se pudo consolar.*

*

*Está ardiendo mi incensario
en una copa de Ofir.
“Navegar es necesario”
y es necesario partir.*

*

*¿De dónde vienes, mi vida?
Vida mía, ¿adónde vas?
Ven a curarme esta herida
que no cierra jamás.*

*

*¿Para qué tanto pensar,
si en esta cosa tan pura
saboreamos la amargura,*

la amargura de la mar?

*

*Filomela está dormida.
¿Qué te dijo su canción?
-Canta sólo en esta vida
una vez el corazón.*

*

*Vida mía, vida mía,
¡qué divina está la mar!
¿Cómo no supe aquel día
que me habías de olvidar?*

*

*Me dijo la onda del río:
-Es meterse a santo o fraile
llamarse Rubén Darío
o llamarse Luis Debayle.*

*

*Muy linda contestación
una mañana de mayo:
-¿Cómo te llamas canción?
-¿Yo? Margarita Lacayo.*

*

*Me dan los vientos su aliento
y sopla mi voluntad.
Séle tú propicio, ¡oh viento!
a la barca de Simbad.*

Rubén Darío

(Isla de “*El Cardón*”, Nicaragua, 1908)

Comentario: El poema se compone de diez redondillas. Cada estrofa es independiente o autónoma, compuesta de cuatro versos octosílabos con rima consonante, con la alineación *abab*. Sin embargo, en la quinta redondilla, la alineación es *abba*.

Tenemos que asistirnos del relato que reproduce el doctor Carlos Tünnermann Bernheim, en **La Prensa Literaria**, del de enero de 2009, lo dicho por la misma señora Fidelina, y reconstruido por don Juan Ramón Avilés, fundador y director del **Diario La Noticia**, de Managua, Nicaragua. Lo hacemos en vista que los lectores nicaragüenses puedan darse una idea más clara de lo sucedido a Rubén, con sus amistades en la isla del Cardón, por iniciativa que tuvo el doctor Luis H. Debayle, de ofrecer un paseo en homenaje amistoso al poeta, con una visita a su casa de retiro veraniego en la referida isla.

Refiere el doctor Tünnermann, en este precioso relevo histórico contado por doña Fidelina, a don Juan Ramón Avilés:

“Y en la Semana Santa de marzo de 1908 coincidieron en la Isla del Cardón, frente a Corinto. Invitados por el doctor Luis H. Debayle y su esposa doña Casimira Sacasa, varios matrimonios leoneses compartieron la Semana Santa con Darío (Francisco Castro y doña Fidelina, Narciso Lacayo y su esposa, y otros).

“Rememora doña Fidelina que paseando por la playa los invitados se divertían escribiendo nombres en la arena. Ella escribió “Rubén Darío”. Esto le dio pie a Rubén para componer la estrofa siguiente:

*“Mi nombre miré en la arena
y no lo quise borrar
para dejarle mis penas
a las espumas del mar”.*

Comentario: Miremos en la primera estrofa de los “*Cantares*” de Darío, que transcribimos inicialmente, y veremos que existe una coma después de la palabra “*borrar*”, puesta por quien escribe esta obra. En

la estrofa anterior, la palabra “*borrar*” no tiene la coma puesta, y pierde ritmo melódico la redondilla.

Debió ser muy grato para Rubén y sus amistades, en casa veraniega en la isla del Cardón, del doctor Debayle, aquellos días festivos de la despedida para el poeta que iría de regreso a Europa. De pronto, algo inesperado aconteció, por lo que refiere don Alfonso Méndez Plancarte:

“Hacia el final de El viaje a Nicaragua..., paseando en la isla del Cardón con su amiga de infancia, doña Fidelina de Castro, la vio resbalarse de una peña, y corrió a la casa del Dr. Debayle clamando: “¡Desastre! ¡Fidelina se ahogó!...” La dama solamente se había fracturado un pie; y cuando la llevaron, estaba don Rubén en una cama embrocado, sollozando:

*“Fidelina
dulce y fina,
tu divina
amistad ya se acabó...”*

Y su alegría y sorpresa fue muy grande al verla salva...”, dicho esto por doña Margarita Debayle, años más tarde...

Comenta al respecto don Antonio Oliver Belmás, que “*La identidad de los tres primeros versitos con los del “Madrigal” que ya recogimos, pueden hacer pensar que aquí se trate de una parodia, que cualquiera de los veraneantes “le colgara” al poeta, en los regocijados comentarios de la tragicomedia...*

No obstante, la señora Debayle de Pallais, quien lo había presenciado de muy niña, y a quien le dedicara el poeta el regio poema “Margarita está linda la mar”... refiere eso como histórico, y por cierto, escrito en forma de prosa.”

Pero de todas estas curiosidades anecdóticas que hemos visto en estas escenas, los escritores darianos, como sus amistades no se cansan de contar la ocurrencias y las incidencias del poeta errante. Por lo cual debemos agregar más cosas:

Relata Tunnermann: *“También encontramos una despedida en prosa que Rubén dedicó a doña Fidelina en el Puerto de Corinto, poco antes de embarcarse para Europa, vía Panamá, y que dice así:*

“Quedan estas líneas de recuerdo respetuoso y afectuoso, para la Señora de Francisco Castro, Fidelina Santiago, la amable amiga de mi infancia, a quien Dios conceda siempre la salud, madre de la Felicidad. Que su virtud íntima y su gracia, refloricen y se perpetúen en el corazón de sus hijas y en el espíritu de sus hijos”.

Rubén Darío

De estas palabras de Darío, encontramos los deseos de Rubén y su plegaria a Dios para *“conceda siempre la salud, madre de la Felicidad. Que su virtud íntima y su gracia, refloricen y se perpetúen en el corazón de sus hijas y en el espíritu de sus hijos”.*

Comentario: Al parecer la salud de Fidelina se había restablecido y todo el susto ya había pasado...

HISTORIA DEL “POEMA DEL OTOÑO”

Los maestros y los estudiantes de Nicaragua, y el Mundo Hispano, debemos acordar que, el *“Poema del Otoño”*, es el mismo que se tituló en el libro de Rubén Darío **El viaje a Nicaragua e Intermezzo tropical**, donde puso su punto final su autor el 16 de diciembre de 1909, pero que entró a circulación en Enero de 1910, lo mismo que su libro gemelo **Poema del Otoño y Otros Poemas**.

Sin embargo hay muchas cosas más que explicar para no caer en errores. Algo de ello pudo presentir el investigador dariano, Fidel Coloma González cuando dijo sutilmente: *“Que un comentario detenido en el “Poema del Otoño”, tomaría muchas páginas, tal es la riqueza de sus ideas y el caudal de reflexiones que suscita su lectura.”*

El primer título y mal empleado, le llamó *“X.- Del poema del Otoño”*, en la sección de *“Intermezzo tropical”*, que va dentro del libro **El viaje a Nicaragua...**, y que no tiene fecha; mientras que en el

libro **Poema del Otoño y Otros Poemas** (1910), donde aquí se titula como es debido “*Poema del Otoño*”.

O sea que estamos hablando de dos libros de Darío, que entraron a circulación en 1910, con diferentes títulos, pero aún hay más que agregar como lo dice Ernesto Mejía Sánchez que, el poema X del *Intermezzo tropical* de **El viaje a Nicaragua...** pasó como poema inicial, sin numerar, en el **Poema del Otoño...**, y que se presta para dar título a este nuevo libro.

Ahora bien, por Mejía Sánchez tenemos noticias que “*Poema del Otoño*”, salió publicado en la revista **El Cojo Ilustrado**, de Caracas, Venezuela, XVII, pp. 710 – 711, de 1908, y que es hasta la fecha, el único indicio, y la única publicación que se adelanta a los dos libros mencionados que traen inserto el “*Poema del Otoño*”.

HACE 100 AÑOS (1908)...

¿De cómo llegó este “*Poema del Otoño*” con fecha de 1908, para **El Cojo Ilustrado**?, sería bueno reflexionar un poco, para encontrar una posible respuesta que sea satisfactoria para todos los lectores y los investigadores. Intentemos.

Ya había cumplido los 40 años de edad, Rubén Darío, en su tierra natal, el 18 de enero de 1908, cuando el pueblo nicaragüense celebraba su regreso triunfal, después de quince años de ausencia...

Rubén se encontraba en plena gloria, y gozaba del prestigio como jefe del Modernismo, más famoso y más universal que Gabriel D’Annunzio. El Modernismo era el movimiento intelectual que dominaba el poeta nicaragüense, y que influenciaba en todas las esferas del arte, sobre todo, en los continentes de Europa y América.

Era el tiempo en que cada respiro, cada suspiro, cada idea que salía de su pluma y de su pensamiento, a uno y otro lado del Atlántico, causaba el asombro, la conmoción y el estremecimiento, más de aquel estremecimiento que hiciera **Las flores del mal**, de Charles Baudelaire, en Francia, según el personaje a quien iban dedicados, Víctor Hugo.

Era el mes de abril de 1908, cuando Darío ya está en alta mar. El poeta gustaba escribir en el abril de la primavera, el mes del amor, pero él escribía en sus años de otoño. Por ahí tendría que venir el *“Poema del Otoño”*. Desde el alta mar divisó Darío cómo se iban alejando las montañas de su tierra, y que en sus telúricos senos se encerraban los *“lagos puros”*.

Fue después de su despedida en la Isla del Cardón, y luego de cruzarse para embarcarse en el Puerto de Corinto, a una milla de distancia, para su regreso a Europa, Darío fue diciendo el adiós deshojando sus propias margaritas, que eran sus poemas muy íntimos, casi confidenciales, que recitaba él mismo en baja voz para su propia soledad; poemas que no se autorizaban para su divulgación.

El poeta viajero veía, balanceaba y comparaba entre sus manos de marquez, las páginas que iba separando, y una vez más, reordenaba sigilosamente con mucho cuidado, al no dejar que los suaves giros de los vientos del Pacífico, le arrebatara las hojas escritas y perdiera sus ideas.

Entre las páginas revisadas, ahí estaban sus últimas poesías. A un lado, él sostenía *“La fiesta del Amor”*; luego leía en mudez solamente con su mirada *“¿Por qué?”*; en la otra mano, él apretaba entre sus dedos de seda, el poema que más le fascinaba en estos precisos momentos *“¡La vida es bella!”*.

Los tres poemas firmados por él, pero sin fechas, eran como derivados de su reciente visita a Nicaragua, y por lo tanto, debieron haberse producido en tierra firme, quizás en León, quizás en la Isla del Cardón. El poeta iba navegando sin fijarse en la ruta del barco abordado, pues ya conocía su trayectoria y el ambiente, de aquel mar y cielo azul nítido rematado de suaves algodones de nubes, la tarde del 3 de abril de 1908.

A su retiro del solar de su patria, Darío cuenta las perlas bellas de sus versos, y estos adquieren brillo y lucidez:

*“Montañas que quedasteis lejanas, lagos puros,
horizontes de fuego y rincones oscuros,
cafetales floridos, gentes amables, voz
gentil que recordaste mi infancia y de mi infancia*

*luz, gesto, vida, voluntad y fragancia
y todas esas cosas que yo no olvido. Adiós!*³⁹

Extasiado su espíritu, el poeta resolvía una vez más una nueva inspiración, de las otras inspiraciones que leía entre sus manos sagradas y ¡zas!, su imaginación dio un vuelco de una eureka para dar un golpe maestro producto de su juicio estético y crítico; el poeta integraba bajo una concepción magistral, un nuevo título: “*Poema del Otoño*”.

ITINERARIO IDA Y VUELTA A PANAMA

Viniendo de Nueva York, Darío navega en su barco con dirección a Panamá, adonde llega el 16 de noviembre de 1907. Se hospeda en el **Hotel Central** y allí recibe la visita de los representantes de la joven literatura: Andreve, Dutary, Miró...

Correspondió al poeta Guillermo Andreve presentar el brindis de honor en la cena que ofrecieron a Rubén la noche del 18. Al día siguiente, el 19, se embarca el poeta en el vapor “*San José*”, rumbo a Corinto.⁴⁰

De regreso a Europa, el poeta, una vez descansado en la Isla de “*El Cardón*”, toma un vaporcito para trasladarse al Puerto de Corinto, y ya se embarca el 3 de abril de 1908. Viaja con el poeta colombiano Eduardo Carrasquilla Mallarino, que lo acompañará en el trayecto hasta Nueva York. Durante el viaje irá tomando Rubén notas para sus artículos y poemas, motivados por sus vivencias que ha dejado atrás en Nicaragua.⁴¹

Bueno, aquí fue también el momento, en que Darío debió haber enviado su “*Poema del Otoño*”, a la revista de **El Cojo Ilustrado**, puesto en correo de Panamá, hacia Caracas, Venezuela. Y si cotejamos

³⁹ **Poesías completas de Rubén Darío**. Alfonso Méndez Plancarte. (P. 1139)

⁴⁰ (Nota 6) de Fidel Coloma González dice que Rodrigo Miró escribe “*Rubén Darío en Panamá*”, en Ernesto Mejía Sánchez, **Estudios sobre Rubén Darío**. México, Fondo de Cultura Económica. Comunidad Latinoamericana de Escritores, 1968, (pp. 282 – 283).

⁴¹ (Ver Fidel Coloma González (p. 51).

con lo que dice Fidel Coloma, como ya vimos anteriormente, se observarán los días contados del documento enviado por Darío por correo...

¿Quién era Eduardo Carrasquilla-Mallarino? (1887 – 1956), fue un escritor, periodista, poeta y viajero constante. Colaboró en París, con la revista **Mundial** de Rubén Darío. Este lo conoció por primera vez en la Isla del Cardón, cuando Carrasquilla iba de paso (¿?) hacia Nueva York. En este punto habría que investigar ¿a qué llegaría a Nicaragua, si siendo colombiano, su ruta hubiera sido por Panamá directamente para su viaje a Nueva York.

Pero no, Carrasquilla-Mallarino llegó a Corinto y a la Isla del Cardón, con la curiosidad supuesta de conocer en persona al ídolo de la juventud intelectual de América, por este tiempo.

Se debió haber informado del gran recibimiento que se le hiciera a Rubén en su tierra, y esta era la oportunidad de estrechar su mano, porque Carrasquilla-Mallarino también quería ser poeta reconocido por alguien de mayor estatura. Presumimos deliberadamente entonces, que el joven poeta colombiano se hizo presente en Nicaragua, en el Puerto de Corinto y la Isla de “*El Cardón*” buscando como contactarse con un poeta famoso, que era elogiado por la prensa continental americana y en Europa, logrando así la oportunidad de ser reconocido el joven poeta por aquel que actuaría como padrino de futuras producciones.

*“Yo conocí a este joven poeta –dice Darío-, en mi tierra natal Nicaragua, y allá fue mi compañero solar junto a los mangles y cocotales, y bajo los soles abrasantes de la Isla de Corinto (Isla del Cardón).”*⁴²

En nuestras investigaciones acerca de lo ocurrido en esta parte occidental de Nicaragua, no encontramos algún otro documento que nos manifieste huella de la presencia de Carrasquilla-Mallarino, cuando el poeta está recitando y respondiendo al doctor Luis H. Debayle, o que haya escuchado el joven poeta colombiano alguna de

⁴² En el año 1910, Rubén Darío hace un prólogo al libro de Eduardo Carrasquilla-Mallarino, **El jardín de cristal**, imprenta de la Vda., de Ch. Bouret, en París. Este estudio de Rubén Darío sobre el libro de poesías de Carrasquilla vio la luz en La Nación de Buenos Aires, en Diciembre de 1910.

las inspiraciones de su nuevo maestro, sobre todo que haya escuchado el recital de Darío de su poema “*A Margarita Debayle*”.

La edad que tenía Carrasquilla cuando lo conoció Darío, era de 20 años, y andaba en los veintiuno, la mitad del nicaragüense. “*Fueme simpático por lo comunicativo y cordial de su carácter, por su rapidez de entendimiento, por saber que siendo de tan poco años había corrido mares y tierras extranjeros, hablando lenguas distintas y ganándose el vivir noble y bravamente, y luego porque me encontré en él a un admirador y amorador de la Argentina, y porque supe que era sobrino de Jorge Isaac, el autor de **María**...*”

Queridos lectores, yo sé que ustedes están más ansiosos que mi persona, por saber antes lo que decían aquellos tres regios poemas confidenciales. Pidámosle permiso a su autor. ¡Con permiso don Rubén!

Primero una historia dentro de otra historia. Sí, ya es el otoño de su vida, aunque este poema tuvo su origen después del 18 de enero de 1908, y lo más probable transcurrió en la ciudad de León. La composición de aquel poema, textualmente se titulaba:

LA FIESTA DEL AMOR

Rubén Darío

*Amor, a su fiesta convida
y nos corona.
Todos tenemos en la vida
nuestra Verona.*

*Cojamos la flor del instante
¡la melodía!
De la mágica alondra cante
¡la miel del día!*

*Mas coged la flor del instante,
cuando en Oriente
nace el alba para el fragante*

adolescente.

Rubén Darío

(El autor pone su firma, en el manuscrito, al comienzo del poema debajo del título y al final.)

Comentario: Está compuesto por una lira que conjuga versos alternos de 9 y 5 sílabas, en un total de 12 versos de ritmo consonante. Fueron insertados en el “*Poema del Otoño*”, y fueron adaptados en estrofas de cuatro versos, en la misma medida, pero con la salvedad ¡sorpresa para todos nosotros!, en un orden diferente.

En el “*Poema del Otoño*”, el nuevo orden establecido se fijó de la manera siguiente: Entra con la estrofa dieciséis, la estrofa segunda correspondiente a “*La fiesta del Amor*”. Esto lo podemos comparar más adelante cuando escribamos entero el “*Poema del Otoño*”.

La estrofa diecisiete del “*Poema del Otoño*” se corresponde con la primera de “*La fiesta del Amor*”. Luego viene la estrofa dieciocho que es una estrofa totalmente nueva que dice en el “*Poema del Otoño*”:

Aún en la hora crepuscular

canta una voz:

“¡Ruth, risueña, viene a espigar
para Booz!”.

Viene a ahora la tercera y última estrofa de “*La fiesta del Amor*”, a insertarse a la estrofa diecinueve que corresponde en el “*Poema del Otoño*”.

Al comparar el poema “*La fiesta del Amor*”, con sus fragmentos en el “*Poema del Otoño*”, aquí “*La fiesta del Amor*” se presenta más ilustrada con la novedad de la estrofa dieciocho que trae el “*Poema del Otoño*”, y aún más, eleva su calidad poética al ser transformada, y por lo tanto, el poema “*La fiesta del Amor*”, que tiene su propio valor en calidad, ha permanecido inédito hasta la fecha, y permaneció en poder de su autor, guardado en un “*cuaderno de hule negro*”, y que lo comentan para otros poemas, sin mencionar “*La fiesta del Amor*”, Antonio Oliver Belmás, Ernesto Mejía Sánchez y Fidel Coloma González.

¡LA VIDA ES BELLA!

Rubén Darío

Huyendo del mal... de improviso
se entra en el mal...
por la puerta
del paraíso artificial!
y... no obstante la vida...
es bella! Por poseer la
perla, la rosa, la estrella...
y... la mujer!
Lucifer brilla...canta
el ronco mar... y se
pierde Silvano...
oculto... tras el tronco
del haya verde...
y sentimos la vida
clara... real... cuando
la envuelve la bella,
límpida y pura...
aurora primaveral!

Rubén Darío

Ahora veamos la versión nuestra como debe leerse, siguiendo las indicaciones del ritmo y de los puntos suspensivos y los signos de admiraciones de su autor, y de acuerdo a las reglas gramaticales actuales.

¡LA VIDA ES BELLA!

Rubén Darío

*Huyendo del mal... de improviso
se entra en el mal...
por la puerta del paraíso*

artificial!

*Y, no obstante, ¡la vida...es bella!
por poseer
la perla, la rosa, la estrella...
y... ¡la mujer!*

*Lucifer brilla...canta el ronco
mar... y se pierde
Silvano..., oculto... tras el tronco
del haya verde...*

*Y sentimos la vida pura,
clara... real... ,
Cuando la envuelve la dulzura,
primaverál!*

Rubén Darío

Así pues, vemos que en tiempo posterior, debió transformar y corregir el poeta la última estrofa de “*¡La vida es bella!*”, en esta última y actualizada como lo demostraremos más adelante.

Teniendo en cuenta entonces estos nuevos factores, el poema inédito completo, y transformado “*¡La vida es bella!*”, siguiendo las indicaciones de su autor, Rubén Darío, se inserta completo en las estrofas 8, 9, 10 y 11, en el “*Poema del Otoño*”, en donde se confirma que el poema inédito “*¡La vida es bella!*”, la corrige el propio autor.

Siguiendo el hilo del “*Poema del Otoño*”, vayamos a la pauta de la estrofa 12, que tuvo también su precedencia con el poema original e inédito, y que Darío lo tituló así:

¿POR QUE?

Rubén Darío

*¿Por qué la envidia triste
y las injurias,*

*cuando retuercen viles,
anillados reptiles
las pálidas furias?
¿Para qué los lívidos gestos
de los Pilatos?
Si lo terreno acaba, en suma,
cielo e infierno... y nuestras vidas
son las espumas...
de un mar eterno!
Lavemos bien de nuestra veste
la amarga prosa...,
soñemos en una celeste rosa!*

Rubén Darío.

Comentario: todo el poema “¿Por qué?”, quedó inserto y transformado de la siguiente manera, en las estrofas del “Poema del Otoño”, en 12, 13, 14 y 15 que dicen:

*¿Para qué las envidias viles
y las injurias,
cuando retuercen sus reptiles
pálidas furias?*

*¿Para qué los odios funestos
de los ingratos?
¿Para qué los lívidos gestos
De los Pilatos?*

*Si lo terreno acaba, en suma,
cielo e infierno...,
y nuestras vidas son la espuma...
de un mar eterno!*

*Lavemos bien de nuestra veste
la amarga prosa...,
¡Soñemos en una celeste
mística rosa!*

Comentario: Si leemos en la versión de Ernesto Mejía Sánchez, esta última estrofa, no contiene o no presenta los signos que nosotros contemplamos en los originales de Darío.

En cuanto a la inserción de la nueva estrofa en el “*Poema del Otoño*”, se trata de Rut, la moabita viuda que dejó todo para irse a espigar a Belén, acompañando a su suegra Noemí. Trabajó ella en el campo junto a las criadas de Booz, pariente que era de su marido Mahlón. Booz la permitió espigar y recoger tras los segadores entre las gavillas. Al redimirla, la tomó por esposa y ésta le dio un hijo, llamado Obed quien fue el abuelo paterno de David.

Rut es como un delicioso canto a la serenidad de la vida campesina, pequeña joya de la literatura bíblica y universal. Rut: 1 – 4, mujer leal y devota de mucha Fe. Rut en el verso de Rubén con la “*h*” al final, la cual no va o no trae en la **Biblia**.

Por ello, Rut será la bisabuela del rey David y lejana antepasada de Jesús, siendo el único caso en que una extranjera hizo unión con un judío, lo cual era penado por las leyes israelitas, superando así las viejas tradiciones de nacionalismo y racismo cerrado, que anticipa la predicación cristiana en el **Nuevo Testamento**, en que todos los seres humanos son iguales ante los ojos de Dios. Rut es quien dijo “*Tu pueblo será mi pueblo y tu Dios, mi dios.*”

A continuación tenemos el famoso:

X

POEMA DEL OTOÑO

*Tú, que estás la barba en la mano
meditabundo,
¿has dejado pasar, hermano,
la flor del mundo?*

*Te lamentas de los ayeres
con quejas vanas:
¡Aún hay promesas de placeres
en los mañanas!*

*Aún puedes casar la olorosa
rosa y el lis,
y hay mirtos para tu orgullosa
cabeza gris.*

*El alma ahíta cruel inmola
lo que la alegra,
como Zingua, reina de Angola,
lúbrica negra.*

*Tú has gozado de la hora amable,
y oyes después
la imprecación del formidable
Eclesiastés.*

*El domingo de amor te hechiza;
mas mira cómo
llega el miércoles de ceniza:
Memento, homo...*

*Por eso hacia el florido monte
las almas van,
y se explican Anacreonte
y Omar Kayam.*

*Huyendo del mal, de improviso
se entra en el mal,
por la puerta del paraíso
artificial.*

*Y, no obstante, la vida es bella,
por poseer
la perla, la rosa, la estrella
y la mujer.*

*Lucifer brilla. Canta el ronco
mar. Y se pierde
Silvano oculto tras el tronco*

del haya verde.

*Y sentimos la vida pura,
clara, real,
cuando la envuelve la dulzura
primaveral.*

*¿Para qué las envidias viles
y las injurias,
cuando retuercen sus reptiles
pálidas furias?*

*¿Para qué los odios funestos
de los ingratos?
¿Para qué los lívidos gestos
de los Pilatos?*

*¡Si lo terreno acaba, en suma,
cielo e infierno,
y nuestras vidas son la espuma
de un mar eterno!*

*Lavemos bien de nuestra veste
la amarga prosa;
soñemos en una celeste
mística rosa.*

*Cojamos la flor el instante;
¡la melodía
de la mágica alondra cante
la miel del día!*

*Amor a su fiesta convida
y nos corona.
Todos tenemos en la vida+
nuestra Verona.*

Aun en la hora crepuscular

canta una voz:

“¡Ruth, risueña, viene a espigar
para Booz!”

*Mas coged la flor del instante,
cuando en Oriente
nace el alba para el fragante
adolescente.*

*¡Oh! Niño que con Eros juegas,
niños lozanos,
danzad como las ninfas griegas
y los silvanos.*

*El viejo tiempo todo roe
y va de prisa;
sabed vencerle, Cintia, Cloe
y Cidalisa.*

*Trocad por rosas, azahares,
que suena el son
de aquel “Cantar de los Cantares”
de Salomón.*

*Príapo vela en los jardines
que Cipris huella;
Hécate hace aullar los mastines;
mas Diana es bella,*

*Y apenas envuelta en los velos
de la ilusión,
baja a los bosques de los cielos
por Endimión.*

*¡Adolescencia! Amor te dora
con su virtud;
goza del beso de la aurora,
¡oh juventud!*

*¡Desventurado el que ha cogido
tarde la flor!
Y ¡ay de aquel que nunca ha sabido
lo que es amor!*

*Yo he visto en tierra tropical
la sangre arder,
como en un cáliz de cristal,
en la mujer.*

*Y en todas partes la que ama
y se consume
como una flor hecha de llama
y de perfume.*

*Abrasaos en esa llama,
y respirad
ese perfume que embalsama
la Humanidad.*

*Gozad de la carne, ese bien
que hoy nos hechiza,
y después se tornará en
polvo y ceniza.*

*Gozad del sol, de la pagana
luz de sus fuegos;
gozad del sol, porque mañana
estaréis ciegos.*

*Gozad de la dulce armonía
que a Apolo invoca;
gozad del canto, porque un día
no tendréis boca.*

*Gozad de la tierra, que un
bien cierto encierra;*

*gozad, porque no estáis aún
bajo la tierra.*

*Apartad el temor que os hiela
y que os restringe;
la paloma de Venus vuela
sobre la Esfinge.*

*Aún vencen muerte, tiempo y hado
las amorosas;
en las tumbas se han encontrado
mirtos y rosas.*

*Aún Anadiómena en sus lidias
nos da su ayuda;
aún resurge en la obra de Fidias
Friné desnuda.*

*Vive el bíblico Adán robusto,
de sangre humana,
y aún siente nuestra lengua el gusto
de la manzana.*

*Y hace de este globo viviente
fuerza y acción,
la universal y omnipotente
fecundación.*

*El corazón del cielo late
por la victoria
de este vivir, que es un combate
y es una gloria.*

*Pues aunque hay pena y nos agravia
el sino adverso,
en nosotros corre la savia
del universo.*

*Nuestro cráneo guarda el vibrar
de tierra y sol,
como el ruido de la mar
el caracol.*

*La sal del mar en nuestras venas
va a borbotones,
tenemos sangre de sirenas
y de tritones.*

*A nosotros encinas, lauros,
frondas espesas:
Tenemos carne de centauros
y satiresas.*

*En nosotros la Vida vierte
fuerza y calor.
¡Vamos al reino de la Muerte
por el camino del Amor!*

Rubén Darío

VALORIZANDO EL FAMOSO “POEMA DEL OTOÑO”

Arturo Marasso es uno de los mejores críticos argentinos de Rubén Darío. En su ensayo “*Poema del Otoño*”,⁴³ se luce en la interpretación de la sabiduría de Rubén. Descubre en el trasfondo del poema Marasso, a Anacreonte, Horacio, Kayam, Góngora, la Condesa de Noailles, Hugo y... la influencia shopenhaueriana. No menciona para nada Marasso, la relación existente del “*Poema del Otoño*”, con la “*Canción de Otoño en Primavera*”, que es una relación íntima y directa, aunque hayan sido escritas en diferentes ritmos y formas. Porque veamos: “*Canción de Otoño en Primavera*” reúne dieciocho estrofas en cuartetas de versos de ocho sílabas, con rima consonante, y es una bella lírica llena de encanto y nostalgia por el tiempo de alegría de la naturaleza. En cambio, el “*Poema del Otoño*”, imita Darío a Hugo, en sentido distinto, de su poema “*Ibo*” en su poemario **Las**

⁴³ Rubén Darío y su creación poética. Pp. 346 – 347.

contemplaciones, en cuartetos donde se alternan versos de nueve y cinco sílabas, con rima consonante.

De manera objetiva en cuanto a la forma del *“Poema del Otoño”*, para el crítico Julio Valle Castillo, él apreciaba una composición en que *“...cada estrofa de arte menor, pareciera un poema autónomo, incluso, los dos primeros versos se contraponen a los siguientes, y se desliza de manera imperceptible que la autonomía se esfuma, y se establece la secuencia, asimismo inadvertida.”*

Re-estructurando las ideas y las cosas objetivas que encontramos en *“Poema del Otoño”*, éste representa la cima y la corona de una vida intensa, dedicada al arte y la poesía, de tiempo en tiempo, y que se manifiesta en la obra de Darío, desde antes que cumpliera los 40 años de edad.

A todo lo largo del poema, el poeta entremezcla vivencias reales en la plenitud expresiva de una lírica intensa, profunda, reflexiva, con el arrastre de antiguas tradiciones épicas griegas y orientales, perfumadas del aroma de los pasajes bíblicos y simbólicos, como derivado del amor ideal y que siempre será fiel.

“Poema del Otoño” es reconocido por la crítica mundial como una joya de la literatura universal, y precisamente su naturaleza pertenece *“a la corriente poética de expresión más íntima...”*, según Jaime Torres Bodet.

Es una poesía despojada del falso azul nocturno, y además dicho poema es hondamente autobiográfico y simbólico donde el crítico alcanza a descubrir que *“Rubén se inclina sobre sí mismo; ve lo que ha sido y por qué lo fue. Al hablar en voz baja con su conciencia, habla con la conciencia del mundo que ha descubierto.”*⁴⁴

Pero si en Marasso no vimos la relación entre *“Poema del Otoño”* y *“Canción de Otoño en Primavera”*, en Torres Bodet, esto va más allá. *“En Darío –dice éste- las estaciones fundamentales fueron siempre el otoño y la primavera”*. Aparenta el autor el establecimiento de un diálogo y juega con un *“movimiento pendular, que va, -como diría Torres Bodet-, del anhelo a la nostalgia y de la nostalgia al anhelo...”*

⁴⁴ Rubén Darío –Abismo y cima-. (p. 230)

Darío opta por una filosofía en que el epicureísmo y el estoicismo parecen reconciliarse.”

TRABAJANDO EL “*POEMA DEL OTOÑO*”

¿De cómo se originó el plan de escribir y divulgar un libro sobre su visita a la tierra natal? Fue idea de Darío, concebir un libro que reuniera toda su producción en prosa y verso, de lo que tuvo experiencia en su visita a Nicaragua (1907 – 1908). El punto final del libro titulado **El Viaje a Nicaragua, *Intermezzo tropical* y Otros Poemas**, lo puso Darío con fecha 16 de diciembre de 1909, pero entró a la circulación en 1910.

Darío concibió la idea después de la sugerencia de don Miguel de Unamuno, a través de cartas, antes y durante su permanencia en Nicaragua, y luego de conversar con su amigo el doctor Luis H. Debayle, y el presidente José Santos Zelaya.

De estos dos últimos recuerda Darío en carta fechada y firmada en “*París, 7 de mayo, 1908*”, cuando le dice a Zelaya: “*Espero que inmediatamente me remitan la documentación del librlo de que hablamos con usted, el doctor Debayle y yo. Usted comprenderá que al escribir yo la introducción de esa obra, no me guía sólo la gratitud, que es muy grande, y que desde que la he conocido personalmente ha aumentado considerablemente.*

Nunca olvidaré ni sus indicaciones amistosas ni sus preciosos consejos, ni todo cuanto debo a usted.

Dejando a un lado los cargos y honores que le debo y por los cuales le debo gratitud eterna, mi afección a usted es más viva por su personalidad que por su alto puesto.

No extrañe usted recibir algún día cualquier aviso o anónimo en mi contra. Es condición humana que se desarrolle la enemistad contra el hombre que se eleva, y usted me ha elevado mucho para no haberme suscitado enemigos...” (fragmento).

Aun no había presentado sus credenciales como ministro embajador de Nicaragua ante la corona de Alfonso XIII, rey de España, cuando

ya tenía todos los documentos y las gestiones diplomáticas, Darío, según lo hacía saber en las primeras líneas al presidente Zelaya.

Así que Darío esperaba reunir todo el material informativo que le enviaran desde Nicaragua, de lo ocurrido en su tierra natal. Y para ello fue preciso trabajar intensamente desde un principio, según lo podemos apreciar a continuación.

Ernesto Mejía Sánchez observó al leer el “*Apéndice poético*” de su amigo Antonio Oliver Belmás, que si bien descubre tres estrofas tachadas con lápiz del manuscrito original de “*Poema del Otoño*”, estas mismas estrofas estarían ligadas en temática, estilística y métricamente, no sólo con el poema de que fueron tachadas, sino también con otros dos poemas de ese cuaderno de manuscritos, identificado como “*El cuaderno de hule negro*”: “*Roma erige sus arcos...*” y “*A Carrasquilla-Mallarino*”, y que únicamente pudieron escribirse después de la estadía en Nicaragua, y más exactamente sobre el mar, de regreso a Europa, como lo dice el poeta en su texto a cada momento, es decir, Abril – Mayo de 1908.

En el “*Poema del Otoño*”, Rubén se ve a sí mismo y mira en su alma el reflejo de su “*vida mía*”. Ya escribe, mientras navega su barco, un poco nervioso a la vista de nadie, y apunta sobre el papel de la página blanca, su pluma que se mueve escribiendo un rosario de perlas que van cayendo al papel, y entre estas perlas, se van uniando las ideas tiradas por un Pegaso.

Efectivamente, viene el comienzo de la inspiración, con las variantes de poemas anteriores “*La fiesta del amor*”, “*¿Por qué?*” y “*La vida es bella*”. Así nace una nueva estrella a la luz del sol, en alta mar, derivada de la pasión poética que tuviera acoso la noche anterior en su camerino. Como se verá luego, eran poesías originales que van a derivar en un solo poema, pues el trabajo de las ideas de Rubén, es un proceso de larga meditación.

Aquí se ve cortado el verso alejandrino, en dos, y servirán de pausas en el airoso ritmo de un verso eneasílabo que trunca en un siguiente pentasílabo. Y así se irán añadiendo los que su conciencia le va dictando. Son 44 estrofas provocativas las que trae este regio poema inspirado en las visiones del *Intermezzo tropical*. Hace ya cien años, que estas ideas han permanecido en el misterio, a pesar de la agudeza de los críticos que han exprimido lo más visible del asunto.

Era el tiempo en que el caballero de la humana energía, en viva y alta voz decía:

*“Poetas que fuisteis alguna
vez sobre la mar,
y que os pusisteis a la luna
a suspirar:
mientras el sol lanza al abismo
líricos potros,
vosotros vibráis en mí mismo;
yo soy vosotros...”*

**RECTIFICANDO FECHAS A
POEMA DEL OTOÑO Y OTROS POEMAS
(1910)**

Quedemos claros que, el libro **Poema del Otoño y otros poemas**, sale a circulación en Madrid, de la Biblioteca Ateneo, en el año de 1910. En sus páginas interiores contiene *“Poema del Otoño”* (1908), y le siguen los que forman el cuerpo de *“Intermezzo tropical”*, integrados por nueve composiciones más. Fue el profesor Fidel Coloma González, quien determinó y ayudó a esclarecer sus fechas originales en el año de 1987, este orden de poemas, en su edición de **El viaje a Nicaragua e Intermezzo tropical**, de Rubén Darío. Aunque ello no quedó a la perfección, vale el esfuerzo de méritos en relieve para el profesor Coloma.

Su contribución es extensiva y sobresale por la profusa información periodística de la época, que con noble crítica la introduce y la esclarece en su mayor parte, además que conlleva la determinación cronológica de cada uno de los poemas contenidos, todo lo cual viene a rectificar imprecisiones de fechas que han aparecido esporádicamente, aún en las mismas ediciones de uno de los mejores críticos bibliográficos de Rubén Darío, como lo es Ernesto Mejía Sánchez, en **Poesía de Rubén Darío** de la Editorial Nueva Nicaragua, de 1994, tercera edición, con la consagrada *“Introducción y Cronología”* de Julio Valle Castillo.

Estas imprecisiones son:

1).- “*Poema del Otoño*” (pp. 363 – 367), trae al pie del referido poema la fecha “¿1909?”, la cual está errada. Lo correcto es “1908”, donde no cabe duda, como ya lo vimos anteriormente en su oportunidad.

2).- “*I Mediodía*” (p. 368), trae fecha “(1907)”, que está en lo incorrecto, pues debe ponerse “(Isla de El Cardón, marzo de 1908)”, como se lee en la “Nota 46” de Fidel Coloma (p. 84), en el **Viaje a Nicaragua...**

3).- “*II Vespéral*” (pp. 368 – 369) con fecha “(1907)”, la cual debe ponerse “(Isla de El Cardón, 1908)”, cuya fecha ya la conocía Ernesto Mejía Sánchez.

4).- “*III Canción otoñal*” (pp. 369 – 370), donde se pone al pie del poema la fecha “1907)”, pero que debe ponerse en forma correcta “(1908)” en Fidel Coloma (p. 65).

5).- “*IV A doña Blanca de Zelaya*” (pp. 371 – 372), con fecha errada “(1907)”, la cual debe rectificarse por “(2 de febrero de 1908)”.

6).- “*En casa del Dr, Luis H. Debayle (Toast)*” (Brindis) (), “*León de Nicaragua, 21 de diciembre de 1907)*”.

7).- “*Retorno*” (pp. 372 – 374), leído dicho poema, por el doctor Antonio Medrano, en la Velada Cultural del Teatro Municipal de la ciudad de León, enseguida al discurso del homenajeado, don Rubén Darío, después de las nueve de la noche, del 22 de diciembre de 1907.

CORRIGIENDO IMPRECISIONES

En el ensayo de Julio Valle Castillo se contempla la agudeza del buen crítico en “*Rubén Darío y su otra trilogía*”, sobre todo, en “*III.- La lírica de la posvanguardia*”. Sin embargo se hace necesario rectificar unas dos fechas de poemas de 1908, y no de 1907, que se incluyen en **El viaje a Nicaragua... y Poemas del Otoño y otros poemas**.

Julio, todo lo que aquí dices del “*Poema del Otoño*” es correcto, pero yo le agregaría un poquito más, que el “*Poema del Otoño*” es heterogéneo por su variedad de significados y formas imaginarias. Yo observo Julio, que donde tienes más agudeza para detectar los afanes o las intenciones de Darío, es cuando adviertes: “*Cada estrofa pareciera un poema autónomo, incluso, los dos primeros versos se contraponen a los siguientes y se desliza de manera tan imperceptible, que la autonomía se esfuma, y se establece la secuencia, asimismo inadvertida.*”

Tales observaciones tuyas, Julio, me ayudan a que queden más que satisfechos mis queridos lectores, cuando expuse el proceso de elaboración del “*Poema del Otoño*”, por parte de su autor, pues con tus palabras, se confirma lo que se desliza imperceptiblemente en dicho poema...

Me hubiera encantado que hubieses dicho claramente, además de sugerido que: “*en el discurso del poema... las resonancias bíblicas, anacreónticas y horacianas se perfilan en todas las estrofas... promovidas por la complejidad erudita o intertextual...*”

PRIMER ERROR DE FECHA EN EL “POEMA DEL OTOÑO”

El “*Poema del Otoño*”, no data de “1907”, como lo afirma Julio, sino que se elaboró en “1908”, fuera de Nicaragua, cuando viajaba por mar Rubén Darío, en el mes de abril hacia Panamá en su retorno a Europa..., y que de inmediato lo envía por correo marítimo y por tierra, hacia la revista **El Cojo Ilustrado**, de Caracas, Venezuela.

Efectivamente, **El Cojo Ilustrado** lo publica en el Número XVII, pp. 710 – 711, de 1908, y con fecha al calce de “1908”, “*...por lo que debe corregirse, -dice Ernesto Mejía Sánchez-, la fecha dudosa de 1909...*”, y que se repite, no sabemos por qué motivos, en **Poesía de Rubén Darío**, en la Edición Nueva Nicaragua, de 1994.

SEGUNDO ERROR DE FECHA EN EL POEMA “A DOÑA BLANCA DE ZELAYA”

Este poema fue leído por Rubén Darío, en la velada cultural que se le ofreció con su presencia, en la **Normal de Señoritas de Managua** (“2 de febrero de 1908”).

El poema "*A doña Blanca de Zelaya*" fue reproducido en **Laurel** (pp. 337 – 338), con el título "*Salutación a la señora Blanca de Zelaya*". Darío, para la edición de **El viaje a Nicaragua...**, mejoró la puntuación y restableció la palabra "*coronista*" en vez de "*cronista*", que trae **Laurel**...

Julio Valle Castillo, incurre en el error de fecha para la ubicación del referido poema "*A doña Blanca de Zelaya*", de "1907", (textual en la p. 36), en su ensayo "*Rubén Darío y su otra trilogía*". Ver en (BBCN).

Es necesario rectificar esa fecha errada, porque lo que tanto se despestañó Ernesto Mejía Sánchez, en tratar de componer, reparar y certificar fechas de poemas de Darío, se revierte este interés en el ensayo de Julio.

OTRA INCOGNITA DE OTRO POEMA LEGENDARIO

Vamos a referirnos ahora a otro poema escrito por estos días del regreso de Darío a Europa, y que no perteneciendo al libro de **El Viaje a Nicaragua e Intermezzo Tropical**, ni al otro libro gemelo **Poema del Otoño y Otros Poemas**, es el titulado "*En las constelaciones*" que tiene por fecha (Océano Atlántico, abril de 1908), incluido en la "*Selección de textos dispersos (1889- 1916)*", de Ernesto Mejía Sánchez.

Este poema dice:

EN LAS CONSTELACIONES

*En las constelaciones Pitágoras leía,
yo en las constelaciones pitagóricas leo;
pero se han confundido dentro del alma mía,
el alma de Pitágoras con el alma de Orfeo.*

*Sé que soy, desde el tiempo del Paraíso, reo;
sé que he robado el fuego y robé la armonía;
que es abismo mi alma y huracán mi deseo;
que sorbo el infinito y quiero todavía...*

Pero ¿qué voy a hacer, si estoy atado al potro

*en que, ganado el premio, siempre quiero ser otro,
y en que, dos en mí mismo, triunfa uno de los dos?*

*En la arena me enseña la tortuga de oro
hacia donde conduce de las musas el coro
y en donde triunfa augusta la voluntad de Dios.*

(Océano Atlántico, abril de 1908.)

Comentario: Este poema pudo haberse escrito en la travesía del barco por el Mar Caribe o Golfo de México, en el que viajaban los poetas Rubén Darío, y Eduardo Carrasquilla-Mallarino, y que éste insertara dicho poema en su artículo: “*Horas marítimas con Rubén Darío*” (1940). Dicho poema fue publicado por primera vez en la revista **Fígaro**, de la Habana, (21 de junio de 1908), de acuerdo a una nota de Alfonso Méndez Plancarte.⁴⁵

Es lo más probable que Rubén haya sugerido a su amigo el joven Carrasquilla, a que enviase el poema al **Fígaro** de la Habana, en cuanto pudiera durante su permanencia en Nueva York, pues Darío continuaría viajando a Europa.

CUENTOS AUTOBIOGRAFICOS

Los primeros esbozos autobiográficos los escribió Rubén Darío, en la forma de cuento cuando publica, “*Las albóndigas del coronel*”, en Nicaragua; y “*Palomas blancas y garzas morenas*”, en Chile; “*La larva*”, en Argentina, lo escribe en 1910, antes de su **Autobiografía**.

Al desarrollar el tema “*Maestría*”, el escritor y ensayista Raimundo Lida, dice, en su “*Estudio Preliminar*”, a **Rubén Darío, Cuentos Completos**, Ediciones de Ernesto Mejía Sánchez: “*Darío escribe el alegre cuento al modo de las tradiciones peruanas, “Tradición nicaragüense: Las albóndigas del coronel”.*

Darío parece un escritor maduro, sin serlo, que logra una prosa magistral del ensayo conversacional, donde nos hacer ver una serie de escenas en el desarrollo de una película, en función sí, de un lenguaje castizo de las postrimerías de la época colonial. Afirma Lida: “*Su tono*

⁴⁵ **Poesías completas de Rubén Darío.** Notas Bibliográficas y Textuales. (P. 1221)

de conversación familiar y maliciosa, con irónicos remedos de pomposidad colonial, no sólo de testimonio de un ya sorprendente poder de asimilación, sino que señala en la prosa de Darío el comienzo de una veta de estilo español - español del siglo XIX...”

Cuando Rubén Darío escribe el cuento “*Las albóndigas del Coronel*”.. (*Tradición nicaragüense*), aquí el joven poeta se encuentra arrecho, enojado y comienza diciendo una advertencia fuera de tono, inusual en él. Leamos el cuento:

LAS ALBONDIGAS DEL CORONEL

*Cuando y cuando que se me antoja he de escribir lo que me dé mi real gana; porque a mí nadie me manda, y es muy mía mi cabeza y muy mías mis manos. Y no lo digo porque se me quiera dar de atrevido por meterme a espigar en el fortísimo campo del maestro Ricardo Palma; ni lo digo tampoco porque espere pullas del maestro Ricardo Contreras. Lo digo sólo porque soy seguidor de la **Ciencia del buen Ricardo**. Y que el quiera saber cuál es, busque el libro; que yo no he de irla enseñando así no más, después que me costó trabajo el aprenderla. Todas estas advertencias se encierran en dos; conviene a saber: que por escribir tradiciones no se paga alcabala; y que el que quiera leerme que me lea; y el que no, no; pues yo no me he de disgustar con nadie porque tome mis escritos y envuelva en ellos un pedazo de salchichón. ¡Con que a Contreras, que me ha dicho hasta loco, no le guardo inquina! Vamos, pues, a que voy a comenzar la narración siguiente:*

Allá por aquellos años, en que ya estaba para concluir el régimen colonial, era gobernador de León el famoso coronel Arechavala, cuyo nombre no hay vieja que no lo sepa, y cuyas riquezas son proverbiales, que cuentan que tenía adobes de oro.

El coronel Arechavala era apreciado en la Capitanía General de la muy noble y muy leal ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala.

Así es que en estas tierras era un reycito sin corona. Aún pueden mis lectores conocer los restos de sus posesiones pasando por la hacienda “Los Arcos”, cercana a León.

Todas las mañanitas montaba el coronel uno de sus muchos caballos, que eran muy buenos, y como la echaba de magnífico jinete daba una vuelta a la gran ciudad, luciendo los escarceos de su cabalgadura.

El coronel no tenía nada de campechano; al contrario, era hombre seco y duro; pero así y todo tenía sus preferencias y distinguía con su confianza a algunas gentes de la metrópoli.

Una de ellas era doña María de..., viuda de un capitán español que había muerto en San Miguel de la Frontera.

Pues, señor, vamos a que todas las mañanitas a hora de paseo se acercaba a la casa de doña María el coronel Arechavala, y la buena señora le ofrecía dádivas, que, a decir verdad, él recompensaba con largueza. Dijéralo, si no, la buena ración de onzas españolas del tiempo de nuestro rey don Carlos IV que la viuda tenía amontonaditas en el fondo de su baúl.

El coronel, como dije, llegaba a la puerta, y de allí le daba su morralito doña María; morralito repleto de bizcoletas, rosquillas y exquisitos bollos con bastante yema de huevo. Y con todo lo cual se iba el coronel a tomar su chocolate.

Ahora va lo bueno de la tradición.

Se chupaba los dedos el coronel cuando comía albóndigas, y, a las vegadas, la buena doña María le hacía sus platos del consabido manjar, cosa que él le agradecía con alma, vida y estómago.

Y vaya que por cada plato de albóndigas una saya de buriel, unas ajorcas de fino taraceo, una sortija, o un rollito de relumbrantes pelucones, con lo cual era para él afable y contentadiza.

He pecado al olvidarme de decir que doña María era una de esas viuditas de linda cara y de decir ¡Rey Dios! Sin embargo, aunque digo esto, no diré que el coronel anduviese en trapicheos con ella. Hecha esta salvedad, prosigo mi narración, que nada tiene de amorosa aunque tiene mucho de culinaria.

Una mañana llegó el coronel a la casa de la viudita.

—Buenos días le dé Dios; mi doña María.

—¡El señor coronel! Dios lo trae. Aquí tiene unos marquesotes que se deshacen en la boca; y paras el almuerzo le mandaré..., ¿qué le parece?

—¿Qué, mi doña María?

–Albóndigas de excelente picadillo, con tomate y chile y buen caldo, señor coronel.

–Bravísimo –dijo riendo el rico militar-. No deje usted de remitírmelas a la hora del almuerzo.

Amarró el morralito de marquesotes en el pretal de la silla, se despidió de la viuda, dio un espolonazo a su caballería y ésta tomó el camino de la casa con el zangoloteo de un rápido pasitrote.

Doña María buscó la mejor de sus soperas, la rellenoó de albóndigas en caldillo y la cubrió con la más limpia de sus servilletas, enviando enseguida a un muchacho, hijo suyo, de edad de diez años, con el regalo, a la morada del coronel Arrechavala.

Al día siguiente, el trap trap del caballo del coronel se oía en la calle en que vivía doña María, y ésta con cara de risa asomada a la puerta en espera de su regalado visitador.

Llegóse él cerca y así le dijo con un airecillo de seriedad rayano en la burla:

–Mi señora doña María: para en otra, no se olvide de poner las albóndigas en el caldo.

La señora, sin entender ni gota, se puso en jarras y le respondió:

–Vamos a ver, ¿por qué me dice usted eso y me habla con ese modo y me mira con tanta sorna?

El coronel le contó el caso; éste era que cuando iba con tamaño apetito a regodearse comiéndose las albóndigas, se encontró con que en la sopera ¡sólo había el caldo!

–¡Blas! Ve que mal haya el al...

–Cálmese usted –le dijo Arechavala-; no es para tanto.

Blas, el hijo de la viuda, apareció todo cariacontecido y gimoteando, con el dedo en la boca y rozándose al andar despaciosamente contra la pared.

–Ven acá

Comentarios: Darío “... suele continuar y evocar castizos procedimientos conversacionales...”, dice Lida.

Cuenta Darío: “*Allá por aquellos años, en que ya estaba para concluir el régimen colonial, era gobernador de León el famoso coronel Arrechavala, cuyo nombre no hay vieja que no lo sepa, y cuyas riquezas son proverbiales; que cuentan que tenía adobes de oro*”.

Explica en nota 9, Mejía Sánchez: “*El coronel Joaquín Arrechavala ocupó interinamente la gobernación de la provincia de Nicaragua (1813-1819), su figura se ha vuelto legendaria en ese país; aparece siempre a caballo, y es protagonista de anécdotas amorosas y cuentos de aparecidos*”.

EL CAMINO DE LA RIQUEZA

En las “*Albóndigas del coronel*” en su primer párrafo largo que sirve de preámbulo, Darío explica algunas consideraciones autobiográficas en varias direcciones. Se ve a las claras que por esos días, estamos hablando de finales del año de 1885, Darío se encuentra algo conmovido o enojado por las circunstancias que a él rodean.

Leo a continuación estas consideraciones para que tengamos ese acercamiento a la conciencia, del estado anímico que aqueja su autor de apenas dieciocho años:

“*Cuando y cuando que se me antoja he de escribir lo que me dé mi real gana; ...*”

Aquí Darío aprovecha la ocasión para referirse, en una misma circunstancia a tres personajes llamados “*Ricardo*”.

El primero es don Ricardo Palma, autor de la obra *Tradiciones peruanas*, que son pasajes costumbristas. Dice al respecto Ernesto Mejía Sánchez, que “*En 1885, la Biblioteca Nacional de Managua, donde Rubén tenía un*

empleo, recibió en canje algunas obras de don Ricardo, entre ellas seguramente la segunda edición de las Tradiciones... del año (1883), que alcanzaba hasta la sexta serie.”(pag. 85)

De las obras de Ricardo Palma, no hubo registro en la **Biblioteca Nacional de Nicaragua**; tampoco la **Ciencia del buen Ricardo**, o del **Almanaque del Pobre Ricardo**, solamente hemos podido observar **Documentos Gubernamentales de los Estados Unidos de América...**

Debe presumirse que Darío leyó **Tradiciones peruanas**, a manera de préstamos dicho libro, o la serie, por parte de algunos amigos intelectuales leoneses, granadinos, o leída en San Salvador, cuando visitó ese país por primera vez. Por eso se jacta Darío al decir: “...después que me costó trabajo el aprenderla.”, lo cual da a entender que por esa época se la sabía de memoria, como el **Diccionario de galicismos de Baralt**.

Pero Darío nunca dijo nada más de la **Ciencia del buen Ricardo**, a como la llama al referirse a ella en forma figurada. Sin embargo, hay muchas cosas que decir de Darío, tomadas de las ideas o afinidades de su persona con Benjamín Franklin. ¿Y cuál es la **Ciencia del buen Ricardo**? Es el **Camino de la riqueza...**, de los consejos que hacía Benjamín Franklin, a través de las publicaciones de Almanaque.

¿Se pudiera hacer –preguntamos ahora- un intento de paralelismo, entre la vida de Benjamín Franklin y la de Rubén Darío? Es posible en pocas o muchas consideraciones, de acuerdo al elasticismo del tiempo que dispongamos. Pero si contamos con la dicha de la Musa de la inspiración, como diría Darío, podemos intentar algunos parangones.

Franklin escribió su **Autobiografía**, lo mismo que Darío. Ambos escribieron a diferentes periódicos ensayos literarios a la edad de quince años. En su primera fase, Franklin cuenta de cómo o cuáles libros obtuvo para su lectura continua en sus primeros años. Esto mismo hizo Darío, al señalarlo en su **Autobiografía**.

Dice Franklin: “En 1732, publiqué por primera vez **Poor Richard’s Almanac...**”

Por su nacimiento en Metapa, Nicaragua, el 18 de Enero de 1867, es Rubén Darío un ciudadano del idioma español. Desde su adolescencia, él recorrerá todos los caminos de la Lengua Castellana, partiendo de fines de la Edad Media pasando por el Siglo de Oro, hasta sus contemporáneos del siglo XIX y comienzos del XX.

A temprana edad se inició en lecturas de obras muy antiguas y algunas del siglo XVIII, cuando en un viejo armario de su casa en la ciudad de León, encontró los primeros libros que leyera, los cuales constituían “*extraña y ardua mezcla de cosas para la cabeza de un niño*”.

Antes de los diez años, ubicamos al infante Félix Rubén, registrando los roperos y en un alto guardador de objetos y cosas, Darío nos dice: “*En un viejo armario encontré los primeros libros que leyera. Eran un **Quijote**, **Las obras de Moratín**, **Las Mil y una noches**; **La Biblia**; **Los oficios de Cicerón**; **La Corina**, de Madame Stäel, un tomo de **Comedias clásicas españolas**, y una novela terrorífica, de ya no recuerdo qué autor; **La Caverna de Strozzi**. Extraña y ardua mezcla de cosas para la cabeza de un niño*”⁴⁶.

Esta ardua tarea, representa: “*¡Diez libros que fueron los primeros diez directores para un niño genio!*”, -dice el mismo Darío en su **Autobiografía**. Esos primeros libros esparcen luz sobre su vida entera según comentario del norteamericano Charles D. Watland; el mismo Rubén Darío se encargará de confirmarlos más tarde, al asegurar que “*Los primeros libros son los primeros directores*”.

PALOMAS BLANCAS Y GARZAS MORENAS

(Cuento autobiográfico)

Mi prima Inés era rubia como una alemana. Fuimos criados juntos, desde muy niños, en casa de la buena abuelita que nos amaba mucho y nos hacía vernos como hermanos, vigilándonos cuidadosamente, viendo que no rinésemos. ¡Adorable la viejecita, con sus trajes a grandes flores, y sus cabellos crespos y recogidos, como una vieja marquesa de Boucher!

Inés era un poco mayor que yo. No obstante, yo aprendí a leer antes que ella; y comprendía –lo recuerdo muy bien– lo que ella recitaba de memoria, maquinalmente, en una pastorela, donde bailaba y cantaba delante del Niño Jesús, la hermosa María y el señor San José; todo con el gozo de las sencillas personas mayores de la familia, que reían con risa de miel, alabando el talento de la actrizuela.

⁴⁶ **Autobiografía.**

Inés crecía. Yo también; pero no tanto como ella. Yo debía entrar a un colegio, en internado terrible y triste, a dedicarme a los áridos estudios del bachillerato, a comer los platos clásicos de los estudiantes, a no ver el mundo –mi mundo de mozo!- y mi casa, mi abuela, mi prima, mi gato –un excelente romano que se restregaba cariñosamente en mis piernas y me llenaba los trajes negros de pelos blancos.

Partí.

Allá en el colegio mi adolescencia se despertó por completo. Mi voz tomó timbres aflautados y roncós; llegué al período ridículo del niño que pasa a joven. Entonces, por un fenómeno especial, en vez de preocuparme de mi profesor de matemáticas, que no logró nunca hacer que yo comprendiese el binomio de Newton, pensé –todavía vaga y misteriosamente- en mi prima Inés.

Luego tuve revelaciones profundas. Supe muchas cosas. Entre ellas, que los besos eran un placer exquisito.

Tiempo.

*Leí **Pablo y Virginia**. Llegó un fin de año escolar y salí, en vacaciones, rápido como una saeta, camino de mi casa. ¡Libertad!*

Mi prima –¡pero Dios santo, en tan poco tiempo!- se había hecho una mujer completa. Yo delante de ella me hallaba como avergonzado, un tanto serio. Cuando me dirigía la palabra, me ponía a sonreírle con una sonrisa simple.

Ya tenía quince años y medio. La cabellera, dorada y luminosa al sol, era un tesoro. Blanca y levemente amapolaza, su cara era una creación murillesca, si se veía de frente. A veces, contemplando su perfil, pensaba en una soberbia medalla siracusana, en un rostro de princesa. El traje, corto antes, había descendido. El seno, firme y esponjado, era un ensueño oculto y supremo; la voz clara y vibrante, las pupilas azules, inefables, la boca llena de fragancia de vida y de color de púrpura. ¡Sana y virginal primavera!

La abuelita me recibió con los brazos abiertos. Inés se negó a abrazarme, me tendió la mano. Después no me atrevía a invitarla a los juegos de antes. Me sentía tímido. ¡Y qué! Ella debía sentir algo de lo que yo. ¡Yo amaba a mi prima!

Inés, los domingos, iba con la abuela a misa, muy de mañana.

Mi dormitorio estaba vecino al de ellas. Cuando cantaban los campanarios su sonora llamada matinal, ya estaba yo despierto.

Oía, oreja atenta, el ruido de las ropas. Por la puerta entreabierta veía salir la pareja que hablaba en voz alta. Cerca de mí pasaba el frufrú de las polleras antiguas de mi abuela y del traje de Inés, coqueto, ajustado, para mí siempre revelador.

¡Oh Eros!

—Inés...

—¿...?

Y estábamos solos, a la luz de una luna argentina, dulce, ¡una bella luna de aquellas del país de Nicaragua!

La dije todo lo que sentía, suplicante, balbuciente, febril y temeroso. ¡Sí! Se lo dije todo; las agitaciones sordas y extrañas que en mí experimentaba cerca de ella; el amor, el ansia, los tristes insomnios del deseo; mis ideas fijas en ella allá en mis meditaciones del colegio; y repetía como una oración sagrada la gran palabra: el amor. ¡Oh, ella debía recibir gozosa mi adoración! Creceríamos más. Seríamos marido y mujer...

Esperé.

La pálida claridad celeste nos iluminaba. El ambiente nos llevaba perfumes tibios que a mí se me imaginaban propicios para los fogosos amores. ¡Cabellos áureos, ojos paradisiacos, labios encendidos y entreabiertos!

De repente y con un mohín:

—¡Ve! La tontería...

Y corrió como una gata alegre a donde se hallaba la buena abuela, rezando a la callada sus rosarios y responsorios.

Con risa descocada de educanda maliciosa, con aire de locuela:

—¡Eh, abuelita, ya me dijo!...

¡Ellas, pues, sabían que yo debía “decir”...!

Con su reír interrumpía el rezo de la anciana, que se quedó pensativa acariciando las cuentas de su camándula. ¡Y yo que todo lo veía, a la husma, de lejos, lloraba lágrimas amargas, las primeras de mis desengaños de hombre!

Los cambios fisiológicos que en mí se sucedían, y las agitaciones de mi espíritu, me conmovían hondamente. ¡Dios mío! Soñador, un pequeño poeta como me creía, al comenzarme el bozo, sentía llenos, de ilusiones la cabeza, de versos los labios; y mi alma y mi cuerpo de púber tenían sed de amor. ¿Cuándo llegaría el momento soberano en que alumbraría una celeste mirada al fondo de mi ser, y aquél en que se rasgaría el velo del enigma atrayente?

Un día, a pleno sol, Inés estaba en el jardín regando trigo, entre los arbustos y las flores, a las que llamaba sus amigas: unas palomas albas, arrulladoras, con sus buches níveos y amorosamente musicales. Llevaba un traje —siempre que con ella he soñado la he visto con el mismo— gris azulado, de anchas mangas, que dejaban ver casi por entero los satinados brazos alabastrinos; los cabellos los tenía recogidos y húmedos, y el vello alborotado de su nuca blanca y rosa era para mí como luz crespas. Las aves andaban a su alrededor, e imprimían en el suelo oscuro la estrella acarminada de sus patas.

Hacía calor. Yo estaba oculto tras los ramajes de unos jazmineros. La devoraba con los ojos. ¡Por fin se acercó por mi escondite, la prima gentil! Me vio trémulo, enrojecida la faz, en mis ojos una llama viva y rara y acariciante, y se puso a reír cruelmente, terriblemente. ¡Y bien! ¡Oh, aquello no era posible! Me lancé con rapidez frente a ella. Audaz, formidable debía estar, cuando ella retrocedió, como asustada, un paso.

—¡Te amo!

Entonces tornó a reír. Una paloma voló a uno de sus brazos. Ella la mimó dándole granos de trigo entre las perlas de su boca fresca y sensual. Me acerqué más. Mi rostro estaba junto al suyo. Los cándidos animales nos rodeaban... me turbaba el cerebro una onda invisible y fuerte de aroma femenino. ¡Se me antojaba Inés una paloma hermosa y humana, blanca y sublime; y al propio tiempo llena de fuego, de ardor, un tesoro de dichas! No dije más. La tomé la cabeza y le dí un beso en una mejilla, un beso rápido, quemante de pasión furiosa. Ella, un tanto enojada, salió en

fuga. Las palomas se asustaron y alzaron el vuelo, formando un opaco ruido de alas sobre los arbustos temblorosos. Yo, abrumado, quedé inmóvil.

Al poco tiempo partía a otra ciudad. La paloma blanca y rubia no había ¡ay! mostrado a mis ojos el soñado paraíso del misterioso deleite.

¡Musa ardiente y sacra para mi alma, el día había de llegar! Elena, la graciosa, la alegre, ella fue el nuevo amor. ¡Bendita sea aquella boca, que murmuró por primera vez cerca de mí las inefables palabras!

Era allá en un ciudad que está a la orilla de un lago de mi tierra, un lago encantador, lleno de islas floridas con pájaros de colores.

Los dos, solos, estábamos cogidos de las manos, sentados en el viejo muelle, debajo del cual el agua glauca y oscura chapoteaba musicalmente. Había un crepúsculo acariciador, de aquellos que son la delicia de los enamorados tropicales. En el cielo opalino se veía una diafanidad apacible que disminuía hasta cambiarse en tonos de violeta oscuro, por la parte del oriente, y aumentaba convirtiéndose en oro sonrosado en el horizonte profundo, donde vibraban oblicuos, rojos y desfallecientes los últimos rayos solares. Arrastrada por el deseo, me miraba la adorada mía y nuestros ojos se decían cosas ardorosas y extrañas. En el fondo de nuestras almas cantaban un unísono embriagador como dos invisibles y divinas filomelas.

Yo extasiado veía a la mujer tierna y ardiente; con su cabellera castaña que acariciaba con mis manos, su rostro color de canela y rosa, su boca cleopatrina, su cuerpo gallardo y virginal; y oía su voz, queda, muy queda, me que decía frases cariñosas, tan bajo, como que sólo eran para mí, temerosa quizás de que se las llevase el viento vespertino. Fija en mí me inundaban de felicidad sus ojos de Minerva, ojos verdes, ojos que deben siempre gustar a los poetas. Luego erraban nuestras miradas por el lago, todavía lleno de vaga claridad. Cerca de la orilla se detuvo un gran grupo de garzas. Garzas blancas, garzas morenas, de esas que cuando el día calienta, llegan a la ribera a espantar a los cocodrilos, que con las anchas mandíbulas abiertas beben sol sobre las rocas negras. ¡Bellas garzas! Algunas ocultaban los largos cuellos en la onda o bajo el ala, y semejaban grandes manchas de flores vivas y sonrosadas, móviles y apacibles. A veces una, sobre una pata, se alisaba con el pico las plumas, o permanecía inmóvil, escultural y hieráticamente, o varias daban un corto vuelo, formando en el fondo de la ribera llena de verde, o en el cielo, caprichosos dibujos, como las bandadas de grullas de un parasol chino.

Me imaginaba, junto a mi amada, que de aquel país de la altura me traerían las garzas muchos versos desconocidos y soñadores. Las garzas blancas las encontraba más puras y más voluptuosas, con la pureza de la paloma y la voluptuosidad del cisne; garridas, con sus cuellos reales, parecidos a los de las damas inglesas que junto a los pajecillos rizados se ven en aquel cuadro en que Shakespeare recita en la corte de Londres. Sus alas, delicadas y albas, hacen pensar en desfallecientes sueños nupciales; todas –bien dice un poeta- como cinceladas en jaspe.

¡Ah, pero las otras tenían algo de más encantador para mí! Mi elena se me antojaba como semejante a ellas, con su color de canela y de rosa, gallarda y gentil.

Ya el sol desaparecía arrastrando toda su púrpura opulenta de rey oriental. Yo había halagado a la amada tiernamente con mis juramentos y frases melifluas y cálidas, y juntos seguíamos en un lánguido dúo de pasión inmensa. Habíamos sido hasta ahí dos amantes soñadores, consagrados místicamente uno a otro.

De pronto y como atraídos por una fuerza secreta, en un momento inexplicable, nos besamos la boca, todos trémulos, con un beso para mí sacratísimo y supremo: el primer beso recibido de labios de mujer. ¡Oh, Salomón, bíblico y real poeta! Tú lo dijiste como nadie: Mel et lac sub lingua tua.

¡Ah, mi adorable, mi bella, mi querida garza morena! Tú tienes, en los recuerdos que en mi alma forman lo más alto y sublime, una luz inmortal.

Porque tú me revelaste el secreto de las delicias divinas en el inefable primer instante de amor.

Comentario: Este es uno de los cuentos más románticos de Rubén, y pertenece al período de su primera juventud recién salido del cascarón patrio que le vio nacer. Enamorado hasta caer morado, lucía visibles ojeras de tanto desvelo por sus lecturas, y por el ensimismamiento al pensar de que la primera mujer que había amado, su garza morena, no era su virgen soñada. De este fatal fracaso, dependerá mucho mal porvenir del poeta joven que se declaró errante. La sombra de Emelina le causará muchas noches de insomnio, y nunca más será feliz, puesto que al casarse con Rafaelita Contreras, quien murió a consecuencia del parto de Rubén Darío Contreras, cayó el poeta en el abismo de las tinieblas.

El enclave del asunto de aquel primer amor que va en fracaso y en situaciones forzadas, porque debemos tomar en cuenta que cuando Dariíto quería casarse teniendo los quince años cumplidos, y Rosario Emelina apenas llegaba a los once años, sus amigos de más edad que el poeta niño, le aconsejan y le obligan a irse del país y así llega aventado a El Salvador.

Pero ya es tiempo de saber, de dónde se había inspirado e imaginado el poeta de su visión azul de *“Palomas blancas y garzas morenas”*? Efectivamente el poeta tomó aliento, energía y entrega para el recuerdo de instantes amados, a la orilla del lago de Managua, en compañía de su garza morena, y de su primera novia de ilusión, Inés, su adorada prima.

Era el tiempo en que dominaba en su mente, la novela de **María** de Jorge Isaacs (1837 – 1895), en cuya narrativa romántica y costumbrista, el escritor colombiano había dejado una estela de imágenes de mucho impacto en la juventud hispanoamericana de aquellos tiempos, de segunda mitad del siglo XIX. Veamos el carácter sentimental de aquel apasionamiento de primera juventud, que envolvió a los corazones inocentes, cuando Jorge Isaacs inicia sus palabras con aquellas elegantes dedicatorias:

“A los hermanos Efraín: He aquí, caros amigos míos, la historia de adolescencia de aquel a quien tanto amasteis y que ya no existe. Mucho tiempo os he hecho esperar estas páginas. Después de escritas, me han parecido pálidas e indignas de ser ofrecidas como un testimonio de mi gratitud y de mi afecto. Vosotros no ignoráis las palabras que pronunció aquella noche terrible, al poner en mis manos el libro de sus recuerdos: “Lo que ahí falta tú lo sabes; podrás leer hasta lo que mis lágrimas han borrado”. ¡Dulce y triste y misión! Leedlas, pues, y si suspendéis la lectura para llorar, ese llanto me probará que la he cumplido fielmente.”

I

Era yo niño aún cuando me alejaron de la casa paterna para que diera principio a mis estudios en el colegio de...”

Linda la introducción de Isaacs..., y que no dejó de leer Dariíto, a la edad de catorce años. Por esta razón, el poeta niño muchas veces recordará a Jorge Isaacs en sus primeros versos, y en su prosa como la presente del cuento de *“Palomas blancas y garzas morenas”*.

Veamos por ejemplo el pasaje que dice: *En una de aquellas noches de verano en que los vientos parecían convidarse al silencio para escuchar vagos rumores y lejanos ecos... En una noche así, María, Emma y yo*

estábamos en el corredor del lado del valle y después de haber arrancado la última a la guitarra algunos acordes melancólicos, acompañados por otros, concertaron ellas sus voces incultas, pero vírgenes como la naturaleza que cantaban. Terminada la última estrofa, María apoyó la frente en el hombro de Emma; y cuando la levantó, entusiasmado yo, murmuré a su oído el último verso. ¡Ah! Ellos parecen conservar aún de María no sé si un aroma; algo como la humedad de sus lágrimas. Helos aquí:

*Soñé vagar por bosques de palmeras
Cuyos blondos plumajes, al hundir
Su disco el sol en las lejanas sierras,
Cruzaban resplandores de rubí.*

*Del terso lago se tiñó de rosa
La superficie límpida y azul,
Y a sus orillas garzas y palomas
Posábanse en los sauces y bambús.*

*Muda la tarde ante la noche muda,
Las gasas de su manto recogió:
De lindo mar dormido en las espumas
La luna hallóla y a sus pies el sol.*

*Ven conmigo a vagar bajo las selvas
Donde las Hadas templan mi laúd;
Ellas me han dicho que conmigo sueñas,
Que me harán inmortal si me amas tú.*

Comentario: regio el poema encontrado en María el cual absorviera para sus adentros, en un rincón del alma el poeta niño, que luego imprimió su cuento de “*Palomas blancas y garzas morenas*”. Pero hay otro pasaje donde Isaacs menciona a las garzas y las palomas. Veamos cuando se refiere al disfrute del baño en el río, en plena selva escogido por Emigdio...

“En el fondo del profundo remanso que estaba a nuestros pies se veían hasta los más pequeños guijarros y jugueteaban sardinas plateadas. Abajo, sobre las piedras que no cubrían las corrientes, garzones azules y garcitas blancas pescaban espiando o se peinaban el plumero...”

Ediciones que yerran en el Cuento de Rubén Darío: “*Palomas blancas y garzas morenas*” (Cuento)

(Volviendo por Mejía Sánchez a las “*versiones mejoradas*”)

Revisando desde hace algún tiempo, las diferentes ediciones del cuento de Rubén Darío, “*Palomas blancas y garzas morenas*”, encontramos algunos detalles mal expresados, y omisiones de frases que se hace necesario corregir y rectificar, con objeto de re-establecer la fidelidad expresiva, el logro encantador de los giros sintácticos que el autor tuvo en su instancia creativa, y sobretodo, la belleza expresiva obtenida de uno de los cuentos más famosos de Rubén Darío, que le asignan por esa magistral obra, de calificarlo como gran esteta de la literatura universal.

Primero vayamos al caso de Ernesto Mejía Sánchez⁴⁷ (n. en Masaya, 1923 – m. en Mérida, México, 1985), a través del poeta querido, heredero literario de aquél, y pariente mío, Julio Valle-Castillo (junio de 1987): - “*La primera edición de **Cuentos completos de Rubén Darío**, México, Fondo de Cultura Económica, 1950 (Biblioteca Americana, Serie de Literatura Moderna, Vida y Ficción, 360 pp.) preparada y anotada por Ernesto Mejía Sánchez con un espléndido “Estudio Preliminar del profesor Raimundo Lida”-*.

“*Mejía Sánchez, -dice Julio Valle-Castillo- desde entonces, fue consciente de que estaba en una muy adelantada fase de su empresa, pero que aún había mucho por descubrir y precisar. En 1975, veinticinco años después de la aparición de los **Cuentos completos**, afirmaba:*

-Mientras no se apuren las consultas en las revistas y periódicos en que Darío colaboró, una empresa de esa índole estaba llamada a rectificarse o mejorar constantemente, pues la aparición de nuevos textos puede afectar la estimativa del conjunto, o el simple conocimiento de fechas más precisas obliga a variar el orden establecido y por tanto valorar de manera diferente el desarrollo literario del autor.- (E. M. S.).

⁴⁷ Según Mario Cajina-Vega, ya fenecido también, exDirector y Fundador de la **Editorial Nicaragüense**, su amigo querido que fue en vida, Ernesto Mejía Sánchez, decía en una magnífica en **La Prensa Literaria**, Managua, con fecha del Domingo 10 de Noviembre de 1985, que “*Al hojear un buen libro o retener una Edición Príncipe, sólo pensaremos “ya no está Ernesto Mejía para que lo aprecie”, y agregaba: “En la tierra de Rubén Darío aún no se publican las obras completas del vate: Mejía Sánchez, por paisano y filólogo, era el llamado a hacerlo. Y así se le indicó varias veces a quienes podrían disponerlo. Ahora EMS, embajador en España y Argentina pero no en su México donde quería, ha muerto.”*

Adelantaba por otra parte el maestro latinoamericano, en 1975 además, las adiciones particulares, rectificaciones, inserciones y omisiones han aparecido ante el adelanto por parte de investigadores, historiadores, biógrafos y críticos, que han localizado nuevos textos, rectificado fechas, y *versiones mejoradas*, sobretodo, desde las cercanías del Centenario Dariano de 1967.⁴⁸

Comentando el texto de “*Palomas blancas y garzas morenas*”

Primero la omisión en la versión de Ernesto Mejía Sánchez, sin incluir la primera edición de 1950, que imprime luego en 1983 en edición popular, Editorial Nueva Nicaragua, y que después aparecerá una Segunda edición, en Managua, igual a la anterior con Notas de Julio Valle-Castillo, 2000.

Revisemos ahora el párrafo que comienza diciendo: “*Los cambios fisiológicos que en mí se sucedían,...*”

Estas mismas palabras están en las versiones de Jaime Torres Bodet; Ernesto Mejía Sánchez; Roberto Aguilar Leal, pero no en las ediciones de Antonio Oliver Belmás, y de la **Editorial La Oveja Negra** que responsabiliza a las siglas iniciales de “*R. B. A.*”, donde no aparece la coma al final de esa expresión que pusimos en cursiva.

Para la crítica presente, proseguiremos mencionando a estos autores con sus siglas en letras negrita y mayúscula para distinguirlos y abreviarlos.

Sigue el texto: “... y las agitaciones de mi espíritu, me conmovían hondamente,...”, tal como está en la versión de Jaime Torres Bodet; de igual forma en Ernesto Mejía Sánchez.

Roberto Aguilar Leal y la editorial **La Oveja Negra**; las dos están correctas.

La versión de Antonio Oliver Belmás no pone la coma a mitad de camino, lo cual está errado para este caso.

⁴⁸ Hemos subrayado esta expresión de Mejía Sánchez por respeto a su palabra o idea.

Ahora sigue el texto: “*¡Dios mío! Soñador, un pequeño poeta como me creía, al comenzarme el bozo, sentía llena de ilusiones la cabeza,...*”. Regio el hipérbaton empleado por Darío.

Sin embargo, este hipérbaton sale mal construido o con defectos gramaticales en: Jaime Torres Bidet con la escritura: “*¡Dios mío! Soñador, un pequeño poeta como me creía, al comenzarme el bozo, sentía llenos de ilusiones, la cabeza,...*”, pues el adjetivo “*llenos*” no corresponde o no concuerda con el sustantivo “*cabeza*”, porque se supone que se debe decir “*la cabeza llena...*”; además no lleva coma después “*ilusiones*”.

En la versión de Antonio Oliver Belmás escribe: “*sentía llenas de ilusiones la cabeza,...*”. Aquí vemos error parecido al anterior en “*llenas*” porque no se puede decir de manera sintáctica, “*cabeza llenas...*”.

Se puede decir correctamente “*la cabeza está llena de pensamientos...*”; “*la cabeza está llena de problemas...*”; “*la cabeza está llena de ilusiones...*”, en sentido figurado. Además está de corrida la lectura en su escritura, al no poseer coma después de “*ilusiones*”, donde se pierde el giro sintáctico o el ritmo que le quiere imprimir el autor en este caso.

En la versión de Roberto Aguilar Leal, el caso es menor; pues pone aparentemente la versión correcta: “*sentía lleno de ilusiones la cabeza,...*” con el adjetivo en singular “*lleno*”. Pero ya vimos que debe concordar el sustantivo con el adjetivo “*cabeza llena...*”, no “*cabeza lleno...*”, además no lleva coma después de “*ilusiones*”.

Discutamos un poco más este caso, pues está bien dicho “*me siento lleno de ilusiones...*”. Pero no se puede decir “*me siento lleno de ilusiones, la cabeza*”, porque ya es otro sentido incorrecto, mientras que la verdadera es: “*me siento llena de ilusiones, la cabeza...*”. O “*me siento la cabeza, llena de ilusiones...*”.

Más pesado el error está en Ernesto Mejía Sánchez, quien apunta “*...sentía llenos, de ilusiones la cabeza,...*”, lo cual no asemeja en nada a la versión original de Darío quien escribe: “*...sentía llena de ilusiones, la cabeza,...*”

En **La Oveja Negra**, tenemos la misma versión anterior, con la diferencia: “*...sentía llenos de ilusiones la cabeza,...*”.

Sigue el texto, “*... de versos los labios;...*” que está bien en Jaime Torres Bodet; Ernesto Mejía Sánchez y Roberto Aguilar Leal. No en las

versiones de Antonio Oliver Belmás y **La Oveja Negra**, que no ponen el punto y coma, sino solamente la coma, y el texto va de corrido, sin la pausa mayor del punto y coma.

(Fin)

Por confesiones del propio Rubén Darío, en etapa de madurez, el cuento autobiográfico “*Mi tía Rosa*”, transcurre cuando el poeta niño se quiere casar, antes de los catorce años de edad. El cuento autobiográfico “*La larva*”, tiene que clasificarse posterior en el tiempo por cuanto ocurrió la narración del caso, cuando el poeta niño tenía cumplidos los quince años.

Veamos estas transposiciones de este repliegue literario en la vida de Darío.

EI POETA NIÑO SE QUIERE CASAR

Ya desde los catorce años, el poeta-niño era presa de lo que “*Hay que saber lo que son aquellas tardes de las amorosas tierras cálidas...*”

De aquel “*Amor sensual, amor de tierra caliente, amor de primera juventud, amor de poeta y de hiperestésico, de imaginativo... donde había estupenda castidad de actos. Todo se iba en ver las garzas del lago, los pájaros de las islas, las nocturnas constelaciones, y en medias palabras y en profundas miradas y en deseos contenidos y en profusión de cosas iniciales que constituyen el silabario que todos sabéis deletrear*”.

Rubén tiene 15 años cuando sus queredores amigos le han dicho que sería una locura casarse a los quince años, lo cual sería dañino a su carrera literaria que prometía mucho en sus cualidades por lo que había tanto demostrado.

Son los mismos amigos de Managua y León sus principales consejeros que velaban de su circunstancia, y que el mismo poeta niño les pedía auxilio en caso de alguna dificultad, o le preparaban el camino para lo que él deseara.

Veamos a propósito el impacto psicológico de lo que habría pasado por la mente del quinceañero, al no lograr el matrimonio con Rosario como él lo deseaba.

En el ensayo *“Niñas prodigios...”*⁴⁹ de Rubén Darío, él explica estas circunstancias y al parecer estaba indicando de manera indirecta, cómo no le comprendieron sus amigos en aquella ocasión tan difícil o desesperada.

“Entre los grandes nombres femeninos de la historia –nos dice-, no es la precocidad un común distintivo; sin embargo, para saber en su tiempo, lo que una Oliva Sabuco de Nantes, hay que haber sido un prodigio de estudio y de comprensión desde muy tierna edad”.

Otro pasaje parecido es señalado por Darío: *“Yo creo que Coppée tiene razón en ponerse triste. Ante un caso semejante al de la niña Antonine o la niña Carmen, hay que recordar que los niños prodigio, con muy raras excepciones, mantienen las promesas de su infancia. Los demasiado amados de los dioses mueren brutos... todos hemos visto a esos maravillosos compañeros de colegio que dejan asombrados a los profesores; generalmente acaban de modestos industriales o alcaldes de villa”*⁵⁰.

Busquemos ahora algo importante y parecido y que el mismo Rubén se proyecta en el cuento de *“Mi tía Rosa”*⁵¹.

En dicho cuento, el joven protagonista se quiere casar, pero el padre lo reprime y es el primero en sermonearle:

-Porque te juzgas ya un hombre y no eres sino un mozo desaplicado...

El padre le dice un montón de *‘porrazos tronadores’* y sigue en la carga:

-Yo he de enseñarte a ser hombre de veras. ¿Quieres desde ahora ser hombre? Pues a hacer obras de hombre... ¡Bribón!-

⁴⁹ **Opiniones.** Rubén Darío. 1906..

⁵⁰ Idem.

⁵¹ Cuento que apareció en la revista **Elegancias** (París, diciembre de 1913. Pp. 42-43) de la que Darío fue su director literario.

Le arremete enseguida la madre:

-¡Casarte! ¿Con qué te vas a casar? ¿Con qué vas a mantener a tu mujer? ¿Es que crees que puedes remediar la atrocidad que has hecho? ¡Me quiero casar!... ¿Has visto alguna vez casarse a los chicos de la escuela? Pues tú no eres más que un chico de colegio...-

El joven Roberto que es el protagonista de este cuento, se quiere casar aún habiendo salido mal en los estudios con clases de matemáticas reprobadas, y para colmo de males, la madre encontró entre sus libros de estudio, unos cuantos versitos y cartitas de amor.

Pero el colegial estaba prendidamente enamorado de su primita “...un paraíso rubio de quince años...”. La madre le sigue reprochando que se negó ir a trabajar al campo, decidiéndose bajo promesa estudiar para abogado.

Sigue la madre recriminando a su hijo:

-No eres ni bachiller. ¡Me quiero casar! ¿Y qué van a comer en tu casa? Porque debes tener casa. El casado casa quiere. ¡Casado a los dieciséis! ¿Qué vais a comer tú y tu mujer? ¿Versos, flores, estrellas?... Y me has a echar al fuego ahora mismo toda esa papelería... Y entrégame las cartas que te haya escrito esa deschavetada... Y alístate, porque te vas al campo, sin remedio, a trabajar a una hacienda, para que seas hombre de veras... ¿Quieres desde ahora ser hombre? ¡A trabajar como hombre, pues! ¡Bribón!-

Observemos al cerrar este escenario familiar hasta cierto punto conflictivo al considerar algunos padres, que sus hijos no deben casarse a temprana edad, porque primero hay que enseñarles a ganar recursos sostenibles de qué vivir y afrontar responsabilidades.

La vida es complicada y se deben cuidar y respetar las ideas y las decisiones particulares, de los padres y de los hijos ante el futuro incierto.

Pero en este caso especial decíamos cuando un niño prodigio se quiere casar midiéndose a sí mismo su capacidad de recursos y naturales talentos que algunos seres queridos no miran que en la aptitud del niño está sobrecargada una energía potencial desarrollada anticipadamente, o que solo ven la opción del riesgo o peligro que se

malogre su “*carrera prodigiosa*” y no pueda desviarse su atención intelectual.

Esto mismo pasó con los amigos queredores del poeta-niño cuando pretendió casarse con Rosario a los quince años, y que ahora él mismo se está proyectando en el cuento extraordinario y autobiográfico “*Mi tía Rosa*”. Pero cuando el supuesto Dariíto tenía quince años de edad, Rosario estaba en los once (¿?), pero la primita Inés, la del pelo rubio, en el cuento “*Mi tía Rosa*”, le llevaba dos años encima al mismo Dariíto.

Desde el título se descubre la intención de su estilo. Rosa es el hermoso nombre de su madre Rosa Sarmiento, casada con su primo Manuel García. Ambos heredan el patronímico de “*Darío*”. Rosa Sarmiento Darío y Manuel García Darío; de ahí como dice don Carlos Eugarríos: “*Rubén Darío es doblemente Darío-Darío*”.

Rosa era prima en segundo grado de Manuel; ambos tenían ramas ascendentes familiares que tienen un tronco común que era el su bisabuelo Darío Mayorga, quien era a su vez, tatarabuelo de Rubén Darío.

Rubén en cambio, era primo de Inés con quien quiso casarse, pero que al fin y al cabo no se casaron. Ella fue para el poeta-niño su musa de carne y hueso en su época adolescente y más allá, tal como lo estamos viendo en el presente cuento “*Mi tía Rosa*”.

Con Inés, Darío no tuvo romances reales como sí los tuvo con Rosario entre los catorce y quince años en Managua. Inés y Rosario fueron la inspiración de Rubén en los años de pubertad, para su famoso cuento de primavera idílica “*Palomas blancas y garzas morenas*”.

Pero no dejemos ocultas las palabras de Francisco Coppée, poeta francés (1842-1908), autor del poema “*Los Humildes*”, que es una colección de versos en que pinta con suma emoción a los pobres, y que Rubén los leyó con devoción, además de sus observaciones críticas en cuanto a la estética.

“*Cuando el padre y la madre de Antonine Couillet me mostraron los versos de su niña y me dijeron que la ‘authoress’ tenía diez años, quedé estupefacto, como quedarán todos los lectores. Pero a mi encantada sorpresa sucedió enseguida un sentimiento de inquietud.*”

Pensaba con tristeza, con piedad casi, en el pequeño prodigio, en la niña fenómeno, y que me imaginaba ya un rostro melancólico y ajado, una inteligencia recalentada, un cerebro viejo antes de tiempo...”

“...Conmovido por el don poético de esta niña, recuerdo que, a su edad, Mozart ha compuesto sus primeras sonatas. Ese hombre de genio principió también como niño-prodigio. Ante este ‘mignonne’ Antonine pienso en el pequeño Wolfgang, sentado al piano”.

Saquemos esas palabras últimas de Coppée y apliquémoslas al niño-prodigio que nos está mostrando este ensayo: *“Ese hombre de genio principió también como niño-prodigio”.*

No obstante, lo más curioso de este ensayo de Darío, titulado *“Niñas-prodigios...”* es lo que sigue relatando nuestro autor:

“En la mujer la precocidad es más peligrosa aún. El fin de una superdiestra de diez años es terrible de pensar... El record de la precocidad femenina creo que lo ha ganado cierta niñita que, con motivo de una ‘enquête’, envió a una gran revista mundana la carta siguiente:

Señora: Creo que estoy ya en edad de casarme, y que soy muy capaz de ser una buena madre de familia. Os confío a vos esto porque estudiáis seriamente la cuestión; pero no me atrevería a decirlo en mi casa. Se bien que se me respondería: “Pero si no tienes más que doce años” ¡Como si esto fuese una razón! ¿Acaso no se puede ser razonable a los doce años y adorar u ocuparse de un hogar. La edad no tiene nada que ver con el asunto; y tengo en mi familia una tía de sesenta y siete años a quien papá y mamá llaman ‘la vieja loca’ porque ha perdido toda su fortuna al juego de los caballitos. No creo en el ‘Petite Noël’, ni en las historias que hacen dormir y que se cuentan a los niños. Y si se me dejara ponerme en ‘ménage’, y... comprar niños, sería mucho mejor que obligarme a jugar todo el día con una muñeca que no puedo amar verdaderamente puesto que no sufre.”

Vemos pues, que lo más importante que queríamos decir, después de esta carta de esa criatura precoz de apenas doce años de edad, como si tuviese una madurez de treinta y pico, es lo que motivó a Rubén Darío desde las *“Niñas-prodigios...”*, en **Opiniones** de 1906, a escribir y crear *“Mi tía Rosa”*.

Y de este cuento maravilloso de la tía Rosa Amelia, sólo nos queda martillando la frasesita:

¡Se ríen de ti porque te quieres casar!

De lo anteriormente relatado hemos tomado como fuentes de información el cuento de “*Mi tía Rosa*”, y la obra de “**Opiniones**. Rubén Darío”⁵².

MI TIA ROSA

(Cuento autobiográfico)

Mi vecina sollozante, a un extremo del salón, había recibido ya su reprimenda; mas, después del consabido proceso de familia, se sabía o se había resuelto, que ella no era tan culpable; ¡el culpable principal era “este mozo que parece que anduviese por las nubes, pero que me ha de dar muchos dolores de cabeza”!

Yo tenía la mía inclinada; mas, feliz y glorioso delincuente, guardaba aún el deslumbramiento del paraíso conseguido: un paraíso rubio de quince años, todo rosas y lirios, y fruta de bien y de mal, del comienzo de la vendimia, cuando la uva tiene aún entre su azúcar un agrio de delicia.

Mi padre, un tirano, seguía redoblando su sermón...

—Porque te juzgas ya un hombre y no eres sino un mozo desaplicado... Parece que anduvieses viendo mariposas en el aire... ¡Roberto, alza la frente, mírame bien! Te he perdonado muchas faltas. No eres en el colegio un modelo. Tu profesor de matemáticas te declara un asno, y yo estoy por encontrar que tiene mucha razón tu profesor de matemáticas. No hablas casi, y cuando lo haces, hablas solo. El día en que te reprobaron, ha encontrado tu madre, entre tus libros de estudio, versos y cartitas de amor. ¿Es esto serio? Sin embargo, lo serio es esto otro. Tu falta de ahora merece el más severo castigo, y los has de tener. ¡A esto te ha llevado el andar divagando y soñando! ¡Bonitos sueños los de ahora! ¿Acaso estás en edad de cumplir como debe hacerlo un caballero? Yo he de enseñarte a

⁵² 1.- “Mi tía Rosa”, **Cuentos Completos. Rubén Darío**. Editores: Ernesto Mejía Sánchez y Julio Valle Castillo. Editorial Nueva Nicaragua. 1994. Tercera edición. Pp.407-411). 2.- **Opiniones**. Rubén Darío. Colección Azul. Director: Fidel Coloma González. Editorial Nueva Nicaragua. 1990. Pp.165-182).

conocer tus deberes, con el rigor que no he empleado nunca. Yo he de enseñarte a ser hombre de veras. ¿Quiéres desde ahora ser hombre? Pues a hacer obras de hombre. En verdad, que andar muy lechuguino y enamoradizo y haciendo algo peor que los versos, no es digno de quien desea ser un gentleman. Versos, y después de los versos, de los versitos, tenemos ahora esto... ¡Bribón!

Jamás había tronado tanto.

—Es que yo me quiero casar... —pude por fin exclamar, con un modo y voz de Poil-de-Carotte afrentado.

Entonces, tras una doble carcajada por lo que dije, que debía ser muy ridículo, quien se adelantó a perorarme fue mi madre:

-¡Casarte! ¿Con qué te vas a casar? ¿Con qué vas a mantener a tu mujer? ¿Es que crees que puedes remediar la atrocidad que has hecho? ¡Me quiero casar!... ¿Has visto alguna vez casarse a los chicos de la escuela? Pues tú no eres más que un chico de colegio. Y tu padre tiene razón: esos mamotreto, esos versos, esos papeles inútiles, son la causa de todo. Por eso no estudias y pasas el día de ocioso. Y la pereza es la madre de todos los vicios. Lo que acabas de hacer es obra de la pereza, pues si en algo útil te ocuparas, no tendrías malos pensamientos... Y lo cierto es que nuestra extremada bondad para contigo, te ha hecho ir cada día de mal en peor. ¡Al campo debías haber ido, a trabajar al campo! ¿No quieres seguir una carrera? ¡Al campo! Tu padre pensaba muy bien cuando te quiso dedicar al comercio... Tú te encaprichaste, y después de mucho rogarte yo, te decidiste al estudio, y me ofreciste ser abogado... ¿Qué has hecho? No eres ni bachiller. ¡Me quiero casar! ¿Y qué van a comer en tu casa? Porque debes tener casa. El casado casa quiere. ¡Casado a los dieciséis! ¿Qué vais a comer tú y tu mujer? ¿Versos, flores, estrellas?... Y me vas a echar al fuego ahora mismo toda esa papelería... Y entrégame las cartas que te haya escrito esa deschavetada... Y alístate, porque te vas al campo, sin remedio, a trabajar a una hacienda, para que seas hombre de veras... ¿Quieres desde ahora ser hombre? ¡A trabajar como hombre, pues! ¡Bribón!

Y el paternal trueno:

—¡Bien dicho!

Tú lo sabes, divina Primavera, y tú, imperial Aurora, si era yo en realidad el atroz personaje pintado por las palabras de mis padres. Pues era el tiempo primaveral y auroral mío, y en mi cuerpo y en mi alma florecía, en toda su magnificencia, la gracia de la vida y del amor. Mis sueños poéticos habían ya tendido sus palios de azul, sus tiendas de oro maravilloso. Mis visiones eran mañanas triunfales, o noches de seda y aroma al claro plenilunar; mi astro, Venus; mis aves, pavones fabulosos o líricos ruiseñores; mi fruta, la manzana simbólica o la uva pagana; mi flor, el botón de rosa; pues lo soñaba decorando eminente los senos de nieve de las mujeres; mi música, la pitagórica, que escuchaba en todas partes: Pan; mi anhelo, besar, amar, vivir; mi ideal encarnado, la rubia a quien había un día sorprendido en el baño, Acteón adolescente delante de mi blanca diosa, silencioso, pero mordido por los más furiosos perros del deseo. Sí, yo era el facineroso de la vida, el bandido del alba; sí, padre y madre míos, teníais razón de relampaguear delante de mis dieciséis años, pues estaba en la víspera de entrar a saco a Abril, de hacer la carnicería de Mayo, y de celebrar el triunfo de la juventud y del amor, la gloria omnipotente del sexo, con todas las vibrantes dianas de mi sangre. Y en tanto que escuchaba vuestros reproches, bajo la tempestad de vuestro regaño, miraba flamear como un estandarte real la más opulenta y perfumada de las cabelleras rubias; y pensaba en la roja corola de los dos más lindos labios de niña; tras cuyo cerco de raso estaba la miel ultraterrestre de la más dulce fruta; y oía la voz amorosa que primariamente me despertara a la pasión de las pasiones; y bajo mis dedos nerviosos y avaros todo el tesoro columbino, y el del oro y el del marfil y el del rubí: ¡el ala del cisne, la onda, la lira! No; no era yo, pues, el culpable; no fui más que un nuevo instrumento de la infinita orquesta; y por furioso, por loco, por sonoro que fuese, no haría más que el mínimo gorrión de los árboles, o del más pequeño pez de las aguas.

Había que alistarme para partir. Abandonar el paraíso conquistado, mi amoroso trono, mi ciudad de marfil, mi jardín de flores encantadas, mi jardín de único perfume... Y, con la cabeza baja, triste, apréciame que estuviese en la víspera de mi muerte, y mi partida, el viaje al país de la Muerte.

Porque, ¿qué era todo sino muerte, lejos de lo que para mí era toda la vida?

Así, quedéme solo en el jardín, mientras mis padres enviaban a su sobrina, “por razones que luego explicarían”, a casa de los suyos.

Quedé abrumado, abandonado de mi suerte, de mi hermoso ángel de carne, de mis ilusiones, de todo y de todos... ¡Negra existencia! Y como fuese entonces romántico y cabelludo, no dejé de pensar en una vieja pistola..., yo sabía en qué armario estaba guardada... Escribiría dos cartas: una para mis padres y otra para... Y después...

—¡pst! ¡pst! ¡pst!

Y después me pegaría un tiro, pronunciando el nombre de la más amada de las...

—¡pst! ¡pst! ¡pst!

¡Dios mío! Mi buena tía Rosa me llamaba por una ventana que daba al jardín; me llamaba con un aire que prometía algún consuelo, en medio de tanta desventura.

—¡Voy, tía!

Y de cuatro saltos bajé al jardín, un jardincito perfumado de naranjos floridos, y visitado con frecuencia por palomas y colibríes.

Os presento a mi tía Rosa Amelia, en el tiempo en que había llegado a sus cincuenta años de virginidad. Había sido en su juventud muy bella, como lo atestiguaba una miniatura que llevaba al cuello. Sus cabellos ya habían emblanquecido —“mais ou sont les beiges d’antan?” y su cuerpo había perdido la gallardía de los años amables; mas en su rostro se mantenía una suave frescura de manzana, un tanto pálida; faz de abadesa aristocrática, iluminada crepuscularmente por una sonrisa melancólica y fugitiva. Había tenido en su juventud un novio amado, Rosa, cuando era como una rosa, y entre todas las buenas mozas, princesa. El novio no era del agrado de la familia, y la boda se agrió para siempre, porque el novio murió. Mi tía, tan linda, se fue marchitando, marchitando, marchitando... y, seco en el árbol su ramito de azahar, la pobre mujer vistió santos durante toda su existencia. Le quedó el consuelo de amar como hijos a sus sobrinos, de hacer muy bellos ramos de flores y de formar matrimonios, embarcando en la epístola de San Pabloa todo el que a ella se acercaba.

—Ya he oído todo —me dijo-, y sé todo lo que ha sucedido. No te aflijas.

—Pero es que me mandan al campo, y no podré verla a ella.

—No importa, muchacho, no importa. ¿Te quiere? ¡Bien! ¿La quieres? ¡Bien! Pues entonces os casarán, tu tía Rosa lo asegura.

Y después de una pausa, dando un gran suspiro, continuó de esta manera:

—Hijo, no pierdas el más bello tiempo de la vida. Sólo se es joven una vez, y el que deja pasar la época de las flores sin cortarlas, no volverá a encontrarlas mientras exista. Mira estos cabellos blancos, ellos son mis antiguos hermosos cabellos negros. Yo amé, y no pude cumplir con la ley del amor. Así, me voy a la muerte con la más larga de las tristezas. Amas a tu prima y ella te ama; hacéis locuras, os habéis dejado arrastrar por el torbellino; no es prudente, pero es ello de influjo natural e, indudablemente, Dios no se ha de enojar mucho con vosotros; y confía, Roberto, hijo mío, en que tu tía Rosa os casará. Todavía sois muy jóvenes. Dentro de unos tres o cuatro años os podréis unir. Pero no hagas caso a tu padre, ¡ámala! Te vas al campo. Yo mantendré el fuego, tú me escribirás (¡oh!, sublime tía) y yo entregaré tus cartas... ¡Se ríen de ti porque te quieres casar! Pues te casarás. Vete al campo durante un tiempo; después de lo hecho, ella será tu mujer. ¡Y ciertamente, está loca por ti!

Esto dicho, partió nuevamente, como deslizándose, hacia sus habitaciones. Y he aquí la alucinación que tuve. Mi tía permanecía cerca de mí, pero cambiada por una maravillosa virtud. Su cabello blanco y peinado, de solterona vieja, se convirtió en una espesa cabellera de oro; su traje desapareció al surgir el más divino de los desnudos, aromado de sutilísimo y raro aroma, cual despidiendo una tenue bruma de luz de la sacra carne de nieve; en sus ojos azules irradiaba la delicia del universo; y su boca misteriosa y roja me habló me habló como una lengua de lira:

—Yo soy la inmortal Anadiómena, la gloriosa patrona de los cisnes! Yo soy la maravilla de las cosas, cuya presencia conmueve los nervios arcanos del orbe; yo soy la divina Venus, emperatriz de los reyes, madre de los poetas; mis pupilas fueron más poderosa que el entrecejo de Júpiter, y he encadenado a Pan con mi cinturón. La Primavera es mi clarín heráldico, y la Aurora mi timbalera. Murieron los dioses del Olimpo de Grecia, menos la única inmortal; y todas las otras divinidades podrán desaparecer; mientras mis rostro alegrará para siempre la esfera. Triunfa y canta en tu tiempo ¡oh, santa Pubertad! Florece, Mayo; fructifica, Otoño. El pecado de Mayo es la capital virtud de la Tierra. Las palomas que llevan mi carroza por el aire se han multiplicado por los cuatro puntos del globo, y conducen mensajes de amor de sur a norte, y de oriente a occidente. Mis rosas sangran en todos los climas, y embalsaman todas las

razas. Tiempo llegará en que la libertad augusta de los besos llene de música al mundo. Infeliz del que no gozó del dulzor de su alba, y dejó podrirse o secarse, flor o uva, en el tallo o en la viña. ¡Feliz el joven que se llame Batilo y el viejo que se llame Anacreonte!

En una mula bien aperada, y en compañía de un buen negro mayordomo, partí a la hacienda. Allá escribí más poesías que nunca, y tiempo después me alejaba muy lejos. A mi prima no la volví a ver sino ya viuda y llena de hijos. Y a mi tía Rosa no la volví a ver jamás, porque se fue al otro mundo con sus azahares secos.

Permitidme que, a través del tiempo y de la tumba, le envíe un beso.
(FIN).

PROLOGO QUE ES PAGINA DE VIDA

Por Rubén Darío.

Estas líneas que sirven de prólogo a la producción literaria del Doctor Debayle, puede decirse que constituyen una página de mi vida. O más bien dos páginas; una de primavera, y otra de otoño, ambas perfumadas por nuestras esencias de Nicaragua, de flores de jardines domésticos, rosas azucenas, amapolas u orquídeas del bosque intrincado.

Pues mi conocimiento de este querido sabio armonioso viene desde la infancia, allá en la centroamericana ciudad de León. Allí tenía yo un primo que reunía en fiestas dominicales, a niños amigos, entre los cuales Debayle y yo. ¡Oh! La casa de mi tía Rita, en la que la fatalidad se descargó un día –justa e injustamente, Dios lo sabe! ¡Y aquellos bailes de adolescentes, al son del piano, los cuales solía perturbar, regocijar o asustar, la aparición de dos enanos Velazquinos, que mi tía albergaba en su casa... ¡Exactamente como en el Museo del Prado o en la Historia!

Alegremente, seriecitos nuestros bailes -¡trece, catorce, quince años el que más de nosotros! Mi primo tenía haciendas de ganado y de caña de azúcar, y su padre era cónsul. Otros eran hijos de médicos, de abogados, de gente excelente del Municipio. Luis Debayle presentaba muchas ventajas, tenía un bello tipo, era francés y su padre, cuyos ojos azules reflejaban empresas de Lally Tollendal y de la Compañía de Indias, que habrían deleitado a Francis Jammes, hacía cargar en los puertos que dejaron los viejos españoles, bergantines con la bandera

francesa, que traían a Europa maderas olorosas y de tinte, rojas como el brasil y amarillas como la mora. Pero entre todos los adolescentes que danzábamos mazurcas y polkas con las niñas, era yo el que hacía verso, ello me creaba la extraña pero innegable superioridad que tienen el Arzobispo, el ruiñeñor, el torero y el pavo-real. Como me comprenden ellos bien, ni el Arzobispo ni el ruiñeñor tomarán a mal lo promiscuo. Ya se entenderá que yo, que veía en Luis Debayle al hijo de un realizador de ensueños que había comprendido en tal o cual almanaque, y él, que me confiara desde luego su amor a la música, hiciéramos enseguida una gentil unión de cariño. En casa de Debayle, a poco tiempo de nuestra primera intimidad, bajo la complacencia maternal, fraternizábamos furiosamente en el acordeón. Por lo que a mí me toca, *hoc erac in votis*, y he ahí por qué aún estoy y estaré siempre enredado entre los profusos y dificultosos, para la marcha del mundo, laureles apolíneos.

Fue, pues, Luis Debayle uno de mis primeros compañeros de armonía. Así en acordeón, cielo azul, u órgano de la iglesia de la Recolección de los jesuitas, o en San Ramón, donde tanto él como yo y tantos otros ostentábamos en el pecho la cinta azul y la medalla de oro de los congregantes:

*Oh María,
madre Mía,
dulce encanto
del Mortal...*

Dirigidos y acariciados por un padre Tortolini anciano; un padre Valenzuela, poeta de Colombia; un padre Koning, sabio astrónomo; un padre Junguito, hoy obispo de Panamá... ¡Y lo que he perdido en el recuerdo!

Hay muchas lagunas en este largo poema de tiempo, en donde cantan tantas elegías... Mas es el caso, que Luis Debayle y yo fratersimpatizábamos en el amor a la lira, y ya que él empezó a quererme como un hermano y yo a corresponderle de igual manera. Hasta donde me era posible, ¡helas! pues el primo que tenía haciendas y bufones, le quería también como un hermano, y, a pesar de mi ventaja poética, la competencia no era posible; solamente la gran Hoz pone todo en su punto de justicia.

La verdad es que poco tiempo después yo me eclipsé, o más bien, no aparecí literalmente, pues las odas y cantatas de los padres, las

hacían otros privilegiados, entre los cuales ese buen talento, tan práctico y tan literario y tan sentimental de Román Mayorga Rivas que comprendedor de su tiempo y de su misión, es hoy Director del primer periódico a lo yanki de la República de El Salvador. Y todavía Francis Jammes!

Entre estas memorias que yo pongo aquí:

(Este ramo de ciprés para Mercedes, y este otro ramo de ciprés, con una rosa blanca, para Narcisa).

Aquí no podía faltar que yo hablase de don Juan Pallais, uno de los tíos Pallais de Luis Debayle, hermano de su madre, afianzándose así el predominio de la sangre francesa. Y mi gratitud debe expresarse en memoria de quien fuera mi iniciador en la gula, gala y golosina, siendo, como era aquel caballero un delicado gourmet. Y qué capítulo por escribir el de la cocina nicaragüense, que viene de seguro de aquellos platos profusos y maravillosos que se hacía servir el Emperador mexicano Moctezuma y de los que hablaran Cortés, Gomara y Bernal Díaz.

Mas llega el instante en que, en revistas íntimas y precarias, en un medio primitivo, los jovencitos, tentados por el demonio literario que era entonces ángel jesuita, diéramos al viento sendas silvas a la clásica, naturalmente dirigidas al mar, al sol o a la Virgen María. Y Luis Debayle realizó entonces tales o cuales lanzamientos líricos, más o menos divino Herrera o humano Alberto de Lista, que hoy mismo pueden, sin desdoro figurar entre sus producciones rimadas. He de insistir siempre en que los padres de la **Compañía de Jesús** fueron los promotores de una cultura que no por ser, si se quiere, conservadora, deja de hacer falta en los programas de enseñanza actuales, Por lo menos, conocíamos nuestros clásicos, y cogíamos al pasar una que otra espiga del latín y aún del griego. Jóvenes nicaragüenses de ese tiempo hay hoy, según tengo entendido, que son hasta Obispos y profesores en lejanas regiones.

El tiempo pasó. Yo partí, aún en la adolescencia, de mi tierra. ¡Debayle, supe entonces, que había ido estudiar medicina a París! A su dulce Francia en que, tanto él como yo, soñábamos al desleír en el fuelle armónico y viajero alegres marianinas, romanzas sentimentales o sonos aprendidos de los marineros de Corinto o del Estero Real.

Cuando partió Debayle escribió una página cordial en que junta a sus simpatías la gran Francia y la pequeña Nicaragua en un afecto igual. Pero por más que él diga, prevalece, a pesar del afán y del intenso amor a la tierra natal, el corazón francés.

Corazón francés, cerebro francés, nombre francés, eso es Luis Debayle. Solamente su gloria es centroamericana, pues el laurel no da sus ramos sino en donde se le riega. Y si, aunque nacido en Nicaragua, es ciudadano de Francia, su ciencia es en el país tropical y maravilloso donde vierte su bien.

Su ciencia. Los que vivís en ese gran Buenos Aires de millón y medio de habitantes, palenque de todos los progresos del mundo; los que luchan en esas capitales ricas y soberbias – dos o tres apenas en nuestro continente hispanoparlante -, no podéis saber lo que para el saber médico en su pequeño país de acción, y para que su nombre sea reconocido con elogio y su persona rodeada de consideraciones en los centros científicos europeos. Por más que adelantamos, Europa es aún el crisol del pensamiento del mundo. Y ese mexicano Herrera, los brasileños o... los argentinos Pérez, Ramos Mexia, Ingenieros, Sixto y algunos otros, han logrado, al dejar su nombre marcado en una roca europea en la ascensión de la ciencia humana, lo que muchos no comprenden, y así el franco-nicaragüense Debayle, descendiente de Montgoliér.

Saber e investigar, constantemente enseñar, curar, dar la vida, contribuir en tantas partes de la tierra. Washington, México, La Habana, Budapest, París, a la recopilación de ciencia y de experiencia; ser querido y alabado por los Pean, Richelot, Landouzy; ser llamado un día a presidir en la metrópoli de la gloria un congreso de eminencias; amar de veras y con toda el alma su don científico, y todavía saber recordar que Esculapio es hijo de Apolo! Pues he aquí que Debayle ha perseverado en el amor de la Lira, lo cual contribuirá a que en su jardín exterior, aún en el invierno vital, haya rosas frescas.

Si él publica este libro, no es sino por consentimiento e indicaciones amistosas y sin ninguna ambición de *mas-tu-lu*. De su prosa fluida y vibrante y de su verbo oratorio nos ofrece tal o cual bella muestra salvada salvada de la dispersión fatal de la publicación periodística en su producción intermitente. Y luego, sus poesías, casi todas son flores de un jardín familiar; flores nicaragüenses, cundiamos, bellísima, y azucenas de todos colores. Hay sonetos de las antiguas liras románticas, de las que se pulsaban. Hay sentimientos de

hogar, antiguos ecos amorosos, perfume que aún queda de una tradición patriarcal. Y el mar nuestro aparece, mar de descubrimiento de Robinson y de Antilla. Y aquí que yo recuerde a Debayle que volví a ver después de tantos años, en el otoño de mi vida!

Fui a mi país tras larga ausencia. Toda aquella tierra ardiente fue para mí como un incensario. Se festejó regiamente el retorno del poeta pródigo. ¡Cuántos amigos de menos! Cuántos que se llevó la muerte, cuántos cambiados, cuántos esquivos, o por la indiferencia tímida o por miserias ciudadanas, que hasta las nueve musas visten con un color político! ¿Qué tengo yo que desear allá sino que mi país natal adquiriera fuerza, riqueza y cultura? ¿Qué sé yo de los ñacinos de León o de los gamboinos de Granada? Mas he de decir que el primer abrazo y más fraterno de la llegada, fue el Luis H. Debayle. Grises ya ambas cabezas, florecieron enseguida nuestros recuerdos, para los cuales contribuyó la literatura y éste o aquél rememorar de amor igualmente perseguido antaño, y nuestras mutuas conquistas, y su París y mi Argentina! ¡Y yo desperté en aquella imaginación de buen sabio la amable locura de los versos! Y fuimos a pasar los días de fuego de aquel verano tropical a una isla risueña desde la cual se divisaban los cocotales del puerto de Corinto. Y allí hicimos rimas y ritmos. Y allí supe cómo la pasión estética coronaba bellamente una existencia de bienhechor de la humanidad, y cómo el antiguo amigo de las odas a la hispánica, había ya escuchado las siringas y lirás de los modernos pastores y corifeos de la poesía.

En el seguro monumento que su patria ha de ofrecer al Doctor Debayle, junto a las simbólicas figuras que indiquen ciencia y caridad, sería propio esbozar una musa, no por discreta menos de origen divino. Y el abuelo Montgolier estará en la eternidad satisfecho cuando, su ilustre descendiente, se ha fugado de las prisiones prácticas de la tierra, para ir por los espacios de su globo, caballero en el sublime caballo alado.

Rubén

Darío.

(Nota: Todavía no le ponemos fecha, ni lugar, que hasta el momento presumimos, elabora este ensayo autobiográfico, en París, a su retorno de Nicaragua...1908)

¿FICCION O REALIDAD? CUENTO

“LA LARVA”

Tengo que dar explicaciones antes de transcribirles el cuento de Darío “*La larva*”.

Viajando por el camino sinuoso, florido y a veces áspero... divisando el caserío allá a lo lejos, entre valles verdosos y amarillentos, teniendo al fondo las curvaturas ríscas y ondulantes de las altas montañas, yo caminaba distinguiendo en la variación de mis pensamientos contraídos, el risueño paisaje tropical y su ambiente semi-húmedo, una tarde de julio en la ciudad de Managua, cuando encapotado el cielo por nubes opacas, grises... amenazaba caer una fuerte lluvia que se convirtió en una ligera brisa persistente.

De largo, se asomaban los verdes copos de los frondosos árboles, y que entre ellos relucían manchas coloradas y floridas mecidas ligeramente por el viento suave y fresco con sus ramas que caían sobre portentosos brazos y robustos troncos. El malinche florecía por encima de aquel hervor vegetal silencioso, mostrando a la vista de pájaros y de palomas tristes y angustiosas con su “...*uutruú, cucú, ... uutruú, cucú...*” un tupido elegante de rico contraste del rojo colorado de sus racimos de flores, entrelazadas a sus ramitas de suave follaje de musgo verde que circundan sus altas cumbres. Los clarinetes estaban silenciados por la ligera brisa.

De cerca, se apreciaba la expansión del ramaje que radiaba en todas direcciones, pensando sobre los umbrales de troncos retorcidos del hermoso malinche, el despliegue de acariciadores soplos invisibles, sus largas lenguas flotantes, aquellas vainas de café oscuro que aún no reventaban.

De pronto, tuve la sensación de haber vivido un viejo recuerdo, y que ahora se me repetía la ocasión. Acaso ¿sería aquel viejo fenómeno que sentí en mi infancia y en mi juventud, cuando me perturbaron otras realidades? Sentí miedo y curiosidad a la vez. No sé por qué me allegaron datos de aquella “*Teoría de repetición de un momento o instante del pasado, trasladado al presente.*”

Traducido a otras palabras, existe la teoría del presentimiento humano, que se vive en el presente en determinado momento, en haber vivido ese mismo instante en el pasado. Cuando decimos que existe la “*Teoría del presentimiento humano del presente con referencia al pasado*”, estamos indicando aquella sensación curiosa y extraña que una persona cree repetir

algo de la vida que le ocurrió en el pasado, y que se repite un instante en el presente.

Es lo mismo decir de que estamos hablando de la misma teoría de retroceder en el tiempo, por haber estado en igual forma y que ello se repite en el presente, en esporádicas ocasiones.

Esta afirmación ya ha sido sostenida en algunas novelas de la vida real o ficticia, y en escenas de películas cinematográficas.

En nuestra experiencia personal, este raro presentimiento lo hemos notado en varias ocasiones y circunstancias de la vida real, y que imaginariamente nos parece haber vivido una misma ocasión en el pasado, donde percatamos que todos los objetos y las mismas personas, y los mismos gestos o palabras, ocurrieron en dos estados de tiempo diferentes, pero que al mismo tiempo son estados iguales.

Francamente no pudo explicarme aquellas viejas ideas o recuerdos. Entre ellas solamente recuerdo a mi abuelita paterna Gregoria Mejía, aquella anciana vigorosa, bajita y maciza de raza india americana, quizá de noble ascendencia chorotega o nagrandana, a quien la llamábamos con el dulce nombre de *“Goyita”*.

Sería acaso, porque ella me contaba en mis años infantiles viejos recuerdos de caminos, en los que sobresalía la urraca parlanchina, el mono negro, el zopilote feo, y lo que era peor, el cuento del cadejo, del *“Tío coyote y del Tío Conejo”*, del judío errante, del hombre sin cabeza, aquella versión del coronel Arrechavala, y la versión del perverso lobo que se comía a los niños desobedientes.

La abuelita *“Goyita”* me hacía creer en los cuentos de fantasmas, de murciélagos y de casas embrujadas, cuando la noche producía miedos. El cuento de la *“Mocuana”* era su predilecto. Aunque nose quedaba atrás *“El hombre sin cabeza”*.

Apresuré el paso y mi andar devoró rápido el camino por delante, diciéndome a mí mismo, entre mis pensamientos contraídos ¡sólo babosadas estoy pensando!

Los cuentos de caminos en Nicaragua, han sido fuentes y formas de inspiración de muchos escritores, poetas, periodistas e historiadores. Alcanza en este credo literario, la figura legendaria del incansable patriarca

de la Mina “*La India*”, y oriundo camoapeño liberal, don Luis Raúl Cerna Baca (1918 – 2003).

El asentó su política social paradigmática de cultivar la amistad bajo el principio de ser “*Un amigo de mis amigos*”, lo cual es una sencilla e importante expresión que debe interpretarse en el lenguaje popular nicaragüense similar a decir “*yo nunca he dejado en abandono a mis amigos, pues a ellos les muestro mi solidaridad, así tenga que sacrificar mi vida por la de ellos*”, y este es el ejemplo y mensaje que nos comunica don Luis Raúl Cerna en sus “*Memorias*” **Una vida Consagrada al Trabajo**.

En honor a sus “*Memorias*”, hacemos un alto en el camino, y de aquel andar infatigable del amigo de todos, don Luis Raúl, trayendo a colación en este homenaje póstumo, palabras de sabios españoles que reinvidican con pensamientos sinceros y enérgicos, tal como lo decía don Miguel de Unamuno que, en los avatares de la vida, “*la lucha de la conciencia pública llégase a extremos de máxima tensión*”, y que más aún, en la síntesis expresiva de los paradigmas humanos, el ensayista español, don Pedro Laín Entralgo, reflexiona con otro alto en el camino, que dice: “*La vida histórica de los hombres es lucha y dolor.*”

Por lo que he leído a lo largo de mi vida, yo sospecho, que en la conciencia de los hombres históricos, se deposita una reserva moral en que el alma de estos prohombres se inspiran antes de acometer sus acciones, y después de concluir sus hazañas.

Cuenta don Luis Raúl que -“*De muchas sorpresas estaban llenos los caminos y cómo no iban a germinar si crecía la habitud andariega no sólo en cuando a ser insaciable devorador de distancias sino en cuanto a tomar lugares más peligrosos como escalar montañas...*”

“*Una noche... en una de las tantas osadías dormí con un muerto. No sabía que el ocasional compañero de cuarto a quien le pedía datos sobre la zona donde estaba no respondía...*”

Como queriendo don Luis Raúl, enfatizar aquí lo dicho del macabro asunto que pareciera producto de la inocencia de aquellos tiempos, calculamos que eran aquellos años de la década de los 30 del siglo XX, nuestro narrador añade otra experiencia: “*...Y qué horror me produjo haber visto a un cascabel sobre la piedra donde tenía las posaderas!*”.

Tal suceso me trae a la feliz memoria aquella anécdota que me decía una tarde de tragos, mi querido amigo don Josecito Cuadra, el marido de su amada doña Julia, que viven muchos años en la Colonia Centro América, de la ciudad de Managua, y que él mismo me contaba mientras nos pasábamos sendos tragos dobles entre pecho y espalda:

“Mirá Gustavitó, vieras lo que me pasó una vez en las montañas de tierra adentro allá por Nueva Segovia...”

“Un mediodía hacía yo mi siestecita sentado sobre un tronco, cuando de pronto vi salir entre mis piernas suavemente una enorme, larga e interminable ¡boa!. Yo me quedé impávido y viendo aquel animal horroroso. Vieras qué horror sentí en aquel momento, que mejor no te digo nada sin que antes pasemos un trago doble de este néctar.”

Por su parte sigue relatando don Luis Raúl Cerna Baca otra aventura por cierto: *“Nadaba sobre el caudaloso Río Viejo con la bestia al lado y cuando se encolerizaban sus corrientes temía dormir a la orilla. Muchas veces cruzaba los cementerios a pesar que le temía a los muertos ¿y quién nó?”.*

Y agrega en sus memorias: *“No gustaba disfrutar el típico goce juvenil de oír y de contar cuentos de brujas, la visita de los muertos a la tierra cada vez que sienten la profunda nostalgia de salir de las cumbres eternas y estar aunque sea un rato con los seres dejados en las llanuras por lo que más de una vez me estremecieron las imágenes cuando pasaba por cementerios...”*

“Oír por ejemplo el ruido producido por un caballo negro que portaba llantas de hierro –estridentes- en sus cuatro patas y sobre él un gigante luciendo sombrero negro, barbiquejo visible con atrocidad espeluznante, la dentadura de oro contrastando con el realce dorado lucido por la cinta sobre el pantalón, espuelas de bronce, elegante montadura.

“Volví a la vida, cuando me dijo que era hermano del cura del pueblo. Pasó el protocolo mortal del duelo. Sostenidas las pistolas por retador y retado, lols pasos contados para llegar a la definitiva conclusión, un minuto antes de llegar a la meta, los dos dieron la vuelta y no volvieron a verse nunca más.”

Aquí termina una serie de pequeños relatos de don Cerna Baca, entre los misterios de caminos y de duelos a muerte antiguos.⁵³

Veamos ahora el ejemplo de Darío, a finales del siglo XIX, que genera una enseñanza maestra para los escritores nicaragüenses y los hispanoamericanos.

Fuera de su patria, Rubén Darío hace esfuerzos por recapitular su vida. En el extranjero, él irá recordando uno a uno, los acontecimientos inolvidables que protagonizó en Nicaragua, durante su infancia, adolescencia y juventud. Dichosamente, emprendió el viaje a Nicaragua, en retorno triunfal. *“Tras quince años de ausencia, - dice Darío – deseaba yo volver a ver mi tierra natal. Había en mí algo como una nostalgia del trópico. Del paisaje, de las gentes, de las cosas conocidas en los años de la infancia y de la primera juventud... Quince años de ausencia... Buenos Aires, Madrid, París, y tantas idas y venidas continentales. Pensé un buen día: iré a Nicaragua...”*

El poeta modernista ha venido leyendo y recordando con frecuencia al famoso orfebre y maestro de la autobiografía, Benvenuto Cellini. Rubén está convencido de escribir sus memorias a como lo aconseja Cellini, al llegar uno famoso a los cuarenta años y que deje escrito una vida ejemplar. También Rubén es un amante del género autobiográfico, o de la nota autobiográfica intercalada en el cuento, la carta epistolar, novela y poesía, donde ha dado muchas muestras.

Si mencionábamos el género de novela, debemos ser más específicos en este punto. Es mejor decir *“intentos de novelas”* como aquellas que escribió Darío: **Emelina**; **El hombre de Oro**; **Historia prodigiosa de la princesa Psiquia** (Cuento de Navidad); **Caín**; y **La isla de oro**.

Después de su viaje a Nicaragua, donde tuvo la oportunidad de reconocer varios lugares, algunos de ellos ya comenzaban a olvidarse en sus archivos mentales, ve y anota detalles que le servirán más adelante en sus propósitos, de que algún día y tal vez muy pronto, escribirá su vida.

⁵³ **Memorias de Luis Raúl Cerna.** Una vida Consagrada al Trabajo. Mayo 2004. Imprimatur Artes ráficas. (P. 47).

Darío estuvo de retorno en su país, por tres meses aproximados, cumpliendo jornadas de reconocimiento del pueblo y autoridades del gobierno y amistades y admiradores, hasta el cansancio. El producto literario posterior fue su obra **El viaje a Nicaragua e Intermezzo Tropical**⁵⁴.

Veamos cómo va registrando detalles Darío para cada caso que experimentaba. Por ejemplo, en la edición de Fidel Coloma González⁵⁵, de 1987, afirma el poeta: *“León tiene para mí otras curiosas e inolvidables memorias. Si yo fuese Benvenuto Cellini contaría, con su hablar claro y convencido, cómo, teniendo yo catorce años, frente a la catedral, vi una larva, un elemental, como diría un teósofo. Tal visión fue real y verdadera, y no insisto en ello por temor a que mi sabio amigo Ingenieros tome el dato y lo trate como tratan esas cosas los que manejan cosas científicas y son incrédulos”*.

En 1912, Darío está encantado que una revista argentina de prestigio, donde algunas veces ya ha publicado por encargo, en **Caras y Caretas**, de Buenos Aires, le ofrezca esta vez, publicar sus memorias, su propia vida, y así saldrá a luz **La vida de Rubén Darío, escrita por él mismo**.

En esta obra, el suscrito autor de la obra, conocida también como **Autobiografía**, se refiere al hecho ya insinuado de la aparición de una larva, un elemental, sobrenatural animal amorfo, y si tenía forma era indescriptible por el espanto que produciría en el jovenzuelo Rubén, de catorce o quince años de edad, en la plaza de Catedral, en horas de la madrugada, cierta vez ocurrida y ahora confesada y un poco más ampliada que la primera vez.

El hecho se registra por segunda vez, en **Autobiografía**⁵⁶, y dice la narración:

“Yo había tenido ocasión, desde muy joven, si bien raras veces, de observar la presencia y la acción de las fuerzas misteriosas y extrañas, que aún no han llegado al conocimiento y dominio de la ciencia oficial. En Caras y Caretas ha aparecido una página mía, en que narro cómo en la plaza de la catedral de León, en Nicaragua, una

⁵⁴ Madrid. España. 1909.

⁵⁵ **El viaje a Nicaragua e Intermezzo Tropical**. Editorial Nueva Nicaragua. Managua. 1987. P. 259.

⁵⁶ Capítulos IX y XCVI.

madrugada vi y toqué una larva, una horrible materialización sepulcral, estando en mi sano y completo juicio”.

A continuación presentamos el Cuento completo “*La Larva*”, y la adelantamos, en vista que contiene pasajes descriptivos y el ambiente de la vieja ciudad colonial de León. Fue publicado por primera vez en **Caras y Caretas**, Buenos Aires, 1910, según Ernesto Mejía Sánchez⁵⁷.

LA LARVA

Como se hablase de Benvenuto Cellini y alguien sonriera de la afirmación que hace el gran artífice en su *Vida*, de haber visto una vez una salamandra, Isaac Codomano dijo:

“No sonriáis. Yo os juro que he visto, como os estoy viendo a vosotros, si no una salamandra, una larva o una empusa”.

Os contaré el caso en pocas palabras.

Yo nací en un país en donde, como en casi toda América, se practicaba la hechicería y los brujos se comunicaban con lo invisible. Lo misterioso autóctono no desapareció con la llegada de los conquistadores. Antes bien, en la colonia aumentó, con el catolicismo, el uso de evocar las fuerzas extrañas, el demonismo, el mal de ojo. En la ciudad en que pasé mis primeros años se hablaba, lo recuerdo bien, como de cosa usual, de apariciones diabólicas, de fantasmas y de duendes. En una familia pobre, que habitaba en la vecindad de mi casa, ocurrió, por ejemplo, que el espectro de un coronel peninsular se apareció a un joven y le reveló un tesoro enterrado en el patio. El joven murió de la visita extraordinaria, pero la familia quedó rica, como lo son hoy mismo los descendientes. Aparecióse un obispo a otro obispo, para indicarle un lugar en que se encontraba un documento perdido en los archivos de la catedral. El diablo se llevó a una mujer por una ventana, en cierta casa que tengo bien presente. Mi abuela me aseguró la existencia nocturna y pavorosa de un fraile sin cabeza y de una mano peluda y enorme que se aparecía sola, como una infernal araña. Todo eso lo aprendí de oídas, de niño. Pero lo que yo

⁵⁷ **Rubén Darío. Cuentos completos.** 1994. P.369 y Edición 2000: “Si el recuerdo de Darío no es erróneo “La larva” debió aparecer en **Caras y Caretas**, probablemente, en septiembre de 1910, o poco antes”. P. 327, con más información.

vi, lo que yo palpé, fue a los quince años; lo que yo vi y palpé del mundo de las sombras y de los arcanos tenebrosos.

En aquella ciudad, semejante a ciertas ciudades españolas de provincia, cerraban todos los vecinos las puertas a las ocho, y a más tardar, a las nueve de la noche. Las calles quedaban solitarias y silenciosas. No se oía más ruido que el de las lechuzas anidadas en los aleros, o el ladrido de los perros en la lejanía de los alrededores.

Quien saliese en busca de un médico, de un sacerdote, o para otra urgencia nocturna, tenía que ir por las calles mal empedradas y llenas de baches, alumbrado apenas por los faroles de petróleo que daban su luz escasa colocados en sendos postes.

Algunas veces se oían ecos de música o de cantos. Eran las serenatas a la manera española, las arias y romanzas que decían, acompañadas con la guitarra, las ternezas románticas del novio a la novia. Esto variaba desde la guitarra sola y el novio cantor, de pocos posibles, hasta el cuarteto, septuor, y aun orquesta completa y un piano, que tal o cual señorete adinerado hacía sonar bajo las ventanas de la dama de sus deseos.

Yo tenía quince años, una ansia grande de vida y de mundo. Y una de las cosas que más ambicionaba era poder salir a la calle, e ir con la gente de una de esas serenatas. Pero, ¿cómo hacerlo?

La tía abuela que cuidó de mi niñez, una vez rezado el rosario, tenía cuidado de recorrer toda la casa, cerrar bien todas las puertas, llevarse las llaves y dejarme bien acostado bajo el pabellón de mi cama. Mas un día supe que por la noche habría una serenata. Más aún: uno de mis amigos, tan joven como yo, asistiría a la fiesta, cuyos encantos me pintaba con las más tentadoras palabras. Todas las horas que precedieron a la noche las pasé inquieto, no sin pensar y preparar mi plan un cura y dos licenciados – que llegaban a conversar de política o a jugar al tute o al trestillo, y una vez rezadas las oraciones y todo el mundo acostado, no pensé sino en poner en práctica mi proyecto de robar una llave a la venerable señora.

Pasadas como tres horas, ello me costó poco, pues sabía en dónde dejaba las llaves, y además, dormía como un bienaventurado. Dueño de la que buscaba, y sabiendo a qué puerta correspondía, logré salir a la calle, en momentos en que, a lo lejos, comenzaban a oírse los

acordes de violines, flautas y violoncelos. Me consideré un hombre. Guiado por la melodía llegué pronto al punto donde se daba la serenata. Mientras los músicos tocaban, los concurrentes tomaban cerveza y licores. Luego un sastre, que hacía de tenorio, entonó primero *A la luz de la pálida luna*, y luego *Recuerdas cuando la aurora...* Entro en tantos detalles para que veáis cómo se me ha quedado fijo en la memoria cuanto ocurrió esa noche para mí extraordinaria. De las ventanas de aquella Dulcinea, se resolvió ir a las de otra. Pasamos por la plaza de la Catedral. Y entonces... He dicho que tenía quince años, era en el trópico, en mí despertaban imperiosas todas las ansias de la adolescencia... Y en la prisión de mi casa, de donde no salí sino para ir al colegio, y con aquella vigilancia, y con aquellas costumbres primitivas... Ignoraba, pues, todos los misterios. Así, ¡cuál no sería mi gozo cuando, al pasar por la plaza de la Catedral, tras la serenata, vi, sentada en una acera, arropada en su rebozo, como entregada al sueño, a una mujer! Me detuve.

¿Joven? ¿Vieja? ¿Mendiga? ¿Loca? ¡Qué me importaba! Yo iba en busca de la soñada revelación, de la aventura anhelada.

Los de la serenata se alejaban.

La claridad de los faroles de la plaza llegaba escasamente. Me acerqué. Hablé; no diré que con palabras dulces, mas con palabras ardientes y urgidas. Como no obtuviese respuesta, me incliné y toqué la espalda de aquella mujer que no quería contestarme y hacía lo posible por que no viese su rostro. Fui insinuante y altivo. Y cuando ya creía lograda la victoria, aquella figura se volvió hacia mí, descubrió su cara, y ¡oh, espanto de los espasmos! Aquella cara estaba viscosa y deshecha; un ojo colgaba sobre la mejilla huesosa y saniosa; llegó a mí como un relente de putrefacción. De la boca horrible salió como una risa ronca; y luego aquella “cosa”, haciendo la más macabra de las muecas, produjo un ruido que se podría indicar así:

-¡Kgggggg!...

Con el cabello erizado, di un gran salto, lancé un gran grito. Llamé.

Cuando llegaron algunos de la serenata, la “cosa” había desaparecido.

Os doy mi palabra de honor, concluyó Isaac Codomano, que lo que os he contado es completamente cierto.

(Fin del cuento de “*La larva*”).

ENSAYOS

¿A QUIEN SE CALIFICA DE ENSAYISTA?

El escritor inglés, W. Saumerset Maugham describe en sencillas palabras que “*el ensayista coge un tema y lo discute*”.

¿Quién es ese artista del bien escribir y que se entrega a los dominios de “*las bellas letras*”? ¿Quién es ese inventor de la palabra mágica, que atrae y arrebatara los pensamientos en sus diversas divagaciones o reflexiones? ¿A quién se le califica de ensayista?

¿Quién es este tipo de autor que escribe artículos literarios que son obras de arte y que se conocen con el nombre de ensayos?

Este tipo de artista recibe el título de ensayista por ser un libre pensador, un intérprete, un crítico. Con suma facilidad ejerce autoridad en su alrededor porque posee una cultura superior a la normal.

El ensayista tiene la facultad de generalizar, sintetizar, criticar, y de emplear otros recursos literarios convencionales o caprichosos. Está capacitado para hacer uso de un lenguaje figurativo, simbólico, representativo, significativo, denotativo, connotativo y plurisignificativo. Es dueño de las imágenes, del color y del verbo.

Señala al respecto Francois Chatelet, que el ensayista tiene siempre algo de pedagogo. Incluso, cuando se divierte, cuando apela al humor, trata de

enseñar: toma al lector donde está, en la trivialidad cotidiana, y lo eleva progresivamente a una visión universal.

RAICES HISTORICO LITERARIAS DEL ENSAYISMO NICARAGUENSE

Los amigos de la lectura de “*ensayos*”, que se familiarizan con este tipo de género, no extrañarán que frecuentemente uno, el escritor, se aparte del tema verdadero que es el principal objetivo en su obra, y comete adrede “disgresiones”.

La “*digresión*” es una maniobra del ensayista. Es un “*defecto*”, por no decir “*manía*” del escritor de “*ensayos*”. Esto es parte del juego en los giros expresivos con distinción literaria, que mucho se utiliza en la composición artística.

De ahí que, de nuevo volvamos al tema del cual nos habíamos apartado. ¿Cuáles fueron en forma concreta las raíces histórico-literarias del ensayismo nicaragüense?

Las crónicas y manuscritos epistolares junto a los escritos religiosos, imponían la moda literaria, a mediados de un violento siglo XIX en Nicaragua. Las guerras de Independencia y las sucesivas guerras civiles en nuestro territorio patrio, aunado con las invasiones de los filibusteros norteamericanos contratados por los políticos criollos, fueron las principales chispas fraticidas.

Era forzado pues, que la literatura incipiente de aquella época, corriera la suerte de los derroteros políticos insalvables.

Una docena de años, sobre la mitad primaria del siglo XIX, es cuando se puede hablar o referir a los primeros “*ensayos*” que se escribieron en Nicaragua, cuando apenas se daban los primeros pasos en que se dibujaban en el tiempo, los perfiles característicos para consolidar una verdadera literatura nacional.

Hoy se sabe, en base a una reproducción histórico-literaria, que la identidad nacional se logra en su totalidad y universalidad, con el máximo lírico paradigma de nuestras “*bellas letras*”, Rubén Darío.

Sin embargo, es otro pilar, el responsable de que se registren en nuestra historia literaria, la parición de los primeros “*ensayos*” que pueden calificarse así con verdadera propiedad en su concepción.

Su nombre responde a un faro de luz en las tinieblas centroamericanas, en los debates de la segunda mitad del XIX en Nicaragua. Se trata de la figura singular de Don Enrique Guzmán que procedía en una casta familia granadina.

Enrique Guzmán ha sido tema de distinguidos biógrafos, entre los que debemos mencionar como principales, al Padre Pedro Sáñez Llaría, Anselmo H. Rivas, Pedro Joaquín Chamorro Zelaya, Enrique Guzmán Bermúdez, Franco Cerutti, Carlos Cuadra Pasos, José Coronel Urtecho, Carlos Tunnerman Bernheim, Sergio Ramírez Mercado, Joaquín Zavala Urtecho, Xavier Zavala Cuadra, Jorge Eduardo Arellano, Orlando Cuadra Downing no dejando de pedir disculpas de otros sobresalientes biógrafos que no mencionamos en esta ocasión.

ENSAYOS AUTOBIOGRAFICOS

Conceptos:

En la América Latina, solamente hemos captado un artículo, ensayo periodístico de Graciela Gliemmo, publicado en **El País Cultural**, del 21 de marzo de 1997, bajo el título de “*Textos autobiográficos de Rubén Darío*”.

“LA ERUPCION DEL MOMOTOMBO” ESCRITO EN CHILE

LA ERUPCION DEL MOMOTOMBO⁵⁸

⁵⁸ **Obras desconocidas de Rubén Darío**. Recogidas por Raúl Silva Castro. 1934. Editorial Prensas de la Universidad. Santiago de Chile. Reportaje publicado en **El Mercurio**, Valparaíso, 16 de Julio de 1886, bajo el título: “*La erupción del Momotombo*”.

I

Centro-América es país montañoso y lleno de volcanes. La naturaleza tiene sus lujos a veces, y he aquí que formó en el istmo centroamericano una tierra de lagos y de montes.

Todas las cinco repúblicas que componen aquella rica sección del nuevo mundo ostentan esa peculiaridad. La que no tiene lagos es la más cubierta de alturas y cordilleras, la República de Honduras, patria de Francisco Morazán, el Bolívar de aquellas naciones. La que, por el contrario, luce su Gran Lago y su Lago de Managua, entre otros inferiores, es la República de Nicaragua, patria de Miguel Larreynaga, viejecito que naciendo pobre en un villorrio cercano a la ciudad de León, a principios de este siglo, logró a fuerza de trabajo y estudio ser llamado sabio en la muy noble y muy leal Santiago de los Caballeros de Guatemala, en la cual capital su simulacro adorna el salón principal de la Universidad.

II

Guatemala, que es de los cinco estados el más grande en territorio y en población y el más adelantado, tiene dos volcanes notables: el *de Fuego* y el *de Agua*.

Este último es famoso por obra de la tradición. Cuéntase que doña Beatriz de la Cueva, esposa del adelantado don Pedro de Alvarado, pereció en la última erupción de dicho volcán que arruinó la Antigua.

El novelista guatemalteco don José Milla y Vidaurre aprovechó dicho asunto para una de sus más lindas obras, **La hija del adelantado**.

Milla, o *Salomé Gil*, como él se firmaba, ofrece muchos datos acerca del hecho histórico en referencia, y asu obra despachamos a los que deseen saciar su curiosidad, si alguna tienen a este respecto.

III

El Salvador es el lugar más volcánico de todos aquéllos. Allí están el Santa Ana, el San Miguel y sobre todo el Tzalco. En la lengua de los aborígenes se llama San Salvador Cuscatlain, que quiere decir *Valle de las hamacas*.

Calcúlese si serán vaivenes aquéllos en comarca famosa de antaño por sus terremotos.

La capital San Salvador ha sido destruida más de una vez por causa de ellos. Todavía puede el viajero notar ruinas de los edificios derrumbados en la última catástrofe. Justamente es de advertirse el contraste que forman los musgosos restos de una antigua iglesia junto al Parque Central, uno de los más bonitos y elegantes paseos de la población.

A pocas horas de la capital, con un clima delicioso, con lindos alrededores y libre al menos hasta la fecha de temblores de tierra, se halla Santa Tecla o Nueva San Salvador, como han dado en llamarle. Se ha pensado varias ocasiones convertirla en capital; sin embargo, no se ha realizado la idea. Los valerosos hijos de la patria salvadoreña son testarudos y fuertes y no se les daría un ardite del mismo Vulcano con su Lípari y su Mongibelo. Para las revoluciones sísmicas tienen tanta altivez como, por desgracia, para otras que son hartamente fatales al progreso de aquellos pueblos. ¡Qué se hace! Cuestión de honor. ¡Triste fama la de todos mis paisanos de Centro América: no poder pasarse unos cuantos años sin que no corra sangre de hermanos! En justicia y verdad hay que decir que los costarricenses son los más cuerdos.

IV

En Costa Rica, ahí donde los marinos del *Abtao* han hallado de seguro abrazos fraternales y han celebrado una de las fechas más santas para los chilenos, en Costa Rica, digo, alza airosa cabeza el enorme Irazu, que inspiró en época no remota brillantes páginas al poeta español Fernando Velarde.

Los costarricenses no hacen memoria de grandes sufrimientos por causa de erupciones volcánicas.

Últimamente se sintieron algunos fuertes estremecimientos en la provincia de Alajuela. Pero puede decirse sin temor a equivocación que el tranquilo suelo de aquella región no ha tenido la culpa. Esos gigantes nicaragüenses han sido los mal intencionados, y entre todos el anciano Momotombo, que ha querido demostrar que todavía tiene alientos para sacudir una ciudad y fracasar torres y arruinar sementeras y empobrecer a los trabajadores, el ingrato.

V

Como mayor en edad y en tamaño entre los volcanes de Nicaragua, Momotombo se lleva la primicia.

Quien llegando al puerto de Corinto (en los mapas alemanes generalmente Realejo, nombre antiguo), tome el tren y sin detenerse en ninguna de las poblaciones intermediarias se dirija a Momotombo, a la orilla noroeste del lago de Managua, en lo primero que fijará la atención será en la imponente figura del cascado y crecido volcán.

Es el más bello de todos los de Nicaragua; bello, con belleza salvaje y grandiosa. Es un inmenso cono, riscoso por un lado, calvo con derecho a serlo, pues hasta se ha perdido la cuenta de sus cumple-siglos; cubierto de vegetación exuberante y caprichosa en las faldas y arrullado por las tranquilas aguas que le besan los pies, dándole un perenne tributo de caricias y rumores.

Ni el Masaya ni el Ometepe, que en la isla de su nombre es el señor del gran lago; ni el Bombacho, que cercano a Granada proyecta su sombra gigantesca; ni el Cosigüina, famoso en toda obra geológica de alguna importancia por su célebre última erupción; ni el Telica, que hace tiempo no dice este cráter es mío; ni el Viejo, que a las veces, cuando rezonga, pone en cuidado a los chinandegueses, ninguno puede competir con el decano en cuestión. Vaya si es él hermoso para no tener noble y desmedido orgullo, viéndose, como dice Víctor Hugo, “formando a la tierra una tiara de sombra y de llama”.

A propósito, el gran francés tuvo la humorada de dejar Etnas y Vesubios y Strombolis y escoger para tema de un canto de su gran poema **La leyenda de los siglos**, nuestro Momotombo, en medio de Nicaragua, lugar que todo un capitán Voyer confundía hace pocos días con el Istmo de Panamá. Qué mucho, sin embargo, que el célebre pianista no conociese en el mapa aquella región, cuando el *Benjamín de la Academia Francesa*, conversando con la escritora argentina doña Juana Manso, no hallaba diferencia alguna entre el Brasil, la Argentina y el Uruguay.

Decía, pues, que avino que cayese en manos del poeta una obra de Squier acerca de Centro América, en que se hablaba de cierta tradición. Siendo del agrado de Hugo, la embelleció. Porque, como dice Teócrito, las musas lo embellecen todo.

VI

Este es el caso, que puesto en versos de oro puede leerse en la **Leyenda de los siglos** con el título: **Les raisons du Momotombo**.

Los reyes españoles, viendo que los continuos terremotos eran motivo de desgracias, quisieron remediar el mal haciendo *bautizar los volcanes*. Así rezan las crónicas.

Enviaron, pues, a aquellas desconocidas regiones gobernadas por el cacique Nicarao, junto con los capitanes que pusieron el pabellón hispano en aquel país, religiosos que predicaran el Evangelio.

Estos comenzaron la tarea de bautizar a los rugidores idólatras.

Los frailes enviados con el piadoso objeto cumplieron su cometido con la mayor parte de ellos.

Cuando llegaron donde nuestro viejo conocido fue el poner más sentidos y potencias en el sacramento y manejar con más vigor el hisopo.

Momotombo rugió.

Se le impuso obediencia en nombre del Dios de los cristianos.

Momotombo lanzó su *crachement de lave*, como dice Hugo, y dijo a los frailes lo siguiente, poco más o menos: “*Cuando yo veía a los indios de por acá hacer sus sacrificios y festividades a sus extraños dioses, sentía repugnancia por ellos y juzgaba que el Dios de los blancos debía de ser un dios de bondad. ¿Pero qué? De lima me llega el olor repugnante de la carne quemada en hogueras inquisitoriales. En nombre de su Dios los blancos desuellan, asan y destruyen a sus hermanos. No quiero, pues, ser bautizado en nombre de un Dios como el vuestro. He dicho.*”

Y como los buenos religiosos quisieran sacrificarlo a pesar de los pesares, Momotombo los abrasó con los chorros candentes de su lava. Así “*no retornaron*”.

Hasta aquí la tradición engrosa. El que quiera verla pulida y empavonada, busque el canto citado de la **Leyenda de los siglos**.

VII

A un lado del actual pueblo de Momotombo, llamado también Moabita y Puerto Benard, se miran aun los restos del antiguo León, fundado en 1523 por Francisco Fernández de Córdova.

“Campos de soledad, mustio collado” son ahora las calles de la vieja metrópoli.

Y ya que de acabar tengo en este párrafo, recordaré otro hecho histórico que tiene muchos ribetes y adornos de tradición fantaseada por los cronistas: la muerte del Obispo Valdivieso asesinado en la conjuración de los Contreras.

El mismo día, dicen, que fue muerto el pastor, el lago de Managua se agitó como un mar furioso y arremolinado; la inundación cundió y el castigo de la ciudad de los sacrílegos puso pavor y espanto en las tierras comarcanas.

Momotombo, pues, en el escalafón volcánico es militar de alto grado y no ha querido estar inadvertido por pacífico y quieto. Así es que el 11 de Octubre del año próximo pasado ha medio destruido el actual León y puesto en mal estado a Managua y Chinandega.

Por las últimas noticias que ha publicado **El Mercurio** se sabe que últimamente, apenas oscureció un tanto el día la erupción del Momotombo, quien tiene ya sin fuerza y sin calor sus entrañas de granito, palacio antiguo y de genio de alas encendidas.

No viene mal aquí una epifonema: *¡Oh, tiempo, tiempo que blanqueas las cabezas y las cumbres, que pudres el tronco de la más robusta encina, apaga la lumbre de la más vívida estrella y dejas sin savia y sin calor el corazón del hombre y el seno profundo de la montaña!*

Valparaíso, Julio de 1886.

“PROLOGO” DEL LIBRO ASONANTES⁵⁹

⁵⁹ Revista **Repertorio Salvadoreño**. Tomo III, No. 1. San Salvador, Julio de 1889. Páginas 15 a la 27. NOTA de Diego Manuel Sequeira en su libro **Rubén Darío criollo en El Salvador**. 1964. El mismo “*Prólogo*” fue publicado en la **Revista de Artes y Letras**, de Santiago de Chile, Tomo XVI, año 1889, según Raúl Silva Castro en **Obras desconocidas de Rubén Darío**, (pp. 278 – 295), y es muy probable que se haya adelantado, a **Repertorio Salvadoreño**. Estos datos se revelan en el libro de Alejandro Montiel Argüello, **Rubén Darío en Guatemala**, Cf. (p. 169), que también lo reproduce completo. Sin embargo, en el libro de José Jirón Terán, **Prólogos de Rubén Darío**, no le reproduce sino que solamente lo menciona en la “*Introducción*”, (4): *Prólogos frustrados de Rubén*, es decir, los que escribió para algunos

DE NARCISO TONDREAU

Por Rubén Darío.

I

“A mi llegada a Chile en 1886, uno de mis mayores deseos era conocer a sus famosos hombres de letras. Todos en la América latina sabemos que aquel país posee una producción intelectual poderosa, y escritores y poetas renombrados.

“Al pasar por Valparaíso había tenido oportunidad de ser presentado a Eduardo de la Barra; le había visto, blanca la cabeza, los ojos brillantes y dominadores, el cuerpo un tanto pequeño y regordete como el de Bonaparte de Maissonier, la palabra alada y franca, incisiva como una flecha a veces, y a veces sedosa y aterciopelada; le había visto en dos ocasiones, una en su casa, frente al parque Municipal, casa modesta para poeta tan aristocrático en gustos y amigo del refinamiento y las hermosas opulencias; otra en su oficina de Rector del Liceo porteño. Había comprendido la fuerza espiritual de aquel hombre. En su salón – donde se veía en primer lugar dos grandes retratos antiguos, de los fundadores de la familia, - hablaban silenciosos, con sus labios de bronce, dos bustos soberbios y triunfales sobre sus columnas de ébano, los de Shakespeare y Schiller. Allí de la Barra me habló largo rato de literatura americana y me dió noticia de los poetas chilenos que yo deseaba conocer. Matta estaba de Ministro en Montevideo; Irisarri enfermo, vecino a la muerte, en Santiago; Lillo y Valderrama, dados a la política; Rodríguez Velasco a los negocios, poeta rico; y Blest Gana? – pregunté. “Si quiere U. ver a Guillermo, vaya al Palacio de Justicia, suba las escaleras de la izquierda; llegue a la Oficina de Registro Civil y ahí está un hombre de bigotes canos: ese es”. Fuí y le ví. El cantor de las rosas, el de los versos llenos de perfumes primaverales y delicados, el de –“pasad, pasado, recuerdos de aquella edad”- , era jefe de la oficina; trataba allí de nacimientos y de defunciones. También tenía un desquite poético; casaba al joven novio y a la niña sonrosada, como quien rima dos octosílabos sonoros.

*“Recién ocupado en Santiago, en la Redacción de **La Época** tuve el gusto de recibir la visita de Carlos Toribio Robinet, quien tiempo después, me presentó a Lastarria, el viejo maestro glorioso. El nombre de Robinet debe ser conocido y aplaudido. Persona rara, Robinet! Es el amigo de*

libros de sus amigos y que éstos no lograron publicar. Entre ellos están Narciso Tondreau, chileno; Manuel Serafín Pichardo, cubano; y Luis H. Debayle, nicaragüense.). (P. 7).

todos los escritores, de todos los artistas extranjeros que llegan a Chile. Y si estos llegan necesitando apoyo, lo es más. Hermoso espíritu, caballero de las brillantes almas náufagas! Escritor, el mismo, es un excelente croniqueur, y hace buenos versos si le viene en deseo. Dígalo si no Manuel del Palacio. Un día ambos se cambiaron dos sonetos como quien lo hace con dos tarjetas.

“Cuando Augusto Ferrán – el de los Cantares, el amigo de Bécquer – llegó a Santiago, a dedicarse al comercio de libros, Robinet fue su más cordial queredor. Así del trágico Rossi, de Jorge Isaacs, de Valdés, de Ricardo Palma, de Arnolfo Márquez, de Hostos, de Cañas, el salvadoreño, y de otros tantos. Carácter admirable y vivo, Robinet, comprende a los artistas los pensadores y los soñadores. Al propio tiempo es hombre de negocios y representante de una fuerte casa de seguros en Santiago, donde todos le quieren. Le llaman “el chino”, como a Gordon, porque nació en efecto en el país de los tibores ventrudos, de los inmóviles dragones formidables⁶⁰ y del mighty, subtel, opium, propicio a los sueños.

“Conocí, pues, por Robinet a Lastarria, en su estudio, rodeado de libros, anciano que parecía joven, quejoso del aprecio de su patria y convencido de la gloria de su nombre en toda América; amigo de la juventud, aficionado a hacer versos sin ser poeta, sabio amable, cabeza llena de laureles. ¿Quién no ha leído sus libros en América y aún en España?

“Amunátegui era otra gran columna. Una mañana pasando por la alameda, soberbio lugar de palacios de piedra, estatuas de bronce, y arboledas vastas, ví pasar un viejo meditabundo que iba con capa, - allá donde nadie la usa, un extremo de ella rozaba el suelo, y el hombre pensativo era saludado, y saludaba a su vez a todo el mundo. Era don Miguel Luis Amunátegui, el amigo de Bello.

“Después, ví a Valderrama en la Redacción de un diario en que yo escribía; alto y grave - siempre de corbata blanca - conservador ameno, con todo y su seriedad casi fría al parecer. A don Zorababel Rodríguez, primer diarista chileno y a Carlos Walker Martínez, talento admirable, orador fogoso, y a Lillo, les ví en el congreso. Este último era Ministro. Tenía la cabellera toda plateada por los años.

⁶⁰ En la reproducción de Alejandro Montiel Argüello, no aparecen las palabras: “de los inmóviles dragones formidables”.

“Y así, llegué a conocer a casi todos los de la generación que dió lustre al nombre chileno en la por desgracia concluída Academia de Bellas Letras.

“Faltábame, los que los franceses llaman les jeunes, - los jóvenes que escriben - aunque entre ellos hay en ese grupo gentes que peinan canas. Ya se sabe que Copée es el Benjamín de la Academia Francesa.

“La juventud, en todas partes es atrayente, animosa, vencedora. La juventud santiaguina es así.

“Como en todos los grandes centros, sobre todo en la clase alta y rica, entre las aficiones intelectuales y el sport, éste se lleva el mayor número. Y es natural: al empezar esta hermosa vida, el deseo de goce crece a cada instante, los sentimientos triunfan, el dinero se ambiciona para satisfacer aquéllos, la sangre bulle fragante y sana, el lujo atrae, y entre unos hexámetros de Homero y unos guantes crema o un sombrero de copa, se prefiere lo último., Así no es de extrañar que el club de los mirlitons tenga más miembros que la sociedad científica o literaria, y que se vaya al Hipódromo con más gusto que al Ateneo. Luego, las exigencias del medio social; la moda; las distintas amalgamas conformes con las tendencias y modos de ser; los empleados de banco y los strugforlíferos de la prensa; flirtation, y temperamento; falta de estímulo; y por último, el ejemplo de hombres ilustres en la miseria.

II

“Por aquel tiempo, a decir verdad, la vida literaria en Santiago estaba en una especie de estagnación poco consoladora. Santiago en la América Latina es la ciudad soberbia. Si Lima es la gracia, Santiago es la fuerza. El pueblo chileno es orgulloso y Santiago es aristocrática. Quiere aparecer vestida de democracia; pero en su guarda ropas conserva su traje heráldico y pomposo. Baila la cueca, pero también la pavana y el minué. Tiene condes y marqueses desde en tiempo de la colonia, que aparentan ver con poco aprecio sus pergaminos. Posee un barrio de San Germán diseminado en la calle del Ejército Libertador, en la Alameda, etc. El Palacio de la Moneda es sencillo, pero fuerte y viejo. Santiago es rica, su lujo es cegador. Toda dama santiaguina tiene algo de princesa. Santiago juega a la Bolsa, come y bebe bien, monta a la alta escuela, y a veces hace versos en sus horas perdidas. Tiene un teatro de fama en el mundo, el Municipal, y una catedral fea, no obstante, Santiago es religiosa. La alta sociedad es difícil conocerla a fondo; es seria y absolutamente aristocrática. Ha habido viajeros más o menos yankees o franceses, que para salir del paso en sus memorias han inventado respecto a la sociedad

chilena que no han conocido, unas cuantas paparruchas y mentiras. Santiago disgustó a Sarah Bernhardt y encantó a la Ristori. Es cierto que sobre esta última nada tiene que decir María Colombier. Santiago gusta de lo exótico, y en la novedad siente de cerca a París. Su mejor sastre es Pinaud y su Bon Marché la casa Pra. La dama santiaguina es garbosa, blanca y de mirada real. Cuando habla parece que concede una merced. A pie anda poco. Va a misa vestida de negro envuelta en un manto que hace por el contraste más bello y atrayente el alabastro de los rostros, en que resalta sangre viva, la rosa roja de los labios. Santiago es frío y esto hace que en el invierno los hombros delicados se cubran de finas pieles. En el verano es un tanto ardiente, lo que produce las alegres y derrochadoras emigraciones a las ciudades balnearias. Santiago sabe de todo y anda al galope. Por esto el santiaguino de los santiaguinos fue Vicuña Mackenna, mago que hizo florecer las rocas del cerro de Santa Lucía. Este es una eminencia deliciosa llena de verdores, estatuas, mármoles, renovaciones, pórticos, imitaciones de distintos estilos, jarras, grutas, kioskos, teatro, fuentes y rosas. Edimburgo es la única ciudad del mundo que en su centro tenga algo semejante y por cierto, muy inferior. Santiago posee una obra hecha por la naturaleza y por el arte. Ars et natura. Santiago hace libros y frases, nouvelles a la main. Su prensa es numerosa y sus periodistas son pujantes, firmes en la polémica, peligrosos en las luchas. Hay un diario de modelo yankee, **El FerroCarril**; los demás son más dados al mecanismo francés. El croniqueur por excelencia es Rafael Egaña. Las empresas periodísticas son ricas, pero algunas demasiado económicas. Raro es el diario que tenga permanentemente información directa del extranjero. En las redacciones se está, tijera en mano, esperando la correspondencia por correo trasandino, para recortar lo mejor de los diarios del Plata; o si no, se hacen traducir los artículos de la prensa europea que llega por el Estrecho. Santiago paga poco a sus escritores y mucho a sus palafreneros. Toma el té como Londres, y la cerveza como Berlín. Es artística, ama las gallardas estatuas y los cuadros valiosos. Cincela con Plaza, con Blanco y pinta con Lira, con Valenzuela, con Jarpa. Para sus hombres grandes tiene bronce y mármol. Santiago ha sido heroica y vibrante en tiempos de conmociones. Es ciudad que nunca será tomada. El roto santiaguino es vivaz, malicioso, ocurrente, aguerrido y cruel. El gamín es hermano del suplementero. De noche, Santiago es triste y opaca exteriormente. En sus salones ríe el gas en la seda y chispea la charla. El 18 de septiembre, la ciudad se engalana, llénase el Campo de Marte de soldados, va el Presidente a la revista en coche tirado por cuatro caballos, precedido de batidores, y en las calles se escucha ruido de cascos y ruedas, de gente que pasa, y estruendos de fanfarrias y clarínes. En un día semejante fué cuando conocí al autor de este libro en la redacción de **La Epoca**.

III

*“En la redacción de **La Epoca** se reunían muchos de los jeunes de la prensa santiaguina. Ahí departíamos de asuntos de letras o artes, de un último libro, de un triunfo o de un fracaso, y ahí se escribía, se hablaba en voz alta hasta muy entrada la noche, hasta la hora del té, a riesgo de alterar la paciencia de mi estimado director don Eduardo Mc. Clure. Allá llegaba Pedro Balmaceda, santiaguino que sufría la nostalgia de París, parisiense que no conocía la gran ciudad, siempre con alguna frase chispeante y soñador, neurótico que mantenía cuidadosos a sus médicos, colorista que bordaba revistas y cuentos de todas las flores del estilo; ah, buen amigo! Alberto Blest, hijo del novelista ex-ministro de Chile en París, comparecía también, ya tísico, a contarnos en tre accesos de tos martirizadores, sus recuerdos de vida parisiense, cuando los salones de su padre eran punto de reunión de todos aquellos hombres brillantes, Blowitz, Houssaye, Hohenlohe.. pobre Alberto! Ya duerme. Luis Orrego era el charlador incansable, mordiente, con los labios siempre abiertos por una sonrisa temible. Muchas veces quera hacer un elogio y le resultaba una sátira; buen escritor y conteur amante de la frase artística; y exagerado, hasta asegurar que una botina No. 37, le calzaría bien al pie de Goliah. También concurrían Gregorio Ossa, que nos leía sus comedias, y Roberto Alonso, exquisito prosador que tenía a su cargo las traducciones del diario. Algunas veces solía aparecer Julio Bañados Espinosa que entonces era redactor político del diario, y que hoy es Ministro de Instrucción Pública. Siempre de pie, oía, daba su opinión, verbosamente, ostentando su franca risa, y se marchaba.*

*“El novelista Vicente Grez era diputado y nos iba a acompañar de cuando en cuando, en sus ratos libres. Los hermanos Hunees nunca faltaban, con Carlos Hübner. Rodríguez Mendoza llegaba raras ocasiones., El había sido redactor del diario y le tenía cariño a la redacción; así criando se solicitaba de él algún artículo, aparecía estirado y friolento, subido el cuello de su ulster, y entonces se estaba con nosotros, el querido Manuel, en la charla loca y crepitante de nuestras horas alegres. Horas inolvidables fueron aquellas! La sala de redacción era un tanto estrecha; las paredes estaban llenas de retratos, de cartulinas en que se veían las ilustraciones del diario del domingo; en la mesa del centro diarios oy revistas, todo confundido y revuelto; frente a la puerta de entrada, una panoplia, una panoplia célebre para nosotros, y de la cual ya ha hablado en **La Libertad Electoral** Luis Orrego Luco, en uno de los artículos embusteros y llenos de elogios hipócritas, que publicó respecto a quien este prólogo escribe. Y a propósito, cuántas veces en aquél recinto, levantaron sus voces en defensa del talento de Tondreau algunos que*

osaban desafiar el curare de las saetas de Orrego y a las “navajas siempre afiladas” de Alberto Blest!

IV⁶¹

*“Recién llegado, había recibido un libro nuevo, de versos titulado **Penumbras**. Dos poemitas, composiciones sueltas y traducciones de Horacio. Leí el volumen y publiqué un artículo lleno de elogios que algunos calificaron de exagerados. ¡Bah! Poco me importaba lo que dijese. Había sentido el soplo de una poesía verdadera en aquel libro lleno de estrofas magníficas y también de estrofas malas. Tiempo después, elogios iguales a los míos y aún más lisonjeros, recibió el autor de Valera, Menéndez Pelayo y Núñez de Arce. Yo conocía de Tondreau ya un poema político-burlesco titulado los BALMACEDONAUTAS, escrito en octavas fáciles y al modo clásico. En **Penumbras** se advertía el convencionalismo de factura, que todavía subsiste en muchos autores de versos de España y Sur América, convencionalismo que viene de lejos; la imitación de Teresa, del duque de Rivas del mismo Espronceda. Esa fue la primer manera de Tondreau. La crítica nada dijo, o dijo poco. Ni los amigos políticos del poeta se ocuparon como debían del librito.*

*“Y digo ni los amigos políticos, porque las letras en aquel mar, barcas tranquilas, son arrastradas por el viento político. Así hay dos grupos principales completamente separados, el liberal y el conservador, cada cual con sus diarios, revistas y centros propios, al servicio de sus ideas y propósitos. Al partido católico, el conservador, el mejor organizado, pertenece el Círculo Católico, con teatro, biblioteca, etc., y diarios como **El Estandarte Católico**, **El Independiente** y **La Unión**, y una revista como la de **Artes y Letras**; el partido de las ideas modernas tiene el **Club del Progreso**, **El Ateneo**, la revista **El Progreso** y gran parte de la bien mantenida prensa chilena.*

“La juventud, por tanto, trabaja, a un lado o al otro; y entre los suyos triunfa, y entre los suyos recibe aplausos si los merece. Hay diferencia hasta en los estilos y tendencias. Los escritores conservadores - con brillantísimas excepciones - son apegados al formalismo clásico, a la manera académica, al período castellano de los tiempos de oro, desenvuelto con elegancia convencional, y con apego a las reglas y formas preestablecidas. Muchos de los principales y talentosos e ilustrados

⁶¹ Los capítulos IV y V, aquí presentes, no aparecen registrados o reproducidos en la obra de Alejandro Montiel Argüello, quien calca de **El Correo de la Tarde** de Rubén Darío, en Guatemala, **Asonantes**. O sea que solamente seis capítulos registra **Rubén Darío en Guatemala**, de Alejandro Montiel Argüello. Es completa la reproducción hecha por Diego Manuel Sequeira.

jóvenes que escriben en la Revista de Artes y Letras son dados a estudios de filosofía escolásticas, y tienen una academia tomística excelentemente organizada. Los otros no. A modernas ideas, moderno estilo. Emplean el patrón francés, la brillante vitola parisiense, con galicismo y todo, en fondo y forma. Si los unos se enorgullecen con justicia por tener un prosador y novelista como Pedro N. Cuz, los otros poseén un colorista admirable, un estilista lozano y aristocrático en Pedro Balmaceda. A un lado están Echenique Gandarillas, los Barros y mucho más, y a otro Riquelme, Arrieta Cañas, Orrego y demás miembros del Ateneo, entre los cuales el poeta más brillante y poderoso es Tondreau.

V

*“Ya éramos viejos conocidos con Tondreau. Cuando publiqué el juicio sobre **Penumbras**, habíale hecho notar su poder en la descripción, su valentía de imágenes, y su peculiaridad de forestier. Ahora, después de algún tiempo, me atrevía a indicarle: Amigo mío, ¿por qué no nos da Ud. un poema original, de términos y extensión que pueda dominar y que sean “suyos” con forma, con espíritu nuevo, un poema que llevara por título EL BOSQUE?*

*“El poeta pensó, y no quiso emprender la tarea. No me desalenté. Acababa de leer **La Mer** de Richepin y le permití ese libro admirable. Lo leyó, y desde entonces comenzó la nueva manera de Tondreau, la pasión por la eufonía rítmica, por la palabra sonora, por la cristalización de la idea en el verso, por la onomatopeya elegante., Antes seguía de cerca a los clásicos españoles, creía en la subsistencia de la épica antigua; era pagano y tenía las continencias de un místico; rimaba octavas reales; creía que el soneto era prisión y grillos de un pensamiento, un cántaro chinesco en el que apretado se deforma un niño, para fabricar un enano; gustaba de la lira, y ensayaba todos los metros; seguía más la enseñanza de los preceptistas que la imitación de la naturaleza; no cortaba un alejandrino si no de modo que éste resonase campanudo y con todos los compases de la música zorrillesca. Lloraba penas y cantaba amores bastante ingenuamente. En cambio traducía a Horacio. Y sobre todo, tenía el don de la armonía. Cierto es que es músico, como su amigo el escritor Arrieta Cañas.*

“Tondreau no es un aficionado, un virtuoso simplemente, no, es un amador convencido y fiel del arte. Casi estoy tentado de afirmar que es tan poeta como músico, con la pluma y con el piano. Los maestros alemanes le atraen, ya sea el gran padre de la sinfonía, o Schubert adorable e ideal, o Schuman melodioso, o Wagner audaz y soberbio; la frase conmovedora y cálida, la fuga arrebatadora, la potencia sinfónica,

todo le compenetra y le posee, con profunda pasión artística. De sus autores, Beethoven; de sus pianistas, Goltchalk, quien tan buenos recuerdos dejó en Santiago, donde quiso casarse.

*“Cuando la célebre Singer, la gallarda Gioconda, estuvo allá en la misma troupe en que llegó el barítomo Menotti, ambos fueron grandes amigos de Tondreau, quien a la sazón era el crítico teatral de **La Epoca**. Allá íbase el poeta, al departamento de los artistas, en el Hotel Milán, en compañía de Pedro Balmaceda y otros sus colegas, a agradables reuniones musicales. La singer leía párrafos de sus memorias, o contaba trozos de sus roles favoritos con su bella voz vibrante.*

“Tondreau vivía en una calle cercana a la Alameda. Muchas veces acontecía que al ir a buscarle, me detuviese en las escaleras, por no interrumpirle en alguna sonata que bajo sus dedos, cantaba lentamente, lentamente el piano. Luego le encontraba en su cuarto, chico y elegante, lleno de papeles y de libros de lujo apanopiados en las paredes, entre una que otra japonería que unas cuantas pesetas de la mensualidad del diario, habían sacado de la Ville de París.

“He dicho que tiene el don de la armonía y he aquí que en este nuevo libro resulta más este preciso don. Ha abandonado la rima consonante, no porque no pueda manejarla con brío sino porque en sus versos asonantes tiene más holgura su pensamiento, y porque puede dotarlos de mayor elegancia de forma. La silva “El Viento”, del poema “El Bosque”, verbigracia, no podría ser más musical ni más espléndida, si fuese escrita en versos consonantes; está llena de osadas gallardías, de trepidaciones cristalinas, y de orgullosa pompa. El asonante forma uno a modo de oleaje que acaricia musicalmente el oído, y lo escogido del vocablo hace más armónica la versificación; las figuras son todas claras y se advierten perfiles, redondeces, plasticidades y explosiones de flores, todo lleno de sol.

“Estos nuevos versos de Tondreau tienen savia y sangre. Dado el temperamento del poeta, era imposible que se inficionara de humor negro. El es nervioso pero no neurótico, y no le han tentado las estrofas abracadabrantes de la poesía macabra. Tiene el ruido del viento, los perfumes campestres, las inclinaciones casi sacerdotales y misteriosas de los grandes árboles, la yema que se hincha, el ave en la rama en flor, y las cadencias de las farándulas al son de la cornamusa. Las palmas se yerguen líricamente, el viento sopla en sus órganos, la tierra, preñada y virgen sustenta al bosque solemne. Pan rubicundo, anima la naturaleza cantando en la montaña; sanguineis estado en este ardiente trópico

poblado de florestas inmensas e inextricables, donde el suelo es como ubre y Flora impera; en la selva salvaje del rey doble, llena de pájaros, de fragancias y de estremecimientos.

“Tondreau tiene con la selva el mismo secreto que Richepin con el mar. En prosa hay admirables pintores del mar que sienten y comprenden el vasto Océano en toda su grandeza y en todos sus detalles; como Lotti, cuyas páginas están impregnadas de aire marino, ya sueña con la pequeña cara de porcelana de Crisantema, en el Japón, la vaya a costas de Islandia y cree su Pescador. O como Mezeroy, artista que se deleita con La Grande Bleu, el Mediterráneo, azul y hermoso. Pero el poeta de LA MER juntó en su poema todas las magnificencias, todas las armonías, toda la sal áspera y la espuma del mar, de modo que cada estrofa es semejante a una ola, y en el poema está aprisionado el ruido tonante y enorme como en un caracol. El poeta ama la inmensidad movable con apego, con pasión. El mismo ha sido marinero, ha hecho la guardia en la noche, bajo el cielo negro lleno de florecimiento de oro de sus constelaciones; y ha cantado entre dientes las canciones en jerga del maturin.

“Lo raro en Tondreau es que no ha tenido la contemplación de la selva, y la adivina. Sus padres eran canadienses, de allá, cerca de donde Longfellow colocó a la enamorada Evangelina, tierras de florestas llenas de gigantescos árboles salvajes. Pero él nació en Chile donde se ve más la blancura de la nieve andina que el verdor tupido de los bosques.

VI

“La originalidad de Tondreau consiste en la novedad de la imagen, en el dominio del adjetivo, en la pasión plástica y eufónica, en la aplicación del colorido y en la libre y franca manifestación de la idea, aristocratizando todos los vocablos.

“Luego aplica al verso castellano ciertos refinamientos del verso francés. Hay en este idioma exquisiteces y secretos artísticos que introducidos por él al español, lengua armónica y rítmica por excelencia, forman una novedad bella, un conjunto de incrustaciones, de giros, de arabescos preciosos. Aquí lo exótico no salta a la vista; ambas lenguas tienen un mismo origen y florecen en un solo tronco y por las mismas raíces. Sin ser decadente en algunas de sus creaciones, sin llegar a las orquestaciones poéticas de los neo-románticos, se acerca algo a esa nueva y brillante escuela que un escritor de París ha llamado propiamente la escuela del cerebralismo. Busca la idea rara, la comparación bizarra, y escoge las joyas de la lengua, las más rítmicas frases que se vocalizan en

el recinto adorable de las musas, y así hace de sus estrofas, cuadros, bajo-relieves, y sobre todo pone el sagrado temblor de su armonía.

“En cuanto a sus metros, son los hermosos metros castellanos, mil veces superiores a los franceses.

“En castellano se ha procurado introducir por algunos poetas la medida de los exámetros griegos y latinos. Actualmente en Italia, Giousué Carducci intenta poner en boga la asonancia del romance español y el profeta yankee Walt Wihtman calca en inglés el versículo hebreo.

“Nosotros no necesitamos de todo eso. Ah, nuestros metros castellanos! El endecasílabo es digno de la lira griega. Tenemos el verso de Safo y el verso de Anacreonte; y versos apropiados para el arpa religiosa y címbalo, o para los sistros que acompañaban las danzas. Lo que sí necesitamos es la influencia del arte, siempre embellecedora, del arte, en la expresión del pensamiento, arte que como aseguraba Lastarria, -haciéndome la honra de refutar una opinión mía- poseen los franceses mucho, escasamente y hasta hace poco tiempo, los españoles, y nada los chilenos. Los hispano-americanos, debió decir mejor el ilustre maestro.

“Ese arte, pues, no será la implantación de un exotismo dañoso ni peregrino.

*“Lo extrañamente exótico, lo tienen los franceses, y lo procuran. Desde la introducción del primer álbum japonés de los hermanos Goncourt, el japonismo comenzó en Francia, con el reinado de las lacas y de las quimeras de bronce; de los muebles, del adorno del salón, se pasó a la literatura, donde todavía subsiste. Edmundo de Goncourt, Lotti, Judith Gautier, son los que dan el tono; a Judith, esposa de Catulle Méndez, le viene su afición a lo extraño de raza. Teófilo Gautier, su padre, orientalizó también las letras. Judith sabe chino, y escribe versos en esa lengua; y algo semejante hacía Luis Bouhillet, el autor de los **Astrálagos**, quien quiso introducir al verso francés el ritmo del chinesco. Y bien ! En lo que debíamos ante todo imitar los occidentales, a los buenos hijos del Celeste Imperio es en que honran y estiman a sus poetas como ningún pueblo del mundo.*

“Hace poco tiempo lo ruso preponderaba. Tolstoi, Gogol, Tourgueneff, el raro y pálido Dostoiewsky fueron traducidos a casi todas las lenguas; escritores franceses publicaron novelas rusas, el idioma se estudió más, y su terminología se puso de moda; se bebía el rojo vino de París con caviar del Volga.

“Así, pues, los escritores en lengua española, que como Tondreau tengan culto por el idioma propio, no cometen pecado alguno en seguir ese bello arte francés, para hacer más rica, más vibrante, más colorida la expresión del pensamiento. Yo, por mi parte, me huelgo del “galicismo mental” que encontró don Juan Valera en uno de mis pobres libros., “No hay en castellano, - dice el ilustre académico -, autor más francés que U. Esto lo digo para afirmar un hecho. Y en todo caso, lo digo como elogio”. Busquemos, pues, ese procedimiento exquisito de los artistas de la palabra escrita, y que cada escritor muestre el pequeño mundo interior que lleva en su alma, con manera artística.

*“Esto ha hecho el poeta de los **Asonantes**, y por eso sus asonantes tienen un algo especial que no se encuentra en los otros poetas hispano-americanos. Los argentinos cuya mayor gloria es Andrade, titánico seguidor de Víctor Hugo, o copian los modelos españoles, o como Rafael Obligado y Guido Spano buscan temas nacionales y usando provincialismos pretenden formar la tan deseada poesía indígena americana. Los colombianos son hijos legítimos de los poetas de España, intachables, marmóreos, clásicos, en el sentido académico de la palabra; lo propio los venezolanos y los pocos que el Perú tiene; México cuenta con algunos altísimos poetas cuyos versos poseen sello propio y nuevo, y Centro-América tiene a Gavidia.*

VII

“Yo estoy seguro que una poesía de Tondreau leída una sola vez, basta para dar a conocer en otras la originalidad de la expresión y la novedad de la intención.

*“Los **Asonantes** serán criticados al aparecer en Chile, por los bellistas, por los que gustan de Rodríguez Velasco y de Lillo y por los formalistas a outrance. Los primeros defenderán el precepto, el canon, la tradición literaria, los segundos echarán de menos la jardinería, la consonancia y la confitura, los últimos protestarán por las frases y borneos atrevidos, por las innovaciones a que se lanza nuestro autor.*

“Pero Tondreau debe persistir confiado en su talento. Su poesía es sana y respira la vida de la naturaleza; él no se ha dejado llevar por los seguidores de esta o aquella escuela; ni por los que Espronceda atrajo a su alcázar byroniano, ni por los que han pretendido seguir la poesía sideral y oceánica del dios Hugo, ni por trémulos neuróticos que, siniestros coribantes, danzan trastornadamente en la procesión del arte moderno; ni por los decadentes ansiosos de frentes nimbadas y de lecho de marta

cibelina; ni por los heineanos que juntan las rosas y los cactus; ni por los pálidos gemidores de desengaños, y ateos maldicientes cuyos versos repugnan y cuyo hígado es todo hiel. No, él no pertenece a ninguno de esos grupos. Ni materialista, ni swendemborguiano de la literatura. El no sufre de spleen ni de espíritu pitónico, sino que siente el vasto soplo cósmico. No le atormenta el sombrío Livor; pero le subyuga el gran Plan.

“Por lo que toca a sus opiniones religiosas Tondreau fué educado religiosamente y llegó a vestir sotana. Después hubo una evolución en su espíritu, abandonó el hábito y perdió la fe primera. Lo único que le quedó de aquellos tiempos fué el latín; dejó el breviario por Horacio Flaco, y los ideales místicos se tornaron sueños ardientes y creaciones plásticas en aquella mente pagana. Cree en Dios, Dios en todo, Dios por todo, Dios para todo. Su amor por la naturaleza es intensísimo y en ella encuentra la fuerza infinita de la divinidad. Es místicamente panteísta. Adora lo existente de manera universal y en detalle. Así como Beaudelaire tenía la particularidad de los perfumes, Tondreau tiene la de los sonidos. El viento para él tiene mil rumores desconocidos para otros, vagas armonías, palabras articuladas en una lengua misteriosa, ya vuelve en la lujuriente floresta, ya agite las banderas, o se cuele en las ciudades por los alambres tupidos de las líneas telefónicas: “la lira de Edison” como él dice.

“Sí, poeta, el viento es admirable y formidable, huracán, brisa, azul del celeste abismo, queja del rosal, triunfo de las palmeras verdes, perpetuo amante de las olas y las velas, carro de la melodía, suspiro, tempestad.

“Ars religio mea, esa es la profesión de fe artística y una de las más bellas silvas asonantadas de este libro; el arte es su religión, el azur. Sigue la fórmula célebre del arte por el arte, el culto absoluto de lo bello, independiente de lo útil, y de lo moral, de los atos griego. Ama el desnudo, el clásico desnudo, y a las veces dejándose llevar por sus arrebatos líricos, olvida la olímpica serenidad de la contemplación estética y sus mármoles se vuelven carne, coloreándose por súbita y exhuberante policromía. No lo digo por censurar al poeta, pero me parece que a la Venus de Milo prefiere la de Médicis; que en sus descripciones de ninfas más parecen estas mujeres; y tiene roja sangre, y sus caderas y sus senos a flor de agua tiemblan con arrastradora sensualidad. Pero en medio de todo, el helenismo es de aplaudirse; su inspiración lozana y moderna hace loables incursiones al antiguo reinado de la belleza, y bebe del agua clara que mana la divina fuente jónica.

“Este libro es una obra de arte, escrito con amor a la eterna belleza, con verdadera emoción estética y en el ardor de una vigorosa juventud.

¿Tondreau seguirá adelante? Es indudable, pues tiene el rayo de la inspiración y siente al “dios”. El conoce la senda que ha escogido y camina con paso de vencedor. Nada importan los obstáculos, los breñales, la lucha por la vida, los tábanos de la envidia, la indiferencia de burgueses obtusos y chatos, el cretinismo, el hielo de muchos y aún el desprecio y el odio de algunos. Excelsior! Siempre con la bandera, adelante, hasta llegar a la cumbre del áspero monte. Que después de la larga jornada vendrá la hora de la victoria. Dura es la gleba, pero también el arado es firme, y place al trabajador tras los quebrantos ver al sol y bajo el hondo cielo la alegría rubia de las espigas.

VIII

“La última vez que ví al autor de este libro fue en Valparaíso, próximo a abandonar las playas chilenas y cuando él había llegado al puerto por una desgracia. Nos encontramos en el estudio de otro amable y generoso compañero de letras y amigo del alma, Eduardo Poirier.

“-!Tú aquí! - Sí, mi madre ha muerto; estoy muy triste. Ven al hotel. - Fuimos. Estaba con el corazón dolorido por el terrible golpe. - Mira, me dijo, he distraído mi dolor escribiendo esto. - Y me leyó un artículo, una conversación que había tenido aquella mañana con nuestro conocido, el trágico italiano Emanuel que a la sazón trabajaba con su compañía espléndida en el teatro Victoria. Es un hecho reconocido que todo poeta escribe buena prosa, y aquel artículo es de lo mejor que don Tondreau prosista he leído. Emanuel le manifestó sus ideas sobre el arte de la escena en general y sobre las obras de Shakespeare, en particular. Hamlet inimitable, Otello grandioso, estimó el poeta chileno comprendiendo lo que valían.

“Voy a concluir estas páginas, en las cuales he dicho francamente lo que pienso respecto al libro a que servirán de prólogo, y del autor de él. Quien lea una sólo de las estrofas que en esta obra se contienen, verá que mi entusiasmo es legítimo y que la amistad no ha cegado a la justicia.

“Réstame sólo enviarte, oh poeta, mi recuerdo a través de la distancia, desde éste ardiente trópico que acelera el ritmo de nuestra sangre y enciende corazones y cerebros; y por tu medio, a Chile, segunda patria mía, mis deseos de que cada vez se engrandezca más y más, gloriosa y triunfante para orgullo de nuestra América y así pueda brillar la estrella de su bandera, siempre anunciando el nacimiento de una eterna aurora, la creciente apoteosis de un sagrado e incomparable porvenir.”

Rubén Darío.

Comentario: Aún no había muerto Pedro Balmaceda Toro, cuando Darío escribió sobre **Asonantes**. Pero una vez conocida la noticia sobre su muerte, el autor de **Azul...** y de **Abrojos**, le recuerda en su intimidad en el Palacio de la Moneda, en Santiago de Chile.

Será en el libro **A. de Gilbert**, de Darío, que llorará su muerte en sus recuerdos que tristemente se los mostró Darío a su amigo Aquileo J. Echevarría, ...dulces recuerdos aquellos días en **La Epoca**.

Se ha dicho recientemente que en la biografía de **A. de Gilbert**, su autor se aprovecha para dar rienda suelta a dos ricos pasajes autobiográficos, y de ahí que **A. de Gilbert** sea una obra biforme en su concepción artística, llena de la mejor delicadeza que empleó Darío cuando experimentaba la prosa en **Azul...** y efectivamente estamos de acuerdo con esta observación de Luis Miguel Fernández, en su exposición "*A. de Gilbert: ¿Biografía o Autobiografía?*"⁶².

Estos dos capítulos de **A. de Gilbert**, el II y el III, son captados en su forma y se definen como *ensayos autobiográficos* de Rubén Darío. Pero podemos agregar que este primer ensayo autobiográfico titulado "*Historia de mis Abrojos*", participa de la concepción de Darío, de lo que él mismo llama *autobiografía literaria*.

Aquí los podemos contemplar:

II

HISTORIA DE MIS ABROJOS

"En días de gran trabajo y no pocas tristezas, vivíamos Rodríguez Mendoza y yo en dos departamentos del edificio de La Epoca. El bregaba con su pluma de escritor brillante y fuerte, por las ideas políticas del diario, que era como es, el principal órgano de los *monttvaristas*. Por el escabroso terreno de esas luchas apasionadas, empezaba a descender al valle de los desengaños. Yo pensaba en mi lejano país, en todas las dulces cosas de la tierra en que se nace, los amigos de la primera edad, las ilusiones en flor, el

⁶² Que es un ensayo verdadero, publicado en el **Boletín Nicaragüense de Bibliografía y Documentación de la Biblioteca "Dr. Roberto Incer Barquero", Banco Central de Nicaragua: Rubén Darío y la leonesidad**. Número 114, Enero – Marzo, 2002. (PP. 21 – 39).

trópico vibrante y cálido, la cosecha de tristezas en plena primavera de la vida; hasta en las torpezas, cegueras o infamias que más de una vida; hasta en las torpezas, cegueras o infamias que más de una vez llevan a los hombres al destierro voluntario.

“Juntos, Manuel y yo comunicábamos nuestras penas y nos consolábamos con la visión del sol alegre, de la grata esperanza; con la alentadora, serena e ingenua vanidad del que para no caer en la brega, se ase a su alma, y cuenta, en la noche, con el porvenir. Entonces escribí mis Abrojos, de los cuales Pedro Balmaceda fue el entusiasta y bravo editor.

“Sí, mis Abrojos, “*vividos*”, por decir así, eran desahogos. En cuanto al procedimiento técnico, nacieron de las Humoradas de Campoamor, y, sobre todo, de las Saetas de Leopoldo Cano.

“Pedro los hizo imprimir en casa de Jover. Hasta entonces nunca había aparecido en los escaparates y vidrieras edición chilena de versos más artística ni más lujosa que aquélla.

“El libro fue bien recibido, y el artículo de Pedro, mi querido editor, el mejor de todos los que trataron del asunto, y uno de los más lindos cincelados por aquel orfebrero de la literatura, fascinador en su rara policromía de la palabra.

“Si Pedro no hubiese publicado el libro, los Abrojos no habrían sido conocidos. Yo no quería que vieses la luz del público por más de una razón. El libro adolece de defectos, y aún entonces, no estaba yo satisfecho de él. Como primer libro, como tarjeta de entrada a la vida literaria de Santiago, no era muy a propósito. Ante todo, hay en él un escepticismo y una negra desolación, que si es cierto que eran verdaderos, eran obra del momento. Dudar de Dios, de la virtud, del bien, cuando aún se está en la aurora, no. Si lo que creemos puro lo encontramos manchado, si la mano que juzgamos amistosa nos hiere o nos enloda; si enamorados de la luz, de lo santo, de lo ideal, nos encontramos frente a la cloaca; si las miserias sociales nos producen el terror de la vergüenza; si el hermano calumnia al hermano, si el hijo insulta al padre, si la madre vende a la hija, si la garra triunfa sobre el ala, si las estrellas tiemblan arriba por el infierno de abajo... ¡truenos de dios! Ahí estáis para purificarlo todo, para despertar a los aletargados, para anunciar los rayos de la justicia.

“Pedro en su delicadísimo artículo, en que el cariño guía la pluma, llama a los Abrojos “*el libro de Job de la Adolescencia*”.

“Hoy, por más que los desengaños han destruido muchas de mis ilusiones, adorador de Dios, hermano de los hombres, amante de las mujeres, pongo mi alma bajo mi esperanza.

*“Maintenant, je voit l’aube...
L’aube! C’est l’esperance!”*

“Al son de la gloriosa música del arpa, me quedo con David”.

III

PEDRO EN LA INTIMIDAD

“Mis relaciones con Pedro aumentaban cada día más, hasta llegar a la intimidad. Nos visitábamos. Yo le iba a ver con frecuencia; a leer, a *“hacer onces”*, en el día; a tomar el té, en la noche.

“Un pequeño y bonito cuarto de joven y de artista, por mi fe, pero que no satisfacía a su dueño. El era apasionado por los *bibelots* curiosos y finos, por las buenas y verdaderas japonerías, por los bronce, las miniaturas, los platos y medallones, todas esas cosas que dan a conocer en un recinto cúyo es el poseedor y cuál su gusto.

“En todas partes libros, muchos libros, libros clásicos y las últimas novedades de la producción universal, en especial la francesa. Sobre una mesa diarios, las pilas azules y rojizas de la Nouvelle Revue y la Revue de Deuz Mondes. Un ibis de bronce, con su color acardenillado y viejo, estiraba su cuello inmóvil, hieráticamente. Era una figura pompeyana auténtica, como un César romano que le acompañaba, de labor vigorosa y admirable.

“...cortaban el espacio de la habitación, pequeños biombos chinos bordados de grullas de oro y de azules campos de arroz, espigas y eflorescencias de seda....

“No olvidaré en toda mi vida – porque si de la memoria se me borrasen las tendría presentes en el corazón -, las noches que en ese habitáculo del cariño y del ingenio pasé, cuando el cólera en 1887 vertía en la gallarda Santiago sus venenosas urnas negras.

“!Oh, cuántas veces en aquel cuarto, en aquellas heladas noches, él y yo, los dos soñadores, unidos por un afecto razonado y hondo, nos

entregábamos al mundo de nuestros castillos aéreos! Iríamos a París, seríamos amigos de Armand Silvestre, de Daudet, de Catulle Mendès; le preguntaríamos a éste por qué se deja sobre la frente un mechón de su rubia cabellera; oiríamos a Renan en la Sorbona, y trataríamos de ser asiduos contertulios de madame Adam; ¡y escribiríamos libros franceses!, eso sí. Haríamos un libro entre los dos, y trabajaríamos por que llevase ilustraciones de Emile Bayard, o del ex chileno Santiago Arcós... Y bien, ¿qué título llevaría el libro? Ante todo el estilo... ¿No es cierto, hombre? Iríamos a Italia y a España. Y luego, ¿por qué no?, un viaje al bello Oriente, a la china, al Japón, a la India, a ver las raras pagodas, los templos llenos de dragones y las pintorescas casitas de papel, como aquella en que vivió Pierre loti; y, vestidos de seda, más allá, pasaríamos por bosques de desconocidas vegetaciones sobre un gran elefante... Pedro de pronto lanzaba una gran carcajada: “*Y haríamos, ¿no es así?, lo de Tartarín de Tarascón*”.

“Dios mío! Y esto fue ayer no más, y él ha partido y ocupa el negro hueco de una tumba, y yo estoy ahora llorando por él en un campo lejano de mi tierra de Centroamérica, con el alma dolorida y pensando en que él fue para mí como uno de esos seres desconocidos que nos sonríen, cariñosos y fugaces, en el país del sueño.

“El también sufría, mi pobre y amado amigo. Su alma sideral y luminosa flotaba en su dolor profundo como una estrella en la sombra. Como águila mal enjaulada, ha roto a golpes de pico y ala su cárcel, y ha tendido el vuelo para dios!”.

Fin de estos dos *ensayos autobiográficos* de Rubén Darío, en **A. de Gilbert**.

Comentario: Aunque Darío terminó de escribir la biografía de **A. de Gilbert**, entre agosto y septiembre de 1889, no puso punto final sino hasta el 1 de enero de 1890, agregando correspondencias de última hora enviada y recibida de Chile, además de unas “*Notas*” aclaratorias. Darío ha pasado revista a las correspondencias íntimas que guardaba de Pedro Balmaceda, y las ha recordado en los agregados, “*gracias a la familia Balmaceda y los amigos de Pedro, recuperando parte de su epistolario con él, algún cuento y precisamente el ensayo sobre la novela que hoy forma el capítulo X de la biografía*”, como dice en su ensayo Luis Miguel Fernández.

A continuación transcribimos estos agregados, que se integra a la obra como otro ensayo autobiográfico de Rubén Darío:

NOTAS

A

“Ya impreso este libro, he recibido, el que contiene la “obra” de **A. De Gilbert**: Estudios y en ensayos literarios.

“Me ha venido de parte del padre de mi amigo, el señor don José Manuel Balmaceda, actual Presidente de Chile.

El libro es como una caja de cristal llena de pequeños *Bibelots* de bronce, de joyas de oro, de alabastros, de camafeos, copas florentinas, medallas, esmaltes; y en el mármol, se ve la huella del cincel de acero.

Trae la obra estudios, juicios, cuentos. Trae el estudio sobre **La Novela social contemporánea**, que yo conservo autógrafo.

El libro está adornado con un precioso retrato de *A. De Gilbert*, fotolitografía de Díaz y Spencer, según creo.

No he podido menos que agradecer con toda mi alma el obsequio del Excmo. Sr. Balmaceda.

He publicado en **La Unión** las siguientes líneas:

“San Salvador, 11 de diciembre de 1889.

REGALO INESTIMABLE

Al Excmo. Sr. D. José Manuel Balmaceda

Presidente de la República de Chile

Palacio de la Moneda. Santiago.

Señor:

“Acaba de llegar a mis manos el libro de su malogrado hijo que debo a la bondad de usted⁶³.

Cosa inapreciable es para mí, por ser obra de aquella alma brillante que tanto amé, y por venir del padre de uno de mis mejores, fraternales amigos.

⁶³ El libro a que se refiere Darío, se titula **Estudios y Ensayos literarios**, de Pedro Balmaceda. En dicha obra se incluía la producción dispersa de su autor, artículos, ensayos y cuentos, seleccionados y prologados por Manuel Rodríguez Mendoza. El joven Pedro Balmaceda Toro había fallecido el 1 de julio de 1889.

Usted sabe cómo se unieron nuestros espíritus por el afecto y por el arte, cómo íbamos juntos en la labor del diario, cómo aspirábamos a lograr juntos la gloria.

Al saber la terrible noticia de la muerte de Pedro, he sufrido mucho. Me hallaba en el campo⁶⁴, y lleno de duelo en mi retiro, escribí a su memoria un libro, que se está acabando de imprimir en la Imprenta Nacional de San Salvador.

Con Pedro ha perdido el mundo literario un gran artista, y la humanidad un corazón dulce y bueno, hoy, que son tan raros!

Comprendo el profundo dolor de su herida alma paternal. Mas debe usted tener el consuelo de que Pedro vivió la vida de la luz y se apagó como una estrella.

Su lírico espíritu soñador que flotó siempre en la aurora, se sentirá feliz en tanto que cerca de la tumba que guarda el cuerpo que animara, haya flores y cantos de pájaros, y su recuerdo viva en el corazón de los suyos.

Para mí, el querido compañero no ha muerto... Yo no quiero imaginarme aquella amable cabeza expresiva, pálida sobre la almohada del lecho mortuario. Yo alimentaré mi engaño, hasta que – si Dios vuelve a guiar mis pasos a ese gran país de Chile - , pueda ver en la casa el gabinete, vacío, el asiento en la mesa, solitario, y yo sin aquel que me diera alimento, aplauso, apoyo, consuelo, amor.

⁶⁴ La noticia del fallecimiento de la recibe cuando se halla en Sonsonate, y desde entonces se dedica a trabajar en ese libro, según el biógrafo de Rubén, don Edelberto Torres Espinoza. Dicha obra estaba compuesta por más de un centenar de páginas, que empezó a escribir en la hacienda “La Fortuna”, de unos amigos de Darío, en El Salvador, y la finalizó entre agosto y septiembre de 1889. Cuando apareció A. De Gilbert iba precedido de un “Prólogo” que firmaba Juan J. Cañas, fechado en San Salvador el 4 de octubre de 1889. “La obra viene precedida de un elegante prólogo del decano de nuestros poetas, nuestro amigo distinguido don Juan J. Cañas”, decía en su artículo de bienvenida don Francisco A. Gavidia.. “Diminuto libro” lo llama el poeta y escritor salvadoreño, viejo y paternal amigo de Darío. En el No. 98, página 4, a dos columnas, el periódico LA UNION, de 5 de marzo de 1890, publicó el siguiente aviso:

ACABA DE APARECER A. DE GILBERT

Por Rubén Darío.

“Se vende en las siguientes casas: “\$1. Administración de LA UNION, Librería de Pozo, Farmacia del Globo, Librería de Rivera”.

Pronto recibirá usted el libro que le anuncio, y que es una obra del corazón.

Entre tanto, soy como siempre su agradecido y afectísimo amigo,

RUBEN DARIO

B

Si se coleccionasen las cartas íntimas de Pedro, aquellas en que él ponía la luz de su alma, algo de su corazón, ¡qué libro tan precioso!, ¡qué documento humano tan admirable!

Manuel Rodríguez Mendoza, que por encargo de don José Manuel Balmaceda ha publicado el libro póstumo de *A. De Gilbert*, y que ha escrito un prólogo hermoso, sentido, vibrante, ha insertado en éste algunos fragmentos de cartas de nuestro querido difunto.

He encontrado en mis papeles párrafos de cartas muy dignas de publicarse, a pesar del carácter familiar de muchas de ellas.

“Santiago, septiembre 1 de 1887.

Mi querido Darío:

“Ayer había escrito una carta para ti; pero después de escrita se extravió. Qué lindamente escéptica es tu última composición. INVERNAL! Muy superior a la anterior que me enviaste. Te doy por ella mis felicitaciones sinceras. Tú, en verdad, te inspiras con el invierno. Yo, sufro reumatismos, dolores al corazón – y no amo a mujer alguna!...

Un consejo, que espero seguirás con entusiasmo. Es un deseo de amigo. Puede traerte provechos de consideración. El señor Varela ha abierto un nuevo certamen para el mes de Septiembre.

Doce composiciones subjetivas, por el estilo de las de Bécquer.

Un canto épico a las glorias de Chile.

Ya ves. Trabaja y obtendrás el premio – un premio en dinero – que es la gran poesía de los pobres.

Yo trabajo constantemente para el certamen de la Universidad.

Tema: SI la novela contemporánea podrá ser consultada por la historia. Puedo hacer un buen trabajo.

Y lo hizo.

Accediendo yo a sus deseos, concurrí al Certamen Varela, en los dos temas que Pedro me indicó. Tuve la fortuna de que en el **Canto épico** me llevase el primer premio, en compañía de mi amigo el poeta Préndez. En el otro tema no anduve tan dichoso. Mis *Otoñales* fueron alabadas... pero no premiadas.

He aquí fragmentos de otra carta de Pedro:

Santiago, septiembre 17 de 1887.

“Mi querido Darío:

Junto con ésta van las Otoñales. En una carta de invierno, la poesía de las hojas secas.

“Sabrás que el plazo fijado para la admisión de composiciones en el certamen Varela expira el 1 de agosto. Ojalá corrigieses las que te envío y en época oportuna me las remitas todas; que los dos, Manuel y yo, nos encargaremos de llevarlas a la Universidad.

Parece que hay mucho entusiasmo para concurrir a los certámenes. Yo sigo adelante en mis trabajos, aunque un poco lentamente, pues la Epoca me consume las mejores horas del día. Llega la noche y me siento sin ánimo para estudiar a Balzac, o hacer disertaciones sobre Dickens.

No es lo mismo soñar, que escribir lo que uno sueña.

Esa ventaja tienen los poetas.

La musa es un jardín.

¿Estás triste? ¡Pues señor, vamos a recoger flores! Y salen los versos, artísticoas joyas y raros engastes, perfumes de Arabia y mantos de Persia, monstruos de la India y vasos del Japón.

En fin tú creas... Yo, traduzco lo que siento en mi alma.

!Si supieses cómo tengo la cabeza!

Papá Gautier y tío Goncourt no me dejan un instante. Es un pensar en la escuela realista, que según la tesis que sostendré bajo el punto de la verdad es la más exacta. ¡Pero el arte! El arte, hijo mío, que nunca pisa el barro, ni pasea en las carretas de los verduleros, ni alienta en los cafés, ese lo busco en los libros, en mis cuadros, en el humo de mi cigarro; en las gotas de oporto o de rubio jerez!

No comprendo de otro modo la borrachera. Después de una página de Mademoiselle de Maupin, el ajenjo; el ajenjo con Alfredo de Musset, con Rolla y Namouna. Sabes que son esta filosofía llevo a una conclusión: de que hay ciertos libros que no se pueden leer sin vino embriagador. Para Poe, el arguandiente. Para Musset, el ajenjo. Para Bécquer, el jerez de la Frontera. Para Heine... no encuentro un vino apropiado... será el néctar de los dioses. Y para ti yo desearía uno de esos vinos tristes, melancólicos, que ruedan lentamente por los bordes del cristal de Bohemia... poemas rojos, saturados de sangre hirviente y del perfume de las viñas.

Yo no bebo vino, y sin embargo mis artículos tienen un cierto olorcillo...

Encuentro en otras cartas páginas descriptivas bellísimamente tratadas.

Con motivo de su enfermedad, hacía frecuentes viajes al campo o a poblaciones de la costa.

De Lota, mansión espléndida que la señora de Cousiño posee al Sur de Chile, me escribió lo siguiente una vez:

... y así contemplo a un lado la nota verde, siento la melodía amplia y sonora de los grandes pinos y de los copudos alerces, el aire suave de los eucaliptus, el cabeceo majestuoso de las araucarias y el remolino pardo-oscuro de los robles. ¡En pleno parque de Lota! “Por aquí se entra al cielo”.

¡Vamos! Si quisiera describirle la vegetación y la belleza que encierra esta suave colina que de pronto cambia y se interna en el mar, agría y cortada a pico por un lado, como los cimientos de un viejo castillo; y en

otros toma la figura de un “square” inglés, declinado blandamente hasta las cercanías de las riberas; más allá impenetrable y oscura por las ramas de los árboles; los helechos y las madreselvas que se abrazan a los troncos; aquí un kiosko edificado en la copa de un maitén que se balancea en el aire y produce vértigos; cerca de mí una Venus griega, una palizada formada de rústicos y caprichosos ganchos de árboles, que encierra una mesa de madera y unos bancos de greda; un puente colgante que comunica dos colinas, deja ver en el vacío una elegante procesión de estatuas de bronce; una cascada que se despeña entre lianas y arbustos del cerro; una hamaca colgada de dos encinas columpia a los soñadores, desde una altura increíble, y cuando se inclina de un lado, se divisa el mar, y el hada de los precipicios viene a besar nuestras frentes; el corazón se oprime. Allá hay un sendero que lleva a un pabellón turco; enormes avestruces africanos, vicuñas y pájaros de la India, se pasean en sus jaulas de alambre, mientras la atmósfera libre de un invernadero, hecho de cristales, lleva perfumes de mandrágoras, y piraguas indígenas del Cabo de Hornos. Una fuente de porcelana de colores azulados, como los relieves de la alhambra, anuncia la profundidad de un criadero de helechos, allí crecen, se estrechan, se ahogan, se confunden y se enamoran las hojas caprichosas que viven en las quebradas, los finos encajes verdes de las islas del Cabo de Buena esperanza, la ramazón fuerte y vigorosa de los canales de Smith, la pelusilla tenue de las laderas de Escosia, los ramos esponjados de las riberas del Rhin y las enredaderas perezosas de nuestras cascadas. Si quisiera describirte todo esto, necesitaría ser pintor, haber palpado la naturaleza, conocer los secretos y los horizontes azules del arte, haber luchado en la escultura con las formas abruptas de la roca, y los griegos modelados de los jarrones satíricos...

Yo tengo aquí entre las cejas todas las impresiones que he recibido, revueltas; me han tomado de sorpresa y estoy medio ciego.

Dejaremos que el arroyo se aclare, y entonces te vaciaré mis apuntes.

Vivo en un costado del parque, en la casa de la Administración. Da al mar, por el lado de los establecimientos de fundición, la fábrica de ladrillos, la bahía, los muelles y los vapores de chimeneas rojas. A un lado, los caprichos de una mujer; al otro, la pujanza y el trabajo emprendedor de un hombre. Aquí, la vida; allá, la fortuna que se pierde.

Se está construyendo una nueva casa. Es un palacio-castillo, por el estilo del castillo de Chantilly. Costará 300,000 pesos. ¿Qué tal?

Los diarios me dicen que has lanzado la circular para el ROMANCERO. Me alegro. Es una obra que tiene buen viento.

Otra página de verdad, de colorido y de gracia aristocrática:

Viña del Mar, 22 de enero.

“Mi querido Rubén:

¡Aquí me tienes con nueva perspectiva azul, muy cerca del mar, pero muy lejos de Europa... nuestra Europa...

Esta vida de los viajeros es encantadora. Hacía mucho tiempo que no sorprendía un número mayor de asuntos de artículos, dibujos a la pluma; sobre todo ese ambiente espaciosos de la campiña, que satura los pulmones y hacer revivir el espíritu amortiguado. Me siento feliz. Me siento tranquilo.

A las 5 y media en la estación.

Observé una novela.

Esos saludos de última hora, esos halagos, esos encargos repetidos en alta voz, entre carcajadas de bocas jóvenes y la tos seca de un barbudo caballero.

Por aquí llega un carro cargado de bultos: - ¡cuidado! ¡Den lugar!- dicen los de los gorros lacres, y pasan, mientras el chirrido de las ruedas se confunde con los silbidos agudos de una locomotora.

En los bancos algunas señoritas vestidas de brin, altas, bien entalladas. Pasean de vez en cuando a lo largo de la ancha plataforma.

Aquí pasan sombreros raros; allá velos que flotan, maletas canastos, y a pasar rápidamente, se divisan esos tipos trashumantes, perfilados con tinta china, como una caricatura de Gavarní, parientes todos del Padre Goriot o del abuelo de Eugenia Grandet.

Te acuerdo que cuando desees rectificar y confrontar los retrasos a la sepia del maestro Balzac, observes una estación de ferrocarriles.

Por fin, el conductor palmoteó, dio un silbido, se oyó gran algazara entre los pasajeros que cerraban estrepitosamente las puertas, de bronce un piteo estridente, dejamos la estación.

Muy luego perdimos de vista las calles, que cruzaban rápidamente como las vistas de un kaleydoscopio, y penetramos en el campo abierto bañado por el sol, y extendido, sembrado de manchas verdes; los cerros encorvados, en posturas lascivas, ostentaban todas las sinuosidades de fuertes músculos de gigante.

Atrás, Atrás! Todo pasa, todo queda en el camino, y sigue, y sigue el tren, como un poema de Campoamor, filosofando a la minuta, haciendo pensamientos rápidos y decepciones de un segundo.

Leía GUERRA Y PAZ, en Tolstoi. Cerré el libro, pues la tarde se dormía y ya no había luz.

El campo tenía luces cenicientas; una verdadera acuarela hecha con pintura de crepúsculos.

Pronto, negro. Negro como los grabados de Gustavo Doré en el INFIERNO; negro, bien negro, todo hecho de sombra. “Las montañas tienen siluetas de castillos almenados, de palacios que aguardan la magia del desencanto.

Más allá... mucho aire, aire impregnado de menta y de genciana, aire que hace reír las enfermedades.

Mi abuela, en la puerta de la casa, nos recibe con los brazos abiertos. ¡Sin orgullo te digo que me quiere mucho...! Tú conoces nuestro nido. Es aquel chalet con muchos árboles, muchos jazmines, muchos heliotropos, de esos que enferman la cabeza. A la hora de acostarse, ráfagas de las flores llegaban a mi cuarto. ¡Pícaras! Eran las flores difuntas de los pasados amores... Yo sentía un mundo viejo; tenía entre mis manos un libro borrado por el tiempo y que mis ojos se entretenían en descifrar aspirando su soplo de pasión. ¡Uf! Qué impresión tan triste, tan ridículo, dejan las mujeres cuando pierden el traje de la ilusión.

Las ninfas sorprendidas por los sátiros, deben pasar al templo de las bacantes.

En este momento sólo siento el recuerdo de mi amiga R... y de mis compañeros: de tu amistad.

Tengo conmigo a Heine, Saint Víctor, Tolstoi, Goncourt y otros más. ¡Mira qué corte! Ni Luis XV.

Tal vez te mande una correspondencia. Salud.

PEDRO”.

Ya veis –agrega Darío- si tendré razón de dedicar a la memoria de A. De Gilbert este libro de mi alma.

Es el pago de una sagrada deuda.

C

“En una semblanza publicada en **La Tribuna** de Santiago por Eduardo Poirier – Eduardo era también de la intimidad de Pedro, y es uno de los rarísimos corazones grandes y nobles que en mi vida he encontrado – he leído lo siguiente:

Era consecuente y firme en sus afectos.

-¡Rubén es un ingrato! Decíame hace poco, ¡pero tiene tanto talento!

Y no dejaba de ser justificada la queja de Pedro, pues el poeta centroamericano que ha cuatro meses abandonó nuestras playas, no ha dado hasta hoy noticias suyas a los amigos que aquí dejó y que me las están continuamente pidiendo.

Rubén Darío fue en Chile uno de los jóvenes literatos por quienes más cariño y simpatías tuvo Pedro. Y era ello en cierto modo natural, porque había entre ambos afinidades de temperamento y de gustos artísticos.

Recuerdo que hace pocos meses, cuando asociado a unos cuantos amigos de Rubén y admiradores de sus producciones, publiqué la edición de sus cuentos y versos de AZUL, decíame Pedro, a poco de haberla leído:

“-Mi querido amigo, ¡cuánto siento que mis dolencias me impidan escribir sobre AZUL! ¡qué artículo tengo en la cabeza!

“A la sazón hallábase apenas convaleciendo de uno de los ataques de su traidora enfermedad.

“¡Y qué hermoso juicio crítico habría dado Pedro a la stampa, como lo hizo cuando la publicación de Abrojos, libro al que A. De Gilbert dedicó una de las más bellas páginas que sobre letras se hayan publicado!

“Estamos ciertos de que mucho antes de que las presentes líneas lleguen a poder del poeta de Nicaragua, éste habrá sabido cumplir con su noble amigo haciendo llegar hasta su recién abierta tumba su ofrenda cariñosa bajo la forma de doliente y sentida melodía fúnebre...

“Rubén es un ingrato... se olvida de los amigos... No escribe... Sí, todos, o casi todos vosotros, mis amigos, os quejáis de mí, con harta justicia al parecer.

Sed indulgentes; si os asomáis al fondo, veréis claridad.

Llevado por el viento como un pájaro; sin afecciones, sin familia, sin hogar; teniendo desde casi niño sobre mis hombros el peso de mi vida; fatigado desde temprano con verdaderas tristezas; guardo en lo profundo de mi ser bondad, mucho cariño, mucho amor. No seáis injustos. Yo tengo por únicos sostenes mis esperanzas, mis sueños de gloria⁶⁵. Esto me libra de ser escéptico, de ser ingrato, del vahído siniestro del abismo del mal. Yo creo en Dios. Y así voy en el mundo, por un camino de peregrinación, viendo siempre mi miraje, en busca de mi ciudad sagrada, donde está la princesa triste, en su torre de marfil...

San Salvador, 1 de enero de 1890.”

El 21 de febrero de 1892, Darío publica en el **Diario del Comercio**, de San José, Costa Rica, el cuento ensayado⁶⁶ *“Historia de un sobretodo”*, donde el autor enfoca un objeto, una prenda de vestir, que le hace recordar parte

⁶⁵ De esta expresión de Rubén Darío, calada en sus remembranzas sobre la personalidad de Pedro A. Balmaceda Toro, he tomado dichas palabras para Titularlas en **“...Mis sueños de gloria...”** Rubén Darío.

⁶⁶ En el deslinde de los géneros literarios que se agrupan bajo el nombre de *“artículo periodístico”*, podemos captar una familia de la forma literaria en que se confunden: el ensayo, el cuento, el artículo literario para periódico o revista, la reseña de libros y sus autores, crónica ligera, etc. Así que podemos dictaminar que *“Historia de un sobretodo”*, como un ensayo periodístico, o cuento-ensayo, o crónica para periódico, tal como aquí lo dice Darío.

de su vida en un recuento que va desde Chile, 1887, hasta Paul Verlaine (1892), de acuerdo a una carta recibida de París, de su amigo Enrique Gómez Carrillo. Este es otro trabajo escrito como ensayo autobiográfico, pero que los críticos lo incluyen entre los cuentos de Darío, y por lo cual nosotros decimos que se trata de un cuento ensayado. Leamos el cuento ensayado:

HISTORIA DE UN SOBRETUDO

Es en el invierno de 1887, en Valparaíso. Por la calle del Cabo hay gran animación. Mucha mujer bonita va por el asfalto de las aceras, cerca de los grandes almacenes, con las manos metidas en espesos manguitos. Mucho dependiente del comercio, mucho corredor, va que vuela, enfundado en su sobretodo. Hace un frío que muerde hasta los huesos. Los cocheros pasan rápido, con sus ponchos listados; y con el cigarro en la boca, al abrigo de sus gabanes de pieles, despaciosos, satisfechos, bien enguantados, los señorones, los banqueros de la calle Prat, rentistas obesos, propietarios, jugadores de bolsa. Yo voy tiritando bajo mi chaqueta de verano, sufriendo el encarnizamiento del aire helado que reconoce en mí a un hijo del trópico. Acabo de salir de la casa de mi amigo Poirier, contento, porque ayer tarde he cobrado mi sueldo de **El Herald**, que me ha pagado Enrique Valdés Vergara, un hombrecito firme y terco... Poirier, sonriente, me ha dicho mirándome a través de sus espejuelos de oro: "*Mi amigo, lo primero ¡comprarse un sobretodo!*" Ya lo creo. Bien me impulsa a ello la mañana opaca que enturbia un sol perezoso, el vientecillo, el vientecillo que viene del mar, cuyo horizonte está borrado por una tupida bruma gris.

He allí un almacén de ropa hecha. ¿Qué me importa que no lleve mi sobretodo la marca de Pinaud? Yo no soy un Cousiño, ni un Edwards. Rico almacén. Por todas partes maniqués; unos vestidos como cómicos recién llegados, con ropas a grandes cuadros vistosos, levitas rabiosas, pantalones desesperantes; otros con *macferlanes*, levitones, esclavinas. En las enormes estanterías trajes y más trajes, cada cual con su cartoncito numerado. Y cerca de los mostradores, los dependientes –iguales en todo el mundo–, acursilados, peinaditos, recompuestos, cabezas de peluquero y cuerpos de figurines, reciben a cada comprador con la sonrisa estudiada y la palabra melosa. Desde que entro hago mi elección, y tengo la dicha de que la pieza deseada me siente tan bien como si hubiera sido cortada expresamente por la mejor tijera de Londres. ¡Es un ulster, elegante, pasmoso, triunfal! Yo veo y examino con fruición incomparable su tela gruesa y fina y sus forros de lana a cuadros, al son de los ditirambos que el vendedor repite extendiendo los faldones, acariciando las mangas y procurando infundir en

mí la convicción de que esa prenda no es inferior a las que usan el príncipe de Gales o el duque de Morny... “¡Y sobre todo, caballero, le cuesta a usted muy barato!” –“es mía” contesto con dignidad y placer-. “¿Cuánto vale?” –“Ochenta y cinco pesos”. ¡Jesucristo!... cerca de la mitad de mi sueldo, pero es demasiado tentadora la obra y demasiado locuaz el dependiente. Además, la perspectiva de estar dentro de pocos instantes el cronista caminando por la calle del Cabo, con ulster que humillará a más de un modesto burgués, y que se atraerá la atención de más de una sonrosada porteña...Pago, pido la vuelta, me pongo frente a un gran espejo el ulster, que adquiere mayor valor en compañía de mi sombrero de pelo, y salgo a la calle más orgulloso que el príncipe de un feliz y hermoso cuento.

¡Ah, cuán larga sería la narración detallada de las aventuras de aquel sobretodo! ¡El conoció desde el palacio de la Moneda hasta los arrabales de Santiago; el noctambuleó en las invernales noches santiaguesas, cuando las pulmonías estoquean al trasnochador descuidado; él cenó “chez Brink”, donde los pilares del café parecen gigantescas salchichas, y donde el mostrador se asemeja a una joya de plata; él conoció de cerca a un gallardo Borbón, a un criminal, a una gran trágica; él oyó la voz y vio el rostro del infeliz y esforzado Balmaceda! Al compás de los alegres tamborileos que sobre mesas y cajas hacen las “cantoras”, él gustó, a son de arpa y guitarra, de las cuecas que animan al roto, cuando la chicha hierve y provoca en los “potrillos” cristalinos, que pasan de mano en mano. Y cuando el horrible y aterrador cólera morbo envenenaba el país chileno, él vio, en las noches solitarias y trágicas, las carretas de las ambulancias, que iban cargadas de cadáveres. ¡Después, cuántas veces, sobre las olas del Pacífico, contempló, desde la cubierta de un vapor, las trémulas rosas de oro de las admirables constelaciones del Sur! Si el excelente ulster hubiese llevado un diario, se encontrarían en él sus impresiones sobre los pintorescos chalets de Viña del Mar, sobre las lindas mujeres limeñas, sobre la rada del Callao. El estuvo en Nicaragua; pero de ese país no hubiera escrito nada, porque no quiso conocerle, y pasó allá el tiempo, nostálgico, viviendo de sus recuerdos, encerrado en su baúl. En El Salvador sí salió a la calle, y conoció a Menéndez y a Carlos Ezeta. Azorado, como el pájaro al ruido del escopetazo, huyó a Guatemala cuando la explosión del 22 de junio. Allá volvió a hacer vida de noctámbulo; escuchó a Elisa Zangheri, la artista del drama, y a su amiga Lina Cerne, que canta como un ruiseñor.

Y un día, ¡ay!, su dueño, ingrato, lo regaló.

Sí, fui muy cruel con quien me había acompañado tanto tiempo. Ved la historia. Me visitaba en la ciudad de Pedro de Alvarado un joven amigo de

las letras, inteligente, burlón, brillante, insoportable, que adoraba a Antonio de Valbuena, que tenía buenas dotes artísticas, y que se atrajo todas mis antipatías por dos artículos que publicó, uno contra Gutiérrez Nájera y otro contra Francisco Gavidia. El muchacho se llamaba Enrique Gómez Carrillo y tenía costumbre de llegar a mi hotel a alborotarme la bilis con sus juicios atrevidos y romos y sus risitas molestas. Pero yo le quería, y comprendía bien que en él había tela para un buen escritor. Un día llegó y me dijo: – “*Me voy para París*”. – “*Me alegro. Usted hará más que las recuas de estúpidos que suelen enviar nuestros gobiernos*”. Prosiguió el charloteo. Cuando nos despedimos, Enrique iba ya pavoneándose con el Ulster de la calle del Cabo.

¡Cómo el tiempo ha cambiado! Valdés Vergara, el “*hombrecito firme y terco*”, mi director de El Herald, murió en la última revolución como un héroe. El era secretario de la Junta del Congreso, y pereció en el hundimiento del Cochrane. Poirier, mi inolvidable Poirier, estaba en México de Ministro de Balmaceda, cuando el dictador se suicidó... Valparaíso ha visto el triunfo de los revolucionarios; y quizá el dueño de la tienda de ropa hecha, en donde compré mi sobretodo, que era un excelente francés, está hoy reclamando daños y perjuicios. ¿Y el ulster? Allá voy. ¿Conocéis el nombre del gran poeta Paul Verlaine, el de los Poemas saturninos? Zola, Anatolio France, Julio Lemaitre, son apasionados suyos. Toda la juventud literaria de Francia ama y respeta al viejo artista. Los decadentes y simbolistas le consultan como a un maestro. France, en su lengua especial, le llama “*un salvaje soberbio y magnífico*”. Mauricio Barrés, Moréas, visitan en “sus hospitales” al “*pobre Lélian*”. El joven Gómez Carrillo, el andariego, el muchacho aquel que me daba a todos los diablos, con el tiempo que ha pasado en París ha cambiado del todo. Su criterio estético es ya otro; sus artículos tienen una factura brillante aunque descuidada, alocada; su prosa gusta y da a conocer un buen temperamento artístico. En la gran capital, a donde fue pensionado por el gobierno de su país, procuró conocer de cerca a los literatos jóvenes, y lo consiguió, y se hizo amigo de casi todos, y muchos de ellos le asistieron, en días de enfermedad, al endiablado centro-americano, que a lo más contara veintiún años. Pues bien, en una de sus cartas, me escribe Gómez Carrillo esta posdata: “*¿Sabe usted a quién le sirve hoy su sobretodo? A Paul Verlaine, al poeta... Yo se lo regalé a Alejandro Sawa –el prologuista de López Bago, que vive en París- y él se lo dio a Paul Verlaine. ¡Dichoso sobretodo!*”

Sí, muy dichoso; pues del poder de un pobre escritor americano, ha ascendido al de un glorioso excéntrico, que aunque cambie de hospital todos los días, es uno de los más grandes poetas de la Francia.

Rubén Darío.

Brevísimo ensayo autobiográfico:

¡NEVER MORE...! “**JAMAS...!**”

*A mi amigo José Tible Machado*⁶⁷

Triste, con la tristeza alegre que suele venir de las borracheras no bajo el influjo de la musa verde, no bajo el influjo de la musa negra; sino bajo tu impulso ¡Oh suave musa! Que derramas lágrimas y me consuelas, -yo estaba pensando...

.....

La primera visión fue el ayer, la hermosa juventud, dorada y florida, llena de sol, poblada de todas las alegrías de la primavera.

Allá lejos, lo que resplandecía era la aurora; la palabra que me murmuraba una voz al oído era “Esperanza”.

.....

La segunda visión fue toda de oro, radiante en los prestigios de la apoteosis triunfal del Emperador-Sol; un relampagueo de diamantes, una fiesta de iris vivos; un supremo esplendor de infinitas claridades era el fondo de la visión, ¡y la visión era una palma de luz, símbolo del Triunfo! Emblema de la posesión del hoy glorioso que me hacía mirarme, como un rey que acabara de recibir la herencia de un trono, y cuyo nombre fuera saludado por salvas de cañones y estallidos de clarines.

.....

La tercera visión tenía un fondo negro y oscuro; era una enlutada y pálida criatura que tenía las manos juntas y los ojos tristes. En la profundidad de la noche, había ecos de sollozos, estremecimientos, ayes; y de pronto, en una fúnebre claridad de luz difunta, en algo

⁶⁷ Según el doctor Alejandro Montiel Arguello, este es un artículo inédito que lo incluye y reproduce en **Rubén Darío en Guatemala** (p. 262). Fue publicado por primera vez, en la Revista **Guatemala Ilustrada**, dirigida por Próspero Calderón, en el número 2 del 25 de septiembre de 1892, en Guatemala. En dicho artículo Darío tiene la visión romántica de lo que será su futura vida con el logro de la gloria...

como el sereno resplandor de un fatal sueño, la voz de la pálida criatura vaga y amarga como llena de gemido, me dijo la palabra que oyó del cuervo, Edgar Poe: “Jamás...!”

Rubén Darío

Comentario: ¿Qué quiso decir Darío en este poema en prosa? Preguntamos a todos los vientos del cielo. Porque es una alegoría muy linda, con tono autobiográfico del poeta Darío, quien se sentía tocado por una “*tristeza alegre*”. El se siente con el aire feliz como todo un emperador apoteósico terrenal, pero al mismo tiempo, el siente allá en el fondo de su alma que hay un trono oscuro con estremecimientos de aleteos producidos por un fatal sueño..., y que le dice al oído: “*Never more...!*”

PALABRAS LIMINARES DE PROSAS PROFANAS

Después de Azul... después de Los Raros, voces insinuantes, buena y mala intención, entusiasmo sonoro y envidia subterránea —todo bella cosecha—, solicitaron lo que, en conciencia, no he creído fructuoso ni oportuno: un manifiesto.

Ni fructuoso ni oportuno:

a) Por la absoluta falta de elevación mental de la mayoría pensante de nuestro continente, en la cual impera el universal personaje clasificado por Remy de Gourmont con el nombre de Celui-qui-ne-comprend-pas. Celui-qui-ne-comprend-pas es, entre nosotros, profesor, académico correspondiente de la Real Academia Española, periodista, abogado, poeta, rastaquouer.

b) Porque la obra colectiva de los nuevos de América es aún vana, estando muchos de los mejores talentos en el limbo de un completo desconocimiento del mismo Arte a que se consagran.

c) Porque proclamando, como proclamo, una estética acrática, la imposición de un modelo o de un código implicaría una contradicción.

Yo no tengo una literatura «mía» —como la ha manifestado una magistral autoridad—para marcar el rumbo de los demás: mi literatura es mía en

mí—; quien siga servilmente mis huellas perderá su tesoro personal y, paje o esclavo, no podrá ocultar sello o librea. Wágner, a Augusta Holmés, su discípula, dijo un día: «lo primero, no imitar a nadie, y sobre todo, a mí». Gran decir.

* * *

Yo he dicho, en la misa rosa de mi juventud, mis antífonas, mis secuencias, mis profanas prosas.—Tiempo y menos fatigas de alma y corazón me han hecho falta para, como un buen monje artífice, hacer mis mayúsculas dignas de cada página del breviario. (A través de los fuegos divinos de las vidrieras historiadas me río del viento que sopla afuera, del mal que pasa). Toca, campanas de oro, campanas de plata, toca todos los días, llamándome a la fiesta en que brillan los ojos de fuego, y las rosas de las bocas sangran delicias únicas. Mi órgano es un viejo clavicordio pompadour, al son del cual danzaron sus gavotas alegres abuelos; y el perfume de tu pecho es mi perfume, eterno incensario de carne. Varona inmortal, flor de mi costilla.

Hombre soy.

* * *

¿Hay en mi sangre alguna gota de sangre de África, o de indio chorotega o nagrandano? Pudiera ser, a despecho de mis manos de marqués; mas he aquí que veréis en mis versos princesas, reyes, cosas imperiales, visiones de países lejanos o imposibles: ¡qué queréis!, yo detesto la vida y el tiempo en que me tocó nacer; y a un presidente de República no podré saludarle en el idioma en que te cantaré a ti, ¡oh Halagabal!, de cuya corte —oro, seda, mármol— me acuerdo en sueños...

(Si hay poesía en nuestra América, ella está en las cosas viejas: en Palenke y Uxatlán, en el indio legendario, y en el inca sensual y fino, y en el gran Moctezuma de la silla de oro. Lo demás es tuyo, demócrata Walt Whitman).

Buenos Aires; Cosmópolis.

¡Y mañana!

* * *

El abuelo español de barba blanca me señala una serie de retratos ilustres: «Éste, me dice, es el gran don Miguel de Cervantes Saavedra, genio y manco; éste es Lope de Vega; éste, Garcilaso; éste, Quintana». Yo le pregunto por el noble Gracián, por Teresa la Santa,⁶⁸ por el bravo Góngora y el más fuerte de todos, don Francisco de Quevedo y Villegas. Después exclamo: ¡Shakespeare! ¡Dante! ¡Hugo...! (Y en mi interior: ¡Verlaine...!)

Luego, al despedirme: «Abuelo, preciso es decíroslo; mi esposa es de mi tierra; mi querida, de París».

* * *

¿Y la cuestión métrica? ¿Y el ritmo?

Como cada palabra tiene un alma, hay en cada verso, además de la armonía verbal, una melodía ideal. La música es sólo de la idea, muchas veces.

* * *

La gritería de trescientasocas no te impedirá, silvano, tocar tu encantadora flauta, con tal de que tu amigo el ruiseñor esté contento de tu melodía. Cuando él no esté para escucharte, cierra los ojos y toca para los

⁶⁸ Pocos se preocupan de la forma artística, del refinamiento; pocos dan –para producir la chispa– con el acero del estilo en esa piedra de la vieja lengua, enterrada en el tesoro escondido de los clásicos; pocos toman de Santa teresa, la doctora, que retorció y laminaba y trenzaba la frase; de Cervantes, que la desenvolvía armoniosamente; de Quevedo, que la fundía y vaciaba en caprichoso molde, de raras combinaciones gramaticales. Y tenemos quizá más que ninguna otra lengua un mundo de sonoridad, de viveza, de coloración, de vigor, de amplitud, de dulzura; tenemos fuerza y gracia a maravilla. Hay audaces, no obstante, en España y no faltan –gracias a Dios– en América.

¡He aquí a Riquelme, a Gilbert en Chile!

Se necesita que el ingenio saque del joyero antiguo el buen metal y la rica pedrería, para fundir, montar y pulir a capricho, volando al porvenir, dando novedad a la producción, con un decir flamante, rápido, eléctrico, nunca usado, por cuanto nunca se han tenido a la mano como ahora todos los elementos de la naturaleza y todas las grandezas del espíritu.

No nos debilitemos, no empleemos ese procedimiento con polvos de arroz y con hojarascas de color de rosa, a la parisiense –hablo con los poquísimos aficionados–, pero empleemos lo bello en otras esferas, en nuestra literatura que empieza.

Rubén Darío.

En **La Libertad Electoral**, Santiago, 7 de abril de 1888.

habitantes de tu reino interior. ¡Oh pueblo de desnudas ninfas, de rosadas reinas, de amorosas diosas!

Cae a tus pies una rosa, otra rosa, otra rosa, ¡Y besos!

* * *

*Y la primera ley, creador: crear. Bufo el eunuco. Cuando una musa te dé un hijo, queden las otras ocho encinta.*⁶⁹

“EN ASTURIAS” I (Desilusión de un milagro)

Ensayo autobiográfico de Rubén Darío incluido en **Opiniones** (1906)⁷⁰

Por Palacio Valdés y el difunto *Clarín*, sospeché la vida ovetense, en tierra de Asturias. La existencia ciudadana, como en nuestras antiguas villas

⁶⁹ Allá, sin formas propias, sin encontrar hacedero sino aquello que el canon antiguo señala, los escritores y poetas han tenido como norma, de una manera principal, los clásicos españoles, hasta hace poco tiempo; después por nuevas vías han procurado seguir a tal cual astro grande o mediano que en la madre patria se ha levantado. Y no es que censuremos el apego, por ejemplo, al decir puro y hermoso de los maestros de los mejores días del habla hispana, que esto es plausible, sino que deseáramos más vuelo, más entusiasmos, pues tenemos el convencimiento de que hemos llegado a un estado tal en nuestra América, hemos vivido una vida tan rápida, que es preciso dar nuevas formas a la manifestación del pensamiento, forma vibrante, pintoresca y, sobre todo, llena de novedad y libre y franca; dar –como lo hemos dicho en otra ocasión– toda la soberanía que merece la idea escrita, hacer del dón humano por excelencia un medio refinado de expresión, utilizar todas las sonoridades de la lengua en exponer todas las claridades del espíritu que concibe. Pocos se preocupan de la forma artística; pocos dan –para producir la chispa– con el acero del estilo en esa piedra de la vieja lengua, enterrada en el tesoro escondido de los clásicos; pocos toman de Santa Teresa la doctora, que retorció, laminaba y trenzaba la frase; de Cervantes, que la desenvolvía armoniosamente; de Quevedo, que la fundía y vaciaba en caprichosos moldes de raras combinaciones gramaticales. Y tenemos ahí –y es lo que hay que aprovechar en nuestro decir moderno–, tenemos, quizá más que ninguna otra lengua, un mundo de sonoridad, de viveza, de coloración, de vigor, de amplitud, de dulzura; tenemos fuerza y gracia a maravilla.

El conocimiento del arte y el culto de la belleza, por otra parte, hacen imposibles ciertas expansiones y análisis, cierto desparramar ideas, reglas y palabras que no dan buen ejercicio al entendimiento, y traen empequeñecimiento y decadencia. Esto, en cuanto con la alta crítica se relaciona.

Rubén Darío.

Fue publicado en **El Herald**, Valparaíso, 16 de Junio de 1888.

⁷⁰ Como se puede apreciar en **Opiniones** de Rubén Darío, el capítulo I “*En Asturias*” es un ensayo autobiográfico, que Fidel Coloma González en su estudio preliminar “*Prólogo*” de **Opiniones**, 1990, Editorial Nueva Nicaragua, en la página 27, observa “Por eso es interesante la crónica-cuento “*En Asturias*”. Mientras que aquí nosotros sostenemos que los capítulos II, III, IV y V, son cuentos ensayados, o más bien ensayos cortos si se les observa detenidamente, pero no son ensayos autobiográficos.

hispanoamericanas, aún tibias de la empolladura colonial, con sus curas, bachilleres, señoronas y chismes. Las iglesias siempre triunfantes, la alta sociedad untada de sports por el contagio de los viajes. En el ambiente universitario, aún rancio, invasión de cosas nuevas que llegan del extranjero. Para ver bien todo eso, ahí tenéis **El Maestrante** y **La Regenta**. Y en las revistas podéis saber que es aquí, en Oviedo, donde tiene su asiento principal esa ciencia internacional y periódica que posee sus mejores representantes españoles en los profesores Posada, Buylla, Dorado y Altamira.

Yo voy a lo que más puede interesar vuestra curiosidad y halagar vuestra fantasía. Os ofreceré un poco de maravilloso.

Sabía yo que la catedral de Oviedo poseía un tesoro de reliquias más rico que el de cualquier basílica italiana o que el de Nuestra Señora de París; y que entre las cosas que aquí se encuentran las hay extraordinarias. Yo me había imaginado muchas de ellas a través de cristales de poesía. Saludé, pues, la torre esbelta y labrada, la plazoleta antigua y estrecha, y me encontré en el ambiente oloroso a incienso de las vastas naves ojivales. Era la hora del coro y los canónigos celebraban el oficio. Resonaba el canto llano. Un órgano se hacía oír de tanto en tanto. Y como vibrantes chirimías, las voces de los monagos se unían a los agudos del instrumento. Uno de esos levitas en miniatura andaba por ahí con su balandrán y su blanca sobrepelliz. A una seña se me acercó. Le pregunté por el lugar de las reliquias, y el duende, no exento de gravedad, me dijo que tuviese paciencia por unos instantes. Y fue a unir su voz con la de sus compañeros; allá, junto al facistol. Algunos minutos después salió acompañado de dos canónigos. A una indicación les seguí.

Entramos por una puerta cercana a la sacristía. Subimos una escalera; bajamos otra corta. Henos ante otra puerta junto a la cual hay una campana que el monaguillo hace sonar dos veces. Entre tanto, los canónigos rezan. Uno de ellos, algo encorvado, misterioso, de ojos agudos, llama mi atención. Mientras le miro me instruye en voz baja un poeta del país, que me acompaña: “*–Ese es un bravo y terrible sacerdote... Ha sido periodista de combate, hombre de empuje... Le llaman El Angelón...*”

La puerta se había abierto, y tanto El Angelón, semejante a un Claudio Frollo, como el otro canónigo, nos precedieron al entrar al Relicario, sin dejar de mascullar sus rezos. Entraba claridad por la puerta y no recuerdo si por algún ventanillo; mas el monago encendió un cirio, y con el tono y manera de un cicerone que se respeta, comenzó a pronunciar su sabia lección y a mostrar a mi intranquila curiosidad un cúmulo de sacras

maravillas. Poco me faltó del *“Breve sumario de las santas reliquias que en la cámara santa de Oviedo se veneran manifiestas, fuera del arca santa, después que por la misericordia divina, por que año de mil setenta y cinco, a instancia del señor Rey Don Alfonso el VI, fue abierta con asistencia de varios de los prelados de España, que por la general devastación del reino se hallaban refugiados en dicha ciudad; y asimismo de las indulgencias concedidas a este santuario, que ganan los que visitan y asientan cofrades en virtud de esta bula”*. Poco me faltó, digo; pero con lo que percibí tuve para copiosa provisión de ensueños en una exploración de invisible por espacio y tiempo.

Mas antes os he de decir la historia milagrosa de estas riquezas benditas, tal como consta en episcopales documentos. Reinaba Cosroes de Persia sobre Jerusalem, dominada por sus ejércitos, cuando por disposición divina fue llevada de la ciudad superilustre a tierras africanas una caja, hecha en *“madera incorruptible”*, por cristianos que habían recibido la doctrina de los apóstoles mismos. Siempre prodigiosamente, la caja erró de África a Cartagena de España, de Cartagena a Sevilla, de Sevilla a Toledo, de Toledo al Monte Sacro de Asturias y del Monte Sacro a la iglesia de San Salvador, de Oviedo, *“donde dicha arca fue abierta, y hallaron en ellas los fieles muchos cofrecitos de oro, de plata, de marfil y de coral, los cuales, abiertos con suma veneración, ciertas cédulas atadas a cada reliquia de las que dentro estaban, manifiestamente declaraban lo que cada una era”*. El arca estaba central ante mí, mas cubierta de antiguas chapas y bien labrada orfebrería. Y dentro del arca, algunos de los objetos venerados que no se muestran sino en señalados días del año, con ocasión de fiestas especiales y con gran aparato ritual y manifestaciones de fe.

La vocecita dijo: *“—Esta es una pequeña parte de la sábana santa en la cual envolvió José de Arimatea, el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo.”* Yo sentía una vaga emoción, con un vago perfume de infancia..., a pesar de que un mal diablillo me andaba por lo interior diciéndome: *“¡Muy bien, muy bien! ¿Qué van a decir, si usted cuenta esto, ciertos amigos suyos que saben tanto del protoplasma?”* Dejé murmurar al diablillo, y vi enfrente de mí, bajo un fanal en un marco de oro, un trozo de tela blanca, que me pareció demasiado blanca para tantos siglos, y muy semejante a ciertos tejidos manchesterianos. Mas luego abandoné las influencias razonadoras, y con el admirable poder imaginativo pude agrandar el pedazo de tela y ver el inmortal cuadro del descendimiento, y el del lavado del santo cuerpo, y la piedad del vecino hierosolimitano que primero que todos los celebrantes de la misa, colocó sobre el Corporal, la misteriosa y carnal Hostia antes de la transubstanciación.

Continuaba el rezar de los canónigos, y la fina vocecita casi no se daba tiempo: –*“Estas son ocho espinas de la Corona Sagrada, de la Corona cruel que los judíos pusieron en la cabeza de Nuestro Redentor.”* Y vi en una a modo de custodia las negras espinas, que más bien se me representaron clavos. Recordé una que antes viera en ya no sé cuál templo romano, y la corona despojada de sus espinas que se muestra el Jueves Santo a los fieles en la basílica parisiense, corona que parece un círculo de secos mimbres... Mas surgió en la lejanía de lo pasado, en la tarde lívida y eléctrica del Calvario, la dolorosa y portentosa Figura, con la frente ceñida por la diadema de martirio, sangre y palidez, amargura humana y desconsuelo divino.

–*“He aquí –prosiguió la lengua infantil- un pedazo de la caña que los judíos pusieron a Cristo por burla.”* Recordé a las iluminadas, a las videntes Emerich y Agreda. Lo que pude fueron unas a manera de dos hojas de palma resecas, de amarillento color. Mas se apareció la indestructible canalla burladora e insultadora de las majestades espirituales, y el triste Cristo, vestido de melancolía, soportando la tortura de las risas miserables.

–*“Un pedazo de la túnica inconsútil”*... no logro verla en el relicario; *“de su sepulcro”*, tampoco; *“de los pañales en que estuvo envuelto en el pesebre”*, tampoco, *“del pan de la última cena”*, esto sí. Me hace pensar en los panes encontrados en las ruinas de Pompeya. Y después me entra un pueril deseo... Si pudiera probarse esa supernatural pasta, en la cual, antes que por las palabras de la consagración, estuvo la carne simbólica de la divinidad, simbólica y efectiva, para el creyente... ¡Y si probando esos relieves del ágape de los 13, no conseguiría uno la visión de lo inmortal, la potencia de lo infinito, los dones que traen las lenguas de fuego del Santo Espíritu!...

Mas el monago no da paz a la palabra: –*“He aquí uno de los treinta dineros por que Jesucristo, nuestro bien, fue vendido por Judas.”* –¡En dónde está? *“Dentro de esa caja.”* –Lo creo- –¡Judas, desastrado Judas, precioso chivo emisario del cristiano triunfo, pobre cabeza de turco de la Redención! El libro de Petruccelli Della Gatina es un curioso libro... Mas, sobre todo, hay que meditar, ¡oh creyentes mis hermanos!, en que Judas cumplió las disposiciones del Padre; y en que sin la obra inconsciente suya no se hubieran cumplido las profecías.

En cuanto a este dinero, uno de los treinta famosos, creo que debería sacarse de aquí, de esta quieta y venerable catedral ovetense, y llevarse a París, a ser guardado en la caja de Rosthschild, o a otra parte cualquiera del

mundo, a la casa de otro congénere, donde pudiera devengar los racionales intereses.

Ocultos también están los que canta la boca del eclesiástico gnomo – “preciosos cabellos y vestidura de la Santísima Virgen; lienzo humedecidos con la leche de la misma Madre de Dios”. Aquí mi duda no fue sino teológica. Pregunta: ¿Fue, por disposición divina, llevada la inmortalidad de los cielos María con todo lo que constituyó su cuerpo mortal sobre la tierra? ¿El día de la ascensión no subió la Virgen, completa e intacta, al empíreo? Si esto es de fe, no corto sacrilegio están cometiendo los canónigos que conservan y se glorían de poseer algo de la figura corporal de María, madre de Jesucristo, en San Salvador de Oviedo. Yo opino que habría que sacar a la luz esos cabellos. Y si son, en efecto, ya veríais, como en el poema de Hugo los de Cristo en la mano del sayón, tornarse éstos en hebras de luz sobrenatural; notar los sabios una descomposición en la máquina del día, y la humanidad sentir entrársele por los ojos, una miel de aurora que haría desleírse las almas, en un deseo de amor universal y de fe profunda.

Después, aquí están un *lignum-crucis*, que no me interesa tanto después del buen trozo, que parece petrificado, del tesoro de Notre-Dame; un pedazo del pez asado y del panal de miel que Jesús comió con los apóstoles después de la Resurrección –cosas que no me mostraron-; tierra sobre que puso los pies Jesucristo cuando subió a los cielos, y tierra del sepulcro de Lázaro; algo de la piedra que cerró el sepulcro del Señor, y del ramo de oliva que llevó en sus manos cuando la entrada en Jerusalem. Nada de esto veo en mis ojos carnales. Me presentan una redoma “con sangre derramada por el costado de una imagen que los cristianos habían hecho a semejanza de Jesucristo, a la cual los judíos, obstinados por su antigua incredulidad, fijaron por señal o blanco, y con una lanza hirieron el costado derecho, del cual salió sangre y agua”. No veo nada, absolutamente nada, en la opaca redoma. Pero *credo*.

Mas he aquí que vienen en seguida, chillados por el monaguillo: algo de la frente y cabellos de San Juan Bautista; un hueso del mismo San Juan Bautista; reliquias de los doce apóstoles ¡y de los profetas!; la suela de la sandalia del pie derecho del apóstol San Pedro, que me parece de un cuero demasiado fresco, como diría Mark Twain; un buen pedazo del pellejo de San Bartolomé, que se asemeja a viejo pellejo de cerdo; la cartera, ¡sí, la cartera!, de San Andrés, semejante a esas bolsas en que los gauchos guardan el tanaco; cabellos, ¡oh profanación!, con que la Magdalena enjugó los pies de Jesús, y huesos y reliquias de todos los que vais a oír: San Juan, San Esteban, San Lorenzo, San Vicente, Santos Cosme, Damián, Esteban

Papa, Cipriano, Facundo, Primitivo, Justo, Pastor, Fructuoso, Emeterio, Celedonio, Adriano, Mamés, Verísimo, Máximo, Vedulo, Pantaleón, Cucufate, Sulpicio, Eugenio, Eulogio, Víctor, Sergio, Bachio, Juliano, Félix, Pedro el Exorcista, otro Félix, Fausto, Colegio, Esportalio, Hieremías, Martino, obispo Cristóbal, Grato, Luciano, Tirso, Librada, Ana, Natalia, Águeda, Justa, Rufina, Servanda, Germana, Beatriz, Petronila, Eulalia de Barcelona, Emilia, Pomposa, y una navaja de la rueca con que fue martirizada Santa Catalina.

¡Ah, no!

Y El Angelón y su compañero siguen rezando.

Y luego me muestran “*una parte de la vara con que Moisés dividió las aguas del Mar Rojo*”, ¡y veo un fragmento de palito como un lápiz, yo, que soñaba con tal luminoso garrote, que al agitarse en el aire, pondría espanto en el tropel de los truenos y en la madriguera de los rayos!

Y después se me muestra “una cruz de oro purísimo, labrada por mano de los ángeles”, y que clama ser labor de plateros bizantinos, y se me dice que existen aquí mismo: una piedra del monte Sinaí, sobre la cual ayunó Moisés; maná que llovió Dios a los israelitas en el desierto; ¡el manto del profeta Elías!; huesos de los tres niños del horno de Babilonia, Ananías, Azarías y Misael; una de las “*hidras*” en que Cristo convirtió el agua en vino; los cuerpos de los mártires Eulogio y Lucrecia; el de Santa Eulalia de Mérida, el de San Vicente Abad, y los de San Julián y de San Serrano, y la espaldilla de San Pedro Regalado, y otros huesos más...

¡Ah, no! ¡Ah, no! Sospecho que el angelito, El Angelón y su colega, me están jugando una mala pasada... Guardo, orantes y piadosos Barnums, mis cristales de poesía y mi fe para mejor ocasión.

Tomad dos pesetas... ¡Creo en Dios. Creo en Dios!... Pero ¡idos al diablo!

Rubén Darío.

PRIMAVERA APOLINEA

Prólogo al libro de Alejandro Sux
**La Juventud intelectual de la
América Hispana** (1911)

Una copiosa cabellera. Unos ojos de ensueño y de voluntad. Juventud, mucha juventud, un poeta habla:

—Yo nací del otro lado del Océano, en la tierra de las pampas y del gran Río. Desde mi pubertad me sentí Abel; un Abel resuelto a vivir toda mi vida y a desarmar a Caín de su quijada de asno. Afligí a mis padres, puesto que muy temprano vieron en mí el signo de la lira. Se me rodeó de guarismo en el ambiente de las transacciones y salté la valla. De todo el himno de la patria, sólo quedó en mi espíritu cantando un verso: ¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad! Y me sentí desde luego libre, por mi íntima y determinada volición.

Y conocí a un hermano mayor, a un compañero, que tendiendo la diestra me señaló un vasto campo, para las luchas y para los clamores. Me inició en el sentimiento de la solidaridad humana, aquel joven bello y atrevido, de vida trágica y de versos fuertes. Mi bohemia se mezcló a las agitaciones proletarias, y, aún adolescente, me juzgué determinando a rojas campañas y protestas. Fraseé cosas locamente audaces y rimé sonoras imposibilidades. Mi alma anhelante de ejercicios y actividades, fluctuó en su primavera sobre el suburbio. No sabía yo bien a donde iba, sino a donde llamaban lejanos clarines. Me embebí en el misterio de la naturaleza y el destino de las muchedumbres, enigma fue, para mí, tema y obsesión. Ardí de orgullo. Consideréme en la solidaridad humana vibrantemente personal. Nada me fue extraño y mi yo invadía el universo, sin otro bagaje que el que mi caja craneana portaba de ensueños y de ideas. Mi espíritu era un jardín. Mis ambiciones eran, en mi debilidad humana, alas divinas. Y, como no encontraba campaña mejor que la que levantaba el alma de los desheredados, de los humildes, de los pobres, de los trabajadores, me fui a buscar a Cristo por los mesones de los barrios bajos y por los pesebres.

Creí —¡aurora irreflexiva!— en la fuerza del odio, sin comprender todavía la inutilidad de la violencia. No acaricié el instrumento de mis cantos, sino que le apreté contra mi corazón con una como furia desmedida. Comprendía que yo había nacido para ser una voz de la vasta comunidad sedienta de justicia, buscadora de inauditas bienaventuranzas. Mi derrotero iba siempre hacia el azul. Para todo el comprimido río de mis ideas juveniles no hallé mejor salida que el cauce de las sensaciones y las cataratas de las palabras. Mi rebeldía iba coronada de flores. No tenía más compañeros que los que veía dispuestos a las luchas nobles y a los buenos combates. Yo creí ver pasar “El gran rebaño”. *“Yo lo soñé una noche cavernosa que evocaba apariciones de muertas humanidades, mientras pensaba, apartado de los hombres, como un cóndor solitario adormecido*

en la grandeza de las heladas cumbres, con la visión desesperante de una colmena humana miserable que recortábase en la blanca sábana de nieve como un borrón en una página alba. Algún hábito cristiano me inspiró en aquella hora y la estrofa que otras veces abofeteara a los viles, se retorció en un gesto de insultadora lástima”.

Amé la grandilocuencia, pues sabía que los profetas hablaban en tropos a los pueblos, y los poetas y las pitonisas en enigmas a las edades. Buscaba en veces la oscuridad. Me preocupaba a todas horas la interrogación de lo fatal. Oía hablar el hierro. Mi primer amor no fue de rosas soñadas, sino de carne viva. Me amaciqué desde muy temprano a los golpes de la existencia. Fui a acariciar el pecho de la miseria. Y surgió el amor, y hasta el dolor entonces fue para mí de aurora. ¿Romántico? Hasta donde dorara la pasión de la más sublime de las realidades representadas en una adolescente rosa femenina. Todo en verdad estaba dorado por la felicidad, hasta la tristeza y la penuria de los que fuesen favoritos de mi lástima. Mis ideales de venturanza humana no se aminoraron sin embargo, mas la dulcificaban, a pesar de mis impulsos y proclamas de brega, por la virtud de una alma y de una boca de mujer. Vida, sangre y alma busco y encuentro en la mujer de mis dilecciones. Mas no por eso olvidé el sufrimiento de los que consideraba mis hermanos de abajo, cuyas primeras angustias fui a buscar hasta las pretéritas y cíclicas tradiciones de la vida. Mi carácter se encabritaba en veces.

*¡bravo potro salvaje
que no ha sentido espuelas de jinete!*

No pude nunca comprender el rebajamiento de las voluntades, las villanías y miserias morales que manchan en ocasiones las más finas perlas. En ocasiones huía de la ciudad y hallaba en la inmensidad de la pampeana vuelos de poemas que se confundían en mis ansias íntimas. El ritmo universal se confundía con mi propio ritmo, con el correr de mi sangre y el nacer de mis versos. De retorno a la urbe, hablaba a la muchedumbre. Vivía cara a cara con la pobreza, pero en un ambiente de libertad y de amor. Con el vigor de la primera edad, con mi tesoro de ilusiones y de ensueños, no pude evitar momentos de delirio, de desaliento, de vacilaciones. Consagréme caballero de la rebeldía, pero sintiendo siempre las dificultades de todo triunfo. Llegué a comprender las fatalidades de la injusticia, y mi simpatía fue a los grandes caídos: Satán, Caín, Judas... Encontré por fin estrecha mi tierra, con ser tan ancha y larga, y vi más allá del mar el porvenir. Solicité los éxodos y ambicioné la vida heroica. El Océano fue una nueva revelación para mis alas mentales. El amor mismo fue animador de mis designios de conquista. En el viejo continente

proseguí en mis anhelos libertarios. Tomé parte en luchas populares, vi el incendio, la profanación; oí los alaridos de la Bestia policéfala, y creía en el mejoramiento de la humanidad por el sacrificio y el escarmiento. Revivían en mi mente las antiguas leyendas de mi tierra americana y las autóctonas divinidades de los pasados mitos, reaparecerían en mis prosas combativas y en mis estrofas amplias y sonantes. *“La historia del viejo ombú despertó el alma de las tres razas que dormían en mí”*. Y el viento de Europa, el soplo ario, al mover mis largos cabellos, me infundió su nuevo y desconocido aliento.

Y luego fue como mi despertar, como una nueva visión de vida. Comprendí la inutilidad de la violencia y el rebajamiento de la democracia. Comprendí que hay una ley fatal que rige nuestras vidas, instantáneas en la eternidad. Supe más que nunca, que nuestra redención del sufrir humano está tan solamente en el amor. Que el gozo del existir debe ser nuestra virtud de paraíso. Que el poema de nuestra simiente o de nuestro cerebro es un producto sagrado. Que el misterio está en todo, y sobre todo en nosotros mismos, y que puede ser de sombra y de claridad. Y que el sol, la fruta, la rosa, el diamante y el ruiseñor se tienen con amar.

II

Así habló el bizarro poeta de la larga cabellera, en una hora armoniosa, en que la tarde diluía sus complacencias dulces en un aire de oro. El cuarto era modesto; el antiguo libertario revelaba sus aristocracias de artista, con el orgullo de su talento, con su amada, condesa auténtica, y con una Juventud llena de futuro, más auténtica aún.

Y salimos al hervor de París.⁷¹

INTRODUCCION A LA VIDA DE RUBEN DARIO

Para Rosa Sarmiento ya no eran felices los primeros días de diciembre de 1866. Han pasado ocho meses y en su cuerpo se nota la gravidez del embarazo. *“¿Cuáles serían los pensamientos, en la cabeza de Rosa, durante aquellos días?”* -Se pregunta Rosario Aguilar-

Humillaciones y serias dificultades habrá soportado de su marido Manuel, sufriendo en su carne, el desprecio de éste. Más sus parientes

⁷¹ Véase las páginas 7 a 10 en el libro de **La juventud intelectual de la América Hispana**, de Alejandro Sux. Y en Prólogos de Rubén Darío. Recopilación, Introducción y Notas de José Jirón Terán. Managua, 2003. Pp. 205 – 209

aconsejan a Rosa que se marche lejos, que huya de aquella situación, que vaya dar a luz en otro sitio de paz para no ser atormentada la llegada de su primer fruto, aunque exista otra versión diferente, que no es la oficial.

Ella inició la huida marchando con el paso lento de la carreta, a comienzos de diciembre de 1866. A León había llegado de visita doña Josefa Sarmiento (Darío), esposa de Antonio Uriarte, quien residía con un negocio de comercio en Metapa. Momentos después *“La junta de familia se resolvió que Rosa se fuera con Josefa Darío, hermana de doña Bernarda, al pueblo de Chocoyos o Metapa, en donde Josefa tenía un establecimiento comercial”*, afirma Peña Hernández.

En realidad Rosa huye de su hogar, cuando al no soportar la mala vida o maltrato que recibía de Manuel García, y en estado de buena esperanza en dar luz a su primer hijo, decidió irse acompañada de dos personas de confianza, y se trasladó en carreta halada de bueyes a través de caminos pedregosos, polvorientos y fatigosos, en dirección a Metapa, a mediados del mes de diciembre de 1866. ¿Era desolado, era desierto, era inhóspito, o transitable el camino hacia Metapa?

Dos investigadores científicos colectaron diferentes especies de pájaros y chocoyos, identificando en el Valle de Sébaco, los norteamericanos Miller, W., y L. Griscom, en su libro **Birds of Nicaragua**, de 1930, el género de chocoyos conocido como el *Aratinga*, y la especie *canicularis*, o sea el *Aratinga canicularis*, que circulaba en derredor del Valle de Sébaco, donde está situada la ciudad Darío, antes llamada Chocoyos, por estas razones naturales, según nos informaron los ecólogos nicaragüenses, Lic. Edgard Castañeda Mendoza y el Ing. Byron Walsh⁷². Pero todo esto se ha extinguido.

Este distinguido lugar ubicado en la región central de Nicaragua, fue pintado en el siglo XVIII, gracias al informe del enviado especial del reino de España, que hiciera el ilustrísimo Señor Doctor Pedro Agustín Morel de Santa Cruz⁷³, en su información a su majestad

⁷² Lic. Edgard Castañeda Mendoza y el Ing. Byron Walsh, relatan verbalmente al autor de este libro, que los norteamericanos Miller W. y L. Griscom, en su libro **Birds of Nicaragua**, refirieron del género de pájaros chocoyos, en el Valle de Sébaco, donde está situada ciudad Darío, anteriormente llamada Metapa, o Chocoyos.

⁷³ Doctor Pedro Agustín Morel de Santa Cruz. Rindió un **Informe Especial a su Majestad**, el rey católico Fernando VI de España, el 8 de septiembre de 1732, en su visita a Nicaragua.

Católica Fernando VI. El señor Agustín Morel reportaba lo siguiente: “...*Metapa se mostraba a la vista del viajero así: “Había una iglesia siendo el patrón titular Santiago... El clima es templado y saludable, el cielo alegre y las aguas suaves y provechosas...”*”

Días más tarde, encontrándose a una distancia de cinco *kilómetros*, alguien ha asegurado *leguas* aproximadamente, de la actual casa natal de Rubén Darío en antigua Metapa, Rosa Sarmiento, asistida de una partera de nombre Agatona Ruiz, alumbra un precioso niño en la carreta, junto a un ranchito típico del siglo XIX, en la hacienda “*La Primavera*”⁷⁴, propiedad de Don Doroteo Castillo. En las primeras horas de la mañana, la carreta ha logrado cruzar sobre la quebradita de Tecuanapa, donde pasaba la corriente de un río que desembocaba más adelante en el Río Grande de Matagalpa.

Estos datos inéditos nos fueron proporcionados por el diplomático, dariano y médico, Roberto Castillo Quant, hijo del Señor Doroteo Castillo.

El día áureo presagiaba una noche oscura y tranquila. Unos fuertes candiles de gas iluminaban ese lugar por la noche, mientras en el negro firmamento lucían estrellas intermitentes y en la tierra se escuchaba un concierto de grillos tristes; rompía el silencio el llanto de un recién nacido. Esa fecha era el 18 de enero de 1867, cuando vino a este mundo quien sería conocido universalmente, como Rubén Darío.

Cuenta la leyenda que en ese mismo día nacieron dos niñas, Paula y Paulina Mendoza, en la casa natal donde se dice ahora que allí nació Rubencito. Por esta razón dirá ya adulto don Rubén Darío, que él nació “*entre dos rosas*” que eran hijas de la dueña de la casa natal, doña Benicia Sarmiento de Sandino, casada con don Cosío Sandino, y quien fuera la persona que llevó a ese lugar de traslado del caserío de Olominapa a Metapa, a Rosa Sarmiento.

Esta casa natal era de pajas con paredes de embarre.

En la prosa poética a “*Rosa Sarmiento*”, Rosario Aguilar asegura que antes de los cuarenta días cumplidos del recién nacido, el coronel

⁷⁴ En el caserío Olominapa, que estaba a una distancia de siete y ocho leguas al sureste de Metapa.

Félix Ramírez Madregil, viajó a Metapa a rescatar a Rosa y al niño. Este acto de persuasión o de convencimiento se le puede calificar como un acto bondadoso por la actitud asumida del coronel.

De regreso a León, en la mitad del camino se supone que el coronel va conversando con Rosa, y van escogiendo qué nombre ponerle al niño: “¡Ah, Félix por mí” dirá orgulloso el militar, y “¡Rubén!” sugerido después por doña Bernarda, que es señora de muchas ideas.

El tres de marzo, una vez reconciliada Rosa y Manuel, el niño es bautizado en la iglesia Santiago de los Caballeros, de la ciudad de León, apadrinándolo el coronel Félix Ramírez Madregil.

Félix Rubén García Sarmiento fue el nombre legal y con fe de bautismo de Rubén Darío, nombre que fuera adquirido por él mismo al terminar su infancia, y con el que se conoce en la posteridad.

Así que Félix Rubén era hijo legítimo de un matrimonio arreglado por “*conveniencia familiar*”, entre Manuel García (descendiente de los Darío), y Rosa Sarmiento Alemán, ambos residentes en la ciudad de León, en 1866, y lo más seguro se hizo el arreglo entre Abril y Junio.

La ordenadora del hogar, doña Bernarda Sarmiento y doña Rita Darío, hicieron las instancias y en consenso para esa salida de conveniencia familiar, a fin de que su hija adoptiva y sobrina, Rosa Sarmiento, se uniera en matrimonio, con su otro sobrino, y hermano, Manuel García, primo en segundo grado de Rosa.

Preocupada por resolver los antecedentes circunstanciales que podrían dañar la reputación familiar, doña Bernarda Sarmiento, esposa del Coronel Félix Ramírez Madregil, cuidó de hacer guardar posibles desavenencias de los desposados, con intención de evitar rumores de sociedad, igual pasó con doña Rita, guardándose uno de los secretos más fuertes de la historia contemporánea de Nicaragua. Y por supuesto, la iglesia católica fue sabedora de este asunto.

Es de suponer que Rosa Sarmiento motivada por la mala vida que le daba Manuel García, hombre falto de carácter, pobre en educación y de quien se decía en el vecindario, tenía más de dos mujeres en lo

largo de una misma calle leonesa, eso obligó a Rosa a huir del hogar Ramírez-Sarmiento.

Claro es que hubo antes otras razones serias y alegatos, que se pierden en la oscuridad del tiempo y se quedó guardado en la intimidad de aquella casa solariega, pero también la gente hacía sus conjeturas al respecto, entre las paredes de las casas.

En la biografía de **Rubén Darío** del escritor español, Guillermo Díaz-Plaja (1930), Barcelona, relata: *“El matrimonio de los padres de Rubén fue un matrimonio de conveniencia. No es de extrañar, pues, que a los ocho meses sobreviniese la separación de los cónyuges. Un mes más tarde nació Darío”*.

El escritor e investigador dariano Julio Valle Castillo, en su *“Cronología”* de 1994, en el libro **Rubén Darío. Poesía**, y que fuera nuevamente divulgada en separata de periódico en 1998, afirma: *“Nace Rubén Darío en Metapa, ahora municipio del Departamento de Matagalpa y hoy Ciudad Darío, primogénito del mal avenido matrimonio de Manuel García (Darío) y Rosa Sarmiento Alemán”*. (1867).

Las personas que estudian a Darío, pueden observar que todos, incluso el mismo Rubén Darío, dicen o afirman, desde la publicación de **Autobiografía**, que *“Rubén Darío, ó Félix Rubén García Sarmiento, nació en Metapa, aldea del Departamento de Nueva Segovia, ahora ciudad Darío, en el Departamento de Matagalpa”*.

Guillermo Díaz-Plaja explica que *“Metapa es un villorrio sin importancia, que en época lejana se denominó Chocoyos. Su mayor – su único– timbre de gloria es haber sido cuna de Rubén”*.

¿DESDE CUANDO SABIA RUBEN QUE HABIA NACIDO EN METAPA?

A esta pregunta es necesario responder con datos varios que tenemos a mano. Darío desde muy jovencito sabía por boca de sus familiares, que él había nacido no en León, como suponía donde pasó gran parte de su infancia, sino en la aldea de Metapa, llamada antiguamente *“Chocoyos”*. Esto más, los familiares de Darío, por la rama de su tía

doña Josefa que residía en Metapa, lo conocieron en persona cuando llegó a ese lugar que no está registrado en ninguna de sus biografías. Esto fue en 1889, a su retorno de Chile, cuando ya había recibido el espaldarazo y la bendición literaria del español Juan Valera.

El más curioso de los datos que podemos proporcionar ahora, está el hecho que fue el mismo Rubén quien nos lo informa por un detalle a una de sus poesías. Veamos esta linda historia.

1889.-

De regreso a Nicaragua, procedente de Chile, en un corto período de tiempo de dos meses, solicita la declaración de herencia de su padre Manuel García quien ya había fallecido, pero este reclamo no progresa y desiste, ante sus otros familiares. Permanece en León y Chinandega, y extrañamente visita privadamente su lugar natal, Metapa.

Este era un sitio muy apartado y en dirección a una zona central de Nicaragua. Metapa era una aldea del Departamento de Nueva Segovia. Por decreto de la Asamblea Nacional Legislativa, -el 14 de marzo de 1916- le fue conferido el título de Ciudad Darío, en atención a dicha circunstancia, cuando era un pueblito de tres mil almas a lo sumo, según deja entrever, el poeta español Eduardo de Ory, en su libro sobre **Rubén Darío**.

O sea, cuando Darío nace en este lugar, en 1867, Metapa, tenía menos que un mil habitantes. Dice de Ory: *“Cuando allí pasamos lo primero que se nos ocurrió fue preguntar a la gente de aquel lugar, por la casa donde había nacido Rubén Darío. Nadie sabía de la existencia del poeta.”* En su visita a Nicaragua, unos años después de 1916.

El caso es que si Darío fue motivado y obligado por la sociedad, primero en Nicaragua, luego en El Salvador y después en Chile, ello fue porque al reconocerle todo el mundo como *“el poeta niño”* en Centro América, y en Valparaíso y Santiago, en Chile, sus amigos le habrían preguntado una y mil veces que de dónde él era originario, o de cómo se llamaba el lugar donde él había nacido. Debemos tomar en cuenta que estas son preguntas básicas para cualquier personaje que trae la fama, y sobre todo se le plantea a los famosos viajeros.

Bueno, la verdad es que Darío en su visita de incógnita a Metapa, en 1889, deja como única huella, el poemita de una cuarteta, titulado:

CHIRIPA

*Casi casi me quisiste;
Casi casi te he querido:
Si no es por el casi casi,
Casi me caso contigo.*

Rubén Darío

(Metapa, Nic., 1889.)

En pretérito – tercera persona, ó en presente del indicativo, “*Nació*” o “*Nace*” ha sido el verbo empleado para referirse a ese hecho del nacimiento de Rubén Darío.

Pero será el propio personaje quien lo dirá en pretérito. Aquí lo tenemos: “*Nací el 18 de Enero de 1867, en un pueblito llamado Metapa, de Nicaragua una de las cinco repúblicas centroamericanas...*,” así confiesa Rubén Darío, en 1907, en la revista **Renacimiento** al iniciar su ensayo **Autobiografía**, en Madrid, España, cuyo director el señor Gregorio Martínez Sierra, había solicitado colaboraciones a una pléyade de poetas hispanoamericanos distinguidos, entre ellos, el mexicano Amado Nervo, todos amigos y admiradores de Rubén Darío.

En la continuación de ese primer párrafo de “*Autobiografía*”, agrega Rubén Darío su agradecimiento permanente al apoyo recibido del presidente de Nicaragua, José Santos Zelaya, y quien lo atendiera especialmente en la visita que hiciera a su Nicaragua natal a finales de 1907, como el jefe indiscutible del movimiento renovador de las letras hispanoamericanas conocido como “*El Modernismo*”, que es la corriente intelectual en boga, de esos años iniciales del siglo XX.

Esta expresión de apertura en “*Autobiografía*” de la fecha y lugar exacto de su nacimiento, es única en su género, pues no se iguala en los mismos términos usados por Rubén Darío, en 1908, como lo veremos más adelante con datos de Jorge Eduardo Arellano, y mucho menos en **Autobiografía** del año de 1912, titulada **La vida de Rubén**

Darío escrita por él mismo, que dictó personalmente para la revista argentina **Caras y Caretas**, de Buenos Aires.

Lo de 1907, decía Rubén en España, la novedad del caso, cuando se publicó su brevísima *“Autobiografía”*.

Pues, la novedad del caso, es que *“Dilucidaciones”* que se había venido publicando en **Los Lunes de El Imparcial**, de Madrid, y que sale de Prólogo en **El Canto Errante**, es publicado una parte la V, en la revista **Renacimiento**, septiembre de 1907, con el título de *“Autobiografía”*, por Rubén Darío, cuyo artículo es recogido en el libro **Artículos Famosos**, del escritor español José Gutiérrez Ravé⁷⁵.

El famoso párrafo insertado que sirve de encabezamiento, dice a la letra: *“Nací el 18 de enero de 1867, en el pueblo de Metapa, en la República de Nicaragua, en la América Central. Pasé mis primeros años cerca de los jesuitas. Mi labor intelectual es conocida. He sido cónsul general de Colombia en la República Argentina. Mi país natal me ha enviado en 1892 a las fiestas colombianas de Madrid; en 1906, al Congreso Panamericano de Río de Janeiro. **La Nación**, de Buenos Aires, me ha sostenido por mi trabajo, desde hace diecinueve años. El general Zelaya, presidente de Nicaragua, me nombró cónsul en Pavón, y me apoya eficaz y altamente. Lo demás, para cuando escriba mi vida, si la escribo”*.⁷⁶

Volviendo a 1907, es el año de la edición de **El Canto Errante**, que según Ricardo Gullón *“... por una carta de Martínez Sierra a Juan Ramón Jiménez, sabemos la fecha exacta a su aparición: A primeros días de octubre (de 1907) publicará Rubén Darío un nuevo libro de poesías: **El Canto Errante**, según anotaciones del investigador dariano, Ernesto Mejía Sánchez.”*⁷⁷

Algunos ejemplares de **El Canto Errante**, fueron distribuidos con dedicatorias y firma del autor, a sus amigos y amigas, en su famosa visita del retorno triunfal de Darío en Nicaragua que fue por breve tiempo, según el libro **Laurel Solariego**, editado en Managua, en 1909, donde se recopilan los discursos, reportajes, fotografías del

⁷⁵ José Gutiérrez Ravé. Editorial “Prensa Española, S.A.”, Serrano, 61, Madrid. 1964. (Pp. 219 – 222).

⁷⁶ Pavón es una provincia de Buenos Aires. Famoso lugar donde se libró una batalla de la Independencia de Argentina.

⁷⁷ En su *“Criterio”*, en la tercera edición de **Rubén Darío, Poesía**, 1994.

amado poeta a su recibimiento y estadía en varios lugares de Nicaragua, a finales de 1907.

Pues bien, cuando Ernesto Mejía Sánchez se refiere al estudio de “*Ensueño*”, sin página, dice: “15) “*Dream*”, en **Renacimiento**, Madrid, junio de 1907. El poema “*Sun*”, en la misma fecha. “*Eheu*”, lo mismo.

Después al referirse al estudio biblio o hemeroteca poemático de la sección “*Lira alerta*”, Mejía Sánchez, señala que el poema de Darío, dedicado a “*Antonio Machado*”, también fue publicado en revista **Renacimiento**, mayo 1907, con el comentario: “...aunque podría ser un poco anterior. Darío y Machado se conocieron en París, 1902...”, y el poema “*Nocturno*”, en **Renacimiento**, Madrid, junio de 1907.

Es decir, Ernesto Mejía Sánchez, a pesar que consultó exhaustivamente la Revista **Renacimiento**, como fuente de poesías publicadas por Rubén Darío, en 1907, él no logró captar el ensayo “*Autobiografía*” de Rubén Darío, de ese año al que hacemos alusión.

Es más, el mismo Ernesto, en forma clara y honesta recomienda seguir consultando y también investigando la **Revista Renacimiento**⁷⁸. Por ejemplo, antes de “*Ensueño*”, Mejía Sánchez, ya había mencionado el poema “*Visión*”, con el título de “*Dante*” y dedicado al Gral. Mitre, en **La Nación**, Buenos Aires, 16 de Mayo de 1897; con el nuevo título, en “**Renacimiento**, Madrid, junio de 1907”.

Ahonda con profundidad y entusiasmo, Ernesto Mejía Sánchez, su estudio al tema **El Canto Errante** (1907), aludiendo expresamente: “*Debería revisarse la revista Renacimiento de Madrid, en que Darío colaboró por aquellos años*”, que son palabras literarias del investigador chileno Julio Saavedra Molina⁷⁹.

Después de esta alusión hace o escribe mejor dicho Ernesto Mejía Sánchez, a manera de final sentencia: “*Las investigaciones*

⁷⁸ El autor de la presente obra **Historia del Poeta Niño**, ha señalado en “*negrita*” todas las alusiones de documentos especiales, revistas, periódicos y libros, a lo largo de dicha obra, con el objeto de observar y estudiar de una manera más fácil, la relación universal de Rubén Darío, con el periodismo mundial. Además de apreciar con un gusto tipográfico inmediato visual, una estética literaria que resalte o enfatice el manejo de las publicaciones en las narraciones.

⁷⁹ (**Bibliografía...** pp. 48-50).

posteriores han revisado ésta y otras revistas y todavía quedan lagunas que llenar”.

Estas profundas y amables apreciaciones, con la elegancia de combinar el orgullo y la humildad, nos sirven para ilustrar a manera de introducción, lo que ya indicábamos en nuestros manuscritos inéditos de 1984, cuando tratábamos de resolver o comprender el rompecabezas de los secretos biográficos ó autobiográficos de Rubén Darío.

LA LUZ QUE ARROJAN SUS CARTAS

En **Cartas desconocidas de Rubén Darío**, Fundación Vida, 2002, impreso en Colombia, compiladas por don José Jirón Terán, y con Introducción, selección y notas de Jorge Eduardo Arellano, escribe una ligera presentación don Pablo Antonio Cuadra, en sus breves palabras de *“Ese Rubén de fondo”*.

PAC, como fue reconocido amistosamente por sus siglas, en los círculos sociales y periodísticos, esboza: *“...es en su correspondencia –sobre todo en aquellas cartas en que la amistad le permite decir sus íntimas verdades- podemos ver el alma del poeta y comprender a fondo, desde sus raíces, sus profundos versos humanos... Es en sus cartas donde el poeta desnuda sus oscuras motivaciones...”*, que testimonian, decimos nosotros, con sus ligeras notas autobiográficas.

En *“Introducción”* de estas mismas **Cartas...**, anota Jorge Eduardo Arellano, que en días de retorno de Rubén Darío procedente de Europa, a finales de 1907, *“...destinó a los periódicos de su país... una curiosa y preciosa nota autobiográfica de 1908, que decía:*

*“Nací el 18 de enero de 1867, en el pueblo de Metapa, en la república de Nicaragua, en la América Central. Pasé mis primeros años cerca de los jesuitas. Mi labor intelectual es conocida. He sido cónsul general de Colombia en la república de Argentina. Mi país natal me ha enviado a las fiestas colombinas de Madrid; en 1906 al Congreso Panamericano de Río Janeiro. **La Nación** de Buenos Aires me ha sostenido mi trabajo, desde hace diecinueve años. El general Zelaya, Presidente de Nicaragua, me nombró Cónsul en París y me apoya*

*eficaz y altamente. Lo demás, para cuando escriba mi vida, si es que la escribo”.*⁸⁰

EXEGESIS PARA LOS LECTORES EN “DILUCIDACIONES”

A comienzos del año de 1907, Rubén Darío ha estado muy enfermo, y a pesar de eso, él viaja a la Isla Palma de Mallorca, situada en el Mediterráneo, sudeste de España, y regresa después a París, donde tenía fijada su residencia por ese tiempo, a fines del mes de marzo, vía Barcelona...

Varios proyectos literarios tenía en mente el gran representante del Modernismo; se encontraba preparando la compilación de varios artículos literarios publicados en diversas épocas y partes del mundo; el resultado de esto fue la edición de su libro titulado **Parisiana**⁸¹.

De sus poemas publicados y dispersos por el mundo, sobre todo los que no aparecían en otras ediciones anteriores de sus libros, Rubén Darío encomienda para ello, a su amigo Ricardo Rojas, quien residía en Argentina, que le envíe copias de sus poemas que habían aparecido en **La Nación**, y otros diarios.

Derivación de este trabajo que se lleva varios meses de consulta y recolección, sale publicado **El Canto Errante**, (1907), reunión de poemas publicados en Centro América, La Habana, Argentina, España, y otros lugares. Este libro lo publica la firma editorial de M. Pérez Villavicencio, de Madrid. En su Prólogo, trae “*Dilucidaciones*”, que son artículos aparecidos en los **Lunes de El Imparcial**, de Madrid.

La nota de presentación de Rubén Darío, detrás de la portada, **El Canto Errante**⁸², explica: “... *su Canto Errante magnífica colección de poemas, muchas de cuyas estrofas fueron escritas entre los pinos*”

⁸⁰ “Darío y su opinión del periodismo”, **La Prensa**, Managua, 26 de enero, 1995. Por JEA. **Cartas desconocidas de Rubén Darío**. (P. 14).

⁸¹ Madrid. Librería de Fernando Fe, (1907).

⁸² **El Canto Errante**, de la Colección Austral, No. 516, de la Editorial Espasa-Calpe, S.A., Madrid, 4 ta. Edición. 1977.

de las españolas Islas Baleares, frente al mar, en su favorito rincón de Palma de Mallorca, donde se reponía de sus neurastenias”.

Al mismo tiempo, Rubén Darío, giraba correspondencia de sus colaboraciones a la revista **Renacimiento**, de Madrid, y se carteaba con el director, Gregorio Martínez Sierra, escribiéndole de París, con fecha 12 de octubre de 1907; “...*Cobra mis colaboraciones en Madrid*”, R.D.

En **Renacimiento**, Darío publica, dedicado a Gregorio Martínez Sierra, el poema “*Balada en honor a las musas de carne y hueso*”, y con fecha precisa del mes de diciembre de 1907, sale otro poema titulado: “*Pájaros de las islas*”. Hay que destacar que “*Balada en honor de las musas de carne y hueso*”, Gregorio Martínez Sierra, luego de publicarla en su revista **Renacimiento**, la publicó como pórtico en su libro titulado **La Casa de Primavera**.⁸³

Indica Ernesto Mejía Sánchez,⁸⁴ que “El libro fue organizado por el mismo Darío, en su totalidad. El investigador chileno, Saavedra Molina, aconseja “*Debería revisarse la **Revista Renacimiento** de Madrid, en que Darío colaboró por aquellos años*”.⁸⁵ Agrega inmediatamente a modo de comentario Ernesto Mejía Sánchez: “*Las investigaciones posteriores han revisado ésta y otras revistas y todavía quedan lagunas que llenar*”.

Hay una cosa que sería bueno esclarecer. En 1907, Rubén Darío ha cumplido los 40 años de edad; es la edad que recomienda Benvenuto Cellini, para que todo aquel buen poeta, escritor, artista, militar, científico, o lo que sea, si ha hecho algo bueno en la vida, y que merezca servir de ejemplo a los demás seres y otras generaciones, se disponga a iniciar su autobiografía.

Este consejo de Benvenuto aparece de epígrafe en la obra **Autobiografía** de Rubén Darío, la cual dictó en Buenos Aires, para la revista **Caras y Caretas**, durante los meses de septiembre a octubre de 1912, cuando el autor dice tener más de cuatro años que lo que exige Benvenuto Cellini para emprender la empresa autobiográfica. Pero si sacamos cuenta de 1867, fecha en que nace Darío, hasta 1912, en

⁸³ Pueyo, editor, Madrid, 1907.

⁸⁴ En una Nota para **El Canto Errante** (1907), sin página, en el tercer párrafo, de **Rubén Darío, Poesías**, edición 1994.

⁸⁵ (**Bibliografía...**, Pp 48-50.)

realidad él tenía 45, por lo que algunos biógrafos dicen que por vanidad, el autor se quitó un año; otros críticos dicen que Darío no estaba recordando bien los pasajes de su vida a falta de buena salud.

El siguiente artículo que sigue a este párrafo titulado “*Autobiografía*”, es el que corresponde a “*Dilucidaciones*”.⁸⁶ A continuación lo exponemos:

EL CANTO ERRANTE (1907)

A los nuevos poetas de las Españas

Rubén Darío

DILUCIDACIONES

I

El mayor elogio hecho recientemente a la Poesía y a los poetas ha sido expresado en lengua “*anglosajona*” por un hombre insospechable de extraordinarias complacencias con las nueve Musas. Un yanqui. Se trata de Teodoro Roosevelt.

Ese Presidente de República juzga a los armoniosos portaliras con mucha mejor voluntad que el filósofo Platón. No solamente les corona de rosas; mas sostiene su utilidad para el Estado y pide para ellos la pública estimación y reconocimiento nacional. Por esto comprenderéis que el terrible cazador es un varón sensato.

Otros poderosos de la tierra, príncipes, políticos, millonarios, manifiestan una plausible deferencia por el dios cuyo arco es de plata, y por sus sacerdotes o representantes en una tierra cada día más vibrante de automóviles... y de bombas. Hay quienes, equivocados, juzgan en decadencia el noble oficio y casi desaparecida la consoladora vocación de soñar. Esto no es ocasionado por el *sport*, hoy en creciente auge. Las más ilustres escopetas dejan en paz a los cisnes. La culpa de ese temor, de esa duda sobre la supervivencia de

⁸⁶ No ponemos en negrita “*Autobiografía*” porque se trata de un artículo o ensayo periodístico de su autor Rubén Darío. En cambio lo ponemos en negrita las letras de **Autobiografía**, cuando se trata de una alusión a su libro u obra. “*Dilucidaciones*” es el “*Prefacio a El canto errante*”. La parte V corresponde al artículo que Darío publicó en **Renacimiento**.

los antiguos ideales, la tiene, entre nosotros, una hora de desencanto que, en la flor de la juventud –hace ya algunos lustros- sufrió un eminente colega –he nombrado a *Gedeón*-, cuando, entre los intelectuales de un cenáculo, presentó la célebre proposición sobre “*si la forma poética está llamada a desaparecer*”. ¡Ah triste profesor de estética, aunque siempre regocijado y poliforme periodista! La forma poética, es decir, la de la rosada rosa, la de la cola del pavo real, la de los lindos ojos y frescos labios de las sabrosas mozas, no desaparece bajo la gracia del sol. Y en cuanto a la que preocupó siempre a líricos dómínes, desde el divino Horacio a D. Josef Mamerto Gómez Hermosilla, ella sigue, persiste, se propaga y hasta se revoluciona, con justo escándalo de nuestro venerable maestro Benot, cuya sabiduría respeto y cuya intransigencia hasta deseos me inspira de aplaudir. Aplaudamos siempre lo sincero, lo consciente, y lo apasionado sobre todo.

II

No. La forma poética no está llamada a desaparecer, antes bien a extenderse, a modificarse, a seguir en el desenvolvimiento en el eterno ritmo de los siglos. Podrá no haber poetas, pero siempre habrá poesía, dijo uno de los puros. Siempre habrá poesía y siempre habrá poetas. Lo que siempre faltará será la abundancia de los comprendedores, porque, como excelentemente lo dice el Señor de Montaigne, y Azorín mi amigo puede certificarlo, “*nous avons bien plus de poètes que de juges et interpretes de poésie; ils est plus aysé de la faire que de la cognoistre*”. Y agrega: “*A certain mesure basse, on la peult juger par le préceptes et par art: mais la bonne, la supreme, la divine, est au dessus de regles et de la raison*”.

Quizá porque entre nosotros no es frecuentemente servida la divina, la buena, la suprema, se usa, por lo general, la *mesure basse*. Mas no hace sino aumentar el gusto por los conceptos métricos. La alegría tradicional tiene sus representantes en regocijados versificadores, en casi todos los diarios. El órgano serio y grave, el **Temps** madrileño, tiene en su crítico autorizado, en su Gaston Deschamps, vamos al decir, un espíritu jovial que, a pesar de sus tareas trascendentales, no desdeña los entretenimientos de la parodia.

Quedamos, pues, en que la hermandad de los poetas no ha decaído, y aun pudiera renovar algún trecenazgo. Asuntos estéticos acaloran las simpatías y las antipatías. Las violencias o las injusticias provocan naturales reacciones. Los más absurdos propósitos se confunden con generosas

campañas de ideas. Mucha parte del público no sabe de lo que se trata, pues los encargados de informarla no desean, en su mayoría, informarse a sí mismos. El diletantismo de otros es poco eficaz en la mediocracia pensante. Una afligente audacia confunde mal aprendidos nombres y mal escuchadas nociones del vivir de tales o cuales centros intelectuales extranjeros. Los nuevos maestros se dedican, más que a luchar en compañía de las nuevas falanges, al cultivo de lo que los teólogos llaman *appetitus inordinatus propriae excellentiae*.

Existe una *élite*, es indudable, como en todas partes, y a ella se debe la conservación de una íntima voluntad de pura belleza, de incontaminado entusiasmo. Mas en ese cuerpo de excelentes he aquí que uno predica lo arbitrario; otro, el orden; otro, la anarquía; y otro aconseja, con ejemplo y doctrina, un sonriente, un amable escepticismo. Todos valen. Mas ¿qué hace este admirable hereje, este jansenista, carne de hoguera, que se vuelve contra un grupo de rimadores de ensueños y de inspiraciones, a propósito de un nombre de instrumentos que viene del griego? ¡Cuando, por el amor del griego, se nos debía abrazar! Y ese antaño querido y rústico anfión – natural y fecundo como el chorro de la fuente, como el ruiseñor, como el trigo de la tierra-, ¿por qué me lapida, o me hace lapidar, desde su heredad, porque paso con mi sombrero de Londres o mi corbata de París? Y a los jóvenes, a los ansiosos, a los sedientos de cultura, de perfeccionamiento, o simplemente de novedad, o de antigüedad, ¿por qué se les grita: “¡haced esto!”, o “¡haced lo otro!”, en vez de dejarles bañar su alma en la luz libre, o respirar en el torbellino de su capricho? La palabra *Whim* tenía la escrita en su cuarto de labor un fuerte hombre de pensamiento cuya sangre no era latina.

Precepto, encasillado, costumbres, *clisé*..., vocablos sagrados. *Anathema sit* al que sea osado a perturbar lo convenido de hoy, o lo convenido de ayer. Hay un horror de futurismo, para usar la expresión de este gran cerebral y más grande sentimental que tiene por nombre Gabriel Alomar, el cual será descubierto cuando asesine su tranquilo vivir, o se tire a un improbable Volga en una Riga no aspirada.

El movimiento que en buena parte de las flamantes letras españolas me tocó iniciar, a pesar de mi condición de “meteco”, echada en cara de cuando en cuando por escritores poco avisados, ha hecho que **El Imparcial** me haya pedido estas dilucidaciones. Alégreme el que puede serme propicia para la nobleza del pensamiento y la claridad del decir esta bella isla donde escribo, esta Isla de Oro, “*isla de poetas, y aun de poetas que, como usted, hayan templado su espíritu en la contemplación de la gran naturaleza americana*”, como me dice en gentiles y hermosas palabras un

escritor apasionado de Mallorca. Me refiero a D. Antonio Maura, Presidente del Consejo de Ministros de Su Majestad Católica.

III

Un espíritu tan penetrante como ágil, un inglés pensante de los mejores, Arthur Symons, expresaba recientemente:

“La Naturaleza, se nos dice, trabaja según el principio de las compensaciones; y en Inglaterra, donde hemos tenido siempre pocos grandes hombres en la mayor parte de las artes, y un nivel general desesperadamente incomprensivo, me parece descubrir un ejemplo brillante de compensación. El público, en Inglaterra, me parece ser el menos artístico y el menos libre del mundo, pero quizá me parece eso porque yo soy inglés y porque conozco ese público mejor que cualquier otro”, Hay artistas descontentos en todas partes, que aplican a sus países respectivos el pensar del escritor británico. Yo, sin ser español de nacimiento, pero ciudadano de la lengua, llegué en un tiempo a creer algo parecido de España. De esto hace ya algunos años... Creía a España impermeable a todo rocío artístico que no fuera el que cada mañana primaveral hacía reverdecen los tallos de las antiguas flores de retórica, una retórica que aún hoy mismo juzgan aquí imperante los extranjeros. Ved lo que dice el mismo Symons: *“Me pregunto si algún público puede ser, tanto como el público inglés, incapaz de considerar una obra de arte como obra de arte, sin pedirle otra cosa. Me pregunto si esta laguna en el instinto de una raza que posee en sí el instinto de la creación, señala un disgusto momentáneo de la belleza, debido a las influencias puritanas, o bien simplemente una inatención peor aún, que provendría de ese aplastador imperialismo que aniquila las energías del país. No hay duda de que la muchedumbre es siempre ignorante, siempre injusta; pero, ¿hay otras muchedumbres opuestas con tanta persistencia al arte, porque es arte, como el público inglés? Otros países tienen sus preferencias. Italia y España, por dos especies retóricas; Alemania, exactamente por lo contrario de lo que aconsejaba Heine cuando decía: “¡Ante todo, nada de énfasis!” Pero yo no veo en Inglaterra ninguna preferencia, aun por una mala forma de arte”.* El predominio en España de esa especie de retórica, aún persistente en señalados reductos, es lo que combatimos los que luchamos por nuestros ideales en nombre de la amplitud de la cultura y de la libertad.

No es, como lo sospechan algunos profesores o cronistas, la importación de otra retórica, de otro *poncif*, con nuevos preceptos, con nuevo encasillado, con nuevos códigos. Y, ante todo, ¿se trata de una cuestión de formas? No. Se trata, ante todo, de una cuestión de ideas.

El clisé verbal es dañoso porque encierra en sí el clisé mental, y, juntos, perpetúan la anquilosis, la inmovilidad.

Y debo hacer un corto paréntesis, pro domo mea. No habría comenzado la exposición de estos mis modos de ver sin la amable invitación de Los Lunes de El Imparcial, hoja gloriosa desde días memorables en que ofreciera sus columnas a los pareceres estéticos de maestros de hoy por todos venerados y admirados. No soy afecto a polémicas. Me he declarado, además, en otra ocasión, y con placer íntimo, el ser menos pedagógico de la tierra. Nunca he dicho: *“lo que yo hago es lo que se debe hacer”*. Antes bien, y en las palabras liminares de mis **Prosas profanas**, cité la frase de Wagner a su discípula Augusta Colmes: *“Sobre todo, no imitar a nadie, y mucho menos, a mí”*. Tanto en Europa como en América se me ha atacado con singular y hermoso encarnizamiento. Con el montón de piedras que me han arrojado pudiera bien construirme un rompeolas que retardase en lo posible la inevitable creciente del olvido... Tan solamente he contestado a la crítica tres veces, por la categoría de sus representantes, y porque mi natural orgullo juvenil, ¡entonces!, recibiera también flores de los sagitarios. Por lo demás, ellos se llamaban Max Nordau, Paul Groussac, Leopoldo Alas.

No creo preciso poner Cátedra de teorías de aristos. Aristos, para mí, en este caso, significa, sobre todo, independientes. No hay mejor excelencia. Por lo que a mí toca, si hay quien me dice, con aire alemán y con lenguaje un poco bíblico: *“Mi verdad es la verdad”*, le contesto: *“Buen provecho. Déjeme usted con la mía, que así me place, en una deliciosa interinidad”*.

IV

Deseo también enmendar algún punto en que han errado mis defensores, que buenos los he tenido en España. Los maestros de la generación pasada nunca fueron sino benévolos y generosos conmigo. Los que en estos asuntos se interesan no ignoran que Valera, en estas mismas columnas, fue quien dio a conocer, con un gentil entusiasmo muy superior a su ironía, la pequeña obra primigenia que inició allá en América la manera de pensar y escribir que hoy suscita, aquí y allá, ya inefables, ya truculentas controversias. Campoamor fue para mí lo que testigos eminentes —entre ellos José Verdes Montenegro— pudieran certificar. Cautelar me dio pruebas de intelectual estímulo. Núñez de Arce, cuando estuve en Madrid por la primera vez, como delegado de mi país natal a las fiestas colombinas, fue tan entusiasta conmigo, que hizo todo lo posible porque me quedara en la Corte. Habló al respecto con Cánovas del Castillo —otro ilustre y bondadoso amigo mío—, y Cánovas escribió al Marqués de Comillas

solicitando para mí un puesto en la Trasatlántica. Entre tanto yo partí. No sin que antes en las tertulias de Valera se aplaudiesen y se criticasen algunos de los que llamaban mis atrevimientos líricos, que eran entonces, lo confieso, muy inocentes, y apenas de un modesto parnasianismo: *Elogio de la seguidilla*; un “*Pórtico*” para el libro **En tropel**, de Salvador Rueda. Mis versos fueron bien recibidos la primera vez que hablara ante un público español –fue en una velada en que tomaba parte don José Canalejas-. Rueda me alababa, no tanto como yo a él. Mas mis amigos literarios, además de los que he nombrado, se llamaban entonces Manuel del Palacio, Narciso Campillo, el Duque de Almenara, el Conde de las Navas, don Luis Vidart, don Miguel de los Santos Alvarez... Me apresuro a decir que yo tenía la grata edad de veinticinco años.

Estos cortos puntos de autobiografía literaria⁸⁷ son para hacer notar que se equivocan los que afirman que yo no he sido bien acogido por los dirigentes anteriores. En esos mismos tiempos mi ilustre amiga doña Emilia Pardo Bazán se dio la voluptuosidad de hacerme recitar versos en su salón, en compañía del autor de *Pedro Abelardo*... Y mis aficiones clásicas encontraban un consuelo con la amistosa conversación de cierto joven maestro que vivía, como yo, en el hotel de las Cuatro Naciones; se llamaba, y se llama hoy en plena gloria, Marcelino Menéndez y Pelayo. El fue quien, oyendo una vez a un irritado censor atacar mis versos del “*Pórtico*” a Rueda, como peligrosa novedad,

*...y esto pasó en el reinado de Hugo,
emperador de la barba florida.*

Dijo: “*Esos son, sencillamente, los viejos endecasílabos de gaita gallega:*

*Tanto bailé con el ama del cura,
tanto bailé, que me dio calentura”.*

Y yo aprobé. Porque siempre apruebo lo correcto, lo justo, y lo bien intencionado. Yo no creía haber inventado nada... Se me había ocurrido la cosa como a Valmajour, tamborilero de Provenza... O había “*pensado musicalmente*”, según el decir de Carlyle, esa mala compañía.

Desde entonces hasta hoy, jamás me he propuesto ni asombrar al burgués, ni martirizar mi pensamiento en potros de palabras.

⁸⁷ Nótese bien el concepto que tenía Rubén Darío acerca de su propia obra, o acerca de la producción de sus libros, que por esa razón, años más tarde escribirá concretamente sobre ellos en las publicaciones periódicas que ofreciera en **La Nación**, compendio que se conoce hoy como **Historia de mis libros**.

No gusto de moldes nuevos ni viejos... Mi verso ha nacido siempre con su cuerpo y su alma, y no le he aplicado ninguna clase de ortopedia. He, sí, cantado aires antiguos; y he querido ir hacia el porvenir, siempre bajo el divino imperio de la música –música de las ideas, música del verbo.

V

“Los pensamientos e intenciones de un poeta son su estética”, dice un buen escritor. Que me place. Pienso que dón del arte es aquel que de modo superior hace que nos reconozcamos íntima y exteriormente ante la vida. El poeta tiene la visión directa e introspectiva de la vida y una supervisión que va más allá de lo que está sujeto a las leyes del general conocimiento. La religión y la filosofía se encuentran con el arte en tales fronteras, pues en ambas hay también una ambivalencia artística. Estamos lejos de la conocida comparación del arte con el juego. Andan por el mundo tantas flamantes teorías y enseñanzas estéticas... Las venden al peso, adobadas de ciencia fresca, de la que se descompone más pronto, para aparecer renovada en los catálogos y escaparates pasado mañana.

Yo he dicho: Cuando dije que mi poesía era *“mía en mí”*, sostuve la primera condición de mi existir, sin pretensión ninguna de causar sectarismo en mente o voluntad ajena, y en un intenso amor absoluto a la Belleza. Yo he dicho: *“Se sincero es ser potente”*. La actividad humana no se ejerce por medio de la ciencia y de los conocimientos actuales, sino en el vencimiento del tiempo y del espacio. Yo he dicho: *“Es el Arte el que vence el espacio y el tiempo”*. He meditado ante el problema de la existencia y he procurado ir hacia la más alta idealidad. He expresado lo expresable de mi alma y he querido penetrar en el alma de los demás, y hundirme en la vasta alma universal. He apartado asimismo, como quiere Schopenhauer, mi individualidad del resto del mundo, y he visto con desinterés lo que a mi yo parece extraño, para convencerme de que nada es extraño a mi yo. He cantado, en mis diferentes modos, el espectáculo multiforme de la Naturaleza y su inmenso misterio. He celebrado el heroísmo, las épocas bellas de la Historia, los poetas, los ensueños, las esperanzas. He impuesto al instrumento lírico mi voluntad del momento, siendo a mi vez órgano de los instantes, vario y variable, según la dirección que imprime el inexplicable Destino.

Amador de la lectura clásica, me he nutrido de ella, mas siguiendo el paso de mis días. He comprendido la fuerza de las tradiciones en el pasado, y de las previsiones en lo futuro. He dicho que la tierra es bella, que en el arcano del vivir hay que gozar de la realidad alimentados de ideal. Y que

hay instantes tristes por culpa de un monstruo malhechor llamado Esfinge. Y he cantado también a ese monstruo malhechor. Yo he dicho:

*Es incidencia la Historia. Nuestro destino supremo
está más allá del rumbo que marcan fugaces las épocas.
Y Palenque y la Atlántida no son más que momentos soberbios
con que puntúa Dios los versos de su augusto Poema.*

He celebrado las conquistas humanas y he, cada día, afianzado más mi seguridad de Dios⁸⁸. De Dios y de los dioses⁸⁹. Como hombre, he vivido en lo cotidiano; como poeta, no he claudicado nunca. Pues siempre he tendido a la eternidad⁹⁰. Todo ello para que, fuera de la comprensión de los que me entienden con intelecto de amor, haga pensar a determinados profesores en tales textos; a la cuquería literaria, en escuelas y modas, a este ciudadano, en el ajenjo del Barrio Latino, y al otro, en las decoraciones “*arte nuevo*” de los *bars* y *music halls*. He comprendido la inanidad de la crítica. Un diplomático os alaba por lo menos alabable que tenéis: y otro os censura en mal latín o en esperanto. Este doctor de fama universal os llama aquí “*ese gran talento de Rubén Darío*”, y allá os inflige un estupefaciente desdén... este amigo os defiende temeroso. Este enemigo os cubre de flores, pidiéndoos por bajo una limosna. Eso es la literatura... Eso es lo que yo abomino. Maldígame la potencia divina si alguna vez, después de un roce semejante, no he ido al baño de luz lustral que todo lo purifica: la autoconfesión⁹¹ ante la única Norma.

VI

Jamás he manifestado el culto exclusivo de la palabra por la palabra. “*Las palabras* –escribe el señor José Ortega y Gasset, cuyos pensares me halagan-, *las palabras son logaritmos de las cosas, imágenes, ideas y sentimientos, y por tanto, sólo pueden emplearse como signos de valores, nunca como valores*”. De acuerdo. Mas la palabra nace juntamente con la

⁸⁸ Aquí deja ver Darío como que ha superado el problema de la fe en Dios, Nuestro Señor Jesucristo.

⁸⁹ Aquí comete una blasfemia Darío al unir a Dios con los demás dioses humanos. La fe de la iglesia católica manda a tener una sola creencia en un solo Dios, único y verdadero. El cristianismo no acepta ningún otro dios sobre la tierra.

⁹⁰ Según palabras de las **Sagradas Escrituras**, Cristo dijo: “*Yo soy el camino de la vida eterna*”. Darío mantuvo siempre el criterio en su pensamiento, de tender siempre a la inmortalidad a través del Arte, y no de la salvación del alma para alcanzar por medio de la justicia divina, la vida eterna.

⁹¹ Esta expresión de “*autoconfesión*” es una autocrítica del pensamiento del artista Rubén Darío, muy diferente a la “*autoconfesión de fe cristiana*”, que no existe sino con la intervención de un sacerdote, como el mismo Darío lo hace al final de su vida, cuando antes de morir pide que le asista un sacerdote, en la ciudad de León, Nicaragua.

idea, o coexiste con la idea, pues no podemos darnos cuenta de la una sin la otra. Tal mi sentir, a menos que alguien me contradiga después de haber presenciado el parto del cerebro, observando con el microscopio las neuronas de nuestro gran Cajal.

En el principio está la palabra como única representación. No simplemente como signo, puesto que no hay antes nada que representar. En el principio está la palabra como manifestación de la unidad infinita⁹², pero ya conteniéndola. *Et verbum erat Deus*.

La palabra no es en sí más que un signo, o una combinación de signos; mas lo contiene todo por la virtud demiúrgica. Los que la usan mal, serán los culpables, si no saben manejar esos peligrosos y delicados medios. Y el arte de la ordenación de las palabras no deberá estar sujeto a imposición de yugos, puesto que acaba de nacer la verdad que dice: el arte no es un conjunto de reglas, sino una armonía de caprichos.

Yo no soy iconoclasta. ¿Para qué? Hace siempre falta a la creación el tiempo perdido en destruir. Mal haya la filosofía que viene de Alemania, que viene de Inglaterra o que viene de Francia, si ella viene a quitar, y no a dar. Sepamos que muchas de esas cosas flamantes importadas yacen, entre polillas, en ancianos infolios españoles. Y las que no, son pruebas por corregir para la edición de mañana, en espera de una sucesión de correcciones. Se está ahora, editorialmente –en Palma de Mallorca, desenterrando de sus cenizas a un Lulio. ¿Creéis que este fénix resucitado contenga menos que lo que puede dar a la percepción filosófica de hoy cualquiera de los *reporters* usuales en cátedras periodísticas y más o menos sorbónicas del día?

Construir, hacer, ¡oh juventud! Juntos para el templo; solos para el culto. Juntos para edificar; solos para orar. Y con la constancia no será la menor virtud, que en ella va la invencible voluntad de crear. Mas si alguien dijera: “*Son cosas de ideólogos*”, o “*son cosas de poetas*”, decir que no somos otra cosa. Es expresar: además del cerdo y del cisne, que nos han adjudicado ciertos filósofos, tenemos el ángel.

¡Tener ángel, Dios mío! Pido exégetas andaluces.

Resumo: La poesía existirá mientras exista el problema de la vida y de la muerte. El dón de arte es un dón superior que permite entrar en lo desconocido de antes y en lo ignorado de después, en el ambiente del

⁹² Aquí Darío reconoce a un solo Dios verdadero “*la unidad infinita*”, que contradice su propio criterio anterior que ya señalamos.

ensueño o de la meditación. Hay una música ideal como hay una música verbal. No hay escuelas; hay poetas. El verdadero artista comprende todas las maneras y halla la belleza bajo todas las formas. Toda la gloria y toda la eternidad están en nuestra conciencia.

Rubén Darío.

Ofrezcamos ahora tres ensayos autobiográficos de Rubén Darío contenidos en su obra:

EL VIAJE A NICARAGUA E INTERMEZZO TROPICAL

Por Rubén Darío.⁹³

I

Tras quince años de ausencia, deseaba yo volver a ver mi tierra natal. Había en mí algo como una nostalgia del trópico. Del paisaje, de las gentes, de las cosas conocidas en los años de la infancia y de la primera juventud. La catedral, la casa vieja de tejas arábicas en donde despertó mi razón y aprendí a leer, la tía abuela casi centenaria que aún vive, los amigos de la niñez que ha respetado la muerte, y tal cual linda y delicada novia, hoy frondosa y prolífica mamá por la obra fecundante del tiempo. Quince años de ausencia... Buenos Aires, Madrid, París, y tantas idas y venidas continentales. Pensé un buen día: iré a Nicaragua. Sentí en la memoria el sol tórrido y vi los altos volcanes, los lagos de agua azul en los antiguos cráteres, así vastas tazas demetéricas como llenas de cielo líquido.

Y salí de París hacia el país centroamericano, ardiente y pintoresco, habitado por gente brava y cordial, entre bosques lujuriantes y tupidos, en ciudades donde sonríen mujeres de amor y gracia y donde la bandera del país es azul y blanca, como la de la República Argentina.

Me embarqué en un vapor francés, La Provence, en el puerto de Cherbourg, y llegué a Nueva York sin más incidente en la ruta que una

⁹³ Los primeros tres capítulos, de esta obra titulada **El viaje a Nicaragua e Intermezzo tropical**, son ensayos autobiográficos de Rubén Darío, que aquí extraemos para nuestro trabajo **Obras autobiográficas de Rubén Darío**. Como se puede apreciar también en **Opiniones** de Rubén Darío, el capítulo I “*En Asturias*” es un ensayo autobiográfico, que Fidel Coloma González en su estudio preliminar “*Prólogo*” de **Opiniones**, 1990, Editorial Nueva Nicaragua, en la página 27, observa “Por eso es interesante la crónica-cuento “*En Asturias*”. Los capítulos II, III, IV y V, son cuentos ensayados, o más bien ensayos cortos si se les observa detenidamente.

enorme ola de que habló mucho la prensa. Según Luis Bonafoux, la caricia del mar iba para mí... Muchas gracias. Pasé por la metrópoli yanqui cuando estaba en pleno hervor una crisis financiera. Sentí el huracán de la Bolsa. Vi la omnipotencia del multimillonario y admiré la locura mamónica de la vasta capital del cheque.

Siempre que he pasado por esa tierra he tenido la misma impresión. La precipitación de la vida altera los nervios. Las construcciones comerciales producen el mismo efecto psíquico que las arquitecturas abrumadoras percibidas por Quincey en sus estados tebaicos. El ambiente de delirio de las grandezas hace daño a la ponderación del espíritu. Siéntese algo allí de primitivo y de supertérreo, de cainitas o de marcianos. Los ascensores *Express* no son para mi temperamento, ni las vastas oleadas de muchedumbres electorales tocando pitos, ni el manethecelphárico renglón que al despertarme en la sombra de la noche solía aparecer bajo el teléfono en mi cuarto del Astor: "*You have mail in the office*".

Pésima navegación se hace de Nueva Cork a Colón. Los vapores son pequeños y mal acondicionados. La comida, desolante: desde las sopas dudosas hasta las suelas de engrudo en vueltas en miel de ciertos *cakes* de la culinaria anglosajona.

Ya es el trópico. Ya las casas de Colón se destacan entre las palmeras. Ya se desembarca del muelle colonés, entre jamaicanos, yanquis y panameños medio yanquis. Y sentís que estáis en una prolongación de los Estados Unidos. Desde vuestro banco del salón de espera podéis leer en inglés sobre dos puertas de cierto lugar indispensable: *Para señoras blancas* y *Para señoras negras*. Detalle de higiene física y moral que desde luego hay que aplaudir.

Se toma el tren para Panamá, y en el trayecto puede observarse la rica vegetación del suelo tórrido. Adviértense a un lado y otro las casas en que habitan los trabajadores del Canal.

Pasé por aquí hace ya largo tiempo, cuando el desastre de Lesseps, y dije en La Nación, de Buenos Aires, la desbandada de la *débacle*. Aún recuerdo los grupos de salvajes africanos aullantes y casi desnudos, acharolados bajo el sol furioso. Hoy se han reedificado antiguas viviendas; y si aún se mira una que otra ruina de draga antigua, las yanquis funcionan con mayor vitalidad desde que fueron contempladas por los ojos de Roosevelt en memorable visita.

Panamá ha progresado con el empuje norteamericano; Panamá tiene hoy higiene, policía, más comercio y, sobre todo, dinero. Yo hice el viaje de Nueva York a Colón en el mismo vapor en que iba uno de los candidatos a la presidencia de la República, el ministro en Washington señor J. Agustín Arango, persona de experiencia, de juicio, de influencia y de respetabilidad en el Istmo.

El señor Arango, que tomó parte muy activa y decisiva en el movimiento que tuvo por resultado la proclamación de la nueva República, se manifestó en nuestras conversaciones muy partidario de la candidatura del señor Obaldía, caballero también de prestigio y habilidad. Pensaba el señor Arango poner para el triunfo de su amigo todo el peso de su partido y de sus influencias. Conozco al señor Obaldía, a quien tuve oportunidad de tratar en Río de Janeiro. Era delegado de su país al Congreso panamericano. El señor Obaldía es un panameño de buena cepa, conocedor de su tierra, amigo del progreso y muy americano.

La Hacienda, ese ramo toral del Estado, se puso en Panamá bajo excelente dirección. La del señor Isidoro Hazera, persona eminente que residió por largos años en Nicaragua, adonde fue a buscarle la acertada solicitud del Gobierno para ofrecerle la cartera que desempeñó con aplauso de todos.

En Panamá, centro de negocios, de tráfico comercial, encontré un buen núcleo de espíritus jóvenes y apasionados de arte y de letras. No podré olvidar entre ellos a Andreve, a Ricardo Miró, que sostienen allí con entusiasmo y con decisión la buena campaña. ¿No es en Panamá donde nació la delicada alma de poeta que tiene por nombre Darío Herrera?

Embarquéme de nuevo con dirección a Corinto, puerto nicaragüense, en uno de los barcos ciertamente abominables de la Pacific Mail, compañía descuidada, incómoda y voluntariosa, por la ineludible razón de la falta de competencia.

En un feliz amanecer divisé las costas nicaragüenses, la cordillera volcánica, el Cosigüina, famoso en la historia de las erupciones, el volcán del Viejo, el más alto de todos, y más allá el enorme Momotombo, que fue cantado en *La leyenda de los siglos*, de Víctor Hugo. Por fin entró el vapor en la bahía, entre el ramillete de rocas que forman la isla del Cardón y el bouquet de cocoteros que decora la isla de Corinto. Y aquí otra pluma comenzaría a reseñar la serie de fiestas incomparables de cordialidad, verdaderamente nacionales, que celebraron la llegada del hijo por tantos años ausente.

En verdad, se mató el mejor cordero en el retorno del poeta pródigo.

Saludé a Chinandega, famosa por sus naranjas, por su fecundidad agrícola; saludé a León, la ciudad episcopal y escolar donde transcurrieron mis primeros años. Saludé a Managua, asiento del Gobierno; a Masaya, florida y artística. ¡Viajes de palmas y flores! En mi recuerdo estarán siempre llenos de sol y de alegría. En esas horas de oro y fuego nunca pensé, como el terrible amigo pesimista, que no lejos de los domingos de ramos están los viernes santos.

Cuando llegaron las horas de las expansiones oratorias dije a mis compatriotas mis largas saudades y mis sinceras intenciones. Repetiré aquí algunas de mis palabras, pues deseo sea sabido que en aquellos instantes fui grato al país argentino y a mis amigos de Buenos Aires. Díjeles que un español eminente, el rector de la Universidad de Salamanca, don Miguel de Unamuno, escribiérame con motivo del retorno a mi patria original palabras hermosas que hablaban del griego Ulises y de la maravillosa Odisea. “Nada más propio –expresé– de esta vuelta a mis lares, que la generosidad de mis compatriotas, la elevación del nivel intelectual y una simpatía palpitante y orgullosa han convertido en una apoteosis, si apenas merecida por los sufrimientos de la ausencia y por ese perfume del corazón de la tierra nuestra, que no han podido hacer desaparecer ni la distancia ni el tiempo. Podría decir con satisfacción justa que, como Ulises, he visto saltar el perro en el dintel de mi casa, y que mi Penélope es esta patria que, si teje y desteje la tela de su porvenir, es solamente en espera del instante en que pueda bordar en ella una palabra de engrandecimiento, un ensalmo que será pronunciado para que las puertas de un futuro glorioso den paso al triunfo nacional y definitivo.

Tiene la ciudad de Bremen como divisa un decir latino que el prestigioso D’Annunzio ha repetido en uno de sus poemas armoniosos y cósmicos: *Navigare necesse est, vivere non est necesse*.

Yo he navegado y he vivido; ha sido Talasa amable conmigo tanto como Deméter, y si la cosecha de angustias ha sido copiosa, no puedo negar que me ha sido dado contribuir al progreso de nuestra raza y a la elevación del culto del Arte en una generación dos veces continental. Benditas sean las tribulaciones antiguas, si ellas han ayudado a ese resultado, y bendito sea el convencimiento que siempre me animó de que “*necesario es navegar*” y, aumentando el decir latino, “*necesario es vivir*”. Volvió Ulises cargado de experiencia; y la que traigo viene acompañada de un caudal de esperanza. Yo quiero decir ante todo a mis compatriotas que después de permanecer

por largo tiempo en naciones extranjeras, y estudiar sus costumbres, y medir sus vidas, y pesar sus progresos, y apreciar sus civilizaciones, tengo la convicción segura de que no estaremos entre los últimos del coro de naciones que mantendrá el alma latina, con sus prestigios y su alto valor, en próximas y decisivas agitaciones mundiales. Viví en Chile, combatiente y práctico, que ha sabido también afianzarse en obras de paz; viví en la República Argentina, cuyos progresos asombran al mundo, tierra que fue para mí maternal y que renovaba, por su bandera blanca y azul, una nostálgica ilusión patriótica; viví en España, la Patria madre; viví en Francia, la Patria Universal; y nada era para mí ni más orgulloso, ni más grato que el nombre de un compatriota repetido por la fama científica, por la autorización histórica, o por el renombre literario; y cuando alguna vez, desgraciadamente, sabía el mundo de lamentables disenciones, yo no podía evitar las palpitaciones de mi corazón ante las victorias nuestras que comentaba Europa.

Aún siente España la desaparición de un grande hombre suyo que se llamó Angel Ganivet, ese andaluz eminente que de boreales regiones envió tanta luz a la tierra maternal. Y cuenta ese granadino, hoy glorificado, la historia de un hombre de Matgalpa que, después de recorrer tórridas Africas y Asias lejanas, fue a morir en un hospital belga, y le llamó para confiarle los últimos pensamientos de su vida. No sé cómo se llamaba aquel hombre de Matagalpa; pero sé que ese ignorado compatriota, en su modestia representativa, había visto como yo quizás, en las constelaciones que contemplaran sus ojos de viajero, las clásicas palabras: *Navigare necesse est, vivere no est necesse*.

Si acaso el país ha quedado retardado en este vasto concierto del progreso hispanoamericano, por razones étnicas y geográficas que serán allanadas, por motivos que son explicados por nuestras condiciones especiales, nuestros antecedentes históricos y por la falta de esa transfusión inmigratoria que en otras naciones ha realizado prodigios, tenemos práctica y vitalmente demostrado que un impulso a tiempo y una aplicación de generosas y altas energías, mantenidas según las exigencias del organismo nacional, pueden, ante la revisión de valores universales, demostrar que, aparte de población o de influjo comercial, se es alguien en el mundo.

En seguida celebré a hombres ilustres de la República, en los cuales me ocuparé luego, y agregué: *“Brillante es la impresión que tengo yo, que cortejé durante largo tiempo a la musa cosmopolita, al ver en mi tierra fuertes talentos, fuertes caracteres y encantadoras facultades artísticas.*

...Quiero juntar dos impresiones que parecen completamente distintas, y que han hecho en mi espíritu dos huellas de reales proras: es la primera el haber desembarcado en Corinto, dulce puerto por siempre, de una manera europea, por su muelle y comodidades; y es la segunda mi visita a los elementos de guerra, que el jefe del Estado tuvo a bien mostrarme en una de las tardes más felices de mi vida. Vi primeramente que en las artes de la paz y en las ventajas de la civilización no quedamos atrasados entre los pueblos nuestros, y vi que en las industrias y ciencias de la guerra, ni se nos tomaría por sorpresa, ni se nos ganaría por previsión.

...Quizá se esperaba de mí un discurso florido de retórica y encantado de poesía. Yo sé lo que debo a la tierra de mi infancia y a la ciudad de mi primera juventud: no creáis que en mis agitaciones de París, que en mis noches de Madrid, que en mis tardes de Roma, que en mis crepúsculos de Palma de Mallorca, no he tenido pensares como éstos: un sonar de viejas campanas de nuestra catedral; por la iniciación de flores extrañas, un renacer de aquellos días purísimos en que se formaban alfombras de pétalos y de perfumes en la espera de un Señor del Triunfo, que siempre venía, como en la Biblia, en su borrica amable y precedido de verdes palmas.

...Como alejado y como extraño a vuestras disenciones políticas, no me creo ni siquiera con el derecho de nombrarlas. Yo he luchado y he vivido, no por los gobiernos, sino por la Patria: y si algún ejemplo quiero dar a la juventud de esta tierra ardiente y fecunda, es el del hombre que desinteresadamente se consagró a ideas de arte, lo menos posiblemente positivo, y después de ser aclamado en países prácticos, volvió a su hogar entre aires triunfales; y yo, que dije una vez que no podría cantar a un presidente de República en el idioma en que cantaría a Halagabal, me complazco en proclamar ahora la virtualidad de la obra del hombre que ha transformado la antigua Nicaragua, dándonos el orgullo de nuestra inmediata suficiencia y casi la seguridad de nuestro fuerte porvenir.

...León, con sus torres, con sus campanas, con sus tradiciones, León, ciudad noble y universitaria, ha estado siempre en mi memoria, fija y eficaz: desde el olor de las hierbas en mis paseos de muchacho; desde la visión del papayo que empolla al aire libre sus huevos de ámbar y de oro; desde los pompones del aroma que una vez en Palma de Mallorca me trajeron reminiscencias infantiles; desde los ecos de las olas que en el maravilloso Mediterráneo repetían voces del Playón o rumores de PoneLOYA, siempre tuve, en tierra o en mar, la idea de la Patria; y ya fuese en la áspera Africa, o en la divina Nápoles, o en París ilustre, se levantó siempre de mí un pensamiento o un suspiro hacia la vieja catedral, hacia

la vieja ciudad, hacia mis viejos amigos; y es un hecho que casi fisiológicamente se explicaría de cómo en el fondo de mi cerebro resonaba el son de las viejas torres y se escuchaba el acento de las antiguas palabras.

...Deseo, al partir, decir a mis amigos de antes, a mis compañeros de ahora y de mañana, a los que me honran llamándose discípulos, y en quienes veo la facultad vital patriótica, lo siguiente: Bien va aquel que sigue una ilusión, cualquiera que sea esa ilusión; bien va el práctico que en su ilusión bancaria cree ser mañana feliz; bien va aquel a quien su ilusión política coloca en plausibles ambiciones y ensueños de puestos honrosos, y aquel que tiene, por fatal peregrinación, que buscar entre las estrellas su provecho de nefelibata; bien va, si lleva de la mano a su conciencia, y su corazón está con él.

...En Oviedo, en Gómara, en los historiadores de Indias supe de nuestra tierra antigua y de sus encantos originales. Yo deseo que la juventud de mi país se compenetre de la idea fundamental de que, por pequeño que sea el pedazo de tierra en que a uno le toca nacer, él puede dar un Homero, si es en Grecia; un Tell, si es en Suiza; y que, así como las individualidades, tienen las naciones su representación y personalidad que da trascendencia a las leyes de su destino y al punto en que, por decisión de Dios, están colocadas en el plano casi inimaginable del progreso universal. Profunda complacencia tengo cuando veo a la actual generación, que representa el espíritu de nuestra tierra, brillar, tanto por cantidad como por intensidad, en el ejército intelectual del Continente. Materia prima tenemos muchísima, y por algo Víctor Hugo escogió al Momotombo, entre todos los volcanes de América, para hacerle decir los maravillosos alejandrinos de su Leyenda de los siglos.

...Yo he sido acogido en diferentes naciones como si fuese hijo propio de ellas. Yo guardo en mi gratitud los nombres de Chile, de Costa Rica, del Salvador, de Guatemala y de Colombia; sobre todo de esa generosa, grande y aún actualmente eficaz República Argentina, que ha sido para mí adoptiva y singular patria. Y dejadme que en estos momentos pronuncie el nombre de los Mitre, cuya gloria vasta conocéis, pero de quienes seguramente no sabéis el estímulo vital que desde hace veinte años me ha sido benéfico en América y Europa. Al nombre de Mitre habrá que agregar en vuestra memoria y en vuestra gratitud, como ya está agregado en las mías, el nombre ilustre del general Zelaya.

...Recientemente los Estados Unidos han enviado a la República Argentina a hombres como el profesor Rowe, de la Universidad de

Pennsylvania, a observar las maneras de pensar y de obrar que en ese eminente foco latino animan las más fecundas y poderosas energías hispanoamericanas. Y los yanquis visitantes han ido a decir, asombrados, cuál es la casi mágica labor que ha hecho del Río de la Plata, el hogar del mundo y un refugio de libertad y de trabajo.”

Tal hablé a los que me habían mostrado sus almas fraternales en discursos lujosos y ardorosos, en versos de noble pensar y generoso sentir.

Una vez en la capital, que encontré renovada y hermo­seada en los años de mis peregrinaciones, me partí a una “*hacienda*” de café situada en las cercanas sierras. Y allí gocé de espectáculos tan solamente encontrables en esas tierras lujuriantes y solares, en donde, bajo la sonora libertad del viento, en las apoteosis de los amaneceres y de los ponientes, o en las noches entoldadas de diamantes, florecen el asombro y la maravilla.

II

La flora tropical es de una belleza que causa como una sensación de laxitud. El paisaje diríase que penetra en nosotros por todos los sentidos, y hay una furia de vida que con su proximidad enerva. Se creería que bajo la vasta techumbre azul de un firmamento que se rayaría con una estrella, flota un efluvio estimulante para el espíritu y para la sangre; pero cuyo estímulo se convierte en languidez, en desmayo voluptuoso: un *far tutto* que se deslíe en el *far niente*... ¿No acaba de saberse esta declaración reciente de cierto doctor: que no es dudoso que un estímulo solar demasiado intenso y demasiado prolongado conduce a la depresión, y que es a esa causa a la que ciertamente hay que atribuir la *nonchalance* de los habitantes de los países cálidos?

...Solos, en el jardín de una casa amiga, he visto una tarde, en tibio crepúsculo, algo semejante a una estagnación de las horas. Había calor húmedo y voluptuoso, y el cielo, en que brillaban tan solamente, diamantinos, dos o tres luceros, se me representaba como inmenso invernáculo. No se sentía ni un soplo de aire; la vegetación hubiérase dicho cristalizada en la absoluta inmovilidad de las hojas. Había allí azucenas blancas de anunciación y otras semejantes a estilizados lirios heráldicos; había rosas de olor y jazmines orientales que constelan las verdes y espesas enredaderas en que crecen; había una flor que se llama cundiamor, y otra que estalla para regar su simiente, y la que se nombra bellísima, que evocaba para mí, rosada y alegre, altares domésticos como los que se adornan en diciembre para celebrar la Concepción de María. Toda la circunstante naturaleza me parecía contenida en un concentrado bloque de

tiempo, atmósfera de bella-durmiente-del bosque, o del legendario monje extasiado que escucha al pájaro paradisiaco.

El lujo del campo lo volví a admirar en plenas sierras. Se va a éstas a caballo; a las más cercanas pueden llegar carruajes. Desde que se sale de la capital y se comienza a subir, una temperatura dulce y fresca sucede a los ardores de la ciudad. Se empieza a ver a un lado y otro del camino rústicas fincas. Yo me deleitaba con las fragantes vegetaciones, con los cafetales, que evocan poesía criolla y antillana, sabrosos sentimentalismos líricos a lo mulato Plácido. Y hay en las viviendas, cubiertas de tejas arábicas o de paja, tales ejemplares de la mujer natural, mozas morenas, altas por lo general, de cuerpos flexibles, muchachas bronce o cacao, o pálidas mestizas, que sugieren fatigantes y agotadores cariños solares. Pongo por caso que tenéis sed y os detenéis en una de esas posesiones en las que, desde vuestra caballería, podéis ver el fogón de llamas de oro ante el cual se preparan los yantares. Una campesina de éstas os trae un agua fina, fría y doblemente grata por ser servida en un guacal, esto es, en una taza hecha de la corteza del fruto del jícaro, las cuales tazas refrigeradoras suelen ser e historiadas de escudos, aves, panículos, grecas y letras. A la oferta del agua se agrega la visión de unos lindos brazos, de unos lindos hombros y una rosada sonrisa. Y todo esto bien os puede hacer pensar en algo de Biblia o en algo de Conquista, en Rebeca o en doña Marina.

...Me engreía ver a un lado y otro del camino los arbustos cargados de su fruto rojo, y algunos aún como un manojo de tirsos llenos de su blanca floración. Y calculaba al ver la feracidad de aquel terreno, en que se suceden alturas y hondonadas, tupido de arbustos de riqueza, cómo es de fecundo y pródigo aquel suelo y cuánto hay que aguardar de las horas futuras, cuando una apropiada y propicia corriente inmigratoria contribuya a hacer la producción más abundante y más proficua. La labor agrícola es allí la verdadera fuente de vida, y el cultivo del café es el preferido; el grano de Oriente de que hablara por primera vez en Europa el veneciano Próspero Alpino, y que de Turquía fue con Jean Thévenot a Francia. *“A principios del siglo XVIII el café se llevaba de Arabia y costaba muy caro en los mercados europeos; y el árbol era un objeto de curiosidad del que apenas se habían encontrado cuatro o cinco ejemplares. El burgomaestre de Ámsterdam, según unos, o el Statuder de las Provincias Unidas, según otros, regaló al rey Luis XIV un arbusto de café que el monarca francés se dignó aceptar y confiar a los profesores de su jardín botánico. Los naturalistas del jardín recibieron con júbilo la planta obsequiada por los holandeses, le prodigaron los cuidados más asiduos e hicieron cuanto les fue posible porque se reprodujese en los invernaderos. Obtuvieron algunos retoños; pero daba lástima cultivar el café en estufas donde las plantas se*

ahogan por falta de aire, de cuyo suelo artificial no sacaban sino un alimento insuficiente y poco salubre, y donde les faltaba espacio para desarrollar sus ramas. El encargado del jardín, que era el notable naturalista Antonio de Jussieu, pensó que sería más cuerdo enviar aquella planta a un país donde encontrase el calor vivificante del sol de los trópicos, la húmeda frescura de sus noches y el riego abundante y tibio de sus lluvias periódicas. En su concepto, la Martinica reunía las condiciones más favorables para hacer la prueba. Un joven alférez de navío, sumamente celoso por el progreso de las ciencias y amigo de Antonio de Jussieu, el caballero Déclieux, partía para aquella colonia con el nombramiento de teniente-rey. El botánico le entregó el mejor y más vigoroso de los retoños, recomendándole que no omitiese nada para llevarlo sano y salvo hasta su destino. Déclieux prometió mostrarse digno de la misión que se le confiaba y velar por el débil arbusto como por un niño enfermo.

La travesía fue larga y penosa: escaseó el agua, y tripulantes y pasajeros fueron puestos a ración: pero como el arbusto no estaba comprendido en el reparto, habría perecido, si Déclieux, fiel a su promesa y pareciendo presentir el gran elemento de riqueza que traía consigo, no le sacrificara una parte de su escasa ración de agua. Aquel arbusto de la Martinica fue el padre común de los millones de arbustos que desde entonces han poblado las grandes plantaciones de América. De la Martinica pasó a las Antillas, y un siglo después a Costa Rica, de donde llegó a nosotros.” Tales son las palabras que sobre el café escribe en su **Historia de Nicaragua** don José Dolores Gámez, cuyo padre, que tenía su mismo nombre, fue quien durante la administración Sandoval, por los años de 1845 a 46, cultivó la primera plantación en las sierras de Managua. Hoy es el café de Nicaragua de los más preciados en el mundo. No en vano el de Jinotega, obtuvo en una de las grandes recientes exposiciones, el mejor premio por su aroma y calidad.

...Es de un –pintoresco- que deleitaría a Francis Jammes el espectáculo de las labores en las sierras, en el tiempo de corte. Hacen este trabajo por lo general mujeres, y en los pequeños campamentos que se forman bajo los árboles protectores del café, no es raro ver la parvada de hijos que afirma la fecundidad de la raza. Hay hamacas tendidas bajo los frutos rojos, y los cantos del pueblo suelen acompañar el trabajo. ¡Y qué gloria de vegetación, qué triunfo de vida en todo lo que la mirada abarca después de ascender a la región en donde el clima cambia y el aire es fresco, y los valles se extienden como en visiones de Edén, y hay toda la gama del verde, y un vasto rumor se esparce de los sonoros bananeros o platanares, de los árboles enormes y caprichosos sobre los que saltan las ardillas grises y

vuelan las palomas arrulladoras, y los carpinteros y los pitorreales, y toda la fauna alada que haría las delicias de Oviedo!

...Desde la cumbre de las sierras pobladas de fincas divísanse el lago de Managua, al fondo, y más cerca la laguna de Nejapa. Los colosales volcanes semejan, en la diafanidad de los crepúsculos, calcados en los cielos puros, extraordinarios Fujiyamas, y la luz da la ilusión, siendo de una transparencia de acuarela. Excursiones a caballo, paseos a pie, salidas cinegéticas, distraen y alegran las horas. Suele haber reuniones e improvisados bailes entre los vecinos de las propiedades; y esas voluptuosas y como lánguidas damas que van a pasar días de campo a las “*haciendas*”, diríase que son las hadas de los parajes, las divinidades vivas y carnales.

...Más de una vez pensé en que la felicidad bien pudiera habitar en uno de esos deliciosos paraísos; y que bien hubiera podido tal cual inquieto peregrino apasionado refugiarse en aquellos pequeños reinos incógnitos, en vez de recorrer la vasta tierra en busca del ideal inencontrable y de la paz que no existe. Pocas horas de mi existencia habré pasado tan gratas y vividas como aquellas en que, la estallar las mañanas en una cristalería de pájaros locos de vivir, salía yo con mi escopeta, en compañía de un joven amigo, a recorrer los caminos, a bajar por los barrancos, a buscar entre los ramajes la deseada caza. Y al retorno, ningún plato de Champeaux o de la Tour d’Argent fuera comparable con los que, perfumados de las hierbas y especias de la tierra, regocijaban nuestro paladar y nos ponían, con el gusto de los condimentos y la satisfacción de la gula, un humor semejante al de ese modesto, pero excelente y bienhechor poeta que se llamó Baltasar de Alcázar.

...Entre todas las plantas que atraen las miradas, llévanse la victoria palmeras y cocoteros, que en el europeo despiertan ideas coloniales, los viajes de los antiguos bergantines y las inocencias de Pablo y Virginia, de cuyo casto absurdo convencen los relentes de las selvas y las continuas insinuaciones de la tierra. El trópico transpira savias amorosas; y allí Cloe daría a Dafnis las dulces lecciones de manera, que dejaría suspensa por el asombro encantado la pastoril flauta de Longo. El bananero erige su ramillete de estandartes de tafetanes verdes, sobre los cuales, cuando llueve, vibra el agua redobles sonoros; y las palmeras varias despliegan, unas, bajas, como pavos reales, anchos esmeraldinos abanicos; otras, más altas, airosos flabeles; las otras son como altísimos plumeros, con, bajo el penacho, ya entreabierto la colosal y oleosa y dorada flor del “*coroso*”, ya colgante la copiosa carga de cocos, cuya agua fresca y ya sabrosa es la delicia de las cániculas.

...En anchos y lisos secaderos pónese el café al sol, una vez cortado y recogido. Luego pasará a las máquinas descascaradoras, que lo dejarán limpio y listo para ser puesto en los sacos de bramante que han de ir a los mercados yanquis, a los puertos del Havre o de Hamburgo. No es la cosecha nicaragüense tan crecida como la de otros países vecinos; pero en Nicaragua se produce ese grano fino que supera al mismo moka por su sabor y perfume, y que se conoce con el nombre de caracolillo. Una buena taza de negro licor, bien preparado, contiene tantos problemas y tantos poemas como una botella de tinta.

III

Cuéntase que el Mikado, al ver en un álbum, regalo del presidente Porfirio Díaz, fotografías de soldados del Ejército mejicano, hizo notar al ministro de Méjico el parecido de ellos con sus soldados nipones. Tal recuerdo me vino al ver evolucionar a los soldados nicaragüenses, que, por otra parte, han demostrado poseer, a más del físico, otras cualidades japonesas. El tipo indígena puro o el mestizo tiene mucho de azteca. *“Los primeros habitantes (nicaragüenses) –dice Gámez-, de origen mongólico, como los demás del continente americano, hicieron en sus primitivos tiempos la vida nómada de los pueblos salvajes; pero parece ser muy cierto que inmigrantes de Méjico y de las naciones vecinas, que llegaban organizados en tribus, fueron sucesivamente ocupando el territorio y formando de una manera paulatina la sociedad aborígen de estos pueblos.”* Entre los nacionales se encuentra una interesante variedad etnográfica. Existen los tipos completamente europeos, descendientes directos de españoles o de inmigrantes europeos, sin mezcla alguna; los que tienen algo de mezcla india, o ladinos; los que tienen algo de sangre negra, los que tienen de indio y de negro, los indios puros y los negros. De éstos hay muy pocos. En el carácter han dejado su influjo los hábitos coloniales y la agilidad mental primitiva. *“Y nunca indio, a lo que alcanzo, habó como él a nuestros españoles.”* Tal dice Francisco López de Gómara, refiriéndose al cacique Nicaragua o Nicarao, que dio nombre a aquellas tierras americanas. El conquistador Gil González de Avila, después que hubo tomado posesión de aquellas regiones y hubo bautizado la bahía de Fonseca, en recuerdo del obispo de Burgos, y gratificado a una isla con el nombre de su sobrina Petronila, se había encontrado con el cacique Nicoián, al cual y a toda su gente logró convertir. *“Informóse –dice Gómara- de la tierra y de un gran rey llamado Nicaragua, que a cincuenta leguas estaba, y caminó allá. Envióle una embajada, que sumariamente contenía fuese su amigo, pues no iba por le hacer mal; servidor del emperador que monarca del mundo era, y cristiano, que mucho le cumplía, e si no que le haría guerra.*

“Nicaragua, entendiendo la manera de aquellos nuevos hombres, su resoluta demanda, la fuerza de las espadas y braveza de los caballos, respondió por cuatro caballeros de su corte *“que aceptaba la amistad por el bien de la paz, y aceptaría la fe si tan buena le pareciese como se la loaban.”*

Los españoles fueron bien recibidos por el jefe indio y se trocaron dádivas. Un fraile iba allí, mercedario, que predicó el cristianismo y anatematizó las antiguas costumbres. Nicaragua y sus gentes aceptaron pasablemente todo, menos dos cosas: que se les prohibiese la guerra y la alegría, *“ca mucho sentían dejar las armas y el placer”*. Dijeron que *“no perjudicaban a nadie en bailar y tomar placerm y que no querían poner al rincón sus banderas, sus arcos, sus cascos y penachos, ni dejar tratar la guerra y armas a sus mujeres, para hilar ellos, tejer y cavar como mujeres y esclavos”*. Como el peruano Atabaliba con el padre Valverde, Nicaragua argulló varios puntos de religión, *“que agudo era, y sabio en sus ritos y antigüedades. Preguntó si tenían noticias los cristianos del gran diluvio que anegó la tierra, hombres y animales, e si había de haber otro; si la tierra se había de trastornar o caer el cielo; cuándo y cómo perdería su claridad y curso el sol, la luna y las estrellas; qué tan grandes eran; quién las movía y tenía. Preguntó la causa de la escuridad de las noches y del frío, tachando la natura, que no hacía siempre claro y calor, pues era mejor; qué honras y gracias se debían al Dios trino de cristianos, que hizo los cielos y el sol, a quien adoraban por Dios en aquellas tierras; la mar, la tierra, el hombre, que señorea, las aves que vuelan y peces que nadan, y todo lo al del mundo. Dónde tenían de estar las almas, y qué habían de hacer salidas del cuerpo, pues vivían tan poco siendo inmortales. Preguntó asimismo si moría el santo padre de Roma, vicario de Cristo, Dios de cristianos; y cómo Jesús, siendo Dios, es hombre, y su madre, virgen pariendo, y si el emperador y rey de Castilla, de quien tantas proezas, virtudes y poderío contaban, era mortal; y para qué tan pocos hombres querían tanto oro como buscaban. Gil González y todos los suyos estuvieron atentos y maravillados oyendo tales preguntas y palabras a un hombre medio desnudo, bárbaro y sin letras, y ciertamente fue un admirable razonamiento el de Nicaragua, y nunca indio, a lo que alcanzo, habló tan bien a nuestros españoles.”*

El nicaragüense se distingue en toda la América Central por condiciones de talento y de valor. A la levadura primitiva se agregaron elementos coloniales. Si, una vez proclamada la independencia, hubo descuido en la general cultura, fue a causa de las inquietudes incesantes que mantuvieron a todos los cinco estados centroamericanos en continuas agitaciones y guerras.

El historiador de Indias ya citado hace notar el estado de relativo adelanto que encontraron en algunas tribus de Nicaragua los conquistadores. *“Sea como fuere, que cierto es que tienen estos que hablan mejicano por letras las figuras de los de Culúa, y libros de papel y pergamino, un palmo de anchos y doce largos, y doblados como fuelles, donde señalan por ambas partes de azul, púrpura y otros colores, las cosas memorables que acontecen; e allí están pintadas sus leyes y ritos, que semejan mucho a los mejicanos, como lo puede ver quien cotejare lo de aquí con lo de Méjico.”*

Y en otro lugar: *“Los palacios y templos tienen grandes plazas, y las plazas están cerradas de las casas de nobles y tienen en medio de ellas una casa para los plateros, que a maravilla labran y vacían el oro.”* Esta condición aún hoy puede admirarse en los trabajos de orfebrería nicaragüense. Tales labores he mostrado yo a mis amigos europeos, que las han comparado con manufacturas de Tiffany o Froment-Meurice. Escultores y pintores hay asimismo que sin haber frecuentado nunca talleres ni museos, pues no han salido del país, producen obras que me han causado sorpresa y admiración. Así los que actualmente decoran la catedral de León, bajo el cuidado del obispo Pereira.

Ciertos indios fabrican utensilios de barro que no son inferiores a los que produce la alfarería peninsular en Andujar; las *“tinajitas”* de allá alegran la vista y refrescan el agua en los estíos, como las españolas alcarrazas. La habilidad original y criolla se manifiesta en esteras o *“petates”*, en hamacas tejidas de la fibra de la *“cabuya”* o de la pita, teñidas con los colores que extraen del mismo modo que los abuelos, colores que hacen rememorar cómo antes no sé cual tapiz oriental evocara un expresivo pintor francés la comparación de un *“perroquet”*. Se hacen en los telares rebozos de hilo y de seda, semejantes a chales indios; se labran en el duro hueso de un fruto de palmera, el *“coyol”*, sortijas y pendientes que se dijeran de azabache. Y se descubre en las mentes una natural claridad de entendimiento y una facultad y acierto importadas industrias extranjeras. Los zapatos son famosos, y podrían pasar los de algunos fabricantes por los que en las zapaterías sevillanas han llenado el gusto del coronado que tiene por nombre Eduardo VII. Aprovechando la riqueza de los bosques, que es extraordinaria, combinan los carpinteros y ebanistas piezas de exposición que son maravillosos mosaicos. Sorprenden las vivaces disposiciones mecánicas. El primer automóvil que haya llegado a la república fue el del presidente Zelaya. Con él fue un *chauffer* francés. Al poco tiempo los buenos conductores no escaseaban. Y hasta algo como un Charles Cros nicaragüense, ha habido que haya experimentado allá un sistema de

teléfono sin hilos, mucho antes de las hoy triunfantes tentativas de electricistas europeos. Me refiero al doctor Rosendo Rubí, que obtuvo en Washington una patente el año de 1900.

Si el clima predispone para la fatiga y hay en él el tropical incentivo de la pereza, adelanta, sin embargo, la actividad artesana. Managua, León, Masaya, Granada, Rivas, Matagalpa, con centros principales de trabajo. Aunque las condiciones de vida del país son tan diversas de las que hacen levantar tantas protestas al obrero en naciones europeas y americanas, no ha dejado de sentirse por allá uno que otro vago soplo de espíritu socialista; mas no ha encontrado ambiente propicio en donde nadie puede morir de hambre ni hay vida de dominadores placeres.

El nicaragüense es emprendedor, y no falta en él el deseo de los viajes y cierto anhelo de aventura y de voluntario esfuerzo fuera de los límites de la patria. En toda la América Central existen ciudadanos de la tierra de los lagos, que se distinguen en industrias y profesiones, algunos que han logrado realizar fortunas, y no pocos que dan honra al terruño original. No es único el caso del navegante matagalpense de que hablara Angel Ganivet: y en Alemania, en Francia, en Rumanía, en Inglaterra, en los Estados Unidos, sé de nicaragüenses trasplantados que ocupan buenos puestos y ganan honrosa y provechosamente su vida. Recuerdo que, siendo yo cónsul de Nicaragua en París, recibí un día la visita de un hombre en quien reconocí por el tipo al nicaragüense del pueblo. Me saludó jovial, con estas palabras, más o menos: *“No le vengo a molestar, ni a pedirle un solo centavo. Vengo a saludarle, porque es el cónsul de mi tierra. Acabo de llegar a Francia en un barco que viene de la China, y en el cual soy marinero. Es probable que pronto me vaya a la India.”* Se despidió contento como entrara y se fue a gastar sus francos en la alegría de París, para luego seguir su destino errante por los mares.

(Fin de la muestra de tres ensayos autobiográficos, contenidos en la obra **El viaje a Nicaragua e Intermezzo tropical** de Rubén Darío).

LA VIDA DE RUBEN DARIO ESCRITA POR EL MISMO

Tuttli gli uomini d'ogni sorte, che hanno fatto qualche cosa che sia virtuosa, o che veramente alla virtù si somigli, dovrebbero, essendo veritieri e da vene, di lor propria mano descrivere la loro vita; ma non

*si devoriebbe cominciare una tal bella impresa prima che sia paseata l'eta dei quarant'anni*⁹⁴.

La Vita del Mo. Benvenuto Cellini.

Tengo más años, desde hace cuatro, que los que exige Benvenuto para la empresa. Así doy comienzo a estos apuntamientos que más tarde han de desenvolverse mayor y más detalladamente.

En la catedral de León, de Nicaragua, en la América Central, se encuentra la fe de bautismo de Félix Rubén, hijo legítimo de Manuel García y Rosa Sarmiento. En realidad, mi nombre debía ser Félix Rubén García Sarmiento. ¿Cómo llegó a usarse en mi familia el apellido Darío? Según lo que algunos ancianos de aquella ciudad de mi infancia me han referido, un mi tatarabuelo tenía por nombre Darío. En la pequeña población conocíale todo el mundo por Don Darío; a sus hijos e hijas, por los Daríos, las Daríos. Fue así desapareciendo el primer apellido a punto de que mi bisabuela paterna firmaba ya Rita Darío; y ello convertido en patronímico llegó a adquirir valor legal, pues mi padre, que era comerciante, realizó todos sus negocios ya con el nombre de Manuel Darío; y en la catedral a que me he referido, en los cuadros donados por mi tía doña Rita Darío de Alvarado, se ve escrito su nombre de tal manera.

El matrimonio de Manuel García, –diré mejor de Manuel Darío- y Rosa Sarmiento fue un matrimonio de conveniencia, hecho por la familia. Así no es de extrañar que a los ocho meses más o menos de esa unión forzada y sin afecto, viniese la separación. Un mes después nacía yo en un pueblecito, o más bien una aldea, de la provincia, o como allá se dice, departamento, de la Nueva Segovia, llamado antaño Chocoyos y hoy Metapa.

II

Mi primer recuerdo –debo haber sido a la sazón muy niño, pues se me cargaba a horcajadas, en los cuadriles, como se usa por aquellas tierras– es el de un país montañoso: un villorrio llamado San Marcos de Colón, en tierras de Honduras, por la frontera nicaragüense; una señora delgada, de vivos y brillantes ojos negros –¿negros?... no lo puedo afirmar seguramente

⁹⁴ Traducida al español: “*Todos los hombres de suerte, que han hecho alguna cosa virtuosa o que son parecidas a cosas virtuosas, debieran ser verdaderas de su propia mano, escribir su propia vida; mas no se debería comenzar una tan bella empresa prima sin haber llegado a la edad de 40 años.*”
Epígrafe tomado de ***La vida de Monsieur Benvenuto Cellini.***

..., más así los veo ahora en mi vago y como ensoñado recuerdo-, blanca, de tupidos cabellos oscuros, alerta, risueña, bella. Esa era mi madre. La acompañaba una criada india, y le enviaba de su quinta legumbres y frutas, un viejo compadre gordo, que era nombrado “*el compadre Guillén*”. La casa era primitiva, pobre; sin ladrillos, en pleno campo. Un día yo me perdí. Se me buscó por todas partes; hasta el compadre Guillén montó en su mula. Se me encontró, por fin, lejos de la casa, tras unos matorrales, debajo de las ubres de una vaca, entre muchos ganado que mascaba el jugo del coyol, fruto mucilaginoso y pegajoso que da una palmera y del cual se saca aceite en molinos de piedra como los de España. Dan a las vacas el fruto, cuyo hueso dejan limpio y seco, y así producen leche que se distingue por su exquisito sabor. Se me sacó de mi bucólico refugio, se me dio unas cuantas nalgadas y aquí mi recuerdo de esa edad desaparece, como una vista de cinematógrafo.

Mi segundo recuerdo de edad verdaderamente infantil es el de unos juegos artificiales, en la plaza de la iglesia del Calvario, en León. Me cargaba en sus brazos una fiel y excelente mulata, la Serapia. Yo estaba ya en poder de mi tía abuela materna, doña Bernarda Sarmiento de Ramírez, cuyo marido había ido a buscarme a Honduras. Era él un militar bravo y patriota, de los unionistas de Centroamérica, con el famoso caudillo general Máximo Jerez, y de quien habla en sus memorias el filibustero yankee William Walker. Le recuerdo: hombre alto, buen jinete, algo moreno, de barbas muy negras. Le llamaban “*el bocón*”, seguramente por su gran boca. Por él aprendí pocos años más tarde a andar a caballo, conocí el hielo, los cuentos pintados para niños, las manzanas de California y el champaña de Francia. Dios le haya dado un buen sitio en alguno de sus paraísos. Yo me criaba como hijo del coronel Ramírez y de su esposa doña Bernarda. Cuando tuve uso de razón, no sabía otra cosa. La imagen de mi madre se había borrado por completo de mi memoria. En mis libros de primeras letras, alguno de los cuales he podido encontrar en mi último viaje a Nicaragua, se leía la conocida inscripción:

*Si este libro se perdiese,
como suele suceder,
suplico al que me lo hallase
me lo sepa devolver.
Y si no sabe mi nombre
aquí se lo voy a poner:
Félix Rubén Ramírez.*

El coronel se llamaba Félix, y me dieron su nombre en el bautismo. Fue mi padrino el citado general Jerez, célebre como hombre político y militar, que murió siendo ministro en Washington, y cuya estatua se encuentra en el parque de León.

Fui algo niño prodigio. A los tres años sabía leer, según se me ha contado. El coronel Ramírez murió y mi educación quedó únicamente a cargo de mi tía abuela. Fue mermando el bienestar de la viuda y llegó la escasez, si no la pobreza. La casa era una vieja construcción, a la manera colonial; cuartos seguidos, un largo corredor, un patio con su pozo, árboles. Rememoro un gran “jícara”, bajo cuyas ramas leía; y un granado, que aún existe; y otro árbol que da unas flores de un perfume que yo llamaría oriental si no fuese de aquel pródigo trópico y que se llaman “mapolas”.

La casa era para mí temerosa por las noches. Anidaban lechuzas en los aleros. Me contaban cuentos de ánimas en pena y aparecidos, los dos únicos sirvientes: la Serapia y el indio Goyo. Vivía aún la madre de mi tía abuela,⁹⁵ una anciana, toda blanca por los años, y atacada de un temblor continuo. Ella también me infundía miedos, me hablaba de un fraile sin cabeza, de una mano peluda, que perseguía, como una araña... Se me mostraba, no lejos de mi casa, la ventana por donde, a la Juana Catina mujer muy pecadora y loca de su cuerpo, se la habían llevado los demonios. Una noche la mujer gritó desusadamente; los vecinos se asomaron atemorizados, y alcanzaron a ver a la Juana Catina, por el aire, llevada por los diablos, que hacían un gran ruido, y dejaban un hedor a azufre.

Oía contar la aparición del difunto obispo García, al Obispo Viteri. Se trataba de un documento perdido, en un ya antiguo proceso de la curia. Una noche, el obispo Viteri hizo despertar a sus pajes, se dirigió a la catedral, hizo abrir la sala del capítulo, se encerró en ella, dejó fuera a sus familiares, pero éstos vieron, por el ojo de la llave, que su ilustrísima estaba en conversación con su finado antecesor. Cuando salió, “*mandó tocar vacante*”; todos creían en la ciudad que hubiese fallecido. La sorpresa que hubo al otro día fue que el documento perdido se había encontrado. Y así se me nutría el espíritu, con otras cuantas tradiciones y consejas y sucedidos semejantes. De allí mi horror a las tinieblas nocturnas, y el tormento de ciertas pesadillas inenarrables.

⁹⁵ Se trata aquí de la señora Ventura Mayorga, madre de mamá Bernarda, José Antonio y de Ignacio Sarmiento, padre de Rosa Sarmiento, madre de Rubencito.

Quedaba mi casa cerca de la iglesia de San Francisco, donde había existido un antiguo convento. Allí iba mi tía abuela a misa primera, cuando apenas aparecía el primer resplandor del alba, al canto de los gallos. Cuando en el barrio había un moribundo, tocaban en las campanas de esa iglesia el pausado toque de agonía, que llenaba mi pueril alma de terrores.

Los domingos llegaban a casa a jugar el fusilico viejos amigos, entre ellos un platero y un cura. Pasaba el tiempo. Yo crecía. Por las noches había tertulia, en la puerta de la calle, una calle mal empedrada de redondos y puntiagudos cantos. Llegaban hombres de política y se hablaba de revoluciones. La señora me acariciaba en su regazo. La conversación y la noche cerraban mis párpados. Pasaba el “*vendedor de arena*”... Me iba deslizando. Quedaba dormido, sobre el ruedo de la maternal falda, como un gozquejo. En esa época aparecieron en mí fenómenos posiblemente congestivos. Cuando se me había llevado a la cama, despertaba y volvía a dormirme. Alrededor del lecho mil círculos coloreados y concéntricos, caleidoscópicos, enlazados y con movimientos centrífugos y centrípetos, como los que forma la linterna mágica, creaban una visión extraña y para mí dolorosa. El central punto rojo se hundía, hasta incalculables hípnicas distancias, y volvía a acercarse; y su ir y venir era para mí como un martirio inexplicable. Hasta que, de repente, desaparecía la decoración de colores, se hundía, el punto rojo y se apagaba, al ruido de una seca y para mí saludable explosión. Sentía una gran calma, un gran alivio; el sueño seguía, tranquilo. Por las mañanas mi almohada estaba de sangre, de una copiosa hemorragia nasal.⁹⁶

III

Se me hacía ir a una escuela pública. Aún vive el buen maestro, que era entonces bastante joven, con fama de poeta, el licenciado Felipe Ibarra. Usaba, naturalmente, conforme la pedagogía singular de entonces, la palmeta, y en casos especiales, la flagelación en las desnudas posaderas. Allí se enseñaba la cartilla, el Catón cristiano, las “*cuatro reglas*”, otras primarias nociones. Después tuve otro maestro, que me inculcaba vagas nociones de aritmética, geografía, cosa de gramática, religión. Pero quien primeramente me enseñó el alfabeto, mi primer maestro, fue una mujer, doña Jacoba Tellería, quien estimulaba mi aplicación con sabrosos pestiños, bizcotelas y alfajores que ella misma hacía, con muy buen gusto de golosinas y con manos

⁹⁶ Idem.

de monja. La maestra no me castigó sino una vez, en que me encontrara, ¡a esa edad, Dios mío! En compañía de una precoz chicuela, iniciando, indoctos e imposibles Dafnis y Cloe, y según el verso de Góngora, “*las bellaquerías, detrás de la puerta*”.

IV

En un viejo armario encontré los primeros libros que leyerá. Eran un **Quijote**, **Las obras de Moratín**, **Las Mil y una noches**; **La Biblia**; **Los oficios** de Cicerón; **La Corina**, de Madame Stäel, un tomo de **Comedias clásicas españolas**, y una novela terrorífica, de ya no recuerdo qué autor; **La Caverna de Strozzi**. Extraña y ardua mezcla de cosas para la cabeza de un niño⁹⁷.

V

¿A qué edad escribí mis primeros versos? No lo recuerdo precisamente, pero ello fue harto temprano. Por la puerta de mi casa – en las Cuatro Esquinas- pasaban las procesiones de la Semana Santa, una Semana Santa famosa: “*Semana Santa en León y Corpus en Guatemala*”; y las calles se adornaban con arcos de ramas verdes, palmas de cocotero, flores de corozo, matas de plátanos o bananos, disecadas aves de colores, papel de china picado con mucha labor; y sobre el suelo se dibujaban alfombras que se coloreaban expresamente, con aserrín de rojo brasil o cedro, o amarillo “*mora*”; con trigo reventado. Con hojas, con flores, con desgranada flor de coyol. Del centro de uno de los arcos, en la esquina de mi casa, pendía una granada dorada. Cuando pasaba la procesión del Señor del Triunfo, el domingo de Ramos, la granada se abría y caía una lluvia de versos. Yo era el autor de ellos. No he podido recordar ninguno... pero sí se que eran versos, versos brotados instintivamente. Yo nunca aprendí a hacer versos. Ello fue en mí orgánico, natural, nacido. Acontecía que se usaba entonces –creo que aún persiste- la costumbre de imprimir y repartir, en los entierros, “*epitafios*”, en que los deudos lamentan los fallecimientos, en verso por lo general. Los que sabían mi rítmico don, llegaban a encargarme pusiese su duelo en estrofas.

A todo esto, el recuerdo de mi madre había desaparecido. Mi madre era aquella señora que me había acogido. Mi “*padre*” había muerto, el coronel Ramírez. A tal sazón llegó a vivir con nosotros y a criarse junto conmigo, una lejana prima, rubia, bastante bella, de quien he hablado en mi cuento *Palomas blancas y garzas morenas*. Ella fue

⁹⁷ Autobiografía.

quien despertara en mí los primeros deseos sensuales. Por cierto que, muchos años después, madre y posiblemente abuela, me hizo cargos: “¿Por qué has dado a entender que llegamos a cosas de amor, si no es verdad?” “¡Ay! -le contesté-, ¡es cierto! Eso no es verdad, ¡y lo siento! ¿No hubiera sido mejor que fuera verdad y que ambos nos hubiéramos encontrado en el mejor de los despertamientos, en la más ardiente de las adolescencias y en las primaveras del más encendido de los trópicos?...”

Mi familia se componía entonces de mi tía doña Rita Darío de Alvarado, a quien su hermano Manuel García, esto es, Manuel Darío, único que tenía en tal ocasión dinero, había hecho donación de sus bienes ¡ah, malhaya! Para que se casase con el cónsul de Costa Rica; mi tía Josefa, vivaz, parlera, muy amante de la crinolina⁹⁸, medio tocada, quien una vez –el día de la muerte de su madre- apareció calzada con zapatos rojos, y a las observaciones y reproches que se le hicieron, contestó que: “*Las perdices y las palomitas de Castilla ...*” ¡Cuando digo que era medio tocada! Mi tía Sara, casada con un norteamericano, muy hermosa, y cuya hija mayor ¡oh, Eros! Un día, por sorpresa, en un aposento a donde yo entrara descuidado, me dio la ilusión de una Anadiómena... Y mi “tío Manuel”. Porque Don Manuel Darío figuraba como mi tío. Y mi verdadero padre, para mí, y tal como se me había enseñado, era el otro, el que me había criado desde los primeros años, el que había muerto, el coronel Ramírez. No sé por qué, siempre tuve un desapego, una vaga inquietud separadora, con mi tío Manuel. La voz de la sangre... ¡Qué flácida patraña romántica! La paternidad única es la costumbre del cariño y del cuidado. El que sufre, lucha y se desvela por un niño, aunque no lo haya engendrado, ése es su padre.

Mi tía Rita era la adinerada de la familia. Mi padre, que, como he dicho, pasaba como mi tío, vivía en casa de su hermana, la cual era propietaria de haciendas de ganado y de ingenios de caña de azúcar. La vida en casa de mi tía Rita me ha dejado un recuerdo verdaderamente singular e imborrable. Esta señora, que era muy religiosa, casada con don Pedro Alvarado, cónsul de Costa Rica, tenía, como los antiguos reyes, dos bufones, enanos, arrugados, feos, velasquescos, hombre y mujer. El se llamaba “*el capitán Vílchez*”, y la mujer era su madre; pero eran iguales completamente, en tamaño,

⁹⁸ Miriñaque, crudillo, tela áspera; el miriñaque es una falda interior de tela rígida o almidonada que usaban las mujeres para ahuecar y dar vuelo a la falda.

en fealdad, y me inspiraba miedo e inquietud. Hacían retratos de cera, monicacos deformes, y el “capitán”, que decía ser también sacerdote, pronunciaba sermones que hacían reír, pero yo oía con gran malestar, como si fuesen cosas de brujos.

Los domingos se daban bailes de niños, y aunque mi primo Pedro⁹⁹, señor de la casa, era el más rico y un excelente pianista en tan corta edad, ya, con mi pobreza y todo, solía ganarme las mejores sonrisas de las muchachas, por el asunto de los versos. ¡Fidelina, Rafaela, Julia, Mercedes, Narcisa, María, Victoria, Gertrudis! Recuerdos, recuerdos suaves.¹⁰⁰

A veces los tíos disponían viajes al campo, a la hacienda. Ibamos en pesadas carretas, tiradas por bueyes cubiertas con toldo de cuero crudo. En el viaje se cantaban canciones. Y en amontonamiento inocente, íbamos a bañarnos al río de la hacienda, que estaba a poca distancia, todos, muchachos y muchachas, cubiertos con toscos camisones. Otras veces eran los viajes a la orilla del mar, en la costa de Poneloya, en donde estaba la fabulosa peña del Tigre. Ibamos en las carretas de ruedas rechinantes, los hombres mayores a caballo; y al pasar un río, en pleno bosque, se hacía alto, se encendía fuego, se sacaban los pollos asados, los huevos duros, el aguardiente de caña y la bebida nacional, llamada “tiste” hecha de cacao y de maíz; y se batía en jícaras con molinillo de madera. Los hombres se alegraban, cantaban al son de la guitarra y disparaban los tiros al aire y daban los gritos usuales, estentóreos y alternativos, muy diferentes del chivateo araucano. Se llegaba al punto Terminal y se vivía por algunos días bajo enramadas hechas con hojas, juncos y cañas verdes, para resguardarse del tórrido sol. Iban las mujeres por un lado, los hombres por el otro, a bañarse en el mar, y era corriente el encontrar de súbito, por un recodo, el espectáculo de cien Venus Anadiómenas en las ondas. Las familias se juntaban por las noches y se pasaban el tiempo bajo aquellos cielos profundos, llenos de estrellas prodigiosas, jugando juegos de prendas; corriendo tras los cangrejos, o persiguiendo a las grandes tortugas llamadas *paslamas*, cuyos huevos se sacan cavando en los nidos que dejan en la arena.

Yo me apartaba frecuentemente de los regocijos, y me iba, solitario, con mi carácter ya triste y meditabundo desde entonces, a mirar cosas, en el cielo, en el mar. Una vez vi una escena horrible, que me quedó grabada en

⁹⁹ Sobre este punto, el Poeta Niño, comentó entre sus amistades una profecía que se cumplió en vida del interlocutor “*Hoy a mi primo Pedro todos le aplauden en esta fiesta; mañana a mí me aplaudirá el Mundo*”.

¹⁰⁰ **Autobiografía.** Cap. V.-

la memoria. Cerca de una yunta de bueyes, a orillas de un pantano, dos carreteros que se peleaban, echaron mano al machete, pesado y filoso, arma que sirve para partir la caña de azúcar, y comenzaron a esgrimirlo; y de pronto vi algo que saltó por el aire. Eran, juntos, el machete y la mano de uno de ellos.

Por las tardes y las noches paseaban, a caballo o a pie vociferando, hombres borrachos. Los soldados, descalzos y vestidos de azul, se los llevaban presos. Cuando la luna iba menguando, retornaban las familias a la ciudad.

VI

Por influencia de mi Rita comencé a frecuentar la casa de los Padres Jesuitas, en la iglesia de la Recolección. Debo decir que desde niño se me infundió una gran religiosidad, religiosidad que llegaba a veces hasta la superstición. Cuando tronaba la tormenta y se ponía el cielo negro, en aquellas tempestades únicas, como no he visto en parte alguna, sacaba mi tía abuela palmas benditas y hacía coronas para todos los de la casa; y todos coronados de palmas rezábamos en coro el trisagio y otras oraciones. Señaladas devociones eran para mí temerosas. Por ejemplo, al acercarse la fiesta de la Santa Cruz. Porque ¡oh, Dios de los dioses!, martirio como aquel, para mis pocos años, no os lo podéis imaginar. Llegado ese día, todos nos poníamos delante de las imágenes; y la buena abuela dirigía el rezo, un rezo que concluía después de varias jaculatorias, con estas palabras:

*Vete de aquí Satanás
que en mi parte no tendrás
porque el día de la Cruz
dije mil veces: Jesús.*

Pues el caso es que teníamos en efecto que decir mil veces la palabra Jesús, y aquello era inacabable. “¡Jesús!, ¡Jesús!, ¡Jesús!”, hasta mil; y a veces se perdía la cuenta y había que volver a empezar.

Los jesuitas me halagaron; pero nunca me sugestionaron para entrar en la Compañía, seguramente, viendo que yo no tenía vocación para ello. Había entre ellos hombres eminentes, un padre Koenig, austríaco, famoso como astrónomo; un padre Arubia, bello e insinuante orador; un padre Valenzuela, célebre en Colombia como poeta y otros cuantos. Entré en lo que se llamaba la Congregación de Jesús, y usé en las ceremonias la cinta azul y la medalla de los congregantes. Por aquel entonces hubo un grave escándalo. Los jesuitas ponían en el

altar mayor de la iglesia, en la fiesta de San Luis Gonzaga, un buzón, en el cual podían echar sus cartas todos los que quisieran pedir algo o tener correspondencia con San Luis y con la Virgen Santísima. Sacaban las cartas y las quemaban delante del público; pero se decía que no sin haberlas visto antes. Así eran dueños de muchos secretos de familia, y aumentaban su influjo por estas y otras razones. El gobierno decretó su expulsión, no sin que antes hubiese yo asistido con ellos a los ejercicios de San Ignacio de Loyola, ejercicios que me encantaban y que por mí hubieran podido prolongarse indefinidamente por las sabrosas vituallas y el exquisito chocolate que los reverendos nos daban.¹⁰¹

VII

Florida estaba mi adolescencia. Ya tenía yo escritos muchos versos de amor y ya había sufrido, apasionado precoz, más de un dolor y una desilusión a causa de nuestra inevitable y divina enemiga: pero nunca había sentido una erótica llama igual a la que despertó en mis sentidos e imaginación de niño, una apenas púber saltimbanqui norteamericana, que daba saltos prodigiosos en un circo ambulante. No he olvidado su nombre, Hortensia Buislay.

Como no siempre conseguía lo necesario para penetrar en el circo, me hice amigo de los músicos y entraba a veces, ya con un gran rollo de papeles, ya con la caja de un violín; pero mi gloria mayor fue conocer al payaso, a quien hice repetidos ruegos para ser admitido en la farándula. Mi inutilidad fue reconocida. Así, pues, tuve que resignarme a ver partir a la tentadora, que me había presentado la más hermosa visión de inocente voluptuosidad en mis tiempos de fogosa primavera.

Ya iba a cumplir mis trece años y habían aparecido mis primeros versos en un diario titulado **El Termómetro**, que publicaba en la ciudad de Rivas, el historiador y hombre político José Dolores Gámez. No he olvidado la primera estrofa de estos versos de primerizo, rimados en ocasión de la muerte del padre de un amigo. Ellos serían ruborizantes si no los amparase la intención de la inocencia.

*“Murió tu padre, es verdad,
lo lloras, tienes razón,
pero ten resignación
que existe una eternidad*

¹⁰¹ Autobiografía. Cap. VI.

*do no hay penas...
y en un trozo de azucenas
morán los justos cantando...”*

No, no continuaré. Otros versos míos se publicaron y se me llamó en mi república y en las cuatro de Centroamérica, “el poeta niño”. Como era de razón, comencé a usar larga cabellera, a divagar más de lo preciso, a descuidar mis estudios de colegial, y en mi desastroso examen de matemáticas fui reprobado con innegable justicia.

Como se ve, era la iniciación de un nacido aeda. Y la alarma familiar entró en mi casa. Entonces, la excelente anciana protectora, quería que aprendiese a sastre, o a cualquier otro oficio práctico y útil, pero mis románticos éxitos con las mozas eran indiscutibles, lo cual me valía, por mi contextura endeble y mis escasas condiciones de agresividad, ser la víctima de zopencos rivales míos, que tenían brazos robustos y estaban exentos de iniciación apolínea.

VIII

Un día, una vecina me llamó a su casa. Estaba allí una señora vestida de negro, que me abrazó y me besó llorando, sin decirme una palabra. La vecina me dijo: *“Esta es tu verdadera madre, se llama Rosa, y ha venido a verte de muy lejos”*. No comprendí de pronto, como tampoco me di cuenta exacta de las mil palabras de ternura y consejos que me prodigara en la despedida que oía de aquella dama para mi extraña. Me dejó unos dulces, unos regalitos. Fue para mí una rara visión. Desapareció de nuevo. No debía volver a verla hasta más de veinte años después.

Algunas veces llegué a visitar a don Manuel Darío, en su tienda de ropa. Era un hombre no muy alto de cuerpo, algo jovial, muy aficionado a los galanteos, gustador de cerveza negra de Inglaterra. Hablaba mucho de política y esto le ocasionó en cierto tiempo varios desvaríos. Desde luego, aunque se mantuvo cariñoso, no con extremada amabilidad, nada me daba a entender que fuese mi padre. La verdad es que no vine a saber sino mucho más tarde que yo era hijo suyo.

IX

Por ese tiempo, algo que ha dejado en mi espíritu una impresión indeleble, me aconteció. Fue mi primera pesadilla. La cuento, porque, hasta en estos mismos momentos, me impresiona. Estaba yo, en el sueño, leyendo cerca de una mesa, en la salita de la casa, alumbrada

por una lámpara de petróleo. En la puerta de la calle, no lejos de mí, estaba la gente de la tertulia habitual. A mi derecha había una puerta que daba al dormitorio; la puerta estaba abierta y vi en el fondo oscuro que daba al interior, que comenzaba como a formarse un espectro; y con temor miré hacia este cuadrado de oscuridad y no vi nada; pero, como volviese a sentirme inquieto, miré de nuevo y vi que se destacaba en el fondo negro una figura blanquecina, como la de un cuerpo humano envuelto en lienzos; me llené de terror, porque vi aquella figura que, aunque no andaba, iba avanzando hacia donde yo me encontraba. Las visitas continuaban en su conversación y, a pesar de que pedí socorro, no me oyeron. Volví a gritar y siguieron indiferentes. Indefenso, al sentir la aproximación de *“la cosa”*, quise huir y no pude, y aquella sepulcral materialización siguió acercándose a mí, paralizándome y dándome una impresión de horror inexpressable. Aquello no tenía cara y era, sin embargo, un cuerpo humano. Aquello no tenía brazos y yo sentía que me iba a estrechar. Aquello no tenía pies y ya estaba cerca de mí. Lo más espantoso es que sentí inmediatamente el tremendo olor de la cadaverina, cuando me tocó algo como un brazo, que causaba en mí algo semejante a una conmoción eléctrica. De súbito para defenderme, mordí *“aquello”* y sentí exactamente como si hubiera clavado mis dientes en un cirio de cera oleosa. Desperté, con sudores de angustia.

De la familia materna no conocía casi a nadie. Como mis padres eran primos, los parientes maternos llevaban también con el suyo el apellido Darío, así oía yo la historia novelesca de dos hermanos de mi madre, Antonio, llamado *“el indio Darío”*, que por cierto era, según decires, un hombre guapo, rubio y de ojos azules y que murió asesinado cruelmente en una revolución en la ciudad de Granada, en donde, después de ultimarle, le ataron a la cola de un caballo y fue arrastrado por las calles; e Ignacio, muerto a traición de un escopetazo; unos dicen que por asuntos de amores y otros que por robarle, después de haber salido de una casa de juego. Había también dos primos de mi madre, que habitaban en el puerto de Corinto, y se dedicaban al negocio de exportación de maderas especialmente de mora y de palo de campeche.

Cuántas veces me despertaron ansias desconocidas y misteriosos ensueños las fragatas y bergantines que se iban con las velas desplegadas por el golfo azul, con rumbo a la fabulosa Europa. En muchas ocasiones fui al puerto en pequeñas barcas, por los esteros y manglares, poblados de grandes almejas y cangrejos, y me iba a

admirar al cónsul inglés, Miller, que perseguía a balazos con su Winchester a los tiburones.

X

Se publicaba en León un periódico político titulado **La Verdad**. Se me llamó a la redacción, tenía a la sazón cerca de catorce años, se me hizo escribir artículos de combate que yo redactaba a la manera de un escritor ecuatoriano, famoso, violento, castizo e ilustre, llamado Juan Montalvo, que ha dejado excelentes volúmenes de tratados, conminaciones y catilinarias. Como el periódico **La Verdad** era de la oposición, mis estilados denuestos iban contra el gobierno el gobierno se escamó. Un día fui requerido por la policía. Se me acusaba como vago, y me libré de las oficiales iras porque un doctor pedagogo, liberal y de buen querer, declaró que no podía ser un vago quien como yo era profesor en el colegio que él dirigía. En efecto: desde hacía algún tiempo, enseñaba yo gramática en tal establecimiento.

Cayó en mis manos un libro de masonería, y me dio por ser masón, y llegaron a serme familiares: Hiram, el Templo, los caballeros Kadosh, el mandil, la escuadra, el compás, las baterías y toda la endiablada y simbólica liturgia de esos terribles ingenuos.

Con esto adquirí cierto prestigio entre mis jóvenes amigos. En cuanto a mi imaginación y mi sentido poético, se encantaban en casa con la visión de las turgentes formas de mi prima, aunque aún usaba traje corto; con la cigarrera Manuela, que manipulando sus tabacos me contaba los cuentos del príncipe Kamaralzaman y de la princesa Badura, del Caballo Volante, de los genios orientales, de las invenciones maravillosas de **Las mil y una noches**.

Brillaba el fuego de los tizones en la cocina, se oía el ruido de las salvas que sirven para desgranar las mazorcas de maíz. Un perro "*Laberinto*", estaba a mi lado con el hocico entre las patas. Vagueaba en el silencio la cálida noche. Yo escuchaba atento las lindas fábulas.

Mas la vida pasaba. La pubertad transformaba mi cuerpo y mi espíritu. Se acentuaban mis melancolías sin justas causas. Ciertamente yo sentía como una invisible mano que me empujaba a lo desconocido. Se despertaron los vibrantes, divinos e irresistibles deseos. Brotó en mí el amor triunfante y fui un muchacho con ojeras, con sueños y que se iba a confesar todos los sábados.

Por este tiempo llegaron a León unos hombres políticos, senadores, diputados, que sabían de la fama del “*poeta niño*”. Me conocieron. Me hicieron recitar versos. Me dijeron que era preciso que fuera a la capital. La mamá Bernarda me echó la bendición, y partí para Managua.

Managua, creada capital para evitar los celos entre León y Granada, es una linda ciudad situada entre sierras fértiles y pintorescas, en donde se cultiva profusamente el café; y el lago, poblado de islas y en uno de cuyos extremos se levanta el volcán del Momotombo, immortalizado líricamente por Víctor Hugo, en la *Leyenda de los siglos*.

Mi renombre departamental se generalizó muy pronto, y al poco tiempo yo era señalado como un ser raro. Demás decir, que era buscado para la incontenible manía de versos para álbumes y abanicos.

A la sazón estaba reunido el Congreso.

Era presidente de él un anciano granadino, calvo, conservador, rico y religioso, llamado don Pedro Joaquín Chamorro. Yo estaba protegido por miembros del Congreso pertenecientes al partido liberal, y es claro que en mis poesías y versos ardía el más violento, desenfadado y crudo liberalismo. Entre otras cosas se publicó cierto malhadado soneto que acababa así, si la memoria me es fiel:

*El Papa rompe con furor su tiara
Sobre el trono del regio Vaticano.*

Presentaron los diputados amigos una moción al Congreso para que yo fuese enviado a Europa a educarme por cuenta de la nación. El decreto, con algunas enmiendas, fue sometido a la aprobación del presidente. En esos días se dio una fiesta en el Palacio Presidencial, a la cual fui invitado, como un número curioso, para alegrar con mis versos los oídos de los asistentes. Llego y, tras las músicas de la banda militar, se me pide que recite. Extraje de mi bolsillo una larga serie de décimas, todas ellas rojas de radicalismo antirreligioso, detonantes, posiblemente ateas y que causaron un efecto de todos los diablos. Al concluir, entre escasos aplausos de mis amigos, oí los murmullos de los graves senadores, y vi moverse desoladamente la cabeza del presidente Chamorro. Este me llamó, y, poniéndome la mano en un hombro, me dijo, más o menos: “*Hijo mío, si así escribes ahora*

contra la religión de tus padres y de tu patria, ¿qué será si te vas a Europa a aprender cosas peores?" Y, así, la disposición del Congreso no fue cumplida. El presidente dispuso que se me enviase al Colegio de Granada; pero yo era de León. Existía una antigua rivalidad entre ambas ciudades, desde tiempo de la Colonia. Se me aconsejó no aceptase tal cosa, pues ello era opuesto a lo resuelto por los congresales, y porque ello humillaba a mi vecindario leonés; y decididamente renuncié el favor.

En Managua conocí a un historiador ilustre de Guatemala, el doctor Lorenzo Montúfar, quien me cobró mucho cariño; al célebre orador cubano Antonio Zambrana, que fue para mí intelectualmente paternal, y al doctor José Leonard y Bertholet, que fue después mi profesor en el Instituto leonés de Occidente y que tuvo una vida novelesca y curiosa. Era polaco de origen; había sido ayudante del general Kruck en la última insurrección; había pasado a Alemania, a Francia, a España. En Madrid aprendió maravillosamente el español, se mezcló en política, fue íntimo de los prohombres de la república y de hombres de letras, escritores y poetas, entre ellos don Ventura Ruiz Aguilera, que habla de él en uno de sus libros, y don Antonio de Trueba. Llegó a tal la simpatía que tuvieron por él sus amigos españoles, que logró ser Leonard hasta redactor de la **Gaceta de Madrid**.

Así, pues, mis frecuentaciones en la capital de mi patria eran con gente de intelecto, de saber y de experiencia y por ellos conseguí que se me diese un empleo en la **Biblioteca Nacional**. Allí pasé largos meses leyendo todo lo posible y entre todas las cosas que leí *¡horresco referens!* Fueron todas las introducciones de la **Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneira**, y las principales obras de casi todos los clásicos de nuestra lengua. De allí viene que, cosa que sorprendiera a muchos de los que conscientemente me han atacado, el que yo sea en verdad un buen conocedor de letras castizas, como cualquiera puede verlo en mis primeras producciones publicadas, en un tomo de poesías, hoy inencontrable, que se titula **Primeras Notas**, como ya lo hizo notar don Juan Valera, cuando escribió sobre el libro **Azul...** Ha sido deliberadamente que después, con el deseo de rejuvenecer, flexibilizar el idioma, he empleado maneras y construcciones de otras lenguas, giros y vocablos exóticos y no puramente españoles¹⁰².

¹⁰² Todo lo que ocurrió con el Modernismo Hispanoamericano, y de la renovación de las letras españolas, fue el deseo del cambio en el gusto literario hasta entonces aplicado en las letras castizas. "*Todo es cuestión de cultura*", dijo Darío en una carta histórica dirigida a su amigo Luis Bello que residía en Madrid, en 1906. Por motivos de espacio, el resto de nuestra crítica y

Era director de la **Biblioteca Nacional** un viejo poeta llamado Antonino Aragón, que había sido en Guatemala íntimo amigo de un gran poeta español, hoy bastante desconocido, pero a quien debieron mucho los poetas hispanoamericanos en el tiempo en que recorrió este continente. Me refiero a don Fernando Velarde¹⁰³, originario de Santander, a quien ha hecho felizmente justicia en uno de sus libros el grande y memorable don Marcelino Menéndez y Pelayo. Don Antonino Aragón era un varón excelente, nutrido de letras universales, sobre todo de clásicos griegos y latinos. Me enseñó mucho¹⁰⁴ y él fue el que me contó algo que figura en las famosas Memorias de Garibaldi. Garibaldi estuvo en Nicaragua. No puedo precisar ñeque fecha, pues no tengo a la vista un libro publicado por Dumas, y don Antonino le conoció mucho. Estableció la primera fábrica de velas que haya habido en el país. Habitó en León en la casa de don Rafael Salinas. Se dedicaba a la caza. Muy frecuentemente salía con su fusil y se internaba por los montes cercanos a la ciudad y volvía casi siempre con un venado al hombro y una red llena de pavos monteses, conejos y otras alimañas. Un día alguien le reprendió porque al pasar el viático, y estando en la puerta de la casa, no se quitó el sombrero, y él dijo estas frases que me repitiera don Antonino muchas veces: “¿Cree usted que Dios va a venir a envolverse en harina para que le metan en un saco de m...?”

XI

Vivía yo en casa del Licenciado Modesto Barrios, y este licenciado gentil me llevaba a visitas y tertulias. Una noche oí cantar a una niña.

Era una adolescente de ojos verdes, de cabello castaño, de tez levemente acanalada, con esa suave palidez que tienen las mujeres de Oriente y de los trópicos. Un cuerpo flexible y delicadamente voluptuoso, que traía al andar ilusiones de canéfora. Era alegre, risueña, llena de frescura y deliciosamente parlera, y cantaba con una

observaciones las veremos más adelante al finalizar esta **Autobiografía**, en nuestro “Comentario”.

¹⁰³ Veamos lo que afirma Darío, en **El Viaje a Nicaragua**: “Hubo un poeta de gran cultura, a quien yo conocí anciano, y que murió siendo director de la **Biblioteca Nacional** de Managua: Antonino Aragón. Había sido amigo de un famoso romántico español que recorrió casi toda la América; el montañés Fernando Velarde, autor de los **Cantos del Nuevo Mundo**. Aragón, lírico y sentimental, escribió buen número de poesías, y no queda de él ni un sólo volumen...”

¹⁰⁴ Habría que profundizar las palabras de Rubén Darío dichas en su **Autobiografía** de 1912; ya antes, se había referido al maestro Antonino Aragón, en **El Viaje a Nicaragua**, de 1908, publicada la obra como habíamos dicho antes, en 1909.

voz encantadora¹⁰⁵. Me enamoré desde luego; fue “*el rayo*” como dicen los franceses. Nos amamos. Jamás escribiera tantos versos de amor como entonces. Versos que no recuerdo y otros que aparecieron en periódicos y que se encuentran en algunos de mis libros. Todo aquel que haya amado en su aurora sabe de esas íntimas delicias que no pueden decirse completamente con palabras, aunque sea Hugo el que las diga. Esas exquisitas cosas de los amores primeros que nos perfuman la vida, dulce, inefable y misteriosamente. Iba a comer algunas veces en la casa de esta niña en compañía de escritores y hombres públicos. En la comida se hablaba de letras, de arte, de impresiones varias; pero, naturalmente, yo me pasaba las horas mirando los ojos de la exquisita muchacha que era mi verdadera musa de esos días dichosos. Una fatal timidez, que todavía me dura, hizo que yo fuese al comienzo completamente explícito con ella, en mis deseos, en mi modo de ser, en mis expresiones. Pasaban deliciosas escenas de una castidad casi legendaria, en que un roce de mano¹⁰⁶ era

¹⁰⁵ Traemos a colación los versos aquí recordados por el poeta de **Abrojos**, en Chile. 1886.

XVIII

*Cantaba como un canario
mi amada alegre y gentil,
y danzaba al son del piano,
del oboe y del violín.
Y era el ruido estrepitoso
de su rítmico reír,
eco de áureas campanillas,
són de lira de marfil,
sacudidas en el aire
por un loco serafín.
Y eran su canto, su baile,
y sus carcajadas mil,
puñaladas en el pecho,
puñaladas para mí,
de las cuales llevo adentro
la imborrable cicatriz.*

(1886.)

¹⁰⁶ En **Abrojos**:

IX

*Primero, una mirada;
luego, el toque de fuego
de las manos; y luego,
la sangre acelerada
y el beso que subyuga.
Después, noche y placer; después, la fuga
de aquel malsín cobarde
que otra víctima elige.
Bien haces en llorar, pero ¡ya es tarde!...
¡Ya ves! ¿No te lo dije?*

la mayor de las conquistas. Pero para el que haya experimentado tales cosas, todo ello es hechicero, justo, precioso. Nos poníamos, por ejemplo, a mirar una estrella, por la tarde, una grande estrella de oro en unos crepúsculos azules o sonrosados, cerca del lago y nuestro silencio estaba lleno de maravillas y de inocencia. El beso llegó a su tiempo y luego llegaron a su tiempo los besos. ¡Cuán divino y criollo *Cantar de los cantares*! Allí comprendí por primera vez en su profundidad: “*Mel et lac sub lingua tua*”. Hay que saber lo que son aquellas tardes de las amorosas tierras cálidas. Están llenas como de una dulce angustia. Se diría a veces que no hay aire. Las flores y los árboles se estilizan en la inmovilidad. La pereza y la sensualidad se unen en la vaguedad de los deseos. Suena el lejano arrullo de una paloma. Una mariposa azul va por el jardín. Los viejos duermen en la hamaca. Entonces, en la hora tibia, dos manos se juntan, dos cabezas se van acercando, se hablan con voz queda, se compenetran mutuas voliciones; no se quiere pensar, no se quiere saber si se existe, y una voluptuosidad miliunanochesca perfuma de esencias tropicales el triunfo de la atracción y del instinto.

Aconteció que un amigo mío estaba moribundo, y como es por allí costumbre, las familias amigas iban a velar al enfermo. Iba así la joven que yo amaba, y alguien me insinuó que ella había tenido amores con el doliente¹⁰⁷. No recuerdo haber sentido nunca celos¹⁰⁸ tan

¹⁰⁷ En **Abrojos**:

XIV

Yo era un joven de espíritu inocente.

Un día con amor la dije así:

*Escucha: el primer beso que yo he dado,
es aquel que te di...*

Ella, entonces, lloraba amargamente.

Y yo dije: “¡Es amor!”

*sin saber que aquel ángel desgraciado
lloraba de vergüenza y de dolor.*

¹⁰⁸ XXIV

1

Viejo alegre, viejo alegre,

no persigas a mi novia;

no son pájaros de invierno

los amantes de las rosas.

2

Viejo alegre, viejo alegre,

me quitaste a mi adorada;

¡cual te engríes en la boda

retinéndote las canas!

purpúreos y trágicos, delante del hombre pálido que estaba yéndose de la vida y a quien mi amada, daba a veces las medicinas. Juro que nunca, durante toda mi existencia, a no ser en instancias de violencia o provocada ira, he deseado mal o daño a nadie; pero en aquellos momentos se diría que casi ponía oídos deseosos, para escuchar si sonaba cerca de la cabecera el ruido de la hoz de la muerte¹⁰⁹. Esto lo he dicho concentradamente en unos cortos versos de mi hoy raro libro publicado en Chile, **Abrojos**. Amor sensual, amor de tierra caliente, amor de primera juventud, amor de poeta y de hiperestésico, de imaginativo. Pero es el caso que habla en él una estupenda castidad de actos. Todo se iba en las garzas del lago, los pájaros de las islas, las nocturnas constelaciones y en medias palabras y en profundas miradas y en deseos contenidos y en esa profusión de cosas iniciales que constituyen el silabario que todos sabéis deletrear.

Un día dije a mis amigos: “*Me caso*”. La carcajada fue homérica. Tenía apenas catorce años cumplidos¹¹⁰. Como mis buenos amigos queredores viesan una resolución definitiva en mi voluntad, me juntaron unos cuantos pesos, me arreglaron un baúl y me condujeron al puerto de Corinto, donde estaba anclado un vapor que me llevó en seguida a la república de El Salvador.

XII

Gobernaba este país entonces el doctor Rafael Zaldívar, hombre culto, hábil, tiránico para unos, bienhechor para otros, y a quien, habiendo sido mi benefactor y no siendo yo juez de historia, en este mundo, no debo sino alabanzas y agradecimientos. Llegar yo al puerto de La Libertad y poner un telegrama a su excelencia todo fue uno. Inmediatamente recibí contestación halagadora del Presidente, que se encontraba en una hacienda, en su telegrama era muy gentil conmigo y

3

*Viejo alegre, ríe, ríe,
pues volvió tu primavera;
tanto, que hoy ha amanecido
retoñando tu cabeza.*

¹⁰⁹ XXXII

*¡Advierte si fue profundo
un amor tan desgraciado,
que tuve odio a un hombre honrado
y celos de un moribundo!*

¹¹⁰ La novia Rosario Murillo tenía solamente once años, por lo que podemos deducir la razonable y la negativa posición de los amigos *queredores* del Poeta Niño.

me anunciaba una audiencia en la capital. Llegué a la capital. Al cochero que me preguntó a qué hotel iba, le contesté sencillamente: “Al mejor”. El mejor, de cuyo nombre no puedo acordarme, aunque quiero, lo tenía un barítono italiano, de apellido Petrilli, y era famoso por sus “*macarroni*” y su “*moscato espumante*” y las bellas artistas que llegaban a cantar ópera y a recoger el pañuelo de un galante, generoso e infatigable sultán presidencial. A los pocos días recibí aviso de que el Presidente me esperaba en la casa de gobierno. Mozo flaco y de larga cabellera, pretérita indumentaria y exhaustos bolsillos, me presenté ante el gobernante. Pasé entre los guardias y me encontré tímido y apocado delante del jefe de la República, que recibía, de espaldas a la luz, para poder examinar bien a sus visitantes. Mi temor era grande y no encontraba palabras qué decir. El Presidente fue gentilísimo y me habló de mis versos y me ofreció su protección; mas cuando me preguntó qué era lo que yo deseaba, contesté, ¡oh, inefable Jerome Paturot!, con estas exactas e inolvidables palabras que hicieron sonreír al varón de poder: “*Quiero tener una posición social primero*”. ¿Qué entendería yo por tener una posición social? Lo sospecho. El doctor Zaldívar, siempre sonriendo, me contestó bondadosamente: “*eso depende de usted...*” Me despedí. Cuando llegué al hotel, al poco rato, me dijeron que el director de policía deseaba verme. Noté en él y en el dueño del hotel un desusado cariño. Se me entregaron quinientos pesos plata, obsequio del Presidente. ¡Quinientos pesos plata! “*Macarroni*”, “*moscato espumante*”, artistas bellas... Era aquello, en la imaginación del ardiente muchacho flaco y de cabellos largos, ensoñador y lleno de deseos, un buen comienzo para tener una buena posición social...

Al día siguiente por la mañana estaba yo rodeado de improbables poetas adolescentes, escritores en ciernes y aficionados a las musas. Ejercía de nabab. Los invité a almorzar. “*Macarroni*”, “*moscato espumante*”. El esplendor continuó hasta la tarde y llegó la noche.

¿Qué pícaro Belcebú hizo en las altas horas, que me levantase y fuese a tocar la puerta de la bella diva que recibía altos favores y que habitaba en el mismo hotel que yo? Nocturno efecto sensacional, desvarío y locura. Al día siguiente estaba yo todo mohino y lleno de remordimientos. La cara del hotelero me indicaba cosas graves, y aunque yo hablara de mi amistad presidencial, es el caso que mis méritos estaban en baja. A los pocos días, los quinientos pesos se habían esfumado y recibí la visita del mismo director de Policía que me los había traído. Dije yo: “*Viene con otros quinientos pesos*”.

“Joven –me dijo con un aire serio y conminatorio- aliste sus maletas y por orden del señor Presidente, sígame”. Le seguí como un corderito.

Me llevó a un colegio que dirigía cierto célebre escritor, el doctor Reyes. Oí que el terrible funcionario decía al director: *“Que no deje usted salir a este joven, que lo emplee en el colegio y que sea severo con él”*. Dije para mí: *“Estoy perdido”*. Pero el director era un hombre suave, insinuante, con habilidad indígena, culto y malicioso, y comprendió qué clase de soñador le llevaban. *“Amiguito –me dijo- no encontrará en mí, severidad sino amistad; pórtese bien, dará usted una clase de gramática. Eso sí, no saldrá usted a la calle, porque es orden estricta del señor Presidente”*. En efecto, comencé a hacer mi vida escolar, no sin causar desde luego en el establecimiento inusitadas revoluciones. Por ejemplo, me hice magnetizador entre los muchachos. Hacía misteriosos pases y decía palabras sibilinas, y lo peor del caso es que un día uno de los chicos se me durmió de veras y no lo podía despertar, hasta que alguien se le ocurrió echarle un vaso de agua fría en la cabeza. El director me llamó y me dijo palabras reprensivas. No insistí, pero enseñé a recitar versos a todos los alumnos y era consultado para declaraciones y cartas de amor. En tal prisión estuve largos meses, hasta que un día, también por orden presidencial, fui sacado para algo que señaló en mi vida una fecha inolvidable: el estreno de mi primer frac y mi primera comunicación con el público.

El Presidente había resuelto que fuese yo –la verdad es que ello era honroso y satisfactorio para mis pocos años- el que abriese oficialmente la velada que se dio en celebración del Centenario de Bolívar. Escribí una oda que, según lo que vagamente recuerdo, era bella, clásica, correcta, muy distinta, naturalmente, a toda mi producción en tiempos posteriores.

Aquí se produce en mi memoria una bruma que me impide todo recuerdo. Sólo sé que perdí el apoyo gubernamental. Que anduve a la diabla con mis amigos bohemios y que me enamoré ligera y líricamente de una muchacha que se llamaba Refugio, a la cual escribí, en cierta ocasión, esta inefable cuarteta, que tuvo desde luego alguna romántica recompensa:

*Las que se llaman Fidelias
deben tener mucha fe,
tú, que te llamas Refugio,
Refugio, refugiamé.*

Era una chica de catorce años, tímida y sonriente, gordita y sonrosada como una fruta. El caso fue simplemente poético y sin trascendencias. Poco tiempo después volví a mi tierra.

XIII

“De nuevo en Nicaragua, reanudé mis amoríos con la que una vez llamé *“garza morena”*. Era presidente de la República el general Joaquín Zabala, granadino, conservador, gentilhombre, excelente sujeto para el gobierno y de seguros prestigios. Se me consiguió un empleo en la secretaria presidencial. Escribí en periódicos semioficiales: versos, cuentos y uno que otro artículo político. Siempre lleno de ilusiones amorosas, mi encanto era irme a la orilla del lago por las noches llenas de insinuante tibieza. Me acostaba en el muelle de madera. Miraba las estrellas prodigiosas, oía el chapoteo de las aguas agitadas. Pensaba. Soñaba. ¡Oh, sueños dulces de la juventud primaveral! Revelaciones súbitas de algo que está en el misterio de los corazones y en la reconditez de nuestras mentes; conversación con las cosas en un lenguaje sin fórmulas, vibraciones inesperadas de nuestras íntimas fibras y ese reconcentrar por voluntad, por instinto, por influencia divina en la mujer, en esa misteriosa encarnación que es la mujer, todo el cielo y toda la tierra. Naturalmente, en aquellas mis solitarias horas brotaban prosas y versos y la erótica hoguera iba en aumento. Hacía viajes a veces a Momotombo, el puerto del lago. Admiraba los pájaros de las islas. En ocasiones cazaba cocodrilos con *“Winchester”*, en compañía de un rico y elegante amigo llamado Lisímaco Lacayo. Mi trabajo en la secretaría del Presidente, bajo la dirección de un íntimo amigo, escritor, que tuvo después un trágico fin en Costa Rica –Pedro Ortiz-me daba lo suficiente para vivir con cierta comodidad.

A causa de la mayor desilusión que pueda sentir un hombre enamorado, resolví salir de mi país. ¿Para dónde? Para cualquier parte. Mi idea era irme a los Estados Unidos. ¿Por qué el país escogido fue Chile? Estaba entonces en Managua un general y poeta salvadoreño llamado don Juan Cañas, hombre noble y fino, de aventuras y conquistas, minero en California, militar en Nicaragua, cuando la invasión del yanqui Walker. Hombre de verdadero talento, de completa distinción, y bondad inagotable. Chilenófilo decidido desde que en Chile fue diplomático allá por el año de la Exposición Universal. *“Vete a Chile –me dijo- Es el país a donde debes ir”*. *“Pero, don Juan –le contesté- ¿cómo me voy a ir a Chile si no tengo los recursos necesarios?”* *“Vete a nado –me dijo- aunque te ahogues en el camino”* Y el caso es que entre él y otros amigos me arreglaron

mi viaje a Chile. Llevaba como único dinero unos pocos paquetes de soles peruanos y como única esperanza dos cartas que me diera el general Cañas —una para un joven que había sido íntimo amigo suyo y que residía en Valparaíso, Eduardo Poirier, y otra para un alto personaje de Santiago.

En ese tiempo vino la guerra que por la unión de las cinco repúblicas de Centroamérica declarara el presidente de Guatemala, Rufino Barrios. En Nicaragua había subido al poder después de Zabala, el doctor Cárdenas. Y anduve entre proclamas, discursos y fusilerías. Vino un gran terremoto. Estando yo de visita en una casa, oí un gran ruido y sentí palpar la tierra bajo mis pies; instintivamente tomé en brazos a una niña que estaba cerca de mí, hija del dueño de la casa, y salí a la calle; segundos después la pared caía sobre el lugar en que estábamos. Retumbaba el enorme volcán huguesco, llovían cenizas. Se oscureció el sol, de modo que a las dos de la tarde se andaba por las calles con linternas. Las gentes rezaban, había un temor y una impresión medioevales. Así me fui al puerto como entre una bruma. Tomé el vapor, un vapor alemán de la compañía Kosmos, que se llamaba Uarda. Entré a mi camarote, me dormí. Era yo el único pasajero. Desperté horas después y fui sobre cubierta. A lo lejos quedaban las costas de mi tierra. Se veía sobre el país una nube negra. Me entró una gran tristeza. Quise comunicarme con las gentes de a bordo, con mi precario inglés, y no pude hacerme entender. Así empezaron largos días de navegación entre alemanes que no hablaban más lengua que la suya. El capitán me tomó cariño, me obsequiaba en la comida con buenos vinos del Rhin, cervezas teutónicas y refinados alcoholes. Y por el juego del dominó aprendí a contar en alemán: ein, zwei, drei, vier, fünf... Visité todos los puertos del Pacífico, entre los cuales aquellos donde no hay árboles, ni agua, y los hoteleros, para distracción de sus huéspedes tienen en tablas, que colocan como biombos, pintados, árboles verdes y aun llenos de flores y frutas.

XIV

Por fin, el vapor llega a Valparaíso. Compro un periódico. Veo que ha muerto Vicuña Mackenna. En veinte minutos, antes de desembarcar, escribo un artículo. Desembarco. La misma cosa que en El Salvador: ¿qué hotel? El mejor.

No fue el mejor, sino un hotel de segunda clase en donde se hospedaba un pianista francés llamado el capitán Yoyer. Hice buscar a Eduardo Poirier y al poco rato este hombre generoso, correcto y

eficaz estaba conmigo, dándome la ilusión de un Chile espléndido y realizable para mis aspiraciones. **El Mercurio**, de Valparaíso, publicó mi artículo sobre Vicuña Mackenna y me lo pagó largamente. Poirier fue entonces, después y siempre, como un hermano mío. Pero había que ir inmediatamente a Santiago, a la capital. Poirier me pidió la carta que traía yo para aquel personaje eminente en la ciudad directiva y la envió al destinatario.

Mi artículo en **El Mercurio**, mi renombre anterior... Contestó aquel personaje que tenía en el **Hôtel de France** ya listas las habitaciones para el señor Darío y que me esperaba en la estación. Tomé el tren para Santiago.

Por el camino no fueron sino rápidas visiones para ojos de poeta, y he aquí la capital chilena.

Ruido de tren que llega, agitación de familias, abrazos y saluciones, mozos, empleados de hotel, todo el trajín de una estación metropolitana. Pero a todo esto las gentes se van, los coches de los hoteles, se llenan y desfilan y la estación va quedando desierta. Mi valija y yo quedamos a un lado, y ya no había nadie casi en aquel largo recinto, cuando diviso dos cosas: un carruaje espléndido con dos soberbios caballos, cochero estirado y valet y un señor todo envuelto en pieles, tipo de financiero o de diplomático, que andaba por la estación buscando algo. Yo, a mi vez, buscaba. De pronto, como ya no había nada que buscar, nos dirigimos el personaje a mí y yo al personaje. Con un tono entre dudoso, asombrado y despectivo me preguntó: “¿Sería usted acaso el señor C.A.?” Entonces vi desplomarse toda una Jericó de ilusiones. Me envolvió en una mirada. En aquella mirada abarcaba mi pobre cuerpo de muchacho flaco, mi cabellera larga, mis ojeras, mi jacquecito de Nicaragua, unos pantaloncitos estrechos que yo creía elegantísimos, mis problemáticos zapatos, y sobre todo mi valija. Una valija indescriptible actualmente, en donde, por no sé qué prodigio de comprensión, cabían dos o tres camisas, otro pantalón, otras cuantas cosas de indumentaria, muy pocas y una cantidad inimaginable de rollos de papel, periódicos, que luchaban apretados por caber en aquel reducidísimo espacio. El personaje miró hacia su coche. Había allí un secretario. Lo llamó. Se dirigió a mí. “*Tengo –me dijo-, mucho placer en conocerle. Le había hecho preparar habitación en un hotel de que le hablé a su amigo Poirier. No le conviene*”.

Y en un instante aquella equivocación tomó ante mí el aspecto de la fatalidad y ya no existía, por los justos y tristes detalles de la vida práctica,

la ilusión que aquel político opulento tenía respecto al poeta que llegaba de Centroamérica. Y no había, en resumidas cuentas, más que el inexperto adolescente que se encontraba allí a caza de sueños y sintiendo los rumores de las abejas de esperanza que se prendían a su larga cabellera.

XV

Por recomendación de aquel distinguido caballero entré inmediatamente en la redacción de **La Época**, que dirigía el señor Eduardo Mac-Claure, y desde ese momento me incorporé a la joven intelectualidad de Santiago. Se puede decir que la “*élite*” juvenil santiaguina se reunía en aquella redacción, por donde pasaban graves y directivos personajes. Allí conocí a don Pedro Montt, a don Agustín Edwards, cuñado del director del diario, a don Augusto Orrego Luco, al doctor Federico Puga Borne, actual ministro de Chile en Francia, y a tantos otros que pertenecían a la alta política de entonces.

La falange nueva la componía un grupo de muchachos brillantes que han tenido figuración, y algunos la tienen, no solamente en las letras, sino también en puestos de gobierno. Eran habituales a nuestras reuniones Luis Orrego Luco; el hijo del presidente de la República, Pedro Balmaceda; Manuel Rodríguez Mendoza; Jorge Huneeis Gana; su hermano Roberto; Alfredo y Galo Irrarrázabal; Narciso Tondreau; el pobre Alberto Blest, ido tan pronto; Carlos Luis Hübner y otros que animaban nuestros entusiasmos con la autoridad que ya tenían; por ejemplo: el sutil ingenio de Vicente Grez o la romántica y caballeresca figura de Pedro Nolasco Préndez.

Luis Orrego Luco hacía presentir ya al escritor de emoción e imaginación que había de triunfar con el tiempo en la novela. Rodríguez Mendoza era entendedor de artísticas disciplinas y escritor político que fue muy apreciado. A él dediqué mi colección de poesías Abrojos. Jorge Huneeis Gana se apasionaba por lo clásico. Hoy mismo, que la diplomacia le ha atraído por completo, no olvida sus ganados lauros de prosista y publica libros serios, correctos e interesantes. Su hermano Roberto era un poeta sutil y delicado; hoy ocupa una alta posición en Santiago. Galo Irrarrázabal murió no hace mucho tiempo, siendo diplomático, y su hermano Alfredo, que en aquella época tenía el cetro sonoro de la poesía alegre y satírica, es ahora ministro plenipotenciario en el Japón, Tondreau hacía versos gallardos y traducía a Horacio. Ha sido intendente de una provincia. Todos los demás han desaparecido; muy recientemente el cordial y perspicaz Hübner.

Mac-Clure solía aparecer a avivar nuestras discusiones con su rostro sonriente y su inseparable habano. Era lo que en España se llama un hidalgo y en Inglaterra un *gentleman*.

La impresión que guardo de Santiago, en aquel tiempo, se reducía a lo siguiente: vivir de arenques y cerveza en una casa alemana para poder vestirme elegantemente, como correspondía a mis amistades aristocráticas. Terror del cólera que se presentó en la capital. Tardes maravillosas en el cerro de Santa Lucía. Crepúsculos inolvidables en el lago del parque *Cousiño*. Horas nocturnas con Alfredo Irarrázabal, con Luis Orrego Luco o en el silencio del Palacio de la Moneda, en compañía de Pedro Balmaceda y del joven conde Fabio Sanminatelli, hijo del ministro de Italia.

Debo contar que una tarde, en un *lunch*, que allá llaman hacer “*once*”; conocí al presidente Balmaceda. Después debía tratarle más detenidamente en Viña del Mar. Fui invitado a almorzar por él. Me colocó a su derecha, lo cual para aquel hombre lleno de justo orgullo, era la suprema distinción. Era un almuerzo familiar. Asistía el canónigo doctor Florencio Fontecilla, que fue más tarde obispo de *La Serena* y el general Orozimbo Barboza, a la sazón ministro de la Guerra.

Era Balmaceda, en mi entender, el tipo del romántico- político y selló con su fin su historia. Era alto, garboso, de ojos vivaces, cabellera espesa, gesto señorial, palabra insinuante, al mismo tiempo autoritaria y meliflua. Había nacido para príncipe y para actor. Fue el rey de un instante, de su patria; y concluyó como un héroe de Shakespeare. ¿Qué más recuerdos de Santiago que me sean intelectualmente simpáticos? La capa de don Diego Barros Arana; la tradicional figura de los Amunátegui; don Luis Montt en su biblioteca.

Voy a referir algo que se relaciona con mi actuación en la redacción de La Epoca. Una noche apareció nuestro director en la tertulia y nos dijo lo siguiente:

“Vamos a dedicar un número a Campoamor, que nos acaba de enviar una colaboración. Doscientos pesos al que escriba la mejor cosa sobre Campoamor”. Todos nos pusimos a la obra. Hubo notas muy lindas pero por suerte, o por concentración de pensamiento, ninguna de las poesías resumía la personalidad del gran poeta, como esta décima mía:

*Este del cabello cano
como la piel del armiño,*

*juntó su candor de niño
con su experiencia de anciano.
Cuando se tiene en la mano
un libro de tal varón
abeja es cada expresión,
que volando del papel
deja en los labios la miel
y pica en el corazón.*

Debo confesar, sin vanidad ninguna, que todos los compañeros aprobaron la disposición del director que me adjudicaba el ofrecido premio.

Y ahora quiero evocar del triste, malogrado y prodigioso Pedro Balmaceda. No ha tenido Chile poeta más poeta que él. A nadie se le podría aplicar mejor el adjetivo de Hamlet. “*Dulce príncipe*”. Tenía una cabeza apolínea, sobre un cuerpo deforme. Su palabra era insinuante, conquistadora, áurea. Se veía también en él la nobleza que le venía por linaje. Se diría que su juventud estaba llena de experiencia. Para sus pocos años tenía una sapiente erudición. Poseía idiomas. Sin haber ido a Europa sabía detalles de bibliotecas y museos. ¿Quién escribía en ese tiempo sobre arte, si no él? Y, ¿quién daba en ese instante una vibración de novedad de estilo como él? Estoy seguro de que todos mis compañeros de aquel entonces, acuerdan conmigo, la palma de la prosa a nuestro Pedro, lamentado y querido.

Y, ¿cómo no evocar ahora que él fue quien publicara mi libro **Abrojos**, respecto al cual escribiera una página artística y cordial?

XVI

Por Pedro pasé a Valparaíso, en donde - ¡anomalía!- iba a ocupar un puesto en la Aduana.

Valparaíso, para mí, fue ciudad de alegría y de tristeza, de comedia y de drama y hasta de aventuras extraordinarias. Estas quedarán para después.

Pero no dejaré de narrar mi permanencia y mi salida de la redacción de **El Heraldo**. Lo dirigía a la sazón Enrique Valdés Vergara. Era un diario completamente comercial y político. Había sido yo nombrado redactor por influencia de don Eduardo de la Barra, noble poeta y excelente amigo mío. Debo agregar para esto la amistad de un hombre muy querido y muy desgraciado en Chile: Carlos Toribio Robinet.

Se me encargó una crónica semanal. Escribí la primera sobre *sports*. A la cuarta me llamó el director y me dijo: “*Usted escribe muy bien... Nuestro periódico necesita otra cosa... Así es que le ruego no pertenecer más a nuestra redacción...*” Y, por escribir muy bien, me quedé sin puesto.

¡Que no olvide yo estos tres nombres protectores: Poirier, Galleguillos Lorca y Sotomayor!

Mi vida en Valparaíso se concentra en ya improbables o ya hondos amoríos; en vagares a la orilla del mar, sobre todo, por Playa Ancha; invitaciones a bordo de los barcos, por marinos amigos y literarios; horas nocturnas, ensueños matinales, y lo que era entonces mi vibrante y ansiosa juventud.

Por circunstancias especiales e inquerida bohemia, llegaron para mí momentos de tristeza y escasez. No había sino partir. Partir gracias a don Eduardo de la Barra, Carlos Toribio Robinet. Eduardo Poirier y otros amigos.

Antes de embarcar a Nicaragua aconteció que yo tuviese la honra de conocer al gran chileno don José Victorino Lastarria. Y fue de esta manera: yo tenía, desde hacía mucho tiempo, como una viva aspiración el ser corresponsal de **La Nación**, de Buenos Aires. He de manifestar que es en ese periódico donde comprendí a mi manera el manejo del estilo y que en ese momento fueron mis maestros de prosa dos hombres muy diferentes: Paul Groussac y Santiago Estrada, además de José Martí. Seguramente en uno y otro existía espíritu de Francia. Pero de un modo decidido, Groussac fue para mí el verdadero conductor intelectual.

Me dijo don Eduardo de la Barra: “*Vamos a ver a mi suegro, que es íntimo amigo del general Mitre, y estoy seguro de que él tendrá un gran placer en darle una carta de recomendación para que logremos nuestro objeto, y también estoy seguro de que el general Mitre aceptará inmediatamente la recomendación*”. En efecto, a vuelta de correo, venía la carta del general, con palabras generosas para mí, y diciéndome que se me autorizaba para pertenecer desde ese momento a **La Nación**.

Quiso, pues, mi buena suerte que fuesen un Lastarria y un Mitre quienes iniciasen mi colaboración en ese gran diario.

Estaba Lastarria sentado en una silla Voltaire. No podía moverse por su enfermedad. Era venerable su ancianidad ilustre. Fluía de él autoridad y majestad.

Había mucha gloria chilena en aquel prócer. Gran bondad emanaba de su virtud y nunca he sentido en América como entonces la majestad de una presencia sino cuando conocí al general Mitre en la Argentina y al doctor Rafael Núñez en Colombia.

Con mi cargo de corresponsal de **La Nación** me fui para mi tierra, no sin haber escrito mi primera correspondencia fechada el 3 febrero de 1889, sobre la llegada del crucero brasileño Almirante Barroso, a Valparaíso, a cuyo bordo iba un príncipe, nieto de don Pedro.

En todo este viaje no recuerdo ningún incidente, sino la visión de la “*debacle*” de Panamá: carros cargados de negros africanos que aullaban porque, según creo, no se les habían pagado sus emolumentos. Y aquellos hombres desnudos y con los brazos al cielo, pedían justicia.

XVII

Al llegar a este punto de mis recuerdos, advierto que bien puedo equivocarme, de cuando en cuando, en asuntos de fecha, y anteponer, o posponer, la prosecución de sucesos. No importa. Quizás ponga algo que aconteció después en momentos que no le corresponde y viceversa. Es fácil, puesto que no cuento con más guía que el esfuerzo de mi memoria. Así, por ejemplo, pienso en algo importante que olvidé cuando he tratado de mi primera permanencia en San Salvador.

Un día, en momentos en que estaba pasando horas tristes, sin apoyo de ninguna clase, viviendo a veces en casa de amigos y sufriendo lo indecible, me sentí mal, en la calle. En la ciudad había una epidemia terrible de viruela. Yo creí que lo que me pasaba sería un malestar causado por el desvelo; pero resultó que desgraciadamente era el temido morbo. Me condujeron a un hospital con el comienzo de la fiebre. Pero en el hospital protestaron, puesto que no era aquello un lazareto; y entonces, unos amigos, entre los cuales recuerdo el nombre de Alejandro Salinas, que fue el más eficaz, me llevaron a una población cercana, de clima más benigno, que se llamaba Santa Tecla. Allí se me aisló en una habitación especial y fui atendido, verdaderamente como si hubiese sido un miembro de su familia, por unas señoritas de apellido Cáceres Buitrago. Me cuidaron, como he dicho, con cariño y solicitud y sin temor al contagio de la peste espantosa. Yo perdí el conocimiento, viví algún tiempo en el delirio de la fiebre, sufrí todo lo cruento de los dolores y de las molestias de la enfermedad; pero fui tan bien servido que no quedaron en mí, una vez que se había triunfado del mal, las feas cicatrices que señalan el paso de la viruela.

En lo referente a mi permanencia en Chile, olvidé también un episodio que juzgo bastante interesante. Cuando habitaba en Valparaíso, tuve la protección de un hombre excelente y de origen humilde, el doctor Galleguillos Lorca, muy popular y muy mezclado entonces en política, siendo una especie de *leader* entre los obreros. Era médico homeópata. Había comenzado de minero, trabajando como un peón; pero dotado de singulares energías, resistente y de buen humor, logró instruirse relativamente y llegó a ser lo que era cuando yo le conocí. Llegaban a su consultorio tipos raros a quienes daba muchas veces no sólo las medicinas sino también dinero. El hampa de Valparaíso tenía en él a su galeno. Le gustaba tocar la guitarra, cantar romances, e invitaba a sus visitantes casi siempre, gente obrera, a tomar unos “*ponches*” compuestos de agua, azúcar y aguardiente, el aguardiente que llamaban en Chile “*guachacay*”. Era ateo y excelente sujeto. Tenía un hijo a quien inculcaba sus ideas en discursos burlones, de un volterianismo ingenuo y un poco rudo. El resultado fue que el pobre muchacho, según supe después, a los veinte y tantos años se pegó un tiro.

Una ocasión me dijo el doctor Galleguillos: ¿Quiere usted acompañarme esta noche a una visita que tengo que hacer por los cerros? Los cerros de Valparaíso tenían fama de peligrosos en horas nocturnas, mas yendo con el doctor Galleguillos me creía a salvo de cualquier ataque y acepté su invitación. Tomó él su pequeño botiquín y partimos. La noche era oscura y cuando estuvimos a la entrada de la estribación de la serranía, el comienzo era bastante difícil, lleno de barrancos y hondonadas. Llegaba a nuestros oídos, de cuando en cuando, algún tiro más o menos lejano. Al entrar a cierto punto, un farolito surgió detrás de unas piedras. El doctor silbó de un modo especial, y el hombre que llevaba el farolito se adelantó a nosotros. “¿*Están los muchachos?*” - preguntó Galleguillos -. “*Sí, señor*” –contestó el rotito. Y sirviéndonos de guía, comenzó a caminar y nosotros tras él. Anduvimos largo rato, hasta llegar a una especie de choza o casa, en donde entramos. Al llegar hubo una especie de murmullo entre un grupo de hombres que causaron en mí vivas inquietudes. Todos ellos tenían traza de facinerosos, y en efecto lo eran. Más o menos asesinos, más o menos ladrones, pues pertenecían a la mala vida. Al verme me miraron con hostiles ojos, pero el doctor les dijo algunas palabras y ello calmó la agitación de aquella gente desconfiada. Había una especie de cantina, o de boliche, en que se amontonaban unas cuantas botellas de diferentes licores. Estaban bebiendo, según la costumbre popular, un “*ponche*” matador, en un vaso enorme que se denomina “*potrillo*” y que pasa de mano en mano y de boca en boca. Uno de los mal entrazados me invitó a beber; yo rehusé con asco instintivo; y se produjo un movimiento de protesta furiosa entre

los asistentes. “*Beba pronto –me dijo por lo bajo el doctor Galleguillos,- y déjese de historias*”. Yo comprendí lo peligroso de la situación y me apresuré a probar aquel ponche infernal. Con esto satisface a los rotos. Luego llamaron al doctor y pasamos a un cuarto interior. En una cama, y rodeado de algunas mujeres, se encontraba un hombre herido. El doctor habló con él, le examinó y le dejó unas cuantas medicinas de su botiquín. Luego salimos, acompañados entonces de otros rotos, que insistieron en custodiarnos, porque, según decían, había sus peligros esa noche. Así, entre las tinieblas, apenas alumbrados por un farolito, entramos de nuevo en la ciudad. Era ya un poco tarde y el doctor me invitó a cenar. “*Iremos –me dijo– a un lugar curioso para que lo conozca*”. En efecto, por calles extraviadas, llegamos a no recuerdo ya qué casa, tocó mi amigo una puerta que se entreabrió y penetramos. En el interior había una especie de restaurant, en donde cenaban personas de diversas cataduras. Ninguna de ellas con aspecto de gente pacífica y honesta. El doctor llamó al dueño del establecimiento y me presentó. “*Pasen adentro*” –nos dijo éste. Seguimos más al fondo de la casa, no sin cruzar por un patio húmedo y lleno de hierba. “*Aquí hay enterrados muchos*”, - me dijo en voz baja el médico. En otro comedor se nos sirvió de cenar y yo oía las voces que en un cuarto cerrado daban de cuando en cuando algunos individuos. Aquello era una timba del peor carácter. Casi de madrugada, salimos de allí y la aventura me impresionó de modo que no la he olvidado. Así no podía menos de contarla esta vez.

XVIII

Y ahora, continuaré el hilo de mi interrumpida narración. Me encuentro de vuelta de Chile, en la ciudad de León, de Nicaragua.

Estoy de nuevo en la casa de mis primeros años. Otros devaneos han ocupado mi corazón y mi cabeza. Hay un apasionamiento súbito por cierta bella persona que me hace sufrir con la sabida felinidad femenina y hay una amiga inteligente, graciosa, aficionada a la literatura; que hace lo posible por ayudarme en mi amorosa empresa; y lo hace de tal manera, que cuando, por fin, he perdido mi última esperanza con la otra, entregada desdichadamente a un rival más feliz, me encuentro enloquecido por mi intercesora. Esta inesperada revolución amorosa se prolonga en la ciudad de Chinandega, en donde, ¡desventurado de mi! Iba a casarse el ídolo de mis recientes anhelos. Y allí nuevas complicaciones sentimentales me aguardaban, con otra joven, casi una niña; y quien sabe en qué hubiera parado todo eso, si por segunda vez amigos míos entre ellos el coronel Ortiz, hoy general, y que ha sido vicepresidente de la República, no me facturan apresuradamente para El Salvador. Lo que provocó tal medida fue

que una fiesta dada por el novio de aquella a quien yo adoraba, y a la cual no sé por qué ni cómo, fui invitado, con el aguijón de los excitantes del diablo, y a pedido de no sé quién, empecé a improvisar versos, pero versos en los cuales decía horrores del novio, de la familia de la novia, ¡qué sé yo de quién más! Y fui sacado de allí más que de prisa. Una vez llegado a la capital salvadoreña busqué algunas de mis antiguas amistades y una de ellas me presentó al general Francisco Menéndez, entonces presidente de la República. Era éste, al par que militar de mérito, conocido agricultor y hombre probo. Era uno de los más fervientes partidarios de la unión centroamericana, y hubiera hecho seguramente el sacrificio de su alto puesto por ver realizado el ideal unionista que fuera sostenido por Morazán, Cabañas, Jerez, Barrios y tantos otros. En esos días se trataba cabalmente de dar vida a un nuevo movimiento unificador, y es claro que el presidente de El Salvador era uno de los más entusiastas en la obra.

A los pocos días me mandó llamar y me dijo: “*¿Quiere usted hacerse cargo de la dirección de un diario que sostenga los principios de unión?*” –“*Desde luego, señor Presidente*”-, le contesté. “*Está bien –me dijo-, daré orden para que en seguida se arregle todo lo necesario*”. En efecto, no pasó mucho sin que yo estuviera a la cabeza de un diario, órgano de los unionistas centroamericanos y que, naturalmente, se titulaba **La Unión**.

Estaba remunerado con liberalidad. Se me pagaban aparte los sueldos de los redactores. Se imprimía el periódico en la imprenta nacional y se me dejaba todo el producto administrativo de la empresa. El diario empezó a funcionar con bastante éxito. Tenía bajo mis órdenes a un escritor político de Costa Rica, a quien encomendé los artículos editoriales, don Tranquilino Chacón; a un fulminante colombiano, famoso en Centroamérica como orador, como taquígrafo y aun como militar y como revolucionario, un buen diablo, Gustavo Ortega; a cierto malogrado poeta costarricense, mozo gentil, que murió de tristeza y de miseria, aunque en sus últimos días tuviese el gobierno de Costa Rica la buena idea de hacerle ir a Barcelona, para que siquiera lograra el consuelo de morir después de haber visto Europa; me refiero a Equileo Echeverría. Luego, contaba con la colaboración de las mejores inteligencias del país y del resto de la América Central; y el diario empezó su carrera con mucha suerte.

Habitaba entonces en San Salvador la viuda de un famoso orador de Honduras, Alvaro Contreras, que si no estoy mal informado, tiene hoy un monumento. Fue este hombre vivaz y lleno de condiciones brillantes, un verdadero dominador de la palabra. Combatió tiranías y sufrió persecuciones por ello. En tiempo de la guerra del Pacífico fundó un diario

en Panamá en defensa de los intereses peruanos. Su viuda tenía dos hijas: a ambas había conocido yo en los días de mi infancia y en casa de mi tía Rita. Eran de aquellas compañeras que alegraban nuestras fiestas pueriles, de aquellas con quienes bailábamos y con quienes cantábamos canciones en las novenas de la virgen, en las fiestas de diciembre. Esas dos niñas eran ya dos señoritas. Una de ellas casó con el hijo de un poderoso banquero, a pesar de la modesta condición en que quedara la familia después de la muerte de su padre. Yo frecuenté la casa de la viuda, y al amor del recuerdo y por la inteligencia, sutileza y superiores dotes de la otra niña, me vi de pronto envuelto en nueva llama amorosa. Ello trascendió en aquella reducida sociedad amable: “¿*Por qué no se casa?*” –me dijo una vez el Presidente. –“*Señor- le contesté-, es lo que pienso hacer en seguida*”. Y, con el beneplácito de mi novia y de su madre, me puse a tomar las disposiciones necesarias para la realización de mi matrimonio. Entretanto, uno de mis amigos principales era Francisco Gaviria, quien quizá sea de los más sólidos humanistas y seguramente de los primeros poetas con que hoy cuenta la América española. Fue con Gaviria, la primera vez que estuve en aquella tierra salvadoreña, con quien penetran en iniciación ferviente, en la armoniosa floresta de Víctor Hugo; y de la lectura mutua de los alejandrinos del gran francés, que Gavidia, el primero seguramente ensayara en castellano a la manera francesa, surgió en mí la idea de renovación métrica, que debía ampliar y realizar más tarde. A Gaviria aconteció un caso singularísimo, que me narrara alguna vez; y que dice cómo vibra en su cerebro la facultad del ensueño, de tal manera que llegó a exteriorizarse con tanta fuerza. Sucedió que siendo muy joven, recién llegado a París, iba leyendo un diario por un puente del Sena, en el citado diario encontró la noticia de la ejecución de un inocente. Entonces se impresionó de tal manera que sufrió la más singular de las alucinaciones. Oyó que las aguas del río, los árboles de la orilla, las piedras de los puentes, toda la naturaleza circundante gritaban: “*¡Es necesario que alguien se sacrifique para lavar esa injusticia!*” E incontinentemente se arrojó al río. Felizmente alguien le vio y pudo ser salvado inmediatamente. Le prodigaron los auxilios y fue conducido al consulado de El Salvador, cuyas señas llevaba en el bolsillo. Después, en su país, ha publicado bellos libros y escrito plausibles obras dramáticas; se ha nutrido de conocimientos diversos y hoy es director de la Biblioteca Nacional de la capital salvadoreña.

XIX

Listo, pues, todo para mi boda, quedó señalada la fecha del 22 de junio de aquel año de 1890 para la ceremonia civil. En ese día debería

efectuarse en San Salvador una gran fiesta militar, para lo cual vendrían las tropas acuarteladas en Santa Ana y que comandaba el general Carlos Ezeta, brazo derecho y diremos casi hijo mimado del presidente de la República. Se decía que había querido casarse con Teresa, la hija mayor de ésta. Si no estoy equivocado había disensiones entre Ezeta y algunos ministros del general Menéndez, como los doctores Delgado e Interiano, pero no podría precisar nada al respecto.

Es el caso que las tropas llegaron para la gran parada del 22. Esa noche debía darse un baile en la Casa Blanca, esto es, en el Palacio Presidencial.

Se celebró en casa de mi novia la ceremonia del matrimonio civil y hubo un almuerzo al cual asistió el general Ezeta. Este estaba nervioso y por varias veces se levantó a hablar con el señor Amaya, director de Telégrafos y amigo suyo. Después de la fiesta, yo, fatigado, me fui a acostar temprano, con la decisión de no asistir al baile de la Casa Blanca. Muy entrada la noche, oí, entre dormido y despierto, ruidos de descargas, de cañoneo y tiros aislados, y ello no me sorprendió, pues supuse vagamente que aquello pertenecía a la función militar. Más, aún, sería ya la madrugada, cuando sentí ruidos de caballos que se detenían en la puerta de mi habitación, a la cual se llamó, pronunciando mi nombre varias veces. *“Levántate –me decían-, está tu amigo el general Ezeta”*. Yo contesté que estaba demasiado cansado y no tenía ganas de pasear, suponiendo desde luego que se me invitaba para algún alegre y báquico desvelo. Sentí que se alejaron los caballos.

Por la mañana llamaron a la puerta de nuevo; me levanté, abrí y me encontré con una criada de casa de mi novia, o mejor dicho, de mi mujer. *“Dicen las señoras –expresó-, que están muy inquietas con usted, suponiendo que le hubiese pasado algo en lo de anoche”*. ¿Pero qué ha ocurrido? –le pregunté. *“Que ya no es Presidente el general Menéndez, que le han matado”*. *“¿Y quién es el Presidente entonces?”* *“El general Ezeta”*. Me vestí y partí inmediatamente a casa de mi esposa. Al pasar por los portales vecinos a la Casa Blanca encontré unos cuantos cadáveres entre charcos de sangre. Impresionado entré al Café del hotel Nuevo Mundo a tomar una copa; me senté. En una mesa cercana había un hombre con una herida en el cuello, vendada con un pañuelo ensangrentado. Estaba vestido de militar y bastante ebrio. Sacó un revólver y tranquilamente me apuntó: *“¡Diga, viva el general*

Ezeta!” “*Sí, señor –le contesté-, ¡viva el general Ezeta!*” “*¡Así se hace!*” –exclamó. Y guardó su revólver. Tomé mi copa y partí inmediatamente a buscar a mi mujer. En su casa se me narró lo que había sucedido. Durante la noche, mientras se estaba en lo mejor del baile presidencial, donde se hallaba la flor de la sociedad salvadoreña, quedaron todos sorprendidos por ruidos de fusilería y se notó que el palacio estaba rodeado de tropas. Un general, cuyo nombre no recuerdo, había penetrado a los salones e intimó orden de prisión a los ministros que allí se encontraban. El presidente, general Menéndez, se había ido a acostar. La confusión de las gentes fue grande, hubo gritos y desmayos. A todo esto se había ya avisado al general Menéndez, que se ciñó su espada e increpó duramente al general que llegaba a comunicarle también orden de prisión. Entretanto, la guardia del palacio se batía desesperadamente con las tropas sublevadas. Teresa, la hija mayor del Presidente, gritaba en los salones: “*¡Que llamen a Carlos, él tranquilizará todo esto y dominará la situación!*” “*Señorita –le contestó alguien- es el general Ezeta quien se ha sublevado*”. El Presidente había abierto los balcones de la habitación y arengaba a las tropas. Aún se oyó un viva al general Menéndez, pero éste cayó instantáneamente muerto. Fue llevado el cuerpo, y los médicos certificaron que no tenía ninguna herida. Al darse cuenta de que Carlos Ezeta, a quien el quería como a un hijo y a quien había hecho toda clase de beneficios, a quien había enriquecido, a quien había puesto a la cabeza de su ejército, era quien le traicionaba de tal modo, el pobre Presidente, que era cardíaco, según parece, sufrió un ataque mortal. El cadáver fue expuesto y el pueblo desfiló y se dio cuenta de la verdad del hecho. “*¿Qué piensas hacer?*” –me dijo mi esposa. Partir inmediatamente a Guatemala, puesto que hay un vapor en el puerto de **La Libertad**. Salí a dar los pasos necesarios para el arreglo rápido de mi viaje, y en el camino me encontré con alguien que me dijo: “*El general Ezeta desea que vaya dentro de una hora al Cuartel de Artillería*”. Cruzaban patrullas por las calles. Unos cuantos soldados iban cargados con cajas de dinero. Una hora después estaba yo en el Cuartel de Artillería, que se hallaba lleno de soldados, muchos de ellos heridos. Un tropel de jinetes. Llega el general Ezeta, rodeado de su Estado Mayor. Se nota que ha bebido mucho. Desde el caballo se dirige a mí y me dice que me entienda con no recuerdo ya quién, para asuntos de publicidad sobre el nuevo estado de cosas. Yo salgo y prosigo mis preparativos de partida; escribo una carta al nuevo Presidente manifestándole que un asunto particular de especialísima urgencia, me obliga a irme inmediatamente a Guatemala; que volveré a los pocos días a ponerme a sus órdenes. Y me dirigí al puerto de La Libertad. En el hotel estaba, cuando el comandante del puerto apareció

y me dijo que de orden superior me estaba prohibida la salida del país. Entonces empecé por telégrafo una campaña activísima. Me dirigí a varios amigos, rogándoles se interesasen con Ezeta y hasta recurrí a la buena voluntad masónica de mi antiguo amigo el doctor Rafael Reyes, íntimo amigo del improvisado Presidente.

El vapor estaba para zarpar, cuando por influencia de Reyes, el comandante recibía orden de dejar que me embarcase; pero junto conmigo iba ya persona que observase y que procurase conocer el fondo de mis impresiones y sentimientos sobre los sucesos acontecidos. Era un señor Mendiola Boza, cubano de origen. Natural que yo me manifesté ezetista convencido, y el hombre lo creyó o no lo creyó, pero cumplió con su misión.

XX

Al llegar a Guatemala, supe que la guerra estaba por estallar entre este país y El Salvador. Menéndez había mantenido las mejores relaciones con el presidente guatemalteco Barillas, y éste tenía sus razones para creer que Ezeta le sería contrario, y aprovechara para prestigiarse de la antipatía tradicional entre salvadoreños y guatemaltecos. No bien hube llegado al hotel, cuando un oficial se presentó a decirme que el presidente, general Barillas, me esperaba inmediatamente. La capital estaba conmovida y se hablaba de la seguridad de la guerra. Me dirigí a la casa presidencial, acompañado del oficial que había ido a buscarme. Penetré entre los numerosos soldados de la guardia de honor y se me hizo pasar a un salón. Al llegar, vi que el Presidente estaba rodeado de muchos notables de la ciudad. Se hallaba agitadísimo y cuando yo entré pronunciaba estas palabras: *“Porque, señores, el que quiera comer pescado que se moje el ...”* Yo me senté tímidamente en una silla, fuera del círculo, pero el Presidente me miró y me preguntó: *“¿Es usted el señor Rubén Darío?”* “Sí, señor” –le contesté. Me hizo entonces avanzar y me señaló un asiento cercano a él. *“Vamos a ver –me dijo-, ¿es usted también de los que andan diciendo que el general Menéndez no ha sido asesinado?”* “Señor Presidente –le contesté-, yo acabo de llegar, no he hablado aún con nadie, pero puedo asegurarle que el presidente Menéndez no ha sido asesinado”. En los ojos de Barillas brilló la cólera. *“¿Y no sabe usted que tengo en la Penitenciaría a muchos propaladores de esa falsa noticia?”* “Señor –insistí-, esa noticia no es falsa. El general Menéndez ha muerto de un ataque cardíaco al parecer, pero si no ha sido asesinado con bala o con puñal, le ha dado muerte la

ingratitude, la infamia del general Ezeta, que ha cometido, se puede decir, un verdadero parricidio". Y me extendí sobre el particular. El Presidente me escuchó sin inmutarse. "*Está bien –me dijo cuando hube concluido- vaya en seguida y escriba eso. Que aparezca mañana mismo. Y véase con el ministro de Relaciones Exteriores y con el ministro de Hacienda*". Me fui rápidamente a mi hotel y escribí la narración de los sucesos del 22 de junio con el título de *Historia negra*, que en ocasión oportuna reprodujo **La Nación**, de Buenos Aires.

Mi escrito causó gran impresión, y supe después que Carlos Ezeta, así como su hermano Antonio, aseguraban que si yo alguna vez caía en sus manos no saldría vivo de ellas. "*¡y pensar –decía algún tiempo más tarde el presidente Ezeta al ministro de España, don Julio de Arellano y Arróspide- después marqués de Casa Arellano y cuya esposa fuera madrina de mi hijo, en San José de Costa Rica- ¡y pensar que yo hubiera hecho rico a Rubén si no comete el disparate de ponerse en contra mía!*" La verdad es que yo estaba satisfecho de mi conducta, pues Menéndez había sido mi benefactor, y sentía repugnancia de adherirme al círculo de los traidores. ¡Será ello quizás un poco romántico y poco práctico, pero qué le vamos a hacer!

XXI

De mi entrevista con el ministro de Relaciones Exteriores y con el de Hacienda resultó que por disposición presidencial se me hizo, como en San Salvador, director y propietario de un diario de carácter semioficial. A los pocos días, salía el primer número de **El Correo de la Tarde**.

Era el general Barillas un presidente voluntarioso y tiránico, como han sido casi todos los presidentes de la América Central. Se apoyaba desde luego en la fuerza militar, pero tenía cierta cultura y excelentes rasgos de generosidad y de rectitud. Uno de sus ministros era Ramón Salazar, literato notable, de educación alemana. La guerra se inició, pero concluyó felizmente al poco tiempo. El poder de los Ezeta se afianzó en San Salvador por el terror. En cuanto a mí, hice del diario semioficial una especie de cotidiana revista literaria. Frecuentaba a don Valero Pujol, uno de los españoles de mayor valor intelectual que hayan venido a América y cuyo nombre, no sé por qué, quizás por el rincón centroamericano en que se metiera, no ha brillado como merece. Viejo republicano amigo de Salmerón y de Pi Margall, creo

que fue, durante la república, gobernador de Zaragoza. En Guatemala era y es todavía el maestro. Ha publicado valiosos libros de historia y tres generaciones le deben sus luces. Era director de la Biblioteca Nacional, el poeta cubano José Joaquín Palma, hombre exquisito y trovador-zorrillesco. Es aquel autor de cierta poesía que se encontró entre los papeles de Olegario Andrade y que se publicó como suya, averiguándose después que era de Palma.

Tenía varios colaboradores literarios para mi periódico, entre los cuales un jovencito de ojos brillantes y cara sensual, dorada de sol de trópico, que hizo entonces sus primeras armas. Se llamaba Enrique Gómez Carrillo. Otro joven, José Tible Machado, que escribía páginas a lo Bourget, el Bourget bueno de entonces, y que después sería un conocido diplomático y actualmente redactor de **Le Gaulois**, de París, y otros.

Hice lo que pudo de vida social e intelectual, pero ya era tiempo de que viniese mi mujer y acabásemos de casarnos. Y así, siete meses después de mi llegada, se celebró mi matrimonio religioso, siendo uno de mis padrinos el doctor Fernando Cruz, que falleció después, siendo ministro, en París.

XXII

En casa de Pujol intimé con un gran tipo, muy de aquellas tierras. Era el general Cayetano Sánchez, sostenedor del presidente Barillas, militar temerario, joven aficionado a los alcoholes, y a quien todo era permitido por su dominio y simpatía en el elemento bélico. Recuerdo una escena inolvidable. Una de noche de luna habíamos sido invitados varios amigos, entre ellos mi antiguo profesor, el polaco don José Leonard, y el poeta Palma, a una cena en el castillo de San José. Nos fueron servidos platos criollos, especialmente uno llamado “chojín”, sabroso plato que por cierto nos fue preparado por el hoy general Toledo, aspirante a la Presidencia de la República. Sabroso plato en verdad, ácido, picante, cuya base es el rábano. Los vinos abundaron como era de costumbre, y después se pasó al café y al coñac, del cual se bebieron copas innumerables. Todos estábamos más que alegres, pero al general Sánchez se le notaba muy exaltado en su alegría, y como nos paseábamos sobre las fortificaciones, viendo de frente a la luz de la luna las lejanas torres de la catedral, tuvo una idea de todos los diablos. “*A ver –dijo-, ¿quién manda esta pieza de artillería?*” –y señaló un enorme cañón. Se presentó el oficial y entonces Cayetano, como le llamábamos familiarmente, nos dijo: “*Vean ustedes que lindo blanco.*”

Vamos a echar abajo una de las torres de la catedral” Y ordenó que preparasen el tiro. Los soldados obedecieron como autómatas: y como el general Sánchez era absolutamente capaz de todo, comprendimos que el momento era grave. Al poeta Palma se le ocurrió una idea excelente. “Bien, Cayetano –le dijo–; pero antes vamos a improvisar unos versos sobre el asunto. Haz que traigan más coñac”. Todos comprendimos y heroicamente nos fuimos ingurgitando sendos vasos de alcohol. Palma servía copiosas dosis al general Sánchez. El y yo recitábamos versos y cuando la botella se había acabado, el general estaba ya dormido. Así se libró Guatemala de ser despertada a media noche a cañonazos de buen humor. Cayetano Sánchez, poco tiempo después, tuvo un triste y trágico fin.

Por esos días aconteció un hecho que tuvo por muchos días suspensa la atención pública. El hijo de uno de los más íntegros y respetados magistrados de la capital, tenía amores con una dama casada con un extranjero. Como el marido oyera ruido una noche, se levantó y se dirigió al comedor en donde estaba oculto el amante de su mujer. Este se arrojó sobre el pobre hombre y lo mató encarnizadamente con un puñal. La posición del joven, y sobre todo la del padre, aumentaban lo trágico del crimen. El asesino estuvo preso por algún tiempo y luego creo que le fue facilitada la fuga. Años después, reducido a la pobreza, se le encontró cosido a puñaladas en el banco de un paseo, en una ciudad de los Estados Unidos, según se me ha contado.

XXIII

No puedo rememorar por cuál motivo dejó de publicarse mi diario, y tuve que partir a establecerme en Costa Rica. En San José pasé una vida grata, aunque de lucha. La madre de mi esposa era de origen costarricense y tenía allí alguna familia. San José es una ciudad encantadora entre las de la América Central. Sus mujeres son las más lindas de todas las de las cinco repúblicas. Su sociedad una de las más europeizadas y norte americanizadas. Colaboré en varios periódicos, uno de ellos dirigido por el poeta Pío Viquez, otro por el cojo Quiroz, hombre temible en política, chispeante y popular, intimé allí con el ministro español Arellano y cuando nació mi primogénito, como he referido, su esposa, Margarita Foxá, fue la madrina.

Un día vi salir de un hotel, acompañado de una mujer muy blanca y de cuerpo fino, española, a un gran negro elegante. Era Antonio Maceo. Iba con él otro negro, llamado Bembeta, famoso también en la guerra cubana.

Tuve amigos buenos como el hoy general Lesmes Jiménez, cuya familia era uno de los más fuertes sostenes de la política católica. Conocí en el club principal de San José personas como Rafael Iglesias, verboso, vibrante, decidido; Ricardo Jiménez y Cleto González Víquez, pertenecientes a lo que llamaremos nobleza costarricense, letrados, doctos, hombres gentiles, intachables, caballeros, ambos verdaderos intelectuales. Todos después han sido presidentes de la República. Conocí allí también a Tomás Regalado, manco como don Ramón del Valle Inclán, pero maravilloso tirador de revólver con el brazo que le quedaba; hombre generoso, aunque desorbitado cuando le poseía el demonio de las botellas, y que, fue años más tarde presidente también, de la república de El Salvador. Sobre el general Regalado cuéntense anécdotas interesantes que llenarían un libro.

Después del nacimiento de mi hijo la vida se me hizo bastante difícil en Costa Rica y partí solo, de retorno a Guatemala, para ver si encontraba allí manera de arreglarme una situación. En ello estaba, cuando recibí por telégrafo la noticia de que el gobierno de Nicaragua, a la sazón presidido por el doctor Roberto Sacasa, me había nombrado miembro de la delegación que enviaba Nicaragua a España, con motivo de las fiestas del centenario de Colón: No había tiempo para nada; era preciso partir inmediatamente. Así es que escribí a mi mujer y me embarqué a juntarme con mi compañero de delegación, don Fulgencio Mayorga, en Panamá. En el puerto de Colón tomamos pasaje en un vapor español de la Compañía Transatlántica, si mal no recuerdo era el León XIII; y salimos con rumbo a Santander.

Se me pierden en la memoria los incidentes de a bordo, pero sí tengo presente que iban unas señoras primas del escritor francés Edmond About, que iba también el delegado por el Ecuador, don Leonidas Pallarés, artista, poeta, de discreción y amigo excelente; uno de los delegados de Colombia, Isaac Arias Argaez, llamado el “*Chato*” Arias, bogotano delicioso, ocurrente, buen narrador de anécdotas y cantador de pasillos, y que, nombrado cónsul en Málaga se quedó allí, hasta hoy, y es el hombre más popular y más querido en aquella encantadora ciudad andaluza.

En Cuba se embarcó Texifonte Gallego, que había sido Secretario de ya no recuerdo qué capitán general. Texifonte, buen parlante, de grandes dotes para la vida, hizo carrera. ¡Ya lo creo que hizo carrera! Hacíamos la travesía lo más gratamente posible, con cuantas ocurrencias imaginábamos y al amor de los espirituosos vinos de España. Nos ocurrió un curioso incidente. Estábamos en pleno océano, una mañanita, y el sirviente de mi camarote llegó a despertarme: “*Señorito, si quiere usted ver un naufrago que hemos encontrado, levántese pronto*”. Me levanté. La cubierta estaba

llena de gente y todos miraban a un punto lejano donde se veía una embarcación y en ella un hombre de pie. El momento era emocionante. El vapor se fue acercando poco a poco para recoger al probable náufrago, cuando de pronto, y ya el sol salido, se oyó que aquel hombre con una gran voz preguntó en inglés: “*En qué latitud y longitud estamos?*” El capitán le contestó también en inglés, dándole los datos que pedía, y le preguntó quién era y qué había pasado. “Soy –le dijo-, *el capitán Andrews de los Estados Unidos, y voy por cuenta de la casa del jabón Sapolio, siguiendo en este barquichuelo el itinerario de Cristóbal Colón, al revés. Hágame el favor de avisar cuando lleguen a España al cónsul de los Estados Unidos que me han encontrado aquí.*” “¿Necesita usted algo?” –le dijo el capitán de nuestro vapor-. Por toda contestación, el yanqui sacó del interior del barquichuelo dos latas de conservas que tiró sobre la cubierta del León XIII, puso su vela y se despidió de nosotros. Algunos días después de nuestra llegada a España, míster Andrews arribaba al puerto de Palos, en donde era recibido en triunfo. Luego, buen yanqui, exhibió su barca cobrando la entrada y juntó bastantes pesetas.

XXIV

En Madrid, me hospedé en el hotel **Las Cuatro Naciones**, situado en la calle del Arenal y hoy transformado. Como supiese mi calidad de hombre de letras, el mozo Manuel me propuso: “*Señorito, ¿quiere usted conocer el cuarto de don Marcelino? El está ahora en Santander y yo se lo puedo mostrar*”. Se trataba de don Marcelino Menéndez y Pelayo, y yo acepté gustosísimo. Era un cuarto como todos los cuartos de hotel, pero lleno de tal manera de libros y de papeles, que no se comprende cómo allí se podía caminar. Las sábanas estaban manchadas de tinta. Los libros eran de diferentes formatos. Los papeles de grandes pliegos estaban llenos de cosas sabias de don Marcelino. “*Cuando está don Marcelino no recibe a nadie*” –me dijo Manuel. El caso es que la buena suerte quiso que cuando retornó de Santander el ilustre humanista, yo entrara a su cuarto, por lo menos algunos minutos todas las mañanas. Y allí se inició nuestra larga y cordial amistad.

XXV

(*Con el general Vicente Riva Palacio, en la calle Serrano. Visita y almuerzo en casa de Emilio Castelar. En casa de doña Emilia Pardo Bazán*)¹¹¹

¹¹¹ El paréntesis en letras cursivas es nuestro, no de Darío, para adelantar a nuestros lectores los temas abordados por él en este Capítulo y sub-siguientes. También hemos puesto en negrita las

Era el alma de las delegaciones hispanoamericanas el general Vicente Riva Palacio, ministro de México, varón activo, culto y simpático. En la corte española el hombre tenía todos los merecimientos; imponía su buen humor y su actitud siempre laboriosa era por todos alabada. El general Riva Palacio había tenido una gran actuación en su país como militar y como publicista, y ya en sus últimos años fue enviado a Madrid, en donde vivía con esplendor, rodeado de amigos, principalmente funcionarios y hombres de letras. Se cuenta que algún incidente hubo en una fiesta de palacio, con la reina Regente doña María Cristina, pues ella no podía olvidar que el general Riva Palacio había sido de los militares que tomaron parte en el juzgamiento de su pariente, el emperador Maximiliano; pero todo se arregló, según parece, por la habilidad de Cánovas del Castillo, de quien el mexicano era íntimo amigo.

Tenía don Vicente, en la calle de Serrano, un palacete lleno de obras de arte y antigüedades, en donde solía reunir a sus amigos de letras, a quienes encantaba con su conversación chispeante y la narración de interesantes anécdotas. Era muy aficionado a las zarzuelas del género chico y frecuentaba, envuelto en su capa clásica, los teatros en donde había *tiples* buenas mozas. Llegó a ser un hombre popular en Madrid, y cuando murió, su desaparición fue muy sentida.

Fui amigo de Castelar. La primera vez que llegué a casa del gran hombre. Iba con la emoción que Heine sintió al llegar a la casa de Goethe. Ciertamente que la figura de Castelar, tenía sobre todo para nosotros los hispanoamericanos, proporciones gigantescas, y yo creía, al visitarle, entrar en la morada de un semidiós. El orador ilustre me recibió muy sencilla y afablemente en su casa de la calle Serrano. Pocos días después me dio un almuerzo, al cual asistieron, entre otras personas, el célebre político Abarzuza y el banquero don Adolfo Calzado. Alguna vez he escrito detalladamente sobre este almuerzo, en el cual la conversación inagotable de Castelar fue un deleite para mis oídos y para mi espíritu. Tengo presente que me habló de diferentes cosas referentes a América, de la futura influencia de los Estados Unidos sobre nuestras repúblicas, del general Mitre, de **La Nación**, diario en donde había colaborado; y de otros tantos temas en que se expedía su verbo de colorido profuso y armonioso. En ese almuerzo nos hizo comer unas riquísimas perdices que le había enviado su amiga la duquesa de Medinaceli. Hay que recordar que Castelar era un “*gourmet*” de primer orden y que sus amigos, conociéndole este flaco, le colmaban de presentes gratos a “*Messer Gaster*”. Después tuve ocasión de

letras correspondientes a nombres de periódicos y revistas y obras, lo cual hemos observado a lo largo de esta obra y su serie.

oír a Castelar en sus discursos. Le oí en Toledo y le oí en Madrid. En verdad era una voz de la naturaleza, era un fenómeno singular como el de los grandes tenores, o los grandes ejecutantes. Su oratoria tenía del prodigio, del milagro; y creo difícil, sobre todo ahora que la apreciación sobre la oratoria ha cambiado tanto, que se repita ese fenómeno, aunque hayan aparecido, tanto en España como en la Argentina, por ejemplo en Belisario Roldán, casos parecidos.

He recordado alguna vez, cómo en casa de doña Emilia Pardo Bazán y en un círculo de admiradores, Castelar nos dio a conocer la manera de perorar de varios oradores célebres que él había escuchado, y luego la manera suya, recitándonos un fragmento del famoso discurso-réplica al cardenal Manterola. Castelar era en ese tiempo, sin duda alguna, la más alta figura de España y su nombre estaba rodeado de la más completa gloria.

XXVI

(Con don Gaspar Núñez de Arce. Con don Ramón de Campoamor. Con don Juan Valera. Con el duque de Almenara Alta. Con don Narciso Campillo. Con el conde de las Navas).

Conocí a don Gaspar Núñez de Arce, que me manifestó mucho afecto y que, cuando alistaba yo mi viaje de retorno a Nicaragua, hizo todo lo posible para que me quedase en España. Escribió una carta a Cánovas del Castillo pidiéndole que solicitase para mí un empleo en la Compañía Transatlántica. Conservaba yo hasta hace poco tiempo la contestación de Cánovas, que se me quedó en la redacción del **Fígaro**, de la Habana. Cánovas le decía que se había dirigido al marqués de Comillas; que éste manifestaba la mejor voluntad; pero que no había, por el momento, ningún puesto importante que ofrecerme. Y a vuelta de varias frases elogiosas para mí, “*es preciso, decía, que lo naturalicemos*”. Nada de ello pudo hacerse, pues mi visita era urgente.

Conocí a don Ramón de Campoamor. Era todavía un anciano muy animado y ocurrente. Me llevó a su casa el doctor José Verdes Montenegro, que era en ese tiempo muy joven. Se quejó el poeta de las **Doloras** y de los **Pequeños poemas**, de ciertos críticos, en la conversación. “*No quieren que los chicos me imiten*”, decía. Conservaba entre sus papeles, y me hizo que la leyera, una décima sobre él que yo había publicado en Santiago de Chile y que le había complacido mucho. Era un amable y jovial filósofo. Gozaba de bienes de fortuna; era terrateniente en su país de Asturias, allí donde encontrara tantos temas para sus fáciles y sabrosas poesías. Ese risueño

moralista era en ocasiones como su gaitero de Guijón. Muchas veces sonríe mostrando la humedad brillante de una lágrima.

Uno de mis mejores amigos fue don Juan Valera, quien ya se había ocupado largamente en sus **Cartas americanas** de mi libro **Azul...** publicado en Chile. Ya estaba retirado de su vida diplomática; pero su casa era la del más selecto espíritu español de su tiempo, la del “*tesorero de la lengua castellana*”, como le ha llamado el conde de las Navas, una de las más finas amistades que conservo desde entonces. Me invitó don Juan a sus reuniones de los viernes, en donde me hice de excelentes conocimientos: el duque de Almenara Alta, don Narciso Campillo y otros cuantos que ya no recuerdo. El duque de Almenara era un noble de letras, buen gustador de clásicas páginas; y por su parte, dejó algunas amenas y plausibles. Campillo, que era catedrático y hombre aferrado a sus tradicionales principios, tuvo por mí, simpatías, a pesar de mis demostraciones revolucionarias. Era conversador de arranques y ocurrencias graciosísimas, y contaba con especial donaire cuentos picantes y verdes.

XXVII

La noche que me dedicara don Juan Valera, y en la cual leí versos, me dijo: “*Voy a presentar a usted una reliquia*”. Como pasaran las doce y la reliquia no apareciese, creí que la cosa quedaría para otra ocasión, tanto más, cuanto que comenzaban a retirarse los contertulios. Pero don Juan me dijo que tuviese paciencia y esperase un rato más. Quedábamos ya pocos, cuando a eso de las dos de la mañana, sonó el timbre y a poco entró, envuelto en su capa, un viejecito de cuerpo pequeño, algo encorvado y al parecer bastante sordo. Me presentó a él el dueño de la casa, mas no me dijo su nombre, y el viejecito se sentó a mi lado. El, para mí desconocido, empezó a hablarme de América, de Buenos Aires, de Río de Janeiro, en donde había estado por algún tiempo, con cargos diplomáticos, o comisiones del gobierno de España; y luego, tratando de cosas pasadas de su vida, me hablaba de “*Pepe*”... “*Porque Pepe estuvo en Londres*”... “*Un día me decía Pepe*”... “*Porque el carácter de Pepe era así*”... El caso me intrigaba vivamente. ¿Quién era el viejecito que estaba a mi lado? No pude dominar mi curiosidad, me levanté y me dirigí a don Juan Valera. “*Dígame señor –le dije-, ¿quién es el señor anciano a quien usted me ha presentado?*” “*La reliquia*” –me contestó. “*¿Y quién es la reliquia?*” “*Bueno es el mundo, bueno, bueno, bueno*”... La reliquia era don Miguel de los Santos Alvarez; y Pepe, naturalmente era Espronceda.

Salimos casi de madrugada. Campillo y yo, con nosotros don Miguel. Desde la cuesta de Santo Domingo, llegamos hasta la Puerta del Sol, y

luego, a las cercanías del Casino de Madrid. Yo tenía la intención de ir a acompañar la reliquia a su casa, pues ya los resplandores del alba empezaban a iluminar al cielo. Se lo manifesté y él, con mucho gracejo, me contestó: *“Le agradezco mucho, pero yo no me acuesto todavía. Tengo que entrar al casino, en donde me aguardan unos amigos... Ya ve usted; calcule los años que tengo... y luego dirán que hace daño trasnochar!”* Me despedí muy satisfecho de haber conocido a semejante hombre de tan lejanos tiempos.

Un día, en un hotel que daba a la Puerta del Sol, a donde había ido a visitar al glorioso y venerable don Ricardo Palma, entró un viejo cuyo rostro no me era desconocido, por fotografías y grabados. Tenía un gran lobanillo o protuberancia a un lado de la cabeza. Su indumentaria era modesta, pero en los ojos le relampagueaba el espíritu genial. Sin sentarse habló con Palma de varias cosas. Este me presentó a él; y yo me sentí profundamente conmovido. Era don José Zorilla, “el que mató a don Pedro y el que salvó a don Juan”... Vivía en la pobreza, mientras sus editoresse habían llenado de millones con sus obras. Odiaba su famoso *Tenorio*... Poco tiempo después, la viuda tenía que empeñar una de las coronas que se ofrendaron al mayor de los líricos de España... Después de que Castelar había pedido para él una pensión a las cortes, pensión que no se consiguió a pesar de la elocuencia del Crisóstomo, que habló de quien era propietario del cielo azul, *“en donde no hay nada que comer”*...

Conocí a doña Emilia Pardo Bazán. Daba fiestas frecuentes, en ese tiempo, en honor de las delegaciones hispanoamericanas que llegaban a las fiestas del centenario colombino. Sabidos son el gran talento y la verbosidad de la infatigable escritora. Las noches de esas fiestas llegaban los orfeones de Galicia, a cantar alboradas bajo sus balcones. La señora Pardo Bazán todavía no había sido titulada por el rey; pero estaba en la fuerza de su fama y de su producción. Tenía un hijo, entonces jovencito, don Jaime, y dos hijas, una de ellas casada hoy con el renombrado y bizarro coronel Cavalcanti. Su salón era frecuentado por gente de la nobleza, de la política y de las letras; y no había extranjero de valer que no fuese invitado por ella. Por esos días vi en su casa a Maurice Barrés, que andaba documentándose para su libro **Du Sang, de la volupté et de la mort**. Por cierto que le pasó una aventura graciosísima en una corrida de toros.

XXVIII

Conocí mucho a don Antonio Cánovas del Castillo, a quien fui presentado por don Gaspar Núñez de Arce. Hacía poco que aquel vigoroso viejo, que era la mayor potencia política de España, se había casado con doña

Joaquina de Osma, bella, inteligente y voluptuosa dama, de origen peruano. Mucho se había hablado de ese matrimonio, por la diferencia de edad; pero es el caso que Cánovas estaba locamente enamorado de su mujer, y su mujer le correspondía con creces. Cánovas adoraba los hombros maravillosos de Joaquina, y por otras partes, en las estatuas de su sérre, o en las que decoraban vestíbulos y salones, se veían como amorosas reproducciones de aquellos hombros y aquellos senos incomparables, revelados por los osados escotes. La conversación de Cánovas, como saben todos los que le trataron de cerca, era lleno de brío y de gracia, con su peculiar ceceo andaluz. Su mujer no le iba en zaga como conversadora lista y pronta para la “*riposta*”; y pude presenciar, en una de las comidas a que asistiera en el opulento palacio de la Huerta, en la Guindalera, a una justa de ingenio en que tomaban parte Cánovas, Joaquina, Castelar y el general Riva Palacio.

Cuéntase ahora en Madrid una leyenda, que si no es cierta, está bien inventada como un cuento de antaño o como un romántico poema. Dícese que cuando Cánovas fue asesinado por truculento y fanático anarquista italiano, se repitió en España el episodio de doña Juana la Loca. Y que, una vez que el cuerpo de su marido fue enterrado, después que le hubo acompañado hasta el lugar de su último reposo, sin derramar, como extática, una sola lágrima, la esposa se encerró en su palacio y no volvió a salir más de él. Dícese que apenas hablaba por monosílabos con la servidumbre para dar sus órdenes; que recorría los salones solitarios, con sus tocas de viuda; que una noche de invierno se vistió de blanco con su traje de novia; que, por la mañana, los criados la buscaron por todas partes sin encontrarla; hasta que la hallaron en el jardín, ya muerta; tendida con la cara al cielo y cubierta por la nieve. Ello es lindo y fabuloso; Tensión, Bécquer o Barbey d’Aureville.

XXIX

Los miembros de la delegación de Nicaragua, recibimos en la sección correspondiente de la exposición, y en su oportunidad, a los reyes de España, que iban acompañados de los de Portugal. El día de la visita fue la primera vez que observé testas coronadas. Me llamó la atención fuertemente la hermosura de la reina portuguesa, alta y gallarda como todas las Orleáns, y fresca como una recién abierta rosa rosada. Iba junto a ella el obeso marido, que denía tener tan trágico fin. En la vecina sección de Guatemala, sucedió algo gracioso. Había preparado el delegado guatemalteco, doctor Fernando Cruz, dos abanicos espléndidos, para ser obsequiados a las reinas; pero uno de ellos era más espléndido que el otro, puesto que era el destinado para la reina doña María Cristina. Los abanicos

estaban sobre una bandeja de oro. El ministro, antes de ofrecerlos, anunció el obsequio en cortas y respetuosas palabras. La reina doña Amelia de Portugal vio los dos abanicos y con su mirada de joven y de coqueta, se dio cuenta de cuál era el mejor; y, sin esperar más, lo tomó para sí y dio las gracias al ministro.

Antes de retornar a Nicaragua, fui invitado a tomar parte en una velada líricoliteraria. Hablamos dos personas. Un joven orador de barba negra, que conquistaba a los auditorios con su palabra cálida y fluyente, don José Canalejas, que fue luego presidente del Consejo de Ministros, y yo que leí unos versos, creo que los titulados *"A Colón"*. Poco tiempo después tomaba el vapor para Centroamérica, en el mismo puerto de Santander, en donde había desembarcado.

No tengo en la memoria ningún incidente del viaje de retorno, solamente de las horas que el vapor se detuviera en el puerto de Cartagena, en Colombia. Cartagena de Indias, la ciudad fundada por aquel antepasado don José María Heredia, a quien el poeta cubanofrancés ha cantado y Claudius Popelin ha retratado en cuadro memorable. No lejos de Cartagena está la residencia de Cabrero, en donde se encontraba entonces retirado el antiguo presidente de la República y célebre publicista y poeta, doctor Rafael Núñez. Este hombre eminente ha sido de las más grandes figuras de ese foco de superiores intelectos, que es el país colombiano. Digan lo que quieran sus enemigos políticos, el nombre de Rafael Núñez ha de resplandecer más tarde en una cierta y definitiva gloria. Era un pensador y un formidable hombre de acción. Bajé a tierra a hacerle una visita. Acompañábanle, cuando penetré a su morada, su esposa doña Soledad y una sobrina. Me recibió con gravedad afable. Me dijo cosas gratas, me habló de literatura y de mi viaje a España, y luego me preguntó: *"¿Piensa usted quedarse en Nicaragua?"* *"De ninguna manera –le contesté-, porque el medio no me es propicio"*. *"Es verdad –me dijo-. No es posible que usted permanezca allí. Su espíritu se ahogaría en ese ambiente. Tendría usted que dedicarse a mezquinas políticas; abandonaría seguramente su obra literaria y la pérdida no sería para usted sólo, sino para nuestras letras. ¿Querría usted ir a Europa?"*

Yo le manifesté que eso sería mi sueño deseado; y al mismo tiempo expresé mis ansias por conocer Buenos Aires. *"Puesto que usted lo quiere –agregó-, yo escribiré a Bogotá, al presidente señor Caro, para que se le nombre a usted Cónsul General en Buenos Aires, pues cabalmente la persona que hoy ocupa ese puesto va a retirarse de la capital argentina. Vaya usted a su país a dar cuenta de su misión y espere las noticias que se*

le “comunicarán oportunamente”. No hay que decir que yo me llené de esperanzas y de alegrías.

XXX

A mi llegada a Nicaragua, permanecí algunos días en la ciudad de León. Hice todo lo posible por ver si el gobierno me pagaba allí más de medio año de sueldos que me adeudaba; pero, por más que hice, vi que era preciso que fuese yo mismo a la capital, cosa que quería evitar por más de un motivo.

Estando en León, se celebraron funerales en memoria, de un ilustre político que había muerto en París, don Vicente Navas. Se me rogó que tomase parte en la velada, que se daría en honor del personaje fallecido, y escribí unos versos en tal ocasión. Estaba la noche de esa velada, leyendo mi poesía, cuando me fue entregado un telegrama. Venía de San Salvador, lugar a donde yo no podía ir, a causa de los Ezetas, y en donde residía mi esposa en unión de su madre y de su hermana casada. El telegrama me anunciaba en vagos términos la gravedad de mi mujer, pero yo comprendí por íntimo presentimiento que había muerto; y sin acabar de leer los versos, me fui precipitadamente al hotel en que me hospedaba, seguido de varios amigos, y allí me encerré en mi habitación, a llorar la pérdida de quien era para mí, consolación y apoyo moral. Pocos días después, llegaron noticias detalladas del fallecimiento. Se me enviaba un papel escrito con lápiz por ella, en el cual me decía que iba a hacerse operar -había quedado bastante delicada después del nacimiento de nuestro hijo-, y que si moría en la operación, lo único que me suplicaba era que dejase al niño en poder de su madre, mientras ésta viviese. Por otra parte, me escribía mi concuñado el banquero don Ricardo Trigueros, que él se encargaría gustoso de la educación de mi hijo, y que su mujer sería como una madre para él. Hace diez y nueve años que esto ha sucedido y ello ha sido así.

Pasé ocho días sin saber nada de mí, pues en tal emergencia recurrí a las abrumadoras nepentas de las bebidas alcohólicas. Uno de esos días abrí los ojos y me encontré con dos señoras que me asistían; eran mi madre y una hermana mía, a quienes se puede decir que conocía por primera vez, pues mis anteriores recuerdos maternos estaban como borrados. Cuando me repuse, fue preciso partir para la capital para hablar con el presidente doctor Sacasa, y ver si me abonaban mis haberes.

Llegué a Managua y me instalé en un hotel de la ciudad. Me rodearon viejos amigos; se me ofreció que se me pagaría pronto mis sueldos, mas es el caso que tuve que esperar bastantes días, tantos, que en ellos ocurrió el

caso más novelesco y fatal de mi vida, pero al cual no puedo referirme en estas memorias por muy poderosos motivos. Es una página dolorosa de violencia y engaño, que ha impedido la formación de un hogar por más de veinte años; pero vive aún quien como yo ha sufrido las consecuencias de un familiar paso irreflexivo, y no quiero aumentar con la menor referencia una larga pena. El diplomático y escritor mejicano Federico Gamboa, tan conocido en Buenos Aires, tiene escrita desde hace muchos años esa página romántica y amarga, y la conserva inédita, porque yo no quise que la publicase en uno de sus libros de recuerdos. Es precisa, pues, aquí esta laguna en la narración de mi vida.

XXXI

(En el Capítulo XXXI de su **Autobiografía**, Darío narra su primera visita a los Estados Unidos de América, y entra por la ciudad de Nueva York).

De este modo, encuéntreme el lector como dos meses después, en la ciudad de Panamá, en donde, según carta que había recibido en Managua, del doctor Rafael Núñez, se me debía entregar por el gobernador del Istmo mi nombramiento de cónsul general de Colombia en Buenos Aires. Así fue, por la eficaz recomendación de aquel hombre ilustre. No solamente se me entregó mi nombramiento – en el cual se me decía que se me daba este puesto por no haber entonces ninguna vacante diplomática- y mi carta patente correspondiente, sino una buena suma de sueldos adelantados. En seguida tomé el vapor para Nueva York.

Me hospedé en un hotel español, llamado Hotel América; y de allí se esparció en la colonia hispanoamericana de la imperial ciudad, la noticia de mi llegada. Fue el primero en visitarme un joven cubano, verboso y cordial, de tupidos cabellos negros, ojos vivos y penetrantes y trato caballeroso y comunicativo. Se llamaba Gonzalo de Quesada, y es hoy ministro de Cuba en Berlín. Su larga actuación panamericana es harto conocida. Me dijo que la colonia cubana me preparaba un banquete que se verificaría en casa del famoso “*restaurateur*” Martín, y que el “*Maestro*” deseaba verme cuanto antes. El maestro era José Martí, que se encontraba en esos momentos en lo más arduo de su labor revolucionaria. Agregó asimismo Gonzalo, que Martí me esperaba esa noche en Harmand Hall, en donde tenía que pronunciar un discurso ante una asamblea de cubanos, para que fuéramos a verle juntos. Yo admiraba altamente el vigor general de aquel escritor único, a quien había conocido por aquellas formidables y líricas

correspondencias que enviaba a diarios hispanoamericanos, como **La Opinión Nacional**, de Caracas, **El Partido Liberal**, de México y, sobre todo, **La Nación**, de Buenos Aires. Escribía una prosa profusa, llena de vitalidad y de color, de plasticidad y de música. Se transparentaba el cultivo de los clásicos españoles y el conocimiento de todas las literaturas antiguas y modernas; y, sobre todo, el espíritu de un alto y maravilloso poeta. Fui puntual a la cita, y en los comienzos de la noche entraba en compañía de Gonzalo de Quezada por una de las puertas laterales del edificio en donde debía hablar el gran combatiente. Pasamos por un pasadizo sombrío; y, de pronto, en un cuarto de lleno de luz, me encontré entre los brazos de un hombre pequeño de cuerpo, rostro de iluminado, voz dulce y dominadora al mismo tiempo y que me decía esta única palabra: “¡Hijo!”

Era la hora ya de aparecer ante el público, y me dijo que yo debía acompañarle en la mesa directiva; y cuando me di cuenta, después de una rápida presentación a algunas personas, me encontré con ellas y con Martí en un estrado, frente al numeroso público que me saludaba con un aplauso simpático. ¡Y yo pensaba en lo que diría el gobierno colombiano, de su cónsul general sentado en público, en una mesa directiva revolucionaria antiespañola! Martí tenía esa noche que defenderse. Había sido acusado, no tengo presente ya si de negligencia o de precipitación, en no sé cual movimiento de invasión a Cuba. Es el caso, que el núcleo de la colonia le era en aquellos momentos contrario; mas aquel orador sorprendente tenía recursos extraordinarios, y aprovechando mi presencia, simpática para los cubanos que conocían al poeta, hizo de mí una presentación ornada de las mejores galas de su estilo. Los aplausos vinieron entusiásticos, y él aprovechó el instante para sincerarse y defenderse de las sabidas acusaciones, y como ya tenía ganado al público, y como pronunció en aquella ocasión uno de los más hermosos discursos de su vida, el éxito fue completo y aquel auditorio antes hostil, le aclamó vibrante y prolongadamente.

Concluido el discurso, salimos a la calle. No bien habíamos andado algunos pasos, cuando oí que alguien le llamaba: “¡Don José! ¡Don José! –era un negro obrero que se le acercaba humilde y cariñoso-. *Aquí le traigo este recuercito*” –le dijo. Y le entregó un lapicero de plata. “*Vea usted –me observó Martí-, el cariño de esos pobres negros cigarreros. Ellos se dan cuenta de lo que sufro y lucho por la libertad de nuestra pobre patria*”. Luego fuimos a tomar el té a casa de una su amiga, dama inteligente y afectuosa, que le ayudaba mucho en sus trabajos de revolucionario.

Allí escuché por largo tiempo su conversación. Nunca he encontrado, ni en Castelar mismo, un conversador tan admirable. Era armonioso y familiar, dotado de una prodigiosa memoria, y ágil y pronto para la cita, para la reminiscencia, para el dato, para la imagen. Pasé con él momentos inolvidables, luego me despedí. El tenía que partir esta misma noche para Tampa, con objeto de arreglar no sé qué precisas disposiciones de organización. No le volví a ver más.

Como él no pudo presidir el banquete que debían de darme los cubanos, delegó su representación en el general venezolano Nicanor Bolet Peraza, escritor y orador disertado y elocuente. Al banquete asistieron muchos cubanos preeminentes, entre ellos Benjamín Guerra, Ponce de León, el doctor Miranda y otros. Bolet Peraza pronunció una bella arenga y Gonzalo de Quezada una de sus resonantes y ardorosas oraciones. Al día siguiente tomamos el tren Gonzalo y yo, pues mi deseo era conocer las cataratas del Niágara, antes de partir para París y Buenos Aires. Mi impresión ante la maravilla confieso que fue menor de lo que hubiera podido imaginar. Aunque el portento se impone, la mente se representa con creces con lo que en realidad no tienen tan fantásticas proporciones. Sin embargo, me sentí conmovido ante el prodigio natural, y no dejé de recordar los versos de José María de Heredia, el de castellana lengua.

Retornamos a Nueva York y tomé el vapor para Francia.

XXXII

Yo soñaba con París desde niño, a punto de que cuando hacía mis oraciones rogaba a Dios que no me dejase morir sin conocer París. París era para mí como un paraíso en donde se respirase la esencia de la felicidad sobre la tierra. Era la ciudad del arte, de la belleza y de la gloria; y, sobre todo, era la capital del amor, el reino del ensueño. E iba yo a conocer París, a realizar la mayor ansia de mi vida. Y cuando en la estación de Saint Lazare, pisé tierra parisiense, creí hallar suelo sagrado. Me hospedé en un hotel español que por cierto ya no existe. Se hallaba situado cerca de la Bolsa, y se llamaba pomposamente **Gran Hôtel de la Bourse et des Embassadeurs...** Yo deposité en la caja, desde mi llegada, unos cuantos largos y prometedores rollos de brillantes y áureas águilas americanas de a veinte dólares. Desde el día siguiente tenía carruaje a todas horas en la puerta, y comencé mi conquista de París...

Apenas hablaba una que otra palabra en francés. Fui a buscar a Enrique Gómez Carrillo, que trabajaba entonces empleado en la casa del librero Garnier.

Carrillo, muy contento de mi llegada, apenas pudo acompañarme por sus ocupaciones; pero me presentó a un español que tenía el tipo de un gallardo mozo, al mismo tiempo que muy marcada semejanza de rostro con Alfonso Daudet. Llevaba en París la vida del país de Bohemia, y tenía por querida a una verdadera marquesa de España. Era escritor de gran talento y vivía siempre en su sueño. Como yo, usaba y abusaba de los alcoholes¹¹²; y fue mi iniciador en las correrías nocturnas del Barrio Latino. Era mi pobre amigo, muerto no hace mucho tiempo, Alejandro Sawa¹¹³. Algunas veces me acompañaba también Carrillo, y con uno y otro conocí a poetas y escritores de París, a quienes había amado desde lejos.

Uno de mis grandes deseos era poder hablar con Verlaine. Cierta noche, en el café D'Harcourt, encontramos al Fauno, rodeado de equívocos acólitos.

Estaba igual al simulacro en que ha perpetuado su figura el arte maravilloso de Carrière. Se conocía que había bebido hartó. Respondía de cuando en cuando, a las preguntas que le hacían sus acompañantes, golpeando intermitentemente el mármol de la mesa. Nos acercamos con Sawa, me presentó: "*Poeta americano, admirador, etc.*" Yo murmuré en mal francés toda la devoción que me fue posible, concluí con la palabra gloria... Quién sabe qué habría pasado esta tarde al desventurado maestro; el caso es que, volviéndose a mí, y sin cesar de golpear la mesa, me dijo en voz baja y pectoral: "*La gloire!... La gloire!... M... M... encore!...*" Creí prudente retirarme, y esperar para verle de nuevo una ocasión más propicia. Esto no lo pude lograr nunca, porque las noches que volví a encontrarle, se hallaba más o menos en el mismo estado: aquello, en verdad, era triste, doloroso, grotesco y trágico. Pobre. Pauvre Lélian! Priez pour le pauvre Gaspard!...

¹¹² Darío se está refiriendo a su amigo español de nacimiento, de sangre griega, y de finos gustos franceses, Alejandro Sawa, cinco años mayor que aquel. En el "*Prólogo*" para **Iluminaciones en la sombra** (1910), Darío se excusa de no haber caído en la fatalidad de los alcoholes, como lo fue su amigo. Sin embargo, dos años más tarde, en su **Autobiografía**, Darío escribe en este punto, que "*Como yo, usaba y abusaba de los alcoholes*". Si estudiamos con mayor detenimiento este "*Prólogo*" o titulado también "*Alejandro Sawa*", veremos muchos puntos coincidentes de vida moral, entre éste y Darío.

¹¹³ Estamos claramente informados que la **Autobiografía** de Rubén Darío la dicta para dos secretarios en Buenos Aires, Argentina, en el año de 1912, para la revista **Caras y Caretas**. Dos años antes (1910), Darío escribió un "*Prólogo*" para el libro póstumo de Alejandro Sawa y Martínez (1862 – 1909), titulado **Iluminaciones en la sombra** (1910), a solicitud de la viuda de este escritor español, doña Juana Poirrier de Sawa.

XXXIII

Una mañana, después de pasar la noche en vela, llevó Alejandro Sawa a mi hotel a Charles Morice, que era entonces el crítico de los simbolistas. Hacía poco que había publicado su famoso libro **La littérature de toute a l'heure**. Encontró sobre mi mesa unos cuantos libros, entre ellos un Walt Whitman, que no conocía. Se puso a hojear una edición guatemalteca de mi **Azul...**, en que, por mal de mis pecados, incluí unos versos franceses, entre los cuales los hay que no son versos, pues yo ignoraba cuando los escribí muchas nociones de poética francesa. Entre ellas, pongo por caso, el buen uso de la e muda, que, aunque no se pronuncia en la conversación, o es pronunciada escasamente según el sistema de algunos declamadores, cuenta como sílaba para la medida del verso. Charles Morice fue bondadoso y tuvimos, durante mi permanencia en París, buena amistad, que por cierto no hemos renovado en días posteriores. Con quien tuve más intimidad fue con Jean Moréas. A éste me presentó Carrillo, en una noche barriolatinesca. Ya he contado en otra ocasión nuestras largas conversaciones ante animadores bebedizos. Nuestras idas por la madrugada a los grandes mercados, a comer almendras verdes, o bien salchichas en los figones cercanos, donde se surten obreros y trabajadores de "*les Halles*". Todo ello regado con vino como el "*petit vin bleu*" y otros mostos populares. Moréas regresaba a su casa, situada por Montrouge, en tranvía, cuando ya el sol comenzaba a alumbrar las agitaciones de París despierto. Nuestras entrevistas se repetían casi todas las noches. Estaba el griego todavía joven; usaba su inseparable monóculo y se retorció los bigotes de palikaro, dogmatizando en sus cafés preferidos, sobre todo en el Vachetts, y hablando siempre de cosas de arte y de literatura. Como no quería escribir en los diarios, vivía principalmente de una pensión que le pasaba un tío suyo que era ministro en el gobierno del rey Jorge, en Atenas. Sabido es que su apellido no era Moréas, sino Papadiamantopoulos. Quien desee más detalles lea mi libro **Los raros**. Me habían dicho que Moréas sabía español. No sabía ni una sola palabra. Ni él, ni Verlaine, aunque anunciaron ambos, en los primeros tiempos de la revista **La Plume**, que publicarían una traducción de **La vida es sueño**, de Calderón de la Barca. Siendo así como Verlaine solía pronunciar, con marcadísimo acento, estos versos de Góngora: "*A batallas de amor campo de plumas*"; Moréas, con su gran voz sonora, exclamaba: "*No hay mal que por bien no venga*"... O bien, en cuanto me veía: "*¡Viva don Luis de Góngora y Argote!*", y con el mismo tono, cuando divisaba a Carrillo gritaba "*¡Don Diego Hurtado de Mendoza!*" Tanto Verlaine como Moréas eran popularísimos en el Quartier, y andaban siempre rodeados de una corte de jóvenes poetas que,

con el Pobre Lélian, se aumentaban de gentes de la mala bohemia que no tenían que ver con el arte ni con la literatura.

XXXIV

Entre los verdaderos amigos de Verlaine, había uno que era un excelente poeta, Maurice Duplessis. Este era un muchacho gallardo, que vestía elegante y extravagantemente, y que con Charles Maurras, que es hoy uno de los principales sostenedores del Partido Orleanista, y con Ernesto Reynaud que es comisario de policía, formaban lo que se llamaba la Escuela Romana, de que Moréas era el Sumo Pontífice. A Duplessis, que fue desde entonces muy mi amigo, le he vuelto a ver recientemente pasando horas amargas y angustiosas, de las cuales le libraba alguna vez y ocasionalmente la generosidad de un gran poeta argentino.

Yendo en una ocasión por los bulevares, oí que alguien me llamaba. Me encontré con un antiguo amigo chileno, Julio Bañados Espinosa, que había sido ministro principal de Balmaceda. Se ocupaba en escribir la historia de la administración de aquel infortunado presidente. Nos vimos repetidas veces. Me invitó a comer en un círculo de Esgrima y Artes, que no era otra cosa, en realidad, sino una casa de juego, como son muchos círculos de París. Allá me presentó al famoso Aurelien Scholl, ya viejo y siempre monoculizado. Se decía que el juego no era perseguido en ese club, porque la influencia de Scholl... pero no deseo repetir aquí murmuraciones bulvarderas.

Comía yo generalmente en el café *Larue*, situado enfrente de la Magdalena. Allí me inicié en aventuras de alta y fácil galantería. Ello no tiene importancia; mas he de recordar a quien me diese la primera ilusión de costoso amor parisién. Y vaya una grata memoria a la gallarda Marión Delorme¹¹⁴, de victorhuguesco nombre, de guerra, y que habitaba entonces en la avenida Victor Hugo. Era la cortesana de los más bellos hombros. Hoy vive en su casa de campo y da de comer a sus finas aves de corral. Los cafés y restaurantes del bosque no tuvieron secretos para mí. Los días que pasé en la capital de las capitales, pude muy bien no envidiar a ningún irreflexivo “*rastaquore*”. Pero los rollos de águilas iban mermando y era preciso disponer la partida a Buenos Aires. Así lo hice, no sin que mi codicioso hotelero, viendo que se le escapaba esa “*pera*”, como dicen los franceses, quisiese quedarse con el resto de mis oros, de lo cual me libró la

¹¹⁴ Más adelante ofreceremos un ensayo mío interpretando pasajes de algunos capítulos de **Autobiografía**, inspirados en la amante francesa de Marion Delorme, que el insigne investigador alemán Günther Schmigalle, la redescubre en crónicas de Darío que han permanecido bien resguardadas de los ojos contemporáneos al siglo XX.

intervención de un cónsul, y de mi buen amigo Tibble Machado, que residía, también con cargo consular, en el puerto del Havre.

- XXXV -

Me embarqué para la capital argentina, llevando como valet a un huesudo holandés que sin recomendación alguna se me presentó ofreciéndome sus servicios.

Y heme aquí, por fin, en la ansiada ciudad de Buenos Aires, a donde tanto había soñado llegar desde mi permanencia en Chile. Los diarios me saludaron muy bondadosamente. **La Nación** habló de su colaborador con términos de afecto, de simpatía y de entusiasmo, en líneas confiadas al talento de Julio Piquet. **La Prensa** me dio la bienvenida, también en frases finas y amables, con que me favoreciera la gentileza del ya glorioso Joaquín V. González.

Fui muy visitado en el hotel en donde me hospedarán. Uno de los primeros que llegaron a saludarme fue un gran poeta a quien yo admiraba desde mis años juveniles, muchos de cuyos versos se recitan en mi lejano país original: Rafael Obligado. Otro fue don Juan José García Velloso, aquel maestro sapiente y sensible, que vino de España, y que cantó y enseñó con inteligencia erudita y con cordial voluntad.

Presenté mi Carta Patente y fue reconocido por el gobierno argentino como Cónsul General de Colombia. Mi puesto no me dio ningún trabajo, pues no había nada que hacer, según me lo manifestara mi antecesor, el señor Samper, dado que no había casi colombianos en Buenos Aires y no existían transacciones ni cambios comerciales entre Colombia y la República Argentina.

Fui invitado a las reuniones literarias que daba en su casa don Rafael Obligado. Allí concurría lo más notable de la intelectualidad bonaerense. Se leían prosas y versos. Después se hacían observaciones y se discutía el valor de éstas. Allí me relacioné con el poeta y hombre de letras doctor Calixto Oyuela, cuya fama había llegado hacía tiempo a mis oídos. Conocía sus obras, muy celebradas en España. Talento de cepa castiza, seguía la corriente de las tradiciones clásicas, y en todas sus obras se encuentra la mayor corrección y el buen conocimiento del idioma. Me relacioné también con Alberto del Solar, chileno radicado en Buenos Aires, que se ha distinguido en la producción de novelas, obras dramáticas, ensayos y aun poesías. Con Federico Gamboa, entonces secretario de la Legación de México que animaba la conversación con oportunas anécdotas, con chispeantes arranques y con un buen humor contagioso e inalterable, y que

ha producido notables piezas teatrales, novelas y otros libros amenos y llenos de interés. Con Domingo Martinto y Francisco Soto y Calvo, arribos cuñados de Obligado, ambos poetas y personas de distinción y afabilidad. Con el doctor Ernesto Quesada, letrado erudito, escritor bien nutrido y abundante, de un saber cosmopolita y políglota; y con otros más, pertenecientes al Buenos Aires estudioso y literario. El dueño de casa nos regalaba con la lectura de sus poesías, vibrantes de sentimiento o llameantes de patriotismo. Así pasábamos momentos inolvidables que ha recordado Federico Gamboa, con su estilo y lleno de sinceridad, en las páginas de su Diario.

- XXXVI -

Naturalmente que desde mi llegada me presenté a la redacción de **La Nación**, donde se me recibió con largueza y cariño. Dirigía el diario el inolvidable Bartolito Mitre. Lo encontré en su despacho fumando su inseparable largo cigarro italiano. Sentí a la inmediata, después de conversar un rato, la verdad de su amistad transparente y eficaz que se conservó hasta su muerte. Me llevó a presentarme a su padre el general, y me dejó allí, ante aquel varón de historia y de gloria, a quien yo no encontraba palabra que decir, después de haber murmurado una salutación emocionada. Me habló el general Mitre, de Centro América y de sus historiadores Montúfar, Ayón, Fernández; recordó al poeta guatemalteco Batres, autor de *“El Reloj”*, habló de otras cosas más. Me hizo algunas preguntas sobre el canal de Nicaragua. Estuvo suave y alentador en su manera seria y como triste, cual de hombre que se sabía ya dueño de la posteridad. Salí contentísimo.

Era administrador de **La Nación** don Enrique de Vedia. Alto, delgado, aspecto de figura de caballero del Greco. Grave y acerado, tenía una sólida y variada cultura y, un gusto excelente. A pesar de la diferencia de caracteres y de edades, cultivábamos la mejor amistad, y por indicación suya escribí muchos de los mejores artículos que publiqué en esa época en **La Nación**. Era subdirector del diario Aníbal Latino, esto es, José Ceppi, hombre al parecer un tanto adusto; pero dotado de actividad, de resistencia y de inmejorables condiciones para el puesto que desempeñaba. Secretario de redacción era Julio Piquet, experto catador de elixires intelectuales, escritor de sutiles pensares y de gentilezas de estilo, y que contribuía poderosamente a la confección de aquellos números nutridos de brillante colaboración del gran periódico, que se diría tenían carácter antológico. En la casa traté a crecido número de redactores y colaboradores, de los cuales unos han desaparecido y otros se han alejado, por ley del tiempo y de los cambios de la vida; pero ninguno fue más íntimo compañero mío que Roberto J. Payró, trabajador insigne, cerebro comprendedor e imaginador,

que sin abandonar las tareas periodísticas ha podido producir obras de aliento en el teatro y en la novela. Fue asimismo amigo mío el autor de La Bolsa, José Miró, que firmaba con el pseudónimo de Julián Martel y cuya única obra auguraba una rica y aquilatada producción futura. El pobre Miró pasó en trabajosa bohemia y en consuetudinaria escasez, los mejores años de su juventud, y, ¡oh, ironías de la suerte!, después que murió de tuberculosis, se encontró que una parienta millonaria le había dejado en su testamento una fortuna.

- XXXVII -

Claro es que mi mayor número de relaciones estaba entre los jóvenes de letras, con quienes comencé a hacer vida nocturna, en cafés y cervecerías. Se comprende que la sobriedad no era nuestra principal virtud. Frecuentaba también a otros amigos que ya no eran jóvenes, como ese espíritu singular lleno de tan variadas luces y de quien emanaban una generosidad corriente simpática y un contagio de vitalidad y de alegría, el doctor Eduardo L. Hølemberg; o bien el hoy célebre americanista Ambrosetti, que ilustraba nuestras charlas con sus ilustrativas narraciones. Con Payró nos juntábamos en compañía del bizarro poeta, entonces casi un efebo, pero ya encendido de cosas libertarias, Alberto Ghirardo; de Manuel Argerich, cariñoso dandy, que escribió para el teatro; del excelente aeda suizo Charles Soussens, fiel a sus principios de nocturnidad; de José Ingenieros, hoy psiquiatra eminente; de José Pardo, que fundara varias revistas; de Diego Fernández Espiro, el mosquetero de los sonantes sonetos; del encantador veterano Antonino Lamberti, a quien los manes de Anacreonte bendicen, y a quien las Gracias y las Musas han sido siempre propicias y halagadoras.

Otro de mis amigos, que ha sido siempre fraternal conmigo, era Charles E. F. Vale, un inglés criollo incomparable.

Una noche, con motivo del aniversario de la reina Victoria, le dicté en el restaurant de *Las 14 provincias*, un pequeño poema en prosa dedicado a su soberana, que él escribió a falta de papel en unos cuantos sobres y que no ha aparecido en ninguno de mis libros. Ese poemita es el siguiente:

¡God save the Queen!

To my friend C. E. F. Vale.

Por ser una de las más fuertes y poderosas tierras de poesía;

Por ser la madre de Shakespeare;

Porque tus hombres son bizarros y bravos, en guerras y en olímpicos juegos;

Porque en tu jardín nace la mejor flor de las primaveras y en tu cielo se manifiesta el más triste sol de los inviernos;

*Canto a tu reina, oh grande y soberbia Britania, con el verso que repiten los labios de todos tus hijos;
¡God save the Queen!*

Tus mujeres tienen los cuellos de los cisnes y la blancura de las rosas blancas;

Tus montañas están impregnadas de leyenda, tu tradición es una mina de oro, tu historia una mina de hierro, tu poesía una mina de diamantes;

En los mares, tu bandera es conocida de todas las espumas y de todos los vientos, a punto de que la tempestad ha podido pedir carta de ciudadanía inglesa:

*Por tu fuerza, oh Inglaterra:
¡God save the Queen!*

Porque albergaste en una de tus islas a Víctor Hugo;

Porque sobre el hervor de tus trabajadores, el tráfago de tus marinos y la labor incógnita de tus mineros, tienes artistas que te visten de sedas de amor, de oros de gloria, de perlas líricas;

Porque en tu escudo está la unión de la fortaleza y del ensueño, en el león simbólico de los reyes y unicornio amigo de las vírgenes y hermano del Pegaso de los soñadores:

¡God save the Queen!

Por tus pastores que dicen los salmos y tus padres de familia que en las horas tranquilas leen en alta voz el poeta favorito junto a la chimenea.

Por tus princesas incomparables y tu nobleza secular;

Por San Jorge, vencedor del Dragón; por el espíritu del gran Will y los versos de Swinburne y Tennyson;

Por tus muchachas ágiles, leche y risa, frescas y tentadoras como manzanas;

*Por tus mozos fuertes que aman los ejercicios corporales; por tus scholars familiarizados con Platón, remeros o poetas;
¡God save the Queen!*

Envío

Reina y emperatriz, adorada de tu inmenso pueblo, madre de reyes, Victoria favorecida por la influencia de Nile; solemne viuda vestida de negro, adorada del príncipe amado; Señora del mar, Señora del país de los elefantes. Defensora de la Fe, poderosa y gloriosa anciana, el himno que te saluda se oiga hoy por toda la tierra: Reina buena: «¡Dios te salve!».

- XXXVIII -

Comencé a publicar en **La Nación** una serie de artículos sobre los principales poetas y escritores que entonces me parecieron raros, o fuera de

lo común. A algunos les había conocido personalmente, a otros por sus libros. La publicación de la serie de **Los raros** que después formó un volumen, causó en el Río de la Plata excelente impresión, sobre todo entre la juventud de letras, a quien se revelaban nuevas maneras de pensamiento y de belleza. Ciertamente que había en mis exposiciones, juicios y comentarios, quizás demasiado entusiasmo; pero de ello no me arrepiento, porque el entusiasmo es una virtud juvenil que siempre ha sido productora de cosas brillantes y hermosas; mantiene la fe y aviva la esperanza. Uno de mis artículos me valió una Carta de la célebre escritora francesa, Mme. Alfred Valette que firma con el pseudónimo de Rachilde, carta interesante y llena de *esprit*, en que me invitaba a visitarla en la redacción del **Mercure de France** cuando yo llegase a París. A los que me conocen no les extrañará que no haya hecho tal visita durante más de doce años de permanencia fija en la vecindad de la redacción del **Mercure**. He sido poco aficionado a tratarme con esos chermaitre, franceses, pues algunos que he entrevistado me han parecido insoportables de pose y terribles de ignorancia de todo lo extranjero, principalmente en lo referente a intelectualidad.

Pasaba, pues, mi vida bonaerense escribiendo artículos para **La Nación**, y versos que fueron más tarde mis **Prosas Profanas**; y buscando, por la noche, el peligroso encanto de los paraísos artificiales. Me quedaba todavía en el Banco Español del Río de la Plata, algún resto de mis águilas americanas; pero éstas volaron pronto, por el peregrino sistema que yo tenía de manejar fondos. Me acompañaba un extraordinario secretario francés, que me encontré no sé dónde, y que me sedujo hablándome de sus aventuras de Indo-China. Considerad, que me contaba: «*Una vez en Saigón*» o bien: «*Aquella tarde en Singapour...*», o bien: «*Entonces me contestó mi amigo el Maradjad...*». ¡No solamente le hice mi secretario, sino que él llevaba en el bolsillo mi libro de cheques! Felizmente, cuando volaron todas las águilas, voló él también, con su larga nariz, su infaltable sombrero de copa y su largo levitón.

Vino la noticia de la muerte del doctor Rafael Núñez y pocos meses después recibí nota de Bogotá, en que se me anunciaba la supresión de mi consulado. Me quedé sujeto a lo que ganaba en **La Nación** y luego a un buen sueldo que por inspiración providencial, me señaló en La Tribuna su director, ese escritor de bríos y gracias que se firmaba Juan Cancio y que no es otro que mi buen amigo Mariano de Vedia. Mi obligación era escribir todos los días una nota larga o corta, en prosa o verso, en el periódico. Después me invitó a colaborar en su diario **El Tiempo**, el generoso y culto Carlos Vega Belgrano, que luego sufragó los gastos para la publicación de mi volumen de versos **Prosas Profanas**.

- XXXIX -

Prosas Profanas, cuya sencillez y poca complicación se pueden apreciar hoy, causaron al aparecer, primero en periódicos y después en libro, gran escándalo entre los seguidores de la tradición y del dogma académico; y no escasearon los ataques y las censuras y mucho, menos las bravas defensas de impertérritos y decididos soldados de nuestra naciente reforma. Muchos de los contrarios se sorprendieron hasta del título del libro, olvidando las prosas latinas de la Iglesia, seguidas por Mallarmé en la dedicada al Des Esseint de Huysmans; y sobre todo, las que hizo en roman paladino, uno de los primitivos de la castellana lírica. José Enrique Rodó explicó y Remy de Gourmont me había manifestado ya respecto a dicho título, en una carta: «*C'est une trouvaille*». De todas esas poesías ha hecho el autor de *Motivos de Proteo* una encantadora exégesis.

Una de ellas, la titulada *Era un aire suave*, fue escrita en edad de ilusiones y de sueños y evocada en esta ciudad práctica y activa, un bello tiempo pasado, ambiente del siglo XVIII francés, visión imaginaria traducida en nuevas verdades músicas. Ella dice la eterna ligereza cruel de aquella a quien un aristocrático poeta llamara *Enfant Malade*, y trece veces impura; la que nos da los más dulces y los más amargos instantes en la vida; la Eulalia simbólica que ríe, ríe, ríe, desde el instante en que tendió a Adán la manzana paradisiaca. Como siempre, hubo sus aplausos y sus críticas, en las cuales, gente que había oído hablar de decadentes y de simbolistas, aseguraban ser mis producciones ininteligibles, censura cuya causa no he podido nunca comprender. Como he dicho, había también quienes me seguían y me aplaudían; y tiempo después debían aquí repetirse por la obra de otros poetas de libertad y de audacia, iguales censuras, como también iguales aplausos.

Mi poesía *Divagación* fue escrita en horas de soledad y de aislamiento que fui a pasar en el Tigre Hotel. ¿Tenía yo algunos amoríos? No lo sabré decir ahora. Es el caso que en esos versos hay una gran sed amorosa y en la manifestación de los deseos y en la invitación a la pasión, se hace algo como una especie de geografía erótica. El poema concluía así:

... Amor, en fin, que todo diga y cante
Amor que encante y deje sorprendida
A la serpiente de ojos de diamante
Que está enroscada al árbol de la vida.

Ámame así, fatal, cosmopolita,
Universal, inmensa, única, sola
Y todas, misteriosa y erudita;

Ámame mar y nube; espuma y ola.

*Sé mi reina de Saba mi tesoro;
Descansa en mis palacios solitarios.
Duerme. Yo encenderé los incensarios
Y junto a mi unicornio cuerno de oro
Tendrán rosas y miel tus dromedarios.*

- XL -

Luego vienen otras poesías que han llegado a ser de las conocidas y repetidas en España y América, como la *Sonatina*, por ejemplo, que por sus particularidades de ejecución, yo no sé por qué no ha tentado a algún compositor para ponerle música. La observación no es mía. «*Pienso, dice Rodó, que la Sonatina hallaría su comentario mejor en el acompañamiento de una voz femenina que le prestara melodioso realce. El poeta mismo ha ahorrado a la crítica la tarea de clasificar esa composición, dándole un nombre que plenamente la caracterizaba. Se cultiva casi exclusivamente en ella, la virtud musical de la palabra y del ritmo poético*». En efecto, la musicalidad en este caso, sugiere o ayuda a la concepción de la imagen soñada.

Blasón es el título de otra corta poesía, que fue escrita en Madrid en el tiempo de las fiestas del Centenario de Colón. Tuve allí oportunidad de conocer a un gentil hombre, diplomático centroamericano, casado con una alta dama francesa, como que es, por sus primeras nupcias, la madre del actual jefe de la casa de Gontaut-Biron, el conde de Gontaut Saint-Blancard. Me refiero a la marquesa de Peralta. En el álbum de tal señora, celebré la nobleza y la gracia de un ave insigne, el cisne. Después están las alabanzas a los «*ojos negros de Julia*». ¿Qué Julia? Lo ignoro ahora. Sed benévolo ante tamaña ingratitud con la belleza. Porque, ciertamente, debió de ser bella la dama que inspiró las estrofas de que trato, en loor de los ojos negros, ojos que, al menos en aquel instante, eran los preferidos. Luego será un recuerdo galante en el escenario del siempre deseado París. Pierrot, el blanco poeta, encarna el amor lunar, vago y melancólico, de los líricos sensitivos. Es el carnaval. La alegría ruidosa de la gran ciudad se extiende en calles y bulevares. El poeta y su ilusión, encarnada en una fugitiva y hartó amorosa parisién, certifica, por la fatalidad de la vida, la tristeza de la desilusión y el desvanecimiento de los mejores encantos. Rodó -a quien siempre habría que citar tratándose de Prosas Profanas- ha dicho cosas deliciosas a propósito de estos versos.

Hay en el tomo de **Prosas Profanas** un pequeño poema en prosa rimada, de fecha muy anterior a las poesías escritas en Buenos Aires, pero que por la novedad de la manera llamó la atención. Está, se puede decir, calcado, en ciertos preciosos y armoniosos juegos que Catulle Mendes publicó con el título de *Lieds de France*. Catulle Mendes, a su vez, los había imitado de los poemitas maravillosos de **Gaspard de la Nuit**, y de estribillos o refranes de rondas populares. Me encontraba yo en la ciudad de New York, y una señorita cubana, que era prodigiosa en el arpa, me pidió le escribiese algo que en aquella dura y colosal Babel le hiciese recordar nuestras bellas y ardientes tierras tropicales. Tal fue el origen de esos aconsonantados ritmos que se titulan *En el país del Sol*.

Un soneto hay en ese libro que se puede decir ha tenido mayor suerte que todas mis otras composiciones, pues de los versos míos son los más conocidos, los que se recitan más, en tierra hispana como en nuestra América. Me refiero al soneto *Margarita*. Por cierto, la boga y el éxito se deben a la anécdota sentimental, a lo sencillo emotivo, y a que cada cual comprende y siente en sí el sollozo apasionado que hay en estos catorce versos. Entonces sí, ya habla caído yo en Buenos Aires en nuevas redes pasionales; y fui a ocultar mi idilio, mezclado a veces de tempestad, en el cercano pueblo de San Martín. ¿En dónde se encontrará, Dios mío, aquélla que quería ser una Margarita Gauthier, a quien no es cierto que la muerte haya deshojado, «*por ver si me quería*», como dice el verso, y que llegara a dominar tanto mis sentidos y potencias? ¡Quién sabe! Pero, si llegásemos a encontrarnos, es seguro que se realizaría lo que expresa la tan humana redondilla de Campoamor:

*Pasan veinte años, vuelve él
y al verse, exclaman él y ella:
-¡Dios mío, y ésta es aquélla!
-¡Santo Dios, y éste es aquél!*

Hay otra poesía en ese volumen, escrita en España en 1892, en la cual se ven ya los distintivos que han de caracterizar mi producción anterior, a pesar de que ese trabajo es castizo, de espíritu español puro, de acento, de tradición, de manera, de forma. Es en elogio de un metro popular, armonioso y cantante, la seguidilla. A ese tiempo también pertenecía el «*Pórtico*» que escribí en Madrid para que sirviese de introducción a la colección de poesías que con el título de *En tropel* dio a luz el poeta Salvador Rueda.

“*La página blanca*” fue escrita en Buenos Aires, en casa del pobre Miguelito Ocampo. ¿Quién se acuerda de Miguelito Ocampo?... Hombre de

corazón bueno, de natural ingenio, a quien se debe el primer ensayo de zarzuela cómica nacional argentina, y que hubiese quizás dejado una producción más copiosa e importante, si la peor de las bohemias no le arrebatara, primero la voluntad y después la salud y la vida. En su casa escribí, como he dicho antes, *La página blanca*, en presencia de nuestro querido viejo Lamberti, a quien dediqué esos versos. Casi todas las composiciones de **Prosas Profanas** fueron escritas rápidamente, ya en la redacción de **La Nación**, ya en las mesas de los cafés, en el *Auer's Keller*, en la antigua casa de Lucio, en la de Monti. El coloquio de los centauros lo concluí en **La Nación**, en la misma mesa en que Roberto Payró escribía uno de sus artículos. Tanto éstas como otras poesías exigirían bastantes exégesis y largas explicaciones, que a su tiempo se harán en este libro.

- XLI -

Otra hospitalidad de buen humor que me acogiera por esos días fue la del excelente amigo Rouquad. Allí rendíamos tributo a la gula, con platos suculentos que solía dirigir el dueño de casa. Allí llegaban, entre otros compañeros ya nombrados, un joven poeta de audacia y fantasía, que ha producido después libros muy plausibles. Se llamaba Américo Llanos, era de origen uruguayo y desempeña actualmente el consulado de su país en San Sebastián de España, con su verdadero nombre, Armando Vasseur. Iba también cierto ábate francés, de apellido Claude, que enseñaba su idioma al melodioso y elegante lírico de dorados cabellos, Eugenio Díaz Romero. Este ábate tenía una historia de las más escabrosas y que habría interesado a Barbey d'Aureville. Era sobrino de un cardenal. Había venido a la Argentina muy bien recomendado, pero al hombre le gustaban mucho los alcoholes, en especial la demoníaca agua verde del ajeno. En una de las provincias colgó los hábitos, pues se había enamorado locamente de la mujer con quien tuvo varios hijos. Ella, atemorizada o arrepentida, le abandonó para casarse con otro; y poseyó al abate la mayor desesperación, y la desesperación y el veneno verde le llevaron casi a la locura. Volvió a Buenos Aires y entonces fue cuando le conocí. En **La Nación** he publicado una página en que narro cómo el general Mitre pudo socorrer una vez al infeliz religioso, en momentos de miseria y de angustia. Mucho tiempo después, se me apareció en París, el desventurado. Iba de nuevo vestido con sus ropas talaes. Lo tenía recluido el arzobispo en un convento. Le dejaban salir muy de tarde en tarde y en compañía de algún otro sacerdote; pero esa vez llegó solo. Me contó sus horas de oración y de arrepentimiento, mas poco a poco se fue exaltando. -«*Vamos*, me dijo, *a dar una vuelta*». Yo le acompañé a la calle. Conversaba ya tranquilo, ya agitado, sobre todo cuando me recordaba a la mujer de quien estaba enamorado, y a sus hijos. Y como pasáramos cerca de un café: -«*Entremos*, me dijo, *tengo mucha sed, tomaremos algún refresco*». Por más que me opuse, vi que la cosa era

irremediable. Entramos, y con asombro de los concurrentes, el abate, en vez de un refresco, ya comprenderéis que pidió su veneno. Yo me despedí más tarde. Al día siguiente llegó a verme de nuevo en un estado lamentable. Me dijo que todo aquello no era sino obra del demonio; que él estaba arrepentido y que para el mal de raíz, se iría a una cartuja que está en una isla cerca de Niza. Creí que todas esas promesas eran historias; pero el abate desapareció y a los pocos días recibía yo unas cuantas fotografías de la Cartuja y una carta en que el triste me anunciaba su definitiva separación del mundo. No volví a saber nunca más de él.

- XLII -

En la redacción de **La Tribuna** me relacioné, por presentación de Mariano de Vedia, con el doctor Lorenzo Anadón, con el general Mansilla, y los poetas Carlos Roxlo y Christian Roeber. Mansilla simpatizó mucho conmigo y publicó a este respecto un precioso y chispeante artículo. Le visité. En su casa me mostró cosas curiosísimas, entre ellas el mejor retrato que yo haya visto de su tío don Juan Manuel de Rozas. Alcancé a conocer también a su madre, doña Agustina, la belleza célebre que aún resplandecía en su ancianidad, y a quien, cuando murió, deshojé un ramillete de rosas literarias. El poeta Roxlo era de trato suave y delicado y no adivinaba yo en él al futuro vigoroso combatiente de las luchas políticas. Publicaba sus versos impregnados de perfume patrio y en los cuales hay sollozos de guitarra pampera, melancólicos aires rurales, y la revelación armoniosa de un profundo sentir. Roeber era tipo romántico y legendario. Su novela vital se contaba en voz baja. Se decía que, por drama de amores, lo que menos le había pasado era recibir una bala en la cabeza, en duelo, por lo cual tuvo que estar un tiempo encerrado en un manicomio. Es lo cierto que tenía un conocido título español, con el cual publicó una serie de traducciones de las novelas de cierto alegre y ha tiempo pasado de moda autor francés. Mansilla me dio una comida a la cual invitó a algunos intelectuales. Tengo presente la larga conversación que allí tuve con el doctor Celestino Pera, y la interesantísima facundia de nuestro anfitrión, que narrara amenos sucesos y prodigara agudas ocurrencias, felices frases, con ese poder de conversador ágil y oportuno que se ha reconocido en todas partes.

Fundé una revista literaria en unión de un joven poeta tan leído como exquisito, de origen boliviano. Ricardo Jaimes Freyre, actualmente vecino de Tucumán. Ricardo es hijo del conocido escritor, periodista y catedrático que ha publicado tan curiosas y sabrosas tradiciones desde hace largo tiempo, en su país de Bolivia, y que en Buenos Aires hizo aparecer un valioso volumen sobre el antiguo y fabuloso Potosí. Él y su hijo eran para mí excelentes amigos. Con "*Brocha Gorda*", pseudónimo de Jaimes padre, solíamos hacer amenas excursiones teatrales, o bien por la isla de Maciel,

pintoresca y alegre, o por las fondas y comedores italianos de La Boca, en donde saboreábamos pescados fritos, y pastas al jugo, regados con tintos chiantis y oscuros barolos. Quien haya conversado con Julio L. Jaimes, sabrá del señorito y del ingenio de los caballeros de antaño.

Con Ricardo no entrábamos por simbolismo y decadencias francesas, por cosas d'annunzianas, por prerrafaelismos ingleses y otras novedades de entonces, sin olvidar nuestras ancestrales Hitas y Berceos, y demás castizos autores. Fundamos, pues, la **Revista de América**, órgano de nuestra naciente revolución intelectual y que tuvo, como era de esperarse, vida precaria, por la escasez de nuestros fondos, la falta de suscripciones y, sobre todo, porque a los pocos números, un administrador italiano, de cuerpo bajito, de redonda cabeza calva y maneras untuosas, se escapó, llevándose los pocos dineros que habíamos podido recoger. Y así acabó nuestra entusiasta tentativa. Pero Ricardo se desquitó, dando a luz su libro de poesías Castalia Bárbara, que fue una de las mejores y más brillantes muestras de nuestros esfuerzos de renovadores. Allí se revelaba un lírico potente y delicado, sabio en técnica y elevado en numen.

- XLIII -

Y se creó el grupo del Ateneo. Esta asociación, que produjo un considerable movimiento de ideas en Buenos Aires, estaba dirigida por reconocidos capitanes de la literatura, de la ciencia y del arte, Zuberbuhler, Alberto Williams, Julián Aguirre, Eduardo Schiaffino, Ernesto de la Cárcova, Sivori, Ballerini, de la Valle, Correa Morales y otros animaban el espíritu artístico: Vega Belgrano, don Rafael Obligado, don Juan José García Velloso, el doctor Oyuela, el doctor Ernesto Quesada, el doctor Norberto Piñeiro y algunas más, fomentaban las letras clásicas y las nacionales, y los más jóvenes alborotábamos la atmósfera con proclamaciones de libertad mental.

Yo hacía todo el daño que me era posible al dogmatismo hispano, al anquilosamiento académico, a la tradición hermosillesca, a lo pseudo-clásico, a lo pseudo-romántico, a lo pseudo-realista y naturalista y ponía a mis «*raros*» de Francia, de Italia, de Inglaterra, de Rusia, de Escandinavia, de Bélgica y aún de Holanda y de Portugal, sobre mi cabeza. Mis compañeros me seguían y me secundaban con denuedo. Exagerábamos, como era natural la nota. Un Benjamín de la tribu, Carlos Alberto Becu, publicó una plaquette, donde por primera vez aparecían en castellano versos libres a la manera francesa; pues los versos libres de Jaimes Freyre, eran combinaciones de versos normales castellanos. Becu hace tiempo abandonó sus inclinaciones líricas y es hoy un grave y sesudo internacionalista. Luis Berisso publicaba su **Pensamiento de América**, su

traducción de “*Belkis*”, del portugués Eugenio de Castro y trabajaba porque se relacionaran los jóvenes intelectuales argentinos con los del resto de Hispano-América. Leopoldo Díaz escribía sus elegancias parnasianas, sus poemas de esfuerzo esotérico. Ángel de Estrada anunciaba con su producción el sutil e intenso poeta y el prosista artístico y sugestivo que es hoy. Con él y con Alberto Vergara Biedma, profundizador y elocuente, divagábamos sobre temas de belleza, Miguel Escalada, que abandonó a las generosas musas, burilaba o miniaba poemitas de singular y suave gracia. Eduardo de Ezcurra nos hablaba de su estética y nos citaba siempre a Campanella, uno de sus autores favoritos. Carlos Baires nos hacía pensar en trascendentes problemas, con sus iniciaciones filosóficas, Mauricio Nierenstein nos mostraba selecciones de las letras alemanas y nos instruía en asuntos talmúdicos. José Ingenieros, con su aguda voz y su agudo espíritu nos hacía vibrar en súbitos entusiasmos itálicos. José Pardo llevaba alguna página de pasión, y el bien de su sedoso carácter. José Ojeda nos ungía con el óleo de la música; y si hay otros que no vienen ahora a mi memoria, han de perdonármelo a causa del tiempo. Por esos días di en el Ateneo una conferencia en extremo laudatoria sobre el soñador lusitano Eugenio de Castro. De ese vibrante grupo del Ateneo brotaron muchos versos, muchas prosas; nacieron revistas de poca vida, y en nuestras modestas comidas a escote, creábamos alegría, salud y vitalidad para nuestras almas de luchadores y de rêveurs. Un día apareció Lugones, audaz, joven, fuerte y fiero, como un cachorro de hecatónquero que viniera de una montaña sagrada. Llegaba de su Córdoba natal, con la seguridad de su triunfo y de su gloria. Nos leyó cosas que nos sedujeron y nos conquistaron. A poco estaba ya con Ingenieros redactando un periódico explosivo, en el cual mostraba un espíritu anárquico, intransigente y candente. Hacía prosas de detonación y relampagueo que iba más allá de León Bloy; y sonetos contra muffles que traspasaban los límites del más acre Laurent Taihade. Vega Belgrano lo llevó a **El Tiempo**, y allí aparecieron lucubraciones y páginas rítmicas de toda belleza, de todo atrevimiento y de toda juventud. Dio al público su libro *Las montañas de oro*, para mí el mejor de toda su obra, porque es donde se expone mayormente su genial potencia creadora, su gran penetración de lo misterioso del mundo; y porque hasta sus imperfecciones son como esos informes trozos de roca en donde se ve a los brillos del sol, el rico metal que la veta de la mina oculta en su entraña. Yo agité palmas y verdes ramos en ese advenimiento; y creí en el que venía, hoy crecido y en la plena y luminosa marcha de su triunfante genio.

- XLIV -

Tres amigos médicos tuve, que fueron alternativamente los salvadores de mi salud. Fue el uno el doctor Francisco Sicardi, el novelista y poeta

originalísimo, cuya obra extraordinaria y desigual tiene cosas tan grandes que pasan los límites de la simple literatura. Su Libro Extraño es de lo más inusitado y peregrino que haya producido una pluma en lengua castellana. El otro médico, era Martín Reibel, el fraternal e incomparable Hipócrates de los poetas, a quien Eduardo Talero, entre otros, debe la vida, y yo más de una vez el afianzamiento del más sacudido y atormentado de los organismos. El otro era Prudencio Plaza, con quien fui a pasar una temporada a la isla de Martín García, cuando él era médico de aquel lazareto. Pasamos allí horas plácidas; nos perfeccionábamos en el tiro del máuser; leíamos el Quijote, nos confiábamos las ilusiones de nuestros mutuos porvenires. Pero no olvidaré jamás la llegada de los cadáveres de enfermos sospechosos de alguna contagiosa enfermedad; ni una autopsia que vi hacer desde lejos, del cuerpo largo y bronceado de un hindú, pues era la primera vez, la primera y la única, que he visto ejecutar el horrible y sabio descuartizamiento. De Martín García envié a **La Nación** algunas correspondencias informativas firmadas con un pseudónimo.

Hice después un viaje a Bahía Blanca, en compañía del amigo Rouquaud. No era, por cierto, Bahía Blanca el emporio que es ahora; sin embargo, ya se hablaba mucho del futuro colosal que debería llegar para esa espléndida región argentina.

De Bahía Blanca partí para una estancia del doctor Argerich, y allí fue mi primera visita a la Pampa inmensa y poética. Poética, sí, para quien sepa comprender el vaho de arte que flota sobre ese inconmensurable océano de tierra, sobre todo en los crepúsculos vespertinos y en los amaneceres. Allí supe lo que era el mate matinal, junto al fogón, en compañía de los gauchos, rudos y primitivos, pero también poéticos. Allí nemrodicé, con excelente puntería, contra martinetas, avestruces, tordos y pechirrojos, y aun fáciles y poco avisadas vizcachas. Allí atisbé, con las botas dentro del agua, bandadas de patos, y perseguí a ese espía escandaloso del aire que se llama el teru-teru; allí anduve a caballo varios días, desde los amaneceres hasta los atardeceres; allí adquirí fuerzas y renové mi sangre, y fortifiqué mis nervios, y pasé, quizás, entre gentes sencillas y nada literarias, los más tranquilos días de mi existencia.

- XLV -

Retorné a Buenos Aires, y como el producto de mi labor periodística y literaria no me fuese suficiente para vivir, avino que el doctor Carlos Carlés, que era Director general de **Correos y Telégrafos**, me nombró su secretario particular. Yo cumplía cronométricamente con mis obligaciones, las cuales eran contestar una cantidad innumerable de cartas de recomendación que llegaban de todas partes de la República, y luego

recibir a un ejército de solicitantes de empleos, que llevaban en persona sus cartas favorables. En las primeras no me faltaba el «*Con el mayor gusto...*» y «*en la primera oportunidad...*» o «*En cuanto haya alguna vacante...*». Y a los que llegaban, siempre les daba esperanzas: «*vuelva usted otro día... Hablaré con el director... Lo tendré muy presente... Creo que usted conseguirá su puesto...*». Y así la gente se iba contenta.

En la oficina tuve muy gratos amigos, como el activísimo y animado Juan Migoni y el no menos activo, aunque algo grave de intelectualidad y de estudio, Patricio Piñeiro Sorondo, con quien me extendía en largas pláticas, en los momentos de reposo, sobre asuntos teosóficos y otras filosofías. Cuando Leopoldo Lugones llegó, también de empleado, a esa repartición, formamos, lo digo con cierta modestia, un interesante trío. Cuando no contestaba yo cartas, escribía versos o artículos. En las quemantes horas del verano nos regocijaba en la secretaría la presencia de un alegre y moreno portero, que nos llevaba refrigerantes y riquísimas horchatas. Delante de mí pasaban las personas que iban a visitar al director; y recuerdo haber visto allí, por la primera vez, la noble figura del doctor Sáenz Peña, actual presidente de la República.

- XLVI -

Como dejo escrito, con Lugones y Piñeiro Sorondo hablaba mucho sobre ciencias ocultas. Me había dado desde hacía largo tiempo a esta clase de estudios, y los abandoné a causa de mi extremada nerviosidad y por consejo de médicos amigos. Yo había, desde muy joven, tenido ocasión, si bien raras veces, de observar la presencia y la acción de las fuerzas misteriosas y extrañas, que aún no han llegado al conocimiento y dominio de la ciencia oficial. En **Caras y Caretas** ha aparecido una página mía, en que narro cómo en la plaza de la catedral de León, en Nicaragua, una madrugada vi y toqué una larva, una horrible materialización sepulcral, estando en mi sano y completo juicio.

También en **La Nación**, de Buenos Aires, he contado cómo en la ciudad de Guatemala tuve el anuncio psicofísico del fallecimiento de mi amigo el diplomático costarricense Jorge Castro Fernández, en los mismos momentos en que él moría en la ciudad de Panamá; y la pavorosa visión nocturna que tuvimos en San Salvador el escritor político Tranquilino Chacón, incrédulo y ateo; visión que nos llenó, más que de asombro, de espanto.

He contado también los casos de ese género, acontecidos a gentes de mi conocimiento. En París, con Leopoldo Lugones, hemos observado en el doctor Encausse, esto es, el célebre Papus, cosas interesantísimas; pero

según lo dejo expresado, no he seguido en esa clase de investigaciones por temor justo a alguna perturbación cerebral.

- XLVII -

No he de dejar en el tintero mis buenas relaciones con un *clown* inglés que ha divertido a tres generaciones de argentinos. Ya se comprenderá que trato de Frank Brown. Los que le conocen fuera de la pista saben que ese payaso es un gentleman; y que un artista, o un hombre de letras, tiene mucho que conversar con él. Sabe su Shakespeare mejor que muchos hombres que escriben. Es grave y casi melancólico, como todos aquellos que tienen por misión hacer reír. Hay que tener en cuenta que el arte del clown confina, en lo grotesco y en funambulesco, con lo trágico del delirio, con el ensueño y con las vaguedades y explosiones hilarantes de la alienación. Para manejar todo esto, se precisan una fuerte salud física y una vigorosa resistencia moral. Con Frank Brown hemos pasado repetidas horas, agradables y provechosas, y más de una vez ha aparecido su nombre en mis prosas y versos. Por ejemplo, en aquellos que empiezan:

*«Frank Brown como los Hannon Lee
sabe lo trágico de un paso
de payaso y es para mí
un buen jinete de Pegaso.*

*Salta del circo al cielo raso;
Banville le hubiera amado así;
Frank Brown, como los Hanlon Lee
sabe lo trágico de un paso...».*

O en la siguiente medalla:

Anverso

«En el fondo de oro de la fiesta, en traje rojo u oro, oro o rojo saetado de estrellas, o recamado de una flora de seda, el rostro inaudito, máscara de risa cuasi por lo fijo y violento dolorosa, desciende de los Hannon Lee, alado, elástico, Frank Brown, *clown*, aparece.

La contracción gelásmica se acompaña, de súbitos gritos y gestos, siendo el conjunto, demostración de cómo la risa, en lo bufo inglés, como en las marionetas macabras niponas, se constituye rayana, en su fondo, en lo trágico. El tono detona, en aflautados finales, o monólogo coloreado, fuertemente, de acentos de tirolesa, rayados de erres, mientras, saltante, avanza, batracio o acracio, magistral en su arte extraño, la figura que el ojo

de Bebé agranda principal, miliunanochesca, deslumbrante, en única, múltiple, empero, apoteosis.

Las palabras salenle en hipos: acaso el esfuerzo verbal continuando dolorosa meditación: Fuego de artificios cortado a veces de ausas, lazzi y gedeonería transcendente. Intimo con caballos, leones, perros, monos, cebras, hércules ecuyéres y tonys; Brown, con un gesto dominador, explícito, rige.

¡Music! ya se escucha: Tiempos de Buislay y Bell, ¡lejanos! Hoy, tiempo de Footit, tiempo de Frank Brown. ¿Qué hace, risueño risible, este clown, a las veces filosófico? Parodia a Shakespeare, Hamlet, no risueño, risible: «doloroso».

Reverso:

«Este es el caballero Frank Brown», que tiene cara de Byron. Hombre, triste y serio; piensa. Su sonrisa, melancolía. (¿Acaso él no conoce a Durero?) Y como su mano ha acariciado tanto los animales, y los ojos de los seres inocentes y profundos le han contemplado tanto, su corazón se ha llenado de íntima bondad.

Es un hombre natural; su imperio, la fuerza y la dignidad. Es inglés, sabe de poetas.

Es inglés; tiene el culto del hogar, celoso de hembra y cachorro.

Obra con sana y firme voluntad. Su alma de payaso no se ha pintado nunca la cara. Si queréis verle de cerca, si queréis conversar de Shakespeare y de la bravura y de la vida justa y sencilla, de la naturaleza sagrada y de Dios y de los buenos hombres, id a casa de Luzio, después de la función del «San Martín», y veréis junto a una mesa, rodeado de amigos, al «hombre». Le reconoceréis por la cara de Byron.

Es inglés; toma whisky con soda».

Yo iba siempre a ver trabajar a mi amigo clown en su pista del teatro «San Martín». Una noche vi allí la demostración del talento especial del «payo» Roque, para ganarse amistades y hacerse simpático con sus habilidades y maneras, a toda clase de gentes. Había leído, por la tarde, la llegada en su yacht de un potentado inglés, el conde de Carnarvon, Lord Dudley, a quien acompañaba un príncipe indio, Duhlcep Sing. En el intermedio de la función del «San Martín» noté en un palco a un joven de

tipo británico, acompañado de otro hombre moreno que tenía en su mano derecha un anillo con estupendo brillante negro. Estaba con ellos uno al parecer secretario. Me encontré con el «payo» y le dije: «¿Ha visto usted al Lord de Inglaterra y al Príncipe de la India?» y se lo señalé en el palco. Cuál no fue mi sorpresa, cuando al continuar la función vi a Roque sentado en el palco, en risueña conversación con los dos exóticos personajes. Más tarde llegué a casa de Luzio, y como viese, muy pasada la media noche, movimiento de mozos que subían a los altos con pavos trufados y botellas de champagne, pregunté qué fiesta había arriba, y un camarero me contestó: *«Son unos príncipes que están de farra con el payo y unas artistas»*.

Cierto día llegué a la redacción de **La Nación**, a cuyo personal yo pertenecía como algo a manera de croque-mort, esto es, enterrador de celebridades, pues no moría un personaje europeo, principalmente poeta o escritor, sin que don Enrique de Vedia no me encargase el artículo necrológico. Por cierto que Mark Twain me jugó, una de sus pesadas bromas. Nos encontrábamos, mis compañeros de café y yo, sin un céntimo, al comenzar la noche, en casa de Monti; y aunque el bravo suizo nos hacía crédito, la situación era ardua. En esto, se me llamó por teléfono de **La Nación**. Fui inmediatamente y el administrador me mostró un cablegrama en que se anunciaba que el escritor norteamericano, famoso por su humorismo, Mark Twain, se encontraba en la agonía. *«Es preciso, me dijo el señor de Vedia, que escriba usted un artículo extenso en seguida para que aparezca mañana con el retrato, pues seguramente esta noche llegará la noticia del fallecimiento»*. De más decir que yo puse manos a la obra con gran entusiasmo y con gran satisfacción y aprovechando ciertas apuntaciones que sobre el humorista yankee tenía desde hacía mucho tiempo. Volví, es evidente, a dar la buena nueva a los amigos que me esperaban en casa de Monti. La muerte de Mark Twain haría que tuviésemos dinero al día siguiente...

Cuando entregué mi trabajo les fui a buscar, para que cenáramos juntos y, por supuesto, pedimos una cena opípara y convenientemente humedecida. Las libaciones continuaron hasta el amanecer, entre nuestras habituales, literarias y anecdóticas charlas; y Charles Soussens, nuestro dionisiaco lírico helvético, se ofreció para ir a buscar al nacer el día, un número de **La Nación** a la imprenta. Así fue. Al poco rato le vimos aparecer desde lejos por la abierta puerta del restaurant. Traía un número del diario, pero alzaba los brazos y nos hacía gestos de desolación. Cuando llegó, con una faz triste, nos dijo: *«¡No viene el artículo!»*. Nos pusimos serios. Desdoblé el periódico y me di cuenta de la penosa verdad. Un cablegrama anunciaba la agonía de Mark Twain, pero en otro se decía que

los médicos concebían esperanzas... En otro, que se esperaba una pronta reacción y en otro que el enfermo estaba salvado y entraba en una franca mejoría... Y la salvación del escritor fue para nosotros un golpe rudo y un rasgo de humor muy propio del yankee, y del peor género... Felizmente, a propósito de la enfermedad, pude arreglar el artículo de otro modo y conseguir que pasara, algunos días después.

- XLIX -

Fui, como queda dicho, cierto día, a la redacción del diario. Acababa de pasar la terrible guerra de España con los Estados Unidos. Conversando, Julio Piquet me informó de que **La Nación** deseaba enviar un redactor a España, para que escribiese sobre la situación en que había quedado la madre patria. «Estamos pensando en quién puede ir», me dijo. Le contestó inmediatamente. «¡Yo!». Fuimos juntos a hablar con el señor de Vedia y con el director. Se arregló todo en seguida. «¿Cuándo quiere usted partir?», me dijo el administrador. -«¿Cuándo sale el primer vapor?» -«Pasado mañana». -«¿Pues me embarcaré pasado mañana!».

Dos días después iba yo navegando con rumbo a Europa. Era el 3 de diciembre de 1898. En esta travesía no aconteció nada de particular, solamente algo que me da motivo para una rectificación. Recorriendo mi libro España Contemporánea veo que el episodio del capitán Andrews aconteció en este viaje y no anteriormente, como por explicable confusión de fecha -repito que no me valgo para estos recuerdos sino de mi memoria- lo he hecho aparecer.

▽△

- L -

Llegué a Barcelona y mi impresión fue lo más optimista posible. Celebré la vitalidad, el trabajo, lo bullicioso y pintoresco, el orgullo de las gentes de empresa y conquista, la energía del alma catalana, tanto en el soñador que siempre es un poco práctico, como en el menestral que siempre es un poco soñador. Noté lo arraigado del regionalismo intransigente y la sorda agitación del movimiento social, que más tarde habría de estallar en rojas explosiones. Hablé de las fábricas y de las artes; de los ricos burgueses y de los intelectuales, del leonardismo, de Santiago Rusiñol y de la fuerza de Ángel Guimerá, de ciertos rincones montmartrescos, de las alegres ramblas y de las voluptuosas mujeres.

Llegué a Madrid, que ya conocía, y hablé de su sabrosa pereza, de sus capas y de sus cafés. Escribía: «He buscado en el horizonte español las cimas que dejara no hace mucho tiempo, en todas las manifestaciones del alma nacional; Cánovas, muerto; Ruiz Zorrilla, muerto; Castelar,

desilusionado y enfermo; Valera, ciego; Campoamor, mudo; Menéndez Pelayo... No está, por cierto, España para literaturas, amputada, doliente, vencida; pero los políticos del día parece que para nada se dicesen cuenta del menoscabo sufrido, y agotan sus energías en chicanas interiores, en batallas de grupos aislados, en asuntos parciales de partidos, sin preocuparse de la suerte común, sin buscar el remedio del daño general, de las heridas en carne de la nación. No se sabe lo que puede venir. La hermana Ana no divisa nada desde la torre». Envié mis juicios al periódico, que formaron después un volumen.

Frecuenté la legación argentina, cuyo jefe era entonces un escritor eminente, el doctor Vicente G. Quesada. Intimé con el pintor Moreno Carbonero, con periodistas como el Marqués de Valdeiglesias, Moya, López Ballesteros, Ricardo Fuentes, Castrovido, mi compañero en La Nación Ladevese, Mariano de Cavia, y tantos otros. Volví a ver a Castelar, enfermo, decaído, entristecido, una ruina, en víspera de su muerte... Me juntaba siempre con antiguos camaradas como Alejandro Sawa, y con otros nuevos, como el charmeur Jacinto Benavente, el robusto vasco Baroja, otro vasco fuerte, Ramiro de Maeztu, Ruiz Contreras, Matheu y otros cuantos más; y un núcleo de jóvenes que debían adquirir más tarde un brillante nombre, los hermanos Machado, Antonio Palomero, renombrado como poeta humorístico bajo el nombre de «Gil Parado», los hermanos González Blanco, Cristóbal de Castro, Candamo, dos líricos admirables cada cual según su manera; Francisco Villaespesa y Juan R. Jiménez, «*Caramanchel*», Nilo Fabra, sutil poeta de sentimiento y de arte, el hoy triunfador Marquina y tantos más.

Iba algunas noches al camarín de los llamados, por antonomasia, Fernando y María, esto es, los señores Díaz de Mendoza, condes de Balazote, grandes de España y príncipes del teatro a quienes escribí sonoros alejandrinos cuando pusieron en escena el *Cyrano*, de Rostand.

- LI -

En la **Librería de Fernando Fe**, lugar de reunión vespertina de algunos hombres de letras, solía conversar con Eugenio Sellés, hoy marqués de Gerona, con Manuel del Palacio, poeta amable de ojos azules, que recordaba siempre con cariño sus días pasados en el Río de la Plata; con Manuel Bueno, ilustrado y combatido, célebre como crítico teatral y hoy diputado a Cortes; con Llanas de Aguilaniedo, autor de interesantes novelas y de un libro sobre ciencia penal. A don José Echegaray me presentó una noche Fernando Díaz de Mendoza. «Ustedes los americanos, me dijo, tienen instinto poético...». La frase me supo agridulce... Pero ¡vaya si lo teníamos...! Tiempos después firmaba yo con los escritores y poetas de la

famosa protesta contra el homenaje nacional a Echegaray. Mi inquina era excesiva... *«Juventud, divino tesoro...»*.

Visité de nuevo a Campoamor, a quien encontré en la más absoluta decadencia. Estaba, anotaba yo, *«caduco, amargado de tiempo a su pesar, reducido a la inacción después de haber sido un hombre activo y jovial, casi imposibilitado de pies y manos, la facie penosa, el ojo sin elocuencia, la palabra poca y difícil, y cuando le dais la mano y os reconoce, se echa a llorar, y os habla escasamente de su tierra dolorida, de la vida que se va, de su impotencia, de su espera en la antesala de la muerte... os digo que es para salir de su presencia con el espíritu apretado de melancolía»*. En realidad, aquello era lamentable y doloroso. El poeta glorioso, el filósofo de humor y hondura, era un viejo infeliz a quien tenían que darle de comer como a los niños, un ser concluido en víspera de entrar a la tumba.

Doña Emilia Pardo Bazán continuaba dando sus escogidas reuniones. Allí solía aparecer ya ciego, pero siempre lleno de distinción, anciano impoluto y aristocrático, el autor de Pepita Jiménez. Allí me relacioné con el novelista y diplomático argentino Ocantos, con el doctor Tolosa Latour, con los cronistas mundanos *«Montecristo»* y *«Kasabal»*, con el político Romero Robledo, con el popular Luis Taboada, y con algunas damas de la nobleza que no se ocupaban únicamente en modas, murmuraciones y asuntos cortesanos, sino que gustaban de departir con poetas y escritores: la condesa de Pino Hermoso y la marquesa de la Laguna, cuya hija Gloria tuviera celebridad más tarde por sus singulares encantos y su valentía de espíritu. Era yo también muy amigo de José Lázaro y Galdeano, director de la España Moderna y que tenía un verdadero museo de obras de arte, entre las cuales un pretendido Leonardo de Vinci.

Con Joaquín Dicenta fuimos compañeros de gran intimidad, apolíneos y nocturnos. Fuera de mis desvelos y expansiones de noctámbulo, presencié fiestas religiosas palatinas; fui a los toros y alcancé a ver a grandes toreros, como el Guerra. Teníamos inenarrables tenidas culinarias, de ambrosías y sobre todo de néctares, con el gran don Ramón María del Valle Inclán, Palomero, Bueno y nuestro querido amigo de Bolivia, Moisés Ascarruz. Me presentaron una tarde, como a un ser raro -«es genial y no usa corbata», me decían- a don Miguel de Unamuno, a quien no le agradaba, ya en aquel tiempo, que le llamaran el sabio profesor de la Universidad de Salamanca... Cultivaba su sostenido tema de antifrancesismo. Y era indudablemente un notable vasco original. El señor de Unamuno no conocía entonces a Sarmiento, y hablaba con cierto desdén, basado en pocas noticias, y en su particular humor, de las letras argentinas. Yo recuerdo que, a propósito de un artículo suyo, escribí otro, que concluía con el siguiente párrafo:

«Decadentismos literarios no pueden ser plaga entre nosotros; pero con París, que tanto preocupaba al señor de Unamuno, tenemos las más frecuentes y mejores relaciones. Buena parte de nuestros diarios es escrita por franceses. Las últimas obras de Daudet y de Zola, han sido publicadas por **La Nación** al mismo tiempo que aparecían en París; la mejor clientela de Worth es la de Buenos Aires; en la escalera de nuestro Jockey Club, donde «*Pini*» es el profesor de esgrima, la «*Diana*» de Falguière perpetúa la blanca desnudez de una parisiense. Como somos fáciles para el viaje y podemos viajar, París recibe nuestras frecuentes visitas y nos quita el dinero encantadoramente. Y así, siendo como somos un pueblo industrial, bien puede haber quien, en minúsculo grupo, procure en el centro de tal pueblo adorar la belleza a través de los cristales de su capricho: «*¡Whim!*» diría Emerson. Crea el señor de Unamuno que mis **Prosas Profanas**, pongo por caso, no hacen ningún daño a la literatura científica de Ramos Mexía, de Coni o a la producción regional de J. V. González; ni las maravillosas Montañas de oro de nuestro gran Leopoldo Lugones, perturban la interesante labor criolla de Leguizamón y otros aficionados a este ramo que ya ha entrado, en verdad, en dependencia folklórica. Que habrá luego, una literatura de cimiento criollo, no lo dudo; buena muestra dan el hermoso y vigoroso libro de Roberto Payró **La Australia Argentina** y las otras obras del popularísimo e interesante «*Fray Mocho*».

- LII -

Volví a ver al rey niño, más crecido y supe de intimidades de palacio; por ejemplo, que su pequeña majestad llamaba a sus hermanitas, las dos infantas hoy yacentes en sus sepulcros del Escorial, a la una «*Pitusa*» y a la otra «*Gorriona*». Busqué por todas partes el comunicarme con el alma de España. Frecuenté a pintores y escultores. Asistí al entierro de Castelar, escribí sobre el periodismo español, sobre el teatro, sobre libreros y editores, sobre novelas y novelistas, sobre los académicos, entre los cuales tenía admiradores y abominadores; escribí de poetas y de políticos, recogí las últimas impresiones desilusionadas de Núñez de Arce. Traté al maestro Galdós, tan bueno y tan egregio, estudié la enseñanza, renové mis coloquios con Menéndez y Pelayo. Hablé de las flamantes inteligencias que brotaban. Relaté mi amistad con la princesa Bonaparte, madame Rattazzi. Di mis opiniones sobre la crítica, sobre la joven aristocracia, sobre las relaciones iberoamericanas, celebré a la mujer española; y sobre todo, ¡gracias sean dadas a Dios!, esparcí entre la juventud los principios de libertad intelectual y de personalismo artístico, que habían sido la base de nuestra vida nueva en el pensamiento y el arte de escribir hispano-americanos y que causaron allá espanto y enojo entre los intransigentes. La juventud vibrante me siguió, y hoy muchos de aquellos jóvenes llevan los

primeros nombres de la España literaria. Imposible me sería narrar aquí todas mis peripecias y aventuras de esa época pasada en la coronada villa; ocuparían todo un volumen.

- LIII -

La exposición de París de 1900 estaba para abrirse. Recibí orden de **La Nación** de trasladarme en seguida a la capital francesa. Partí.

En París me esperaba Gómez Carrillo y me fui a vivir con él, el número 29 de la calle Faubourg Montmartre. Carrillo era ya gran conocedor de la vida parisiense. Aunque era menor que yo, le pedí consejos. -«¿*Con cuánto cuenta usted mensualmente?*» -me preguntó-. «*Con esto*», le contesté, poniendo en una mesa un puñado de oros de mi remesa de *La Nación*, Carrillo contó y dividió aquella riqueza en dos partes; una pequeña y una grande. -«*Ésta, me dijo, apartando la pequeña, es para vivir: guárdela. Y esta otra, es para que la gaste toda*». Y yo seguí con placer aquellas agradables indicaciones, y esa misma noche estaba en Montmartre, en una boite llamada «*Cyrano*», con joviales colegas y trasnochadores estetas, danzarinas, o simples peripatéticas.

Poco después, Carrillo tuvo que dejar su casa, y yo me quedé con ella; y como Carrillo me llevó a mí, yo me llevé al poeta mexicano Amado Nervo, en la actualidad cumplido diplomático en España y que ha escrito lindos recuerdos sobre nuestros días parisienses, en artículos sueltos y en su precioso libro *El éxodo y las flores del camino*. A Nervo y a mí nos pasaron cosas inauditas, sobre todo cuando llegó a hacernos compañía un pintor de excepción, famoso por sus excentricidades y por su desorbitado talento: he señalado al belga Henri de Grunx. Algún día he de detallar tamaños sucedidos, pero no puedo menos que acordarme en este relato, de los sustos que me diera el fantástico artista de larga cabellera y de ojos de tocado, afeitado rostro y aire lleno de inquietudes, cuando en noches en que yo sufría tormentosas nerviosidades o invencibles insomnios, se me aparecía de pronto, al lado de mi cama, envuelto en un rojo ropón, con capuchón y todo, que había dejado olvidado en el cuarto no sé cuál de las amigas de Gómez Carrillo... Creo que la llamada Sonia.

- LIV -

Yo hacía mis obligatorias visitas a la Exposición. Fue para mí un deslumbramiento miliunanochesco, y me sentí más de una vez en una pieza, Simbad y Marco Polo, Aladino y Salomón, mandarín y daimio, siamés y cow-boy, gitano y mujick; y en ciertas noches, contemplaba en las cercanías de la torre Eiffel, con mis ojos despiertos, panoramas que sólo había visto en las misteriosas regiones de los sueños.

Había un bar en los grandes boulevares que se llamaba «*Calisaya*». Carrillo y su amigo Ernesto Lejeunesse, me presentaron allí a un caballero un tanto robusto, afeitado, con algo de abacial, muy fino de trato y que hablaba el francés con marcado acento de ultramancha. Era el gran poeta desgraciado Óscar Wilde. Rara vez he encontrado una distinción mayor, una cultura más elegante y una urbanidad más gentil. Hacía poco que había salido de la prisión. Sus viejos amigos franceses que le habían adulado y mimado en tiempo de riqueza y de triunfo, no le hacían caso. Le quedaban apenas dos o tres fieles, de segundo orden. Él había cambiado hasta de nombre en el hotel donde vivía. Se llamaba con un nombre balzaciano, Sebastián Menmolth. En Inglaterra le habían embargado todas sus obras. Vivía de la ayuda de algunos amigos de Londres. Por razones de salud, necesitó hacer un viaje a Italia, y con todo respeto, le ofreció el dinero necesario un barman de nombre John, que es una de las curiosidades que yo enseño cuando voy con algún amigo a la «Bodega», que está en la calle de Rivoli, esquina a la de Castiglione. Unos cuantos meses después moría el pobre Wilde, y yo no pude ir a su entierro, porque cuando lo supe, ya estaba el desventurado bajo la tierra. Y ahora, en Inglaterra y en todas partes, recomienza su gloria...

- LV -

En lo más agitado de la Exposición de París, salí en viaje a Italia, viaje que era para mí un deseado sueño. Bien sabido es, que para todo poeta y para todo artista, el viaje a Italia, el tradicional país del arte, es un complemento indispensable en su vida. El mío fue una excursión rápida turista. Aproveché la compañía de un hombre de negocios de Buenos Aires, y así tuve siquiera con quien conversar, ya que no cambiar ideas. Pasé por Turín, en donde visité la Pinacoteca; tuve ocasión de ver al duque de los Abruzzos; almorzar con el onorevole Gianolio; trabar mi primer conocimiento con la sabrosa fonduta aromada de trufas blancas; conocer la Superga y admirar desde su altura los lejanos Alpes, luminosos bajo el sol. Estuve en Pisa y admiré lo que hay que admirar, el Duomo, el Camposanto, la Torre inclinada, rueca de la vieja ciudad, y el Baptisterio. Manifesté, en tal ocasión, líricas reminiscencias. Fui a la Cartuja, con carta de recomendación para el prior Don Bruno; oí cantar, en el calor de la estación y en los verdes olivos y viñas, pesadas de uvas negras, las cigarras itálicas. Aumentó mi religiosidad en el convento, y admiré la fe y el amor al silencio de aquellos solitarios.

Pasé por Livorno, ciudad marítima y comerciante, vibrante de agitaciones modernas. Fui a Ardenza, y en el santuario de Montenegro recé una avemaría a la Virgen llegada de la isla de Negroponto, virgen

milagrosa, amada de los marinos, visitada por Byron y otras conocidas testas. Luego fui a Roma. Me poseyó la gran ciudad imperial y papal. Vi en una calle pasar a D'Anunzio, en su inevitable pose; vi a León XIII en su colosal retiro de piedra; y dediqué al papa blanco un largo himno en prosa. Esa visita la hice con un numeroso grupo de peregrinos argentinos, entre los cuales tengo presente al ilustre doctor Garro, actual ministro de Instrucción Pública, y al señor Ignacio Orzali, mi compañero de La Nación, que ostentaba sus condecoraciones pontificias. A su Santidad blanca me presentaron como redactor del gran diario de Buenos Aires, «*el diario del general Mitre*». El viejecito de color de marfil, me dijo en italiano palabras paternales, me dio a besar su mano, casi fluídica, ornada con una esmeralda enorme, y me bendijo. En mi libro Peregrinaciones podréis encontrar algunas de mis impresiones romanas, pero no encontraréis dos que voy a contaros.

La primera es mi conocimiento con Vargas Vila, el célebre pensador, novelista y panfletista político, que para mí no es sino, juntándolo todo, un único e inconfundible poeta, quizás contra su propia voluntad y autoconocimiento. Vargas Vila, que ha pasado muchos años de su vida en Italia, país que ama sobre todos, se encontró conmigo en Roma. Fuimos íntimos en seguida, después de una mutua presentación, y no siendo él noctámbulo, antes bien persona metódica y arreglada, pasó conmigo toda esa noche, en un cafetín de periodistas, hasta el amanecer; y desde entonces, admirándole yo de todas veras; hemos sido los mejores camaradas en Apolo y en Pan.

La segunda impresión es mi encuentro con Enrique García Velloso, que, aunque siempre lleno de talento, no era todavía el fecundo, rozagante, pimpante y pactolizante autor teatral que hoy conocen las escenas Argentinas y aun las Españolas. Yo le había conocido desde que era un adolescente, en casa de su padre. En la urbe romana tuvimos primero saudades de Buenos Aires, y después nos dimos a la alegría y gozos del vivir. Y tras animados paseos nocturnos, nos fuimos, una mañana, en unión del periodista Ettore Mosca, al lugar campestre situado en las orillas del Tíber, que se denomina Acqua acetosa. Allí, en una rústica trattoria, en donde sonreían rosadas tiberinas, nos dieron un desayuno ideal y primitivo; pollos fritos en clásico aceite, queso de égloga, higos y uvas que cantara Virgilio, vinos de oda horaciana. Y las aguas del río, y la viña frondosa que nos servía de techo, vieron naturales y consecuentes locuras.

- LVI -

De Roma partí para Nápoles, en donde pasé amistosos momentos en compañía de Vittorio Pica, el célebre crítico de arte, autor de tantas

exquisitas monografías y director de Emporium, la artística revista de Bergamo. Hice la indispensable visita a Pompeya y retorné a París.

Nunca quise, a pesar de las insinuaciones de Carrillo, relacionarme con los famosos literatos y poetas parisienses. De vista conocí a muchos, y aun oí a algunos, en el «Calisaya» o en el café Napolitain, decir cualquier beocio o filisteo. Al Napolitain iba casi todos los días un grupo de nombres en vedette, entre ellos Catulle Mendes y su mujer, el actor Silvain, Ernest Lajeuneuse, Grenet, Dancourt, Georges Courteline, algunas veces Jean Moreas y otros citaredas de menor fama, Catulle Mendes no era ya el hermoso poeta de cabellos dorados, que antaño llamara tanto la atención por sus gallardías y encantos físicos, sino un viejo barrigón, cabeza de nazareno fatigado, todavía con fuertes pretensiones a las conquistas femeninas, las cuales, en efecto, lograba en el mundo de las máscaras, pues era crítico teatral y personaje dominante entre las gentes de tablas y bambalinas. Una que otra vez se aparecía con su melena negra y sus negros bigotes, el hoy elegido príncipe de los poetas franceses, Paul Fort, y la verdad es que allí no descollaba, pues su influjo principal estaba del otro lado del río, en el país Latino.

- LVII -

Yo seguí habitando la misma casa de la calle Faubourg Montmartre y cuando regresaba por las madrugadas, solía entrar a cenar a un establecimiento situado en mi vecindad, y que se llamaba «Au filet de Sole». En uno de esos amaneceres llegué en compañía de un escritor cubano, Eulogio Horta. Estábamos cenando en uno de los extremos del salón del café. Había un nutrido grupo de hombres de aspectos e indumentarias que yo no sabía conocer aún, alemanes en su mayor parte, y franceses. Casi todos ostentaban sendos alfileres y anillos de brillantes y estaban acompañados de unas cuantas hetairas de lujo. Espumeaba con profusión el cordon rouge, y al son de los violines de los tziganos, algunas parejas danzaban más que libremente. De pronto entró una joven, casi una niña, de notable belleza; se dirigió a uno de los hombres, rojo, rechoncho, de fosco aspecto, con tipo de carnicero, habló con él algunas palabras... La bofetada fue tan fuerte que resonó por todo el recinto y la pobre muchacha cayó cual larga era... A Eulogio Horta y a mí se nos subió, sobre los vinos, lo hispano-americano a la cabeza, y nos levantamos en defensa de la que juzgábamos una víctima; pero la cuadrilla de rufianes se alzó como uno solo, amenazante, lanzándonos los más bajos insultos... Y lo peor era que quien nos insultaba más, con la cara ensangrentada, era la moza del bofetón... No nos pasó algo serio porque el gerente del establecimiento, que me conocía desde Buenos Aires, salió a nuestra defensa, habló en alemán

con ellos y todo se calmó. Luego vino a nosotros y nos advirtió que nunca se nos ocurriera salir a la defensa de tales gourgandines.

Otras cuantas aventuras de este género me acontecieron, pues en esa época yo hacía vida de café, con compañeros de existencia idéntica, y derrochaba mi juventud, sin economizar los medios de ponerla a prueba.

▽△

- LVIII -

Había vendido miserablemente varios libros a dos ghettos, de la edición que en París han hecho miles y millones con el trabajo mental de escritores españoles e hispano-americanos, pagados harpagónicamente, y como yo me quejase en aquel entonces, por una de mis obras, se me mostraron las condiciones en que había vendido para la América española una escritora ilustre su Vida de San Francisco de Asís.

Don Justo Sierra, el eminente escritor y poeta, que en Méjico era llamado «*el Maestro*», y que acaba de fallecer en Madrid de ministro de su país, escribió el prólogo para uno de mis volúmenes Peregrinaciones. En París tuve la oportunidad de conocer a este hombre preclaro, que en los últimos años de la administración del presidente Porfirio Díaz, ocupó el ministerio de Instrucción Pública.

El gobierno de Nicaragua, que no se había acordado nunca de que yo existía sino cuando las fiestas colombinas, o cuando se preguntó por cable de Managua al ministro de Relaciones Exteriores argentino si era cierta la noticia que había llegado de mi muerte, me nombró cónsul en París.

Y a propósito, por dos veces se ha esparcido por América esa falsa nueva de mi ingreso en el Estigia; y no podré olvidar lo poco evangélica necrología que, la primera vez, me dedicara en La Estrella de Panamá, un furioso clérigo, y que decía poco más o menos: «*Gracias a Dios que ya desapareció esta plaga de la literatura española... Con esta muerte no se pierde absolutamente nada...*». Hasta dónde puede llevar el fanatismo y la ignorancia en todo.

- LIX -

Me instruí en mis funciones consulares y tenía como canciller a un rubio y calvo mexicano, limpio de espíritu y de corazón, y a quien convencimos, en horas risueñas, algunos hispano-americanos, de que, dado su tipo completamente igual al de los Habsburgos y la fecha de su nacimiento, debía de ser hijo del emperador Maximiliano; y el «*rico tipo*», con poco cariño por su papá y poco respeto por su señora mamá, llegó a aceptar, entre veras y bromas, la posibilidad de su austriaco parentesco...

Entre mis tareas consulares y mi servicio en **La Nación**, pasaba mi existencia parisiense. Era ministro nicaragüense en Francia don Crisanto Medina, antiguo diplomático de pocas luces, pero de mucho mundo y práctica en los asuntos de su incumbencia. A pesar de nuestras excelentes relaciones, había algo entre ellas que impedían una completa cordialidad. Me refiero a un antiguo drama de familia, relacionado con el asesinato de mi abuelo materno.

Don Crisanto, de quien ha hecho Luis Bonafoux, en una de sus crónicas, bien pimentada charge, era un hombre tan feliz y tan ecuaníme a su manera, que no tenía la menor idea de la literatura... Había conocido, desde los tiempos de Thiers, a Víctor Hugo, a Dumas, a otras cuantas celebridades; pero de Víctor Hugo no me contaba sino que en un banquete, en la inauguración del Hotel de Ville, le libró de un resfriado levantándose de la mesa y yéndose a poner su gabán, cosa que don Crisanto imitó...; y de Dumas, que una vez, al salir de una reunión, el famoso autor no encontraba su coche, y don Crisanto le fue a dejar en su casa en el suyo... Al ecuatoriano Juan Montalvo le llamaba *«aquel Montalvo que escribía»*... Tenía gran admiración por Gómez Carrillo, no porque hubiera leído su obra de escritor, sino porque Carrillo le servía a veces de secretario, y le contestaba las notas con frases poco usuales, notas que unas veces eran para Nicaragua, otras para Guatemala, porque don Crisanto había tenido el talento de conseguir la representación, alternativamente y a veces al mismo tiempo, de casi todas las cinco repúblicas centro-americanas. Tible Machado, ministro de Guatemala en Londres y Bruselas, era su pesadilla; y en la conferencia de La Haya... la cosa acabó en un duelo. Una noche, en París, la víspera del encuentro en el terreno, me dijo mi ministro: «Mañana mato a Tible». No lo mató. Ciertamente, que don Crisanto había tenido otro duelo célebre, en tiempos casi prehistóricos, con el nombrado colombiano, Torres Caisedo, que sacó su herida de la emergencia.

Contemporáneo de Medina fue el marqués de Rojas, tío de Luis Bonafoux y que había sido diplomático de Guzmán Blanco, con quien tuvo sus polémicas y desagradados. Fue aquel marqués pontificio, a quien traté en su postrimería, muy aficionado a las mujeres y a la buena vida; hombre rico, tuvo una vejez solitaria y murió entre criadas y criados en su garconnière. Esos dos ancianos de que he hablado, y que ha tiempo en paz descansan, eran asiduos al mentidero del Gran Hotel, en donde se reunían españoles e hispano-americanos a ejercer la parlería y la murmuración nacional y de raza.

Los ardientes veranos iba yo a pasarlos a Asturias, a Dieppe, y alguna vez a Bretaña. En Dieppe pasé alguna temporada en compañía del notable escritor argentino que ha encontrado su vía en la propaganda del hispano-americanismo frente al peligro yankee, Manuel Ugarte. En Bretaña pasé con el poeta Ricardo Rojas horas de intelectualidad y de cordialidad en una villa llamada «*La Pagode*», donde nos hospedaba un conde ocultista y endemoniado, que tenía la cara de Mefistófeles. Ricardo Rojas y yo hemos escrito sobre esos días extraordinarios, sobre nuestra visita al Manoir de Boulous, morada del maestro de las imágenes y príncipe de los tropos, de las analogías y de las armonías verbales, Saint-Pol-Roux, antes llamado el Magnífico.

Entre toda esta última parte de mi narración se mezclan largos días que pertenecen a lo estrictamente privado de mi vida personal.

Emprendí otro viaje por Bélgica, Alemania, Austria-Hungría, Italia, Inglaterra. En todo ello me ocupó en algunos de mis libros con bastantes detalles. Mas no he contado algunos incidentes, por ejemplo, uno en que escapamos en perder la vida mi compañero de viaje, el mexicano Felipe López, y yo. Fue en la ciudad de Budapest, por cierta región encantadora, si las hay. Andábamos recorriendo las calles. Ni López ni yo hablábamos alemán y nos desolábamos, en los restaurants, de no poder entender la lista del menú, porque los húngaros, en lo general, por odio al austriaco, no quieren emplear al alemán en nada, y así todo está en su lenguaje para nosotros lleno de escabrosidades. Yendo por una gran vía, leímos en letras doradas en un establecimiento «American Bar»; y encontrando la ocasión de emplear bien nuestro inglés, entramos. Pedimos sendos cocktails, y nos pusimos a escribir cartas. En esto se nos acercó un elegante joven, y en un francés cojo, pero melifluido, nos dijo, más o menos, tendiéndonos su tarjeta: que era hijo de un fabricante de bicicletas; que había estado en Francia, donde le habían atendido con toda gentileza y que desde entonces se había prometido ofrecer sus servicios, ser útil en todo lo que pudiera y pilotear y atender a cuanto extranjero de condición llegase a tierra húngara. Nosotros, un tanto desconfiados por aquel abordaje sin presentación, dimos las gracias con frialdad, pero el guapo mozo continuó en la carga con tan buenas maneras y con tanta insistencia que nos vimos obligados a aceptar un champagne de bienvenida. Y el joven se convirtió en nuestro cicerone.

Nos llevó al Os Buda Vara, al barrio de los magnates, casi todo construido según la manera de la Secesión; a un jardín público, donde debía celebrarse una fiesta esa tarde, y al cual debía asistir un príncipe imperial; nos hizo comer no sé qué mezcla magyar de queso fresco, cebolla picada, sal y paprika, mojada con una incomparable cerveza Pilsen, como de nieve

y seda. Sin saber cómo ni cuándo se apareció un hombre con tipo de obrero, que llevaba en la diestra maciza un anillo de gran brillante. Habló en húngaro con nuestro joven, éste nos lo presentó como un rico industrial y nos dijo, que, encantado de que fuésemos extranjeros, nos invitaba esa tarde a una comida compuesta exclusivamente de platos nacionales. Llevado de mi entusiasmo por las cocinas exóticas, dije que aceptábamos con gusto, y quedamos en que nuestro cicerone nos llevaría al punto de reunión. Se nos dijo que el restaurant elegido quedaba cerca.

Muy entrada la tarde nos dirigimos a la cita. Íbamos a pie, y después de andar un buen trecho entre villas y quintas, observé que habíamos salido de la población. Se lo hice notar a mi amigo, pero el húngaro nos señaló una mesa cercana, aislada, y nos dijo que era allí el lugar de la comida. Advertí a López que la cosa me parecía sospechosa, más como viésemos que la casa tenía un jardín y en él había mesitas donde comían otras gentes, nos parecieron vanas nuestras sospechas. Entramos. Desde el momento vimos que aquello era un cafetín popular. Apareció el industrial. Nos hicieron entrar a un cuarto lateral, pidieron cuatro copas de no recuerdo qué licor. Dije en español a López que no bebiéramos, pero él bebió con los dos desconocidos. Querían que yo tomara con ellos, pero dije que no me sentía bien. A poco, el mexicano se puso pálido y me dijo que le venía un sueño irresistible y que seguramente nos habían servido un narcótico. Hice que saliéramos para que tomase un poco de aire, y así se le quitó algo la pesadez de la cabeza. El hostelero nos dijo que la comida estaba servida. En efecto, bajo una parra había una mesa para cuatro personas. La cuarta apareció y nos fue presentada como un señor conde de nombre enrevesado. Era un coloso mal trajeado y con manos de boyero. Nos sentamos a la mesa y comimos un papricak hun, plato especial del país y otros más de estos. Cuando concluimos se nos invitó a pasar al lado del figón, a una cancha de bochas, o juego de bolos, perteneciente a un club, del cual se nos dijo, que el conde era director. Aquello estaba solitario, daba a un largo patio, o más bien dilatada extensión de terreno. No lejos, corría el Danubio. Nos invitaron a tomar un vino tokay, que nos inspiró confianza, pues la botella vino cerrada. No era el común vino tokay que se encuentra en todas partes y que sirve para postres, sino un néctar delicioso, de caldo color dorado, y que apuramos en grandes vasos. Confieso no haber tomado nunca un vino tan exquisito. Después se nos insinuó que era preciso, pues de uso corriente y nacional, que jugásemos a un juego de cartas llamado «*el reloj*». Como por encanto apareció allí una baraja y después de algunas indicaciones empezó la partida.

A pocos momentos, tanto el mexicano como yo, habíamos ganado importante número de florines; pero la partida continuó, y cuando nos

percatamos, tanto él como yo, habíamos perdido todo lo ganado y bastante dinero más. De común acuerdo resolvimos irnos en seguida, más cuando manifestamos nuestra intención, fue como si hubiésemos encendido un reguero de pólvora. Los hombres se sulfuraron y se pusieron ante nosotros en actitud amenazante. El joven intérprete nos explicó que se creían ofendidos. Nosotros estábamos sin armas y no había sino que emplear alguna treta oportuna. Yo le dije que había en todo una equivocación; que estábamos dispuestos a continuar el juego al día siguiente, pero que en ese momento teníamos que ir a la ciudad a recoger un dinero. El conde habló con sus compañeros y el joven nos dijo que nos invitaba al día siguiente para ir a una pushta o estancia húngara para que conociésemos la vida rural del país. Me apresuré a decir que con muchísimo gusto y en los ojos de los bandidos, se vio una gran satisfacción. ¿A qué horas pasará el conde en su automóvil por ustedes? *«Tiene que ser antes de las ocho»*. -*«A las siete y media en punto»*, le contesté. Así nos dejaron partir. Cuando llegamos al hotel, el dueño del establecimiento nos dijo: -*«De buenas se han librado ustedes. Esos pillos deben pertenecer a una banda que ha robado y hecho desaparecer a varios extranjeros, cuyos cuerpos apuñalados se han encontrado en las aguas del Danubio»*. Tomamos el tren para Viena a las cinco de la mañana.

- LXI -

Una vez vuelto de ese largo viaje, me tomé algún tiempo de reposo en París. Inesperadamente recibí cablegrama del Ministerio de Relaciones Exteriores de Nicaragua, en que se me comunicaba mi nombramiento de Secretario de la Delegación nicaragüense a la conferencia Panamericana del Río de Janeiro. Debería reunirme en Francia con el jefe de la Delegación señor Luis F. Corea, que era Ministro en Washington. Una semana después salimos para el Brasil. Ya he narrado en un diario las circunstancias, anécdotas y peripecias de este viaje y mis impresiones brasileñas y de la conferencia, a raíz de este acontecimiento. Vine de Río de Janeiro, por motivos de salud, a Buenos Aires. Mis impresiones de entonces quizás las conozcáis en verso, en versos de los dirigidos a la señora de Lugones, en cierta mentada epístola:

*En fin, convaleciente, llegué a nuestra ciudad
de Buenos Aires, no sin haber escuchado
a míster Root a bordo del Charleston sagrado;
mas mi convalecencia duró poco. ¿Qué digo?
Mi emoción, mi entusiasmo y mi recuerdo amigo,
y el banquete de La Nación, que fue estupendo,
y mis viejas seringas con su pánico estruendo,
y ese fervor porteño, ese perpetuo arder,*

*y el milagro de gracia que brota en la mujer
argentina, y mis ansias de gozar de esa tierra,
me pusieron de nuevo con mis nervios en guerra.
Y me volví a París. Me volví al enemigo
terrible, centro de la neurosis, ombligo
de la locura, foco de todo surmenage
donde hago buenamente mi papel de sauvage
encerrado en mi celda de la rue Marivaux,
confiando sólo en mí y resguardando el yo.
¡Y si lo resguardara, señora, si no fuera
lo que llaman los parisienses una pera!
A mi rincón me llegan a buscar las intrigas,
las pequeñas miserias, las traiciones amigas,
y las ingratitudes. Mi maldita visión
sentimental del mundo me aprieta el corazón,
y así cualquier tunante me explotará a su gusto.
Soy así. Se me puede burlar con calma. Es justo.
Por eso los astutos, los listos, dicen que
no conozco el valor del dinero. ¡Lo sé!
Que ando, nefelibata, por las nubes... Entiendo.
Que no soy hombre práctico en la vida... ¡Estupendo!
Sí, lo confieso: soy inútil. No trabajo
por arrancar a otro su pitanza; no bajo
a hacer la vida sórdida de ciertos previsores.
Y no ahorro ni en seda, ni en champaña, ni en flores.
No combino sutiles pequeñeces, ni quiero
quitarle de la boca su pan al compañero.
Me complace en los cuellos blancos ver los diamantes.
Gusto de gentes de maneras elegantes
y de finas palabras y de nobles ideas.
Las gentes sin higiene ni urbanidad, de feas
trazas, avaros, torpes, o malignos y rudos,
mantienen, lo confieso, mis entusiasmos mudos.
No conozco el valor del oro... ¿Saben esos
que tal dicen lo amargo del jugo de mis sesos,
del sudor de mi alma, de mi sangre y mi tinta,
del pensamiento en obra y de la idea encinta?
¿He nacido yo acaso hijo de millonario?
¿He tenido yo Cirineo en mi Calvario?*

De vuelta a París fui a pasar un invierno a la Isla de Oro, la encantadora Palma de Mallorca. Visité las poblaciones interiores; conocí la casa del

archiduque Luis Salvador, en alturas llenas de vegetación de paraíso, ante un mar homérico; pasé frente a la cueva en que oró Raymundo Lulio, el ermitaño y caballero que llevaba en su espíritu la suma del Universo. Encontré las huellas de dos peregrinos del amor, llamémosle así: Chopin y George Sand, y hallé documentos curiosos sobre la vida de la inspirada y cálida hembra de letras y su nocturno y tísico amante. Vi el piano que hacía llorar íntima y quejumbrosamente el más lunático y melancólico de los pianistas, y recordé las páginas de Spiridion.

- LXII -

El gobierno nicaragüense nombró a Vargas Vila y a mí -Vargas Vila era Cónsul General de Nicaragua en Madrid- miembros de la Comisión de límites con Honduras. Que Nicaragua envió a España, siendo el rey Don Alfonso el árbitro que debía resolver definitivamente en el asunto en cuestión. El ministro Medina, era el jefe de la Comisión; pero nunca nos presentó oficialmente ni contaba, ni quería contar con nosotros para nada. Vargas Vila tiene sobre esto una documentación inédita que algún día ha de publicarse. El fallo del rey de España, no contentó, como casi siempre sucede, a ninguna de las partes litigantes, y eso que Nicaragua tenía como abogado nada menos que a don Antonio Maura. La poca avenencia del ministro Medina conmigo hizo que yo me resolviese a hacer un viaje a Nicaragua.

Hacía cerca de diez y ocho años que yo no había ido a mi país natal. Como para hacerme olvidar antiguas ignorancias e indiferencias, fui recibido como ningún profeta lo ha sido en su tierra... El entusiasmo popular fue muy grande. Estuve como huésped de honor del Gobierno durante toda mi permanencia. Volví a ver, en León, en mi casa vieja, a mi tía abuela, casi centenaria; y el Presidente Zelaya, en Managua, se mostró amable y afectuoso. Zelaya mantenía en un puño aquella tierra difícil. Diez y siete años estuvo en el poder y no pudo levantar cabeza la revolución conservadora, dominada, pero siempre piafante. El Presidente era hombre de fortuna, militar y agricultor, mas no se crea que fuese la reproducción de tanto tirano y tiranudo de machete como ha producido la América española. Zelaya fue enviado por su padre, desde muy joven a Europa; se educó en Inglaterra y Francia; sus principales estudios los hizo en el colegio Höche, de Versalles; peleó en las filas de Rufino Barrios, cuando este Presidente de Guatemala intentó realizar la unión de Centro América por la fuerza, tentativa que le costó la vida.

Durante su presidencia, Zelaya hizo progresar el país, no hay duda alguna. Se rodeó de hombres inteligentes, pero que, como sucede en muchas partes de nuestro continente, hacían demasiada política y muy poca

administración; los principales eran hombres hábiles que procuraban influir para los intereses de su círculo en el ánimo del gobernante. Esos hombres se enriquecieron, o aumentaron sus caudales, en el tiempo de su actuación política. Otros adláteres hicieron lo mismo; la situación económica en el país se agravó, y las malquerencias y desprestigios de los que rodeaban al jefe del Estado, recayeron también contra él. Esto lo observé a mi paso. El descontento había llegado a tal punto en Occidente, cuando se creyó, con motivo del matrimonio de una de las señoritas Zelaya, que el Presidente entraba en connivencias con los conservadores de Granada, que había preparado en León, para una próxima visita presidencial una conjuración contra la vida del general Zelaya.

Amigos míos, entre ellos, principalmente, el doctor Luis Debayle y don Francisco Castro, ministro de Hacienda, y el mismo ministro de Relaciones Exteriores señor Gámez, pidieron al presidente la legación de España para mí. La unánime aprobación popular, el pedido de sus amigos, y su innegable buena voluntad, hicieron que el general Zelaya me nombrase ministro en Madrid; pero no sin que tuviese que luchar con intrigas palaciegas y pequeñeces no palaciegas, que hacían su sordo trabajo en contra, y esto a pesar de que la legación tenía un pobre y casi desdorado presupuesto, que fue todavía mermado a la salida del señor Castro del Ministerio de Hacienda.

- LXIII -

Partí, pues, de Nicaragua con la creencia de que no había de volver nunca más; pero había visto florecer antiguos rosales, y contemplado largamente, en las noches del trópico, las constelaciones de mi infancia. La familia Darío estaba ya casi concluida. Una juventud ansiosa y llena de talento se desalentaba, por lo desfavorable del medio. Y se sentía soplar un viento de peligro que venía del lado del Norte.

Cuando llegué a París, la contrariedad del ministro Medina al saber que iba yo a sustituirle en su puesto diplomático de España -pues él era representante de Nicaragua en cuatro o cinco países de Europa- se exteriorizó con tal despecho, que me juró aquel provecto caballero, no volver a poner los pies en España. Me dirigí a Madrid con objeto de presentar mis credenciales. Me hospedó en el Hotel de París, y procuré que aquella Legación, con información de pobreza, tuviese una exterioridad, ya que no lujosa, decorosa. La prensa me había saludado con toda la cordialidad que inspiraba un reconocido amigo y queredor de España.

Recibí la visita del primer Introdutor de Embajadores, Conde de Pie de Concha, noble gentilísimo, y me anunció que el Rey me recibiría en

seguida, pues tenía que partir no recuerdo para que punto. A los tres días debía verificarse la ceremonia de la entrega de mis credenciales; y todavía un día antes, andaba yo en apuros, porque no había recibido de París mi flamante y dorado uniforme. Felizmente me sacó del paso mi buen amigo el doctor Manrique, ministro de Colombia; él hizo que me probara el suyo y me quedó a las mil maravillas; y he allí cómo al antiguo Cónsul general de Colombia en Buenos Aires, fue recibido por el rey de España, como ministro de Nicaragua, con uniforme colombiano.

Su majestad el Rey, estuvo conmigo de una especial amabilidad, aunque en este caso todos los diplomáticos dicen lo mismo. Me habló de mi obra literaria. Conversó de asuntos nicaragüenses y centroamericanos, demostrando bien informado conocimiento del asunto, y dejó en mi ánimo la mejor impresión. Cada vez que hablé con él, en el curso de mi misión, me convencí de que no es solamente el rey sportman de los periódicos e ilustraciones, sino un joven bien pertrechado de los más diversos conocimientos, y hecho a toda suerte de disciplinas. Una vez concluida mi conversación con el monarca, pasé a presentar mis respetos a las reinas. La reina Victoria apareció ante mi vista como una figura de arte. Por su rosada belleza, la pompa rica de su elegancia ornamental, y hasta por la manera como estaba dada la luz en el estrecho recinto donde me recibió de pie y me tendió la mano para el beso usual. ¡Cuán hermosa y rubia reina de cuentos de hadas! Hablé con ella en francés; todavía no se expresaba con facilidad en español. Y tras cumplimientos y preguntas y respuestas casi protocolares, fui a saludar a la reina madre doña María Cristina, delgada y recta, con la particular distinción y aire imperial que reveló siempre la archiduquesa austriaca que había en la soberana española. Se mostró conmigo afable y de excelente memoria. Así, después del acostumbrado diálogo diplomático, me dijo que recordaba la ocasión en que, en una de las ceremonias de las fiestas colombianas, le había sido presentada por su primer ministro, don Antonio Cánovas del Castillo.

Después hice mi visita a las infantas: doña Isabel, acompañada de su inseparable marquesa de Nájera, hoy fallecida. El excelente carácter de doña Isabel, su cultura y su llaneza, bien conocidos de los argentinos, no ocultan el genio artístico que hay en ella; y cuyo amor al arte supe en esa oportunidad y en otras posteriores, por su conversación y por su museo. La infanta doña Luisa, una linda Orleáns, casada con el viudo don Carlos, delicada y fina aunque sportswoman airoso y vigorosa que va de cuando en cuando a bañar su beldad de sol a Sevilla. Y la desventurada infanta María Teresa, desventurada como su pobre hermana, y tan desventurada como sencilla y bondadosa, cuya muerte acaba de llorar toda España. Me recibió en compañía de su marido el príncipe don Fernando de Baviera, hijo de su

tía la Infanta doña Paz. Doña María Teresa, ingenuamente sufrió conmigo una equivocación, lamentable para mí, «¡hélas!», pues, acostumbrada a representantes hispano-americanos como los Wilde, los Iturbe, los Candamo, los Beiztegui, me confundió con esos millonarios, y me habló de mi automóvil... ¡Pobrecita Infanta María Teresa! A la Infanta doña Eulalia no la pude saludar, pues ya se sabe que es una parisiense y que reside en París.

- LXIV -

En el cuerpo diplomático, no sabiendo jugar al bridge y con el sueldo que tiene un secretario de legación de cualquier país presentable, y con lo de la literatura y los versos, hacía yo, entre los de la carrera, un papel suficientemente medianejo... Entre los embajadores, disfruté la grata cortesía del fastuoso britano Sir Maurice Bunsen, y la acogida siempre simpática y afectuosa del Nuncio, monseñor Vico, hoy cardenal. Mi único amigo verdadero era el embajador de Francia, porque era también amigo de las musas, íntimo de Mistral, y autor de páginas muy agradables, lo cual, señores positivos, no obsta para que actualmente sea director de la Banque Otomane en Constantinopla.

A todo esto, el gobierno de Nicaragua, preocupado con sus políticas, se acordaba tanto de su legación en España como un calamar de una máquina de escribir... Y ahí mis apuros... No, no he de callar esto... Después de haber agotado escasas remesas de mis escasos sueldos, que según me ha dicho el general Zelaya, tuvo que poner de su propio peculio, y cuando ya se me debía el pago de muchos meses, **La Nación**, de Buenos Aires, o, mejor dicho, mis pobres sesos, tuvieron que sostener, mala, pésimamente, pero en fin, sostener, la legación de mi patria nativa, la República de Nicaragua, ante su Majestad el rey de España... En fin, para no tener que hacer las de cierto ministro, a quien los acreedores sitiaban en su casa de la Villa y Corte, trasladé mi residencia a París, en donde ni tenía que aparentar, ni gastar nada, diplomáticamente.

- LXV -

La traición de Estrada inició la caída de Zelaya. Este quiso evitar la intervención yankee y entregó el poder al doctor Madriz, quien pudo deshacer la revolución, en un momento dado, a no haber tomado parte los Estados Unidos, que desembarcaron tropas de sus barcos de guerra para ayudar a los revolucionarios.

Madriz me nombró Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, en misión especial, en México, con motivo de las fiestas del Centenario. No había tiempo que perder, y partí inmediatamente. En el mismo vapor que

yo iban miembros de la familia del presidente de la República, general Porfirio Díaz, un íntimo amigo suyo, diputado, don Antonio Pliego, el ministro de Bélgica en México y el conde de Chambrun, de la legación de Francia en Washington. En la Habana se embarcó también la delegación de Cuba, que iba a las fiestas mexicanas.

Aunque en La Coruña, por un periódico de la ciudad, supe yo que la revolución había triunfado en Nicaragua, y que el presidente Madriz se había salvado por milagro, no diera mucho crédito a la noticia. En la Habana la encontré confirmada. Envié un cablegrama pidiendo instrucciones al nuevo gobierno y no obtuve contestación alguna. A mi paso por la capital de Cuba, el Ministro de Relaciones Exteriores, señor Sanguily, me atendió y obsequió muy amablemente. Durante el viaje a Veracruz conversé con los diplomáticos que iban a bordo, y fue opinión de ellos que mi misión ante el gobierno mexicano, era simplemente de cortesía internacional, y mi nombre, que algo es para la tierra en que me tocó nacer, estaba fuera de las pasiones políticas que agitaban en ese momento a Nicaragua. No conocían el ambiente del país y la especial incultura de los hombres que acababan de apoderarse del gobierno.

Resumiré. Al llegar a Veracruz, el introductor de diplomáticos, señor Nervo, me comunicaba que sería recibido oficialmente, a causa de los recientes acontecimientos, pero que el gobierno mexicano me declaraba huésped de honor de la nación. Al mismo tiempo se me dijo que no fuese a la capital, y que esperase la llegada de un enviado del ministerio de Instrucción Pública. Entretanto, una gran muchedumbre de veracruzanos, en la bahía, en barcos empavesados y por las calles de la población, daban vivas a Rubén Darío y a Nicaragua, y muertas a los Estados Unidos. El enviado del Ministerio de Instrucción Pública llegó, con una carta del ministro, mi buen amigo, don Justo Sierra, en que en nombre del presidente de la República y de mis amigos del gabinete, me rogaban que pospusiese mi viaje a la capital. Y me ocurría algo bizantino. El gobernador civil, me decía que podía permanecer en territorio mexicano unos cuantos días, esperando qué partiese la delegación de los Estados Unidos para su país, y que entonces yo podría ir a la capital; y el gobernador militar, a quien yo tenía mis razones para creer más, me daba a entender que aprobaba la idea más de retornar en el mismo vapor para la Habana... Hice esto último. Pero antes, visité la ciudad de Jalapa, que generosamente me recibió en triunfo. Y el pueblo de Teccelo, donde las niñas criollas e indígenas, regaban flores y decían ingenuas y compensadoras saluciones. Hubo vítores y músicas. La municipalidad dio mi nombre a la mejor calle. Yo guardo, en lo preferido de mis recuerdos afectuosos, el nombre de ese pueblo querido. Cuando partía en el tren, una indita me ofreció un ramo de lirios, y un puro

azteca: «*Señor, yo no tengo que ofrecerle más que esto*»; y me dio una gran piña perfumada y dorada. En Veracruz se celebró en mi honor una velada, en donde hablaron fogosos oradores y se cantaron himnos. Y mientras esto sucedía, en la capital, al saber que no se me dejaba llegar a la gran ciudad, los estudiantes en masa, e hirviente suma de pueblo, recorrían las calles en manifestación imponente contra los Estados Unidos. Por la primera vez, después de treinta y tres años de dominio absoluto, se apedreó la casa del viejo cesáreo que había imperado. Y allí se vio, se puede decir, el primer relámpago de una revolución que trajera el destronamiento.

Me volví a la Habana acompañado de mi secretario, señor Torres Perona, inteligente joven filipino, y del enviado que el Ministro de Instrucción Pública había nombrado para que me acompañase. Las manifestaciones simpáticas de la ida no se repitieron a la vuelta. No tuve ni una sola tarjeta de mis amigos oficiales... Se concluyeron, en aquella ciudad carísima, los pocos fondos que me quedaban y los que llevaba el enviado del ministro Sierra. Y después de saber, prácticamente, por propia experiencia, lo que es un ciclón político, y lo que es un ciclón de huracanes y de lluvia en la isla de Cuba, pude, después de dos meses de ardua permanencia, pagar crecidos gastos y volverme a París, gracias al apoyo pecuniario del diputado mexicano Pliego, del ingeniero Enrique Fernández y, sobre todo, a mis cordiales amigos Fontoura Xavier, ministro del Brasil, y general Bernardo Reyes, que me envió por cable, de París, un giro suficiente.

- LXVI -

El nuevo gobierno nicaragüense, que suprimió por decreto mi misión en México, no me envió nunca, por más que cablegrafié, mis recredenciales para retirarme de la legación de España; de modo que, si a estas horas no las ha mandado directamente al gobierno español, yo continúo siendo el representante de Nicaragua ante su majestad católica.

Y aquí pongo término a estas comprimidas memorias que, como dejo escrito, he de ampliar más tarde. En mi propicia ciudad de París, sin dejar mi ensueño innato, he entrado por la senda de la vida práctica... Llamado por el artista Leo Lerelo para la fundación de la revista Mundial, entré luego en arreglos con los distinguidos negociantes señores Guido, y he consagrado mi nombre y parte de mi trabajo, a esa empresa, confiando en la buena fe de esos activos hombres de capital.

En lo íntimo de mi casa parisiense, me sonrío infantilmente un rapaz que se me parece, y a quien yo llamo «*Güicho*»...

Y en esta parte de mi existencia, que Dios alargue cuanto le sea posible, telón.

Buenos Aires, 11 de septiembre-5 de octubre de 1922.

POSDATA, EN ESPAÑA¹¹⁵

Libre de las garras de hechizo de París, emprendí camino hacia la isla dorada y cordial de Mallorca. La gracia virgiliana del ámbito mallorquín devolvíame paz y santidad. Por cariñosa solicitud de mi excelente don Juan Sureda, por su cariño vigilante, mi alma y mi carne ganaban de día en día la conveniente fortaleza. Me hospedé, pues, en su casa, que es aquel Castillo del Rey asmático en la pintoresca y fresca Valldemosa. Sobre este Castillo y su vecina Cartuja, como sobre todo aquel oro de Mallorca, escribí una novela en los días de mi permanencia en esta tierra de Lulio. Los atraídos por mi vagar y pensar tendrán en esas páginas de mi **Oro de Mallorca** fiel relato de mi vida y de mis entusiasmos en esa inolvidable joya mediterránea. Ese gentilhomme y profundo Lulista que es Juan Sureda, tiene en mi corazón un voto constante por su felicidad. Y ¿qué diré de mi agradecida admiración por la espiritual pintora que comparte la vida con mi recordado Sureda? Su esposa es mujer suprema y comprensora feliz del Arte. Vive trasladando a las telas los secretos de belleza de aquellos parajes. Pinta admirablemente y les ha arrancado a los olivos su ademán de muertos deseosos de clamar al cielo sus misterios y enigmas. Ha pintado olivos magistralmente. Ella, que es todo bondad creadora, me hizo mucho bien con su palabra creyente.

De Valldemosa partí un día en el *Rey Jaime I* que me trajo a la amable ciudad condal. Aquí debía residir, fijar la planta por muchos años, Dios mediante. Y en verdad confieso que me es grata en extremo la estancia en esta tierra, “*archivo de cortesía*”, como reza la frase del glorioso manco de Lepanto.

¹¹⁵ Este artículo corresponde a las “*Páginas 281 a 287 de La vida de Rubén Darío escrita por él mismo* (Autobiografía). Barcelona. Casa Editorial Maucci. Sin fecha, pero de 1914, como se desprende de esta misma Posdata, si bien el libro no fue entregado al público sino a mediados de 1915... Estas páginas de Darío, las más valiosas de su **Autobiografía**, son fiel trasunto de su estado de ánimo en vísperas de la catástrofe a que había de arrastrarle su paisano Bermúdez. ¡Cuántas ilusiones y tribulaciones al borde de la tumba!...” según don Julio Saavedra Molina.

Dejé a París, sin un dolor, sin una lágrima. Mis veinte años de París, que yo creía que eran unas manos de hierro que me sujetaban al solar luteciano, dejaron libres mi corazón. Creí llorar y no lloré.

*Juventud, divino tesoro,
ya te vas para no volver,
cuando quiero llorar, no lloro,
y a veces lloro sin querer.*

Y ya en Barcelona, en la calle de Tiziano número 16, en una torre que tiene jardín y huerto, donde ver flores que alegran la vida y donde las gallinas y los cultivos me invitan a una vida de manso *payés*, he buscado un refugio grato a mi espíritu. Bajo el ala de serenidad de la brisa nocturna, evoco mis días de Mallorca, sobre todo el de una tarde en que el poeta Osvaldo Bazil se empeñó en vestirme de cartujo. A los Sureda les supo bien la gracia, y yo en verdad me sentía completamente cartujo, bajo el hábito que llevaba. Llegué a pensar que acaso era lo mejor y en donde hallaría la felicidad. Y llegué a soñar, a sentir, en mí, la mano que consagra y acerca hacia la paz de la vieja Cartuja. Y vi el púlpito de San Pedro, en Roma, donde yo diría un rosario de plegarias que sería mi mejor obra que abriría las divinas puertas confiadas a San Pedro. Quimeras, polvo de oro de las alas de las rotas quimeras, ¿por qué no fui lo que yo quería ser, por qué no soy lo que mi alma llena de fe, pide, en supremos y ocultos éxtasis, al buen Dios que me acompaña? En fin, acatemos la voluntad suprema. De todo esto hablo en mi novela **Oro de Mallorca**, y de otras cosas caras a mi espíritu que impresionaron mis fibras de hombre y de poeta.

En Barcelona he tenido días gratos y días malos. Aquí he admirado a Miguel de los Santos Oliver, y al poderoso “*Xenius*”. He vuelto a abrazar a mi querido Rusiñol y al gran “*Peyus*”, como familiarmente es llamado Pompeyo Gener. Con todos he evocado y vivido horas de arte, de ayer y de hoy. Una de mis primeras visitas fue para el amigo de don Marcelino Menéndez y Pelayo y maestro carísimo. He nombrado a Rubió y Lluch. Y he dado la mano agradecida al abundante y digno amigo Rahola. Entre estos amigos que son, junto con aquel glorioso muerto, con aquel poeta de la *vaca ciega* que se llamó Juan Maragall, con esos amigos y recuerdos de amigos catalanes, formo mi torre de mental esparcimiento. Gracias doy a la excelencia catalana por la paz que me ofrece la tierra del inmortal Mosen Cinto.

¿Y por qué no decir de mi visita a los grandes talleres tipográficos del excelente amigo don Manuel Maucci, si ella fue para mí grata y

despertadora de recuerdos de otras épocas mías? Mis doradas bohemias tenían un eco bajo las paredes de la colosal empresa que ha levantado la voluntad triunfadora de un hombre de Italia, de ese amigo Maucci que ha sabido modernizar los hierros y la acción de su casa hasta darle un empuje que asombra y una importancia que yo aplaudo de veras. Mientras estuve allí, pensé en mis *Raros* y en una traducción de una novela que firmé en gracias a la adorada bohemia y de la cual no me quiero acordar¹¹⁶. Pero todo esto tiene un gran encanto y, bajo los recuerdos, me sonrío y acaso suspiro. Maucci sigue en su amable charla, introduciéndome por amplios corredores, explicándome la aplicación de máquinas modernas y la distribución de labores. Y en cada departamento hay millones de libros, Cuando oigo la palabra *millones*, abro los ojos y miro asombrado a un lado y a otro. Estoy encantado de la visita, pero ya es hora de partir. El automóvil de Maucci me conduce a mi torre. Y aquí quedo pensando en la obra que realiza esa voluntad de hierro y una consagración de héroe. Pero me distrae de mi pensar en prácticas acciones, un vuelo de ave que pasa y me quedo abstraído en la contemplación de una estrella que aparece en el vasto cielo azul.

(FIN)

Comentario: En palabras sencillas y muy claras, se encierra todo el procedimiento empleado por el poeta para su revolucionaria preceptiva y la renovación de las letras castellanas, haciéndolas cada vez más, “*bellas letras*”, y que dieron nacimiento al Modernismo.

Todo lo que ocurrió con el Modernismo Hispanoamericano, y de la renovación de las letras españolas, fue el deseo del cambio en el gusto literario hasta entonces aplicado en las letras castizas. “*Todo es cuestión de cultura*”, dijo Darío en una carta histórica dirigida a su amigo Luis Bello¹¹⁷ que residía en Madrid, en 1906. Y todo pueblo sin cultura se queda atrás en la historia de la humanidad, y pierde su vitalidad y contemporaneidad, que son los ingredientes que nos proporciona la lectura sobre los aspectos de la cultura y la filosofía de los pueblos en José Ortega y Gasset. De allí que, nos motiva explicar esto, en función del pensamiento de Rubén Darío, y su filosofía que mantuvo desde que se trazó como meta la transformación de la poesía y de la prosa en libertad, desde *Azul...*, pasando por **Prosas Profanas y otros poemas**, y culminando en 1905, con **Cantos de Vida y Esperanza, los Cisnes y Otros Poemas**.

¹¹⁶ Al parecer, supone el señor Saavedra Molina, debe tratarse de **Tomás Gordeieff**, de Máximo Gorki, Maucci, 1902; novela cuya traducción *firmó* Rubén Darío.

¹¹⁷ Luis Bello era un escritor conocido en sus columnas periodísticas de Madrid.

Estas reflexiones estéticas quedan contempladas durante su primera estancia en la Isla de Palma de Mallorca, en 1906, y se van extendiendo hasta el año de 1912, cuando ha publicado para la revista **Caras y Caretas**, de Buenos Aires, Argentina, y luego en su última visita a Palma de Mallorca, en 1913, todo ello, visto en la perspectiva autobiográfica, que aquí estamos presentando.

Y esto le veremos contemplado en su:
“TODO ES CUESTION DE CULTURA”
CARTA DE DARIO A LUIS BELLO

Vayamos entonces a la reproducción de la “*Carta de Darío dirigida a su amigo Luis Bello*”, que se expone en el **Seminario Archivo de Rubén Darío**, y que se incluye en **Cartas desconocidas de Rubén Darío**, Fundación Vida, 2002, (pp. 234 – 235), que luego en mi **Comentario**, diré por qué la incluyo:

A LUIS BELLO (en Madrid)

Villa “El Torrero”. Palma de Mallorca, 18 de enero, 1906.

Querido amigo:

*Su carta me ha llenado de gusto. Pensaba escribirle largamente –y lo haré– desde que L. Ballesteros me comunicó que usted era el encargado de **Los Lunes**. El me escribió una carta muy gentil –cosa que no me extrañó–, porque siempre ha sido conmigo de una caballerosidad y amabilidad que me han hecho estimarle mucho. Es un intelectual gentleman.*

En cuanto a usted, sabe que nuestra amistad, de cabeza y de corazón, se fortifica más cada día. Me alegro de coincidir respecto a usted.

No he visto aún a su hermano. Yo permaneceré aquí todavía durante algún tiempo, hasta abril. Conforme con sus deseos, colaboraré, con la frecuencia que pueda. Prosa o verso.

Pienso, cuando llegue a Madrid, dar una conferencia sobre la nueva poesía. Quiere la gente enredar el asunto. Todo es cuestión de cultura. Ni en Italia, ni en Francia, ni en Inglaterra, ni en Alemania –¡desde Goethe!– toman como cosa rara formas absolutamente lógicas. Yo lo que he hecho es aplicar a nuestro verso formas y maneras de poéticas extranjeras o

clásicas. Pero el “tururum, tururum de los merengues”, de Campoamor, impera en la celebración de la mayoría de nuestros apreciadores.

Le abraza su amigo,

Rubén Darío

Comentario: ¿Quién era Luis Bello? Aparte de que dijimos en una nota anterior que Luis Bello era un escritor conocido en las columnas de periódicos de Madrid, en tiempos de Rubén Darío, podemos agregar las observaciones de Angel del Río y M. J. Benardete quienes aseguran, hablando del ensayismo periodístico, dicho en nuestra **Historia del Ensayo** (1982)¹¹⁸, al estudiar los ensayos españoles de 1895 a 1931: *“Aparte de los escritores que por la amplitud de su visión y el valor literario de su prosa alcanzan una categoría superior, al periodismo propiamente pertenecen un gran número de ensayistas menores como Maeztu, Salaverría, Luis Bello, Eugenio Noel o Julio Camba. Su obra tiene un menor vuelo ideológico, menor universalidad de miras y su prosa raramente adquiere la originalidad y sentido estético de la de aquéllos”*.

Volvamos al pensamiento calcado de Rubén Darío, en su carta a Luis Bello, cuando dice: *“Pienso, cuando llegue a Madrid, dar una conferencia*

¹¹⁸ En los colegios e institutos de Segunda Enseñanza de Nicaragua, no se enseña mucho la crítica literaria ni mucho menos el ensayismo, por parte de profesores o maestros, que envían a sus alumnos a investigar a las bibliotecas. Tanto en las bibliotecas del **Banco Central de Nicaragua**, como en la **UNAN-Managua**, y la **Universidad Centroamericana (UCA)**, los estudiantes encuentran solamente el librito de ochenta páginas de Gustavo Adolfo Montalván Ramírez, titulado **¿Qué es el Ensayo?**, del año 1982, lo que es suficiente para el criterio de los estudiantes. La mejor librería del país, **Hispanamer**, trae al respecto a sus vitrinas en la actualidad algunos Comentarios de Textos, que complementan las demandas de los alumnos o estudiantes de Secundaria y de Universidades. Pero lo más extraño del asunto es que el librito de Montalván, que siendo de excelente calidad, nunca ha sido comentado en las páginas literarias del país, que es una muestra palpable del poco conocimiento de crítica literaria y falta de conocimiento del ensayismo, por parte de sus editores. Y por qué decimos que el librito de Montalván, es de excelente calidad?, bueno porque una vez esto se lo dijo el propio doctor Emilio Alvarez Montalván, a quien esto escribe, y porque el mismo Emilio Alvarez Montalván, quien siendo un famoso ensayista politólogo, lo poseía en su biblioteca personal, que ahora pertenece a la **Biblioteca del Banco Central de Nicaragua**, donde precisamente me lo han comunicado las señoras que atienden allí a los estudiantes, que el librito de Montalván lo consultan para los concursos de ensayos. De esto tampoco ha dicho una sola palabra el Ministerio de Educación, donde también precisamente se encuentra el referido texto de Montalván. Pero aquí rematamos este asunto: Yo, personalmente, al visitar las bibliotecas de las universidades de New Orleans, en el año de 1985, vendí doscientos ejemplares a un solo catedrático que lo obsequiaría a los estudiantes, me refiero al doctor James A. Básquet III, quien era catedrático de la **Universidad de Tulane University** y de **Loyola**. Esta autocritica me la hago por cortesía de mi nuevo libro digital, de más de un mil páginas de **Historia del Ensayo (Teoría y Práctica) en función de Rubén Darío** (2007).

sobre la nueva poesía. Quiere la gente enredar el asunto. Todo es cuestión de cultura. Ni en Italia, ni en Francia, ni en Inglaterra, ni en Alemania – ¡desde Goethe!- toman como cosa rara formas absolutamente lógicas. Yo lo que he hecho es aplicar a nuestro verso formas y maneras de poéticas extranjeras o clásicas”.

LA AMANTE FRANCESA DE DARIO EN PARIS, MENCIONADA SUTILMENTE EN SU AUTOBIOGRAFIA

Conferencia que fue dictada en la Alianza Francesa, el 12 de Junio del 2008.

¿Que cómo Rubén Darío aprende a temprana edad las primeras palabras en francés? Es una importante interrogación que se plantean sus más famosos biógrafos.

Al parecer, el primero de estos educadores, fue un profesor extranjero de mucho talento, de nacionalidad polaca, don José Leonard y Bertholet, del Instituto de Occidente, el verdadero responsable de las primeras enseñanzas francesas que recibe su discípulo Rubén Darío.

El precoz vate, inicia el aprendizaje de sus primeras letras en francés a fines de 1880, según se desprende de su poema “*Tú y yo*” fechado 1 de Octubre, lo cual es muy importante señalarlo porque es la primera vez que Rubén Darío menciona a Víctor Hugo.

Francisco Gavidia, el mejor poeta salvadoreño de su tiempo, introdujo a Rubén Darío en la obra de Víctor Hugo y la lengua francesa, durante la visita que hizo a El Salvador el poeta nicaragüense (comienzos de agosto de 1882 – fines de septiembre de 1883).

De su largo poema “*El Libro*”, se conoce que los 39 autores que allí menciona, 15 de ellos son franceses. Rubén Darío alcanzaba los 15 años de edad, porque dicho poema lo leyó el autor el 1 de Enero de 1882. Estos 15 autores fueron los llamados librepensadores, entre ellos:

Cormenin, Girardin, Voltaire, Camilo Flammarion, Laurent, Pelletan, Renan, Luis Michel, Malebranche, George Sand y Stendhal, que son

librepensadores porque se oponen a las ideas establecidas por la Iglesia y el Estado.

Ya había leído Rubén Darío a Saint-Pierre, Regnault-Warin, Moliere, Aimé-Martin, Chateaubriand, Comte, Littré, Mirabeau y otros. Hasta el año de 1886, Darío se queja a sí mismo de que su francés era todavía precario, en cuanto a dominio completo, lo que no implica que no pudiera leer ese idioma con facilidad.

El biógrafo nicaragüense Diego Manuel Sequeira afirma que la devoción de Rubén Darío por los poetas parnasianos franceses comenzó con su amistad puesta en Gavidia, lo cual es muy probable, asienta el escritor norteamericano Charles D. Watland.

Darío descubre el Parnaso y observa curiosamente a Moréas, Flaubert, Verlaine, Catulle Mendès, Armand Silvestre, Maizeroy, Zola, Daudet, Banville, Aloisius Bertrand, Gautier, Mallarmé, Paul Déroulède, Edmundo, Jules y Remy de Goncourt, Coppée, Paul de Saint-Victor, René Menard, Quillard, Dubus, Leconte de Lisle, etc.

Otros autores franceses mencionados hasta el año 1888, son: Balzac, Baudelaire, Corneille, Dumas, Ohnet, Moliere, de Musset, Vacquerie, Jules Janin, Lamartine, etc.

Erase una lista de precursores del realismo, parnasianos, románticos, simbolistas, naturalistas, decadentistas, etc. Pero ya Rubén Darío dejará de ser imitativo y por eso es razonable su pregunta *“Qui pourrais-je imiter pour être original?”*.

“Acostumbrado al eterno clisé español del Siglo de Oro y a su indecisa poesía moderna, encontré en los franceses que he citado una mina por explotar, la aplicación de una manera de adjetivar ciertos modos sintácticos, de su aristocracia verbal, al castellano”, dice el autor de **Azul...**, cuya obra revolucionaria, de influencia absolutamente parnasiana iniciaría su movimiento mental que había de tener después tantas triunfantes consecuencias.

Confiesa además Rubén Darío que él ya estaba preparado en su formación literaria para llevar a efecto *“un apropiado trasplante”* en sus propósitos literarios; en esa entrega de labor gigantesca desde el inicio de su juventud, Rubén Darío, salió de Nicaragua en 1886 a Valparaíso y Santiago de Chile, *“en busca de un ambiente apropiado a los estudios y disciplinas intelectuales”*.

Fueron las revistas ilustradas las que le pusieron en contacto con los pintores modernos de Europa. La pintura, la música, la ciencia, el pensamiento filosófico, contribuyeron a la renovación y a la diversidad de su arte, ofreciéndole ideas y sugerencias.

De igual manera, los versos de los nuevos poetas, las disquisiciones de clásicos, los ensayos, las traducciones, despiertan una viva resonancia hispánica en el joven poeta.

Azul... fue escrito en prosa y verso. Al igual que el verso, la prosa que irradia de **Azul** es modelo insuperable para todos aquellos poetas y escritores que han tratado de imitarle. En su primera parte, **Azul** está compuesto de cuentos divinos, mitológicos, de cierto carácter de manifiesto literario; a veces de marcado interés autobiográfico con aspiraciones del ideal sin la falta de erudición.

En **Azul...** hay cuentos trabajados, tan trabajados en las combinaciones de sus elementos que a veces podemos afirmar que Rubén Darío escribe “*cuentos ensayados*”, que forman parte del novedoso género literario del “*cuento parisiense*”, que proviene de modelos como “*Le nouveau Décaméron*”, es decir, narraciones, cuentos y diálogos de los más célebres y elegantes novelistas, poetas y escritores franceses de esa época.

El “*cuento parisiense*”, o “*cuento ensayado*”, es definido por el propio autor de **Azul**, en su composición literaria titulada “*En Chile*”, cuando dice: “*constituyen ensayos de color y de dibujo que no tenían antecedentes en nuestras prosas*”.

En esta obra, Rubén Darío es renovador e innovador ocupándose por una poesía revolucionaria y original. “*Cuál fue el origen de la novedad?*”, se interroga el autor de **Azul...**, y así mismo se contesta; “*El origen de la novedad fue mi reciente conocimiento de autores franceses del Parnaso, pues a la sazón la lucha simbolista apenas comenzaba en Francia y no era conocida en el extranjero, y menos en nuestra América.*”

Inmediatamente él descubre su manantial: “*Fue Catulle Mendes mi verdadero iniciador, un Mendes traducido, pues mi francés todavía era precario*”, recuerda en **Historia de mis libros**, al referirse a su obra cumbre **Azul...**, que iniciaría su “*movimiento mental que había de tener después tantas triunfantes consecuencias*”.

Después de 1888, vendrán **Prosas Profanas, Los Raros, Cantos de Vida y Esperanza, El Canto Errante...**; todas estas joyas literarias escritas en prosa y verso, conforman los manifiestos del Modernismo. El norteamericano E. K. Mapes conceptúa que *“La esencia del Modernismo consistía en adaptar al español, fundiéndolos en un todo bastante armonioso, un gran número de procedimientos empleados por diversas escuelas francesas del siglo XIX, especialmente por el Romanticismo, el Parnaso, y el Simbolismo.”*

El Modernismo es la aventura por querer encontrar lo nuevo en el mundo desconocido; es la percepción de la idea y de la expresión conjugando el ritmo armonioso; es el enlace de lo antiguo y lo moderno, el canto cosmopolita y universal.

Este movimiento mental fue recibido en Nicaragua con entero beneplácito en el seno de los intelectuales criollos, que habían depositado grandes esperanzas en el poeta niño cuando partió a Chile, en 1886. Uno de sus mejores intérpretes fue el poeta Juan de Dios Vanegas, quien escribió para la revista **Patria**, lo siguiente: *“la literatura francesa, a la vanguardia, busca nuevos rumbos; hacia un ideal y un estilo que lleve algo desconocido y misterioso, dando al oído una música extraña”*. Con este conocimiento de causa, Vanegas preconizó a los desanimados con estas palabras: *“El arte moderno va quién sabe donde, en literatura, pero que Rubén Darío cantará, y su canto será bello”*.

Rubén Darío, desde un comienzo, ya advertía: *“canto el verbo del porvenir...”* (*“El rey burgués”*); ocho años más tarde, el mismo autor reafirma: *“Yo soy el amante de ensueños y formas que viene de lejos y va al porvenir”* (*“La canción de los pinos”*).

En función del concepto de *“la modernidad literaria, - nos dice la señora Mimí Hammer – Rubén Darío logra ese milagro, nos introdujo en el torbellino del lenguaje moderno, nos quitó las ataduras del purismo y el tradicionalismo castellano, nos hizo hablar el lenguaje del mundo moderno, nos hizo contemporáneos”*.¹¹⁹

Al hablarnos sobre la vocación poética y la adoración por Francia, que sentía Darío, Pierre – Charles Rolando – La Pierre, nos dice: *“... en verdad, su pasión por la literatura francesa es semejante a un interés por todo lo que es cosmopolita. Y como experto del lenguaje aborda la cultura, crea*

¹¹⁹ Conferencia Cultural “Rubén Darío y Francia”. Managua, 23 de Febrero de 1994.

*un perfecto acuerdo entre la idea y la expresión, y la funcionará en doble vía: del español hacia el francés y del francés al español”.*¹²⁰

PERO, ¿CUANDO LLEGO DARIO A PARIS POR PRIMERA VEZ?

El mismo poeta en su gloria, recordará el placer que disfrutó al cumplirse uno de sus mejores sueños de infancia: conocer París.

En su **Autobiografía** dicta: *“Yo soñaba con París desde niño, a punto de que cuando hacía mis oraciones rogaba a Dios que no me dejase morir sin conocer París. París era para mí como un paraíso en donde se respirase la esencia de la felicidad sobre la tierra. Era la ciudad del arte, de la belleza y de la gloria; y, sobre todo, era la capital del amor, el reino del ensueño. E iba yo a conocer París, a realizar la mayor ansia de mi vida. Y cuando en la estación de Saint Lazare, pisé tierra parisiense, creí hallar suelo sagrado”.*

EL RIO SENA

Darío supo que el Sena es el departamento de Francia correspondiente a la capital de las capitales, París. Que es el departamento más pequeño del país, pero el más densamente poblado y activo. Sabía que en el tiempo de César, el islote central conocido como *“Ile de France”*, en los tiempos modernos, en los tiempos antiguos fue conocido como Lutecia, habitada por los *parisii*, pueblo galo, que dio nombre a la capital de Francia.

El río que lleva este nombre, Sena, riega sus riberas donde se construyen palacios y mansiones de los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX. Entre sus monumentos más destacados, que son verdaderas joyas históricas, encontramos: Museo del Louvre; Universidad de la Sorbonne; Palacio del Senado; Iglesia de Saint Germain-des-prés y la de San Sulpicio; Palacio de la UNESCO; Nuestra Señora o Notre Dame; Champs Elisées o Campos Elíseos; Los Inválidos; Arco del Triunfo; la Torre Eiffel...,etc.

Quedó maravillado por el concierto del Arte en la ciudad de París, que es lo que más apetecía ver en su vida. Respiró profundamente el aire que recogía para sus pulmones, *“Era un aire suave”*, delicioso, primaveral, un *“petit aire”* como dice uno de los poemas de Mallarmé. Vio desde lo alto

¹²⁰ (Idem). Conferencia Cultural *“Rubén Darío y Francia”*, (Pierre – Charles Rolando – La Pierre, Agregado Cultural y de Cooperación de la Embajada de Francia en Nicaragua.

de una de las colinas, el panorama que se desparramaba a sus pies, que no era otra cosa que las panorámica vista por los ojos del artista del impresionismo, Claude Monet.

Efectivamente, allí estaban a la vista del poeta modernista, los jardines de París; las tonalidades y las variaciones atmosféricas a cero, cinco o diez o doce grados de temperatura fría. Allá o un poco hacia el fondo del horizonte, en el propio corazón de la ciudad, el humo de las locomotoras, que se elevaban a los cielos, los primeros *smugs* de la tarde, que salían de la estación de trenes de Saint Lazare; o le humareda salía de las fábricas situadas en la periferia de la ciudad, o bien, el humo salido de los barquitos de vapor que transitaban el río Sena.

Los detalles de las ciudades francesas quedarían captadas en óleos sobre lienzos: Argenteuil, Vétheuil, Lavacourt, Goberny, Le Havre, etc...

Toda esta experiencia ya se había reflejado en las páginas de la revista de arte, **La vie Moderne**, del periodista Bergerat. Los impresionistas, fueron los pintores que se recrearon en la Naturaleza, del ambiente de la ciudad de París, entre ellos: Claude Monet, Eduard Manet, Clemenceau, Courbet, Bazile, Degas, Pissarro, Sisley y Renoir, quienes forman el *grupo de Batignolles*. “*El taller es para dibujar...-decía Monet, ...mas el aire libre es para pintar...*”

LOS RAROS

Inspirado en esta rica experiencia, la prosa dariana celebrada por el Jefe del Modernismo, es prosa artística que quiere decir rítmica, musical, flexible, novedosa, cromática, plástica elaborada. **Los raros**, es la obra cumbre de la ensayística hispanoamericana, donde se cumplen todos estos principios y técnicas respondiendo a un exigente método estilístico.

Son **Los raros** el magnífico compendio de una prosa ensayada, de excelente selección de representantes distinguidos contemporáneos del último decenio del siglo XIX mundial, que gozaron del denominador común de “*escritores raros*”, expertos en la creación del arte a través de la crítica literaria.

En **Los raros**, Darío ensaya con verdaderas prosas profanas. Decimos aquí que son profanas sus prosas, porque en estos ensayos retrata a varios poetas malditos franceses, y de otras nacionalidades, como el alemán Federico Nietzsche o el uruguayo Conde de Lautréamont.

Estas prosas son iluminadas con frases sacadas de la literatura religiosa cristiana. A veces Darío, en **Los raros**, atenta contra la fe católica, y la suma a la literatura endiablada de Baudelaire, y los hijos del parnasianismo y del simbolismo francés.

Esta noche no voy a extenderme en estos asuntos de posibles herejías, blasfemias y de otros juicios que abrirían heridas nuevamente por la Inquisición del Estado y la Iglesia católica española de los siglos XVI, XVII y XVIII.

Pero sí voy a decirles que **Los raros** fue el camino conducente que tomó Darío, apartándose en una angustiosa vida librepensadora y absolutamente profana. Con estas acciones Darío perdió puntos entre sus seguidores en la América hispana, a finales del siglo XIX.

Solamente veamos cuán lenta fue la crítica hacia **Los raros**, que hasta hoy perdura una prudencia y un silencio sepulcral. En Nicaragua, es quizás el único país de la tierra en que se haya escrito y publicado un libro crítico titulado: **Los raros: una lectura integral**. Esta obra salió publicada en su centenario de 1996, escrito por Jorge Eduardo Arellano.

¿Que si son artísticos los artículos en **Los raros**? Sí, son artísticos por cuanto sirven ciegamente al Arte.

¿Que si son brillantes los ensayos en **Los raros**? Sí, son brillantes, originales y catedráticos.

¿Que si son joyas de la literatura universal, la prosa en **Los raros**? Sí, son joyas negras relucientes de Lucifer al pecho de los infieles a toda clase monasterial.

Los raros son parte esencial de la vida de Rubén cuando sufrió del período en su debate de la duda en la fe de Cristo.

En fin, **Los raros**, fue un producto de la primera visita que hizo Darío a París, en 1893. Si Darío salva su alma ante el Juicio Universal ¿será porque el Arte es divino? Pero claro está, que nos estamos refiriendo al buen arte, no al mal pensamiento, ni a la mala acción.

JEAN MOREAS (1893)

“...el amigo íntimo de Darío”

Recordemos que Darío estuvo en París, de paso a Buenos Aires, por un mes y medio, hasta casi acabar su plata que había recibido como adelanto de sus servicios como nuevo Cónsul de Colombia en Argentina. Darío lee todos los periódicos del momento, pero más las revistas literarias, entre ellas: **Le Chat Noir**; **Le Symboliste**; **La Plume**; **Le Mercure de France**; **La Nouvelle Lune** y **Lutèce**. No se sabe si leyera la revista **Nouvelle Revue**, que en 1895, publica Paul Valéry, su **Introducción a la estética de Leonardo da Vinci**.

Aparece ahora el ensayo de Darío sobre Moréas, como un artículo trasatlántico que se publica en el Diario **La Nación** de Buenos Aires, el lunes 21 de agosto, de 1893. Este ensayo se incluye en la primera edición de **Los raros**, que se publica en Buenos Aires, en 1896, cuando Darío está residiendo en esta ciudad cosmopolita. Darío hace su crítica basado en el recurso literario del retrato, del perfil breve biográfico, de la fijación psicológica, y de la vocación del artista referido o contemplado. En este ensayo, deja marcada su huella impresionista el autor de **Los raros**, con un estilo adquirido por la literatura francesa.

“Con quien tuve más intimidad fue con Jean Moréas. A éste me presentó Carrillo, en una noche barriolatinesca. Ya he contado en otra ocasión nuestras largas conversaciones ante animadores bebedizos. Nuestras idas por la madrugada a los grandes mercados, a comer almendras verdes, o bien salchichas en los figones cercanos, donde se surten obreros y trabajadores de “les Halles”. Todo ello regado con vino como el “petit vin bleu” y otros mostos populares. Moréas regresaba a su casa, situada por Montrouge, en tranvía, cuando ya el sol comenzaba a alumbrar las agitaciones de París despierto. Nuestras entrevistas se repetían casi todas las noches. Estaba el griego todavía joven; usaba su inseparable monóculo y se retorció los bigotes de palikaro, dogmatizando en sus cafés preferidos, sobre todo en el Vachetts, y hablando siempre de cosas de arte y de literatura. Como no quería escribir en los diarios, vivía principalmente de una pensión que le pasaba un tío suyo que era ministro en el gobierno del rey Jorge, en Atenas. Sabido es que su apellido no era Moréas, sino Papadiamantopoulos”.

Pintando a Jean Moréas, como un descendiente de raza de héroes, en un retrato de 1893, Darío escribe un ensayo sobre la personalidad del griego francés, y lo discute con libro en mano, de que el autor del **Pelerin Passionné** (**El peregrino apasionado**, 1891), está molesto de las atribuciones que le asigna el holandés Byvanck, a lo que Darío conviene

agregarse, y aún más, se identifica con el rubio griego que viste a lo espadachín como un soberbio “*Velásquez*”, con sombrero de copa y plumas, y manos aristocráticas a lo marqués, porque como él, “*Quería ver la Francia; niño aún, ya tenía la nostalgia de París*”.

Visto como un apolonida, desde la óptica de Darío, quien solía conversar largo tiempo con su amigo griego afrancesado como una especie de “*centauricida*” (mitad hombre mitad centauro), que encerrado en su torre de marfil, orgulloso de su temple, desdeña la Fama del momento. Por ello Darío le arroja flores a su orgullosa juventud, y le demarca con metáforas de la más regia prosa en **Los Raros**. “*Alrededor de ese orgullo y ese desdén, -escribe Darío- se ha formado más de una leyenda, que circula por los cafés estudiantiles y literarios del Barrio Latino*”.

“*Tanto Verlaine como Moréas –nos dice Darío- eran popularísimos en el Quartier, y andaban siempre rodeados de una corte de jóvenes poetas que, con el Pobre Lélian, se aumentaban de gentes de la mala bohemia que no tenían que ver con el arte ni con la literatura*”.

Sí, efectivamente Moréas era un *lieder* de poetas que circulaba por las calles del viejo *París de fin de siglo*, seguido de jóvenes intelectuales que conformaban la Escuela Romana. El escenario viviente se reverdecía en el Barrio Latino, por los cafés y bulevares, en el día; por la noche, la bohemia seguía entre acordeones, pizzicatos, y diálogos literarios, hasta los apagones de la luz de gas por el amanecer.

Los rivales duros de Moréas eran Verlaine, y Leconte de Lisle, los hijos parnasianos de Víctor Hugo, muerto ya en 1885, ...eran éstos, los entusiastas y bravos, voluntarios del Arte, sobre todo de Théophile Gautier, impulsador de la idea móvil del “*Arte por el arte*”. Los parnasianos mal llamados “*decadentes*”, lo distingue Darío, en sus propias palabras: “*Tales fueron los decadentes, unidos en un principio, y después separados por la más extraña de las anarquías, en grupos, subgrupos, variados y curiosos cenáculos. Moréas, como queda dicho, fue uno de los primeros combatientes; él, como decidido y convencido adalid, tuvo que sostener el brillo de la flamante bandera, con los innumerables ataques de los contrarios. Casi toda la prensa parisiense disparaba sus baterías sobre los recién llegados*”.

Las columnas del “*Temps*”, llamaba a los decadentes con tono de reproche, hijos de Baudelaire. Paul Bourde dirigía sus más certeros proyectiles contra Mallarmé, Moréas, Laurent Tailhade, Vignier y Charles Morice, (éstos conformaban la Escuela Romana, que venía este nombre

porque Mallarmé vivía en un piso la *rue de Rome*); y pintaba a los odiados reformadores, con colores chillones y extravagantes perfiles. Moréas contestó a Bourde, quien era escritor del más grave de los diarios, que no había motivo para tanta algarada; que el distinguido señor Bourde se hacía eco de fútiles anécdotas inventadas por alegres desocupados; que ellos, los decadentes, gustaban del buen vino, y eran poco afectos a las caricias de la diosa Morfina; que preferían beber en vasos, como el común de los mortales, y no en el cráneo de sus abuelos; y que, por la noche, en vez de ir al sábado de los diablos y de las brujas, ellos trabajaban.

La gloria llegó para los llamados decadentes y vino el nuevo imperio en la poesía francesa con la llegada del “*Manifiesto*” de los simbolistas; Darío lo hace ver en este ensayo sobre Moréas, y lo anota con las siguientes y hermosas palabras: “*Fue el campeón de las lágrimas. Después se ocupó de la exterioridad de la poesía decadente y expuso sus cánones. Al poco tiempo apareció en el Figaro un manifiesto de Moréas. Fue la declaratoria de la evolución, la anunciación “oficial” del simbolismo*”.

Y es que en París, del 93, Darío adquiere y se une con pasión a la nueva poesía del simbolismo, lo que será la nueva mina literaria por explotar, la musicalidad en el lenguaje y en el verso, que lo sintetiza en sus “*Palabras liminares*” de **Prosas profanas** (1896): “...*Hay en cada verso, además de la armonía verbal, una melodía ideal. La música es sólo de la idea, muchas veces*”.

CHARLES MORICE CRITICA EL VERSO FALSO DE DARIO

Charles Morice, (1861 – 1919), fue un famoso poeta francés, intérprete, crítico y teorizador del simbolismo. Sus obras maestras fueron: un ensayo sobre **Paul Verlaine** (1888). En la **Litterature de tout á l’heure (La literatura a toda hora)** (1889), el crítico Morice destaca que “*El sentimiento del misterio es el fondo viviente de la poesía*”.

El 20 de Octubre de 1890, sale la segunda edición de **Azul...**, dedicada “*Al Sr. Dr. D. Francisco Lainfiesta, con afecto y gratitud*”. Esta edición es aumentada con poemas en castellano y en francés. Imprenta La Unión, Guatemala.

TRES NUEVOS POEMAS EN FRANCES

A MADEMOISELLE...

*J'aime la belle fleur d'or
pour tes cheveux, mon trésor,
et un lys pour ton corset.
Veux-tu d'autre fleur alors?
Mes lèvres pour ton baiser.*

PENSEE

*Les yeux a l'horizon sublime de l'Histoire,
j'étais sous un gran souffle peuplé d'ilusion.
Et j'ai vu, frémissant, ta palme d'or, o Gloire,
et j'ai écouté, ö Fäme, la voix de ton clairon!*

CHANSON CREPUSCULAIRE

*Le bois vierge éveille, de sa langue sonore
chante, tous frémissant, la chanson de l'Aurore,
vibrent les jeunes arbres, éclate la lumiere
qui décore le front de l'aube printaniere.
Dans une gloire d'or, semblable a un empereur,
le gran soleil caresse et l'oiseau et la fleur.
O seve! O volupté! Je vois un noir taureau
manger de la pätüre au bord d'un frais ruisseau,
tandis que sur des feuilles oü la lumiere tombe,
a plein air, amoureuse, roucule une colombe.
La-bas, je vois la mer grisâtre et l'horizon
doré par le matin: et la-bas, le vallon:
partout, la joie de vie comme un soufflé mystique;
partout, l'ivresse ardente, l'haleine du tropique.
On dirait une fête supreme, un plaisir pur,
sous le regard profond de l'éternel azur.*

*L'aube émaille des perles son beau péplum de rose
dans les vagues d'opale qui font l'apothéose.*

*On voit la plaine verte dans une rêverie
comme le champ de riz d'une chinoiserie.
C'est l'heure de l'Orient et du douz crépuscule,
l'heure du papillon et de la libellule,
Et du nid qui gazouille, et des petits enfants,
les prés out des sourires et des cris triomphants.
On voit, sur les collines pittoresques, sauvages,
comme de cygnes blancs, les humides nuages.
Partout la vie, partout la joie, partout l'amour.
Seulement dans mon coeur est triste ce beau jour.*

*Hélas, ma bien aimée! L'implacable destin
a empoisonné ma coupe, a empoisonné mon vin.
je ne vois pas ta bouche charmante, a la voix d'or,
ta chevelure blonde, ton profil séraphique,
et ton corps délicat de canéphore antique.
Loin de toi, je suis triste, et je suis solitaire;
je chante ma plaintive chanson crépusculaire.
Champ fleurie! Mon printemps est pleine de ma souffrance.*

Maintenant, je vois l'aube! L'aube, c'es l'espérance...

Comentario: estos tres nuevos poemas adicionales a su libro primigenio **Azul...**, de 1888, fueron eliminados por su autor, luego de la zarandeada que le dio su amigo Charles Morice en París.

La zarandeada fue porque los versos alejandrinos en la nueva sección de “*Echos*”, en la edición de Guatemala, en **Azul...**, de 1890, estaban mal hechos, pues no se ajustaban a la métrica de la literatura francesa.

No pasó mucho tiempo para que Darío se atreviera a insertar un poema en francés en sus ensayos de **Los raros**. Sin embargo, su *ego* herido, ya estaba sanado en el tiempo. Lo hizo de manera magistral cuando publicó en el año de 1907, su **Canto errante**. En esta edición incluyó su poema titulado:

HELDA

*Helda c'est la musique et le rythme charmant,
évocateur. C'est la femme mystérieuse
et plastique, amoureuse, et pleureuse, et rieuse,
et même elle est le vers qui câline et qui ment.*

*Je ne voirai jamais le vin de son serment,
et la coupe d'or de cette femme amoureux
n'enivrera jamais mon âme malheureuse,
malhereuse d'Amour, ma Belle au bois dormant.*

*Mais Helda est pour moi comme une harpe eolienne:
et de mes rêves est aussi musicienne
en fleurissant sa voix des paroles de tour.*

*Je voudrais être Roi du pays d'Utopie
et je donnerais la couronne a mon amie,
des perles, de musique, et des diamants d'amour.*

Cuenta Darío en este fragmento de **Autobiografía**, que:

*“Una mañana, después de pasar la noche en vela, llevó Alejandro Sawa a mi hotel a Charles Morice, que era entonces el crítico de los simbolistas. Hacía poco que había publicado su famoso libro **La littérature de toute a l'heure**. Encontró sobre mi mesa unos cuantos libros, entre ellos un Walt Whitman, que no conocía. Se puso a hojear una edición guatemalteca de mi **Azul...**, en que, por mal de mis pecados, incluí unos versos franceses, entre los cuales los hay que no son versos, pues yo ignoraba cuando los escribí muchas nociones de poética francesa. Entre ellas, pongo por caso, el buen uso de la e muda, que, aunque no se pronuncia en la conversación, o es pronunciada escasamente según el sistema de algunos declamadores, cuenta como sílaba para la medida del verso. Charles Morice fue bondadoso y tuvimos, durante mi permanencia en París, buena amistad, que por cierto no hemos renovado en días posteriores.”*

Aparte de este fragmento, dice en un comentario Alfonso Méndez Plancarte, que la “e” muda la contó Darío en esa composición, pero en cambio había otras fallas como él dice, por ejemplo: ignorar que el alejandrino francés, desde el siglo XV, el primer hemistiquio debe finalizar en sílaba netamente aguda, como “*horizon*”, “*éveille*”...), o en una “e” muda que se pueda fundir o elidir con una vocal inicial del hemistiquio siguiente, y pone como ejemplo Plancarte:

“Le grand soleil caresse-et l’oiseau et la fleur”

Pero nunca en “e” muda preconsonántica como lo hace Rubén, por ejemplo en:

*“Tandis que sur des feuilles –ou la lumiere tombe,
A plein aire, amoureuse, -roucoule une colombe...”*

Morice, de larga cabellera, regaló a Darío su ensayo crítico **Paul Verlaine**, que con avidez y curiosidad impaciente, debió devorarlo el poeta americano. En ese ensayo su autor descubre la rica imaginación que despiertan a Verlaine, los pintores del siglo XVIII francés. Siguiendo esa ruta de los secretos del arte verleniano, Darío impulsará nuevas interpretaciones y variantes del poema de las *“Fiestas galantes”*, de Verlaine.

Ahora Darío ha leído los libros admirables de los hermanos Goncourt, entre ellos, **Madame de Pompadour: la historia de la sociedad francesa antes de la Revolución**. Aprovecha Darío, para sus matices en sus poemas, la decoración, los rasgos delicados, y el ambiente de la sociedad de esa época del siglo XVIII francés. Los pintores que dibujan esa época son: Rubens, Watteau, Fragonard, Pater...

Vale ilustrar que Madame de Pompadour, era el nombre de guerra de Jeanne Antoinette Poisson (1721 – 1764), dama francesa muy hermosa, amante de Luis XV, quien fuera favorecida por el rey, nombrándola marquesa de su corte. Ella alentó la publicación de la **Enciclopedia**.

Seleccionando entre los poemas famosos de Darío, podemos afirmar que el poema de *“Era un aire suave”*, se inspira en los cuadros pintados del siglo XVIII francés, y que, imitando el camino inducido por Verlaine, alcanza el gusto exquisito de estos modelos para sus propias versiones. O sea que es una poesía libresca, pictórica e histórica que reflejan los poetas del simbolismo.

DARIO TUVO SU PEQUEÑA POMPADOUR

Darío tuvo una amante, que era una bella francesa allegada a la alta sociedad de París, de fines del siglo XIX. Su nombre de guerra era Marion de Lorme, con quien hizo el amor en base al pago de servicio de mujer para el hombre. No fue este amor a primera vista, ni tuvo una inspiración del amor amante. Simplemente el amor se hizo después que se conocieron en el

barrio latino, en la avenida de Víctor Hugo, cuando entablaron conversaciones íntimas en que quedaron identificadas sus vidas paralelas.

Marion de Lorme (o Delorme), era una actriz dramática, protagonista de una obra de Víctor Hugo. A la postre, ella no quería ser una cortesana vulgar, sino una artista de teatro desde muy joven, con refinamientos artísticos, frecuentadora de restaurantes del Bosque de Bolonia.

Sin respetar decoro, Darío la menciona en su **Autobiografía**, con el sobre nombre de Marion de Lorme, “*la cortesana de los más bellos hombros*”. Su belleza irradiaba de su cuerpo color de porcelana; de rubios cabellos largos ensortijados; de grandes ojos teñidos de color de mar; de sonrisa franca en su boquita bermeja y famosa en amores para el gran postor.¹²¹

Es probable que ella contara muchos secretos de la sociedad parisiense de esa época de 1893, en los pocos dos o tres días, o quizás una semana de amores. Al recordarla Darío en su **Autobiografía**, de 1912, han pasado veinte años, y la nostalgia le invade al recordarla ya en su vida privada y en retiro.

Cuando dice Darío esta frase encomillada de “*la cortesana de los más bellos hombros*” deja en la imaginación del lector, la curiosidad despierta por no decir directamente el atractivo erótico de los senos de De Lorme. Si apreciamos bien, esta es una frase simbólica que no dice el objeto, sino que se va en los contornos del asunto. Y no es por recato o respeto a la señora De Lorme, sino por el juego que hace el poeta en sus observaciones estéticas, siguiendo la ruta de los impresionistas como Claude Monet.

Veamos el asunto más detenidamente, tal como lo vería un Zola, abierta su mirada en el Naturalismo espléndido. Darío ahora no mira hacia los bellos hombros de una dama, sino que va más hacia abajo en su curiosidad estética. Es el pasaje que narra también en su **Autobiografía**, cuando él nos dice, lo que le supo en la mansión de su amigo Cánovas del Castillo:

“...Mucho se había hablado de ese matrimonio, por la diferencia de edad; pero es el caso que Cánovas estaba locamente enamorado de su mujer, y su mujer le correspondía con creces. Cánovas adoraba los hombros maravillosos de Joaquina, y por otras partes, en las estatuas de

¹²¹ Ver sobre este asunto el ensayo de Günther Schmigalle “*Marion de Lorme, una amante francesa de Rubén Darío*”, publicado por la revista **Magazine** del **Diario La Prensa**, Managua, Nicaragua, Enero de 2005. Marion de Lorme, era el misterioso personaje que se cobijaba bajo un pseudónimo, que es modelo histórico y literario, según Schmigalle.

su sérre, o en las que decoraban vestíbulos y salones, se veían como amorosas reproducciones de aquellos hombros y aquellos senos incomparables, revelados por los osados escotes”.

Aquí nos detenemos para comentar que Darío está contando chismes sociales alrededor de la corte de Cánovas del Castillo, comprobado por el mismo narrador, quien ha visto no solamente los hombros maravillosos de Joaquina, sino que por los osados escotes, se veían traslucidos sus senos incomparables. Podemos decir más cosas del lenguaje simbólico acerca de este pasaje, pero nos llevaríamos más tiempo.

RUBÉN DARÍO ANTES DE IR A PARÍS HACIA 1900

La Casa Garnier, imprenta de Hipolite Garnier y Hermanos, en París, era centro de intelectuales y de escritores en su interés de vender sus obras, y de traductores en busca de obras españolas al francés o viceversa. Era el año de 1899, cuando Manuel Machado, un joven talentoso procedente de Madrid, cruza la frontera en el mes de marzo, y en el mes de junio siguiente le alcanza su hermano Antonio.

Es el tiempo en que París debate el *Affaire Dreyfus*. Unos van a favor de Emilio Zola, y otros le adversan. Los bandos de uno y otro lado avivan con sus odios, la hoguera en los medios, y luchan encarnizadamente con la pluma y la palabra... Cuando Antonio llega a París, Manuel lo pone al tanto del *Affaire Dreyfus*, en su hospedaje de la calle de Monsieur le Prince, en el **Hotel Médicis**, uno de los últimos que habitó Verlaine en el **Barrio Latino**, que se halla casi a la esquina del *Boulevard Saint Michel*, a cuatro pasos del **Parque de Luxemburgo**.

Todo el año de 1899, había sido para Darío un año de arduo trabajo, de estudios, investigaciones y de relaciones con el caracterizado alma nacional de España.

1900.

Darío llega a París a comienzos de 1900. Ya estaba construida la **Torre Eiffel**, que había sido inaugurada el 31 de marzo de 1889, con la Exposición Universal de París, que era tradicional en aquellos tiempos. Fue en la Casa Garnier, que Darío conoció primero a Manuel Machado

El ensayista argentino, Héctor Roberto Paruzzo, (de origen de Rosario – Argentina), nos ofrece una visión dialogada de lo que era Darío y sus insinuaciones acerca de la querida de París.

Un diálogo sostenido, allá por 1899, entre Francisco Grandmontagne¹²² y Ramiro de Maeztu¹²³ en la estación de trenes, donde han ido a despedir al poeta, puede situarnos mejor y esclarecernos más cabalmente, sobre el asunto de una expresión famosa del poeta modernista.

-Es lástima que Darío se marche. ¡Hacía mucha falta en Madrid! –dice Grandmontagne.

-Lo que yo no acabo de explicarme bien, es que viniera –responde Maeztu.

-¿Por qué? Pregunta Grandmontagne.

–Para lo cual Maeztu responde: *-Lo natural es que de la Argentina hubiera ido a Cuba, para saludar en nombre de la América del Sur a la nueva nación independiente y dar testimonio de sus primeros pasos por la historia; o a los Estados Unidos, para aprender de la poderosa nación “libertadora” la magistratura política y económica.*

-Le parece a usted que eso hubiese sido lo natural porque no conoce usted bien a Darío. Asegura Grandmontagne.

-Hombre, dice Maeztu- usted que lo conoce mejor y que lo trató en Buenos Aires, me orientará en este asunto, al que no hago más que darle vueltas sin encontrar una respuesta satisfactoria.

Habla Granmontagne: *-¡Claro!, porque usted juzga las cosas desde un punto de vista equivocado: el supuesto antiespañolismo de Rubén.*

-Supuesto, supuesto... Le diré a usted, amigo Grandmontagne... Si tenemos en cuenta su obra y su prédica...

-Hay un error en eso. –dice Grandmontagne.

¹²² Francisco Grandmontagne fue un ensayista y periodista español (1866 – 1936), que vivió muchos años en la República Argentina; dejó escritas varias obras.

¹²³ Ramiro de Maeztu fue un periodista y ensayista y diplomático español (1875 – 1936), además es figura representativa de la generación del 98. Autor de **Defensa de la hispanidad; La crisis del humanismo y don Quijote; Don Juan y la Celestina.**

-*Sáqueme usted de él.* –inquiére de Maeztu.

-*Yo sabía,* –aclara Grandmontagne-, *precisamente porque he hablado mucho de esto con él, que sus prédicas contra el dogmatismo hispano, el anquilosamiento académico y la tradición hermosillesca, no iban contra España, sino contra las cosas malas de España.*

Contesta ahora de Maeztu: -*Pero no me negará usted que su predicamento mayor consiste en su prestigio de cabeza visible de un movimiento extranjerizante, grato al espíritu antiespañol que priva allí en la corriente general de las ideas.*

-*No lo niego, pero de eso habría mucho que hablar.* Le dice Grandmontagne a Maeztu.

-*Lo extraordinario para mí es que el más afrancesado de los escritores hispanoamericanos venga a ser el maestro de los escritores que hoy mejor representan a España.* Comenta de Maeztu.

-*¡Dale con el afrancesamiento...!*, -agrega Grandmontagne. Pero Maeztu, lo aguijonea:

-*Pero hombre, no va usted a ser más papista que el Papa. Recuerde usted lo que dice en las palabras liminares de **Prosas Profanas**: “Abuelo, preciso es decíroslo, mi esposa es de mi tierra, mi querida, de París”.*

-*Bueno...* interrumpe Grandmontagne.

Pero no lo suelta Maeztu, y le desplanta:

-*No me negará usted que la palabra ‘esposa’ está puesta ahí en un sentido despectivo, para designar lo casero, lo vulgar, lo prosaico, y, sobre todo, lo ‘burgués’, y que en cambio ‘querida’ significa arte, poesía y libertad.* Indica Maeztu.

Comenta ahora Grandmontagne: -*Eso, si la frase se ve por un lado... Pero dele usted vuelta, y entonces verá usted que la palabra esposa tiene un sentido profundo, casi sagrado: es el hogar, la tierra, la familia, todo aquello en que se asienta sólidamente nuestra vida, y lo despectivo en este caso hay que ponerlo a cuenta de la palabra ‘querida’, que presupone pasatiempo, juego, superficialidad...*

Oye: -Lo que quiso verdaderamente decir, lo veremos en el futuro. Lo cierto es que ahora marcha a París.’ –termina diciendo de Maeztu.

Aquí acaba la plática en la estación de trenes, contado por Héctor Roberto Paruzzo, quien a su vez ilustra:

“Lo último, –dice Paruzzo-, recuerda la famosa anécdota de Toulouse-Lautec cuando una mujer escandalizada insistía que en el cuadro expuesto se veía a una “querida” desnudándose ante el “amante”, a lo que el pintor le dijo que era al revés, que se trataba de una esposa vistiéndose ante el marido”.

Pero hay una cosa más importante; el mismo Rubén Darío se encargó de referirse al caso de la esposa y de la querida, a un mismo tiempo. Y eso lo vemos en la posteridad de su vida cuando está revisando sus obras y sus consecuencias.

El nos dice: “–Una frase hay que exigiría comento: *“Abuelo, preciso es decíroslo: mi esposa es de mi tierra; mi querida es de París.”* En el fondo de mi espíritu, –sigue él diciendo- a pesar de mis vistas cosmopolitas, existe el inarrancable filón de la raza; mi pensar y mi sentir continúan un proceso histórico y tradicional; mas de la capital del arte y de la gracia, de la elegancia, de la claridad y del buen gusto, habría de tomar lo que atribuyese a embellecer y a decorar mis eclosiones autóctonas. Tal di a entender. Con el agregado de que no sólo de las rosas de París extraería esencias, sino de todos los jardines del mundo...”

EL ORO DE MALLORCA

Rubén Darío

Valldemosa, noviembre de 1913.

I

El barco blanco de la Compañía Isleña Marítima se hallaba anclado cerca del muelle marsellés. El sol del mediodía estaba esquivo en la fresca mañana. Acompañado de un amigo, Benjamín Itaspes fue a bordo, se posesionó de su camarote, entregó su equipaje. Como ya se iba a partir, se despidió del amigo y se puso a pasear sobre cubierta. Él era el único

pasajero de primera. Por la proa, escasa gente, toda mallorquina y catalana, posiblemente del pequeño comercio, conversaban en su áspera lengua. El vapor era limpio y bien tenido; con todo, había un vago olor muy madre-patria... La cocina estaba sobre el entrepunte y se veía a un cocinero sórdido manejar perniles y pescados. A un lado suyo, en una especie de jaula, había cecinas; sobreasadas, cebollas, pimientos rojos y salchichones. De cuando en cuando salía un fogonero, todo negro, de una puerta lateral. Cogía un botijo que había al alcance de su mano, y bebía a chorro. Luego volvía a descender a su carbonera.

El vapor pitó; se puso en actividad; salió, al lado de un gran navío catalán que descargaba sobre un lanchón pesadas barras de plata, o de estaño, en las cuales se leía en grandes letras vaciadas: «Figuerola». Pasó junto a los faros. Volvió a pitar. Entró mar afuera.

Benjamín miró el panorama de la gran ciudad mediterránea, dio un último saludo a la enorme estatua de *Notre-Dame de la Garde*, que se alza desde su eminencia, y luego se puso a contemplar distraídamente el mar, tan amado por él. Le había recorrido tantas veces en tan diferentes latitudes, y siempre le encontraba tan nuevo y tan constante, tan ambiguo y tan sincero... Era un vasto ser animado, líquido y palpitante, todo vida y enigma. Y a veces, en sus instantes de meditación o de exaltación, le hablaba como a una divinidad, o ser inteligente, le hablaba en voz alta, o a media voz, como cuando decía, todas las noches, su Padre-nuestro. Pues Itaspes había conservado, a pesar de su espíritu inquieto y combatido, y de su vida agitada y errante, mucho de las creencias religiosas que le inculcaron en su infancia, allá en un lejano país tropical de América. El mar estaba quieto, pero Benjamín percibía el eco profundo de su corazón, su honda y eterna melodía interior, que se comunica con la que el artista lleva en el arcano de su alma.

El capitán del barco, un catalán robusto, de ojos «marinos», afeitado como un monje, o como un actor, afable, se acercó: «*Es usted el único pasajero de primera...; debe ser el Sr. D. Benjamín Itaspes, el célebre músico, a quien se me recomienda en un telegrama. Estoy completamente a sus órdenes. He ordenado que se le sirva en una mesita aparte.*» Nada mejor. Benjamín gustaba poco del trato de «la gente», de la «bétisse» circulante que se manifiesta por la usual y consuetudinaria conversación, del vulgo municipal y espeso, como él decía. Así como gustaba de comunicar con los espíritus sencillos, con los campesinos simples, con los marineros, y con los viejecitos y viejecitas de pocas luces, que viven de recuerdo y, cuentan curiosas cosas pasadas que ellos presenciaron.

Almorzó, pues, solo, a la hora que quiso, pues no la había señalada; comió el excelente salchichón, una especie de pescadilla, diversos guisos si no finos, sabrosos, queso de Mahón, rica fruta; bebió con placer rojo y natural vino de la tierra, vino de España, hartó como estaba de las composiciones y menurjes caros de París. Se atrevió, contra las prescripciones de su médico, a tomar una taza de café... Y aunque recordó sus dolencias y sintió punzadas y molestias de la gastritis, se encontró con un buen ánimo, con la esperanza de que pronto el aire y la tierra encantada de la isla de Mallorca, y la bondad de los amigos en cuya mansión había de hospedarse, en una región sana y deliciosa, y el ejercicio, y sobre todo la paz y la tranquilidad, y el alejamiento de su vivir agitado de Francia, habrían de devolverle la salud, el deseo de vivir y de producir, el reconfortamiento del entusiasmo y de la pasión por su arte.

Notaba, con gran contentamiento, que no sentía la necesidad de los excitantes, lo cual contribuiría, según los médicos, al completo restablecimiento de su bienestar físico y moral. Aunque se encontraba débil, después de la última crisis que le postrara por largos días, en cama, no recurría a los por toda su pasada vida habituales alcoholes. Apenas, de cuando en cuando, si las fuerzas estaban muy flacas, tomaba unos sorbos de un vino medicinal de quina, amargo y meloso a un tiempo, que si le fortalecía por instantes, le causaba ardores y alfilerazos estomacales. Tenía sus consecutivos padecimientos por donde más pecado había; porque el quinto y el tercero de los pecados capitales habían sido los que más se habían posesionado desde su primera edad de su cuerpo sensual y de su alma curiosa, inquieta e inquietante.

Ahora, cabalmente, estaba pagando antiguas cuentas. Como se dice, aquellos polvos traían estos lodos. Mas se decía: *«Pero, Dios mío, si yo no hubiese buscado esos placeres que, aunque fugaces, dan por un momento el olvido de la continua tortura de ser hombre, sobre todo cuando se nace con el terrible mal del pensar, ¿qué sería de mi pobre existencia, en un perpetuo sufrimiento, sin más esperanza que la probable de una inmortalidad a la cual tan solamente la fe y la pura gracia dan derecho? ¿Si un bebedizo diabólico, o un manjar apetecible, o un cuerpo bello y pecador me anticipa “al contado” un poco de paraíso, voy a dejar pasar esa seguridad por algo de que no tengo propiamente una segura idea?»* Y hablando con su corazón y de verdad, en lo íntimo de sus voliciones, se presentaba a lo infinito tal como era, lleno de ansias y de incontenibles instintos. Y así besaba o comía o absorbía sus bebedizos que le transformaban y modificaban pensamiento y sentimiento. Y como desde que tuvo uso de razón su vida había sido muy contradictoria y muy amargada por el destino, había encontrado un refugio en esos edenes

momentáneos, cuya posesión traía después irremisiblemente horas de desesperanza y de abatimiento. Mas se había aprisionado en el tiempo, aunque fuese por instantes, la felicidad relativa, en una trampa de ensueño.

Al amanecer del día siguiente se veía tierra de Mallorca, la isla de Oro. Luego se dejaban a un lado los islotes cercanos, las costas pintorescas y rocallosas; los caseríos de Porto Pi y de El Terreno, el castillo histórico de Bellver, y entraba el barco blanco en la bahía de milagro de la dulce Palma, cuya catedral, en los crepúsculos, sobre la ciudad violeta, como sobre un altar, arde de sol como una llama.

Esperaba a Itaspes en el muelle un amigo, el caballero que debía hospedarle, en su señorial mansión de Valldemosa. Así que tras el abrazo de bienvenida ambos subieron al automóvil que debía conducirlos al castillo. Era el castellano de gentiles maneras y de humor excelente, ágil y fuerte aunque algo enjuto de cuerpo, de conversación culta como correspondía al letrado que era amigo de referir anécdotas, recuerdos y sucesos, aficionado a las artes y a las letras y gustador de las obras musicales de su amigo, con quien se había relacionado algunos años antes en la misma isla. Por el camino recordaban sus pasadas excursiones con otros compañeros de intelecto y jovial espíritu, como Jaime de Flor, catalán famoso por sus pinturas y sus escritos, una especie de bohemio millonario que había realizado su vida a su capricho y se había defendido con la alegría de los amargores y durezas del bregar cotidiano; como Ángel Armas, exaltado, vibrante, alocado de belleza, nutrido de diversas filosofías, imbuido de radicalismos y anarquismos que terminaban en una grande e innata dulzura; como el poeta grave y noble, Pedro Alibar, nutrido de simientes clásicas y que iba al alma de su pueblo y de su raza sin dejar de formular la melodía de su lírica ánima individual.

Benjamín iba contento en la mañana acariciante de octubre. El sol que apareció primero nublado, abría los velos de nubes y ofrecía la bondad de su luz tibia. Volaba el auto por la carretera, entre los huertos bien cultivados y los olivares, y luego las aglomeraciones de rocas ciclópeas coronadas de verdura. De cuando en cuando había que amenguar la rapidez de la máquina, a causa de un burrito, una mula albardada, o un carro con pesada carga, un caminante que venía de los campos.

Se atravesó el dantesco trecho de los olivos centenarios, milenarios, que perpetúan, como en eternidad, sus como petrificados gestos y ademanes de metamorfosis; se dejó a un lado la colosal mole que tiene un nombre y una leyenda moriscos; se vieron por fin las vastas colinas cultivadas, a graderías, como en anfiteatro, las hondonadas y valles con sus casitas, sus

sembrados, sus viñas, sus higueras, sus cactus africanos, las raquetas espinosas adornadas con los pompones encarnados de los higos chumbos. Se divisaron las casas del pueblo, se pasaron tapiales y callejuelas donde jugaban niños risueños y sucios; se detuvo por fin el vehículo frente al vetusto y tradicional edificio, cuya ancha puerta, bajo sus dos cuadradas torres, y coronada por un escudo en que se ve esculpida la imagen de San Bruno, estaba adornada de palmas. Desde fuera y por todos los escalones había regadas ramas de mirto. Estaba la mansión con alegría. Se saludaba, con la generosa y cordial hospitalidad de antaño al artista amigo que llegaba. María, la castellana, la señora de la morada, estaba sonriente, entre sus niños, semejantes a blancos y sonrosados principitos de Vandyck. Pronto Benjamín Itaspes estuvo en posesión del apartamento que debía habitar por una temporada. Se le dejó solo. Se sentó a descansar y a reflexionar.

Era la primera vez que necesitaba verdaderamente de un largo reposo, de un dilatado contacto con la naturaleza, de un alejamiento de la ciudad abrumadora, de la tarea precisa, casi mecánica, que le agriaba el entendimiento, del fingido hogar que le habían traído las consecuencias de una vida «*manquéé*», del padecimiento moral incesante que agravaba el inveterado recurso de los excitantes, de los alcoholes de pérvida ayuda. Se encontraba a los cuarenta y tantos años fatigado, desorientado, poseído de las incurables melancolías que desde su infancia le hicieron meditabundo y silencioso, escasamente comunicativo, lleno de una fatal timidez, en una necesidad continua de afectos, de ternura, invariable solitario, eterno huérfano, Gaspar Hauser, sin alientos, sin más consuelo que el arte amado y por sí mismo doloroso, y el humo dorado de la gloria en que Dios le había envuelto para calma de su incurable desolación¹²⁴.

¹²⁴ En esta parte, cuando Itaspes/Darío nos habla de sus cuarenta y tantos años, debe recordarse que Darío escribe **El oro de Mallorca** en 1913, cuando él tiene 46 años, y un año más a **La vida de Rubén Darío escrita por él mismo** (1912), y “*que desde su infancia está lleno de una fatal timidez*”, esa afirmación no es tan valedera. Debemos recordar muchas situaciones en que el poeta superó la timidez, y que entre ellas podemos traer a colación por ejemplo, el consejo que le dicta a un joven, en el “*Abrojo LV*” del año 1886, en Chile, que dice:

LV

Joven, acérquese acá:

¿Estima usted su pellejo?

*Pues, escúcheme un consejo,
que me lo agradecerá:*

*—Arroje esa timidez
al cajón de ropa sucia,
y por un poco de argucia
dé usted toda su honradez.*

Salude a cualquier pelmazo

Su salud física, hasta entonces robusta, empezaba a decaer. Ni en su infancia, ni en su juventud había hecho ejercicios musculares. Su aspecto era de un hombre fornido y bien plantado, pero su debilidad era extrema. No había frecuentado gimnasios, ni hecho servicio militar, ni se había dedicado a deportes. Y sobre esto, desde su adolescencia, pasada en climas ardorosos y gastadores, había sido el enemigo de su cuerpo a causa de su ansia de goces, de su imaginación exaltada, de su sensualidad que complicó después con lecturas e iniciaciones, su innato deseo de gozar del instante, con todo y su educación religiosa. Un temperamento erótico atizado por la más exuberante de las imaginaciones, y su sensibilidad mórbida de artista, su pasión musical, que le exacerbaba y le poseía como un divino demonio interior. En sus angustias, a veces inmotivadas, se acogía a un vago misticismo, no menos enfermizo que sus exaltaciones artísticas. Su gran amor a la vida estaba en contraposición con un inmenso pavor de la muerte. Era esta para él como una fobia, como una idea fija. Cuando ese clavo de hielo metido en el cerebro le hacía pensar en lo inevitable del fin, si estaba en soledad, sentía que se le erizaba el pelo como a Job al roce de lo nocturno invisible.

*de valer, y al saludar,
acostúmbrese a doblar
con frecuencia el espinazo.*

*Diga usted sin ton ni són,
y mil veces, si es preciso,
al feo, que es un Narciso,
y al zopenco, un Salomón;*

*Que el que tenga el juicio leso
o sea mal encarado,
téngalo usted de contado
que no se enoja por eso.*

*Al torpe déjele hablar,
sus torpezas disimule,
y adule, adule y adule
sin cansarse de adular.*

*Como algo no le acomode,
chitón y tragar saliva,
y en el pantano en que viva
arrástrese, aunque se enlode.*

*Y con que befe al que baje,
y con que al que suba inciense,
el día en que menos piense
será usted un personaje.*

Tantos años errantes, con la incertidumbre del porvenir, después de haber padecido los entreveros de una existencia de novela; en una labor continua, con alternativas de comodidad y de pobreza; con instintos y predisposiciones de archiduque y necesitado casi siempre, sin poder satisfacer sino por cortos periodos de tiempo sus necesidades de bienestar y aun de lujo, amigo de bien parecer, de bien comer, de bien beber y de bien gozar como era; cansado de una ya copiosa labor cuyo producto se había evaporado día por día; asqueado de la avaricia y mala fe de los empresarios, de los «*patrones*», de los explotadores de su talento, dolorido de las falsas amistades, de las adulaciones interesadas, de la ignorancia agresiva, de la rivalidad inferior y traicionera; desencantado de la gloria misma, y de la infamia disfrazada y adornada y halagadora de los grandes centros, se veía en vísperas de entrar en la vejez, temeroso de un derrumbamiento fisiológico, medio neurasténico, medio artrítico, medio gastrítico, con miedos y temores inexplicables, indiferente a la fama, amante del dinero por lo que da de independencia, deseoso de descanso y de aislamiento y, sin embargo, con una tensión hacia la vida y el placer -¡al olvido de la muerte!- como durante toda su vida. Curioso Benjamín Itaspes...

(**La Nación**, 4 de diciembre de 1913, p. 9.)

Valldemosa, noviembre de 1913.

II

Había nacido en una ciudad de la América española, de una familia burguesa, con algún haber. Por rencillas inmediatas, consecuencia de un matrimonio forzoso, sus padres se separaron, y él fue educado por una tía materna. «*Ingrata suerte* -se decía. Educación de mujer... Quizá de allí vienen mis caprichos, mis debilidades, mis exasperaciones nerviosas, mis creencias en lo extraordinario, mis supersticiones... Educación de mujer, cariños, rezos, a veces latigazos... Aquella vieja casa, donde por las noches, después de pasado el crepuscular vuelo de los murciélagos, se oía el especial siseo de las lechuzas, y en donde se aseguraba que 'espantaban'... La visión imborrable de la bisabuela, una anciana paralítica que se mantenía en un sillón moviendo la cabeza... El recuerdo de los continuos sustos, al hallar en las camas de cuero, al tiempo de ir a acostarse, alacranes y ciempiés... El especial ruido de las tejas cuando había temblor de tierra... Las consejos de aparecidos oídas en la cocina a las criadas indias y mulatas... Luego, después de los primeros años, una vida de escasez...

Pensar en su infancia le entristecía y hacía revivir lejanas impresiones dolorosas, horas de temor y de melancolía...

Después, el despertar de su pubertad en el colegio, los estudios mal seguidos, un tiempo de internado en un establecimiento que había sido antiguo convento de franciscanos y donde era sabido que también aparecían fantasmas, aun de día, entre las viejas piedras terrosas... Las iniciaciones de la carne, las sorpresas sexuales de las que creía en su ignorancia ser descubridor... El como un día se sintió enamorado y poseído de la música y apasionado por el misterio de la mujer... Su misticismo junto a su innato erotismo... ¡Cuán lejos aquellos comienzos! Y, ¿no había sido entonces, entre los catorce y los quince años, cuando probó por la primera vez el veneno que había de influir más tarde en el desarrollo de su mentalidad y en la formación de su carácter, y quizá en una parte de su obra? Todo había sido dependiente de las disposiciones del destino. Si él hubiera nacido rico, ¿cuántas horas trágicas, cuántos terremotos vitales y mentales evitados, cuán diferente la realización de su obra artística... *«Sí -le argüía una voz interior, que estaba de acuerdo con lo que mucha gente le decía- pero no sería tu obra la actual, no serías tú el que eres, no serías tú»...* ¿Sería esto verdad? Sus armonías, sus poemas musicales, estaban impregnados de esencia fatal, estaban llenos de la sangre de su corazón, del sudor de sus agonías, y había sido preciso que así fuese eso... Y *«eso»*, ¿para qué? Para la consecución de un nombre, de la gloria, que es, en lo infinito del tiempo, no el sol de los muertos, como dijo el gran novelista, sino un templo de deleznable ceniza... No estaba puesto en razón el divino y miserable francés que escribió:

*...la gloire c'est une humble absinthe éphémère
prise en catimini crainte de trahisons:
et si je ne bois pas plus c'est pur des raisons?*

Cierto; una pasión de arte podía llenar toda una vida, pero no como un fin, sino como un gran complemento para la elevación del propio ser en su enigmático paso por la tierra... El arte, algo de Dios, ventana por donde algo de Él se sospecha percibir; algo que se relaciona con lo que está más allá del planeta en que nos volvemos locos... Con todo y la fe en la divinidad, una fe relativa, a menos que no se posea el talismán de los santos, el sésamo de los videntes, nuestras dudas y nuestras ansias no corresponden a la pequeñez de nuestro escenario en el universo... El planeta, buena bolsa de tierra que va rodando no se sabe qué inaudito escarabajo, por lo infinito, no se sabe adónde... ¡Ah! No haber apuntalado con los más firmes aceros de la convicción absoluta, desde los primeros años, una fe ciega, ciega por completo, en vez de esta fe en extremo miope

que se acerca al misterio para ver mejor, y luego no ve nada... Y la seguridad de que tarde o temprano se pasará tras la cortina de sombra... Por eso, hay que tenerlo entendido, por eso, por esa idea persecutoria, por esa obsesión de que no podía librarse, buscaba muchas veces el escondite de los paraísos artificiales, el engaño cerebral y, como el avestruz, metía la cabeza en el agujero...

El arte, como su tendencia religiosa, era otro salvavida. Cuando hundía, o cuando hacía flotar su alma en él, sentía el efluvio de otro mundo superior. La música era semejante a un océano en cuya agua sutil y de esencia espiritual adquiría fuerzas de inmortalidad y como vibraciones de electricidades eternas. Todo el universo visible y mucho del invisible se manifestaba en sus rítmicas sonoridades, que eran como una perceptible lengua angélica cuyo sentido absoluto no podemos abarcar a causa del peso de nuestra máquina material. La vasta selva, como el aparato de la mecánica celeste, poseía una lengua armoniosa y melodiosa, que los seres demiúrgicos podían por lo menos percibir: Pitágoras y Wagner tenían razón. La Música en su inmenso concepto lo abraza todo, lo material y lo espiritual, y por eso los griegos comprendían también en ese vocablo a la excelsa Poesía, a la Creadora. Y que el arte era de trascendencia consoladora y suprema lo sabía por experiencia propia, pues jamás había recurrido a él sin salir aliviado de su baño de luces y de correspondencias mágicas. ¿Era asimismo un paraíso artificial? No, puesto que en el secreto de su poderío uno no podía disponer de él sino él de uno, él era el que poseía y se hacía manifiesto por medio del *deus*, sus excelencias resplandecían intensamente en nuestro mundo incógnito, anunciadoras siempre de un resultado bienhechor que nunca engañaba. Y quizá esta era la verdadera compensación para el elegido que venía al mundo con su emblemático signo y con su sagrado cilicio. Dios está en el Arte, más que en toda ciencia y conocimiento, y la santidad, o sea el holocausto del existir, no es sino el arte sumo elevado a la visión directa del Completo teológico, purificado por lo infinito del fuego de los fuegos. Es la locura del Señor. «*Stultitia dei*».

Así divagaba Itaspes, cuando un ruido de niños y la figura menuda y risueña de la castellana, María, artista gentil y madre infatigable, le llegaron a sacar de sus reflexiones.

-«¡Animarse!, ¡animarse! ¿No va usted a conocer la casa? ¿Quiere usted ir a dar un paseo por el jardín, por el claustro, a moverse y a comenzar a recobrar la salud? ¿Quiere usted subir a la torre, donde está la biblioteca? Aunque, dejar los libros para venir a los libros... Mi marido le espera. ¡Vaya usted; afuera el solitario!»

Entre los niños risueños, Benjamín fue a buscar a su amigo que le hospedaba, al envidiable Luis Arosa. Envidiable por su carácter tranquilo, por su manera modesta y tradicional de tener fortuna, de administrar, de vivir, alejado de los bullicios de la ciudad, de los chismes provinciales, de las políticas comineras y de cacicazgo. Envidiable por la conservación de las costumbres antiguas, de los usos familiares. Como sus abuelos, manifestaba las señales de una religiosidad practicante, cristiano viejo, católico en la sangre y en la conciencia. Rezaba con su familia el Padrenuestro y el Avemaría acostumbrados por generaciones y generaciones de Arosas, en la mesa, al principio de los yantares. Se descubría al pasar por una iglesia u oratorio, daba el agua bendita a su acompañante, al entrar y salir de un templo. Envidiable por sus hábitos moderados y patriarcales, por su razonada y medida afición por las cosas del arte, y sobre todo por vivir en la paz y felicidad de señor y terrateniente tranquilo, en medio de una descendencia numerosísima que se había fabricado con el mejor y, más loable entusiasmo.

Le encontró Benjamín en una de las torres del castillo, la que servía de biblioteca, llena de libros apiñados en estanterías, por todos los cuatro lados. Por las ventanas se veía el campo, las cercanas laderas y las lejanas montañas; y entraba el día a verter su resplandor sobre los volúmenes empolvados, algunos antiquísimos y encuadernados en sus amarillentos pergaminos. Había obras de teología, de historia, de literatura, códices y manuscritos vetustos; libros del siglo pasado, colecciones clásicas, algunas incunables; los autores latinos de Nissard, autores griegos, libros de religión, de literatura, de arte; grandes mamotretos y tomos finos, ilustraciones y años enteros de revistas; todo lo preciso para entregarse a la lectura durante luengos años, viviendo de sus rentas, conservando lo mejor posible la salud, haciendo más hijos, hasta la llegada de la intrusa, de la Separadora, como se dice en los cuentos árabes.

Para Itaspes el descubrimiento de la biblioteca era el de un verdadero tesoro. Aunque había ido a pasar una temporada de reposo, de terapia campestre, a pedir al campo, al mar y a las montañas el apuntalamiento de su organismo, la salud de los aldeanos, el calafateo de su ánimo averiado, no podía dejar a un lado su firme afición a los libros, a los libros viejos principalmente.

Tenía Luis en sus manos un apolillado cronicón forrado en cuero flavo:

-Aquí tiene usted algo que ha de interesarle: es la historia de este edificio, en el cual ha de pensar y soñar usted todo este invierno.

En el venerable tomo, cuya primera página, caligrafiada bellamente, como era de saberse, por mano monjil, en letras negras y rojas, leyó, bajo un signo crucial:

«Iesvs María - Fvndacio, y Svcces - siv estat de este real Monestir, sagrada Cartvxa - de Iesvs de Nazaret de Mallorca son glorios principi per el Serenissim Rey - don Marti de Arago any del Señor - MCCCVIIIIC - Per F. Albert Pvig Monge pro - fes de dit real Monestir.» Y bajo un blasón en que se veía a un lado la imagen de Nuestro Señor Jesucristo: «Neque qui plantat est aliquid, neque qui rigat: sed qui incrementum dat, Deus. I. Cor., 3. 7.»¹²⁵

Era el manuscrito el mismo que había tenido en sus manos D. Melchor Gaspar de Jovellanos, el gran Jovellanos, cuando fue, por razones políticas, deportado a la isla, y aprovechó su tiempo, al amparo de la buena amistad de los frailes de la Cartuja, en sus ocupaciones preferidas, que eran las literarias. En esa misma torre en donde se aglomeraban ahora los libros, había habitado aquel célebre estudioso, aquel amable sabio.

Fueron a dar un vistazo al extenso edificio. Sabía Benjamín la historia de su creación y cómo fue construido para que el asmático rey D. Sancho viniese a respirar un aire puro en las pintorescas y sanas alturas valldemosianas. El palacio tuvo por constructor al arquitecto Jordá, mallorquín, y se comenzó a preparar el terreno para los cimientos conforme con una disposición real fechada en 3 de julio de 1321. Pronto estuvo la fábrica terminada, que era al par alcázar de reposo y castillo de defensa. El primer alcaide se llamó Martín Muntanes. Muere D. Sancho en Santa María de Formiguera, ocupó el trono de Mallorca D. Jaime III, quien no se ocupó mucho en el palacio de su tío. Triunfante el invasor D. Pedro IV, que agregó Mallorca a la corona de Aragón, vino a Valldemosa, y, amigo de la caza, hizo de la hermosa construcción un centro cinegético. Fallecido dramáticamente, a causa de su afición, en una selva, catalana, le sucedió su hermano D. Martín, quien cediendo a los pedidos de los religiosos de la orden de San Bruno, cedió el alcázar para que fuese convertido en monasterio.

Bajaron la escalera de caracol estrecha como la de los campanarios; recorrieron las distintas salas, las antiguas habitaciones de los cartujos, la capilla hoy convertida en teatro familiar, gran salón decorado con frescos que representan escenas de la historia del real castillo.

¹²⁵ Esta última expresión se traduce como: “De modo que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios quien dio el crecimiento”.

En el escenario se representan, en días excepcionales, por aficionados pertenecientes a la familia de Palma, comedias morales, o hay recitaciones literarias, o tocan músicos del lugar, en sus guitarras y mandolinas, aires del país, mientras parejas rústicas danzan bailes tradicionales, como las famosas boleras mallorquinas. Vieron las celdas, hoy habitaciones modernizadas, pero en las cuales se conservan los viejos y fuertes pavimentos de ladrillo, muebles de antaño, como el botiquín de los padres; la abertura en el muro por donde se recibía el pan, y una tabla especial en donde se señalaba la cantidad que cada religioso necesitaba. En una de las celdas se veían sobre un ladrillo lo que las buenas gentes del lugar juzgaban las huellas del diablo, cosa que Benjamín hubiera deseado más justificada, pues bien claro se veía que cuando el ladrillo estaba recientemente hecho y muy húmedo, había puesto sobre él la pata un inocente y poco diabólico perro...

Pasaron a la parte del convento nuevo, por el jardín, que rodea la columnata del antiguo claustro, y un patio en donde en el tazón de una fuente, una pequeña divinidad marina sopla en su caracol de bronce, entre el verdor de los mirtos y arrayanes, y el jazminero que nieva sus estrellas impregnadas de un aroma tan sensual y oriental. El trecho entre el antiguo convento y el nuevo es la parte en que estaba el cementerio. No hay ni vestigios de tumbas. Dos altos plátanos se alzan dando sombra a las casas vecinas, y un hondo pozo se ve con su brocal de reciente hechura. Según una guía, *«la segunda cartuja fue bendecida por delegación del Papa Pío VI en 1784 y la nueva y actual iglesia inaugurada en agosto de 1812. Es esta de estilo grecorromano, con profusión de adornos, habiendo sido pintados los frescos algún tanto defectuosos, por el aragonés Bayen, tío del inmortal Goya, siendo los florones de los arcos y relieves del escultor italiano Cogni y los medallones con los bustos de Pío VII y del rey D. Martín, así como los demás en que van grabados los escudos de armas de los Esterilch, Pax, Zafortega, Nicolau, Oleza, Llabrés, bienhechores del convento, ejecutados por el catalán Folch»*.

(**La Nación**, 7 de diciembre de 1913, p. 11.)

Valldemosa, diciembre de 1913.

III

-Esta es la celda de George Sand y de Chopin, dijo Luis de Arosa señalando a su amigo, en el largo corredor del claustro, una puerta pintada de verde. A la verdad, ello no se sabe con seguridad, pero se cree que si no

es esta, la número 2, es la número 3. ¡Se ocupa tan poco la francesa de estos detalles en su libro **Un hiver à Majorque!**...

Benjamín conocía la aventura y había leído el libro, como todo lo que se refería a la obra y a la personalidad del músico polaco, que era una de sus adoraciones artísticas. Chopin enamorado, víctima de aquella curiosa hembra, caso teratológico por su intelectualidad y que cuando no era toda literatura era toda sexo... Una gata rijosa que comía ruiseñores... ¡Pobre Chopin, pobre Musset! Él, Itaspes, no hubiera caído en semejantes añagazas... Y, sin embargo, en sus años ingenuos y ardientes, ¿no había también sentido la enfermedad de amar y esto con mujeres que no tenían nada de Aurora Dupin?...

-Confiese usted, le dijo Luis, que también habría padecido bajo los caprichos de aquel diablo romántico...

-La mujer, amigo mío, es la peor de nuestras desventuras, por sí misma, por su naturaleza, por su misterio y su fatalidad. Muchos padres de la Iglesia han dicho sobre estas cosas ciertas y profundas. Y su daño está en el amor mismo en un paraíso de temporada, en un goce que pasa pronto y deja mucha amarga consecuencia. Y no me juzgue usted un misógino... Ya sabrá usted -añadió riendo- algún día de estos, mi novela...

Los propietarios actuales del edificio -y ya se ve que lo hacían desde el tiempo de la venida de George Sand- alquilaban aquellos espaciosos cuartos a burgueses de Palma y aun de Barcelona, que venían a pasar el invierno o el verano, pues la temperatura invernal no era muy fría, ni los estíos eran calurosos.

Anduvieron un rato en silencio. Resonaban sus pasos sobre los ladrillos, bajo el techo abovedado. No había mucho que ver. Retornaron al palacio. Cuando estuvo de nuevo en su soledad, Benjamín se sintió obsesionado por la memoria de Chopin, de su amado Chopin.

El invierno pasado en Mallorca por el artista polaco y su amiga era el de 1838-39. Vinieron por la enfermedad de él, que de seguro se aumentaba, como en todo tuberculoso, por la proximidad femenina... Ya es sabido cuál era la imaginación y circunstancia principal, el temperamento de George Sand. No perdería ella su tiempo como mujer de letras, y debía escribir sus notas e impresiones para formar después su trabajo **Un hiver à Majorque**. Se había pertrechado con los **Souvenirs d'un voyage à l'île de Majorque**, de J. P. Laurens. Conocía los trabajos de Dameto y de Miguel de Vargas y probablemente la relación de Saveur y consultó libros de geografía.

En cuanto a Chopin, a quien había tocado el turno en la lista de los amantes, según las palabras de un célebre autor catalán: *«no duia salut; duia el cap plé de fantassies; el cor d'amor, i un piano»*, en tanto que George Sand, *«a mes de dur-lo an ell, portava el cor mig curat de 'l'altre'; e cervell plé de descrigicionisme, a la manera de Chateaubriand, i, el pensament d'aquell naturisme que Rousseau havia escampat, con ajuda dels homes romantics»*. Venía la escritora con su enfermo -esta era la costumbre desde Venecia- a hacer vida de campo libresca, como la vida pastoril que quería hacer Don Quijote, y como la que hicieron María Antonieta y compañía en el *«hameau»* del Triano, y la descansada vida, con sus inevitables realidades prosaicas, la desilusionó y la irritó, haciéndola escribir sus ásperas páginas contra los habitantes de la isla dorada. No es de imaginarse que haya sido de una solicitud extremada con el sublime tísico, *«quelq'un de ma famille»*, que vivía, con su dolencia y todo, poseído de sus ensueños de arte y, de sus espíritus de melodía. Y si no se habla de ningún Pagello, es porque no lo podía haber entre los rudos payeses del pueblo... Ella estaba de bilioso humor por no encontrar en Mallorca la vida de otras partes, pero tomaba sus apuntaciones, oía el piano de Chopin y llamaba a los tomates *«pommes d'amour»*. Además, en el antiguo convento, es fama que se vestía de hombre y salía de noche a inspirarse en el viejo cementerio de los religiosos.

Primero en Palma, en la villa de Souvent, que alquilara al señor Gómez y en donde el frío y el malsano olor de los braseros provocaba la tos y luego en Valldemosa, en la celda, Chopin debía haber sufrido mucho por el temor manifiesto de los vecinos, que veían en la tisis el más contagioso y espantable de los males. Y los *«prejugés contagionistes»* no eran tan solo de la medicina española, como dice George Sand, sino de todo el mundo, y no sin motivo, como lo prueban las precauciones de la más flamante higiene de nuestros adelantados días. Un amigo consolador tenía el músico en su piano y son de imaginarse las noches en que, a la luz lunar, el amor de la paz circunstante, o cuando había tempestad y viento que hacía vibrar la montaña, compañía sin nocturnos, dejaba embeberse su alma en *«el vapor del arte»*, y sus dedos de enfermo desparramaban el hechizo del milagro sonoro.

Benjamín se transportaba a aquellas imaginadas escenas.

Unía su yo íntimo a la personalidad de aquel armonioso Orfeo víctima de su propio secreto de Dios. Y se lo representaba al lado de aquella mujer que le había embrujado, como a otros, por sus ardorosas y sabidas lujurias

y su innegable talento. Era ella el camarada femenino, tanto más peligroso cuanto más intelectual y caprichoso.

Lástima, pensaba, que Chopin no hubiese dejado escritos sus recuerdos sobre esa temporada en el convento valldemosense. Era, cierto, su música el verdadero idioma para expresar sus impresiones en ese lugar apacible, dulce y grandioso al mismo tiempo. George Sand, que era una visual y una descriptora prestigiosa, confiesa en su libro: *«Yo aconsejaré a las gentes a quienes la vanidad del arte devora, mirar bien tales sitios -las visiones mallorquinas- y mirarlas a menudo. Me parece que sentirían por ese arte divino que preside a la eterna creación de la cosas, cierto respeto que les falta, según imagino, por el énfasis de su forma. En cuanto a mí, nunca he sentido mejor la nada de las palabras que en esas horas de contemplación pasadas en la cartuja; me venían ímpetus religiosos; pero no se me ocurría otra fórmula de entusiasmo que ésta: Dios bueno, bendito seas por haber dado buenos ojos.»*

Tan buenos los tenía Mme. Dudevant, que le sobraba tiempo para observar si las criadas mallorquinas que le servían en la celda, no sustraían *«quelque cotelette ou quelque fruit confit»*.

La escritora se fijaba en las hermosuras del paisaje o en los caprichos y esplendideces de la luz, en los pinos de la montaña, en los sembrados y cultivos; grababa en su memoria o apuntaba en sus cuadernos los detalles de las habitaciones de la cartuja, la figura de las criadas y del sacristán, recordaba a Chactas y Atala, no olvidaba datos de estadística y lecturas a propósito; recogía la anécdota oportuna... pero de Chopin nada, o referencias incidentales. Alguna vez habla de *«le son du piano y le jeu de l'artiste...»*, de *«un malade accable»*, de *«l'autre malade...»*. Lejos de mejorar, con el aire húmedo y las privaciones, empeoraba de una manera tremenda. Aunque estuviese condenado por toda la facultad de Parma, no tenía ninguna afección crónica; pero la ausencia de régimen fortificante, le había puesto, a consecuencia de un catarro, en un estado de languidez de que no podía reponerse. Se resignaba como uno sabe resignarse por sí mismo; nosotros no podíamos resignarnos por él, y conocí por la primera vez grandes molestias por pequeñas contrariedades, la cólera por un caldo picante, o escamoteado por los sirvientes, la ansiedad por un pan fresco que no llegaba nunca, o que se cambiaba en esponja al atravesar el torrente sobre los costados de una mula... O bien: *«Le pianino de Pleyel, arraché aux mains des douniers après trois semaines de pourparlers et quatre cents francs de contribution, remplissait la voutre élevée et retentissante de la cellule d'un son magnifique.»* Sus hijos cuidaban con asiduidad a *«un ami souffrant...»*. *«L'état de notre malade empirait toujours...»*

Benjamín recorría todo el libro de George Sand, y no encontraba una manifestación de hondo afecto, de amor cierto de ella para el artista. Cuidados sí, naturalmente... *«Yo experimentaba, por otra parte, vivas perplejidades. No tengo ninguna noción científica de ningún género, y me habría sido preciso ser médico, y gran médico, para cuidar la enfermedad cuya responsabilidad pesaba sobre mi corazón.»*

El médico que nos veía, del cual no pongo en duda ni el celo ni el talento, se engañaba como todo médico, aun de los más ilustres, puede engañarse, y como, según su propia confesión, todo sabio sincero se ha engañado a menudo. A la bronquitis se agregaba una excitación nerviosa que producía muchos de los fenómenos de una tisis laríngea. El médico, que había visto esos fenómenos, en ciertos momentos, y que no veía los síntomas contrarios, evidentes, para mí a otras horas, se había pronunciado por el régimen que conviene a los tísicos, por la sangría, por la dieta, por los lacticinios. Todas esas cosas eran absolutamente contrarias y la sangría hubiera sido mortal. El enfermo tenía de ello el instinto, que, sin saber nada de medicina, ha cuidado muchos enfermos [falta una línea] tenía el mismo presentimiento. Temblaba, sin embargo, de confiarme a ese instinto, que podía engañarme, y de luchar contra las afirmaciones de un facultativo; y, cuando veía al enfermo empeorar, pasaba por angustias que cada cual debe comprender. Una sangría le salvaría, se me aseguraba, y si no, moriría. Y, sin embargo, había una voz que me decía hasta en mi sueño: una sangría le mataría, y si la evitas, no morirá. Estoy persuadida de que esta voz era la de la Providencia, y hoy nuestro amigo, el terror de los mallorquines, está reconocido tan poco tísico como yo, doy gracias al cielo de no haberme quitado la confianza que nos salvará.» Luego cuenta que no se le sometió a la dieta, por ser contraproducente; y unos cuantos detalles sobre la leche, que se bebían los que la traían, y sobre la melancolía de las cabras... ¡Pobre Chopin! *«Después le recuerdo ligero sobre un paseo con 'notre malade'. Mas pasa a otra cosa y a un flujo de descripciones incontenibles... Y nada más para el compañero, objeto de uno de sus caprichos, que, después de todo, debe haberle sido molesto con su mala salud. Y luego, no tendría mucho tiempo para él, pues en la Cartuja de Valldemosa escribió una gran parte y terminó Spiridión. Aún nota que «sin preocupaciones a menudo dolorosas habría estado muy satisfecha de su celda de monje en un sitio sublime...»*

No era Benjamín un misógino: ¡todo lo contrario! mas encontraba que la mujer, inculta o intelectual, es una rémora y un elemento enemigo y hostil

para el hombre de pensamiento y de meditación, para el artista¹²⁶. Y se imaginaba las tristezas y desolaciones, o las tempestades morales por que pasara el polaco en el refugio monacal -sin más consuelo que la fuerza de su poder creador, que hacía transformarse el dolor en armonía y le lanzaba en las ondas del viento de las montañas, a juntarse a los ecos de la voz universal.

Por la noche, en el piano de María interpretó algunas de las composiciones de Chopin, poniendo toda su alma en el instrumento. Y al acostarse y comenzar su sueño, no le abandonó la idea del triste maestro cuya sombra algunas veces debía de vagar por las arcadas de los antiguos claustros. A través del tiempo y de la muerte, reconocía en él a un viejo amigo que le había abrevado, en su sed melodiosa, con el agua de plata de sus ánforas de oro... Un hermano por la pesadumbre y por el destino incambiable. Espíritu de estrella, corazón de ruiseñor.

(**La Nación**, 27 de diciembre de 1913, p. 9.)

UN ALTO EN EL CAMINO DE ESTA NOVELA: AQUÍ FUE LA FECHA EN QUE SE PRODUJERON LOS POEMAS “VALLDEMOSA” Y “LA CARTUJA”

Veamos lo que a continuación seguiría, con los poemas de:

VALLDEMOSA

*Vago con los corderos y con las cabras trepo
como un pastor por estos montes de Valldemosa,
y entre olivares pingües y entre pinos de Alepo
diviso el mar azul que el sol baña de rosa.*

*Y en tanto que el Mediterráneo me acaricia
con su aliento yodado y su salino aroma,
creo mirar surgir una barca fenicia,
una vela de Grecia, un trirreme de Roma.*

¹²⁶ En su ensayo sobre el tema “Intertexto y angustia existencial en *El oro de Mallorca*”, la escritora nicaragüense Isolda Rodríguez Rosales interpreta en este punto la ambivalencia en el modo de pensar de Itaspes, y que “...refleja la visión que Darío tuvo de las mujeres. Posiblemente la mujer inculta a que alude, se trate de Francisca Sánchez, y la culta, la escritora Dupin/Sand”. Ver **Boletín Nicaragüense de Bibliografía y Documentación**. Número 124. Julio – Septiembre, 2004. (Pp. 105 – 114). Sobre este aspecto, Itaspes/Darío no deja de aludir también en su “*resquemor hacia las mujeres*”, a Rosario Murillo en la novela, según Luis Maristany, primer editor de *El oro de Mallorca*. (P. 108).

*Y me saca de mi éxtasis en la dulce mañana,
el oír que del campo cercano llegan unas notas
de evocadora melopea africana,
que canta una payesa recogiendo aceitunas.*

*Pían los libres pájaros en los vecinos huertos,
se enredan las copiosas viñas a las higueras,
y muestra el sexual higo dos labios entreabiertos
junto al ámbar quemado de las uvas postreras.*

*Plinio llama Baleares funda bellicosas
a estas islas hermanas de las islas Pytiusas;
yo sé que coronadas de pámpanos y rosas
aquí un tiempo danzaron ante la mar las musas.*

*Y si a esta región dieron Catarina y Raimundo
paz que a Cristo pidieron Raimundo y Catarina,
aún se oye el eco de la flauta que dio al mundo
con la música pánica vitalidad divina.*

(Diciembre de 1913.)

LA CARTUJA

*Este vetusto monasterio ha visto,
secos de orar y pálidos de ayuno,
con el breviario y con el Santo Cristo,
a los callados hijos de San Bruno.*

*A los que en su existencia solitaria,
con la locura de la cruz y al vuelo
místicamente azul de la plegaria,
fueron a Dios en busca de consuelo.*

*Mortificaron con las disciplinas
y los cilicios la carne mortal
y opusieron, orando, las divinas
ansias celestes al furor sexual.*

*La soledad que amaba Jeremías,
el misterioso profesor de llanto,
y el silencio, en que encuentran armonías*

el soñador, el místico y el santo,

*fueron para ellos minas de diamantes
que cavan los mineros serafines,
a la luz de los cirios parpadeantes
y al son de las campanas de maitines.*

*Gustaron las harinas celestiales
en el maravilloso simulacro,
herido el cuerpo bajo los sayales,
el espíritu ardiente en amor sacro.*

*Vieron la nada amarga de este mundo,
pozos de horror y dolores extremos,
y hallaron el concepto más profundo
en el profundo De morir tenemos.*

*Y como a Pablo e Hilarión y Antonio,
a pesar de cilicios y oraciones,
les presentó, con su hechizo, el demonio
sus mil visiones de fornicaciones.*

*Y fueron castos por dolor y fe,
y fueron pobres por la santidad,
y fueron obedientes porque fue
su reina de pies blancos, la humildad.*

*Vieron los belcebúes y satanes,
que esas almas humildes y apostólicas,
triunfaban de maléficos afanes
y de tantas acedias melancólicas.*

*Que el Mortui estis del candente Pablo
les forjaba corazas arcangélicas,
y que nada podría hacer el diablo
de halagos finos a añagazas bélicas.*

*¡Ah!, fuera yo de esos que Dios quería,
y que Dios quiere cuando así le place,
dichosos ante el temeroso día
de losa fría y Requiescat in pace!*

Poder matar el orgullo perverso

*y el palpitar de la carne maligna,
todo por Dios, delante el universo,
con corazón que sufre y se resigna.*

*Sentir la unción de la divina mano,
ver florecer de eterna luz mi anhelo,
y oír como un Pitágoras cristiano
la música teológica del cielo.*

*Y al fauno que hay en mí, darle la ciencia,
que al Ángel hace estremecer las alas.
Por la oración y por la penitencia
poner en fuga a las diablasas malas.*

*Darme otros ojos, no estos ojos vivos
que gozan en mirar, como los ojos
de los sátiros locos medio-chivos,
redondeces de nieve y labios rojos.*

*Darme otra boca en que queden impresos
los ardientes carbones del asceta,
y no esta boca en que vinos y besos
aumentan gulas de hombre y de poeta.*

*Darme otras manos de disciplinante
que me dejen el lomo ensangrentado,
y no estas manos lúbricas de amante
que acarician las pomas del pecado.*

*Darme otra sangre que me deje llenas
las venas de quietud y en paz los sesos,
y no esta sangre que hace arder las venas,
vibrar los nervios y crujir los huesos.*

*¡Y quedar libre de maldad y engaño,
y sentir una mano que me empuja
a la cueva que acoge al ermitaño,
o al silencio y la paz de la Cartuja!*

(Valldemosa, Mallorca, invierno de 1913.)

Comentario: Por estos días Darío se viste con el hábito de cartujo y posa *“para una fotografía llena de símbolos y anhelos de una vida religiosa”*, de acuerdo a la interpretación de Isolda Rodríguez Rosales. Darío es huésped de la familia de Joan Sureda y señora Pilar Sureda, en *“La Cartuja”*, convento de los cartujos, isla de Palma de Mallorca. Darío busca consuelo y hace acto de recogimiento y de arrepentimiento de sus pecados en la vida errante que le ha tocado vivir.

“Ante la imposibilidad de encontrar refugio en la fe católica, –dice Isolda Rodríguez Rosales- ve el arte como un “salvavidas” y lo entiende como una religión concebida con una visión panteísta. Dios expresado en el universo, en la vasta selva, en el mar...” porque como dice Itaspes/Darío: *“Dios está en el Arte, más que en toda ciencia y conocimiento, y la santidad, o sea el holocausto del existir, no es sino el arte sumo elevado a la visión directa del Completo teológico, purificado por lo infinito del fuego de los fuegos. Es la locura del Señor. «Stultitia dei»...*

*–No obstante, –afirma Isolda Rodríguez Rosales- ante todo ese fervor religioso, bajo el hábito del monje de la Cartuja, vive un hombre amante de la vida y los placeres, que se sume en la duda y el debate ante su realidad...”*¹²⁷

Luego seguiría:

París, enero de 1914.

IV

-«Bon día tengui»...

Una sirvienta llegaba a avisar a Benjamín que en la iglesia daban el último toque para la misa.

-En seguida iré -contestó, y comenzó a vestirse. Sin embargo, una vez que se hubo vestido y arreglado y salido a la calle, pensó en que sería ya tarde; que llamaría la atención al entrar empezado el santo sacrificio. Las campanas habían cantado desde la madrugada en la dulzura del aparecer del sol, alegres campanas de pueblo que esparcen sus bandadas de palomas sonoras e invisibles sobre las almas sencillas.

¹²⁷ Ver **Boletín Nicaragüense de Bibliografía y Documentación**. Número 124. Julio – Septiembre, 2004. (Pp. 105 – 114). En su ensayo sobre el tema *“Intertexto y angustia existencial en El oro de Mallorca”*. (pp. 112 – 113).

Tenía más de veinte años de no oír misa, de no frecuentar los sacramentos; y con todo, él se sentía favorecido de Dios, únicamente por el hábito de la plegaria. Y mientras iba en el fresco aire matinal entre los plátanos de la carretera, se hizo de pronto esta pregunta: ¿Pero soy en realidad un creyente?

Se le presentó en el panorama de su memoria su niñez perfumada de leyenda religiosa, de ingenua devoción, de piadosas prácticas: la iglesia a donde iba a misa primera, al alba, cuando aún estaban encendidos los faroles de petróleo de la vieja ciudad. Oía la misa con devoción y aun había aprendido a ayudar a ella. Resonaban aún ecos perdidos en el fondo de su alma.

«Introibo ad altare Dei - Ad Deum qui laetificat juventutem meam. Judica me, Deus, et discerne causam meam... - Ad veniat regnum tuum»... Y recordaba las emociones de la confesión y de la comunión. Aún sin comprender nunca la hondura del símbolo, tenía presente la satisfacción física y espiritual de sentir diluirse en su boca el divino pan de misterio.

Y en su casa católica, los rezos, cuyos retazos venían a veces a su recuerdo, «épaves» que flotaban después de las tempestades de su vivir. Eran fragmentos de oraciones, de novenas, de responsorios, que se rezaban en las reuniones domésticas. Una traducción del «*Magnificat*»: «*Mi alma engrande al Señor y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador...*» O bien, para la confesión: «Yo, pecador, me confieso a Dios, a la bienaventurada siempre Virgen María, al bienaventurado San Miguel Arcángel, y a todos los santos... Y a vos, padre...» O bien: «*Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero...*» O la «*Salve Regina*»: «*Dios te salve, Reina y madre, madre de la misericordia...*» O eran las devociones a diferentes santos y seres celestes. De *El Trisagio*:

*Todo el orbe cante
Con gran voluntad
El trisagio santo
De la Trinidad...*

Algo que concluía con un retornelo:

Ángeles y serafines dicen Santo, Santo...

O versos sencillos, de novena. En alabanza de San Antonio de Padua:

*...Vuestra palabra divina
Forzó a los peces del mar
Que saliesen a escuchar
Vuestro sermón y doctrina;
Y pues fue tan peregrina
Que extirpó diez mil errores,
Humilde y divino Antonio
Rogad por los pecadores.*

*Vos libráis a cualquier reo
De los grillos y cadenas,
Y el que no os clama se enajena
Del pecado sucio y feo.
Y pues sois divino Orfeo
De Jesús, flor de las flores,
Humilde y divino Antonio,
Rogad por los pecadores.*

Y algo en loor de San Francisco de Paula, que concluía:

*Francisco en Paula nacido,
Mínimo de Dios querido,
Nuevo sol de Caridad.*

Luego, en la frecuentación de los jesuitas, había aprendido muchas cosas, en la frescura de su adolescencia; mas todo aquello no debía haber encontrado muy propicio terreno, pues no había prevalecido contra los ataques posteriores de la existencia. ¡Ah, otra cosa hubiera sido si él se hubiese quedado para siempre en aquellos claustros en donde los sacerdotes de la Compañía de Jesús se deslizaban como sombras, cuando eran llamados, con individuales toques de campana. Habría él quizá sido un excelente soldado de San Ignacio, pues hasta sus aficiones musicales encontraron allí estímulo. Allí el son del órgano y del armónium conmovieron sus potencias nacientes. Allí sintió penetrar y nacer al mismo tiempo de él el supremo temblor de la música, y comprendió por primera vez cómo los griegos abarcaban en ella todo, hasta la misma poesía. Allí escuchó las primeras revelaciones, desde los inocentes compases de

*Oh, María,
Madre mía,
Dulce encanto
Del mortal,*

hasta prodigios del canto llano, cosas de Bach, de Roland de Lassus, de Palestrina, de Vitoria. Allí había sido ungido con el óleo melodioso.

Pero en fin, el tiempo había marchitado las rosas de aquella casi olvidada primavera. Con su emigración, con sus peregrinaciones, había dejado abandonadas sus costumbres devotas. La última vez que se había confesado y comulgado, había sido para casarse, hacía más de 20 años. Había visitado en sus viajes templos, conventos y oratorios, había hablado en Roma con Su Santidad, había adorado reliquias; y todo aquello no había dejado gran huella; el artista y el turista substituían, en realidad, al creyente. Solamente en sus amarguras, desengaños y resoluciones, volvía el corazón y la mente a lo infinito, y hablaba con Dios como con un padre desconocido, sin forma, sin idea de él fija, pero que debía estar en todo el Universo, como se dice, en esencia, presencia y potencia. Él le sentía, y se dirigía a él pronunciando las palabras mentalmente. Y a pesar de las dudas que las lecturas y las meditaciones habían sembrado como mala cizaña en su alma, el Padre para él era Cristo Jesús, el hombre divino, el Dios humano de Galilea. Asimismo se acogía en las grandes angustias y apreturas de ánimo a la Virgen, a María, en quien encontraba más que los esplendores de las letanías, más que la Virgen poderosa, o el vaso digno de honor, o la Rosa Mística, o la Torre de David, o la torre de marfil, o la Casa de oro, o la Estrella de la Mañana, la Reina de los Mártires, la Salud de los Enfermos, el Consuelo de los Afligidos, la Madre admirable, o mejor, la «*manía*» de los solitarios, de los desamparados, de los tristes, de los combatidos de la vida.

Cuando todo esto pasaba por su mente, no dejaba de surcar ese cielo aclarado algo como un relámpago negro. Una tarde había entrado en Nuestra Señora, en sus vagabundeos por París. Había orado, de rodillas, había pedido a Jesucristo y a la Virgen el refloreCIMIENTO de su fe. Se sentía débil. De pronto resonó el órgano; un coro de monagos lanzó su cántico angélico. El trueno musical le conmovió hasta lo más íntimo, y lloró como hacía tiempo no lloraba. El Padrenuestro y el Avemaría se sucedían en su corazón y en sus labios. Salió, luego aliviado. Pero pasó el relámpago negro. ¿No será esta contrición y este llanto un fenómeno nervioso, una manifestación enfermiza de mi estado fisiológico, un efecto de la depresión, que dejan el excesivo trabajo mental y los excitantes? E imploraba ayuda de nuevo. Porque hasta en el mismo templo y en el instante de la plegaria, llegaban a perturbarle y a hacerle sufrir ideas de negación y de pecado, visiones de un erotismo imaginario, ultranatural y hasta sacrílego. Apenas le calmaban palabras reconfortantes como las de la «*Imitación*»: «*Mientras en el mundo vivimos no podemos estar sin tribulaciones y tentaciones. Por lo cual está escrito en Job: tentación es la*

vida del hombre sobre la tierra. Por eso cada uno debe tener mucho cuidado acerca de la tentación, y velar en oración porque no halle el demonio lugar de engañarle, que nunca duerme, sino busca por todos lados a quién tragarse. Ninguno hay tan santo ni tan perfecto, que no tenga algunas veces tentaciones, y no podemos vivir sin ellas. Mas son las tentaciones muchas veces utilísimas, aunque sean graves y pesadas; porque en ellas es uno humillado, purgado y enseñado. Todos los santos por muchas tribulaciones y tentaciones pasaron y aprovecharon. Y los que no las quisieron sufrir y llevar bien fueron tenidos por malos y desfallecieron. No hay religión tan santa ni lugar tan secreto donde no haya tentaciones y adversidades.» Y otras palabras más de ese libro sedante.

¡Mas quién sabe si para él vendría alguna vez la gracia! La gracia, centella invisible, y algunas veces visible, conmoción inenarrable que transforma un espíritu, que abre los ojos a un mortal ciego, que trae el cumplimiento de un destino se diría que por orden expresa de lo Infinito. La que en el trueno llega a Pablo; la que en los días nuestros y en París babilónico transforma en santo a un escritor refinado y conocedor de todas las lujurias y sensualidades como Huysmans; y convierte a otros varones de pecado en devotos y adoradores de las virtudes del catolicismo. La gracia podría venirle a él por medio del prodigio musical... ¿Mas cómo apartar el don de raciocinio y la necesidad de examen? Tantas lecturas y tantos buceos de pensamiento le habían hecho claudicante e indeciso. Pedía, no obstante, siempre la fe. Decía: «Señor, yo quiero creer en ti como el carbonero. Dame la sacra estulticia. Dame que sea como los campesinos, como los limpios de corazón, como los pobres de espíritu, dame tus bienaventuranzas. Estoy perseguido por la negrura de la incertidumbre. Sé que debo morir un día; sé que estoy, sin saber cómo, en esta inmensa esfera de tierra y que mi sangre y mis nervios y mi temperamento me dominan y me dirigen. No me siento libre; no existe la libertad. No existe para la inmensa naturaleza insensible a la manera humana ni el bien ni el mal. Todo es y será y ha sido por ti. Uno de tus nombres, Señor, es 'Fatalidad'.»

Decía: «Señor, ha tiempo que yo hubiera dejado el siglo, los combates cotidianos con la hostilidad ambiente, con la ferocidad de los prójimos; habría buscado la paz de los conventos y te habría servido como el más consagrado de tus siervos: pero tú no lo has querido, me has dejado solitario sobre la faz de la tierra, con un cerebro pagano, con un cuerpo que han atacado con sus magias todos los pecados capitales, y con una inteligencia de las cosas que me aleja cada día más de la fuente de la fe, contra mis deseos, contra mis querer, contra la decisión de mi voluntad.

El demonio existe, Señor, puesto que me coge en sus lazos, desarmado y tanteante, y lo que es triste, hasta donde alcanza mi conocimiento, con anuencia de tu todopoder y de tu infinitud.»

Decía: «Me das, Señor, facultades mentales para juzgar y apreciar los conceptos de la vida, y en todas las disposiciones que atañen a la humana persona encuentro la presencia de lo ilógico. Tengo estos ojos ansiosos de bellos espectáculos, esta boca deseosa y sedienta de gratos gustos, estas narices que buscan aspirar deleitosos perfumes, estas orejas que tienden a todos los armoniosos sonidos, este cuerpo todo que va hacia los contactos agradables, a más del sentido del sexo, que me une más que ninguno a la palpitación atrayente y creadora que perpetúa la vitalidad del universo. Y, sin embargo, has puesto delante de mí el espectro del pecado, la incomprensibilidad del dogma, y nada de la ceguera espiritual, de la supervisión con que favoreces a tus escogidos.»

Decía: «Señor, yo siento una relación especial con todos los seres de la tierra y del cielo. Yo miro mis pupilas en las pupilas de los animales y mi sangre en la sangre de ellos, y mis huesos en los huesos de ellos. Yo miro mi carne en los troncos de los árboles y en el humus negro de los campos. Nadie sabe nada, y la intuición es una piedra lanzada a lo desconocido. Señor Jesucristo, los judíos tienen razón en su razón humana; tú debiste venir, tú debías venir, tú debes venir, con todo el aspecto y la omnipotencia de un rey divino, poseedor y director de todos los fluidos y electricidades de prodigio que fuesen comprensibles a nuestro mísero entendimiento. Porque nuestra 'animula', 'blandura', 'vagula', tan sujeta a lo material que un golpe en el cerebro, un alcaloide, o un elixir embriagante la cambian y trastornan, es un instrumento poco adecuado a la idea que han tenido las humanidades de todos los siglos de la inmensidad y excelsitud de Dios.»

El día brillaba, y el oro matinal envolvía las cumbres de los montes circundantes. Las piedras semejabán en las alturas bloques de un rosa dorado. La limpidez azul del cielo parecía de fabulosa gema bruñida. Por un lado subían los senderos hacia el escalonamiento de los predios labrados que se veían en las faldas de los cerros y colinas adornados de los ramilletes verdes de los pinos y de las encinas. Cerca, por las tapias de los huertos caían, enredadas las parras en las ramas de las higueras, los racimos de uvas ambarinas y doradas junto a los higos verdes y oscuros, algunos entreabiertos, dejando ver su carne roja. Se veían las extensiones cultivadas, al lado de los olivos seculares de raros y fantásticos troncos. Un grupo de mozas apareció; algunas llevaban cestas para recoger las aceitunas que, desprendidas de los árboles, ennegrecían el suelo. Las había de rostros bellos, y todas tenían cuerpos voluptuosos, ceñidas las caderas

por las faldas campesinas que dejaban ver por el ruedo extremos de refajos rojos que alegraban singularmente con su nota violenta la armonía del paisaje. Un labrador cantaba a lo lejos un canto semejante a una melopea moruna, o a esas largas y onduladas notas que lanzan los «*cantaores*» andaluces en las malagueñas, tientos y soleares. Indudablemente, tanto ese canto mallorquín como aquellos lánguidos clamores de Andalucía, los habían dejado los hombres de África, que un tiempo fueron conquistadores en España y en el Mediterráneo.

Al acercarse advirtió Benjamín que con el coro de mozas había unas cuantas mujeres viejas. El canto cesó y le sucedió un murmullo o rumoreo, en el cual oyó las palabras de la oración dominical en mallorquín, pero bien comprensibles. Por el camino venía un sacerdote. Se fijó el artista que en los tapiales había, de tanto en tanto, cruces de hierro. La tarde anterior, en el claroscuro crepuscular, se había encontrado con grupos de mujeres que venían de los lugares cercanos, rezando el rosario. Había en toda la isla, pero principalmente en el antiguo asiento de los Cartujos, un ambiente más que católico medieval. El recuerdo de dos beatos, el grande Raimundo Lulio y la mínima Catarina Tomás, flotaba en el ambiente, impregnaba los vetustos olivares, los viejos muros, los puntos que frecuentaron, los santuarios, oratorios, cuevas y fuentes. Una religiosidad antigua se revelaba en los habitantes de la villa de calles estrechas y empinadas, de gentes, aunque antaño amigas de las danzas, hoy poco amigas de divertirse y de alegrar el cuerpo y el alma. Y sin embargo, en los campos pedregosos, donde se alzaban amontonamientos de rocas grises y blanquizas, y entre los olivos que hacía recordar la pagana Grecia, y en los valles en donde se abre la granada y da su miel el sexual higo, y cuelgan de las viñas las uvas que recuerdan la siesta del fauno mallarmeano, y hay flores y espigas, y verdes hojas de maíz, no sorprendería ver surgir de repente allá un egipán, aquí una ninfa o hamadriada, a son de flauta de carrizos como es consuetudinario en el mundo de las líricas y helénicas ficciones. Los mozos son fuertes y de ojos vivaces y cuerpos gallardos y las muchachas adolescentes son formadas y redondeadas donde conviene por la madre naturaleza como la prodigalidad y hermosura que placen a los saltantes sátiros y a los alegres demonios.

Inundaba de claridad los montes circunstantes el sol excitante de los dulces países. Benjamín iba de retorno al castillo cuando oyó resonar la bocina de un automóvil por el lado del camino de Soller. A poco paso junto a él, un tanto despaciosa la máquina que había lanzado su alerta. Reconoció en ella a algunos amigos de Palma y de Barcelona, que se saludaron, artistas y escritores; con ellos iban dos damas. Una de ellas, rubia, y de una gracia y elegancia que revelaban a la parisiense.

Benjamín sonrió.

(**La Nación**, 21 de febrero de 1914, p. 6.)

París, enero de 1914.

V

Se había tomado el té en uno de los miradores de Miramar, la propiedad espléndida y pintoresca de un príncipe de Iliria, el archiduque Carlos Federico, que de lo que fue parte de la antigua alquería árabe de Haddayán ha formado un conjunto de moradas, quioscos y terrazas que sobre los montes, a orillas de los abismos, entre rocas y verdores de vegetación, forman como una región de cuento oriental, que domina las tierras circundantes y tiene enfrente las mágicas aguas del mar Mediterráneo.

Se había tomado el té, mientras se esperaba la caída próxima de la tarde, la puesta del sol. Estaba Benjamín con los amigos que había saludado en el automóvil, Jaime de Flor, Ángel Armas, un periodista y las dos damas, una de las cuales, la rubia, que en realidad era parisiense. Era una mujer de 30 años, en toda la vitalidad y encanto de esa edad en que hay plenitud de vida, como jugo de sol en la cabeza y en las venas. Jaime de Flor se la había presentado: -Margarita Roger, artista-escultora. Una admiradora y compañera de Mme. Chandel.

Ésta vestida con gran gusto y no tenía más adornos que dos perlas rosadas en las orejas y un anillo arcaico en que brillaba una esmeralda. Desde que Benjamín la miró sintió una viva atracción hacia ella, y por los escasos momentos en que habían podido conversar quedó encantado de su discreción, de su cultura, ambas cosas, si se mira bien, raras hoy en los artistas...

-¿Señora o señorita?, había preguntado a De Flor después de la presentación. -Señora... divorciada -le había contestado su amigo.

Ángel Armas le llamó, para ir a otro mirador cercano; y mientras el mar y el cielo comenzaban una extraordinaria decoración de luces y colores, él fue quien contó a Benjamín toda la historia de Margarita -ex Mme. Taronji de Campos- en pocas palabras.

No era una parvicule de París, una «*farigotte*», sino que había nacido en Normandía y había llegado a la capital francesa siendo muy niña aún. Huérfana, fue educada por una tía. Con talento para las artes, se dedicó, desde su adolescencia, a la escultura, habiendo frecuentado el taller de Rodin. Se relacionó con artistas y escritores de la «*orilla izquierda*», y asistió algunas veces a las reuniones de Mme. Rochilde, y al cenáculo de Paul Fort. Expuso algunos trabajos y obtuvo elogios de no pocos críticos. Mas, como sucede en tales casos, su obra, si notable por algunas excelencias que se imponían, carecía de algo, un «*algo*» de menos que se advierte a la inmediata en la producción de los talentos femeninos. ¿Qué le falta?, se preguntaban algunos. Y los terribles repetían una frase de humorismo de Jaime de Flor. -Le falta... ¡lo que les falta a las mujeres! Frase que comentaba con innumerables ejemplos y afirmaciones, con el beneplácito de Benjamín, que consideraba como teratológico todo caso en que la mujer se intelectualiza. Recorred la historia del pensamiento humano. Safo sobresale por su rareza y por su audacia, porque confesó en versos de histérica cosas que ninguna mujer había confesado antes. Las sabihondas del Renacimiento, y las posteriores, eran simplemente viragos... Mme. Ackermann es simpática, porque confiesa a cada paso su debilidad y su idiosincrasia femenina. Escribe versos porque «*oyó de repente rimas que sonaban en sus oídos*», y tiene gusto en «*enchâsser les jolies perles de langage*». Cuando habla de su condición cerebral escribe con modestia y sencillamente, «*mon petit talent*», y eso que se atrevía dignamente con Pascal. Y cuando se llena de canas, dice: «*No soy más que una vieja lechuga que ha lanzado sus gritos en las tinieblas... No me queda sino callarme...*» ¡si todas las viejas lechugas hicieran así! ¡Dios mío! ¿Y las simplemente artistas? Recorred los museos... Por eso a Benjamín le era grata Margarita Roger, a quien sabía simple en sus tentativas, esfuerzos y pretensiones.

Margarita gozaba de la renta de una regular fortuna que le había dejado su padre. Había conocido, en casa de unos amigos, en París, a un joven español, de la isla de Mallorca, hombre de cierto talento, de excelente carácter y bastante adinerado, que supo primero jugar al amor con ella, y luego casarse. Margarita conservaba muy buenos recuerdos de él, y, sino enamorada, se había llegado a formar la ilusión de una vida amable y tranquila con un marido que satisfacía sus menores caprichos, y que, aunque le chocaba en ciertas minucias y detalles, que revelaban una inexplicable avaricia, en quien, por otra parte, demostraba largueza y amor, era después de todo, lo que se llama un partido envidiable. La separación había venido, no por incompatibilidad de carácter, ni por heridas, ni razonamientos de amor propio, sino por la malhadada idea inarrancable del cerebro de Taronji, de ir a vivir a su ciudad natal, Palma de Mallorca, en

donde su mujer había de pasar momentos de angustia, de vergüenza, de sufrimiento.

-¿Alguna aventura inesperada?, ¿algún viejo amorío resucitado? -interrogó Benjamín.

-No -respondió Ángel Armas- es que Taronji era «chueta». ¡Chueta! Esta palabra le hizo recordar la singular vida de aislamiento, el gueto moral en que viven en la capital de la isla mallorquina, de la Roqueta, los descendientes de los antiguos judíos conversos. Había leído en George Sand una cita de Grasset de Saint Sauveur que dice:

«Se ven, sin embargo, aun en el claustro de Santo Domingo pinturas que recuerdan la barbarie ejercida antaño contra los judíos. Cada uno de estos desgraciados que han sido quemados está representado en un cuadro bajo el cual están escritos su nombre, su edad y la época en que fue victimado. Se me ha asegurado que hace pocos años los descendientes de esos infortunados, que forman hoy una clase particular entre los habitantes de Palma, bajo la ridícula denominación de «chouettes», habían en vano ofrecido sumas bastante fuertes para obtener que se destruyesen esos monumentos aflictivos. No he querido creer tal hecho... No olvidaré, sin embargo, nunca, que un día, paseándome por el claustro de los dominicanos, consideraba con dolor esas tristes pinturas; un monje se me acercó y me hizo notar, entre esos cuadros, muchos señalados con huesos en cruz. "Esos son -me dijo- los retratos de aquellos cuyas cenizas han sido exhumadas y arrojadas al viento." Mi sangre se heló; salí bruscamente, el corazón apenado y el espíritu conmovido por aquella escena.»

Benjamín mismo había recorrido en otra ocasión una calle de Palma en que principalmente moran esos israelitas que, aunque desde hace algunas generaciones profesan la religión católica, son mirados como corderos sarnosos en el rebaño. Es preciso, para comparación, buscar en ciertos medios alemanes, o en Rusia, un desprecio semejante por los que llevan la sangre de la raza de Nuestro Señor Jesucristo. No hay odio ya, como entre los rusos, que llegan hasta la exterminación; pero, en fin, se les mira como a tribu maldita, como a gafos en su leprosería. El autor de L'illa de la calma los ha pintado, en las estrechas tiendas de su calle estrecha, «*mirando de reojo a todos los que pasan*», en sus pequeños obradores de plateros, relojeros y joyeros; grandes comedores de carne, con sus mujeres, harto fecundas y parideras, manejando el oro y la plata, de cuyo comercio viven, mirados siempre de modo oblicuo por la gente, que habla de ellos en voz baja. Sí, Benjamín recordaba haberlos visto en idénticas condiciones. Había entre ellos tipos del más puro Israel, figuras de *judengasse*, de ciertos

barrios de Tánger, de Argel, de Gibraltar, de Amsterdam, de Londres, de Hamburgo, de Roma, de tantas partes. Eran las mismas curvas narices, de una curva especial; las bocas de gruesos labios, en su mayor parte; el rostro todo de esa configuración que tanto han explotado los caricaturistas en todos los lugares en que hay hebreos; la singularidad de la raza, que en su parte femenina suele dar soberbios ejemplares de belleza que casi siempre deforman los partos, trayendo la obesidad, por otra parte apreciada por los hombres de Oriente.

Pero, ¿por qué singularmente en Mallorca esta aversión a los israelitas, y cabalmente a los convertidos al catolicismo? Suelen esas familias, con fama de honestas y apenas tachadas de ciertos defectos comunes a la estirpe, ser asiduas a las prácticas religiosas, con mayor devoción que muchos descendientes de cristianos viejos; van a orar a las iglesias, principalmente en Santa Eulalia y han salido de tales gentes hombres de valer y de honradez, sacerdotes, letrados, poetas y artistas que han contribuido al prestigio de la intelectualidad mallorquina, porque, bien dijo el ancestral rabí Sem Tob:

*Non vale el azar menos
Por nacer en el vil nío,
Nin por enxiemplos buenos
Por los decir judío.*

Quizá estos sufren, decía Benjamín, por la apostasía de sus padres... ¡Pero los otros, los de Rusia, los de Alemania!... ¿No hay un secreto de expiación y de inquietud secular en esta raza misteriosa? Talento y oro no les ha escatimado la divina Providencia, y la obra enorme del agrio Drumont es un monumento en honor de la perseverancia, de la astucia y de la potencia judías. ¿Y no es otro ese extraño libro La salud de los judíos que escribiera León Bloy el explosivo? Y estos mismos chuetas de Mallorca, ¿no han ido poco a poco acaparando fortunas, entrando en tales o cuales antes vedados puestos oficiales y a la vista de los pocos nobles ricos y de los hidalgos venidos a menos, no se convierten en terratenientes, constructores de inmuebles y manejadores de negocios? Ciertamente. Mas la separación, la valla que existe entre ellos y el resto de los mallorquines es indestructible. Así, pudo suponer, en una obra renombrada, un novelista célebre, que un noble palmesano, como único medio de salvarse de la ruina, pensaba unirse sacrosantamente con una chueta, hermosa y llena de atractivos y que por consejo de un chueta muy filósofo y práctico no realizarse su ensueño.

Margarita, llena de ilusiones por lo que habían contado y por las lecturas sobre la Isla dorada, se imaginó al partir con su marido que iba a ser como

una feliz princesa en un paraíso de encanto. No fueron, ay, pocos, desde su llegada, los desengaños...

Desdenes e indiferencias sociales le amargaron los días pasados con la familia de su marido, pues ésta no se relacionaba más que con otras familias señaladas por la marca infamante... A punto que, de abatida, desesperada, un día se fue de su hogar, tomó el vapor para Barcelona y volvió a su París. Tal era sucintamente su lamentable aventura.

Cuando retornaban a Valldemosa los concurrentes de paseo, el sol se hundía en el vasto mar iluminado por la policromía encendida y caprichosa del poniente que reflejaba sus fuegos fabulosos sobre la superficie vista en su tranquilidad a modo de una inmensa tela de seda arrugada y oleosa.

De oro parecía el agua del fondo, de un oro rosado sobre el cual se formaban en la conjunción con el cielo como archipiélagos candentes, tempes acarminadas, amatutes de prodigio con lagos de plata en fusión, montes de plomo, riberas color de violeta y naranja. De oro parecían bañadas por la luz horizontal las cumbres de los cercanos acantilados, de oro los peñascos suspendidos al borde de los precipicios, las bocas de las cuevas y honduras en donde anidan palomas y cuervos marinos.

Benjamín se acercó a conversar con Margarita, que iba delantera. A la luz vespertina pudo contemplar de nuevo su rostro, en que había, entre repentinas ráfagas de alegría que pasaban cuando se hablaba de cosas gratas a su espíritu, a su corazón encantado de arte como un penoso enigma. Era el fracaso de su vida, de sus esperanzas, la equivocación fatal del rumbo que irreflexiblemente siguiera, la ruptura de una unión que circunstancias por completo extraordinarias habían reducido a nada. Sus ojos, de un azul apizarrado, punteado de oro oscuro, brillaban sibilinamente y cuando sonreía se entrecerraban con dulzura.

¿De qué hablaron? De varias cosas, pero en la voz de Benjamín, había un súbito cambio, que él mismo notaba no sin sorpresa. Trataba a su nueva amiga como se trata a una niña enferma, con cierto temor de decir algo que pudiese no serle agradable. Se sentía cerca de ella como lleno de un afecto entre fraternal y apasionado... Vamos, ¿resultaría ahora, después de tanto tiempo de sequedad sentimental, con una conmoción nueva?... ¿A su edad?

Al despedirse le dijo Margarita: -Estoy en el Gran Hotel, en Palma, por poco tiempo. ¿Quiere Ud. venir a verme un día de estos? Almorzaremos juntos. ¿«Entendu»?

-«*Entendu*»

(**La Nación**, 23 de febrero de 1914, pp. 4-5.)

París, febrero de 1914.

VI

Salieron del hotel con humor jovial, como al amor de una nueva juventud. El almuerzo había sido medianejo, pues no abundan los elementos culinarios en la ciudad, ni se cultiva la «*bonne chère*», aun en tal establecimiento que se estrenara con lujosos comienzos, decorado el comedor con floridos almendros del Catalán de los jardines, del famoso y excelente Santiago Rusiñol, y con bellas violencias de luz y fantasías de platea, en paisajes y visiones de Joaquín Mir.

Tomaron el tranvía que va por el Terreno, hasta Porto Pi, y que como todo lo de la isla, confirma el decir de George Sand: «*mucha calma, c'est la sagesse majorquine*».

El vehículo va con toda la tranquilidad posible. Nadie se preocupa de ello. Los caballos se detienen de cuando en cuando y los pasajeros pueden conversar con conocidos que van a pie. Se bordea el mar, se entra en el barrio de Santa Catalina, luego en el caserío del Terreno, dominado desde una altura por el castillo de Bellver, rodeado de pinares. Por allí había habitado el artista en otra época, y recordaba el espectáculo único de la bahía llena de cielo diluido, de la ciudad como inundada de oro por el maravilloso poniente, pues es el padre Sol el que vierte su áureo prestigio en la isla de encantamiento, el donador del oro de Mallorca.

La salud de Benjamín, había mejorado mucho. El alejamiento del bullicio, del ruido parisiense, la supresión de las preocupaciones, de las tensiones nerviosas que se producen en los conflictos íntimos, o en la agitación de la lucha por el dinero, en el centro ciudadano, en el despacho, en la oficina; la ausencia de los ruidos y clamores de la urbe vibrante de continuo; la paz, en cambio, de la villa pequeña en que reponía sus energías, del valle apacible; la amable y serena vecindad del mar, los alientos de la montaña, el pan rústico, la pura leche de las cabras, la alimentación ordenada, el sueño ordenado, las madrugadas, el «*footing*»; las ascensiones a las montañas circundantes, a las próximas colinas, que entre sus vellones de verdura muestran la carne milenaria de sus rocas, blancas como nevadas, o rojizas como impregnadas de oxidaciones de hierro; el trato con gente ponderada y señoril que se complacía en hacerle las horas gratas, ya con campesinos y labradores, con payeses al parecer huraños, pero que tienen un excelente fondo de natural filosofía y de buen

humor, todo eso le había hecho recobrar fuerzas, ánimo, deseo de vida y de producción, sin necesidad de la ficticia eufonía de los excitantes, y con una visible renovación de su sangre, de sus músculos, de su casi perdido optimismo. Ciertamente que sus preocupaciones religiosas no le habían abandonado; pero se sentía como si por de pronto le interesasen más por ser más inmediatas sus facultades corporales, la dinámica de su materia obrante y de su inteligencia pensante, y no entraba en más teología que la de su música, la cual sentía dentro de su cráneo, dentro de sus venas, como complemento rítmico y armonioso de su esencia individual. Y aun el amor mismo quería reflorar, como en una nueva primavera.

Subió, con su amiga, apoyada de su brazo, por una de las sendas que conducen al castillo antiguo que aún alza sus torres y muros militares, entre los que queda un concentrado vaho de Edad Media.

-¡Qué bello día! -exclamó Margarita.

-Ha tiempo que yo no pasaba uno semejante -le respondió Benjamín-. Sobre todo con un «copain» como usted.

-Eso me place... Como un «copain...». Verdad es que la amistad entre almas de arte, cuando es leal, fraternal, sincera, es un presente de los dioses. Y con usted me sucede que creo haberle conocido desde hace mucho tiempo... Y no sé por qué juzgo que hay algo paralelo en nuestras vidas. Su retraimiento, su facultad de observación, y cierta timidez que a mi entender oculta un gran fondo de ternura, me han hecho grato su conocimiento...

-¡Quién sabe -interrumpió Benjamín- si tristes experiencias más o menos semejantes nos acercan!...

La subida hacia el castillo les fatigaba un poco.

-¿Nos sentamos a descansar?

-Sentémonos.

Un suave viento que venía de la extensión marina meneaba las copas de los pinos. Se oía en las ramas como un ruido de agujas al llegar a la arena de la orilla. Se sentaron bajo uno de esos árboles que tienen, se pensaría, un olor religioso. Y hablando, hablando, llegaron a hacerse mutuas confidencias, interrumpidas por una frase mutua: «¡Ah, si nos hubiéramos conocido antes!»

No, no podían haberse conocido antes. La vida es así... Todo está escrito, según el decir de los mahometanos... Estaba escrito lo que habían padecido, como lo que habían gozado. Estaba escrito que no se debían encontrar en París, donde habitaban ambos, sino en una solitaria y silenciosa vía de un pueblo mallorquín. Estaba escrito que en ese instante mismo en que conversaban bajo el dosel verde de los pinos sedosamente sonoros, él había de ver brotar del fondo de los ojos de ella y del fondo de su alma, recién nacidas consolaciones. Mas al mismo tiempo sentía como un dejo de melancolía, como si respirarse el alma de una rosa marchita que aún conservase su perfume. Margarita le narró su vida de manera que en nada difería de lo contado por Armas. Solo que todo lo refería si con justa tristeza con completa resignación. -¡Qué vamos a hacer! La felicidad viene como un premio de la lotería... Pero, con todo, no hay que desconsolarse. Todos hemos tenido momentos de dicha, aunque fuese ficticia, y un recuerdo hace olvidar el sinsabor pasado. Y luego, todavía, el porvenir...

Benjamín fue también franco y explícito. Le contó su novela, sus novelas sentimentales. Ah, sí, porque había tenido más de una... No es cierto que el primer amor sea el único, ni que el último parezca siempre ser el primero. Le relató mucho del primero, Margarita le escuchaba con gran curiosidad, eran cosas exóticas, de una tierra para ella extraordinaria, allá lejos, en la región de los pájaros policromos, de los soles ardientes. -¿Sabe, Margarita? Yo he sido un ferviente amoroso desde niño... Un enamorado de amor y con toda mi fuerza imaginativa y todos mis sentidos...

Veía ella los paisajes, los bosques del trópico americano, que en su mente consideraba poblados de tigres, de monos y de papagayos. Él se complacía en hacerle ver la armonía áspera y salvaje de aquellas regiones; los volcanes, los lagos, las islas, las riberas, donde se alza el plumero colosal del cocotero, los frutos de formas y colores raros, y perfumes como de flor; las ciudades primitivas semindígenas, semiespañolas.

-¿Y las mujeres, Itaspes?

-Y las mujeres, de flexibles y ondulantes cuerpos, de una voluptuosidad cálida, de una languidez y animalidad como orientales; casi todas de un color acanelado; pues las que son rubias y de azules ojos cambian con el tiempo, cual si el sol las dorara demasiado, encendiéndolas...

-Sulamitas...

-Sí, sulamitas, y que viven en una atmósfera de *Cantar de los Cantares*...

Así me enamoré yo por la primera vez, mi buena amiga. Y fui casto en el despertamiento, en el arto del astro... Pero después el ardor del ambiente y las palpitaciones de la naturaleza maestra se impusieron.

-Perdone, amigo mío -dijo Margarita, dejando aparecer la sonrisa y la mirada de la antigua «*gamine*» de la Orilla Izquierda-. El amor, por allá, debe ser verdaderamente un poco salvaje.

-Como en todas partes, el amor físico, la posesión, es salvaje... La cultura no penetra en nuestros instintos, en nuestras herencias ancestrales. Pero yo amé puramente, y son esas ilusiones las que antaño elevaron mi espíritu de artista y mis ensueños nacientes.

...Había acariciado la visión de un paraíso. Su inocencia sentimental, aumentada con su concepción artística de la vida, se encontró de pronto con la más formidable de las desilusiones. El claro de luna, la romanza, el poema de sus logros, se convertía en algo que le dejaba el espíritu frío, y un desencanto incomparable ante la realidad de las cosas les deshizo sus castillos de impalpable cristal. Ello fue el encontrar el vaso de sus deseos poluto...¹²⁸ Ah, no quería entrar en suposiciones vergonzosas, en satisfacciones que le darían una explicación científica. La verdad le hablaba en su firme lenguaje el «*obex*», el obstáculo para su felicidad surgía.

Un detalle anatómico destruirá el edén soñado... La razón y la reflexión, no pueden nada ante eso. Es el hecho, el hecho el que grita. Su argumento no permite réplica alguna. Una ausencia larga lograría traer el relativo olvido. La distancia y el peso de los años trajeron mayor solidez al juicio, a ese respecto. Se arrancó la imagen amada de su interior santuario poético. O, mejor dicho, si no arrancó del todo, puso sobre ella un velo que obscurecía el despecho. Nuevas figuras alegraron el paso de su primavera. Su juventud tenía aún muchas vías por donde ir hacia el cumplimiento de su destino, coronado de rosas. La música le abría siempre las puertas de su paraíso. Y en otras tierras fue confortado por flamantes esperanzas.

¹²⁸ Al discutir las referencias femeniles de manera frustrantes por parte de Itaspes/Darío, Isolda Rodríguez Rosales, señala que Luis Maristany, primer editor de *El oro de Mallorca*, alude a Rosario Murillo, en su experiencia que le proporciona “*la mayor de las desilusiones de su vida, el detalle de haber hallado el vaso de sus deseos poluto*”. Ver **Boletín Nicaragüense de Bibliografía y Documentación**. Número 124. Julio – Septiembre, 2004. (Pp. 105 – 114). “*Intertexto y angustia existencial en El oro de Mallorca*”, ensayo de la escritora nicaragüense Isolda Rodríguez Rosales, (p. 108), (Nota 7), citado por Luis M. Fernández Ripoll, **Los viajes de Rubén Darío a Mallorca**, Barcelona, 2001, (p. 101).

Mas no contaba con el retorno. Había vuelto a su país natal y su llegada fue la de un conquistador. Su renombre en naciones extranjeras enorgullecía a la patria. Sus obras musicales se propagaban. Era profeta asimismo en su tierra al parecer. Volvió a ver las ciudades de su infancia, los espectáculos de la naturaleza en aquellas regiones tórridas. Lo miraba todo con ojos de extraño, aunque conservaba el cariño por el lugar natal, por todo lo que le traía los recuerdos de su primera edad. Con tan dilatado alejamiento había todo para él cambiado tanto, aunque el aspecto de las ciudades y pueblos fuera más o menos el mismo de antes. Le sorprendían, como si por primera vez los viese, los licenciados confianzudos, o ceremoniosos, y suficientes, los buenos coroneles negros e indios, las viejas comadres de antaño. Le seducían las mujeres de la generación posterior, las muchachas ojerosas y de rostros sensuales. Y luego, fue el renovar, a causa de un vulgar incidente, de una celada, más bien dicho, las antiguas relaciones, los ya olvidados amoríos... Y con la complicidad de falsos amigos y el criterio obtuso de gentes de villorrio, la trampa del alcohol, la pérdida de voluntad, una escena de folletín, con todo y la aparición súbita de un sacerdote sobornado y de un juez sin conciencia, y melodrama familiar y el comienzo del desmoronamiento de dos existencias...

-«*Mon pauvre ami...*» -le interrumpió Margarita.

Y él continuó, continuó contándole el subsiguiente abandono de la que había sido a la vez víctima y victimaria, tal vez inconsciente, la fuga, digámoslo así, hacia muy lejanos lugares, la náusea moral, el horror de lo cometido en un momento de razón perdida. Y la palabra de la pobre antigua amante, que se daba cuenta del crimen trascendente que se había realizado, y que, en el fondo, después de todo, no tenía más culpa que su deseo pasional: “¿-*Y si yo fuera tu querida ¿me llevarías contigo?*”

Y su respuesta, en una última entrevista de despedida:

-*¡Oh, sí; oh, sí!*

Habían pasado las horas sin sentirse, y, una vez más comenzaba el derroche de oro del sol sobre Palma. Resolvieron, al volver al hotel, hacerse servir en la habitación de Margarita la comida. Así proseguirían con más libertad sus confidencias. Benjamín salió un momento y retornó con un bello ramo de flores. Margarita se había embellecido, se había puesto una artística falda ceñida que enguantaba su magnífica línea estatuaria. Por el escote del corpiño se veía, de una dulce y floreal color de marfil sonrosado, algo de su cuello y del declive de sus hombros. Y su

perfume preferido, un concentrado y sutil *vere-novo*, se sentía, al acercarse, como la exhalación de una inaudita mujer-azucena.

Comieron alegremente. Benjamín hizo después varias cosas «*sin que su voluntad tuviese parte en ello*». Se sentó al piano y preludió una improvisación posiblemente sugerida por un soplo griegesco. Pidió un *whisky-and-soda*, que consumió a cortos sorbos. Se asomó al balcón que daba a una callejuela estrecha, en donde las luces alumbraban escasamente: y se sorprendió rezando al aire que pasaba, sus oraciones luctuarias. Luego se dirigió a Margarita, la cogió de las manos, la miró profundamente en sus esfíngicos ojos de amorosa, le dio un gran beso en los labios. Luego...

-No, no -dijo desasiéndose, con una voz de niña apesadumbrada, la artista-. No, perderemos lo conseguido... «*¿No, quieres?*» Quedemos así, buenos «*copains*», ayudándonos en nuestros sueños... No echemos a perder esta tan rara fraternidad, por algo que traerá el desengaño y el hastío... No, por Dios...

Pasados algunos momentos, Benjamín pedía su cuenta, hacía llenar de licor su frasco inglés, y se dirigía al Borne. Llamó a un cochero. Al subir al blanco y característico vehículo palmesano, dio las señas.

-A la Cartuja, en Valldemosa.

(Fin de la primera parte)

(**La Nación**, 13 de marzo de 1914, p. 7.)

Comentario: Con el capítulo VI, de **El oro de Mallorca**, termina efectivamente la “*Primera Parte*” de esta novela inconclusa.¹²⁹

PRIMERA PARTE DEL ORO DE MALLORCA

Pero en **Autobiografías** se comienza la obra con **La vida de Rubén Darío escrita por él mismo** que es la misma (**Autobiografía**), publicada en

¹²⁹ La totalidad de los seis capítulos se encuentran incluidos en la obra titulada **Autobiografías**, de Enrique Anderson Imbert, Buenos Aires, 1976, en Ediciones Marymar, (pp. 222).

Barcelona, por la Casa Editorial Maucci, que apareció en esa ocasión sin fecha, pero que correspondía al año de 1914.

Ahora Enrique Anderson Imbert la expone con el título de **Autobiografía** (que comienza en la página 29, señalada en el “*Índice*” que está al final después de la página 222). Termina **Autobiografía** con la Nota: “*Buenos Aires, 11 de septiembre – 5 de octubre de 1912*”, a la que se añade “*Posdata, en España*”.

Luego el autor Enrique Anderson Imbert, pasa a la exposición de **Historia de mis libros** (1909) y que según “*Índice*”, comienza en la página 155, para luego terminar con la novela inconclusa de **Oro de Mallorca**, en la página 179 y que cierra en la página 222.

Después de “*Fin de la Primera Parte*”, de **El oro de Mallorca**, que se tiene catalogada como novela inconclusa de Darío, y que participa en buen grado entre sus textos desconocidos, Enrique Anderson Imbert se pregunta: “*¿Llegó Darío a escribir una Segunda Parte?*” Porque hasta el momento (2008) ninguna obra de los biógrafos de Darío, *se ha ocupado o ha añadido la Segunda Parte de El Oro de Mallorca*.

SEGUNDA PARTE DE EL ORO DE MALLORCA

¿Existe alguna prueba de esta Segunda Parte, de la que se discute aún que en dónde podría haber quedado, y que incluso se presume, que nunca se escribió esta Segunda Parte, por Darío?

Sí, existe prueba, y fue presentada en el año de 1938, por el investigador chileno don Julio Saavedra Molina, en **Poesías y Prosas Raras de Rubén Darío**. Esta obra fue editada por Prensas de la Universidad de Chile, en Santiago. La prueba se titula “*Benjamín Itaspes*”, cuyo texto fue publicado por primera vez en **Las Últimas Noticias**, de Santiago de Chile, el 14 de noviembre de 1916.

“*Benjamín Itaspes*” apareció con el subtítulo de “*Confesiones de Rubén Darío*” y con la advertencia: “*Las líneas que siguen, fragmentos de El Oro de Mallorca, novela inconclusa y no publicada de Rubén Darío, constituyen uno de los más sugestivos documentos humanos. Bajo el transparente velo de Benjamín Itaspes, músico célebre, se ocultaba el propio Rubén Darío, según confesión, por otra parte inútil, que de viva voz hizo el autor pocos días antes de morir.*”

El texto de “*Benjamín Itaspes*”, encontrado por Julio Saavedra Molina, que reproduce en **Poesías y Prosas Raras de Rubén Darío**, en el año de 1938, es reproducido por la **Antología de Rubén Darío** (Selección y Prólogo de Jaime Torres Bodet), en la primera edición de esta obra por la Universidad Nacional Autónoma de México, en 1967, en la sección de “*Páginas Autobiográficas*” (página 368 – 371), y que agrega “*Posdata, en España*” (páginas 371 – 373).

Un año antes de **Poesías y prosas raras de Rubén Darío** (1938), Alberto Ghiraldo publicó en Santiago de Chile (1937), “*un tomito de El hombre de oro*” (novela inédita de Rubén Darío), en el que expone las siguientes secciones del libro: Un Prólogo del mismo Ghiraldo (pp. 7 – 10); siguen los tres capítulos de **El hombre de oro**, que fueron publicados separadamente en la revista **La Biblioteca** (Buenos Aires, mayo, junio y septiembre respectivamente), los cuales fueron recopilados por Erwing K. Mapes en los **Escritos inéditos...** (pp. 207 – 224), y los fragmentos de la novela inconclusa de Darío, **La isla de oro** (pp. 49 – 94), de acuerdo a datos suministrados por Julio Saavedra Molina, en **Bibliografía de Rubén Darío** (p. 103).

Y es que Alberto Ghiraldo llegó a conocer no sólo a Darío en vida, actuando como uno de sus mejores amigos, sino que lo conoció al investigarlo como biógrafo, pues en su otra obra **El archivo de Rubén Darío** (1945), recopila entre sus múltiples cartas, las dirigidas a Julio Piquet, que corresponden al 5 y 8 de enero de 1914, donde el poeta Darío señala fechas precisas de la composición de la novela de **El oro de Mallorca**.

Por lo tanto, podemos afirmar que Alberto Ghiraldo, escritor argentino, es el primer biógrafo de Darío, que se ocupa de la compilación de **El oro de Mallorca**. Por su parte, el escritor chileno, investigador de Darío, don Julio Saavedra Molina, es el primero en mostrar una “*prueba*” de la Segunda Parte de **El oro de Mallorca**, de Rubén Darío, al reproducir de **Las Últimas Noticias**, de Santiago de Chile, el Capítulo titulado “*Benjamín Itaspes*”. Y en tercer lugar, el escritor y biógrafo de Darío, el mexicano Jaime Torres Bodet, lo toma para reproducirlo en su **Antología de Rubén Darío**.

O sea que, al esfuerzo de mucho mérito de Enrique Anderson Imbert, en **Autobiografías**, Buenos Aires, 1976, se le escaparon estas dos fuentes de investigación: la de Julio Saavedra Molina, de 1938, y la de Jaime Torres Bodet, de 1967. Sin que mencionemos la publicación original de **Las Últimas Noticias**, de Santiago de Chile, de 1916.

Cuando Enrique Anderson Imbert se pregunta: “¿Llegó Darío a escribir una Segunda Parte?”, es porque hasta la fecha (2008) ninguna obra de los biógrafos de Darío, *se ha ocupado o ha añadido la Segunda Parte de **El Oro de Mallorca***, y decimos esto, porque los escritores Julio Saavedra Molina y Jaime Torres Bodet, no discutieron ni profundizaron los alcances del referido Capítulo de “Benjamín Itaspes”, publicado en 1916, en **Las Últimas Noticias**, de Santiago de Chile. Ellos simplemente lo reproducen como algo “raro”, como algo “curioso”, como algo “desconocido” entre los textos inexplicables de Darío.

Nosotros sí, presentamos ahora la reproducción de “Benjamín Itaspes”, como una “prueba” de la Segunda Parte de **El oro de Mallorca**, y que además corresponde a la fragmentada parte de esa novela inconclusa. Aunque no conozcamos la Tercera Parte de **El oro de Mallorca**, ahora sí podemos hablar con suficiente peso, de que sí, que existió o existe esa Segunda Parte.

Mientras tanto, abordemos las palabras de Enrique Anderson Imbert, cuando dice algo referente a las declaraciones de Francisco Huezo, sobre las conversaciones íntimas con Darío antes de morir en Nicaragua, y de las cuales, Anderson Imbert, lanza una serie de interrogantes...

*“Francisco Huezo, –dice Anderson Imbert- que ha dejado un diario íntimo de sus conversaciones con Darío, en su lecho de muerte, dice haber leído los originales de **El oro de Mallorca** (véase **Últimos días de Rubén Darío**, segunda edición, Managua, 1962). ¿Serían los originales de lo que ya se había publicado en **La Nación** o unos originales más completos? Hay testimonios –de Bazil, de Francisca- que harían creer que Darío escribió más capítulos de los que conservamos. Véase Allen W. Phillips, **El oro de Mallorca: Textos desconocidos y breve comentario sobre la novela autobiográfica de Darío, Revista Iberoamericana** (1967). Como quiera que sea, Rosario Murillo quedó con los originales...”¹³⁰*

De esta última frase del expositor Anderson Imbert, se desprende algo precipitado que se deriva de sus reflexiones o conjeturas sacadas en conclusión de lo aseverado por Huezo. Y es mejor seguir leyendo las ideas que va exponiendo en base al **Diario** íntimo de éste sobre Darío. Veamos la continuación:

¹³⁰ **Autobiografías**. Enrique Anderson Imbert. Ediciones Marymar, 1976. Nota 4, (pág. 18 – 19).

“...En entrada del **Diario**, 19 de diciembre de 1915, Huezos anota: “Un poco tranquilo ya, hablamos de literatura, de su última obra: *El oro de Mallorca*. –En otra ocasión vas a buscarla entre mis papeles. Allí tengo el original. Refleja cosas íntimas de mi vida”.

En entrada del 6 de enero de 1916: “Minutos después me pidió los originales de su novela **El oro de Mallorca** que días antes me diera para conocerla. Y se los devolví. Es una novela original, de trascendencia, del género romántico con su bravo héroe Benjamín Itaspes, artista genial y de sangre. Seguramente la vida de este noble espíritu es un trasunto de la combativa del poeta, su historia, su existencia de lucha, de calvario, de esfuerzos supremos, bajo el fulgor de la gloria, con situaciones dramáticas. Después de conversar estas cosas, tornóse agresivo”.

Aquí viene otro comentario sincero y lógico en su discusión del tema de la Segunda Parte de **El oro de Mallorca** por Enrique Anderson Imbert:

*Otra vez: o Huezos exagera o los originales que él leyó son más completos que los publicados en La Nación, pues su descripción no concuerda con mis impresiones de lector. Si Rosario Murillo se quedó con los originales ¿los habrá destruido, molesta por las indiscreciones de Darío? Enrique Díaz Canedo, en Letras de América, México, 1944, página 76, da a entender que Rafael Heliodoro Valle había recibido, de Rosario Murillo, poesías inéditas; como en la misma frase dice que Valle anuncia “la próxima publicación de la novela **Oro de Mallorca**, sólo fragmentariamente conocida”, me pregunto si el manuscrito completo pasó de las manos de Rosario a las de Valle.*¹³¹

Ahora para calmar los nervios que producen estas discusiones alrededor de la Segunda Parte de **El oro de Mallorca**, leamos lo publicado en **Las Últimas Noticias**, de Santiago de Chile, el 14 de noviembre de 1916.

BENJAMIN ITASPES

Itaspes, en sus momentos de exaltación, hablaba al mar, como a una divinidad o ser inteligente; le hablaba en voz alta, o a media voz¹³², como

¹³¹ Idem. (P. 19).

¹³² Interesante lo insinuado por el autor. En nuestra **Historia del Poeta Niño** (2000), cuando vamos desarrollando los primeros años del niño Félix Rubén García Sarmiento, decíamos que el niño recitaba en voz alta, o leía en voz alta, poniendo los pies hacia arriba, y la espalda puesta sobre su cama. De esta forma hacía ejercitación de las palabras en sus pronunciaciones, y con su oído percibía los sonidos de las palabras. Ahora con las revelaciones de Itaspes-Darío, estamos llegando a uno de los secretos más guardados por el poeta en su alba de oro, pues por lo que dice, nos está sugiriendo que cada vez que estaba frente al mar, “en sus momentos de

cuando decía, todas las noches, su Padrenuestro, pues había conservado, a pesar de su espíritu inquieto y combativo, y de su vida agitada y errante, muchas de las creencias religiosas que le inculcaron en su infancia, allá en un lejano país tropical de América.

Benjamín Itaspes gustaba poco del trato de la gente, de la *bétise* circulante, que se manifiesta por la usual y consuetudinaria conversación, del vulgo municipal y espeso, como él decía. Así como gustaba de comunicar con los espíritus sencillos, con los campesinos simples, con los marineros, y con los viejecitos y viejecitas de pocas luces, que viven de recuerdos y cuentan curiosas cosas pasadas que ellos presenciaron. Almorzó, pues, solo, en el barco. Al fin de la comida se atrevió, contra las prescripciones del médico, a tomar una taza de café... Y aunque recordó sus dolencias y sintió punzadas y molestias de la gastritis, se encontró con buen ánimo, con la esperanza de que pronto el aire y la tierra encantada de la isla de Mallorca, y la bondad de los amigos en cuya mansión había de hospedarse, en una región sana y deliciosa, y el ejercicio, y sobre todo la paz y la tranquilidad, y el alejamiento de su vivir agitado de Francia, habían de devolverle la salud y el deseo de vivir¹³³ y de producir, el reconfortamiento del entusiasmo y de la pasión por su arte.

exaltación, hablaba al mar como a una divinidad o ser inteligente". Suponemos que esto habrá ocurrido cuando el niño estaba navegando en el Lago de Managua, o en el Puerto de Corinto, o en Valparaíso, o en la Isla San Martín, o en Amapala, en la playa de Barcelona, o ahora en la Isla de Palma de Mallorca, o bien en la playa de la Habana, o frente al mar Cantábrico.

¹³³ Darío encontró placer de producir poesía que reflejaban algunos aspectos de su vida privada y pública, y que forman parte de la médula de Obra. Veamos este poemita que obedece a una décima inédita, que se titula:

DE MI VIVIR...

*De mi vivir, las cenizas
van quedando ya esparcidas,
ufanas, esfuerzos y poesías
en modo son convertidas:
penas, amores, sonrisas
nuevas, canciones y besos
y todas aquellas delicias
con oraciones y rezos
forman una alegoría...
¡De la triste vida mía!*

Rubén Darío.

Comentario: Este poema es una décima formada por versos con medida de octosílabos.

Notaba, con gran contentamiento, que no sentía la necesidad de los excitantes, lo cual contribuiría, según los médicos, al completo restablecimiento de su bienestar físico y moral. Aunque se encontraba débil después de la última crisis que le postrara por largos días en cama, no recurría a los, por toda su pasada vida, habituales alcoholes. Apenas, de cuando en cuando, si las fuerzas estaban muy flacas, tomaba unos sorbos de un vino medicinal de quina, amargo y meloso a un tiempo, que si le fortalecía por instantes, le causaba ardores y alfilerazos estomacales. Tenía sus consecutivos padecimientos por do más pecado había; porque el quinto y el tercero de los pecados capitales habían sido los que más se habían posesionado, desde su primera edad, de su cuerpo sensual y de su alma curiosa, inquieta e inquietante.

Ahora, cabalmente, estaba pagando antiguas cuentas. Como se dice, aquellos polvos traían estos lodos. Mas, se decía: –Pero, Dios mío, si yo no hubiese buscado esos placeres que, aunque fugaces, dan por un momento el olvido de la continua tortura de ser hombre, sobre todo cuando se nace con el terrible mal del pensar, ¿Qué sería de mi pobre existencia, en un perpetuo sufrimiento, sin más esperanza que la probable de una inmortalidad a la cual tan solamente la fe y la pura gracia dan derecho?¹³⁴ Si un bebedizo diabólico, o un manjar apetecible, o un cuerpo bello y

¹³⁴ Isolda Rodríguez Rosales aborda el tema de la reflexión de Darío al referirse a “*La angustia existencial: Al alcanzar la madurez, Darío entra en una etapa de reflexión que lo sume en grandes crisis existenciales, reflejadas en la obra escrita durante estos años... Desde **Cantos de Vida y Esperanza** (1905), se encuentran poemas plenos de angustia y desolación... Darío... en Palma de Mallorca... las lecturas le han permitido acercarse con sincero arrepentimiento a la iglesia, oír misa y sentirse, más cerca de Dios...*”. Ver **Boletín Nicaragüense de Bibliografía y Documentación**. Número 124. Julio – Septiembre, 2004. (Pp. 105 – 114). (p. 110). El tema del dolor y el sufrimiento se hacen más patentes en el sentimiento del alma de un poeta, y más sobre el caso del alma de Darío. Aquí le vemos enfocando la triste situación del sufrimiento mientras transcurre la ley de la vida, en su poema titulado:

REFLEXION

*¿Es acaso, el sufrimiento,
destino inflexible del hombre?
¿O podrá un amor sublime
revertir tal pensamiento?*

*No vea en tal pensamiento,
una vaga, rara idea,
sino la ley de la vida
que se escurre lentamente.*

Rubén Darío.

León, Nicaragua. 30 Febrero, 1908.

pecador me anticipa, al contado, un poco de paraíso, ¿voy a dejar pasar esa seguridad por algo de que no tengo propiamente una segura idea? Y hablando con su corazón y de verdad, en lo íntimo de sus voliciones, se presentaba a lo infinito tal como era, lleno de ánimo y de incontenibles instintos. Y así besaba, o comía, o absorbía sus bebedizos que le transformaban y modificaban pensamiento y sentimiento. Y como desde que tuvo uso de razón su vida había sido muy contradictoria y muy amargada por el destino, había encontrado un refugio en esos edenes momentáneos, cuya posesión traía después, irresistiblemente, horas de desesperanza y de abatimiento. Mas, se había aprisionado en el tiempo, aunque fuese por instantes, la felicidad relativa, en una trampa de ensueño.

Era la primera vez que necesitaba verdaderamente de un largo reposo, de un dilatado contacto con la Naturaleza; de un alejamiento de la ciudad abrumadora, de la tarea precisa, casi mecánica, que le agriaba el entendimiento; del fingido hogar que le habían traído las consecuencias de una vida *manquéé*, del padecimiento moral incesante que agravaba el inveterado recuerdo de los excitantes, de los alcoholes de pérfida ayuda. Se encontraba, a los cuarenta y tantos años, fatigado, desorientado, poseído de las incurables melancolías que desde su infancia le hicieran meditabundo y silencioso, escasamente comunicativo, lleno de una fatal timidez, en una necesidad continua de afectos, de ternura, invariable solitario, eterno huérfano. Gaspar Hauser, sin alientos, sin más consuelo que el arte amado y por sí mismo doloroso, y el humo dorado de la gloria en que Dios le había envuelto para calma de su incurable desolación.

Su salud física, hasta entonces robusta, empezaba a decaer. Ni en su infancia, ni en su juventud había hecho ejercicios musculares. Su aspecto era de hombre fornido y bien plantado, pero su debilidad era extrema. No había frecuentado gimnasios, ni hecho servicio militar, ni se había dedicado a deportes¹³⁵. Y, sobre todo esto, desde su adolescencia, pasada en climas ardorosos y agotadores, había sido el enemigo de su cuerpo a causa de su ansia de goces, de su imaginación exaltada, de su sensualidad que complicó después con lecturas e iniciaciones, su innato deseo de gozar del instante, con todo y su educación religiosa. Un temperamento erótico atizado por la más exuberante de las imaginaciones y de su sensibilidad mórbida de artista, su pasión musical, que le exacerbaba y le poseía como un divino

¹³⁵ Valiosa síntesis de vida y de la ausencia del ejercicio físico, tan importante en un “*Mente sana en cuerpo sano*”, muy sabido por las lecturas griegas de Darío. Sus fuerzas físicas y mentales quedaron reconfortadas y equilibradas por sus viajes y alimentaciones de mar, en su constante oxigenación de la brisa y del viento yodado, y de sus comidas abundantes de mariscos, que le proporcionaban el fósforo indispensable para su permanente iluminación cerebral. Esos mismos viajes trasatlánticos le proporcionaron a Itaspes-Darío, el retiro y refugio para defenderse del *stress* que producía en él la realidad problemática.

demonio interior. En sus angustias, a veces inmotivada, se acogía a un vago misticismo, no menos enfermizo que sus exaltaciones artísticas. Su gran amor a la vida estaba en contraposición con un inmenso pavor de la muerte. Era ésta para él como una fobia, como una idea fija. Cuando ese clavo de hielo metido en el cerebro le hacía pensar en el inevitable fin, si estaba en soledad, sentía que se le erizaba el pelo como a Job, al roce de lo nocturno invisible¹³⁶.

Tantos años errantes, con la incertidumbre del porvenir, después de haber padecido los entreveros de una existencia de novela; en una labor continua, con alternativas de comodidad y de pobreza; con instintos y predisposiciones de archiduque y necesitado casi siempre, sin poder satisfacer, sino por cortos períodos de tiempo sus necesidades de bienestar y aun de lujo, amigo de bien parecer, de bien comer, de bien beber y de bien gozar como era¹³⁷; cansado ya de una copiosa labor, cuyo producto se

¹³⁶ “*Cuando pensaba en el inevitable fin*”, que lo asedió durante toda su vida, Darío vació sus temores en versos autobiográficos. Aquí le vemos en su alta preocupación de su existencia a la espera de la reina invisible, en el poema inédito titulado:

CALLA CORAZON

*Calla corazón, no me delates
De esta angustia del vivir
Siempre esperando, a la
Fría y silente... la inviolada,
La divina entre divinas
La muerte alada,
Cuya victoria en la progeie
Humana, deja huella
Imborrable... perfumada...
No me delates, corazón
Calla y escucha, los
Pasos primorosos de la amada!*

Rubén Darío.

Febrero 2, 1902.

Comentario: Aquí el poeta indica que es el corazón quien lo delata de estar vivo. Algo de esto, el poeta recibe influencia de Edgar Allan Poe, cuando éste narra el cuento de “*El caso del señor Valdemar*”. Trata de la angustia del vivir... para luego morir. Es un poema lírico, del enamoramiento de la progeie humana con la esperada de siempre, la amada, la divina muerte! La estrofa se integra con versos polimétricos, de 3, 5, 6, 8, 9 y 10 sílabas.

¹³⁷ En este punto autobiográfico en prosa modernista de Rubén Darío, podemos auxiliarnos de sus versos autobiográficos titulados “*Cayendo que levantando*”, que debieron ser producidos por su autor alrededor de los cuarenta años, para encontrar una mejor explicación acerca de cómo pensaba los problemas de su vida en el trajinar de una existencia errabunda, “*con las alternativas de comodidad y pobreza*” de lo cual él nos habla. Leamos el poema inédito:

CAYENDO QUE LEVANTANDO

había evaporado día por día; asqueado de la avaricia y mala fe de los empresarios, de los patrones, de los explotadores de su talento, dolorido de las falsas amistades, de las adulaciones interesadas, de la ignorancia agresiva, de la rivalidad inferior y traicionera; desencantado de la gloria misma, y de la infamia disfrazada y adornada y halagadora de los grandes centros, se veía en vísperas de entrar en la vejez, temeroso de un derrumbamiento fisiológico, medio neurasténico, medio artrítico, medio gastrítico, con miedos y temores inexplicables, indiferente a la fama, amante del dinero por lo que da de independencia, deseoso de descanso y de aislamiento y, sin embargo, con una tensión hacia la vida y el placer –¡al olvido de la muerte!- como durante toda su vida. ¡Curioso Benjamín Itaspes!¹³⁸

¿EXISTE LA TERCERA PARTE DE *EL ORO DE MALLORCA*?

En la **Memoria del Segundo Simposium Internacional sobre Rubén Darío**, celebrado en la ciudad de León, del 18 al 20 de enero de 2004, se recogen los trabajos literarios allí presentados por los conferencistas, y que fueron reunidos y publicados en el **Boletín Nicaragüense de Bibliografía**

*Cayendo que levantando,
por esta senda penosa,
con la fuerza ya menguada,
por tanta vida azarosa,
todavía siento en ella
tu firme y profunda huella,
que acompañó mi camino,
que señaló mi destino,
y que colmó mis afanes.
¡Qué delirios! ¡Qué desmanes!
Cuánta paciencia tuvo
del vivir la prenda mía,
¡Cómo llenó tu alegría,
esas horas... esos días!
Hoy que vuelvo a mirar
con mi mente tal recuerdo,
temo, no durar mucho...
¡Estar cuerdo!*

Rubén Darío.

(Sin fecha).

¹³⁸ Grandioso párrafo, por su victoria de sinceridad, de una persona que descubre su mundo psíquico y subterráneo de lo que hay bajo la piel de la vida prodigada de gloria y de placer. Sin embargo, estamos seguros que esta literatura de la Segunda Parte de **El oro de Mallorca** que llegara a los escritorios de **La Nación**, en Buenos Aires, fue censurada para siempre por dos motivos que nos imaginamos, y que a su vez coincidimos, y que de ello se ocupará más adelante el escritor dariano, Iván A. Schulman.

y Documentación, de la Biblioteca del Banco Central de Nicaragua, Número 124, Julio-Septiembre, 2004, titulado en la portada: **Nuevos Asedios y Reencuentros**.

Aquí podemos encontrar y leer el ensayo de Iván Schulman, titulado “*La Novela El Oro de Mallorca: Una revaloración*”. Recomendamos a los lectores avocarse a este trabajo con el ánimo de enriquecerse sobre este tema de la misteriosa novela.

En la parte subtitulada “*Un capítulo inédito*”, Iván Schulman, aduce al respecto que: “...desgraciadamente no tenemos el texto completo pero sí los elementos necesarios para insistir sobre la integridad de esta narración rubeniana...”, adelantando que: “...obra en nuestro poder un manuscrito de puño y letra de Darío, que dice así:

“El oro de Mallorca”

(Tercera parte)

I

La Nación

30 Jun. 1914

ADMINISTRACION

Sobre el particular comenta el señor Iván Schulman, que dicho capítulo consta de 19 hojas manuscritas, firmada por don Rubén Darío, y llegó a la Sección de *Raros* de la **Biblioteca de la Universidad de Illinois**, con la siguiente dedicatoria:

Regalo de Rubén Darío a su amigo Martiniano Leguizamón para su hija Marita.

El oro de Mallorca

Rubén Darío.

En la ocasión del **Segundo Simposium Internacional**, el expositor de este trabajo literario investigativo, plantea varias cuestiones que lo enfrentan a una serie de incógnitas, y para ello señala cuatro puntos conjeturales, preguntándose al final, en el punto 4: ¿Existen otros (originales) de la Segunda o de la Tercera Parte entre los papeles de la familia?

Comentario: Sobre el particular podemos aducir solamente que ya es tiempo que se publique esa Tercera Parte del Capítulo encontrado, y que

está en poder de la **Biblioteca de la Universidad de Illinois**, USA., que de ser así, confirma todo lo discutido por nosotros en esta obra.

Una de estas confirmaciones es la técnica empleada por Rubén Darío, del uso del intertexto en toda su obra de **El oro de Mallorca**, tal como lo aborda la licenciada Isolda Rodríguez Rosales, en su trabajo ensayístico “*Intertexto y angustia existencial en El Oro de Mallorca*”, que se incluye en la **Memoria del Segundo Simposium Internacional Rubén Darío**, (P. 105 – 114).

En esta novela de **El Oro de Mallorca**, de Rubén Darío, se puede estudiar el uso del intertexto, de diversas maneras. Podemos aplicar los conocimientos teóricos del profesor Iván Uriarte, que es un acucioso investigador de los intertextos de Darío, y que leyendo su ensayo “*Darío, Cervantes y España*”¹³⁹, lo mismo que el ensayo de la profesora Isolda Rodríguez Rosales, veremos muchos intertextos en su novela, como por ejemplo cuando Darío se refiere a las dudas de la fe, manifestadas por Benjamín Itaspes, que trasciende a la obra de Darío en su ensayo “*En Asturias, Desilusión del milagro*” I, que se relaciona a la mención de Judas, y muchos otros intertextos que podemos estudiar detenidamente en otra ocasión.

HISTORIA DE MIS LIBROS

Azul...

Esta mañana de Primavera me he puesto a hojear mi amado viejo libro, un libro primigenio, el que iniciara un movimiento mental que había de tener después tantas triunfantes consecuencias; y lo hojeo como quien relee antiguas cartas de amor, con un cariño melancólico, con una “*saudade*” conmovida en el recuerdo de mi lejana juventud.

Era en Santiago de Chile, adonde yo había llegado, desde la remota Nicaragua, en busca de un ambiente propicio a los estudios y disciplinas intelectuales. A pesar de no haber producido hasta entonces Chile

¹³⁹ Memoria del Segundo Simposium Internacional Rubén Darío, Boletín Nicaragüense del Banco Central de Nicaragua.

principalmente sino hombres de Estado y de jurisprudencia, gramáticos, historiadores, periodistas y, cuando más, rimadores tradicionales y académicos de directa descendencia peninsular, yo encontré nuevo aire para mis ansiosos vuelos y una juventud llena de deseos de belleza y de nobles entusiasmos.

Cuando publiqué los primeros cuentos y poesías que salían de los cánones usuales, si obtuve el asombro y la censura de los profesores, logré, en cambio, el cordial aplauso de mis compañeros. ¿Cuál fue el origen de la novedad? El origen de la novedad fue mi reciente conocimiento de autores franceses del Parnaso, pues a la sazón de la lucha simbolista apenas comenzaba en Francia y no era conocida en el extranjero, y menos en nuestra América. Fue Catulle Mendes mi verdadero iniciador, un Mendes traducido, pues mi francés todavía era precuario. Algunos de sus cuentos lírico-eróticos, una que otra poesía de las comprendidas en el *Páranse contemporaine*, fueron para mí una revelación. Luego vendrían otros anteriores y mayores: Gautier, el Flaubert de la *Tentation* de St. Antoine, Paul de Saint-Victor, que me aportarían una inédita y deslumbrante concepción del estilo. Acostumbrado al eterno clisé español del Siglo de Oro y a su indecisa poesía moderna, encontré en los franceses que he citado una mina literaria por explotar: la aplicación de su manera de adjetivar, ciertos modos sintácticos, de su aristocracia verbal, al castellano. Lo demás lo daría el carácter de nuestro idioma y la capacidad individual. Y yo, que me sabía de memoria el Diccionario de galicismos, de Baralt, comprendí que no sólo el galicismo oportuno, sino ciertas particularidades de otros idiomas, son utilísimas y de una incomparable eficacia en un apropiado trasplante. Así mis conocimientos de inglés, de italiano, de latín, debían servir más tarde al desenvolvimiento de mis propósitos literarios. Mas mi penetración en el mundo del arte verbal francés no había comenzado en tierra chilena. Años atrás, en Centroamérica, en la ciudad de San Salvador, y en compaña del buen poeta Francisco Gavidia, mi espíritu adolescente había explorado la inmensa selva de Víctor Hugo y había contemplado su océano divino, en donde todo se contiene.

¿Por qué ese título, **Azul**? No conocía aún la frase huguesa "*l'Art c'est l'azur*", aunque sí la estrofa musical de Les Châtiments:

*¡Adieu, patrie!
L'onde est en furie!
Adieu patrie,
Azur!*

Mas el azul era para mí el color del ensueño, el color del arte, un color helénico y homérico, color oceánico y firmamental, el “coeruleum”, que en Plinio es el color simple que semeja al de los cielos y al zafiro. Y Ovidio había cantado:

*Respice vindicibus pacatum viribus orbem
qui latam Nereus coeruleus ambit humus.*

Concentré en ese color célico la floración espiritual de mi primavera artística. Ese primer libro –pues apenas puede contar el volumen incompleto de versos que apareció en Managua con el título de Primeras notas- se componía de un puñado de cuentos y poesías que podrían calificarse de parnasianas. Azul se imprimió en 1888 en Valparaíso, bajo los auspicios del poeta De la Barra y de Eduardo Poirier, pues el mecenas a quien fuera dedicado por insinuaciones del primero de estos amigos ni siquiera me acusó recibo del primer ejemplar que le remitiera.

El libro no tuvo mucho éxito en Chile. Apenas se fijaron en él cuando don Juan Valera se ocupara de su contenido en una de sus famosas “*Cartas americanas*” de **Los Lunes del Imparcial**. Valera vio mucho, expresó su sorpresa y su entusiasmo sonriente –¿por qué hay muchos que quieren ver siempre alfileres en aquellas manos ducales?–; pero no se dio cuenta de la trascendencia de mi tentativa. Porque si el librito tenía algún personal mérito relativo, de allí debía derivar toda nuestra futura revolución intelectual. A los que asustaba lo original de la reciente manera les fue extraño que un impecable como don Juan Valera hiciese notar que la obra estaba escrita “*en muy buen castellano*”. Otros elogios hiciera “*el tesoro de la lengua*”, como le llama el conde de las Navas, y el libro fue desde entonces buscado y conocido tanto en España como en América. Valera observa, sobre todo, el completo espíritu francés del volumen. “*Ninguno de los hombres de letras de la Península que he conocido yo con más espíritu cosmopolita, y que más largo tiempo han residido en Francia, y que han hablado mejor el francés y otras lenguas extranjeras, me ha parecido nunca tan compenetrado del espíritu de Francia como usted me parece: ni Galiano, no don Eugenio de Ochoa, ni Miguel de los Santos Alvarez*”. Y a agregaba más adelante: “*Resulta de aquí un autor nicaragüense que jamás salió de Nicaragua sino para ir a Chile, y que es autor tan a la moda de París y con tanto chic y distinción, que se adelanta a la moda y pudiera modificarla e imponerla*”. Cierto; un soplo de París animaba mi esfuerzo de entonces; más había también, como el mismo Valera lo afirmara; un gran amor por las literaturas clásicas y conocimiento “*de todo lo moderno europeo*”. No era, pues, un plan limitado y exclusivo. Hay, sobre todo, juventud, un ansia de vida, un estremecimiento sensual, un relente pagano,

a pesar de mi educación religiosa y profesar desde mi infancia la doctrina católica, apostólica, romana. Ciertas notas heterodoxas las explican ciertas lecturas.

En cuanto al estilo, era la época que predominaba la afición por la “*escritura artística*” y el diletantismo elegante. En el cuento “*El rey burgués*”, creo reconocer la influencia de Daudet. El símbolo es claro, y ello se resume en la eterna protesta del artista contra el hombre práctico y seco, del soñador contra la tiranía de la riqueza ignara. En “*El sátiro sordo*”, el procedimiento es más o menos mendeliano, pero se impone el recuerdo de Hugo y de Flaubert. En “*La ninfa*”, los modelos son los cuentos parisienses de Mendes, de Armand Silvestre, de Mezeroy, con el aditamento de que el medio, el argumento, los detalles, el tono, son de la vida de París, de la literatura de París. De más advertir que yo no había salido de mi pequeño país natal, como lo escribe Valera, sino para ir a Chile, y que mi asunto y mi composición eran de base libresca. En “*El fardo*” triunfa la entonces en auge escuela naturalista. Acababa de conocer algunas obras de Zola, y el reflejo fue inmediato; mas no correspondiendo tal modo a mi temperamento ni a mi fantasía, no volví a incurrir en tales desvíos. En “*El velo de la reina Mab*”, sí, mi imaginación encontró asunto apropiado. El deslumbramiento shakesperiano me poseyó y realicé por primera vez el poema en prosa. Más que en ninguna de mis tentativas, en ésta perseguí el ritmo y la sonoridad verbales, la transposición musical, hasta entonces —es un hecho reconocido— desconocida en la prosa castellana, pues las cadencias de algunos clásicos son, en sus desenvueltos períodos, otra cosa. “*La canción del oro*” es también poema en prosa, pero de otro género. Valera la califica de letanía. Y aquí una anécdota. Yo envié a París, a varios hombres de letras, ejemplares de mi libro, a raíz de su aparición. Tiempos después, en **La Panthée**, de Peladán, aparecía un “*Cantique de l’or*” más que semejante al mío. Coincidencia posiblemente. No quise tocar el asunto, porque entre el gran esteta y yo no había esclarecimiento posible, y a la postre habría resultado, a pesar de la cronología, el autor de “*La canción del oro*” plagario de Peladán.

“*El rubí*” es otro cuento a la manera parisiense. Un “*mito*”, dice Valera. Una fantasía primaveral, más bien; lo propio que “*El palacio del sol*”, donde llamara la atención el empleo del “*leitmotiv*”. Y otra narración de París, más ligera, a pesar de su significación vital, “*El pájaro azul*”. En “*Palomas blancas y garzas morenas*” el tema es autobiográfico, y el escenario la tierra centroamericana en que me tocó nacer. Todo en él es verdadero, aunque dorado de ilusión juvenil. Es un eco fiel de mi adolescencia amorosa, del despertar de mis sentidos y de mi espíritu ante el enigma de la universal palpitación. La parte titulada “*En Chile*”, que

contiene “*En busca de cuadros*”, “*Acuarela*”, “*Paisaje*”, “*Agua fuerte*”, “*La Virgen de la Paloma*”, “*La cabeza*”, otra “*Acuarela*”, “*Un retrato de Watteau*”, “*Naturaleza muerta*”, “*Al carbón*”, “*Paisajes*” y “*El ideal*”, constituyen ensayos de color y de dibujo que no tenían antecedentes en nuestra prosa. Tales transposiciones pictóricas debían ser seguidas por el grande y admirable colombiano J. Asunción Silva –y esto, cronológicamente, resuelve la duda expresada por algunos de haber sido la producción del autor del “*Nocturno*” anterior a nuestra reforma-. “*La muerte de la emperatriz de la China*”. –publicado recientemente en francés en la colección **Les miles nouvelles nouvelles**- es un cuento ingenuo, de escasa intriga, con algún eco a lo Daudet. “*A una estrella*”, canto pasional, romanza.

Luego viene la parte de verso del pequeño volumen. En los versos seguía el mismo método que en la prosa: la aplicación de ciertas ventajas verbales de otras lenguas, en este caso principalmente del francés, al castellano. Abandono de las ordenaciones usuales, de los clisés consuetudinarios; atención a la melodía interior, contribuye al éxito de la expresión rítmica; novedad en los adjetivos; estudio y fijeza del significado etimológico de cada vocablo; aplicación de la erudición oportuna, aristocracia léxica. En “*Primaveral*” –de “*El año lírico*” –creo haber dado una nueva nota en la orquestación del romance, con todo y contar con antecesores tan ilustres al respecto como Góngora y el cubano Zenea. En “*Estival*” quise realizar un trozo de fuerza. Algún escaso lector de tierras calientes ha querido dar a entender que –¡tratándose de tigres!- mi trabajo podía ser, si no hurto, traducción de Leconte de Lisle.

Cualquiera puede desechar la inepta insinuación con recorrer toda la obra del poeta de Poemes barbares. Elo me hizo sonreír, como el venerable **Atheneum**, de Londres, que porque hablo de toros salvajes en uno de mis versos, me compara con Mistral. En “*Autumnal*” vuelve el influjo de la música, una música íntima, “*di camera*”, y que contiene las gratas aspiraciones amorosas de los mejores años, la nostalgia de lo aún no encontrado –y que, casi siempre, no se encuentra nunca tal como se sueña-. Hay en seguida, aconsonantando con lo anterior, la versión de un “*Pensamiento de otoño*”, de Armand Silvestre. Bien sabido es que, a pesar de sus particularidades hartamente rabelsianas y de su excesiva “*galoiserie*”, Silvestre era un poeta en ocasiones delicado, fino y sentimental.

“*Ananké*” es una poesía aislada y que no se compadece con mi fondo cristiano. Valera la censura con razón, y ella no tuvo posiblemente más razón de ser que un momento de desengaño, y el acíbar de lecturas poco propias para levantar el espíritu a la luz de las supremas razones. El más

intenso teólogo puede deshacer en un instante la reflexión del poeta en ese instante pesimista, y demostrar que tanto el gavilán como la paloma forman parte integrante y justa de la concorde unidad del universo; y que, para la mente infinita, no existen, como para la limitada mente humana, ni Arimanes, ni Ormutz. Concluye el librito con una serie de sonetos: “*Caupolicán*”, que inició la entrada del soneto alejandrino a la francesa en nuestra lengua –al menos según mi conocimiento-. Aplicación a igual poema de forma fija, de versos de quince sílabas, se advierte en “*Venus*”. Otro soneto a la francesa y de asunto parisiense: “*De invierno*”. Luego retratos líricos, medallones de poetas que eran algunas de mis admiraciones de entonces: Leconte de Lisle, el mejicano Díaz Mirón, a quien imitara en ciertos versos agregados en ediciones posteriores de **Azul...**, y que empiezan:

*Nada más triste que un titán que llora,
hombre montaña encadenado a un lirio,
que gime fuerte, que, pujante, implora
víctima propia en su fatal martirio.*

Tal fue mi primer libro, origen de las bregas posteriores, y que, en una mañana de primavera, me ha venido a despertar los más gratos y perfumados recuerdos de mi vida pasada, allá en el bello país de Chile. Si mi **Azul...**, es una producción de arte puro, sin que tenga nada de docente ni de propósito moralizador, no es tampoco lucubrado de manera que cause la menor delectación morbosa. Con todos sus defectos, es de mis preferidas. Es una obra, repito, que contiene la flor de mi juventud, que exterioriza la íntima poesía de las primeras ilusiones y que está impregnada de amor al arte y de amor al amor.

Prosas profanas

Sería inútil tarea intentar un análisis exegético de mi libro **Prosas profanas**, después del estudio tan completo del gran José Enrique Rodó en su magistral y célebre opúsculo, reproducido a manera de prólogo en la edición parisiense de la Viuda de C. Bouret, y en la cual no apareció la firma del ilustre uruguayo por un descuido de los editores. Mas si podré expresar mi sentimiento personal, tratar de mis procedimientos y de la génesis de los poemas en esta obra contenidos. Ellos corresponden al período de ardua lucha intelectual que hube de sostener, en unión de mis compañeros y seguidores, en Buenos Aires, en defensa de las ideas nuevas, de la libertad del arte, de la acracia, o, si se piensa bien, de la aristocracia

literaria. En unas palabras de introducción concentraba yo el alcance de mis propósitos.

Ya había aparecido **Azul...**, en Chile, ya había aparecido **Los raros** en la capital argentina. Estaba de moda entonces la publicación de manifiestos, en la brega simbolista de Francia, y muchos jóvenes amigos me pedían hiciese en Buenos Aires lo que, en París, Moréas y tantos otros. Opiné que no estábamos en idéntico medio, y que tal manifiesto no sería ni fructuoso ni oportuno. La atmósfera y la cultura de la secular Lutecia no era la misma de nuestro Estado continental. Si en Francia abundaba el tipo de Rémy de Gourmont, "*celui-qui ne comprend-pas*", ¿cómo no sería entre nosotros? El pululaba en nuestra clase dirigente, en nuestra general burguesía, en las letras, en la vida social. No contaba, pues, sino con una "*élite*", y sobre todo con el entusiasmo de la juventud, deseosa de una reforma, de un cambio de su manera de concebir y de cultivar la belleza.

Aun entre algunos que se habían apartado de las antiguas maneras, no se comprendía el valor del estudio y de la aplicación constante, y se creía que con el solo esfuerzo del talento podría llevarse a cabo la labor emprendida. Se proclamaba una estética individual, la expresión del concepto; mas también era preciso la base del conocimiento del arte a que uno se consagraba, una indispensable erudición y el necesario don del buen gusto. Me adelanté a prevenir el prejuicio de toda imitación, y, apartando sobre todo a los jóvenes catecúmenos de seguir mis huellas, recordé un sabio consejo de Wagner a una ferviente discípula suya, que fue al mismo tiempo una de las amadas de Catulles Mendés.

Asqueado y espantado de la vida social y política en que mantuviera a mi país original un lamentable estado de civilización embrionario, no mejor en tierras vecinas, fue para mí un magnífico refugio la República Argentina, en cuya capital, aunque llena de tráfigos comerciales, había una tradición intelectual y un medio más favorable al desenvolvimiento de mis facultades estéticas. Y si la carencia de una fortuna básica me obligaba a trabajar periodísticamente, podía dedicar mis vagares al ejercicio del puro arte y de la creación mental. Mas abominando la democracia funesta a los poetas, así sean sus adoradores como Walt Whitman, tendí hacia el pasado, a las antiguas mitologías y a las espléndidas historias, incurriendo en la censura de los miopes. Pues no se tenía en toda la América española como fin y objeto poéticos mas que la celebración de las glorias criollas, los hechos de la Independencia y la naturaleza americana: un eterno canto a Junín, una inacabable oda a la agricultura de la zona tórrida y décimas patrióticas. No negaba yo que hubiese un gran tesoro de poesía en nuestra épica prehistórica, en la conquista y aun en la colonia; mas con nuestro estado

social y político posterior llegó la chatura intelectual y períodos históricos más a propósito para el folletín sangriento que para el noble canto. Y agregaba, sin embargo: *“Buenos Aires: cosmópolis. ¡Y mañana!”* La comprobación de este augurio quedó afirmada con mi reciente *“Canto a la Argentina”*.

En cuanto a la cuestión ideológica y verbal, proclamé ante glorias españolas más sonoras, la del gran don Francisco de Quevedo, de Santa Teresa, de Gracián, opinión que más tarde aprobarían y sostendrían en la Península egregios ingenios. Una frase hay que exigiría comentario: *“Abuelo, preciso es decíroslo: mi esposa es de mi tierra; mi querida es de París.”* En el fondo de mi espíritu, a pesar de mis vistas cosmopolitas, existe el inarrancable filón de la raza; mi pensar y mi sentir continúan un proceso histórico y tradicional; mas de la capital del arte y de la gracia, de la elegancia, de la claridad y del buen gusto, habría de tomar lo que atribuyese a embellecer y decorar mis eclosiones autóctonas. Tal di a entender. Con el agregado de que no sólo de las rosas de París extraería esencias, sino de todos los jardines del mundo. Luego expuse el principio de la música interior: *“Como cada palabra tiene un alma, hay, en cada verso, además de la armonía verbal, una melodía ideal. La música es sólo de la idea, muchas veces.”* Luego profesé el desdén de la crítica de gallina ciega, de la gritería de las ocas, y aticé el fuego del estímulo para el trabajo, para la creación. *“Bufe el eunuco: cuando una musa te dé un hijo, queden las otras ocho encinta.”* Frase que he leído citada en una producción reciente de un joven español, ¡como de Théophile Gautier!...

En *“Era un aire suave...”*, que es un aire, suave, sigo el precepto del Arte Poética de Verlaine: *“De la musique avant toute chose”*. El paisaje, los personajes, el tono; se presentan en ambiente siglo dieciochesco. Escribí como escuchando los violines del rey. Poseyeron mi sensibilidad Rameau y Lully. Pero el abate joven de los madrigales y el vizconde rubio de los desafíos, ante Eulalia que ríe, mantienen la secular felinidad femenina contra el viril rendido; Eva, Judith u Ofelia, peores que todas las *“sufragettes”*. En *“Divagación”* diríase un curso de geografía erótica; la invitación al amor bajo todos los soles, la pasión de todos los colores y de todos los tiempos. Allí flexibilicé hasta donde pude el endecasílabo. La *“Sonatina”* es la más rítmica y musical de todas estas composiciones, y la que más boga ha logrado en España y América. Es que contiene el sueño cordial de toda adolescente, de toda mujer que aguarda el instante amoroso. Es el deseo íntimo, la melancolía ansiosa, y es, por fin, la esperanza. En *“Blasón”* celebro el cisne, pues esos versos fueron escritos en el álbum de una marquesa de Francia propicia a los poetas. En *“Del campo”* me amparaba la sombra de Banville, en un tema y en una atmósfera criollos.

En la alabanza “*A los ojos negros de Julia*” madrigalicé caprichosamente. La “*Canción de carnaval*” es también a lo Banville, una oda funambulesca, de sabor argentino, bonaerense. Dos galanterías siguen para una dama cubana. Fueron escritas en presencia de mi malogrado amigo Julián del Casal, en la Habana, hace más de veinte años, e inspiradas por una bella dama, María Cap, hoy viuda del general Lachambre.

“*Bouquet*” es otro madrigal de capricho. “*El faisán*”, en tercetos monorrimos, es un producto parisiense, ideado en París, escrito en París, trascendente de parisina. “*Garconniere*” dice horas artísticas y fraternas de Buenos Aires. “*El país del sol*”, formulado a la manera de los “*Lieds de France*”, de Catulle Mendès, y como un eco de Gaspar de la Nuit concreta la nostalgia de una niña de las islas del trópico, animada de arte, en el medio frígido y duro de *Manhattan*, en la imperial Nueva York. “*Margarita*” –que ha tenido la explicable suerte de estar en tantas memorias– es un melancólico recuerdo pasional, vivido, aunque en la verdadera historia la amada sensual no fue alejada por la muerte, sino por la separación. “*Mía*” y “*Dice mía*” son juegos para música, propios para el canto, “*lieds*” que necesitan modulación.

En “*Heraldos*” demuestro la teoría de la melodía interior. Puede decirse que en este poemita el verso no existe, bien que se imponga la notación ideal. El juego de las sílabas, el sonido y color de las vocales, el nombre clamado heráldicamente, evocan la figura oriental, bíblica, legendaria, y el tributo y la correspondencia.

El “*Coloquio de los centauros*” es otro “*mito*”, que exalta las fuerzas naturales, el misterio de la vida universal, la ascensión perpetua de Psique, y luego plantea el arcano fatal y pavoroso de nuestra ineludible finalidad. Mas renovando un concepto pagano, Thánatos no se presenta como en la visión católica, armado de su guadaña, larva o esqueleto, de la medieval reina de la peste y emperatriz de la guerra; antes bien, surge bella, casi atrayente, sin rostro angustioso, sonriente, pura, casta, y con el Amor dormido a sus pies. Y bajo un principio pánico, exalto la unidad del Universo en la ilusoria Isla de Oro, ante la vasta mar. Pues, como dice el divino visionario Juan: “*Hay tres cosas que dan testimonio en la tierra: el espíritu, el agua y la sangre, y estos tres no son más que uno*” (Ep. B. Joannis. Apost., V, 8: “*Et tres sunt qui testimonium dant in terra: spiritus, et aqua, et sanguis: et hi tres unum sunt.*”)

En “*El poeta pregunta por Stella*”, el poeta rememora a un angélico ser desaparecido, a una hermana de las liliales mujeres de Poe que ha ascendido al cielo cristiano. Luego leeréis un prólogo lírico, que se me

antojó llamar “*Pórtico*”, escrito hace largos años en alabanza del muy buen poeta, del vibrante, sonoro y copioso Salvador Rueda, gloria y decoro de las Andalucías. Y como en ese tiempo visitase yo la que es llamada harto popularmente tierra de María Santísima, no dejé de pagar tributo, contagiado de la alegría de las castañuelas, panderos y guitarras, a aquella encantada región solar. Y escribí, entre otras cosas, el “*Elogio de la seguidilla*”.

En Buenos Aires, e iniciado en los secretos wagnerianos por un músico y escritor belga, M. Charles de Gouffré, rimé el soneto de “*El cisne*” –¡ave eterna!- que concluye:

*¡Oh, Cisne! ¡Oh, sacro pájaro! Si antes la blanca Helena
del huevo azul de Leda brotó de gracia llena,
siendo de la hermosura la princesa inmortal,
bajo tus blancas alas la nueva Poesía
concibe en una gloria de luz y de armonía
la Helena eterna y pura que encarna el Ideal.*

“*La página blanca*” es como un sueño cuyas visiones simbolizaran las bregas, las angustias, las penalidades del existir, la fatalidad genial, las esperanzas y los desengaños, y el irremisible epílogo de la sombra eterna, del desconocido más allá.

¡Ay! Nada ha amargado más las horas de meditación de mi vida que la certeza tenebrosa del fin. ¡Y cuántas veces me he refugiado en algún paraíso artificial, poseído del horror fatídico de la muerte!

“*Año nuevo*” es una decoración sideral, animada –se diría- de un teológico aliento.

La “*Sinfonía en gris mayor*” trae necesariamente el recuerdo del mágico Théo, del exquisito Gautier, y su “*Symphonie en blanc majeur*”. La mía es anotada “*d’apres nature*”, bajo el sol de mi patria tropical. Yo he visto esas aguas en estagnación, las costas como candentes, los viejos lobos de mar que iban a cargar en goletas y bergantines maderas de tinte y que partían, a velas desplegadas, con rumbo a Europa. Bebedores taciturnos o risueños cantaban en los crepúsculos, a la popa de sus barcos, acompañándose con sus acordeones, cantos de Normandía o de Bretaña, mientras exhalaban los bosques y los esteros cercanos, rodeados de manglares, bocanadas cálidas y relentes palúdicos.

En “*Epitalamio bárbaro*” se testifica en la lira el triunfo amoroso de un grande apolonida. El “*Responso*” a Verlaine prueba mi admiración y fervor cordial por el “*pauvre Lelian*” a quien conocí en París en días de su triste y entristecedora bohemia, y hago ver las dos fases de su alma pánica: la que da a la carne y la que da al espíritu; la que da a las leyes de la humana naturaleza y la que da a Dios y a los misterios católicos, paralelamente. En el “*Canto de la sangre*” hay una sucesión de correspondencias y equivalencias simbólicas bajo el enigma del licor sagrado que mantiene la vitalidad en nuestro cuerpo mortal.

La siguiente parte del volumen, “*Recreaciones arqueológicas*”, indica por su título el contenido. Son ecos y manera de épocas pasadas, y una demostración, para los desconcertados y engañados contrarios, de que para realizar la obra de reforma y de modernidad que emprendiera he necesitado anteriores estudios de clásicos y primitivos. Así, en “*Friso*” recurro al elegante verso libre, cuya última realización plausible en España es la célebre “*Epístola a Horacio*”, de don Marcelino Menéndez y Pelayo. Hay más arquitectura y escultura que música; más cincel que cuerda o flauta. Lo propio en “*Palimpsesto*”, en donde el ritmo se acerca a la repercusión de los números latinos. En “*El reino interior*” se siente la influencia de la poesía inglesa, de Dante Gabriel Rossetti y de algunos de los corifeos del simbolismo francés. (¡Por Dios! ¡Si he querido en un verso hasta aludir al “*Glosario*”, de Powell!...). “*Cosas del Cid*” encierra una leyenda que narra en prosa Barbey d’Aurevilly y que, en verso, he continuado.

“*Dezires, layes y canciones*” renuevan antiguas formas poémicas y estróficas, y así expreso amores nuevos con versos compuestos y arreglados a la manera de Johan de Duenyas, de Johan de Torres, de Valtierra, de Santa Fe, con inusitados y sugerentes escogimientos verbales y rítmicas combinaciones que dan un gracioso y eufónico resultado, y con el aditamento de finidas y tornadas.

Y para concluir: en la serie de sonetos que tiene por título “*Las ánforas de Epicuro*” –con una “*Marina*” intercalada-, hay una como exposición de ideas filosóficas; en “*La espiga*”, la concentración de un ideal religioso a través de la Naturaleza; en “*La fuente*”, el autoconocimiento y la exaltación de la personalidad; en “*Palabras de la Satiresa*”, la conjunción de las exaltaciones pánica y apolínea –que ya Moréas, según lo hace saber un censor más que listo, había preconizado, ¡y tanto mejor!-; en “*La anciana*”, una alegórica afirmación de supervivencia; en “*Ama tu ritmo...*”, otra vez la exposición de la potencia íntima individual; en “*A los poetas risueños*”, un gozo amable, un ímpetu que lleva a la claridad alegre y reconfortante, con el exultorio de los cantores de la dicha; en “*La hoja de*

oro”, el arcano de tristezas autumnales; en “*Marina*”, una amarga y verdadera página de mi vivir; en “*Syrinx*” (pues el soneto que aparece en otras ediciones con el título “*Dafne*”, por equivocación, debe llevar el de “*Syrinx*”), paganizo al cantar la concreción espiritual de la metamorfosis. “*La gitanilla*” es una rimada anécdota. Loo después a un antiguo y sabroso citareda de España; lanzo una voz de aliento y de ánimo; indico mis sueños.

Y tal es ese libro, que amo intensamente y con delicadeza, no tanto como obra propia, sino porque a su aparición se animó en nuestro continente toda una cordillera de poesía poblada de magníficos y jóvenes espíritus. Y nuestra alba se reflejó en el viejo solar.

CANTOS DE VIDA Y ESPERANZA

Si **Azul...** simboliza el comienzo de mi primavera, **Prosas profanas** mi primavera plena, **Cantos de vida y esperanza** encierra las esencias y savias de mi otoño.

He leído, no recuerdo ya de quién, el elogio del otoño; mas ¿quién mejor que Hugo lo ha hecho con el encanto profundo de su selva lírica? La autumnal es la estación reflexiva. La Naturaleza comunica su filosofía sin palabras, con sus hojas pálidas, sus cielos taciturnos, sus opacidades melancólicas. El ensueño se impregna de reflexión. El recuerdo ilumina con su interior luz apacibles los más amables secretos de nuestra memoria. Respiramos, como a través de un aire mágico, el perfume de las antiguas rosas. La ilusión existe, mas su sonrisa es discreta. Adquiere el amor mismo cierta dulce gravedad. Esto no lo comprendieron muchos, que al aparecer **Cantos de vida y esperanza** echaron de menos el tono matinal de **Azul...** y la princesa que estaba triste en **Prosas profanas**, y los caprichos siglo XVIII, mis queridas y gentiles versallerías, los madrigales galantes y preciosos y todo lo que en su tiempo sirvieron para renovar el gusto y la forma y el vocabulario en nuestra poesía, encajonada en lo pedagógico-clásico, anquilosa de Siglo de Oro o apegada, cuando más, a las fórmulas prosaico-filosóficas o baritonantes y campanudas de maestros, aunque ilustres, limitados. Apenas Bécquer había traído su melodía a la germánica, aunque el gran Zorrilla imperase, Cid del Parnaso castellano, con su virtuosidad genial y castiza.

Al escribir **Cantos de vida y esperanza**, yo había explorado no solamente el campo de poéticas extranjeras, sino también los cancioneros antiguos, la obra ya completa, ya fragmentaria, de los primitivos de la

poesía española, en los cuales encontré riqueza de expresión y de gracia que en vano se buscarán en harto celebrados autores de siglos más cercanos. A todo esto agregad un espíritu de modernidad con el cual me compenetraba en mis incursiones poliglóticas y cosmopolitas. En una palabras liminares y en la introducción, en endecasílabos, se explica la índole del nuevo libro. La historia de una juventud llena de tristezas y de desilusión, a pesar de las primaverales sonrisas; la lucha por la existencia desde el comienzo, sin apoyo familiar ni ayuda de mano amiga; la sagrada y terrible fiebre de la lira; el culto del entusiasmo y de la sinceridad contra las añagazas y traiciones del mundo, del demonio y de la carne; el poder dominante e invencible de los sentidos en una idiosincrasia calentada a sol de trópico en sangre mezclada de español y chorotega o nagrandano; la simiente del catolicismo, contrapuesta a un tempestuoso instinto pagano, complicado con la necesidad psicofisiológica de estimulantes modificadores del pensamiento, peligrosos combustibles, suprimidores de perspectivas afligentes, pero que ponen en riesgo la máquina cerebral y la vibrante túnica de los nervios. Mi optimismo se sobrepuso. Español de América y americano de España, canté, eligiendo como instrumento al hexámetro griego y latino, mi confianza y mi fe en el renacimiento de la vieja Hispania en el propio y del otro lado del Océano, en el coro de naciones que hacen contrapeso en la balanza sentimental a la fuerte y osada raza del Norte. Elegí el hexámetro por ser de tradición grecolatina y porque yo creo, después de haber estudiado el asunto, que en nuesro idioma, “*malgré*” la opinión de tantos catedráticos, hay sílabas largas y breves, y que lo que ha faltado es un análisis más hondo y musical de nuestra prosodia. Un buen lector puede advertir en seguida los correspondientes valores, y lo que han hecho Voss y otros en alemán, Longfellow y tantos en inglés, Carducci, d’Annunzio y otros en Italia, Villegas, el P. Martín y Eusebio Caro, el colombiano, y todos los que cita Eugenio Mele en su trabajo sobre la **Poesía bárbara en España**, bien podíamos continuarlo otros, aristocratizando así nuevos pensares. Y bella y prácticamente lo ha demostrado después un poeta del valer de Marquina.

Flexibilizado nuestro alejandrino con la aplicación de los aportes que al francés trajeran Hugo, Banville, y luego Verlaine y los simbolistas, su cultivo se propagó, quizá en demasía, en España y América. Hay que advertir que los portugueses tenían ya tales reformas.

Hay, como he dicho, mucho hispanismo en este libro mío. Ya haga su salutación el optimista, ya me dirija al rey Oscar de Suecia, o celebre la aparición de Cyrano en España, o me dirija al presidente Roosevelt, o celebre al Cisne, o evoque anónimas figuras de pasadas centurias, o haga hablar a don Diego de Silva Velásquez o a don Luis de Argote y Góngora,

o loe a Cervantes, o a Goya o escriba la “*Letanía de Nuestro Señor Don Quijote*”, ¡Hispania por siempre! Yo había vivido ya algún tiempo y habían revivido en mí alientos ancestrales...

El título –**Cantos de vida y esperanza**–, si corresponde en gran parte a lo contenido en el volumen, no se compadece con algunas notas de desaliento, de duda o de temor a lo desconocido, al más allá.

En “*Los tres reyes magos*” se afianza mi deísmo absoluto. En la “*Salutación a Leonardo*” –escrita en versos libres franceses y publicada hacía tiempo en el Almanaque de Peuser, de Buenos Aires–, hay juegos y enigmas de arte que exigen para su comprensión, naturalmente, ciertas iniciaciones. En “*Pegaso*” se proclama el valor de la energía espiritual, de la voluntad de creación. En “*A Roosevelt*” se preconizaba la solidaridad del alma hispanoamericana ante las posibles tentativas imperialistas de los hombres del Norte; en la poesía siguiente se considera la poesía como un especial don divino, y se señala el faro de la esperanza ante las amenazas de la baja democracia y de la aterradora igualdad. En “*Canto de esperanza*” vuelvo mis ojos al inmenso resplandor de la figura de Cristo, y grito por su retorno como salvación ante los desastres de la tierra envenenada por las pasiones de los hombres; y más adelante, de nuevo hago vislumbrar a los meditabundos pensadores, a los poetas que sufren la transfiguración y la final victoria. “*Helios*” proclama el idealismo, y siempre la omnipotencia infinita; “*Spes*” asciende a Jesús, a quien se pide “*contra el sañudo infierno una gracia lustral de iras y lujurias*”; la “*Marcha triunfal*” es un “*triunfo*” de decoración y de música. Hay una parte titulada “*Los cisnes*”. El amor a esta bella ave, simbólica desde antiguo:

*Ignem perosus,
Quae colat, elegit contraria flumina flammis...*

ha hecho que tanto a mí como al español Marquina nos haya censurado un crítico hispanoamericano, anteponiendo al ave blanca de Leda el ave sombría, aunque minervina: el búho. De cierto, juzgo en su metamorfosis más satisfecho al hijo de Sthenelea que a Ascálafo. Y con todo, en varias partes afirmo la sabiduría del búho. Por el símbolo císnico torno a ver lucir la esperanza para la raza solar nuestra; elogio al pensador, augurando el triunfo de la Cruz; me estremezco ante el eterno amor. En “*Retratos*” presento en lienzos evocatorios pasadas figuras de la grandeza y del carácter hispánicos; cuatro caballeros y una abadesa. Luego ritmo el influjo primaveral en un romance cuyo compás corto de pronto. En “*La dulzura del Angelus*” hay como un místico ensueño, y presento como verdadero

refugio la creencia en la Divinidad y la purificación del alma, y hasta de la naturaleza, por la íntima gracia de la plegaria.

“Tarde del trópico” fue escrita hace mucho tiempo, cuando por la primera vez sentí bajo mis pies las vastas aguas oceánicas en mi viaje a Chile. Era para mí entonces todo en la poesía el semidiós Hugo. Los *“Nocturnos”*, en cambio, dicen una cultura posterior; ya han ungido mi espíritu los grandes *“humanos”*, y así exteriorizo en versos transparentes, sencillos y musicales, de música interior, los secretos de mi combatida existencia, los golpes de la fatalidad, las inevitables disposiciones del destino. Quizá hay demasiada desesperanza en algunas partes; no debe culparse sino a los marcados instantes en que una mano de tiniebla hace vibrar mayormente el cordaje martirizador de nuestros nervios. Y las verdades de mi vida: *“un vasto dolor y cuidados pequeños”*, *“el viaje a un vago Oriente por entrevistados barcos”*, *“el grano de oraciones que floreció en blasfemias”*, *“los azoramientos del cisne entre los charcos”*, *“el falso azul nocturno de inquerida bohemia...”* Sí, más de una vez pensé en que pude ser feliz, si no se hubiera opuesto *“el rudo destino”*. La oración me ha salvado siempre la fe; pero hame atacado también la fuerza maligna, poniendo en mi entendimiento horas de duda y de ira. Mas ¿no han padecido mayores agresiones los más grandes santos? He cruzado por lodazales. Puedo decir, como el vigoroso mejicano *“Hay plumajes que cruzan el pantano y no se manchan, mi plumaje es de esos.”*

En cuanto a la bohemia inquerida, ¿habría yo gastado tantas horas de mi vida en agitadas noches blancas, en la euforia artificial y desorbitada de los alcoholes, en el desgaste de una juventud demasiado robusta, si la fortuna me hubiera sonreído y si el capricho y el triste error ajenos no me hubiesen impedido, después de una crueldad de la muerte, la formación de un hogar?...

*Esperanza olorosa a yerbas frescas, trino
del ruiseñor primaveral y matinal,
azucena tronchada por un fatal destino,
rebusca de la dicha, persecución del mal...*

Y gracias sean dadas a la suprema razón si puedo clamar, con el verso de la obertura de este libro: *“¡Si no caí, fue porque Dios es bueno!”* En la *“Canción de otoño en primavera”*, digo adiós a los años floridos, en una melancólica sonata que, si se insiste en parangonar, tendría su melodía algo como un sentimental eco *mussetiano*. Es, de todas mis poesías, la que más suaves y fraternos corazones ha conquistado.

En “*Trébol*” hay homenaje a glorias españolas; en “*Charitas*”, una aspiración teologal incensa la más sublime de las virtudes. En los siguientes versos: “¡*Oh, terremoto mental!*”, pasa la amenaza de las potencias maléficas, y más adelante se señala el peligro de la eterna enemiga, de la hermosa Varona que nos ofrece siempre la manzana... En “*Filosofía*” se comprende la justeza de la obra natural y de la divina razón contra las feas y dañinas apariencias; en “*Leda*” se vuelve a cantar la gloria del Cisne; en “*Divina psiquis...*” se tiende, en el torbellino lírico, al último consuelo, al consuelo cristiano. El “*Soneto de trece versos*”, cuyo sentido incomprensible ha hecho balbucir juicios distantes, a más de un crítico de poca malicia, es un juego, a lo Mallarmé, de sugestión y fantasía. Los versos que van a continuación elevan a la idealidad y alivian del peso a las miserias morales. Después vendrá un paternal recuerdo, un himno al encanto misterioso femenino, un loor al Gran Manco, un madrigal ocasional, un canto a la siempre para mí atrayente *Thalassa*, una meditación filosófica, seguida de otras; una silueta bíblica; alegorías y símbolos. Un soneto hay que tiene una dolorosa historia: “*Melancolía*”. Está dedicado a un pobre pintor venezolano que tenía el apellido del Libertador. Era un hombre doloroso, poseído de su arte, pero mayormente de su desesperanza.

Le conocí en París; fuimos íntimos; me mostró las heridas de su alma. Yo procuré alentarle. Pasado un corto tiempo, partió para los Estados Unidos. Yo no tardé en saber que en Nueva York, en el límite de sus amarguras, se había suicidado.

“*Aleluya*” exalta el don de la alegría en el Universo y en el amor humano. “*De Otoño*” explica la diferencia entre los mayos y diciembres espirituales; en el poema “*A Goya*” me inclino ante el poder de aquel genial príncipe de luces y tinieblas; en “*Caracol*”, junto al misterio natural, mi incógnito misterio; en “*Amo, amas*”, pongo el secreto del vivir en el sacro incendio universal amoroso; en el “*Soneto autumnal al marqués de Bradomín*” al celebrar a un gran ingenio de las Españas, exalto la aristocracia del pensamiento; en otro “*Nocturno*” digo los sufrimientos de los invencibles insomnios, cuando el ánimo tiembla y escucha; en “*Urna votiva*” cumplo con la amistad; en “*Programa matinal*” se expone un epicureísmo todo poético; en “*Ibis*” señalo el peligro de las ponzoñosas relaciones; en “*Thánatos*” me estremezco ante lo inevitable; “*Ofrenda*” es una ligera y rítmica galantería banvillesca; en “*Propósito primaveral*”, de nuevo se presenta una copa llena de vino de las ánforas de Epicuro.

La “*Letanía de Nuestro Señor Don Quijote*” afirma otra vez mi arraigado idealismo, mi pasión por lo elevado y heroico. La figura del

caballero simbólico está coronada de luz y de tristeza. En el poema se intenta la sonrisa del “*humour*” –como un recuerdo de la portentosa creación cervantina-; mas tras el sonreír está el rostro de la humana tortura ante las realidades que no tocan la complexión y el pellejo de Sancho. En “*Allá lejos*” hay un rememorar de paisajes tropicales, un recuerdo de la ardiente tierra natal, y en “*Lo fatal*”, contra mi arraigada religiosidad, y a pesar mío, se levanta como una sombra temerosa un fantasma de desolación y de duda.

Ciertamente, en mí existe, desde los comienzos de mi vida, la profunda preocupación del fin de la existencia, el terror a lo ignorado, el pavor de la tumba, o, más bien, del instante en que cesa el corazón su ininterrumpida tarea y la vida desaparece de nuestro cuerpo. En mi desolación, me he lanzado a Dios como a un refugio; me he asido de la plegaria como de un paracaídas. Me he llenado de congoja cuando he examinado el fondo de mis creencias y no he encontrado suficientemente maciza y fundamentada mi fe; cuando el conflicto de las ideas me ha hecho vacilar, y me he sentido sin un constante y seguro apoyo.

Todas las filosofías me han parecido impotentes; y algunas, abominables y obra de locos y malhechores. En cambio, desde Marco Aurelio hasta Bergson, he saludado con gratitud a los que dan alas, tranquilidad, vuelos apacibles, y enseñan a comprender de la mejor manera posible el enigma de nuestra estancia sobre la tierra.

Y el mérito principal de mi obra, si alguno tiene, es el de una gran sinceridad, el de haber puesto “*mi corazón al desnudo*”, el de haber abierto de par en par, las puertas y ventanas de mi castillo interior, para enseñar a mis hermanos el habitáculo de mis más íntimas ideas y de mis más caros ensueños.

He sabido lo que son las crueldades y locuras de los hombres. He sido traicionado, pagado con ingratitudes, calumniado, desconocido en mis mejores intenciones por prójimos mal inspirados; atacado, vilipendiado. Y he sonreído con tristeza. Después de todo, todo es nada, la gloria comprendida. Si es cierto que “*el busto sobrevive a la ciudad*”, no es menos cierto que lo infinito del tiempo y del espacio, el busto como la ciudad, y ¡ay!, el planeta mismo, habrán de desaparecer ante la mirada de la única Eternidad.

(FIN)

INDICE:

Poesías autobiográficas (p. 2)

La primera sorpresa:

“Yo soy Rubén Darío” (p. 12)

“Metempsícosis” (p. 19)

“Al vuelo de Hortensia” (p. 24)

“Ingratitud” (p. 30)

De Abrojos (p. 33)

IX

XI

XVIII

XIV

XXIV

XXXII

LV

LVII

LVIII

Poemas autobiográficos contradictorios

(P. 49)

“¡Regreso!” (P. 49)

“A veces” (P. 50)

“Tu infiel proceder” (P. 52)

“Calla corazón” (P. 53)

“Cayendo que levantando” (P. 54)

“De mi vivir” (P. 55)

“La nostalgia” (P. 56)

“Va llegando...” (P. 59)

“Los rostros falsos” (P. 60)

“Parca” (P. 61)

“La censura” (P. 61)

“Marina” (P. 62)

“Yo soy aquel que ayer no más decía...”
(P. 63)

“Epístola a la señora Lugones” (P. 70)

“Allá lejos”

“Momotombo”

“A veces”

“¡Bienvenida seas!”

“La ruptura”

“El perdón”

“La visita”

“Nuestras vidas”

“Inspirame... ¡Oh Musa!”

“¿Qué puedo, yo hacer?”

“Amor adolescente”

“Mira en tus ojos...”

Velada cultural en el Teatro Municipal...
(p. 76)

A la hora del gran “*Retorno*” (p. 77)

Las primeras reproducciones... (p. 81)

Meditación en uno de esos días... (p. 84)

“*Adiós*” (p.85)

“*No me llames...*” (p. 86)

“*Tu infiel proceder*” (p. 87)

“*La ruptura*” (p. 88)

“*Va llegando*” (p. 89)

Los ataques de Guzmán... (p. 95)

Historia del “*Poema del Otoño*”
(Pag. 95)

Hace 100 años (1908)...
(p. 97)

Itinerario ida y vuelta a Panamá
(p. 100)

“*La fiesta del amor*” (p. 104)

“*¡La vida es bella!*” (p. 107)

“¿Por qué?” (p. 109)

Cuentos autobiográficos

“*Las albóndigas del coronel*” (P.)

“*El camino de la riqueza*” comentario al cuento de “*Las albóndigas del coronel*”

(P.)

“*Palomas blancas y garzas morenas*”

(Cuento autobiográfico). (P. 148)

Ediciones que yerran en “*Palomas blancas y garzas morenas*” (P.)

“*Mi tía Rosa*”

(Cuento autobiográfico). (P.)

¿Ficción o realidad? Cuento “*La larva*”

(P. 173)

“*La larva*”

(Cuento autobiográfico)

(P. 17)

Ensayos autobiográficos de Rubén Darío

“*La erupción del Momotombo*” escrito en Chile (p. 185)

Ensayos (P.)

¿A quién se califica de ensayista?

Raíces histórico-literarias del ensayismo

Nicaragüense (P. 76)

“Mi Domingo de Ramos”

“Prólogo que es página de vida”

“*Prólogo*” del libro **Asonantes**
(Algunos capítulos autobiográficos)
(P. 79)

En **A. de Gilbert**

Dos ensayos autobiográficos:

II. Historia de mis Abrojos. (P. 63)

III. Pedro en la intimidad (P. 66)

Notas: A, B y C

(P. 69, 73 y 83 respectivamente)

Otro ensayo autobiográfico:

“*Historia de un sobretodo*”

(P. 235)

Brevísimo ensayo autobiográfico:

“*¡Never more...!*” (P. 144)

“*Palabras liminares*” de **Prosas profanas**
(P. 146)

“*En Asturias*” I (Desilusión de un milagro)
incluido en **Opiniones** (1906). (P. 272)

“*Primavera apolínea*” Barcelona, (1911)

Prólogo al libro de Alejandro Sux

La Juventud intelectual
de la América Hispana. (P. 162)

Introducción a la vida de Rubén Darío
(P. 168)

¿Desde cuándo sabía Rubén que había nacido en Metapa? (P. 176)

1889. (P. 177)

La luz que arrojan sus cartas. (P. 185)

“La isla de oro”

Exégesis para los lectores en
“Dilucidaciones”
(P. 186)

El Canto Errante

“Dilucidaciones” (P. 190)

El viaje a Nicaragua e Intermezzo tropical

(1908) (P. 209)

La Vida de Rubén Darío escrita por él mismo

(P. 268)

Posdata, en España (P. 418)

“Todo es cuestión de cultura”

Carta de Darío a Luis Bello
(P. 424)

La amante francesa de Darío en París,
mencionada sutilmente en Autobiografía
(P. 428)

El oro de Mallorca

Capítulo I (P. 463)

(Escrito en Valldemosa, noviembre de 1913.) I.
Publicado en (**La Nación**, 4 de diciembre de 1913, p. 9.)

Capítulo II (P. 474)

(Escrito en Valldemosa, noviembre de 1913) II.
Publicado en (**La Nación**, 7 de diciembre de 1913, p. 11.)

Capítulo III (P. 485)

(Escrito en Valldemosa, diciembre de 1913.) III.

Publicado en (**La Nación**, 27 de diciembre de 1913, p. 9.)

Un alto en el camino de esta novela: aquí fue la fecha en que se produjeron los poemas “*Valldemosa*” y “*La Cartuja*” (P. 494)

Capítulo IV (P. 500)

(Escrito en París, enero de 1914.) IV.

Publicado en (**La Nación**, 21 de febrero de 1914, p. 6.)

Capítulo V (P. 513)

(Escrito en París, enero de 1914.) V.

Publicado en (**La Nación**, 23 de febrero de 1914, pp. 4-5.)

Capítulo VI (P. 523)

(Escrito en (París, febrero de 1914.) VI.

(Fin de la primera parte)

Publicado en (**La Nación**, 13 de marzo de 1914, p. 7.)

Comentario a la Primera Parte de la novela inconclusa del **Oro de Mallorca** (P. 534)

Comentario a la Segunda Parte de la novela inconclusa del **Oro de Mallorca**. (P. 535)

“**Benjamín Itaspes**” (Segunda Parte de la novela inconclusa del Oro de Mallorca. (542)

¿Existe una Tercera Parte? (P. 551)

Historia de mis libros

“*Autobiografía literaria*” (P. 555)

“**Azul...**”

“**Prosas profanas y otros poemas**”

“**Cantos de Vida y Esperanza y otros poemas**”